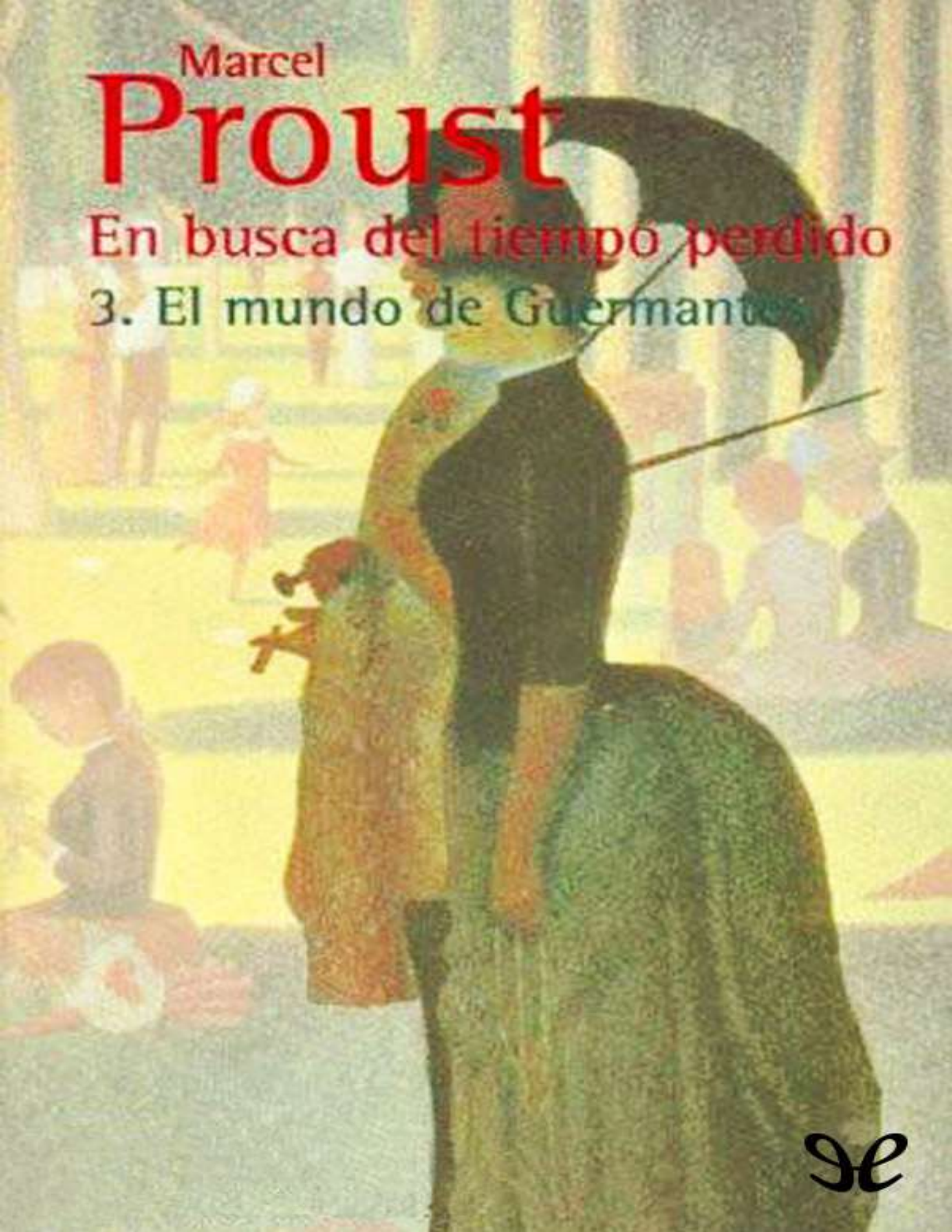
Marcel

Proust

En busca del tiempo perdido

3. El mundo de Guermantes



Tercera parte de *En busca del tiempo perdido.* Obra cumbre de la literatura del siglo XX.

La integración, por fin, en el anhelado espacio de los Guermantes tiene lugar en París, donde el narrador logra instalarse en una dependencia de la residencia de los aristócratas. Ahora, su inquieta pasión amorosa le ha llevado a poner los ojos en la duquesa, un ideal inalcanzable al que, pese a todo, sigue hasta su retiro de Doncières, donde se halla prestando su servicio militar el joven Robert de Saint-Loup. A partir de aquí, los acontecimientos se suceden vertiginosamente en la memoria del narrador, que entabla amistad con la actriz Rachel (amante de Robert), pierde a su abuela materna y se enamora de Albertine, una de las «muchachas en flor». Por aquel tiempo (en el que acude con asiduidad al elegante salón de Mme. de Villeparisis), el protagonista descubre la condición de homosexual del barón de Charlus.

Marcel Proust

El mundo de Guermantes

En busca del tiempo perdido - 3

ePub r1.1
Pepotem2 12.08.13

Título original: *Á la recherche du temps derdu, 3. Le côté de Guermantes*
Marcel Proust, 1922
Traducción: Pedro Salinas y José María Quiroga Plà
Diseño portada: ebookofilo

Editor digital: Pepotem2

Editor original: ebookofilo (EPG v1.0)
ePub base r1.0

A León Daudet
Al amigo incomparable
Al autor de Le voyage de Shakespeare
de Le partage de l'enfant
de L'astre noir
de Fantômes et vivants
de Le monde des images
de tantas obras maestras
Testimonio de gratitud y admiración

M. P.

PRIMERA PARTE

El piar matinal de los pájaros le parecía insípido a Francisca. Cada palabra de las *chicas* la hacía sobresaltarse; molesta por todos sus pasos, interrogábase a cuenta de ellos; es que nos habíamos mudado de casa. Verdad es que las criadas no bullían menos en el *sexto* de nuestra antigua morada; pero Francisca las conocía; había hecho de sus idas y venidas cosas amigas. Ahora prestaba hasta al silencio una atención dolorosa. Y como nuestro nuevo barrio parecía tan tranquilo como ruidoso era el bulevar a que hasta entonces había dado nuestra casa, la canción (distinta de lejos, cuando es débil, como un motivo de orquesta) de un hombre que pasaba hacía acudir las lágrimas a los ojos de la desterrada Francisca. Así, si me había burlado de ella, que, afligida por haber tenido que dejar un inmueble donde era uno *tan bien mirado por todo el mundo* y en el que ella había hecho sus maletas llorando, según los ritos de Combray, y declarando superior a todas las casas posibles la que había sido la nuestra, en desquite, yo, que asimilaba tan fácilmente las cosas nuevas como abandonaba fácilmente las antiguas, me reconcilié con nuestra vieja criada cuando vi que la instalación en una casa en que no había recibido del portero, que aún no nos conocía, las muestras de consideración necesarias para su buena nutrición moral, la había sumido en un estado próximo a la extenuación. Sólo ella podía comprenderme; no hubiera sido, evidentemente, su joven lacayo quien me comprendiese; para él, que tenía de Combray lo menos posible, mudarse de casa, irse a vivir a otro barrio, venía a ser como tomarse unas vacaciones en que la novedad de las cosas daba el mismo reposo que si se hubiera viajado; creía estar en el campo, y un catarro de cabeza le trajo, como un *aire* pillado en un vagón en que cierra mal el

cristal de la ventanilla, la impresión deliciosa de que había visto el campo; a cada estornudo se congratulaba de haber encontrado una colocación tan distinguida, habiendo como había deseado siempre tener unos señores que viajasen mucho. Así, sin pensar en él, yo me iba derecho a Francisca; como me había reído de sus lágrimas en una partida que a mí me había dejado indiferente, se mostró glacial respecto de mi tristeza, precisamente porque la compartía. Con la supuesta *sensibilidad* de los nerviosos aumenta su egoísmo; no pueden soportar por parte de los demás la exhibición del malestar a que en sí mismos prestan mayor atención cada vez. Francisca, que no dejaba pasar el más ligero de los que sentía ella, si yo sufría volvía a otro lado la cabeza por que yo no tuviese el placer de ver mi sufrimiento compadecido, ni siquiera notado. Lo mismo hizo en cuanto quise hablarle de nuestra nueva casa. Por lo demás, como al cabo de dos días hubiese tenido que ir a buscar alguna ropa que había quedado olvidada en la casa que acabábamos de dejar, mientras yo tenía aún, a consecuencia de la mudanza, *temperatura*, y, como una boa que acaba de tragarse un buey, me sentía penosamente abollado por un largo baúl que mi vista tenía que *digerir*, Francisca, con la infidelidad de las mujeres, volvió diciendo que había creído ahogarse en nuestro antiguo bulevar, que para llegar hasta él se había encontrado completamente *despistada*, que no había visto nunca escaleras más incómodas, que jamás volvería a vivir allí *ni por un imperio*, ni aunque le diesen millones —hipótesis gratuita—, que todo (es decir, lo que concernía a la cocina y a los corredores) estaba mucho mejor *apañado* en nuestra nueva casa. Ahora bien, es tiempo de decir que ésta —y habíamos venido a vivir a ella porque como mi abuela no se encontraba muy bien, razón que nos habíamos guardado de darle, necesitaba aire más puro— era un piso que pertenecía al hotel de Guermantes.

A la edad en que los Nombres, al ofrecernos la imagen de lo incognoscible que en ellos hemos depositado, en el momento mismo en que designan también para nosotros un lugar real, nos obligan con ello a identificar lo uno con lo otro, hasta el punto de que nos echamos a buscar en una ciudad un alma que no puede contener, pero que ya no podemos expulsar de su nombre, no es sólo que den a los pueblos y a los ríos una

individualidad, como hacen las pinturas alegóricas; no es sólo el universo físico lo que matizan de diferencias, lo que pueblan de elementos maravillosos, sino también el universo social: entonces, cada castillo, cada hotel o palacio famosos tiene su dama, o su hada, como los bosques sus genios y sus divinidades las aguas. A veces, escondida en el fondo de su nombre, el hada se transforma al capricho de la vida de nuestra imaginación que la nutre; así es como la atmósfera en que la señora de Guermantes existía en mí, después de no haber sido durante años enteros más que el reflejo de un cristal de linterna mágica y de un vitral de iglesia, empezaba a apagar sus colores cuando sueños por completo diferentes la impregnaron de la espumosa humedad de los torrentes.

El hada, sin embargo, se esfuma si nos acercamos a la persona real a que corresponde su nombre, porque entonces él nombre empieza a reflejar a esa persona, y ésta no contiene nada del hada; el hada puede renacer si nos alejamos de la persona, mas si permanecemos cerca de ésta, el hada se muere definitivamente y con ella el nombre, como aquella familia de Lusignan que había de extinguirse el día en que desapareciese el hada Melusina. Entonces el Nombre bajo cuyos sucesivos revocos podríamos acabar por encontrar de nuevo en su origen el hermoso retrato de una extraña a quien jamás hayamos conocido ya no es sino la simple tarjeta fotográfica de identidad a la que nos referimos para saber si conocemos, si debemos saludar o no a una persona que pasa. Pero que una sensación de un año pretérito —como esos instrumentos musicales registradores que conservan el son y el estilo de los diferentes artistas que los han tañido— permita a nuestra memoria que nos haga oír el nombre con el timbre particular que entonces tenía para nuestro oído ese nombre que en apariencia no ha cambiado, y sentimos la distancia que separa entre sí a los sueños que significaron sucesivamente para nosotros sus sílabas idénticas. Por un instante, del gorjear nuevamente oído que tenía en tal antigua primavera, podemos extraer, como de los tubitos de que se sirve uno para pintar, el matiz exacto, olvidado, misterioso y fresco de los días que habíamos creído recordar cuando, como los malos pintores, dábamos a todo nuestro pasado extendido sobre un mismo lienzo los tonos convencionales y

de unánime semejanza de la memoria voluntaria. Ahora bien, por el contrario, cada uno de los momentos que lo compusieron empleaba, para una creación original, en una armonía única, los colores de entonces que ya no conocemos y que, por ejemplo, me arrebatan todavía súbitamente si, gracias a una casualidad, el nombre de Guermantes, al haber recuperado por un instante después de tantos años el son, tan diferente al de hoy, que tenía para mí el día de la boda de la señorita de Percepied, me devuelve aquel malva tan suave, demasiado brillante, demasiado nuevo, con que se aterciopelaba la abultada corbata de la duquesita y, como una pervinca inaprehensible y reflorecida, sus ojos soleados por una sonrisa azul. Y el nombre de Guermantes de entonces es también como uno de esos globitos en que se ha encerrado oxígeno o algún otro gas: cuando llego a agujerearlo, a hacer salir de él lo que contiene, respiro el aire de Combray de aquel año, de aquel día, mezclado a un olor de espinos blancos agitados por el viento del ángulo de la plaza, precursor de la lluvia, que alternativamente hacía desvanecerse al sol, le dejaba extenderse sobre el tapiz de lana roja de la sacristía y revestirlo de una carnación brillante, rosa casi, de geranio, y de esa dulzura wagneriana, por así decirlo, en la alegría, que conserva tanta nobleza a la festividad. Pero aun fuera de los raros minutos, como esos en que bruscamente sentimos que la entidad original se estremece y recobra su forma y su cinceladura en el seno de las sílabas hoy muertas, si, en el torbellino vertiginoso de la vida corriente en que ya no tienen más que un uso enteramente práctico, los nombres han perdido todo color como una peonza prismática que gira demasiado aprisa y que parece gris, en desquite, cuando, ensoñando, reflexionamos, tratamos, para volver sobre el pasado, de moderar, de suspender el movimiento perpetuo en que somos arrastrados, poco a poco volvemos a ver que aparecen de nuevo, yuxtapuestos, pero enteramente distintos unos de otros, los matices que en el curso de nuestra existencia nos presentó sucesivamente un mismo nombre.

No sé, desde luego, qué forma se recortaba ante mis ojos en este nombre de Guermantes cuando mi nodriza —que sin duda ignoraba, tanto como yo lo ignoro hoy, en honor de quién había sido compuesta— me berzaba con la

antigua canción: *Gloria a la Marquesa de Guermantes*, o cuando, años más tarde, el viejo mariscal de Guermantes, llenando de orgullo a mi niñera, se detenía en los Campos Elíseos diciendo: «¡Qué chico más guapo!», y sacaba de una bombonera de bolsillo una pastilla de chocolate. Esos años de mi primera infancia ya no están en mí, me son exteriores, nada puedo aprender de ellos si no es, como pasa con lo que ha ocurrido antes de nuestro nacimiento, por lo que los demás cuentan. Pero más tarde encuentro sucesivamente, en la perduración de ese mismo nombre en mí, siete u ocho figuras diferentes; las primeras eran las más hermosas: poco a poco, mi ensueño, forzado por la realidad a abandonar una posición insostenible, se atrincheraba de nuevo un poco más acá, hasta que se viese obligado a retroceder todavía más. Y al mismo tiempo que la señora de Guermantes cambiaba de morada, surgida igualmente de ese nombre que fecundaba de año en año tal o cual frase oída que modificaba mis ensueños, esa morada los reflejaba en sus mismas piedras que se habían tornado reverberantes como la superficie de una nube o de un lago. Un torreón sin espesor, que no era más que una faja de luz anaranjada, desde lo alto del cual el señor y su dama decidían de la vida y de la muerte de sus vasallos, había cedido su puesto —al final de aquel «lado de Guermantes» en que tantas hermosas tardes seguía yo con mis padres el curso del Vivona— a esta tierra torrentosa en que la duquesa me enseñaba a pescar truchas y a conocer el nombre de las flores que en racimos violetas y rojizos decoraban los muros bajos de los cercados de en torno; después había sido la tierra hereditaria, el poético dominio en que aquella altiva raza de Guermantes, como una torre amarillenta y cubierta de florones que atraviesa las edades, se alzaba ya sobre Francia cuando el cielo estaba todavía vacío, allí donde habían de surgir más tarde Nuestra Señora de París y Nuestra Señora de Chartres, mientras que en la cima de la colina de Laon no se había posado aún la nave de la catedral como el Arca del Diluvio en la cima del monte Ararat, llena de Patriarcas y de Justos ansiosamente asomados a las ventanas para ver si la cólera de Dios se ha aplacado, llevando consigo los tipos de los vegetales que habrán de multiplicarse sobre la tierra, desbordante de animales que se escapan hasta por las torres sobre cuyo techo se pasean tranquilamente los

bueyes contemplando desde lo alto las llanuras de la Champaña; cuando el viajero que dejaba Beauvais a la caída del día aún no veía que le siguiesen dando vueltas, desplegadas sobre la pantalla de oro del poniente, las alas negras y ramificadas de la catedral. Era aquel Guermantes como el marco de una novela, un paisaje imaginario que me costaba trabajo representarme y que, por lo mismo, sentía más deseos de descubrir, enclavado en medio de tierras y de caminos reales que de pronto se impregnarían de particularidades heráldicas, a dos leguas de una estación; recordaba yo el nombre de las localidades próximas como si hubiesen estado situadas al pie del Parnaso o del Helicón, y me parecían preciosas como las condiciones materiales —en ciencia topográfica— de la producción de un fenómeno misterioso. Volvía a ver los escudos de armas pintados en los basamentos de los vitrales de Combray, cuyos cuarteles se habían llenado, siglo tras siglo, con todos los señoríos que, por matrimonios o por adquisiciones, había hecho volar hacia sí aquella ilustre casa desde todos los rincones de Alemania, de Italia y de Francia: tierras inmensas del Norte, poderosas ciudades del Mediodía, que habían venido a unirse y a trabarse en Guermantes y, perdiendo su materialidad, a inscribir alegóricamente su torre de sinople o su castillo de plata en su campo de azur. Había oído yo hablar de las célebres tapicerías de Guermantes y las veía, medievales y azules, un poco gruesas, destacarse como una nube sobre el nombre amaranto y legendario, al pie de la antigua selva en que Childeberto cazó con tanta frecuencia, y ante aquel fino fondo misterioso de las tierras, aquellas lejanías de siglos, me parecía que había de penetrar en sus secretos tan bien como pudiera en un viaje, no más que con acercar a París por un momento a la señora de Guermantes, soberana del lugar y señora del lago, como si su rostro y sus palabras hubieran debido poseer el encanto local de las arboledas y de las riberas y las mismas particularidades seculares del viejo protocolo de sus archivos. Pero por entonces había conocido a Saint-Loup; éste me hizo saber que el castillo no se llamaba de Guermantes sino desde el siglo XVI, en que lo había adquirido su familia. Esta había residido hasta entonces en las cercanías, y su título no venía de aquella región. El pueblo de Guermantes había tomado su nombre del castillo cerca del cual

había sido construido, y, para que no destruyese sus perspectivas, una servidumbre que seguía en vigor regulaba el trazado de las calles y limitaba la altura de las casas. En cuanto a las tapicerías, eran de Boucher, compradas en el siglo XIX por un Guermantes *amateur*, y estaban colgadas al lado de unos mediocres cuadros de caza que aquél había pintado, en un salón de mala muerte tapizado de andrinópolis y de peluche. Con sus revelaciones, Saint-Loup había introducido en el castillo elementos extraños al nombre de Guermantes que no me permitieron seguir extrayendo únicamente de la sonoridad de las sílabas la fábrica de las construcciones. Entonces, en el fondo de aquel nombre, se había borrado el castillo reflejado en su lago, y lo que se me había aparecido en torno a la señora de Guermantes como su morada había sido su hotel de París, el hotel de Guermantes, límpido como su nombre, ya que ningún elemento material y opaco venía a interrumpir y cegar su transparencia. Como la iglesia no significa solamente el templo, sino también la reunión de los fieles, aquel hotel de Guermantes comprendía todas las personas que compartían la vida de la duquesa; pero esas personas, a quienes nunca había visto, no eran para mí más que nombres célebres y poéticos, y, al conocer únicamente personas que tampoco eran más que nombres, no hacían sino acrecentar y proteger el misterio de la duquesa extendiendo en torno a ella un vasto halo que iba a lo sumo degradándose.

En las fiestas que daba ella, como yo no imaginaba ningún cuerpo a los invitados, ningún bigote, ningún borceguí, ninguna frase pronunciada que fuese trivial, ni siquiera original de una manera humana y racional, aquel torbellino de nombres que introducían menos materia de la que hubiera deparado un banquete de fantasmas o un baile de espectros, en torno a aquella estatuilla de porcelana de Sajonia que era la señora de Guermantes, conservaba una transparencia de vitrina en su hotel de vidrio. Después, cuando Saint-Loup me hubo contado anécdotas referentes al capellán, a los jardineros de su prima, el hotel de Guermantes se había trocado —del mismo modo que había podido ser en otro tiempo un Louvre— en una especie de castillo rodeado, en medio del propio París, de sus tierras, poseídas hereditariamente, en virtud de un antiguo derecho extrañamente

superviviente, y sobre las que aún ejercía ella privilegios feudales. Pero esta última mansión se había desvanecido, a su vez, cuando habíamos venido nosotros a vivir muy cerca de la señora de Villeparisis, a uno de los pisos vecinos al de la señora de Guermantes, en un ala de su hotel. Era una de esas viejas mansiones como acaso existen todavía algunas, en las que el patio de honor —bien fuesen aluviones traídos por la ola ascendente de la democracia, o bien legado de tiempos más antiguos en que los diversos oficios estaban agrupados en torno al señor— solía tener a los lados trastiendas, obradores, incluso chiscones de zapatero o de sastre como los que se ven apoyados en los muros de las catedrales que la estética de los ingenieros no ha redimido, un portero remendón de calzado que criaba gallinas y cultivaba flores, y al fondo, en la casa «que hace de hotel», una «condesa» que, cuando salía en su vetusta carretela de dos caballos, ostentando en su sombrero algunas capuchinas que parecían escapadas del jardinillo de la portería (llevando al lado del cochero un lacayo que bajaba a dejar tarjetas de visita con un pico doblado en cada hotel aristocrático del barrio), enviaba indistintamente sonrisas y breves saludos con la mano a los chicos del portero y a los inquilinos burgueses del inmueble que pasaban en aquel momento, y a los que confundía en su desdeñosa afabilidad y en su ceño igualitario.

En la casa a que habíamos venido a vivir nosotros, la señorona del fondo del patio era una duquesa, elegante y todavía joven. Era la señora de Guermantes, y, gracias a Francisca, no tardé en tener informes acerca del hotel. Porque los Guermantes (a quienes solía designar Francisca con las palabras «abajo», «el bajo») eran su preocupación constante desde por la mañana, en que, echando, mientras peinaba a mamá, una ojeada prohibida, irresistible y furtiva al patio, decía: «¡Vaya, dos hermanitas! De seguro que van abajo», o bien: «¡Qué faisanes más hermosos hay en la ventana de la cocina! No hay que preguntar de dónde vienen; habrá ido de caza el duque», hasta el atardecer, en que si oía, mientras me entregaba mis avíos de noche, el ruido de un piano, el eco de alguna cancioncilla, apuntaba: «Abajo tienen gente; se divierten», y en su rostro regular, bajo sus cabellos ahora blancos, una sonrisa de su juventud, animada y digna, ponía entonces

por un momento cada uno de sus rasgos en su sitio, los acordaba en un orden afectado y fino, como antes de una contradanza.

Pero el momento de la vida de los Guermantes que más vivamente excitaba la curiosidad de Francisca, el que le producía más satisfacción y le hacía también más daño, era precisamente aquel en que, al abrirse los dos batientes de la puerta cochera, subía a su carretela la duquesa. Ordinariamente era poco después de que nuestros criados habían acabado de celebrar esa especie de pascua solemne, que nadie debe interrumpir, llamada su almuerzo, y durante la cual eran hasta tal punto *tabúes* que ni mi mismo padre se hubiera permitido llamarles, sabiendo, por lo demás, que ninguno de ellos se hubiera movido al quinto campanillazo ni al primero, y que, por tanto, hubiera incurrido en tal inconveniencia inútilmente, mas no sin perjuicio para él. Porque Francisca (que desde que se había hecho vieja ponía a cada dos por tres lo que suele llamarse cara de circunstancias) no hubiera dejado de presentarle todo el día un semblante cubierto de manchitas cuneiformes y rojas que desplegaban al exterior, pero de manera poco descifrable, el dilatado memorial de sus quejas y las profundas razones de su descontento. Las desarrollaba, por lo demás, al paño, pero sin que nosotros pudiésemos distinguir bien las palabras. Llamaba a esto —que creía desesperante para nosotros, «mortificante», «vejatorio»— decir todo el santo día «misas por lo bajo».

Acabados los últimos ritos, Francisca, que era a la vez, como en la iglesia primitiva, el celebrante y uno de los fieles, se servía el último vaso de vino, se desprendía del cuello la servilleta, la plegaba limpiándose los labios de un resto de agua enrojecida y de café, la ponía en un servilletero, daba las gracias con una mirada triste a «su» joven lacayo que, para dárselas de atento, le decía: «Vamos, señora, unas pocas más de uvas; están exquisitas», e iba inmediatamente a abrir la ventana, con pretexto de que hacía demasiado calor «en aquella miserable cocina». Echando hábilmente, al mismo tiempo que hacía girar la falleba de la ventana y tomaba el aire, una ojeada desinteresada al fondo del patio, escamoteaba furtivamente la seguridad de que la duquesa no estaba arreglada todavía, contemplaba un instante con sus miradas desdeñosas y apasionadas el coche enganchado, y,

una vez concedido por sus ojos aquel instante de atención a las cosas de la tierra, los alzaba al cielo, cuya pureza había adivinado de antemano al sentir la suavidad del aire y el calor del sol, y miraba en el ángulo del techo el sitio en que cada primavera venían a hacer su nido, precisamente encima de la chimenea de mi habitación, unos pichones parecidos a los que zureaban en su cocina, en Combray.

—¡Ah, Combray, Combray! —exclamaba. (Y el tono, cantado casi, en que declamaba esta invocación hubiera podido en Francisca, tanto como la arlesiana pureza de su rostro, hacer sospechar un origen meridional y que la patria perdida que lloraba era algo más que una patria de adopción. Mas acaso se hubiera engañado quien tal pensase, porque parece que no hay provincia que no tenga su *mediodía*, y cuántos saboyanos y bretones no se encuentran en quienes halla uno todas las dulces transposiciones de largas y breves que caracterizan al meridional)—. ¡Ah, Combray, cuándo te volveré a ver, pobre tierra! Cuándo podré pasarme todo el santo día al pie de tus espinos blancos y de nuestros pobres lilos, oyendo a los pinzones y al Vivona que hace como el murmullo de alguien que cuchichease, en lugar de oír esa condenada campanilla de nuestro señorito, que jamás se está media hora sin que me haga correr por ese maldito pasillo. Y aún le parece que no ando bastante a prisa; tendría una que haber oído antes de que él llame, y si se retrasa un minuto «le dan» unas cóleras espantosas. ¡Ay, pobre Combray! Acaso no vuelva a verte como no sea de muerta, cuando me echen como a una piedra en el agujero de la sepultura. Entonces ya no me llegará el olor de tus hermosos espinos, completamente blancos. Pero en el sueño de la muerte creo que oiré los tres campanillazos que me habrán condenado ya en vida.

Mas la interrumpían las llamadas del chalequero del patio, el mismo que tanto había agradado en otro tiempo a mi abuela el día en que ésta había ido a ver a la señora de Villeparisis, y que ocupaba un rango no menos elevado en la simpatía de Francisca. Como había alzado la cabeza al oír que se abría nuestra ventana, hacía ya un rato que trataba de atraer la atención de su vecina para darle las buenas tardes. La coquetería de la muchacha que había sido Francisca afinaba entonces en honor del señor Jupien el rugoso rostro

de nuestra vieja cocinera entorpecida por la edad, por el mal humor y por el calor del fogón, y, con una encantadora mezcla de reserva, de familiaridad y de pudor, dirigía al chalequero un gracioso saludo, mas sin responderle con la voz, porque si bien infringía las advertencias de mamá con mirar al patio, no se hubiera atrevido a desafiarlas hasta hablar por la ventana, lo cual tenía el don, según Francisca, de valerle, por parte de la señora, «todo un capítulo». Le indicaba la carretela enganchada, con trazas de decirle: «¡Hermosos caballos!, ¿eh?», pero murmurando al mismo tiempo: «¡Qué trasto viejo!», sobre todo porque sabía que el otro iba a responderle, poniéndose la mano delante de la boca para ser oído, aun cuando hablaba a media voz:

—También ustedes podrían tenerlo si quisieran, e incluso mejor que ellos tal vez, pero a ustedes no les gusta nada de eso.

Y Francisca, después de una seña modesta, evasiva y encantada, cuya significación venía a ser: «Cada cual tiene su modo de ser; aquí estamos por la sencillez», volvía a cerrar la ventana, por temor de que mamá llegase. Los *ustedes* que hubieran podido tener más caballos que los Guermantes éramos nosotros; pero Jupien tenía razón al decir *ustedes*, porque, salvo para ciertos placeres de amor propio puramente personales —como, cuando tosía sin parar y toda la casa tenía miedo de contagiarse de su catarro, pretender con irritante fisga que no estaba acatarrada, —semejante a esas plantas a que un animal a quien están enteramente unidas nutre con los alimentos que atrapa, come, digiere para ellas y les ofrece en su último y completamente asimilable residuo, Francisca vivía con nosotros en simbiosis; éramos nosotros los que, con nuestras virtudes, con nuestra hacienda, con nuestro pie de vida, con nuestra situación, teníamos que encargarnos de elaborar las pequeñas satisfacciones de amor propio de que estaba formada—, añadiendo a ellas el derecho reconocido de ejercer libremente el culto del almuerzo con arreglo a la añeja costumbre que llevaba aparejado el sorbito de aire en la ventana cuando aquél había acabado, algún paseo por las calles al ir a hacer sus compras, y una salida, el domingo, para ir a ver a su sobrina: la porción de contento indispensable para su vida. Así se comprende que Francisca hubiera podido agoniarse, los

primeros días, presa, en una casa en que todavía no eran conocidos todos los títulos honoríficos de mi padre, de una enfermedad que ella misma llamaba aburrimiento, aburrimiento en el enérgico sentido que tiene en Corneille o en la pluma de los soldados que acaban de suicidarse porque se «aburren» demasiado cerca de su novia, en su pueblo. «Esos Jupien son muy buena gente, gente de bien; lo llevan en la cara». Jupien supo, en efecto, comprender y hacer saber a todos que si no teníamos coche era porque no queríamos. Este amigo de Francisca paraba poco en su casa, porque había conseguido una colocación de empleado en un ministerio. Chalequero primeramente con la «pitusa» a quien mi abuela había tomado por hija suya, había perdido toda utilidad en ejercer su oficio desde que la pequeña, que, siendo casi una niña aún, sabía ya arreglar muy bien una falda, cuando mi abuela había ido en otro tiempo a hacer una visita a la señora de Villeparisis había tomado el camino de la costura para señoras y había llegado a ser maestra. Aprendiza, primero, con una modista que la utilizaba para dar una puntada, coser un volante, prender un botón o un «automático», ajustar un talle con corchetes, pronto había pasado a oficiala segunda, y después a primera, y, habiéndose hecho una clientela de señoras de la mejor sociedad, trabajaba en su casa, es decir, en nuestro patio, las más de las veces con una o dos de sus compañeras de taller, a las que empleaba como aprendizas. Desde entonces la presencia de Jupien había sido menos útil. Claro que la pequeña, que ahora era ya mayorcita, aún tenía que hacer a menudo chalecos. Pero, ayudada por sus amigas, no necesitaba de nadie. Así, Jupien, su tío, había solicitado un empleo. Al principio quedaba libre para volver a casa a mediodía; después, como sustituyese definitivamente al empleado a quien servía solamente de auxiliar, ya no pudo volver a casa antes de la hora del almuerzo. Su «titularización» no se produjo, afortunadamente, hasta algunas semanas después de habernos instalado nosotros en la casa, de manera que la amabilidad de Jupien pudo ejercitarse el tiempo suficiente para ayudar a Francisca a pasar sin demasiadas molestias los primeros tiempos difíciles. Por otra parte, sin dejar de reconocer la utilidad que tuvo así para Francisca a título de «medicamento de transición», debo reconocer que Jupien no me

había hecho mucha gracia en el primer momento. A unos cuantos pasos de distancia, destruyendo por completo el efecto que, sin eso, hubieran producido sus rollizas mejillas y sus lozanos colores, sus ojos, que desbordaban de una mirada compasiva, desolada y ensoñadora, hacían pensar que estaba muy enfermo o que acababa de ser herido por algún gran dolor. No sólo no había nada de eso, sino que desde el momento en que hablaba —perfectamente, por otra parte— era más bien frío y burlón. Resultaba de este desacuerdo entre su mirada y sus palabras un no sé qué de falso que no era simpático y por lo que él mismo parecía sentirse tan a disgusto como un invitado en traje de calle en una reunión en que todos visten de etiqueta, o como uno que, teniendo que responder a una Alteza, no sabe a ciencia cierta cómo ha de hablarle y soslaya la dificultad reduciendo sus frases a casi nada. Las de Jupien —porque esto es pura comparación— eran, por el contrario, encantadoras. Correspondiendo acaso a aquella inundación del rostro por los ojos (en la que dejaba de ponerse atención cuando se le conocía), eché de ver bien pronto en él, en efecto, una inteligencia rara y una de las más naturalmente literarias que me haya sido dado conocer, en el sentido de que, probablemente sin cultura, poseía o se había asimilado, no más que con la ayuda de algunos libros presurosamente recorridos, los más ingeniosos giros de la lengua. Las gentes mejor dotadas que había conocido yo habían muerto muy jóvenes. Así, estaba convencido de que la vida de Jupien acabaría pronto. Tenía aquel hombre bondad, piedad, los sentimientos más delicados, más generosos. Su papel en la vida de Francisca había dejado bien pronto de ser indispensable. Francisca había aprendido a imitarle.

Hasta cuando un proveedor o un criado venía a traernos algún encargo, a pesar de que parecía no ocuparse de él, y al indicarle solamente, con expresión de indiferencia, una silla, mientras ella seguía en su trabajo, Francisca sacaba tan hábilmente partido de los pocos instantes que aquél pasaba en la cocina, esperando la respuesta de mamá, que era muy raro que el hombre se fuese sin llevar indestructiblemente grabada la certeza de que «si no lo teníamos, era porque no queríamos». Si ponía tanto empeño, por lo demás, en que se supiera que teníamos «dinero» (porque ignoraba el uso

de lo que Saint-Loup llamaba artículos partitivos, y decía: «tener dinero», «traer agua»)[1], en que la gente supiese que éramos ricos, no es que la riqueza sin más, la riqueza sin ir acompañada de la virtud, fuera a los ojos de Francisca el bien supremo; pero la virtud sin riqueza tampoco era su ideal. La riqueza era para ella como una condición necesaria de la virtud, sin la cual la virtud carecería de mérito y de encanto. Tan poco las separaba, que había acabado por atribuir a cada una de ellas las cualidades de la otra, por exigir que hubiese algo confortable en la virtud, por reconocer algo edificante en la riqueza.

Una vez vuelta a cerrar la ventana, con bastante rapidez —si no, mamá, según parece, le hubiera «soltado todos los insultos imaginables»—, Francisca empezaba, suspirando, a poner en orden la mesa de la cocina.

—Hay unos Guermantes que siguen en la calle de la Chaise —decía el ayuda de cámara; yo tuve un amigo que había trabajado en esa casa; era segundo cochero con ellos. Y conozco a uno, entonces no era de mi pandilla, pero sí un cuñado suyo, que había hecho el servicio militar con un picador del barón de Guermantes—. «Y después de todo, ¡qué diablo!, no es mi padre» —añadía el ayuda de cámara, que tenía la costumbre, lo mismo que canturreaba las canciones en boga, de sembrar sus frases de ocurrencias nuevas.

Francisca, con la fatiga de sus ojos de mujer ya de edad y que, por otra parte, veían todo lo de Combray en una vaga lejanía, percibió no la gracia que había en estas palabras, sino que debían de contener alguna, puesto que no guardaban relación con el resto de la frase, y habían sido lanzadas con fuerza por quien sabía ella que era un bromista. Así, sonrió con expresión benévola y de pasmo, y como si dijera: «¡Este Víctor, siempre el mismo!». Por otra parte, se sentía dichosa, porque sabía que el oír ocurrencias de ese género se emparenta de lejos con esas honestas distracciones de sociedad por las que, en todas las esferas, la gente se da prisa a arreglarse, se arriesga a pillar frío. Finalmente, creía que el ayuda de cámara era un amigo para ella, porque no se hartaba de denunciarle con indignación las terribles medidas que la República iba a tomar contra el clero. Aún no había comprendido Francisca que nuestros más crueles adversarios no son

aquellos que nos contradicen y tratan de persuadirnos, sino los que abultan o inventan las noticias que pueden desolarnos, guardándose bien de darles una apariencia de justificación que disminuiría nuestra pena y acaso nos infundiese una ligera estimación respecto de un partido que se empeñan en presentarnos, para hacer completo nuestro suplicio, como atroz y triunfante a la vez.

—La duquesa debe de estar emparentada con todo eso —dijo Francisca, prosiguiendo la conversación de los Guermantes de la calle de la Chaise como quien recomienza un trozo de música en el andante—. No sé quién me ha dicho que uno de ellos se había casado con una prima del duque. De todas maneras, es del mismo «paréntesis». ¡Los Guermantes son una gran familia! —añadía con respeto, basando la grandeza de aquella familia en el número de sus miembros a la vez que en el brillo de su ilustración, como Pascal fundaba la verdad de la Religión en la Razón y en la autoridad de las Escrituras. Porque como no tenía más que la palabra «grande» para ambas cosas, le parecía que éstas no formaban más que una sola, presentando así por una parte su vocabulario, como ciertas piedras, un defecto que proyectaba oscuridad hasta en el pensamiento de Francisca.

—Digo yo si serían esos los que tienen su castillo en Guermantes, a diez leguas de Combray; entonces deben de ser también parientes de su prima la de Argel.

Durante mucho tiempo nos preguntamos mi madre y yo quién podría ser esa prima de Argel, pero, al fin, acabamos por darnos cuenta de que lo que Francisca quería decir con el nombre de Argel era la ciudad de Angers. Lo que está lejos puede sernos más conocido que lo que está próximo. Francisca, que sabía el nombre de Argel por unos espantosos dátiles que recibíamos el día de Año Nuevo, ignoraba el de Angers. Su lenguaje, como la misma lengua francesa, y sobre todo la toponimia, estaba sembrado de errores. Quería hablar de ellos con su jefe de comedor.

—¿Cómo le llaman? —se interrumpió Francisca, como planteándose una cuestión de protocolo—. ¡Ah, sí! Le llaman Antonio —como si Antonio hubiera sido un título—. Él hubiera sido quien podría decírmelo, pero es todo un señor, un pedantón, cualquiera diría que le han cortado la

lengua o que se ha olvidado de aprender a hablar. Ni siquiera *hace respuesta* cuando se le habla —añadía Francisca, que decía «hacer respuesta», como madame de Sévigné—. Pero —añadió sin sinceridad— yo, desde el momento en que sé lo que se cuece en mi olla, no me ocupo de la de los demás. En todo caso, eso no es cristiano. Y, además, no es un hombre valiente —esta apreciación hubiera podido hacer creer que Francisca había cambiado de parecer sobre la valentía, que, según ella, en Combray, rebajaba a los hombres, poniéndolos al nivel de los animales feroces; pero no había nada de eso. *Valiente* significaba ni más ni menos que trabajador—. También dicen que es tan ladrón como una urraca, pero no siempre hay que hacer caso de chismes. Aquí todos los empleados se van del seguro; por lo que se refiere al patio, los porteros tienen envidia y encizañan a la duquesa. Pero bien puede decirse que el Antonio ése es un verdadero holgazán, y su «Antonia» no vale mucho más que él —añadía Francisca, que, para encontrar al nombre de Antonio un femenino que designase a la mujer de él, tenía sin duda en su creación gramatical un inconsciente recuerdo de canónigo y canonesa[2].

No decía mal. Aún existe cerca de Notre-Dame una calle llamada *rué Chanoinesse*, nombre que le habían dado (¿porque estuviese habitada exclusivamente por canonesas?) los franceses de antaño, de quienes Francisca era, en realidad, contemporánea. Teníamos, por lo demás, inmediatamente después, un nuevo ejemplo de esta manera de formar los femeninos, ya que Francisca añadía:

—De lo que no cabe duda es de que pertenece a la duquesa el castillo de Guermantes. Y allí es ella la alcaldesa. Eso es algo.

—Ya comprendo que es algo —decía con convicción el lacayo, que no se había percatado de la ironía.

—¿Crees que eso es algo, hijo mío? Para gentes como «esos», ser alcalde y alcaldesa es tres veces nada. ¡Ah, si fuera mío el castillo de Guermantes, no me verían muy a menudo en París! De todas maneras, ya hace falta que unos señores, unas personas que tienen de qué, como el señor y la señora, tengan ocurrencias para quedarse en esta dichosa ciudad mejor que irse a Combray, siendo como son libres de hacer lo que les dé la gana, y

que nadie les detiene. ¿A qué esperan para retirarse, no faltándoles como no les falta nada? ¿A estar muertos? ¡Ay, si yo tuviera aunque no fuese más que pan seco que comer y leña con que calentarme por el invierno, ya hace tiempo que estaría en mi casa, en la pobre casa de mi hermano, en Combray! Allí, a lo menos, se siente una vivir, no tiene todas estas casas delante de una; hay tan poco ruido que por las noches se oye a las ranas cantar a más de dos leguas.

—¡Debe de ser lo que se dice hermoso, señora! —exclamaba el lacayo, entusiasmado, como si este último rasgo hubiera sido tan peculiar de Combray corno la vida en góndola lo es de Venecia.

Por lo demás, como era más reciente en la casa que el ayuda de cámara, hablaba a Francisca de los temas que podían interesarle, no a él, sino a ella. Y Francisca, que torcía el gesto cuando la trataban de cocinera, tenía para con el lacayo, que decía, cuando hablaba de ella, «el ama de llaves», la especial benevolencia que sienten ciertos príncipes de segundo orden respecto de los jóvenes bien intencionados que les tratan de Alteza.

—Por lo menos sabe una lo que hace y en qué estación vive. No como aquí, que no habrá un mal *bouton d'or*[3] por Pascuas ni por Navidad, y ni siquiera oigo un *Angelus* cuando levanto mis huesos. Allá los oye una a todas horas; no es más que una campana de nada, pero te dices: «ya vuelve mi hermano del campo»; ves que cae la tarde, tocan por los bienes de la tierra, tienes tiempo de volver a casa antes de encender la lámpara. Aquí es de día, es de noche, se va una a acostar sin que pueda decir siquiera, ni más ni menos que los animales, lo que ha hecho.

—Parece que también Méséglise es bonito, señora, —interrumpía el lacayo, para cuyo gusto la conversación tomaba un giro un tanto abstracto y que se acordaba por casualidad de habernos oído hablar de Méséglise en la mesa.

—¡Oh, Méséglise! —decía Francisca con la amplia sonrisa que se hacía acudir a sus labios cuando se pronunciaban los nombres de Méséglise, Combray, Tansonville. Hasta tal punto formaban parte de su propia existencia, que al encontrarlos fuera de sí, al oírlos en una conversación, sentía una alegría bastante próxima a la que un profesor excita en su clase al

hacer alusión a tal personaje contemporáneo cuyo nombre jamás hubieran creído sus alumnos que pudiese caer desde lo alto de la cátedra. Su placer venía también de sentir que aquellas tierras eran para ella algo que no eran para los demás, antiguos camaradas con quienes se han pasado no pocos ratos; y les sonreía como si se encontrase con que tuvieran espíritu, porque volvía a encontrar en ellos mucho de sí misma.

—Sí que puedes decirlo, hijo. ¡Méséglise es bastante bonito! —proseguía, riendo finamente—; pero ¿cómo has oído tú hablar de Méséglise?

—¿Que cómo he oído hablar yo de Méséglise? Ya se sabe, me han hablado de él, e incluso más de una vez —respondía él, con esa criminal inexactitud de los informadores que, cada vez que tratamos de darnos cuenta objetivamente de la importancia que puede tener para los demás una cosa que nos concierne, nos ponen en la imposibilidad de conseguirlo.

—¡Ah! Os aseguro que se está mejor allí, al pie de los cerezos, que no cerca del fogón.

Incluso les hablaba de Eulalia como de una buena persona. Porque desde que Eulalia había muerto, Francisca había olvidado por completo que la había querido poco durante su vida, como quería poco a todo el que no tenía en su casa qué comer, que *reventaba de hambre*, y venía luego, como el que no sirve para nada, gracias a la bondad de los ricos, a *hacer cumplidos.* Ya no le dolía que Eulalia hubiera sabido arreglárselas tan bien que *le diese su moneda* mi tía todas las semanas. En cuanto a mi tía, no se hartaba de cantar sus alabanzas.

—¿Pero estaba usted entonces en el mismo Combray con una prima de la señora? —preguntaba el lacayo.

—Sí, en casa de madame Octavia. ¡Ah! Una verdadera santa, hijos míos. Y que allí había siempre de qué, y cosas buenas y hermosas; una buena mujer, puede decirse, que no se dolía por los pollos de perdiz, ni por los faisanes, ni nada; ya podíais llegar a comer cinco, seis que fueseis, que no había cuidado que faltase carne, y de primera calidad, encima, y vino blanco, y vino tinto: todo lo preciso —Francisca empleaba el verbo *dolerse* lo mismo que La Bruyère—. Todo se hacía siempre a su costa, incluso si la

familia se quedaba meses y *años.* —Esta reflexión nada tenía de molesto para nosotros ya que Francisca era de un tiempo en que costas no estaba reservado al estilo judicial y significaba simplemente gasto—. ¡Ah! Os aseguro que nadie se iba de allí con hambre. Como el señor cura ha hecho resaltar muchas veces, si hay una mujer que pueda contar con que irá al lado de Dios, no cabe la menor duda que es ella. ¡Pobre señora!, todavía la estoy oyendo cuando me decía con su vocecita: «Francisca, ya sabe usted que yo no como; pero quiero que todo sea tan bueno para todo el mundo como si comiera yo». ¡Ya lo creo que no era para ella! Si la hubierais visto, no pesaba más que un cucurucho de cerezas; no tenía más peso. No quería hacerme caso; nunca consentía en ir al médico. Lo que es allí no se hubiera comido a prisa y corriendo. Quería que sus criados estuviesen bien alimentados. Aquí, esta misma mañana, sin ir más lejos, ni siquiera hemos tenido tiempo de hincar el diente a un mendrugo. Todo se hace de prisa y corriendo.

Lo que sobre todo la exasperaba eran las rebanadas de pan tostado que comía mi padre. Estaba convencida de que si éste las pedía era por darse tono y hacerla *danzar.*

—Lo que yo puedo decir —aprobaba el lacayo— es que en mi vida he visto semejante cosa.

Lo decía como si lo hubiera visto todo y las enseñanzas de una experiencia milenaria se extendiesen en él a todos los países y a sus costumbres, entre las cuales no figuraba en ninguna parte la del pan tostado.

—Sí, sí —rezongaba el jefe de comedor—; pero todo eso puede muy bien cambiar. Los obreros van a hacer una huelga en el Canadá y el ministro le ha dicho el otro día al señor que ha cobrado por eso doscientos mil francos.

El jefe de comedor estaba lejos de censurarle por ello; no porque él no fuese perfectamente honrado, sino porque como creía a todos los políticos sospechosos, el crimen de concusión le parecía menos grave que el más leve delito de robo. Ni siquiera se preguntaba si habría entendido bien aquella frase histórica, ni le chocaba lo inverosímil de que el propio culpable se la hubiera dicho a mi padre sin que éste lo hubiera puesto en la

puerta. Pero la filosofía de Combray impedía que Francisca pudiese esperar que las huelgas del Canadá tuviesen repercusión alguna en el uso de las tostadas.

—Mientras el mundo sea mundo, ¿sabéis?, ha de haber amos que nos hagan trotar y criados que satisfagan sus caprichos.

A pesar de la teoría de ese trote perpetuo, desde hacía ya un cuarto de hora, mi madre, que probablemente no se servía de las mismas medidas que Francisca para apreciar lo que duraba el almuerzo de ésta, decía:

—Pero ¿qué pueden estar haciendo? Hace ya más de dos horas que están a la mesa.

Y llamaba tímidamente tres o cuatro veces. Francisca, su lacayo y el *maître d'hôtel* oían los campanillazos como un toque de llamada y sin pensar en acudir; pero, así y todo, como los primeros sonidos de los instrumentos que se templan cuando un concierto va a reanudarse muy pronto y se siente que ya no habrá más que unos minutos de entreacto. Así, cuando los campanillazos comenzaban a reiterarse y hacerse más insistentes, nuestros criados empezaban a prestarles atención y, juzgando que ya no tenían mucho tiempo por delante y que se acercaba el momento de volver al trabajo, a un tintineo de la campanilla más sonoro que los demás lanzaban un suspiro y, decidiéndose, el lacayo bajaba a fumarse un cigarrillo ante la puerta, Francisca, tras algunas reflexiones a cuenta nuestra, tales como «debe de haberles picado la tarántula», subía a arreglar sus cosas a su sexto piso, y el jefe de comedor, que había ido a buscar papel de cartas a mi alcoba, despachaba rápidamente su correspondencia privada.

No obstante el engreimiento del jefe de comedor de los Guermantes, Francisca había podido, desde los primeros días, hacerme saber que aquéllos no habitaban su hotel en virtud de un derecho inmemorial, sino de un arrendamiento bastante reciente, y que el jardín a que daba el hotel por la parte que yo no conocía era bastante pequeño y semejante a todos los jardines contiguos; y supe, en fin, que allí no se veía caza señorial, ni molino fortificado, ni *salvitas*[4], ni palomar sobre columnas, ni horno del señorío, ni castillete, ni puentes fijos o levadizos, ni siquiera volantes, como tampoco obeliscos, cartelas, murales o mugas. Pero lo mismo que Elstir,

cuando al perder su misterio la bahía de Balbec se había convertido para mí en una parcela cualquiera intercambiable con cualquier otra de las cantidades de agua salada que hay en el globo, le había devuelto de pronto una individualidad al decirme que era el golfo de ópalo de Whistler en sus armonías azul plata, así el nombre de Guermantes había visto morir bajo los golpes de Francisca la última mansión salida de él, cuando un viejo amigo de mi padre nos dijo un día, hablando de la duquesa: «Ocupa la posición más importante en el barrio de Saint-Germain; su casa es la primera del barrio de Saint-Germain». Desde luego que el primer salón, la primera casa del barrio de Saint-Germain era bien poca cosa al lado de las otras mansiones que yo había soñado sucesivamente. Pero, en fin, ésta —y había de ser la última— aún tenía algo, por humilde que fuese, que estaba más allá de su propia materia, una diferenciación secreta.

Y era para mí tanto más necesario poder buscar en el salón de la señora de Guermantes, en sus amigos, el misterio de su nombre, cuanto que no lo encontraba en su persona cuando la veía salir por la mañana a pie o a la tarde en coche. Verdad es que ya en la iglesia de Combray se me había aparecido en el relámpago de una metamorfosis con unas mejillas irreductibles, impenetrables al color del nombre del Guermantes y de las siestas a orillas del Vivona, en lugar de mi sueño fulminado, como un cisne o un sauce en que ha sido cambiado un dios o una ninfa que, sometidos desde ese punto a las leyes de la Naturaleza, resbalará sobre el agua o será agitado por el viento. Sin embargo, apenas había dejado yo estos reflejos desvanecidos, cuando tornaban a formarse como los reflejos rosa y verde del sol poniente detrás de la rama que los ha quebrado, y en la soledad de mi pensamiento el nombre se había apropiado rápidamente el recuerdo del rostro. Pero ahora la veía con frecuencia en su ventana, en el patio, en la calle; y, por lo menos, si no llegaba a integrar en ella el nombre de Guermantes, a pensar que era la señora de Guermantes, acusaba de ello a la impotencia de mi espíritu para llegar hasta el final del acto que yo le exigía; pero nuestra vecina parecía cometer el mismo error, aun más, cometerlo sin turbarse, sin ninguno de mis escrúpulos, sin la sospecha siquiera de que fuese un error. Así la señora de Guermantes mostraba en sus vestidos el

mismo cuidado de seguir la moda que si, creyéndose convertida en una mujer como las demás, hubiese aspirado a esa elegancia en el vestir en que cualquier mujer podía igualarla, superarla acaso; yo la había visto en la calle mirar con admiración a una actriz bien vestida; y por la mañana, en el momento en que iba a salir a pie, como si la opinión de los transeúntes cuya vulgaridad hacía resaltar paseando familiarmente por entre ellos su vida inaccesible pudiera ser para ella un tribunal, podía yo distinguirla ante su espejo desempeñando con una convicción exenta de desdoblamiento y de ironía, con pasión, con malhumor, con amor propio, como una reina que ha aceptado hacer de criada en una comedia de corte, el papel, tan inferior a ella, de mujer elegante; y en el olvido mitológico de su grandeza nativa miraba si su velillo estaba bien estirado, se aplastaba las mangas, se ajustaba la capa, como el cisne divino hace todos los movimientos de su especie animal, conserva su ojos pintados a ambos lados del pico y se lanza de pronto sobre un botón o un paraguas, como cisne, sin acordarse de que es un Dios. Pero de igual modo que el viajero, defraudado por la primera impresión de una ciudad, se dice que acaso penetre en el espíritu de la misma visitando sus museos, trabando conocimiento con el pueblo, trabajando en las bibliotecas, me decía yo que si hubiera sido recibido en casa de la señora de Guermantes, si fuese uno de sus amigos, si penetrase en su existencia, conocería lo que su nombre encerraba realmente, objetivamente, bajo su envoltura anaranjada y brillante, para los demás, ya que, en fin, el amigo de mi padre había dicho que el círculo de los Guermantes era algo aparte en el barrio de Saint-Germain.

La vida que yo suponía se llevaba allí derivábase de una fuente tan diferente de la experiencia, y me parecía que había de ser tan particular, que no hubiera podido imaginar en las reuniones de la duquesa la presencia de personas que yo hubiese tratado en otro tiempo, de personas reales. Porque como no podían cambiar súbitamente de naturaleza, hubieran tenido allí conversaciones análogas a las que yo conocía; sus interlocutores quizá se hubiesen rebajado hasta responderles en el mismo lenguaje humano, y durante una recepción en el primer salón del barrio de Saint-Germain hubiera habido instantes idénticos a otros que yo había vivido ya, lo cual

era imposible. Verdad es que mi espíritu se hallaba perplejo ante ciertas dificultades, y la presencia del cuerpo de Jesucristo en la hostia no me parecía un misterio más oscuro que aquel primer salón del barrio situado en la orilla derecha cuyos muebles podía oír yo sacudir por las mañanas desde mi cuarto. Pero la línea de demarcación que me separaba del barrio de Saint-Germain, por ser solamente ideal, no me parecía sino más real; me daba perfecta cuenta de que el barrio era ya la estera de los Guermantes extendida al otro lado de ese Ecuador, y de la cual se había atrevido a decir mi madre, después de haberla visto como yo, un día que la puerta de aquéllos se hallaba abierta, que estaba en muy mal estado. Por lo demás, ¿cómo no había de haberme parecido que su comedor, su galería oscura con muebles de peluche rojo, que podía entrever algunas veces por la ventana de nuestra cocina, poseían el encanto misterioso del barrio de Saint-Germain, que formaban parte de él de una manera esencial, que se hallaban geográficamente situados en él, si el ser recibido en aquel comedor era haber ido al barrio de Saint-Germain, haber respirado su atmósfera, puesto que todos aquellos que, antes de ir a la mesa, se sentaban al lado de la señora de Guermantes en el canapé de cuero de la galería, eran del barrio de Saint-Germain? Sin duda en otro sitio que no fuese el barrio, en ciertas recepciones, podía verse a veces, majestuosamente entronizado en medio del vulgo de los elegantes, uno de esos hombres que no son más que nombres y que cobran alternativamente, cuando uno trata de representárselos, el aspecto de un torneo o de una selva patrimonial. Pero aquí, en el primer salón del barrio de Saint-Germain, en la galería oscura, no había más que hombres de esos. Eran las columnas de una materia preciosa que sostenían el templo. Incluso para las reuniones familiares, sólo entre ellos podía escoger la señora de Guermantes sus invitados, y en las comidas de doce personas reunidas en torno a la mesa servida, eran como las estatuas de oro de los apóstoles de la Sagrada Capilla, pilares simbólicos y consagrantes ante la Sagrada Mesa. En cuanto al trocito de jardín que se extendía entre altas tapias, a espaldas del hotel, y donde, en verano, después de comer, hacía servir la señora de Guermantes licores y naranjada, ¿cómo no había yo de pensar que sentarse entre nueve y once de la noche en sus

sillas de hierro —dotadas de tan gran poder como el canapé de cuero— sin respirar las brisas privativas del barrio de Saint-Germain, era tan imposible como dormir la siesta en el oasis de Figuig sin estar justamente por eso en África? Y sólo la imaginación y la creencia pueden diferenciar de los demás ciertos objetos, ciertos seres, y crear una atmósfera. ¡Ay!, jamás, sin duda, me sería dado asentar mis pasos por entre esos parajes pintorescos, esos accidentes naturales, esas curiosidades locales, esas obras de arte del barrio de Saint-Germain. Y me contentaba con estremecerme al distinguir desde alta mar (y sin esperanza de llegar nunca allí), como un minarete avanzado, como una primera palmera, como el comienzo de la industria o de la vegetación exóticas, la gastada estera de la costa.

Pero si el hotel de Guermantes empezaba para mí en la puerta de su vestíbulo, sus dependencias debían extenderse mucho más lejos, a juicio del duque, el cual, tomando a todos los inquilinos por granjeros, rústicos, compradores de bienes nacionales, cuya opinión no cuenta, se afeitaba por las mañanas, en camisón de dormir, en su ventana; bajaba al patio, según tuviese más o menos calor, en mangas de camisa, en pijama, con un chaquetón escocés de un color raro, de pelo largo, con paletos claros más cortos que su chaquetón, y hacía que uno de sus picadores pusiera al trote ante él, teniéndolo de la brida, algún caballo nuevo que había comprado. Incluso más de una vez el caballo hizo añicos la cristalera de Jupien, el cual sacó de quicio al duque al exigirle una indemnización. «Aun cuando no fuese más que en consideración a todo el bien que la duquesa hace en la casa y en la parroquia —decía el señor de Guermantes—, es una desvergüenza por parte de ese quídam reclamarnos nada». Pero Jupien se había mantenido firme, sin saber a ciencia cierta, al parecer, qué *bien* había hecho nunca la duquesa. Sin embargo, ésta lo hacía; pero como no es posible extenderlo a todo el mundo, el recuerdo de haber colmado de beneficios a uno es una razón para abstenerse respecto de otro en quien es tanto mayor el descontento que se excita. Desde otros puntos de vista, por lo demás, que el de la beneficencia, el barrio no le parecía al duque —y esto hasta grandes distancias— más que una prolongación de su patio, un picadero más extenso para sus caballos. Después de haber visto cómo

trotaba solo un caballo nuevo, lo hacía enganchar, atravesar todas las calles cercanas, con el picador corriendo a par del coche, empuñando las riendas, haciéndolo pasar y volver a pasar por delante del duque, parado en la acera, en pie, gigantesco, enorme, vestido de claro, con el cigarro en la boca, la cabeza al aire, el monóculo curioso, hasta el momento en que saltaba al pescante, guiaba él mismo al caballo para probarlo y se iba con el nuevo tiro a recoger a su querida a los Campos Elíseos. El señor de Guermantes daba los buenos días en el patio a dos parejas que pertenecían, sobre poco más o menos, a su mundo: un matrimonio de primos suyos que, como los matrimonios de obreros, nunca estaba en casa para cuidar a los niños, ya que desde por la mañana la mujer se iba a la *Schola*[5] a aprender contrapunto y fuga, y el marido a su estudio a hacer esculturas en madera y cueros repujados; además, el barón y la baronesa de Norpois, vestidos siempre de negro, la mujer de alquiladora de sillas y el marido de entierramuertos, que salían varias veces al día para ir a la iglesia. Eran sobrinos del viejo embajador que conocíamos nosotros y a quien justamente había encontrado mi padre en el descansillo de la escalera, pero sin comprender de dónde venía; porque mi padre pensaba que un personaje tan considerable que había estado en relación con los hombres más eminentes de Europa y que probablemente era harto indiferente a vanas distinciones aristocráticas, debía tratar apenas a estos nobles oscuros, clericales y limitados. Hacía poco que vivían en la casa; como Jupien fuese a decir dos palabras en el patio al marido, que estaba saludando al señor de Guermantes, le llamó *Señor Norpois* por no saber exactamente su nombre.

—¡Ah! ¡Señor Norpois! ¡Ah! ¡La verdad que es un hallazgo! ¡Paciencia! Ese Juan Particular no tardará en llamarle a usted *ciudadano Norpois* —exclamó, volviéndose hacia el barón, el señor de Guermantes. Al fin podía exhalar su mal humor contra Jupien, que le llamaba *señor* y no *señor duque.*

Un día que el señor de Guermantes necesitaba unos informes relacionados con la profesión de mi padre, se había presentado a sí mismo con muy buena gracia. Desde entonces tenía que pedirle a menudo algún favor como vecino, y en cuanto le veía que bajaba la escalera pensando en

algún trabajo, y deseoso de evitar todo encuentro, el duque dejaba a sus mozos de cuadra, salía al paso de mi padre en el patio, le ponía bien el cuello del gabán, con la servicialidad heredada de los antiguos ayudas de cámara del rey, le cogía la mano y, reteniéndola en la suya, acariciándosela incluso para probarle, con un impudor de cortesana, que no le regateaba el contacto de su preciosa carne, lo llevaba así, fastidiadísimo y sin pensar más que en escaparse, hasta más allá de la puerta cochera. Nos había hecho grandes saludos un día que se había cruzado con nosotros en el momento en que salía en coche con su mujer, a la que debía de haber dicho mi nombre; pero ¿qué probabilidad había de que ella lo hubiera recordado, como tampoco mi cara? Y, además, ¡vaya una recomendación la de ser designado meramente como uno de sus inquilinos! Más importante hubiera sido encontrar a la duquesa en casa de la señora de Villeparisis, que precisamente me había pedido por medio de mi abuela que fuese a verla, y al saber que yo había tenido intención de dedicarme a la literatura, había añadido que en su casa me encontraría con algunos escritores. Pero mi padre estimaba que yo era demasiado joven aún para hacer vida de sociedad, y como el estado de mi salud no dejaba de preocuparle, no tenía ganas de procurarme ocasiones inútiles de nuevas salidas.

Como uno de los lacayos de la señora de Guermantes hablaba mucho con Francisca, oí que nombraba algunos de los salones a que aquélla iba; pero por mi parte no acertaba a representármelos: desde el momento en que eran una parte de su vida, de su vida que yo no veía más que a través de su nombre, ¿no eran inconcebibles?

—Esta noche hay una gran fiesta de sombras chinescas en casa de la princesa de Parma —decía el lacayo—; ahora que no iremos, porque a las cinco toma la señora el tren de Chantilly para ir a pasar dos días en casa del duque de Aumale; pero quienes van son la doncella y el ayuda de cámara. Yo me quedo aquí. No le va a hacer ninguna gracia a la princesa de Parma; más de cuatro veces le ha escrito a la señora duquesa.

—¿Entonces ya no están ustedes por ir al castillo de Guermantes este año?

—Es la primera vez que no lo pasaremos allí; por causa de los catarros del señor duque, ha prohibido el doctor que se vuelva allí hasta que pongan un calorífero; pero antes de eso, todos los años se estaba allí hasta enero. Si el calorífero no está instalado, puede que la señora vaya algunos días a Cannes, a casa de la duquesa de Guisa; pero todavía no es seguro.

—¿Y allí van ustedes al teatro?

—Vamos unas veces a la Opera, otras a las suarés de abono de la princesa de Parma, que son cada ocho días; parece que es muy distinguido lo que ponen: hay comedias, ópera, de todo. La señora duquesa no ha querido tomar un abono; pero de todas maneras vamos una vez a un palco de una amiga de la señora, otras a otro, a menudo a la platea de la princesa de Guermantes, la mujer del primo del señor duque. Es hermana del duque de Baviera. ¿Así que ya se vuelve usted a casa? —decía el lacayo, que, bien que identificado con los Guermantes, tenía, sin embargo, de los *amos* en general una noción política que le permitía tratar a Francisca con tanto respeto como si hubiera estado colocada en casa de una duquesa. Tiene usted una salud excelente, señora.

—¡Ah, si no fuera por estas malditas piernas! En llano, aún menos mal —en llano quería decir en el patio, en las calles por donde no le disgustaba pasearse a Francisca; en una palabra, en terreno llano—; pero estas condenadas escaleras… Hasta luego; puede que volvamos a vernos esta tarde.

Deseaba tanto más volver a hablar con el lacayo cuanto que había sabido por éste que los hijos de los duques suelen llevar un título de príncipe, que conservan hasta la muerte de su padre. Sin duda el culto a la nobleza, mezclándose y acomodándose con cierto espíritu de rebeldía contra la misma, debe de ser, hereditariamente extraído de los terruños de Francia, muy fuerte en su pueblo. Porque Francisca, a quien podía hablársele del genio de Napoleón o de la telegrafía sin hilos sin conseguir atraer su atención y sin que ni por un instante moderase los movimientos con que retiraba la ceniza de la chimenea o ponía el cubierto, sólo con que le contasen esas particularidades y que el hijo menor del duque de

Guermantes se llamaba generalmente príncipe de Oleron, exclamaba: «¡Qué hermoso es eso!». Y se quedaba deslumbrada como ante un vitral.

Francisca supo también por el lacayo del príncipe de Agrigento, que había hecho amistad con ella en las frecuentes ocasiones en que venía a traer cartas a la duquesa, que había oído, en efecto, hablar mucho en el gran mundo del matrimonio del marqués de Saint-Loup con la señorita de Ambresac, y que estaba ya casi decidido.

Aquella *villa*, aquella platea en que la duquesa de Guermantes trasegaba su vida me parecían lugares menos mágicos que sus habitaciones. Los nombres de Guisa, de Parma, de Guermantes-Baviera, diferenciaban de todos los demás los lugares de veraneo a que se trasladaba la duquesa, las fiestas cotidianas que el surco de su coche ligaba a su hotel. Si me decían que en esos veraneos, en esas fiestas, consistía sucesivamente la vida de la señora de Guermantes, no me daban ninguna luz sobre esa vida. Cada uno de ellos daba a la vida de la duquesa una determinación diferente, pero no hacía más que cambiarla de misterio, sin que ella dejase evaporarse nada del suyo, que mudaba solamente de lugar, protegido por un tabique, encerrado en un vaso, en medio de las ondas de la vida de todos. La duquesa podía desayunar frente al Mediterráneo en la temporada de Carnaval, pero en la *villa* de la señora de Guisa, donde la reina de la sociedad parisiense ya no era, con su traje de piqué blanco, en medio de numerosas princesas, más que una invitada igual a las demás, y precisamente por eso más conmovedora aún para mí, más ella misma al renovarse como una estrella de la danza que en la fantasía de un paso llega a ocupar sucesivamente el puesto de cada una de las bailarinas, sus hermanas; podía contemplar las sombras chinescas, pero en una suaré de la princesa de Parma; oír la tragedia o la ópera, pero en la platea de la princesa de Guermantes.

Así como localizamos en el cuerpo de una persona todas las posibilidades de su vida, el recuerdo de los seres que conoce y a quienes acaba de dejar, o a los que va a unirse, así yo, si al enterarme por Francisca de que la señora de Guermantes iría a pie a almorzar a casa de la princesa de Parma, la veía, a eso de mediodía, bajar de su casa con su traje de raso

claro, sobre el cual su rostro era del mismo matiz, como una nube a la puesta del sol, lo que ante mí veía eran todos los placeres del barrio de Saint-Germain contenidos en aquel pequeño volumen como en una concha, entre aquellas bruñidas valvas de sonrosado nácar.

Mi padre tenía en el Ministerio un amigo, un tal A. J. Moreau, el cual, para distinguirse de los demás Moreau, tenía cuidado de hacer preceder siempre su apellido de estas dos iniciales, de suerte que se le llamaba, para abreviar, A. J. Pues este A. J. se encontró no sé cómo en posesión de una butaca para una suaré de gala de la Opera; se la mandó a mi padre, y como la Berma, a quien yo no había vuelto a ver trabajar desde mi primera decepción, había de representar un acto de *Fedra*, mi abuela consiguió que mi padre me diera esa entrada.

A decir verdad, yo no concedía ningún valor a esta posibilidad de oír a la Berma que, algunos años antes, me había causado tanta agitación. Y no sin melancolía comprobé mi indiferencia respecto de lo que en otro tiempo había preferido a la salud, al reposo. No es que fuese menos apasionado que entonces mi deseo de poder contemplar de cerca las preciosas parcelas de realidad que entreveía mi imaginación. Pero ésta ya no las situaba ahora en la dicción de una gran actriz; desde mis visitas a Elstir había trasladado a ciertas tapicerías, a ciertos cuadros modernos, la fe íntima que en otro tiempo había tenido en el juego, en el arte trágico de la Berma; como mi fe, mi deseo no acudían ya a rendir a la dicción y a las actitudes de la Berma un culto incesante, el *doble* que de ellos poseía en mi corazón había languidecido poco a poco cual esos otros *dobles* de los muertos del antiguo Egipto a quienes había que alimentar constantemente para mantener su vida. Aquel arte se había tornado débil y mísero. Ningún alma profunda lo habitaba ya.

En el momento en que, aprovechando el billete recibido por mi padre, subía la gran escalera de la Opera, reparé en un hombre que iba delante de mí y al cual tomé en el primer momento por el señor de Charlus, cuyo porte tenía; cuando volvió la cabeza para preguntar algo a un empleado vi que me había engañado; pero no dudé, sin embargo, en situar al desconocido en la misma clase social, por la forma, no sólo en que iba vestido, sino en que

hablaba al encargado de recibir los billetes y a las acomodadoras que le hacían esperar. Porque, a pesar de las particularidades individuales, aún había en aquella época entre cada hombre gomoso y rico de esta parte de la aristocracia y cualquier hombre gomoso y rico del mundo de la Bolsa o de la alta industria, una diferencia marcadísima. Allí donde uno de estos últimos hubiera creído afirmar su distinción empleando un tono cortante, altanero, para con un inferior, el gran señor amable, sonriente, parecía considerar, ejercer la afectación de la humildad y de la paciencia, la ficción de ser un espectador cualquiera, como un privilegio de su buena educación. Es probable que al verle así, disimulando bajo una sonrisa llena de bondad el umbral infranqueable del pequeño universo que llevaba en sí, más de un hijo de algún rico banquero, al entrar en ese momento en el teatro, hubiese tomado a aquel gran señor por un hombre vulgar, si es que no le había encontrado un asombroso parecido con el retrato, reproducido recientemente por los periódicos ilustrados, de un sobrino del emperador de Austria, el príncipe de Sajonia, que se encontraba precisamente en París en aquel momento. Yo sabía que era muy amigo de los Guermantes. Al llegar cerca del encargado de recoger los billetes, oí al príncipe de Sajonia, o supuesto príncipe, que decía, sonriendo: «No sé el número del palco; es mi prima quien me ha dicho que no tenía más que preguntar por su palco».

Quizá fuera el príncipe de Sajonia; acaso fuese la duquesa de Guermantes (a quien en ese caso podría yo ver viviendo uno de los momentos de su vida inimaginable, en la platea de su prima) a quien sus ojos veían en pensamiento cuando decía: «Mi prima que me ha dicho que no tenía más que preguntar por su palco», de manera que aquella mirada sonriente y particular y aquellas palabras tan sencillas me acariciaban el corazón (mucho más de lo que hubiera podido un ensueño abstracto) con las antenas alternativas de una felicidad posible y de un prestigio incierto. A lo menos, al decir aquella frase al encargado de recoger los billetes empalmaba con una vulgar suaré de mi vida cotidiana un paso eventual hacia un mundo nuevo; el corredor que le indicaron después de haber pronunciado la palabra *platea*, y por el que se adelantó, era húmedo y agrietado y parecía conducir a unas grutas marinas, al reino mitológico de

las ninfas de las aguas. Ante mí tenía tan sólo a un caballero puesto de etiqueta que se alejaba; pero yo, por mi parte, hacía jugar en torno a él, como con un reflector torpe, y sin conseguir aplicarla exactamente a él, la idea de que aquél era el príncipe de Sajonia y que iba a ver a la duquesa de Guermantes. Y aun cuando estuviera solo, esta idea exterior a él, impalpable, inmensa y cortada como una proyección, parecía precederle y guiarle cual esa divinidad, invisible para el resto de los hombres, que se yergue al lado del guerrero griego.

Llegué a mi asiento mientras trataba de dar con un verso de *Fedra* que no recordaba exactamente. Tal como yo me lo recitaba, no tenía el número de sílabas requerido; pero como yo no intentaba contarlas, entre su desequilibrio y un verso clásico me parecía que no existía ninguna medida común. No me hubiera extrañado que hubiese sido preciso quitar más de seis sílabas a aquella frase monstruosa para hacer de ella un verso de doce. Pero de pronto lo recordé, las irreductibles asperezas de un mundo inhumano se aniquilaron mágicamente; las sílabas del verso llenaron luego la medida de un alejandrino; lo que el verso tenía de sobra se desprendió con tanta facilidad y tan ágilmente como una pompa de aire que sale a estallar a la superficie del agua. Y, en efecto, aquella enormidad con que yo había luchado no era más que una sola sílaba.

Cierto número de butacas de orquesta habían sido puestas a la venta en contaduría y adquiridas por *snobs* o curiosos que querían contemplar gentes a quienes no hubieran tenido otra ocasión de ver de cerca. Y era, verdaderamente, un poco de su verdadera vida mundana, habitualmente oculta, lo que podría examinarse públicamente, pues como la princesa de Parma había distribuido por sí misma entre sus amigos los palcos, las delanteras y las plateas, la sala era como un salón donde cada cual cambiaba de sitio, iba a sentarse aquí o allá, cerca de una amiga.

A mi lado estaban gentes vulgares que, sin conocer a los abonados, querían hacer vez que eran capaces de reconocerlos y los nombraban en voz alta. Añadían que esos abonados venían aquí como a su salón, queriendo decir con esto que no ponían atención a las obras que se representaban. Pero lo que ocurría era precisamente lo contrario. Un estudiante genial que ha

tomado una butaca para oír a la Berma no piensa en otra cosa que en no ensuciar sus guantes, en no molestar, en propiciarse al vecino que la casualidad le ha deparado, en perseguir con una sonrisa interminable la mirada fugaz, en esquivar con expresión descortés el encuentro con la mirada de una persona conocida que ha descubierto en la sala y a la que después de mil perplejidades se decide a ir a saludar en el momento en que los tres golpes, sonando antes de que haya llegado a ella, le obligan a huir, como los hebreos del mar Rojo, entre las olas encrespadas de los espectadores y de las espectadoras a quienes ha hecho levantarse y a los cuales desgarra los trajes o aplasta las botas. Las gentes del gran mundo, en cambio, precisamente porque estaban en sus palcos (detrás del balconcillo en forma de terraza) como en unos saloncillos colgantes a los que hubiesen quitado uno de sus tabiques, o en cafés pequeños adonde se va a tomar un *bavaroise*[6] sin intimidarse por los espejos con marco de oro y las sillas rojas del establecimiento de carácter napolitano; porque posaban una mano indiferente en los dorados troncos de las columnas que sostenían aquel templo del arte lírico, porque no se sentían afectadas por los excesivos honores que parecían rendirles dos figuras esculpidas que tendían hacia los palcos palmas y laureles, sólo ellos habrían tenido el espíritu libre para escuchar la obra solamente con que hubiesen tenido espíritu.

Al principio no hubo más que unas vagas tinieblas, en las que se encontraba súbitamente, como el rayo de una piedra preciosa que no se ve, la fosforescencia de unos ojos célebres, o, como un medallón de Enrique IV recortado sobre un fondo negro, el perfil inclinado del duque de Aumale, a quien una dama invisible gritaba: «Permítame, monseñor, que le quite el gabán», a pesar de que el príncipe respondía: «¡Pero, cómo, por Dios, señora de Ambresac!». Ella lo hacía, no obstante esta vaga defensa, y era envidiada por todas a causa de semejante honor.

Pero en las demás plateas, casi en todas, las blancas deidades que habitaban aquellas moradas sombrías se habían refugiado contra las oscuras paredes y permanecían invisibles. Sin embargo, a medida que el espectáculo avanzaba, sus formas, vagamente humanas, se destacaban blandamente, una tras otra, de las profundidades de la noche que tapizaban y, alzándose hacia

la claridad, dejaban que emergiesen sus cuerpos semidesnudos y venían a detenerse en el límite vertical y en la superficie claroscura en que sus brillantes rostros aparecían tras el risueño, espumoso y ligero romper de olas de sus abanicos de plumas, bajo sus cabelleras de púrpura enmarañadas de perlas que parecía haber encorvado la ondulación de la pleamar; después comenzaban las butacas de orquesta, el retiro de los mortales por siempre separado del sombrío y transparente reino a que servían acá y allá de frontera, en su superficie líquida y compacta, los ojos límpidos y reverberantes de las diosas de las aguas. Porque los taburetillos de la ribera, las formas de los monstruos de la orquesta, se pintaban en aquellos ojos siguiendo tan sólo las leyes de la óptica y según su ángulo de incidencia, como ocurre con esas dos partes de la realidad exterior a las que, sabiendo que no poseen, por rudimentaria que sea, un alma análoga a la nuestra, juzgaríamos insensato dirigir una mirada o una sonrisa: los minerales y las personas con quienes no estamos en relación. Del lado acá, al revés que en el límite de su dominio, las radiantes hijas del mar se volvían a cada instante, sonriendo, a los barbudos tritones colgados de las sinuosidades del abismo, o hacia algún semidiós acuático que tenía por cráneo un canto pulimentado sobre el cual había depositado la ola un alga lisa y por mirada un disco de cristal de roca. Inclinábanse hacia ellos, les ofrecían bombones; a veces, la ola se entreabría ante una nueva nereida que, tardía, sonriente y confusa, acababa de florecer desde el fondo de la sombra; después, acabado el acto, sin esperar ya oír los melodiosos rumores de la tierra que las habían atraído a la superficie, sumergiéndose todas a la vez, las diversas hermanas desaparecían en la noche. Pero de todos aquellos retiros a cuyo umbral traía a las diosas curiosas, que no dejan que nadie se les acerque, el ligero cuidado de distinguir las obras de los hombres, el más afamado era el bloque de semioscuridad conocido por el nombre de platea de la princesa de Guermantes.

Como una gran diosa que preside de lejos los juegos de las divinidades inferiores, la princesa se había quedado voluntariamente un poco al fondo, en un canapé lateral, rojo como una roca de coral, al lado de una ancha reverberación vidriosa que era probablemente una luna y que hacía pensar

en una sección que un rayo de luz hubiera practicado, perpendicular, oscura y líquida, en el cristal deslumbrado de la aguas. Pluma y corola a un tiempo, como ciertas floraciones marinas, una gran flor blanca, aterciopelada como un ala, descendía desde la frente de la princesa a lo largo de una de sus mejillas cuya inflexión seguía con flexibilidad coqueta, amorosa y viva, y parecía encerrarla a medias como un huevo rosa en la blandura de un nido de martinete. Sobre la cabellera de la princesa y bajando hasta sus cejas, recogida luego más abajo, a la altura de su pecho, se extendía una redecilla hecha de esas conchas blancas que se pescan en ciertos mares australes y que estaban entretejidas con perlas, mosaico marino surgido apenas de las olas que por momentos se encontraba sumido en la sombra, en cuyo fondo, aun entonces, se revelaba una presencia humana por la brillante movilidad de los ojos de la princesa. La belleza, que ponía a ésta muy por encima de las demás hijas fabulosas de la penumbra, no estaba por entero material e inclusivamente inscrita en su nuca, en sus hombros, en sus brazos, en su talle. Pero la línea deliciosa e inacabada de éste era el exacto punto de partida, el cebo inevitable de las líneas invisibles en que el ojo no podía menos de prolongarlas, maravillosas, engendradas en torno a la mujer como el espectro de una figura ideal proyectada sobre las tinieblas.

—Es la princesa de Guermantes —dijo mi vecina al caballero que estaba con ella, teniendo cuidado de poner delante de la palabra «princesa» muchas *pp*, indicando que tal denominación era ridícula—. No ha escatimado sus perlas. Lo que es yo, me parece que si tuviera tantas no haría tanta ostentación de ellas; no me parece que eso sea elegante.

Y, sin embargo, al reconocer a la princesa, todos los que trataban de saber quién estaba en la sala sentían que se alzaba en su corazón el trono legítimo de la belleza. En efecto, con la duquesa de Luxemburgo, con la señora de Morienval, con la de Saint-Euverte, con tantas otras, lo que permitía identificar su rostro era la conexión de sus gruesas narices rojas con un hocico de liebre, o de dos mejillas arrugadas con un fino bigote. Estos rasgos eran, por lo demás, suficientes para encantar, ya que, como sólo tenían el valor convencional de una escritura, permitían leer un nombre célebre y que imponía; pero también acababan por dar la idea de que la

fealdad tiene algo de aristocrático, y que es indiferente que el rostro de una gran dama, con tal de ser distinguido, sea bello. Pero de igual modo que algunos artistas que en lugar de las letras de su nombre ponen al pie de sus lienzos una forma bella por sí misma, una mariposa, un lagarto, una flor, así era la forma de un cuerpo y de un rostro deliciosos lo que la princesa ponía en un ángulo de su palco, demostrando con ello que la belleza puede ser la más noble de las firmas; porque la presencia de la señora de Guermantes, que sólo traía al teatro personas que el resto del tiempo formaban parte de su intimidad, era, a los ojos de los aficionados a la aristocracia, el mejor certificado de autenticidad del cuadro que presentaba su platea, a modo de ovación de una escena de la vida familiar y especial de la princesa en sus palacios de Munich y de París.

Como quiera que nuestra imaginación es como un órgano de Berbería descompuesto, que toca siempre otra cosa que el aire adecuado, cada vez que yo había oído hablar de la princesa de Guermantes-Baviera, el recuerdo de ciertas obras del siglo XVI había empezado a cantar en mí. Necesitaba despojarla de ese recuerdo ahora que la veía ofreciendo bombones helados a un señor grueso puesto de frac. Claro es que yo estaba muy lejos de sacar de esto la consecuencia de que ella y sus invitados fuesen seres como los demás. Comprendía perfectamente que lo que allí hacían no era sino un juego, y que para preludiar los actos de su vida verdadera (de la que, sin duda, no era aquí donde vivían la parte más importante) se ponían de acuerdo en virtud de ritos para mí ignorados, fingían ofrecer y rehusar bombones, gesto despojado de su significación y regulado de antemano como el paso de una bailarina que poco a poco se alza sobre la punta del pie y voltea en torno un velo. Quién sabe: acaso en el momento en que ofrecía sus bombones, decía la diosa en tono de ironía (la estaba viendo sonreír): «¿Quiere usted bombones?». ¿Qué me importaba? Me hubiera parecido de un delicioso refinamiento la deliberada sequedad, a lo Merimée o a lo Meilhac, de esas palabras dirigidas por una diosa a un semidiós que sabía cuáles eran los pensamientos sublimes que entrambos resumían, sin duda para el momento en que se pusiesen de nuevo a vivir su verdadera vida, y que, prestándose a aquel juego, respondía con la misma malicia misteriosa:

«Sí, quiero una cereza». Y yo habría escuchado ese diálogo con la misma avidez con que hubiese oído tal escena de *El marido de la debutante*, en que la ausencia de poesía, de grandes pensamientos, cosas para mí tan familiares y que supongo que Meilhac hubiera sido capaz mil veces de poner en su obra, me parecía por sí sola una elegancia, una elegancia convencional, y por lo mismo tanto más misteriosa y más instructiva.

—Aquel gordo es el marqués de Ganançay —dijo con expresión resignada mi vecino, que había oído mal el nombre murmurado detrás de él.

El marqués de Palancy, con el cuello tendido, la cara oblicua, pegado su abultado ojo redondo al cristal del monóculo, se movía lentamente en la sombra transparente, y parecía no ver al público de la orquesta, ni más ni menos que un pez que pasa, ignorante de los visitantes curiosos, allende el encristalado tabique de un acuarium. A veces se detenía, venerable, resoplante, musgoso, y los espectadores no hubieran podido decir si sufría, dormía, nadaba, estaba aovando o respiraba solamente. Nadie excitaba en mí tanta envidia como él, por lo habituado que parecía estar a aquella platea y por la indiferencia con que dejaba que la princesa le tendiese bombones; ella echaba entonces sobre él una mirada de sus hermosos ojos tallados en un diamante que parecían fluidificar en aquellos momentos la inteligencia y la amistad, pero que, cuando estaban en reposo, reducidos a su pura belleza material, a su solo brillo mineralógico, si el menor reflejo los cambiaba de lugar ligeramente incendiaban la profundidad del patio de butacas de fuegos inhumanos, horizontales, espléndidos. Mientras tanto, como el acto de *Fedra* que representaba la Berma iba a empezar, la princesa vino a la delantera de la platea: entonces, como si también ella fuese una aparición de teatro, en la zona diferente de luz que atravesó, vi cambiar no sólo el color, sino la materia de aquellas galas. Y en la platea en seco, emergida, que ya no pertenecía al mundo de las aguas, la princesa, dejando de ser una nereida, apareció enturbantada de blanco y de azul como una maravillosa trágica vestida de Zaira o quizá de Orosmana; después, cuando se hubo sentado en primera fila, vi que el suave nido de martinete que protegía muellemente el nácar rosa de sus mejillas era blanco, brillante y aterciopelado, una inmensa ave del paraíso.

Mis miradas, sin embargo, fueron distraídas de la platea de la princesa de Guermantes por una mujercita mal vestida, fea, de ojos de fuego, que vino, seguida de dos jóvenes, a sentarse algunas butacas más allá de la mía. Después se alzó el telón. No pude percatarme sin melancolía de que nada me quedaba de mis disposiciones de antaño, cuando, para no perder ni un ápice del extraordinario fenómeno que hubiera ido a contemplar al fin del mundo, tenía mi espíritu preparado como esas placas sensibles que los astrónomos van a instalar al África, a las Antillas, con miras a la escrupulosa observación de un cometa o de un eclipse; cuando temblaba de que alguna nube (mala disposición del artista, incidente en el público) impidiese que el espectáculo se produjera en su máximum de intensidad; cuando hubiera creído no asistir a él en las mejores condiciones si no hubiera ido precisamente al teatro que le estaba consagrado como un altar, donde me parecía entonces, también, que formaban parte, aunque accesoria, de su aparición bajo el teloncillo rojo los acomodadores de clavel blanco nombrados por ella, el arranque de la nave por encima de un patio de butacas lleno de gente mal vestida, las acomodadoras que vendían un programa con sus fotografías, los castaños del *square*, todos los camaradas, los confidentes de mis impresiones de entonces y que me parecían inseparables de ellas, *Fedra*, la «Escena de la Declaración», la Berma, tenían entonces para mí una especie de existencia absoluta. Situadas fuera del mundo de la existencia corriente, existían por sí mismas, tenía yo que ir hacia ellas, penetraría de ellas lo que pudiera, y al abrir de par en par mis ojos y mi alma absorbería bien aún alguna de ellas. Pero ¡qué agradable me parecía la vida!: la insignificancia de la que yo vivía no tenía ninguna importancia, como no la tienen los momentos en que uno se viste, en que se prepara para salir, ya que allende eso existían, de una manera absoluta, buenas y difíciles de abordar, imposibles de poseer por entero, esas realidades más sólidas, *Fedra,* la manera de recitar de la Berma. Saturado de estas imaginaciones sobre la perfección en el arte dramático de que hubiera podido extraerse entonces una importante dosis si en aquellos tiempos se hubiese analizado mi espíritu en cualquier minuto del día, y acaso de la noche, que fuese, era yo como una pila que desarrolla su

actividad. Y había llegado un momento en que, enfermo, incluso aun cuando hubiese creído morir por ello, hubiera sido necesario que fuese a oír a la Berma. Pero ahora, como una colina que, vista de lejos, parece hecha de azul, mientras que de cerca entra en nuestra visión vulgar de las cosas, todo eso había dejado el mundo de lo absoluto y ya no era sino una cosa parecida a las demás, de que yo adquiría conocimiento porque estaba allí; los artistas eran gentes de la misma esencia que las que yo conocía, que trataban de decir lo mejor posible aquellos versos de *Fedra* que ya no formaban una esencia sublime e individual, separada de todo, sino unos versos más o menos logrados, prontos a reintegrarse a la inmensa materia de los versos franceses con que estaban mezclados. Sentía yo un desaliento tanto más profundo cuanto que si el objeto de mi deseo terco y operante no existía ya, en desquite, las mismas disposiciones para un ensoñar fijo, que cambiaba de año en año, pero que me llevaba a un impulso brusco, indiferente al peligro, seguían existiendo siempre. Tal día en que, enfermo, salía para ir a ver en un castillo un cuadro de Elstir, una tapicería gótica, se parecía hasta tal punto al día en que había tenido que salir para Venecia, a aquel otro en que había ido a oír a la Berma o salido para Balbec, que de antemano sentía que el objeto presente de mi sacrificio me dejaría indiferente al cabo de poco tiempo, que entonces podría pasar muy cerca de él sin ir a ver aquel cuadro, aquellas tapicerías por las que en aquel momento hubiera afrontado tantas noches sin sueño, tantas crisis dolorosas. Sentía, por la inestabilidad de su objeto, la vanidad de mi esfuerzo y al mismo tiempo su enormidad, en la que no había creído, como esos neurasténicos cuya fatiga se duplica al hacerles notar que están fatigados. Mientras tanto, mi ensoñar comunicaba prestigio a cuanto podía referirse a él. Y aun en mis deseos más carnales, orientados siempre en un determinado sentido, concentrados en torno a un mismo sueño, hubiera podido reconocer como primer motor una idea, una idea a la que hubiera sacrificado mi vida, y en el punto más central de ella, como en mis ensueños durante las tardes de lectura en el jardín de Combray, estaba la idea de perfección.

Ya no tuve la misma indulgencia que en otro tiempo para las justas intenciones de ternura o de cólera que había observado entonces en el papel y en el juego de Aricia, de Ismene y de Hipólito. No es que los artistas —eran los mismos— no tratasen con la misma inteligencia de dar aquí a su voz una inflexión acariciante o una ambigüedad calculada, o más allá, a sus gestos, una amplitud trágica o una dulzura suplicante. Sus entonaciones mandaban a la voz: «Sé suave, canta como un ruiseñor, acaricia», o, por el contrario: «Tórnate furiosa», y entonces se precipitaban sobre ella para tratar de arrastrarla en su frenesí. Pero ella, rebelde, permanecía exterior a su dicción, seguía siendo irreductiblemente su voz natural, con sus defectos o con sus encantos materiales, su vulgaridad o su afectación cotidiana, y desplegaba así un conjunto de fenómenos acústicos o sociales que no había alterado el sentimiento de los versos recitados.

Asimismo el ademán de los artistas decía a sus brazos, a su peplo: «Sed majestuosos». Pero los miembros, insumisos, dejaban que se pavonease entre el hombro y el codo un bíceps que no sabía nada del papel; continuaban expresando la insignificancia de la vida de todos los días y sacando a luz, en lugar de los matices racinianos, conexiones musculares; y los paños que alzaban volvían a caer conforme a una vertical en que sólo se los disputaba a las leyes de la caída de los cuerpos una flexibilidad insípida y textil. En este momento una damisela que estaba cerca de mí exclamó:

—¡Ni un aplauso! ¡Y qué arreglada está! Pero es demasiado vieja, no puede más; en estos casos se renuncia.

Ante los siseos de los vecinos, los dos jóvenes que estaban con ella trataron de obligarla a que estuviese tranquila, y su furor sólo se desencadenaba ya en sus ojos. Este furor no podía, por otra parte, dirigirse más que contra el éxito, contra la gloria, puesto que la Berma, que tanto dinero había ganado, no tenía más que deudas. Aceptando siempre citas de negocios o de amistad a las que no podía acudir, tenía en todas las calles cazadores que corrían a desacreditarla; en los hoteles, habitaciones reservadas de antemano y que nunca iba a ocupar; océanos de perfumes para lavar a sus perros, rescisiones de contratos que pagar a todos los directores. A falta de gastos más considerables, y menos voluptuosa que

Cleopatra, habría encontrado manera de comerse en *continentales* y en coches de la Urbana provincias y reinos. Pero la damisela era una actriz que no había tenido suerte y había consagrado un odio mortal a la Berma. Esta acababa de entrar en escena. Entonces, ¡oh milagro!, como esas lecciones que nos hemos agotado realmente en aprender por la noche y que encontramos en nosotros, sabidas de memoria, después que hemos dormido, como esos rostros de muerto que los esfuerzos apasionados de nuestra memoria persiguen sin volver a encontrarlos y que, cuando ya no pensamos en ellos, están ahí, ante nuestros ojos, con la semejanza de la vida, el talento de la Berma, que había huido de mí cuando yo trataba tan ávidamente de aprehender su esencia, ahora, al cabo de estos años de olvido, en esta hora de indiferencia, se imponía con la fuerza de la evidencia a mi admiración. En otro tiempo, para tratar de aislar ese talento, deducía yo, en cierto modo, de lo que oía, el papel mismo, el papel, parte común a todas las actrices que representaban *Fedra* y que yo había estudiado de antemano para ser capaz de substraerlo, de no recoger como residuo sino el talento de la Berma. Pero ese talento que yo trataba de percibir fuera del papel formaba no más que una sola cosa con él. Así, en un gran músico (parece que tal era el caso de Vinteuil cuando tocaba el piano) su juego es de un pianista tan grande que ya ni siquiera se sabe si es artista, si es pianista o no, porque (como no interpone todo ese aparato de esfuerzos musculares, coronados acá y allá por brillantes efectos, toda esa salpicadura de notas en que por lo menos el oyente que no sabe por dónde se anda cree hallar el talento en su realidad material, tangible) ese juego se ha hecho tan transparente, tan henchido de aquello que interpreta, que no se le ve ya a él mismo y ya no es más que una ventana que da a una obra maestra. Yo había podido distinguir las intenciones que rodeaban como una orla majestuosa o delicada la voz y la mímica de Aricia, de Ismene, de Hipólito; pero Fedra se las había interiorizado, y mi espíritu no había conseguido arrancar a la dicción y a las actitudes, aprehender en la avara simplicidad de sus superficies unidas, esos hallazgos, esos efectos que no sobresalían de ellas, de tan profundamente como en ellas se habían reabsorbido. La voz de la Berma, en que no subsistía ni un solo residuo de materia inerte y refractaria al espíritu, no

dejaba distinguir en torno a sí el sobrante de lágrimas que se veía correr por sobre la voz de mármol de Aricia o de Ismene, sino que había sido delicadamente flexibilizada en sus menores células como el instrumento de un gran violinista en el cual se quiere, cuando se dice que tiene un hermoso sonido, alabar no una particularidad física, sino una superioridad de alma; como en el paisaje antiguo donde en el lugar antes ocupado por una ninfa desaparecida hay una fuente inanimada, una intención discernible y concreta habíase trocado en ella en alguna calidad del timbre, de una limpidez extraña, adecuada y fría. Los brazos de la Berma, que los mismos versos, con la misma emisión con que hacían salir su voz de sus labios, parecían alzar sobre su pecho como esos follajes que el agua cambia de lugar al huir; su actitud en escena, que había constituido lentamente, que modificaría aún y que estaba hecha de razonamientos de otra profundidad que aquellos cuya huella se percibía en los ademanes de sus camaradas, pero de razonamientos que habían perdido su origen voluntario, fundidos en una especie de irradiación en que hacían palpitar en torno al personaje de *Fedra* elementos ricos y complejos, pero que el espectador fascinado tomaba no por un acierto de la artista, sino por un dato tomado de la vida; aquellos mismos velos blancos, que, extenuados y fieles, parecían materia viva y como que hubiesen sido hilados por el sufrimiento semipagano, semijansenista, en torno al cual se contraían como un capullo de gusano de seda frágil y friolento; todo ello, voz, actitudes, ademanes, no eran, en torno al cuerpo de una idea que es un verso (cuerpo que, al revés que los cuerpos humanos, no está ante el alma como un obstáculo opaco que impida percibirla, sino como una vestidura purificada, vivificada, en que aquélla se difunde y en que vuelve a encontrársela), otra cosa que envolturas suplementarias que en lugar de ocultarla destacaban más espléndidamente el alma que se las había asimilado y se había esparcido por ellas, no eran sino oleadas de sustancias diversas que se han tornado translúcidas, cuya superposición no hace sino refractar más ricamente el rayo central y prisionero que las atraviesa, y hacer más extensa, más preciosa y más bella la materia embebida de llama en que está infundido. Así la interpretación de

la Berma era, en torno a la obra, una segunda obra vivificada también por el genio: ¿por el genio de Racine?

Mi impresión, a decir verdad, más agradable que la de otro tiempo, no era diferente de la de entonces. Sólo que ya no la cotejaba con una idea previa, abstracta y falsa del genio dramático y comprendía que el genio dramático era justamente eso. Pensé, de repente, que si no había sentido placer la primera vez que había oído a la Berma, es que, como en otro tiempo, cuando encontraba a Gilberta en los Campos Elíseos, llegaba a ella con un deseo demasiado grande. Entre las dos decepciones quizá no había sólo esta semejanza, sino también otra, más profunda. La impresión que nos causa una persona, una obra (o una interpretación) fuertemente caracterizadas es particular. Hemos aportado con nosotros las ideas de «belleza», «amplitud de estilo», «patético», que en rigor podríamos tener la ilusión de reconocer en la trivialidad de un talento, de un rostro correcto, pero nuestro espíritu atento tiene ante sí la insistencia de una forma que no posee equivalente intelectual, cuya incógnita necesita despejar. Oye un sonido agudo, una entonación extrañamente interrogativa. Se pregunta: «¿Es hermoso lo que siento? ¿Es admiración? ¿Es esto la riqueza de colorido, la nobleza, el poderío?». Y lo que de nuevo le responde es una voz aguda, es un tono curiosamente interrogador, es la impresión despótica producida por un ser a quien no se conoce, completamente material, y en la que no queda ningún espacio vacío para la «amplitud de la interpretación», y a eso obedece que sean las obras verdaderamente bellas, si las oímos sinceramente, las que más deben decepcionarnos, porque en la colección de nuestras ideas no hay ninguna que responda a una impresión individual.

Esto era precisamente lo que me demostraba el juego de la Berma. Aquello era realmente la nobleza, la inteligencia de la dicción. Ahora me daba yo cuenta de los méritos de una interpretación amplia, poética, vigorosa, o más bien era aquello a lo que se ha convenido en otorgar esos títulos, pero del mismo modo que se da el nombre de Marte, de Venus, de Saturno a estrellas que no tienen nada de mitológico. Sentimos en un mundo; pensamos, denominamos en otro; podemos establecer entre ambos una concordancia, pero no colmar el intervalo que los separa. Es muy poco

ese intervalo, esa falla, que tenía yo que cruzar cuando, el primer día que había ido a ver trabajar a la Berma, habiéndola escuchado con todos mis oídos, me había costado algún trabajo volver a reunir mis ideas de «nobleza de interpretación», de «originalidad», y no había estallado en aplausos hasta después de un momento de vacío y como si naciesen no de mi misma impresión, sino como si los refiriese a mis ideas previas, al deleite que sentía al decirme: «Por fin oigo a la Berma». Y la diferencia que hay entre una persona, una obra fuertemente individual y la idea de belleza, existe también, igualmente grande, entre lo que esa persona o esa otra nos hacen sentir y las ideas de amor, de admiración. Así no se las reconoce. Yo no había sentido placer al oír a la Berma (como tampoco lo sentía al ver a Gilberta). Me había dicho: «Luego es que no la admiro». Mas, con todo, sólo pensaba entonces en profundizar en el juego de la Berma; nada más que de eso estaba preocupado, trataba de abrir mi pensamiento lo más ampliamente posible para recibir todo lo que contenía. Ahora comprendía que era justamente eso: admirar.

Ese genio de que la interpretación de la Berma era solamente la revelación, ¿era realmente tan sólo el genio de Racine?

Lo creí al pronto. Había de salir de mi engaño una vez acabado el acto de *Fedra*, después de las llamadas del público, durante las cuales la antigua actriz, rabiosa, irguiendo su talla minúscula, sesgando el cuerpo, inmovilizó los músculos de su rostro y puso los brazos en cruz sobre el pecho para demostrar que ella no se mezclaba a los aplausos de los demás y hacer más evidente una protesta que juzgaba sensacional, pero que pasó inadvertida. La obra siguiente era una de las novedades que en otro tiempo se me antojaba, por su falta de celebridad, que tenían que parecer por fuerza endebles, extrañas, desprovistas como estaban de existencia fuera de la representación que de ellas se daba Pero no tenía, como con una obra clásica, la decepción de ver que la eternidad de una obra maestra no poseía más extensión que la del escenario ni más duración que la de una representación que la desempeñaba tan bien como una oración de circunstancias. Además, a cada tirada que sentía yo que gustaba al público y que un día habría de ser famosa, a falta de la celebridad que no había

podido tener en el pasado le añadía la que habría de tener en el porvenir, por un esfuerzo de espíritu inverso del que consiste en representarse las obras maestras en el tiempo de su inconsistente aparición, cuando su título, que hasta ese punto no se había oído aún, no parecía que hubiera de ser incluido un día, confundido en una misma luz, emparejado con los títulos de las demás obras del autor. Y este papel sería puesto un día en la lista de los más hermosos suyos, al lado del de *Fedra*. No porque en sí mismo no estuviese desnudo de todo valor literario, pero es que la Berma estaba en él tan sublime como en *Fedra*. Entonces comprendí que la obra del escritor no era para la trágica más que una materia, punto menos que indiferente en sí misma, para la creación de su obra maestra de interpretación, como el gran pintor que yo había conocido en Balbec, Elstir, había encontrado el motivo de dos cuadros de parejo mérito en un edificio escolar sin carácter y en una catedral que es por sí misma una obra maestra. Y así como el pintor disuelve casa, carreta, personajes, en algún gran efecto de luz que los hace homogéneos, la Berma extendía vastos paños de terror, de ternura, sobre las palabras fundidas por igual, allanadas todas o todas realzadas, a una, y que una artista mediocre hubiera recortado una tras otra. Sin duda, cada una de ellas tenía su inflexión propia, y la dicción de la Berma no impedía que se distinguiese el verso. ¿No es ya un primer elemento de complejidad ordenada, es decir, de belleza, cuando, al oír una rima, es decir, algo que es a la vez semejante y distinto respecto de la rima precedente, que es producido por ésta, pero que introduce en ella la variación de una idea nueva, se sienten dos sistemas que se superponen: uno de pensamiento, otro de métrica? Pero la Berma, sin embargo, hacía entrar las palabras, hasta los versos, inclusive las «tiradas», en conjuntos más vastos, en cuya frontera era un hechizo verlos obligados a detenerse, a interrumpirse; así un poeta se deleita en hacer vacilar por un instante, en la rima, la palabra que va a lanzarse, y un músico en confundir las palabras diversas del libreto en un mismo ritmo que las contraría y las arrastra. Tanto en las frases del dramaturgo moderno como en los versos de Racine, la Berma sabía introducir esas vastas imágenes de dolor, de nobleza, de pasión, que eran

obras maestras suyas, y en las que se la reconocía como en retratos que ha pintado con modelos diferentes se reconoce a un pintor.

Yo no hubiera deseado ya, como en otro tiempo, poder inmovilizar las actitudes de la Berma, el hermoso efecto de color que daba sólo por un instante en una iluminación inmediatamente desvanecida y que no se reproducía, ni hacerle repetir cien veces un verso. Comprendía que mi deseo de antaño era más exigente que la voluntad del poeta, de la trágica, del gran artista decorador que era su director de escena, y que aquel hechizo esparcido a vuelo sobre un verso, aquellos inestables ademanes perpetuamente transformados, aquellos cuadros sucesivos, eran el resultado fugitivo, el fin momentáneo, la móvil obra maestra que el arte teatral se proponía, y que destruiría, al querer fijarla, la atención de un oyente demasiado apasionado. Ni siquiera me interesaba ir otro día a oír de nuevo a la Berma; estaba satisfecho de ella; cuando admiraba demasiado para que no me defraudase el objeto de mi admiración, fuese ese objeto Gilberta o la Berma, era cuando pedía de antemano a la impresión del día siguiente el placer que me había negado la impresión de la víspera. Sin tratar de profundizar en el goce que acababa de sentir y del que acaso hubiera podido hacer un uso más fecundo, me decía como antaño cierto compañero mío de colegio: «Verdaderamente es la Berma a quien pongo la primera», aun sintiendo confusamente que el genio de la Berma no era acaso traducido muy exactamente por esta afirmación de mi preferencia y por ese puesto de «primera» otorgado, cualquiera que fuese, por lo demás, la tranquilidad que me trajeran.

En el momento en que la segunda obra empezó volví la mirada hacia la platea de la señora de Guermantes. La princesa, con un movimiento engendrador de una deliciosa línea que mi espíritu perseguía en el vacío, acababa de volver la cabeza hacia el fondo de la platea; los invitados estaban de pie, vueltos también hacia el fondo, y entre la doble hilera que formaban, con su aplomo y su grandeza de diosa, pero con una dulzura desconocida que por llegar tan tarde y hacer levantarse a todo el mundo a mitad de la representación barajaba las muselinas blancas en que estaba envuelta y la expresión hábilmente ingenua, tímida y confusa, con su sonrisa victoriosa, la duquesa de Guermantes, que acababa de entrar, fue hacia su prima, hizo una profunda reverencia a un joven rubio que estaba

sentado en primer término, y, volviéndose hacia los monstruos marinos y sagrados que flotaban en el fondo del antro, dirigió a aquellos semidioses del Jockey-Club —que en aquel momento, y particularmente el señor de Palancy, fueron los hombres que más me hubiera gustado ser— un saludo familiar de antigua amiga, alusiones a lo cotidiano de sus relaciones con ellos desde hacía quince años. Yo sentía el misterio, pero no podía descifrar el enigma de aquella mirada sonriente que dirigía a sus amigos en el fulgor aterciopelado con que esa mirada brillaba mientras abandonaba su mano a unos y a otros, y que, si yo hubiera podido descomponer su prisma, analizar sus cristalizaciones, acaso me hubiera revelado la esencia de la vida desconocida que en ella aparecía en aquel momento. El duque de Guermantes seguía a su mujer, con los reflejos de su monóculo, la risa de su dentadura, la blancura de su clavel o de su pechera plisada, que dejaban aparte, para hacer lugar a su luz, sus cejas, sus labios, su frac; con un ademán de su mano extendida, que bajó hasta los hombros de ellos, erguido, sin volver la cabeza, ordenó que se sentaran de nuevo a los monstruos inferiores que le hacían sitio, y se inclinó profundamente ante el joven rubio. Se hubiera dicho que la princesa había adivinado que su prima, de quien se burlaba, a lo que se decía, por lo que llamaba ella sus exageraciones (nombre que, desde su punto de vista ingeniosamente francés y esencialmente moderado, tomaban pronto la poesía y el entusiasmo germánicos), había de llevar aquella noche uno de esos tocados con que a la duquesa le parecía *disfrazada*, y hubiese querido darle una lección de gusto. En lugar de los maravillosos y suaves plumajes que de la cabeza de la princesa descendían hasta su cuello; en lugar de su redecilla de conchas y de perlas, la duquesa no llevaba en el pelo más que una sencilla *aigrette*[7] que, dominando su nariz arqueada y sus ojos saltones, parecía la cresta de un pájaro. Su cuello y sus hombros emergían de una nívea ola de muselina sobre la que iba a batir un abanico de plumas de cisne; pero luego el traje —cuyo corpiño tenía, como único adorno, innumerables lentejuelas, bien de metal, en varillas y en cuentas, bien de brillantes— moldeaba su cuerpo con precisión enteramente británica. Pero por diferentes que fuesen entre sí uno y otro tocado, después que la princesa hubo dado a su prima la silla que

hasta entonces ocupaba ella, se las vio que, volviéndose la una hacia la otra, se admiraban recíprocamente.

Quizá la señora de Guermantes sonriese a la mañana siguiente cuando hablara del peinado, un tanto complicado de más, de la princesa, pero seguramente declararía que no por eso estaba aquélla menos encantadora y maravillosamente arreglada; y la princesa, que, por principios de gusto, encontraba algo un poco frío, un poco seco, un poco modisteril en la manera de vestirse de su prima, descubriría en esta estricta sobriedad un refinamiento exquisito. Por otra parte, entre ellas, la gravitación universal preestablecida de su educación neutralizaba los contrastes, no sólo de tocado, sino de actitud. En las líneas invisibles e imantadas que entre ellas tendía la elegancia de maneras venía a expirar el natural expansivo de la princesa, mientras que la tiesura de la duquesa se dejaba atraer, doblar, tornábase blandura y hechizo. Del mismo modo que en la obra que estaban representando, para comprender lo que de poesía personal desprendía la Berma no había más que confiar el papel que desempeñaba, y que sólo ella podía desempeñar, a cualquier otra actriz, el espectador que hubiese alzado los ojos hacia la barandilla de la platea hubiera visto, en dos palcos, cómo un *arreglo*, que ellas creían recordaba los de la princesa de Guermantes, daba sencillamente a la baronesa de Morienval una traza excéntrica, pretenciosa e ineducada, y cómo un esfuerzo, a la vez terco y costoso, por imitar el vestir y la distinción de la duquesa de Guermantes hacía solamente que la señora de Cambremer se asemejase a una pensionista provinciana, montada en alambre, tiesa, seca y puntiaguda, con un penacho de coche fúnebre erguido verticalmente en el pelo. Acaso el puesto de esta última no estuviese en una sala en que los palcos (incluso los de los pisos más altos, que desde abajo parecían grandes banastas pespunteadas de flores humanas y unidas a la bóveda de la sala por las rojas bridas de sus separaciones de terciopelo) componían, solamente con las mujeres más brillantes del año, un efímero panorama que las muertes, los escándalos, las enfermedades, las rencillas modificarían bien pronto, pero que en aquel momento estaba inmovilizado por la atención, por el calor, por el vértigo, por la elegancia y el fastidio, en esa especie de instante eterno y trágico de inconsciente espera

y de tranquilo embotamiento que, retrospectivamente, parece haber precedido a la explosión de una bomba o a la primera llamarada de un incendio.

La razón de que la señora de Cambremer se encontrase allí era que la princesa de Parma, desprovista de esnobismo, como la mayor parte de las altezas auténticas, y, en desquite, devorada por el orgullo, por el apetito de la caridad que en ella igualaba al gusto por lo que creía las Artes, había cedido acá y allá algunos palcos a mujeres como la señora de Cambremer, que no formaban parte de la alta sociedad aristocrática, pero con quienes estaba en relación por sus obras de beneficencia. La señora de Cambremer no quitaba ojo a la duquesa y a la princesa de Guermantes, lo cual era tanto más fácil cuanto que, como no se hallaba realmente en relación con ellas, no podía parecer que mendigaba un saludo. Sin embargo, ser recibida en casa de aquellas dos grandes damas era el fin que perseguía desde hacía diez años con infatigable paciencia. Había calculado que sin duda llegaría a ello para dentro de cinco años. Pero atacada por una enfermedad que no perdona y cuyo carácter inexorable, presumiendo de conocimientos médicos, creía conocer, temía no poder vivir hasta entonces. Por lo menos aquella noche era feliz al pensar que todas estas mujeres a quienes apenas conocía verían al lado de ella a uno de sus amigos, el joven marqués de Beausergent, hermano de la señora de Argentcourt, que frecuentaba por igual las dos sociedades, y con cuya presencia les gustaba mucho a las mujeres de la segunda ornarse ante los ojos de las de la primera. Se había sentado detrás de la señora de Cambremer, en una silla puesta de través para poder mirar de soslayo a los demás palcos. Conocía a todo el mundo y, para saludar, con la encantadora elegancia de sus graciosas inclinaciones, de su fina cabeza de rubios cabellos, erguía a medias su airoso cuerpo, con una sonrisa en sus ojos azules, con una mezcla de respeto y de desenvoltura, grabando de esta suerte con precisión en el rectángulo del plano oblicuo en que estaba situado algo así como una de esas estampas viejas que representan un gran señor altanero y cortesano. Aceptaba a menudo ir de esta manera al teatro con la señora de Cambremer; en la sala, y a la salida, en el vestíbulo, permanecía valerosamente al lado de ella en medio de la

multitud de amigas más brillantes que allí tenía y a quienes evitaba hablar, porque no quería molestarlas, como si hubiera ido en mala compañía. Si pasaba entonces la princesa de Guermantes, hermosa y ligera como Diana, dejando arrastrar en pos de sí una capa incomparable, haciendo que se volviesen todas las cabezas y seguida por todos los ojos (por los de la señora de Cambremer más que por todos los demás), el señor de Beausergent se enfrascaba en una conversación con su vecina, y no respondía a la sonrisa amistosa y deslumbradora de la princesa sino por compromiso, forzado, y con la reserva bien educada y la caritativa frialdad de una persona cuya amabilidad puede haber llegado a ser momentáneamente molesta.

Si la señora de Cambremer no hubiera sabido que la platea pertenecía a la princesa, hubiera reconocido de todas maneras que la señora de Guermantes era la invitada, por la mayor expresión de interés que concedía al espectáculo de la escena y de la sala para mostrarse amable con su huéspeda. Mas al mismo tiempo que esta fuerza centrífuga, una fuerza inversa, desarrollada por el mismo deseo de amabilidad, volvía la atención de la duquesa hacia su propio tocado, sobre su *aigrette*, sobre su corpiño, y también hacia el de la princesa, de quien su prima parecía proclamarse súbdita, esclava, como si hubiese venido únicamente por verla, dispuesta a seguirla a otra parte si la titular del palco hubiera tenido antojo de irse, y sin mirar de otra manera que como a un conjunto de extranjeros que resultaba curioso examinar al resto de la sala, en que, sin embargo, contaba con gran número de amigos en cuyo palco se encontraba otras semanas y respecto de los cuales no dejaba de dar entonces pruebas de la misma lealtad exclusiva, relativista y hebdomadaria. La señora de Cambremer estaba pasmada de ver aquella noche a la duquesa. Sabía que se quedaba en Guermantes hasta muy entrada la temporada, y suponía que aún estuviese allí. Pero le habían contado que a veces, cuando había en París un espectáculo que consideraba interesante, la señora de Guermantes hacía enganchar uno de sus coches tan pronto como había tomado el té con los cazadores, y al ponerse el sol salía al trote largo, cruzando la selva crepuscular, siguiendo después por la carretera a tomar el tren en Combray para estar en París a la noche. «Acaso

venga expresamente de Guermantes para oír a la Berma» —pensaba con admiración la señora de Cambremer. Y recordaba haber oído a Swann, en aquella jerga ambigua que le era común con el señor de Charlus: «La duquesa es uno de los seres más nobles de París, de la sociedad más refinada y escogida». Por mi parte, yo, que hacía derivarse del nombre de Guermantes, del nombre de Baviera y del nombre de Condé la vida, el pensamiento de las dos primas (ya no podía hacer lo mismo con sus rostros, puesto que los había visto), hubiera preferido conocer su juicio sobre *Fedra*, de preferencia al del crítico más grande del mundo. Porque en el de éste sólo hubiera encontrado inteligencia, inteligencia superior a la mía, pero de la misma naturaleza. Pero lo que pensaban la princesa y la duquesa de Guermantes y que me hubiera proporcionado un documento inestimable sobre la naturaleza de estas dos poéticas criaturas, me lo imaginaba yo con ayuda de sus nombres, suponía en éstos un encanto irracional, y, con la sed y la nostalgia de un enfermo con fiebre, lo que a su opinión sobre *Fedra* pedía que me diesen era el encanto de las tardes de verano en que me había paseado por el camino de Guermantes.

La señora de Cambremer trataba de distinguir qué traje llevaban las dos primas. En cuanto a mí, no dudaba que aquellos trajes eran privativos de ellas, no sólo en el sentido en que la librea de cuello rojo o de solapas azules pertenecía antaño exclusivamente a los Guermantes y a los Condé, sino más bien como el plumaje es para un pájaro no sólo un ornato de su belleza, sino una prolongación de su cuerpo. El vestir de aquellas dos mujeres me parecía como una materialización nívea o matizada de su actividad interior, y, al igual que los ademanes que había visto hacer a la princesa de Guermantes, y que no había dudado de que correspondiesen a una idea oculta, las plumas que bajaban de la frente de la princesa y el corpiño deslumbrador y recamado de su prima parecían tener una significación, ser para cada una de las dos mujeres un atributo que sólo a ellas pertenecía y cuyo significado hubiera querido conocer yo: el ave del paraíso me parecía inseparable de la una como el pavo real de Juno, y no pensaba que ninguna mujer pudiese usurpar el corpiño recamado de la otra, como no podría usurpar la égida centelleante y franjeada de Minerva. Y

cuando volvía los ojos a aquella platea más aún que al techo del teatro pintado de frías alegorías, era como si hubiese entrevisto, gracias al desgarramiento milagroso de las nubes ordinarias, la asamblea de los dioses en trance de contemplar el espectáculo de los hombres, bajo un toldo rojo, en un luminoso claro entre dos pilares del cielo. Contemplaba aquella apoteosis momentánea con una turbación que mezclaba de paz el saberme ignorado de los inmortales; verdad era que la duquesa me había visto una vez con su marido, pero seguramente no debía de acordarse de ello, y no me dolía que se encontrase, por el lugar que ocupaba en la platea, mirando a las madréporas anónimas y colectivas del público de la orquesta, porque sentía mi ser dichosamente disuelto en medio de ellas, cuando, en el momento en que, en virtud de las leyes de la refracción, fue sin duda a pintarse en la corriente impasible de los dos ojos azules la forma confusa del protozoario desprovisto de existencia individual que yo era, vi que una claridad los iluminaba: la duquesa, trocada de diosa en mujer y pareciéndome de pronto mil veces más hermosa, alzó hacia mí la mano enguantada de blanco que tenía apoyada en la barandilla del palco, la agitó en señal de amistad; mis miradas se sintieron transidas por la incandescencia involuntaria y por los fuegos de los ojos de la princesa, que sin querer los había hecho entrar en conflagración con sólo moverlos para tratar de ver a quién acababa de saludar su prima, y ésta, que me había reconocido, hizo llover sobre mí el aguacero deslumbrante y celestial de su sonrisa.

Ahora, todas las mañanas, mucho antes de la hora en que ella salía, yo, dando un gran rodeo, iba a apostarme en la esquina de la calle por donde ella solía bajar, y cuando me parecía cercano el momento de su paso, volvía a subir la calle con expresión distraída, mirando en dirección opuesta y alzando hacia ella los ojos en cuanto llegaba a su lado, pero como si en modo alguno hubiera esperado verla. Incluso los primeros días, para estar más seguro de encontrarla, esperaba delante de la casa. Y cada vez que la puerta cochera se abría (dejando pasar sucesivamente tantas personas que no eran la que yo esperaba), su batir se prolongaba inmediatamente en mi corazón en oscilaciones que tardaban mucho tiempo en calmarse. Porque jamás un fanático de una gran comedianta a quien no conoce, al ir a esperar,

en un pie como una grulla, la salida de las artistas; jamás una multitud exasperada o idólatra, reunida para insultar o llevar en triunfo al condenado o al gran hombre que creen a punto de pasar cada vez que se oye llegar algún rumor del interior de la prisión o del palacio, se sintieron tan conmovidos como yo lo estaba esperando la salida de aquella gran dama que, ataviada sencillamente, sabía, con la gracia de su porte (por completo diferente del empaque que tenía cuando entraba en un salón o en un palco) hacer de su paseo matinal —para mí, sólo ella en el mundo se paseaba— todo un poema de elegancia y el más fino ornato, la más curiosa flor del buen tiempo. Pero al cabo de tres días, para que el portero no pudiera darse cuenta de mis manejos, me fui mucho más allá, hasta un punto cualquiera del recorrido habitual de la duquesa. A menudo, antes de aquella noche del teatro, hacía yo breves salidas antes del almuerzo, cuando hacía buen tiempo; si había llovido, a la primera clara bajaba a dar una vuelta, y de pronto, por la acera, húmeda todavía, que la luz cambiaba en laca de oro, en la apoteosis de una encrucijada, espolvoreada de una neblina que rehoga y dora el sol, veía llegar una colegiala seguida de su institutriz o una lechera con sus manguitos blancos; me quedaba sin movimiento, con una mano contra el corazón, que se lanzaba ya hacia una vida extraña; trataba de recordar la calle, la hora, la puerta en que la muchachita (a quien algunas veces seguía) había desaparecido sin volver a salir. Felizmente, la fugacidad de estas imágenes acariciadas y que me proponía hacer por ver de nuevo impedía que se fijasen fuertemente en mi corazón. Así y todo, me sentía menos triste por estar enfermo, por no haber tenido nunca aún valor para ponerme a trabajar, a empezar un libro; me parecía más agradable habitar la tierra, más interesante recorrer la vida desde que veía que las calles de París, como los senderos de Balbec, estaban floridas de esas bellezas desconocidas que tan a menudo había tratado yo de hacer surgir de los bosques de Méséglise y cada una de las cuales excitaba un deseo voluptuoso que sólo ella parecía capaz de saciar.

Al volver de la Opera Cómica, había añadido para el día siguiente a las que desde hacía algunos días deseaba volver a encontrar la imagen de la señora de Guermantes con su alto peinado de cabellos rubios y ligeros, con

la ternura prometida en la sonrisa que me había dirigido desde la platea de su prima. Seguiría el camino que Francisca me había dicho que tomaba la duquesa, y trataría, sin embargo, para volver a encontrar a dos muchachitas a quienes había visto la antevíspera, de no perder la salida de un curso y de una catequesis. Pero mientras tanto, de tiempo en tiempo, volvían a mí la centelleante sonrisa de la señora de Guermantes, la sensación de dulzura que esa sonrisa me había dado. Y sin saber a ciencia cierta lo que hacía, intentaba ponerlas (como una mujer mira el efecto que haría en un traje un determinado género de botones de pedrería que acaban de darle) a par de las ideas novelescas que poseía desde hacía tiempo y que la frialdad de Albertina, la partida prematura de Gisela, y, antes de esto, la separación deseada y demasiado prolongada de Gilberta, habían libertado (la idea, por ejemplo, de ser querido por una mujer, de tener una vida en común con ella); después era la imagen de una u otra de las dos muchachitas lo que acercaba a esas ideas, a las cuales, inmediatamente después, trataba de adaptar el recuerdo de la duquesa. Al lado de esas ideas, el recuerdo de la señora de Guermantes en la Opera Cómica era muy poca cosa, una estrellita junto a la larga cauda de su cometa flamante; además, conocía muy bien esas ideas mucho antes de conocer a la señora de Guermantes; el recuerdo, en cambio, lo poseía imperfectamente, se me escapaba a ratos; fue durante las horas en que, de ser flotante en mí con el mismo título que las imágenes de otras mujeres bonitas, pasó poco a poco a ser una asociación única y definitiva —exclusiva de cualquier otra imagen femenina— con mis ideas novelescas tan anteriores a él; fue durante esas horas en que mejor lo recordaba cuando hubiera debido tratar de saber exactamente qué recuerdo era ése; pero entonces no sabía la importancia que iba a tomar para mí; era dulce, solamente, como una primera cita de la señora de Guermantes, en sí mismo; era el primer esbozo, el único verdadero, el único trazado conforme a la vida, el único que fuese realmente la señora de Guermantes; durante las escasas horas en que tuve la dicha de guardarlo sin saber concederle atención, debía ser muy encantador, sin embargo, este recuerdo, ya que a él, libremente aún en aquel momento, sin prisa, sin fatiga, sin asomo de necesidad ni de ansia, tornaban siempre mis ideas de amor; luego, a medida

que esas ideas lo fijaron más definitivamente, tomó de ellas mayor fuerza, pero se tornó más vago en sí mismo; bien pronto no supe ya volver a encontrarlo, y sin duda lo deformaba por completo en mis ensueños, puesto que cada vez que veía a la señora de Guermantes comprobaba una divergencia, diferente siempre, por lo demás, entre lo que había imaginado y lo que veía. Todos los días, ahora, por cierto en el momento en que la señora de Guermantes desembocaba por lo alto de la calle, distinguía aún su elevada estatura, aquel rostro de clara mirada bajo una cabellera ligera, cosas todas por las que estaba yo allí; pero en desquite, algunos segundos más tarde, cuando, habiendo apartado los ojos en otra dirección porque pareciese que no esperaba este encuentro que había venido a buscar, los alzaba hacia la duquesa en el momento en que llegaba al mismo nivel de la calle que ella, lo que entonces veía eran unas huellas rojas, que no sabía si se debían a la acción del aire o a la caparrosa, en un semblante desagradable que, con un gesto muy seco y distante de la amabilidad de la noche de Fedra, respondía al saludo que yo le dirigía cotidianamente con expresión de sorpresa y que no parecía agradarle. Así y todo, al cabo de unos días en que el recuerdo de las dos muchachitas luchó con varia suerte por el dominio de mis ideas amorosas con el de la señora de Guermantes, fue éste, como por sí mismo, el que acabó por renacer más a menudo, mientras que sus competidores se eliminaban por sí solos; sobre él fue sobre quien acabé por haber transferido, voluntariamente aún, en suma, y como por elección y por gusto, todos mis pensamientos de amor. Ya no pensé más en las muchachitas del catecismo ni en una determinada lechera, y, sin embargo, no esperé ya volver a encontrar en la calle lo que había ido a buscar a ella, ni la ternura prometida en el teatro en una sonrisa, ni la silueta y el claro semblante bajo la cabellera rubia, que no eran tales sino de lejos. Ahora no hubiera podido decir siquiera cómo era la señora de Guermantes, en qué la reconocía, pues todos los días, en el conjunto de su persona, el semblante era diferente, como el traje y el sombrero.

¿Por qué un día, al ver llegar de frente, bajo una capota malva, un dulce y terso semblante de encantos repartidos con simetría en torno a dos ojos azules y en el cual la línea de la nariz parecía reabsorbida, sabía yo, con una

conmoción de júbilo, que no volvería a casa sin que la señora de Guermantes se fijase en mí; por qué sentía la misma turbación, afectaba la misma indiferencia, apartaba los ojos de la misma manera distraída que la víspera, al ver la aparición de perfil, en una bocacalle y bajo una toca azul marino, de una nariz en forma de pico de pájaro, el escorzo de una mejilla roja, interrumpido por un ojo penetrante, como una divinidad egipcia? Una vez, no fue sólo una mujer con pico de pájaro lo que vi, sino algo como un verdadero pájaro: el traje y hasta el gorrito de la señora de Guermantes eran de pieles, y como no dejaban así ver el menor asomo de tela, parecía naturalmente envuelta en piel como ciertos buitres cuyo plumaje espeso, unido, leonado y suave tiene la apariencia de una especie de pelo. En medio de este plumaje natural, la cabecita encorvaba su pico de pájaro y los ojos saltones eran penetrantes y azules.

Tal día volvía de pasear la calle arriba y abajo durante varias horas sin descubrir a la señora de Guermantes, cuando, de pronto, en el fondo de una lechería escondida entre dos hoteles en aquel barrio aristocrático y popular, se destacaba el rostro confuso y nuevo de una mujer elegante que estaba haciendo que le enseñasen unos *suizos*, y, antes de que yo hubiese tenido tiempo de entreverla, como un relámpago que hubiera tardado menos tiempo en llegar hasta mí que el resto de la imagen, venía a herirme la mirada de la duquesa; otra vez, al no encontrarla y oír que daban las doce, comprendía que no valía la pena de seguir esperándola, y emprendía de nuevo, tristemente, el camino de casa, y, ensimismado en mi decepción, al contemplar, sin verlo, un coche que se alejaba, comprendía de repente que la inclinación de cabeza que una dama había hecho desde la portezuela era para mí, y que aquella dama, cuyos rasgos deshechos y pálidos o, por el contrario, tensos y vivos, componían bajo un sombrero redondo, al pie de una alta *aigrette*, el rostro de una extranjera que yo había creído no reconocer, era la señora de Guermantes, a la que había dejado que me saludase sin responderle siquiera. Y algunas veces la encontraba, al volver, en el rincón de la portería, donde el detestable portero, cuyas investigadoras ojeadas aborrecía yo, estaba haciéndole grandes saludos y también, sin duda, *informándola.* Porque todo el personal de los Guermantes, disimulado

tras los visillos de las ventanas, espiaba, temblando, el diálogo que no oía, y a consecuencia del cual no dejaba la duquesa de privar de sus salidas a tal o cual criado a quien el chismoso del portero había vendido. Por todas las apariciones sucesivas de los diferentes semblantes que ofrecía la señora de Guermantes, semblantes que ocupaban una extensión relativa y variada, tan pronto estrecha como vasta, en el conjunto de su tocado, mi amor no se había adherido a tal o cual de aquellas parcelas cambiantes de carne y de tela que ocupaban, según los días, el lugar de las demás, y que ella podía modificar y renovar casi por entero sin alterar mi turbación, porque al través de ellas, a través del cuello nuevo, de la mejilla desconocida, sentía yo que era siempre la señora de Guermantes. Lo que yo quería era la persona invisible que ponía en movimiento todo aquello, era ella, cuya hostilidad me afligía, cuya proximidad me trastornaba, cuya vida hubiese querido captar, expulsando de ella a sus amigos. Podía enarbolar una pluma azul u ostentar un color arrebolado sin que sus acciones perdiesen para mí en importancia.

Si por mí mismo no me hubiese dado cuenta de que la señora de Guermantes estaba harta de encontrarse conmigo todos los días, lo hubiera echado de ver por la cara llena de frialdad, de reprobación y de lástima que ponía Francisca cuando me ayudaba a arreglarme para estas salidas matinales. Desde el momento en que le pedía mis avíos sentía alzarse un viento contrario en los rasgos contraídos y cansados de su rostro. Ni siquiera intentaba ganar su confianza, dándome clara cuenta de que no lo conseguiría. Tenía Francisca, para saber inmediatamente cuanto de desagradable podía ocurrimos a mis padres y a mí, un poder cuya naturaleza ha permanecido siempre para mí oscura. Quizá no fuese sobrenatural y hubiera podido explicarse por medios de información que eran privativos de ella; así se enteran algunos pueblos salvajes de ciertas noticias muchos días antes de que el correo las haya llevado a la colonia europea, y que les han sido transmitidas no por telepatía, sino de colina en colina, con ayuda de hogueras. Así, en el caso particular de mis paseos, es posible que la servidumbre de la señora de Guermantes hubiese oído a la señora expresar su fastidio al encontrarme inevitablemente en su camino y habrían repetido

estas frases a Francisca. La verdad es que, aunque mis padres hubieran podido poner a mi servicio otra persona en lugar de Francisca, yo no hubiera ganado nada con ello. Francisca, en cierto sentido, era menos sirvienta que las demás. Por su manera de sentir, de ser buena y compasiva, de ser dura y orgullosa, de ser aguda y limitada, de tener la piel blanca y las manos coloradas, era la señorita de pueblo cuyos padres «estaban bien por su casa», pero que, al arruinarse, se habían visto obligados a hacerla cambiar de condición. Su presencia en nuestra casa equivalía al aire del campo y a la vida social en una granja de hace cincuenta años, transportados a nuestro ambiente merced a un a modo de viaje inverso en que es el veraneo lo que va hacia el viajero. Como la vitrina de un museo regional, con esas curiosas obras que los campesinos ejecutan aún y guarnecen de pasamanería en ciertas provincias, nuestro piso parisiense estaba decorado por las palabras de Francisca, inspiradas por un sentimiento tradicional y local y obedientes a reglas antiquísimas. Y sabía trazar de nuevo en ellas, como con hilos de color, los cerezos y los pájaros de su infancia, la cama en que había muerto su madre y que ella veía aún. Mas a pesar de esto, desde el punto en que había entrado en París a nuestro servicio, había compartido —y con más razón lo hubiera hecho cualquier otra en su lugar— las ideas, las jurisprudencias de interpretación de los criados de los demás pisos, recobrándose del respeto que estaba obligada a testimoniarnos, repitiéndonos las groserías que la cocinera del piso cuarto decía a su señora, con tal satisfacción de criada, que, por primera vez en nuestra vida, sintiendo una especie de solidaridad con la detestable inquilina del piso cuarto, nos decíamos que acaso, en efecto, fuésemos *amos.* Esta alteración del carácter de Francisca era quizá inevitable. Ciertas existencias son tan anormales que fatalmente tienen que engendrar determinados defectos: tal la que llevaba el rey en Versalles entre sus cortesanos, tan extraña como la de un faraón o la de un dogo y, todavía más que la del rey, la vida de los mismos cortesanos. La de los criados es, sin duda, más extrañamente monstruosa aún, monstruosidad que solamente la fuerza de la costumbre nos cela. Pero hasta en detalles más particulares todavía, me hubiera visto condenado, aun cuando hubiese despedido a Francisca, a

conservar la misma criada. Porque otros varios pudieron entrar más tarde a mi servicio; provistos ya de los defectos generales de los sirvientes, no por eso dejaban de sufrir a mi lado una rápida transformación. Como las leyes del ataque rigen las de la parada, todos, para no ser heridos por las asperezas de mi carácter, practicaban en el suyo un entrante idéntico y en el mismo lugar, y, en desquite, se aprovechaban de mis lagunas para instalar en ellas sus avanzadas. Yo no conocía esas lagunas, como tampoco los salientes a que su hueco daba lugar, precisamente porque eran tales lagunas. Pero mis criados, al echarse a perder poco a poco, me las revelaron. Por sus defectos, invariablemente adquiridos, conocí mis defectos naturales y adquiridos; su carácter me presentó a modo de una prueba negativa el mío. Mi madre y yo nos habíamos burlado mucho, en otro tiempo, de la señora Sazerat, que decía, al hablar de sus criados: «Esa casta, esa especie». Pero debo decir que la razón por que no había tenido yo lugar de desear la sustitución de Francisca por otra criada era que esa otra hubiera pertenecido tanto como ella, e inevitablemente, a la casta general de los criados y a la especie particular de los míos.

Volviendo a Francisca, en mi vida he sentido una humillación sin haber encontrado previamente a punto en el rostro de Francisca muestras de conmiseración; y si cuando, en mi cólera de ser compadecido por ella, trataba de pretender que, por el contrario, había alcanzado un triunfo, mis mentiras iban inútilmente a estrellarse contra su incredulidad respetuosa pero visible, y contra la conciencia que de su infalibilidad poseía. Porque Francisca sabía la verdad; se la callaba y hacía solamente una ligera mueca con los labios como si todavía tuviese la boca llena y diese fin de un buen bocado. Se la callaba; por lo menos eso he creído durante mucho tiempo, porque en aquella época me figuraba aún que era por medio de palabras como se enseña a los demás la verdad. Hasta las palabras que me decían depositaban tan bien su significación inalterable en mi sensible espíritu, que ya no creía posible que una persona que me hubiese dicho que me quería no me quisiese, ni más ni menos que la propia Francisca no hubiera podido dudar, después de haberlo leído en un periódico, de que un sacerdote o un señor cualquiera fuese capaz de enviarnos gratuitamente, en respuesta a una

petición dirigida por correo, un remedio infalible contra todas las enfermedades o un medio de centuplicar nuestras rentas. (En cambio, si nuestro médico le daba la más sencilla pomada contra el catarro de cabeza, ella, tan dura para los sufrimientos más fuertes, gemía por lo que había tenido que sorber, asegurando que aquello le «pelaba las narices» y que ya no sabía una dónde vivir). Pero Francisca fue la primera que me dio el ejemplo (que no había de comprender yo hasta más tarde, cuando hubo vuelto a dármelo de nuevo y más dolorosamente, como se verá en los últimos volúmenes de esta obra, una persona que me era más querida) de que la verdad no necesita ser dicha para que se manifieste, y que acaso sea posible recogerla con más seguridad, sin esperar las palabras y aun sin hacer el menor caso de ellas, en mil signos exteriores, incluso en ciertos fenómenos invisibles, análogos en el mundo de los caracteres a lo que son, en la naturaleza física, los cambios atmosféricos. Acaso hubiera podido sospecharlo, ya que a mí mismo me ocurría entonces con frecuencia decir cosas en que no había ni asomos de verdad, en tanto que la manifestaba en tantas involuntarias confidencias de mi cuerpo y de mis actos (confidencias que eran perfectamente interpretadas por Francisca); hubiera podido sospecharlo acaso, mas para ello habría sido preciso que hubiese sabido que a veces era mentiroso y trapacero. Ahora bien; la mentira y la trapacería eran, en mí como en todo el mundo, impuestas de una manera tan inmediata y contingente, y para su defensiva, por un interés particular, que mi espíritu, fijo en un hermoso ideal, dejaba que mi carácter llevase a cabo en la sombra esas necesidades urgentes y mezquinas, y no se desviaba para percibirlas. Cuando Francisca, a la noche, se mostraba amable conmigo, me pedía permiso para sentarse en mi habitación, me parecía que su rostro se tornaba transparente y que veía en toda ella la bondad y la franqueza. Pero Jupien, que tenía partes de indiscreción que no conocí hasta más tarde, reveló después que Francisca decía de mí que no valía lo que la cuerda con que me ahorcasen, y que había tratado de hacerle todo el daño posible. Estas palabras de Jupien tiraron inmediatamente ante mí, en una tinta desconocida, una prueba de mis relaciones con Francisca tan diferente de aquella en que a menudo me complacía en descansar mis miradas y en que,

sin la más ligera indecisión, Francisca me adoraba y no perdía ocasión de elogiarme, que comprendí que no es sólo el mundo físico el que difiere del aspecto en que lo vemos; que toda realidad es acaso tan desemejante de la que creemos percibir directamente, como los árboles, el sol y el cielo serían por completo diferentes de lo que son si fuesen conocidos por seres dotados de ojos constituidos diferentemente que los nuestros o que poseyesen para ese menester otros órganos que no fuesen los ojos y que diesen otros equivalentes no visuales de los árboles, del cielo y del sol. Tal cual fue, esta brusca escapada que me abrió una vez Jupien hacia el mundo real me espantó. Y eso que sólo se trataba de Francisca, de quien apenas me cuidaba. ¿Ocurría lo mismo en todas las relaciones humanas? ¿A qué desesperación podría llevarme esto un día si ocurría lo mismo en el amor? Ese era el secreto del porvenir. Entonces todavía no se trataba más que de Francisca. ¿Pensaba ésta sinceramente lo que había dicho a Jupien? ¿Lo había dicho solamente por encismar a Jupien conmigo, acaso por que no tomásemos a la chica de Jupien para sustituirla a ella? Lo cierto es que comprendí la imposibilidad de saber de una manera directa y segura si Francisca me quería o me detestaba. Y así fue ella la primera que me dio la idea de que una persona no está, como yo había creído, clara e inmóvil ante nosotros, con sus cualidades, con sus defectos, sus proyectos, sus intenciones respecto a nosotros (como un jardín que está uno mirando, con todos sus arriates, a través de una verja), sino que es una sombra en que jamás podremos penetrar, para la cual no existe conocimiento directo, tocante a la cual nos forjamos numerosas creencias con ayuda de palabras e incluso de acciones que, tanto unas como otras, sólo nos dan informes insuficientes y, por lo demás, contradictorios —una sombra en la que podemos alternativamente imaginarnos con tanta verosimilitud que brillan el odio como el amor.

Tenía yo verdadero amor a la señora de Guermantes. La mayor dicha que hubiese podido pedir a Dios habría sido que hiciera abatirse sobre ella todas las calamidades, y que, arruinada, desacreditada, despojada de todos los privilegios que me separaban de ella, sin tener ya casa en que habitar ni gente que consintiera en saludarla, viniese a pedirme asilo. Me la imaginaba

haciéndolo. E inclusive las noches en que algún cambio de atmósfera o de mi propia salud traían a mi conciencia algún rollo olvidado en que yacían inscritas impresiones de otro tiempo, en lugar de aprovechar las fuerzas de renovación que acababan de nacer en mí, en lugar de emplearlas en descifrar en mí mismo pensamientos que ordinariamente se me escapaban, en lugar de ponerme por fin al trabajo, prefería hablar en voz alta, pensar de una manera animada, exterior, que no era sino un razonar y una gesticulación inútiles, toda una novela puramente de aventuras, estéril y falta de verdad, en que la duquesa, reducida a la miseria, venía a implorarme a mí que, a consecuencia de circunstancias inversas, había llegado a ser rico y poderoso. Y cuando había pasado así varias horas imaginándome circunstancias, pronunciando las frases que diría a la duquesa al acogerla bajo mi techo, la situación seguía siendo la misma; yo había, ¡ay!, escogido en la realidad, precisamente para quererla, a la mujer que reunía acaso más ventajas diferentes y ante cuyos ojos, por lo mismo, no podía esperar llegar a tener ningún prestigio, ya que ella era tan rica como el más rico que no hubiera sido noble, sin contar con aquel encanto personal que la ponía de moda, que hacía de ella, entre todas, una especie de reina.

Sentía yo que le desagradaba con ir todas las mañanas a su encuentro; mas aun cuando hubiese tenido valor para pasarme dos o tres días sin hacerlo, es posible que la señora de Guermantes no hubiese reparado en esta abstención que hubiera representado para mí un sacrificio tan grande, o que la hubiera atribuido a algún impedimento independiente de mi voluntad. Y, en efecto, no hubiera podido conseguir dejar de ir por su camino como no fuera arreglándomelas de suerte que me encontrase en la imposibilidad de hacerlo, ya que la necesidad, sin cesar renaciente, de encontrarme con ella, de ser por un instante objeto de su atención, la persona a quien dirigía su saludo, esa necesidad era más fuerte que el fastidio de enojarla. Hubiera sido preciso que me alejase por algún tiempo; me faltaba el valor. Pensé en ello un instante. A veces decía a Francisca que hiciese mis maletas, e inmediatamente después que las deshiciese. Y como el demonio del remedo y de no parecer anticuado altera la forma más natural y más segura de uno

mismo, Francisca, tomando la expresión del vocabulario de su hija, decía de mí que estaba chalado. No le hacía ninguna gracia; decía que yo «me columpiaba» siempre, porque usaba, cuando no quería rivalizar con los modernos, el lenguaje de Saint-Simon. Verdad es que aún le hacía menos gracia cuando yo le hablaba como amo. Sabía que eso no era natural en mí y que no me cuadraba, cosa que traducía diciendo que «lo afectado no me caía bien». Sólo hubiera tenido valor para marcharme en una dirección que me acercase a la señora de Guermantes. La cosa no era imposible. ¿No sería, en efecto, hallarme más cerca de ella de lo que lo estaba por las mañanas en la calle, solitario, humillado, sintiendo que ni uno solo de los pensamientos que hubiera querido dirigirle llegaba nunca hasta ella, en aquel azacaneo estéril de mis paseos que podían durar indefinidamente sin hacerme adelantar nada, si me fuese a muchas leguas de la señora de Guermantes, pero a casa de alguien a quien ella conociese, a quien supiera exigente en la elección de sus relaciones, y que me apreciase, que pudiera hablarle de mí y, si no conseguir de ella lo que yo quería, por lo menos hacérselo saber; alguien gracias a quien, en todo caso, simplemente porque con él examinaría si podía encargarse o no de tal o cual mensaje para ella, daría a mis ensueños solitarios y mudos una forma nueva, hablada, activa, que me parecería un avance, una realización casi? Intervenir en lo que hacía ella durante la vida misteriosa de la «Guermantes» que era, intervenir en esto —que constituía el objeto de mi ensoñar constante—, aunque fuese de una manera indirecta, como con una palanca, haciendo entrar en acción a alguien para quien no estuviesen vedados el hotel de la duquesa, sus recepciones, la conversación prolongada con ella, ¿no sería un contacto más distante pero más efectivo que mi contemplación de todas las mañanas en la calle?

La amistad, la admiración que Saint-Loup sentía hacia mí me parecían inmerecidas y habían permanecido para mí indiferentes. De pronto les concedí valor; hubiese querido que se las revelase él a la señora de Guermantes, hubiera sido capaz de pedirle que lo hiciese. Porque desde el momento en que uno está enamorado, todos los pequeños privilegios desconocidos que posee quisiera poder divulgarlos ante la mujer a quien

ama, como hacen en la vida los desheredados y los importunos. Sufre uno de que ella los ignore, trata de consolarse diciéndose que, precisamente porque nunca son visibles, acaso añada ella a la idea que de uno tiene esa posibilidad de ignoradas excelencias.

Saint-Loup hacía mucho tiempo que no podía venir a París, fuese, como decía él, por exigencias de su profesión, o más bien por los disgustos que le daba su querida, con la cual había estado ya por dos veces a punto de romper. Reiteradamente me había dicho cuánto bien le haría con ir a verle a aquella guarnición cuyo nombre, a los dos días de haber salido él de Balbec, me había causado tanta alegría al leerlo en el sobre de la primera carta que recibía de mi amigo. Era —no tan lejos de Balbec como el paisaje, francamente de tierra adentro, hubiera hecho creer— una de esas pequeñas ciudades aristocráticas y militares rodeadas de una extensa campiña en que, en el buen tiempo, flota con tanta frecuencia a lo lejos, como un vaho sonoro intermitente que —del mismo modo que un telón de álamos dibuja con sus sinuosidades el curso de un río que no se ve— revela los cambios de lugar de un regimiento en maniobras, que hasta la atmósfera de las calles, de las avenidas y de las plazas ha acabado por contraer una a modo de perpetua vibratilidad musical y guerrera, y que el más grosero ruido de un carro o de un tranvía se prolonga en ellas en vagas llamadas de clarín, indefinidamente tamizadas, en los oídos alucinados por el silencio. No estaba situada tan lejos de París que no me fuese posible, al apearme del rápido, volver a casa, encontrar aún en pie a mi madre y a mi abuela y acostarme en mi cama. Tan pronto como lo hube comprendido, turbado por un doloroso deseo, tuve demasiado poca voluntad para decidir que no volvería a París y quedarme en la ciudad; pero demasiado poca también para impedir que un empleado llevase mi maleta hasta un coche de punto y para no incorporarme, mientras le seguía, el alma desierta de un viajero que vigila sus bártulos y a quien ninguna abuela espera, para no subir a un coche con la desenvoltura del que, por haber dejado de pensar en lo que quiere, tiene la apariencia de saber lo que quiere, y para no dar al cochero la dirección del cuartel de caballería. Pensaba que Saint-Loup iría a dormir aquella noche al hotel en que yo iba a alojarme para hacer que me fuese

menos angustioso el primer contacto con aquella ciudad desconocida. Un soldado de guardia fue a buscarle y yo le esperé a la puerta del cuartel, ante aquella gran nave resonante con el viento de noviembre, y de donde, a cada instante, porque eran las seis de la tarde, salían hombres, de dos en dos, a la calle, titubeando como si bajasen a tierra en algún puerto exótico donde se hubiesen detenido momentáneamente. Llegó Saint-Loup, agitándose en todos sentidos, dejando volar delante de sí su monóculo; yo no había dado mi nombre y estaba impaciente por gozar de su sorpresa y de su alegría.

—¡Ah, qué fastidio! —exclamó al verme de improviso, poniéndose colorado hasta las orejas—: acabo de entrar de semana y no podré salir hasta dentro de ocho días.

Y, preocupado por la idea de verme pasar a solas esta primera noche, porque conocía mejor que nadie mis terrores nocturnos que con tanta frecuencia había observado y endulzado en Balbec, interrumpía sus lamentaciones para volverse hacia mí, para dirigirme breves sonrisas, tiernas miradas desiguales, unas que venían directamente de su ojo, otras a través de su monóculo, y en todas ellas una alusión a la emoción que sentía al volver a verme, una alusión también a una cosa importante que no siempre comprendía yo, pero que ahora me importaba, y era nuestra amistad.

—¡Dios mío! ¿Y dónde va a dormir usted? Si he de serle franco, no le aconsejo el hotel en que nos hospedamos nosotros; está al lado de la Exposición, donde van a empezar las fiestas, y tendría usted una de gente loca. No; mejor estaría en el hotel de Flandes, es un antiguo palacete del siglo XVIII, con tapicerías viejas. *Hace* bastante *casa solariega histórica.*

Saint-Loup empleaba a todo pasto la palabra *hacer* en lugar de *parecer,* porque la lengua hablada, como la lengua escrita, siente de tiempo en tiempo la necesidad de esas alteraciones del sentido de las palabras, de esos refinamientos de expresión. Y así como ocurre con frecuencia que los periodistas ignoren de qué escuela literaria provienen las *elegancias* que utilizan, así el vocabulario, la dicción inclusive de Saint-Loup, estaban hechos de la imitación de tres estetas diferentes, a ninguno de los cuales

conocía, pero de quienes le habían sido indirectamente inculcados esos modos de lenguaje.

—Por otra parte —concluyó—, ese hotel es bastante adecuado a su hiperestesia auditiva. No tendrá usted vecinos. Reconozco que es una triste ventaja, y como, al fin y al cabo, mañana puede llegar otro viajero, no valdría la pena de escoger para ese hotel resultados precarios. No; si se lo recomiendo es por el aspecto. Las habitaciones son bastante simpáticas; los muebles, antiguos y confortables, lo cual ya es algo tranquilizador.

Pero para mí, menos artista que Saint-Loup, el placer que puede proporcionar una casa bonita era superficial, nulo casi, y no podía calmar mi angustia incipiente, tan penosa como la que sentía en otro tiempo en Combray cuando mi madre no iba a darme las buenas noches, o como la que había sentido el día de mi llegada a Balbec en la habitación demasiado alta que olía a espicanardo. Saint-Loup lo comprendió por mi mirada fija.

—Pero a usted le trae muy sin cuidado, ¡pobrecillo!, ese lindo palacio; está usted muy pálido. Yo, como un tonto, le estoy hablando de unas tapicerías que ni siquiera tendrá usted ánimos para mirar. Conozco la habitación en que le pondrían; para mi gusto la encuentro muy alegre, pero me doy perfecta cuenta de que para usted, con su sensibilidad, no es lo mismo. No crea que no lo comprendo; no siento lo que usted, pero de sobra me pongo en su lugar.

Un suboficial que probaba un caballo en el patio, muy ocupado en hacerle saltar, sin responder a los saludos de los soldados, pero lanzando chaparrones de injurias a los que se ponían en su camino, dirigió en aquel momento una sonrisa a Saint-Loup, y al darse cuenta entonces de que éste tenía consigo a un amigo, saludó. Pero el caballo se le fue a la empinada, espumarajeando. Saint-Loup se le abalanzó a la cabeza, lo tomó de la brida, consiguió calmarlo y volvió a mi lado.

—Sí —me dijo—, le aseguro que me doy cuenta, que sufro con lo que usted siente; me apena —añadió, poniéndome afectuosamente la mano en el hombro— pensar que si me hubiera sido posible quedarme cerca de usted acaso hubiese podido, quedándome a su lado, hablando con usted hasta la mañana, quitarle un poco de su tristeza. Le prestaría bastantes libros, pero

no va usted a poder leer si se encuentra de esa manera. Y no habrá modo de conseguir que me sustituya aquí nadie; ya va de dos veces seguidas que lo he hecho porque había venido mi chica.

Y fruncía el ceño, por su disgusto y también por el ahínco que ponía en buscar, como un médico, qué remedio podría aplicar a mi mal.

—Anda, ve a encender lumbre en mi cuarto —dijo a un soldado que pasaba—. ¡Vamos, más aprisa, listo!

Después se volvía hacia mí de nuevo, y el monóculo y la mirada miope hacían alusión a nuestra gran amistad.

—¡Usted aquí, en este cuartel en que tanto he pensado en usted! No puedo dar crédito a mis ojos, me parece que sueño. En fin, ¿y esa salud, va mejor? Ahora mismo va usted a hablarme de todo ello. Vamos a subir a mi cuarto, no estemos demasiado en el patio, hace un viento del diablo; yo ni siquiera lo siento ya, pero tengo miedo de que usted, que no está acostumbrado, tenga frío. ¿Qué, y ese trabajo, se ha puesto usted ya a él? ¿No? Pero ¡qué hombre este! Si yo tuviera las disposiciones que usted, creo que escribiría de la mañana a la noche. Le divierte a usted más no hacer nada. ¡Qué lástima que sean los mediocres como yo los que siempre están dispuestos a trabajar, y que los que podrían hacerlo no quieran! Y ni siquiera le he preguntado por su señora abuela. Su *Proudhon*[8] no se separa de mí.

Un oficial, alto, guapo, majestuoso, desembocó, con pasos lentos y solemnes, de una escalera. Saint-Loup le saludó e inmovilizó la perpetua inestabilidad de su cuerpo el tiempo preciso para tener la mano a la altura del quepis. Pero la había precipitado con tanta fuerza, irguiéndose con un movimiento tan seco, y, una vez acabado el saludo, la hizo caer de nuevo con un ademán tan brusco, cambiando todas las posiciones del hombro, de la pierna y del monóculo, que aquel momento fue no tanto de inmovilidad como de una vibrante tensión en que se neutralizaban los movimientos excesivos que acababan de producirse y los que iban a empezar. Mientras tanto, el oficial, sin acercarse, tranquilo, benévolo, digno, imperial, representando, en suma, el polo opuesto de Saint-Loup, alzó, a su vez, pero sin apresurarse, la mano hacia su quepis.

—Tengo que decirle dos palabras al capitán —me susurró Saint-Loup —. Tenga usted la bondad de ir a esperarme a mi cuarto: el segundo a la derecha, en el tercer piso; soy con usted dentro de un momento.

Y echando a andar a paso de carga, precedido de su monóculo, que volaba en todos los sentidos, se fue derecho hacia el digno y lento capitán, a quien traían en aquel momento el caballo y que, antes de disponerse a montar en él, daba algunas órdenes con una nobleza de ademanes estudiada, como en algún cuadro histórico y como si fuese a partir para una batalla del Primer Imperio, cuando lo cierto era que volvía sencillamente a su casa, al alojamiento que había alquilado para el tiempo que hubiera de estar en Doncières y que estaba enclavado en una plaza denominada, como por una ironía anticipada para con este napoleonida, ¡Plaza de la República! Me lancé escalones arriba, a punto de resbalar a cada paso en aquellos peldaños claveteados, entreviendo crujías de desnudos muros, con la doble alineación de los petates y de los equipos. Me indicaron la habitación de Saint-Loup. Un instante me quedé parado ante su puerta cerrada, porque oía moverse a alguien; removían una cosa, dejaban caer otra; sentía yo que la habitación no estaba vacía, que había alguien en ella. Pero no era sino el fuego encendido, que ardía. No podía estar tranquilo, cambiaba de lugar los leños, y con harta torpeza. Entré; dejó rodar un leño, hizo humear otro. E incluso cuando no se movía como la gente vulgar, dejaba de continuo oír ruidos que, desde el momento en que veía subir la llama, se me aparecían como ruidos del fuego, pero que, de haber estado al otro lado de la pared, hubiera creído que venían de alguien que se sonaba y paseaba. Por último me senté en la habitación. Colgaduras de *liberty* y viejas telas alemanas del siglo XVIII la preservaban del olor que exhalaba el resto del edificio, grosero, insulso y corruptible como el del pan moreno. Allí, en aquella habitación encantadora, era donde yo hubiera cenado y dormido feliz y con sosiego. Saint-Loup parecía presente casi, gracias a los libros de trabajo que estaban sobre su mesa al lado de unas fotografías, entre las que reconocí la mía y la de la señora de Guermantes, gracias al fuego que había acabado por hacerse a la chimenea y, como un animal echado en ardiente espera, silencioso y fiel, dejaba caer únicamente de cuando en cuando una brasa que se

desmoronaba o lamía la pared con una llama de la chimenea. Oía yo el tictac del reloj de Saint-Loup, que no debía de estar muy lejos de mí. Este tictac cambiaba de lugar a cada momento, porque yo no veía el reloj; me parecía que venía de detrás de mí, de delante, por la derecha, por la izquierda, que se apagaba a veces como si estuviese muy lejos. De pronto descubrí el reloj sobre la mesa. Entonces oí el tictac en un lugar fijo, de donde ya no se movió. Cuando menos, creía oírlo en aquel punto; no lo oía en él, lo veía allí, los sonidos no tienen lugar. Por lo menos los referimos a movimientos y merced a ello poseen la utilidad de avisarnos de esos movimientos, de parecer como que los hacen necesarios y naturales. Ocurre a veces, desde luego, que un enfermo al cual han tapado herméticamente los oídos no oiga ya el crepitar de un fuego como el que en aquel momento machaconeaba en la chimenea de Saint-Loup, mientras trabajaba en hacer tizones y cenizas que hacía caer luego en su rejilla, como tampoco oye el paso de los tranvías, cuya música alzaba el vuelo, en intervalos regulares, en la plaza mayor de Doncières. Entonces, si el enfermo lee, las páginas pasarán silenciosamente, como si fuesen recorridas por la mano de un dios. El pesado rumor de un baño que alguien está preparando se atenúa, se aligera y se aleja como un gorjeo celestial. El retroceso del ruido, su adelgazamiento, le quitan todo poder agresivo respecto de nosotros; enloquecidos hace unos momentos por unos martillazos que parecían sacudir el techo sobre nuestra cabeza, nos complacemos ahora en recogerlos, ligeros, acariciadores, lejanos, como un murmullo de follajes que jugasen sobre la carretera con el céfiro. Hace uno solitarios con cartas que no entiende, hasta el punto de que cree no haberlas barajado, que se mueven por sí solas, y que, adelantándose a nuestro deseo de jugar con ellas, se han puesto a jugar con nosotros. Y a este respecto cabe preguntarse si en lo que atañe al Amor (añadamos inclusive, al Amor, el amor a la vida, el amor a la gloria, ya que, según parece, hay gentes que conocen estos dos últimos sentimientos) no debería hacerse como los que, para defenderse contra el ruido, en lugar de implorar que cese, se tapan los oídos, y, a imitación de ellos, retraer nuestra atención, nuestra defensiva, a nosotros

mismos, darles como objeto que reducir, no el ser exterior a quien amamos, sino nuestra capacidad de sufrir por él.

Volviendo al sonido, si se hace mayor una de las bolas que cierran el conducto auditivo, éstas obligan al *pianissimo*[9] a la joven que tocaba, encima de nuestra cabeza, un aire turbulento; si se unta una de esas bolas de una materia grasa, su despotismo es obedecido inmediatamente por la casa toda, sus leyes se extienden inclusive al exterior. El *pianissimo* no basta ya, la bola hace que se cierre instantáneamente el teclado y la lección de música acaba bruscamente; el señor que paseaba sobre nuestra cabeza cesa de repente en su ronda; la circulación de los coches y de los tranvías queda interrumpida, como si se esperase a un jefe de Estado. Y esta atenuación de los sonidos turba incluso a veces el sueño en lugar de protegerlo. Todavía ayer, los ruidos incesantes, al describirnos de una manera continua los movimientos de la calle y de la casa, acababan por adormecernos como un libro aburrido; hoy, en la superficie de silencio extendida sobre nuestro sueño, un choque, más fuerte que los demás, llega a hacerse oír, leve como un suspiro, sin ligazón con ningún otro sonido, misterioso, y el requerimiento de explicación que exhala basta para despertarnos. Si se retiran por un instante los algodones superpuestos al tímpano del enfermo y, de pronto, la luz, el pleno sol del sonido se muestra de nuevo, cegador, renace en el universo, el pueblo vuelve a toda velocidad en rumores aislados, se asiste, como si fueran salmodiadas por ángeles músicos, a la resurrección de las voces. Las calles vacías se llenan por un instante de las alas rápidas y sucesivas de los tranvías cantores. Y en la misma habitación, el enfermo acaba de crear, no, como Prometeo, el fuego, sino el ruido del fuego. Y al aumentar, al adelgazar los tapones de guata, es como si se hiciera funcionar, alternativamente, uno u otro de los dos pedales que se han añadido a la sonoridad del mundo exterior.

Sólo que hay también supresiones de ruidos que no son momentáneas. El que se ha quedado completamente sordo ni siquiera puede hacer calentar a su lado un cacillo con leche sin que tenga que espiar con los ojos, sobre la tapadera ladeada, el reflejo blanco, hiperbóreo, semejante al de una tempestad de nieve, y que es el signo premonitorio al cual es prudente

obedecer retirando, como el Señor al detener las aguas, los enchufes eléctricos; porque ya el huevo ascendente y espasmódico de la leche que hierve lleva a cabo su crecida en algunas ebulliciones oblicuas, infla, redondea algunas velas medio zozobradas que había plegado la crema, arroja a la tempestad una de ellas, de nácar, y la interrupción de las corrientes, si se conjura a tiempo la tormenta eléctrica, hará girar todas esas velas sobre sí mismas y las lanzará a la deriva, trocadas en pétalos de magnolia. Pero si el enfermo no ha tomado suficientemente aprisa las precauciones necesarias, bien pronto, al emerger apenas de un mar blanco sus libros y su reloj, pasada esta barra láctea, se vería obligado a pedir auxilio a su vieja criada, que, aun cuando el enfermo fuese un político ilustre o un gran escritor, le diría que tiene menos sentido que un niño de cinco años. En otros momentos, en la cámara mágica, ante la puerta cerrada, una persona, que hace un instante no estaba allí, ha hecho su aparición; es un visitante a quien no se ha oído entrar y que no hace más que ademanes, como en uno de esos teatrillos de fantoches, de tanto descanso para aquellos que han cobrado aborrecimiento al lenguaje hablado. Y en cuanto al sordo total, como la pérdida de un sentido añade al mundo tanta belleza como no da su adquisición, se pasea ahora en colmo de delicias por una Tierra casi edénica en que todavía no ha sido creado el sonido. Las más altas cascadas despliegan para sus ojos solos su sábana de cristal, más tranquilas que el mar inmóvil, como cataratas del Paraíso. Como el ruido era para él, antes de su sordera, la forma perceptible bajo la que yacía la causa de un movimiento, los objetos movidos sin ruido parece que lo sean sin causa; despojados de toda cualidad sonora, muestran una actividad espontánea, parecen vivir; agítanse, se inmovilizan, toman fuego de sí mismos. Alzan por sí mismos el vuelo, como los monstruos alados de la prehistoria. En la casa solitaria y sin vecinos del sordo, el servicio que, antes de que el achaque fuese completo, mostraba ya más reserva, se hacía silenciosamente, está asegurado ahora, con algo de subrepticio, por mudos, como le ocurre a un rey de comedia de magia. Como en el escenario, asimismo, el edificio que el sordo ve desde su ventana —cuartel, iglesia, alcaldía— no es más que una decoración. Si algún día llega a hundirse,

podrá emitir una nube de polvo y escombros visibles; pero, menos material aún que un palacio de teatro, de cuya delgadez carece, empero, caerá en el universo mágico sin que la caída de sus pesados sillares de cantería empañe con la vulgaridad de ningún ruido la castidad del silencio.

El mucho más relativo que reinaba en la camareta militar en que yo me encontraba desde hacía un momento, se quebró. Se abrió la puerta y Saint-Loup, dejando caer su monóculo, entró presuroso.

—¡Qué a gusto se encuentra uno en este cuarto, Roberto! —le dije—; ¡qué bien si estuviese permitido cenar y dormir aquí!

Y, en efecto, de no haber estado prohibido, qué reposo sin tristeza hubiera saboreado allí, protegido por aquella atmósfera de tranquilidad, de vigilancia y de alegría que sostenían mil voluntades reguladas y sin inquietud, mil espíritus libres de cuidados, en la gran comunidad de un cuartel, donde, como el tiempo ha tomado la forma de la acción, la triste campana de las horas era sustituida por la misma gozosa charanga de las llamadas, cuyo recuerdo sonoro, desmigajado y pulverulento, se mantenía perpetuamente en suspenso sobre el enlosado de la ciudad, voz segura de ser escuchada, y musical, porque no era sólo la orden de la autoridad a la obediencia, sino también de la cordura a la felicidad.

—¿Conque preferiría usted acostarse aquí, a mi lado, mejor que irse solo al hotel? —me dijo Saint-Loup, riendo.

—Es usted cruel, Roberto, en tomarlo con ironía —le dije—, sabiendo como sabe que eso es imposible, y que allí voy a sufrir tanto.

—Me adula usted —me dijo—, porque precisamente se me ha ocurrido la idea de que usted preferiría quedarse aquí esta noche. Y eso es precisamente lo que había ido a pedirle al capitán.

—¿Y lo ha permitido? —exclamé.

—Sin la menor dificultad.

—¡Oh! ¡Lo adoro!

—No; eso es demasiado. Ahora déjeme usted que llame a mi ordenanza para que se ocupe de nuestra cena —añadió, mientras yo me volvía para ocultar mis lágrimas.

Varias veces entraron uno u otro de los camaradas de Saint-Loup. Este los ponía a la puerta.

—Vamos, largaos de aquí.

Yo le pedía que les dejara quedarse.

—Nada de eso; le abrumarían a usted: son seres completamente incultos que no pueden hablar más que de carreras, como no sea de almohazar caballos. Y, además, por lo que a mí se refiere, me echarían a perder estos instantes tan preciosos que tanto he deseado. Tenga usted en cuenta que si hablo de la mediocridad de mis camaradas no quiero decir que todo el que es militar carezca de intelectualidad, ni mucho menos. Tenemos un comandante que es un hombre admirable. Ha dado un curso en que trató la historia militar como una demostración, como una especie de álgebra. Estéticamente, incluso, el procedimiento es de una belleza sucesivamente inductiva y deductiva que no habría de dejarle a usted insensible.

—¿No es el capitán que me ha autorizado a quedarme aquí?

—No, a Dios gracias, porque el hombre a quien usted *adora* por tan poca cosa es el imbécil más grande que haya habido jamás en la tierra. Es perfecto para ocuparse del rancho y del uniforme de sus hombres; se pasa las horas muertas con el sargento mayor y con el maestro sastre. Esa es toda su mentalidad. Por lo demás, desdeña extraordinariamente, como todo el mundo, al admirable comandante de quien hablaba a usted. Nadie trata a éste porque es francmasón y no va a confesarse. El príncipe de Borodino no recibiría nunca en su casa a este pequeño burgués; lo cual, con todo, no deja de ser el colmo de la frescura en un hombre cuyo bisabuelo era un labriego, y que, de no ser por las guerras de Napoleón, sería probablemente también labrador. Por lo demás, se da cuenta de su situación —ni carne ni pescado— en sociedad. Ese supuesto príncipe va apenas al Jockey, de tan violento como se encuentra allí —añadió Roberto, que, inducido por un espíritu de imitación a adoptar las teorías sociales de sus señores y los prejuicios mundanos de sus padres, unía, sin darse cuenta de ello, al amor a la democracia el desdén hacia la nobleza del Imperio.

Yo miraba a la fotografía de su tía, y el pensamiento de que Saint-Loup, como poseedor de aquella fotografía, pudiera acaso dármela, me hizo

quererle más aún y sentirme deseoso de prestarle mil servicios, que me parecían poca cosa a cambio de aquélla. Porque esta fotografía era como un encuentro más añadido a los que ya había tenido yo con la señora de Guermantes, o, mejor aún, un encuentro prolongado, como si ella, merced a un brusco progreso de nuestras relaciones, se hubiese detenido a mi lado, tocada con una pamela y me hubiese dejado por vez primera contemplar a mis anchas aquella morbidez de la mejilla, aquella línea de la nuca, aquel ángulo de las cejas (hasta aquí veladas para mí por la rapidez de su paso, por el aturdimiento de mis impresiones, por la inconsistencia del recuerdo) y su contemplación, ni más ni menos que la del pecho y los brazos de una mujer a quien hasta entonces no hubiera visto sino con traje subido, era para mí un voluptuoso descubrimiento, un regalo. Estas líneas que me parecía casi prohibido mirar podría estudiarlas en el retrato como en un tratado de la única geometría que tuviese valor para mí. Más tarde, al mirar a Roberto, me di cuenta de que también él era un poco como una fotografía de su tía, y en virtud de un misterio casi tan conmovedor para mí, ya que si el rostro de él no había sido directamente producido por el de ella, ambos tenían, sin embargo, un origen común. Los rasgos de la duquesa de Guermantes, que estaban prendidos en mi visión de Combray, la nariz en forma de pico de halcón, los ojos penetrantes, parecían haber servido asimismo para recortar, en otro ejemplar análogo y menos consistente, de piel demasiado fina, el semblante de Roberto, que podía casi superponerse al de su tía. Contemplaba en él con envidia aquellos rasgos característicos de los Guermantes, de esa raza que se ha conservado tan inconfundible en mitad del mundo, en que no se pierde y en el que permanece aislada en su gloria divinamente ornitológica, porque parece que haya nacido, en los tiempos de la mitología, de la unión de una diosa y de un pájaro.

Roberto, sin conocer sus causas, estaba conmovido ante mi ternura. Esta, por lo demás, aumentaba con el bienestar producido por el calor del fuego y con el vino de Champagne, que perlaba al mismo tiempo de gotas de sudor mi frente y de lágrimas mis ojos. Roberto rociaba unos pollos de perdiz; yo los comía con el estupor de un profano de cualquier clase cuando en cierta vida que no conocía encuentra precisamente aquello que había

creído que esa vida excluyese (el pasmo, por ejemplo, de un librepensador al almorzar exquisitamente en una rectoral). Y a la mañana siguiente, al despertar, lo primero que hice fue lanzar desde la ventana de Saint-Loup, que como estaba muy alta, dominaba toda la comarca, una mirada de curiosidad para trabar conocimiento con mi vecina, la campiña, que no había podido ver la víspera por haber llegado demasiado tarde, a la hora en que el campo dormía ya envuelto por la noche. Pero aun cuando se hubiese despertado muy temprano, sólo la vi, sin embargo, al abrir los postigos, como se la ve desde la ventana de un castillo, a la parte del estanque, arropada todavía en su suave y blanca vestidura matinal de niebla que casi no me dejaba distinguir nada. Pero yo sabía que antes de que los soldados que se ocupaban de los caballos en el patio hubiesen acabado de almohazarlos, la campiña se habría despojado de esa vestidura. Mientras tanto, sólo me era dado ver una descarnada colina que erguía frente por frente del cuartel su lomo despojado ya de sombra, agudo y rugoso. A través de los visillos calados de escarcha, mis ojos no se apartaban de aquella extraña que por primera vez me miraba. Mas cuando hube adquirido las costumbre de ir al cuartel, la conciencia de que la colina estaba allí, más real, por consiguiente, incluso cuando no la veía, que el hotel de Balbec, que nuestra casa de París, en los que pensaba como en unos ausentes, como en unos muertos, es decir, sin apenas creer ya en su existencia, hizo que, aun sin darme yo cuenta de ello, su forma reverberada se perfilase siempre sobre las menores impresiones que sentí en Doncières, y, para empezar por aquella mañana, sobre la buena impresión de calor que me dio el chocolate preparado por el ordenanza de Saint-Loup en aquella habitación confortable que tenía la apariencia de un centro óptico para mirar a la colina, ya que la misma niebla que había en ésta tornaba imposible la idea de hacer otra cosa que contemplarla y pasearse por ella. Empapando la forma de la colina, asociada al sabor del chocolate y a toda la trama de mis pensamientos de entonces, esa niebla, sin que yo pensase ni poco ni mucho en ella, vino a humedecer todos mis pensamientos de aquel entonces, del mismo modo que tal oro inalterable y macizo había permanecido ligado a mis impresiones de Balbec, o como la vecina presencia de los escalones de piedra negruzca

comunicaba cierto tono gris a mis impresiones de Combray. No persistió, por lo demás, hasta muy entrada la mañana; el sol empezó por gastar inútilmente contra ella algunas flechas que la recamaron de brillantes, acabando por dominarla. La colina pudo ofrecer su grupa gris a los rayos que, una hora más tarde, cuando bajé a la ciudad, daban a los rojos de las hojas de los árboles, a los rojos y a los azules de los carteles electorales pegados en los muros, una exaltación que hasta a mí mismo me entonaba y me hacía golpear, cantando, el empedrado, conteniéndome para no brincar de alegría sobre él.

Pero desde el segundo día tuve que ir a dormir al hotel. Y de antemano sabía que había de encontrar fatalmente en él la tristeza. Era como un aroma irrespirable que desde mi nacimiento exhalaban para mí todas las habitaciones nuevas; es decir, todas las habitaciones: en la que de ordinario habitaba no me hallaba presente yo, mi pensamiento permanecía en otra parte y en su lugar enviaba solamente a la costumbre. Pero yo no podía encargar a esta sirvienta menos sensible que se ocupase de mis cosas en un país nuevo, donde la precedía, adonde llegaba solo, donde tenía que hacer entrar en contacto con las cosas al yo que no volvía a encontrar sino con intervalos de varios años, pero siempre el mismo, sin haber crecido desde Combray, desde mi primera llegada a Balbec, llorando, sin que pudiera consolársele, en el rincón de una maleta deshecha.

Ahora bien; me había engañado. No tuve tiempo de estar triste, porque ni un instante estuve solo. Es que del antiguo palacio quedaba un sobrante de lujo, inutilizable en un hotel moderno, y que, despojado de toda afectación práctica, había cobrado en su ociosidad una especie de vida: pasillos que volvían sobre sus pasos y cuyas idas y venidas sin finalidad cruzaba uno a cada momento; vestíbulos largos como corredores y decorados como salones, que más bien parecían habitar allí que formar parte de la habitación, que no había sido posible hacer entrar en ningún cuarto, pero que rondaban en torno al mío y vinieron en seguida a ofrecerme su compañía —a modo de vecinos ociosos, pero callados—, fantasmas subalternos del pasado a quienes se había permitido que permaneciesen sin hacer ruido a la puerta de las habitaciones alquiladas y

que cada vez que me los encontraba en mi camino daban muestras de una silenciosa deferencia para conmigo. En resumen: la idea de una vivienda, simple continente de nuestra existencia actual y que nos resguarda tan sólo del frío, de la vista de los demás, era absolutamente inaplicable a aquella morada, conjunto de habitaciones, tan reales como una colonia de personas asistidas de una vida silenciosa, desde luego, pero que estaba uno obligado a encontrar de nuevo, a evitar, a acoger, cuando volvía a casa. Trataba uno de no molestar y no podía contemplar sin respeto el gran salón que había adquirido, desde el siglo XVIII, la costumbre de extenderse entre sus soportes de oro viejo, bajo las nubes de su techo pintado. Y se sentía una curiosidad más familiar respecto de las reducidas habitaciones que, sin el menor cuidado de la simetría, corrían en torno a aquél, innumerables, asombradas, huyendo en desorden hasta el jardín a que bajaban tan fácilmente por tres escalones mellados.

Si quería salir o volver a mi cuarto sin tomar el ascensor ni que me viesen en la escalera principal, otra más pequeña, privada, que ya no prestaba servicio, me tendía sus peldaños tan hábilmente dispuestos uno a seguida de otro, que en su gradación parecía existir una proporción perfecta del género de las que en los colores, en los perfumes y en los sabores vienen frecuentemente a conmover en nosotros una sensualidad particular. Mas la que hay en subir y bajar por esta escalera había tenido que venir aquí para conocerla, como en otro tiempo a una estación alpestre para saber que el acto, habitualmente inadvertido, de respirar, puede ser un constante deleite. Recibí la exención de esfuerzo que sólo nos conceden aquellas cosas de que hemos hecho un largo uso, cuando puse por vez primera los pies en aquellos peldaños, familiares antes de ser conocidos, como si poseyesen, depositada acaso, incorporada a ellos por los dueños de antaño a quienes daban cada día acogida, la anticipada blandura de costumbres que aún no había contraído yo y que, además, no podría menos de debilitarse en cuanto me hubiese avezado a ellos. Abrí una habitación, la doble puerta volvió a cerrarse tras de mí, los cortinones hicieron entrar un silencio sobre el cual sentí como una embriagadora realeza; una chimenea de mármol decorada con cobres cincelados, que hubiera sido un error creer que sólo

sabía representar el arte del Directorio, me daba fuego, y una butaquita baja de patas me ayudó a calentarme tan confortablemente como si me hubiese sentado en la alfombra. Los muros ceñían la habitación, aislándola del resto del mundo, y, para dejar entrar en ella, para encerrar en ella lo que la hacía completa, separábanse ante la biblioteca, reservaban el hueco del lecho a cuyos lados unas columnas sostenían ligeramente el techo realzado de la alcoba. Y la habitación se prolongaba en profundidad en dos gabinetes tan anchos como ella, el último de los cuales colgaba de su muro, para perfumar el recogimiento que en él iba a buscarse, un voluptuoso rosario de iris; las puertas, si las dejaba abiertas mientras me acogía a este último retiro, no se contentaban con triplicarlo, sin que dejase de ser armonioso, ni hacían solamente gustar a mi mirada el placer de la extensión a par del de la contemplación, sino que, además, añadían al placer de mi soledad, que permanecía inviolable y dejaba de estar encerrada, el sentimiento de la libertad. Este escondrijo daba a un patio, hermoso, solitario, que me encantó tener por vecino cuando, a la mañana siguiente, lo descubrí, cautivo entre sus altos muros en que no se abría ninguna ventana, y sin más que dos árboles amarillentos que bastaban para dar una dulzura malva al cielo puro.

Antes de acostarme quise salir de mi habitación para explorar todo mi maravilloso dominio. Eché a andar siguiendo una larga galería que me rindió sucesivamente el homenaje de cuanto podía ofrecerme si yo no hubiera tenido sueño: una butaca en un rincón, una espineta, sobre una consola un cacharro de porcelana azul lleno de cinerarias, y en un cuadro antiguo el fantasma de una dama de antaño, de cabellos empolvados, trenzados de flores azules y con un ramo de claveles en la mano. Al llegar al final, su pared enteriza, en que ninguna puerta se abría, me dijo ingenuamente: «Ahora hay que volver atrás, pero ¿sabes?, estás en tu casa», mientras que el muelle tapiz añadía, por no ser menos, que si esta noche no dormía yo, podría perfectamente ir descalzo a él, y las ventanas sin postigos que daban al campo me aseguraban que pasarían la noche en vela, y que podría venir a la hora que mejor me pareciese sin temor a despertar a nadie. Y únicamente detrás de una colgadura sorprendí un gabinetito que, detenido por el muro y sin poder escaparse, se había escondido allí, avergonzado, y

me miraba, medroso, con su ojo de buey que el claro de luna tornaba azul. Me acosté, pero la presencia del edredón, de las columnillas, de la pequeña chimenea, poniendo mi atención a un nivel a que no estaba en París, impidió que me entregase al ordinario tejemaneje de mis quimeras. Y como es este estado particular de la atención el que envuelve al sueño y actúa sobre él, lo modifica, lo pone en un mismo plano con tal o cual serie de nuestros recuerdos, las imágenes que en esta primera noche llenaron mis sueños fueron tomadas de una memoria por completo distinta de la que mi sueño ponía ordinariamente a contribución. Si hubiera sido tentado, mientras dormía, de dejarme arrastrar de nuevo hacia mi memoria ordinaria, el lecho a que no estaba habituado, la mimosa atención que me veía obligado a prestar a mis posturas cada vez que me movía, hubiesen sido suficientes para rectificar o conservar el nuevo hilo de mis sueños. Ocurre con el sueño como con la percepción del mundo exterior. Basta una modificación introducida en nuestras costumbres para tornarlo poético; basta con que al desnudarnos nos hayamos quedado sin querer dormidos sobre nuestro lecho, para que las dimensiones del sueño cambien y su belleza sea percibida. Despierta uno, ve que su reloj marca las cuatro; no son más que las cuatro de la mañana, pero creemos que ha transcurrido todo el día, hasta tal punto ese sueño de unos minutos, que no habíamos buscado, nos ha parecido llovido del cielo, en virtud de algún derecho divino, enorme y grávido como el globo de oro de un emperador. A la mañana, fastidiado al pensar que mi abuelo estaba arreglado y que me esperaban para salir a dar una vuelta hacia Méséglise, me despertó la charanga de un regimiento que todos los días pasó por debajo de mis ventanas. Pero dos o tres veces —y lo digo porque no cabe describir bien la vida de los hombres sin hacerla bañarse en el sueño en que se sumerge y que noche tras noche la rodea como una península está cercada por el mar—, el sueño interpuesto fue bastante resistente en mí para resistir al choque de la música, y no oí nada. Los demás días cedió un instante; pero, aterciopelada todavía de haber dormido, mi conciencia, como esos órganos previamente anestesiados para los cuales una cauterización, que en el primer momento permanece insensible, no es percibida completamente hasta el final y como una ligera

quemadura, sólo era suavemente afectada por las agudas punzadas de los pífanos que la acariciaban como un vago y fresco gorjeo matinal, y tras esta breve interrupción en que el silencio se había hecho música, tornaba a empezar con mi sueño aun antes de que los dragones hubieran acabado de pasar, hurtándome las últimas ramillas floridas del ramo saltante y sonoro. Y la zona de mi conciencia que sus tallos habían rozado al brotar era tan estrecha, tan enmarañada de sueño, que más tarde, cuando Saint-Loup me preguntaba si había oído la música, ya no estaba seguro de que el sonido de la banda no hubiera sido tan imaginario como el que oía durante el día alzarse con el menor rumor sobre las losas de la ciudad. Quizá lo había oído solamente entre sueños por temor a que me despertase o, por el contrario, de no despertar y no ver el desfile. Porque a menudo me ocurría, cuando me quedaba traspuesto en el momento en que había pensado, lejos de eso, que el ruido me habría despertado, que por espacio de una hora creía estar despierto aún, entre sueños, y me representaba a mí mismo, en tenues sombras sobre la pantalla de mi sueño, los diversos espectáculos que ese sueño me vedaba, pero a los que me hacía la ilusión de asistir.

Lo que se hubiera hecho por el día ocurre, en efecto, al llegar el sueño, que sólo en sueños se realiza; es decir, conforme a la curva del adormecimiento, siguiendo otro camino que el que se ha recorrido despierto. La misma historia cambia y tiene otro final. A pesar de todo, el mundo en que se vive durante el sueño es hasta tal punto diferente, que aquellos a quienes les cuesta trabajo dormirse tratan ante todo de salir del nuestro. Después de haber removido desesperadamente durante horas enteras, con los ojos cerrados, pensamientos análogos a los que hubieran tenido con los ojos abiertos, cobran nuevos ánimos si se dan cuenta de que el minuto precedente ha estado por entero preñado de un razonamiento en contradicción formal con las leyes de la lógica, y la evidencia del presente, esta corta *ausencia*, significa que está abierta la puerta por donde podrán acaso evadirse inmediatamente de la percepción de lo real, ir a hacer alto más o menos lejos de él, lo cual les deparará un sueño más o menos *bueno*. Pero ya se ha dado un gran paso cuando se vuelve la espalda a lo real, cuando se llega a los primeros antros donde las *autosugestiones* preparan

como brujas el infernal brebaje de las enfermedades imaginarias o del recrudecimiento de las enfermedades nerviosas, y acechan la hora en que las crisis que han vuelto a surgir durante el sueño inconsciente habrán de desencadenarse con la fuerza suficiente para hacerlo cesar.

No lejos de ese punto está el jardín reservado en que crecen como flores desconocidas los sopores, tan diferentes entre sí —sopor del estramonio, del cáñamo índico, de los múltiples extractos del éter, sopor de la belladona, del opio, de la valeriana, flores que permanecen cerradas hasta el día en que el desconocido predestinado venga a tocarlas, a hacerlas abrirse y exhalar durante largas horas el aroma de sus sueños particulares, en un ser maravillado y sorprendido—. Al fondo del jardín está el convento de abiertas ventanas en que se oye repetir las lecciones aprendidas antes de dormirse y que sólo se sabrán al despertar, mientras que, presagio de éste, hace resonar su tictac el despertador interior que nuestra preocupación ha regulado tan bien que cuando nuestra sirvienta venga a decirnos: «son las siete», nos encontrará ya despabilados. De las oscuras paredes de esta cámara que se abre sobre los sueños y en que trabaja sin cesar el olvido de las penas amorosas cuya labor prontamente recomenzada es interrumpida a veces y deshecha por una pesadilla llena de reminiscencias, cuelgan, aun después del despertar, los recuerdos de los sueños, pero tan entenebrecidos que a menudo no los percibimos por vez primera hasta que, en plena siesta, el rayo de una idea similar viene fortuitamente a chocar con ellos; algunos, armoniosamente claros ya mientras dormíamos, pero que se han tornado tan inidentificables que, como no los hemos reconocido, no podemos hacer más que apresurarnos a devolverlos a la tierra, como a muertos que se han descompuesto demasiado a prisa, o como a objetos tan gravemente deteriorados y próximos al polvo que ni el restaurador más hábil podría devolverles la forma ni sacar nada de ellos. Cerca de la reja está la cantera adonde van los sueños profundos a buscar sustancias que impregnen la cabeza de unturas tan fuertes que para que el durmiente despierte se ve obligada su propia voluntad, incluso en una mañana de oro, a descargar tremendos hachazos como un joven Sigfredo. Más allá todavía, están las pesadillas que, según pretenden estúpidamente los médicos, fatigan más que

el insomnio, cuando, por el contrario, permiten al hombre pensante evadirse de la atención; las pesadillas con sus álbumes fantasistas en que nuestros parientes muertos acaban de sufrir un grave accidente que no excluye una próxima curación. Mientras tanto, los guardamos en una ratonera, en la que son más pequeños que ratones blancos y, cubiertos de grandes botones rojos, adornados cada cual con una pluma, nos dirigen parrafadas ciceronianas. Al lado de este álbum está el disco giratorio del despertar, gracias al cual sufrimos por un instante el fastidio de volver en seguida a una casa destruida desde hace cincuenta años, y cuya imagen, a medida que el sueño se aleja, es borrada por otras muchas antes de que lleguemos a la que sólo se presenta una vez parado el disco y que coincide con la que vamos a ver con los ojos abiertos.

Yo, a veces no había oído nada, yacente en uno de esos sopores en que se cae como en un agujero de que nos sentimos felices de ser extraídos un poco más tarde, grávidos, sobrealimentados, digiriendo todo lo que nos han traído, como las ninfas que alimentaban a Hércules, esas ágiles potencias vegetativas cuya actividad redobla mientras dormimos.

Se llama a esto un sueño de plomo, parece que uno mismo se haya convertido, por espacio de algunos instantes después de haber cesado un sueño así, en un simple monigote de plomo. Ya no somos personas. Entonces, ¿cómo es que al buscar uno su pensamiento, su personalidad, como quien busca un objeto perdido, acaba por recobrar su propio yo antes que otro alguno? ¿Por qué cuando empezamos a pensar de nuevo no es entonces la que encarna en nosotros otra personalidad que la anterior? No se ve qué es lo que dicta la elección y por qué, entre los millones de seres humanos que uno podría ser, va a poner precisamente la mano en aquel que era la víspera. ¿Qué es lo que nos guía cuando verdaderamente ha habido interrupción (ya haya sido completo el sueño o los sueños enteramente diferentes de nosotros)? Ha habido verdaderamente muerte, como cuando el corazón ha cesado de latir y unas tracciones rítmicas de la lengua nos reaniman. La habitación, desde luego, aunque solamente la hayamos visto una vez, despierta recuerdos de que penden otros más antiguos. ¿Dónde dormían en nosotros algunos de que adquirimos conciencia? La

resurrección en el despertar —después de ese benéfico acceso de enajenación mental que es el sueño— debe de asemejarse, en el fondo, a lo que ocurre cuando se vuelve a encontrar un nombre, un verso, un estribillo olvidados. Y acaso quepa concebir la resurrección del alma allende la muerte como un fenómeno de memoria.

Cuando había acabado de dormir, atraído por el cielo soleado, pero detenido por la frialdad de esas postreras mañanas tan luminosas y tan glaciales en que comienza el invierno, para contemplar los árboles en que las hojas ya no estaban indicadas más que por uno o dos toques de oro o de rosa que parecían haber quedado en el aire, en una trama invisible, alzaba la cabeza y alargaba el cuello mientras mi cuerpo seguía semiescondido entre los cobertores; como una crisálida en vías de metamorfosis, era una criatura doble a cuyas diversas partes no convenía el mismo medio; a mi mirada le bastaba con el color, sin calor; mi pecho, en cambio, se cuidaba del calor y no del color. No me levantaba hasta que el fuego estaba encendido, y contemplaba el cuadro tan transparente y dulce de la mañana malva y dorada a la que acababa de añadir artificialmente las partes de calor que le faltaban, atizando mi fuego que ardía y humeaba como una buena pipa y, como hubiera podido hacer ésta, me deparaba un goce a la vez grosero, ya que reposaba en un bienestar material, y delicado, porque tras él se esfumaba una pura visión. Mi tocador estaba tapizado de un rojo violento sembrado de flores negras y blancas, a que parece que me hubiera debido costar cierto trabajo acostumbrarme. Pero no hicieron más que parecerme nuevas, obligarme a entrar, no en conflicto, sino en contacto con ellas, modificar la alegría y los cantos de mi despertar; no hicieron más que ponerme a la fuerza en el corazón de una especie de amapola para mirar al mundo que veía por completo diferente que en París, del alegre biombo que era esta casa nueva, distintamente orientada que la de mis padres y a la que afluía un aire puro. Ciertos días me sentía agitado por el deseo de volver a ver a mi abuela o por el temor de que estuviese enferma, o bien era el recuerdo de algún asunto que había dejado en tramitación en París y que no adelantaba; a veces, también, alguna dificultad en que, aun aquí, había encontrado modo de meterme. Uno u otro de estos cuidados no me habían

dejado dormir, y me encontraba sin fuerzas contra mi tristeza, que en un momento colmaba para mí toda la existencia. Entonces, desde el hotel, mandaba al cuartel a alguien con dos palabras para Saint-Loup: le decía que si le era materialmente posible —sabía que le era muy difícil— fuese tan bueno que se pasase un instante por mi cuarto. Al cabo de una hora llegaba, y al oír su campanillazo me sentía libre de mis preocupaciones. Sabía que si éstas eran más fuertes que yo, él era más fuerte que ellas, y mi atención se desprendía de ellas y se volvía hacia él, que había de decidir. Acababa de entrar y ya había extendido en torno a mí el aire libre en que desplegaba tanta actividad desde por la mañana, medio vital muy diferente de mi habitación y al cual me adaptaba inmediatamente con reacciones adecuadas.

—Espero que no me guardará usted rencor porque le haya molestado; siento no sé qué que me atormenta, ya lo habrá usted adivinado.

—Nada de eso; he pensado sencillamente que tenía usted ganas de verme y me ha parecido muy amable. Encantado de que me haya hecho usted llamar. Pero ¿qué, es que no se encuentra usted bien? ¿Qué puedo hacer en su servicio?

Escuchaba mis explicaciones, me respondía con precisión; pero aun antes de que hubiese hablado me había hecho semejante a sí; al lado de las ocupaciones importantes que hacían de él un ser tan atrafagado, tan alerta, tan contento, las molestias que momentos antes me impedían estar ni un instante sin sufrir me parecían, como a él, desdeñables; era como un hombre que, después de llevar varios días sin poder abrir los ojos, hace llamar a un médico, el cual con habilidad y con dulzura le separa los párpados, le quita y enseña un grano de arena; el enfermo queda curado y tranquilo. Todos mis trastornos se resolvían en un telegrama que Saint-Loup se encargaba de poner. La vida me parecía tan diferente, tan hermosa, me sentía inundado de tal exceso de fuerza, que quería hacer algo.

—¿Qué va usted a hacer ahora? —le decía a Saint-Loup.

—Voy a dejarle a usted, porque dentro de tres cuartos de hora salimos de marcha y hago falta.

—Entonces, ¿le ha molestado a usted mucho venir a verme?

—No, no me ha molestado; el capitán ha estado muy amable, ha dicho que desde el momento en que era cosa de usted, debía venir; pero, en fin, no quiero que parezca que abuso.

—Pero si ahora yo me levantase pronto y me fuese yo solo al sitio donde van ustedes a hacer maniobras, me interesaría mucho verlas y de paso tal vez pudiese hablar con usted en los descansos.

—No se lo aconsejo; se ha desvelado usted, se ha inquietado por una cosa que, se lo aseguro, carece por completo de trascendencia, pero ahora que ya le ha dejado en paz, dese media vuelta en al almohada y duerma, que será un remedio excelente contra la desmineralización de sus células nerviosas; no se duerma demasiado pronto, porque nuestra condenada música va a pasar por debajo de sus ventanas; pero inmediatamente después me figuro que tendrá usted sosiego, y volveremos a vernos esta noche a la hora de cenar.

Pero un poco más tarde di en ir con frecuencia a ver cómo hacía la instrucción de campaña el regimiento, cuando empecé a interesarme por las teorías militares que desarrollaban de sobremesa los amigos de Saint-Loup y cuando pasó a ser el deseo de mis jornadas ver más de cerca a sus diferentes jefes, como quien hace de la música su principal estudio y vive en los conciertos tiene gusto en frecuentar los cafés en que se mezcla a la vida de los músicos de la orquesta. Para llegar al terreno donde hacían las maniobras tenía que darme grandes caminatas. A la noche, después de la cena, las ganas de dormir hacían que a ratos se me fuese la cabeza como en un vértigo. A la mañana siguiente me daba cuenta de que tampoco había oído la charanga, ni más ni menos que como en Balbec, a la mañana siguiente de las noches en que Saint-Loup me había llevado a cenar a Rivebelle, no había oído el concierto de la playa. Y en el momento en que quería levantarme sentía deliciosamente la incapacidad de hacerlo, me sentía atado a un suelo invisible y profundo por las articulaciones que la fatiga me tornaba sensibles de raicillas musculosas y nutricias. Me sentía lleno de fuerza, la vida se extendía más larga ante mí; es que había retrocedido a las dulces fatigas de mi infancia en Combray, a la mañana siguiente de los días en que nos habíamos paseado por la parte de

Guermantes. Los poetas pretenden que volvemos a encontrar por un momento lo que en otro tiempo hemos sido, al entrar de nuevo en tal casa, en tal jardín en que hemos vivido de jóvenes. Son peregrinaciones esas harto arriesgadas y al final de las cuales se cosechan tantas decepciones como éxitos. Donde más vale encontrar los lugares fijos contemporáneos de diferentes años es en nosotros mismos. Para eso es para lo que hasta cierto punto puede servirnos una gran fatiga que sigue a una buena noche. Pero éstas, por lo menos, para hacernos bajar a las galerías más subterráneas del sueño, en que ningún reflejo de la vigilia, en que ningún fulgor de memoria alumbra ya el monólogo interior, si es que éste no cesa en ese punto, remueven también el suelo y el subsuelo de nuestro cuerpo que nos hacen volver a encontrar allí donde nuestros músculos se hunden y retuercen sus ramificaciones y aspiran la vida nueva, el jardín en que hemos sido niños. No hace falta viajar para volverlo a ver; lo que hay que hacer es descender para encontrarlo de nuevo. Lo que la tierra ha cubierto ya no está sobre ella, sino debajo; no basta con la excursión para visitar la ciudad muerta, son necesarias las excavaciones. Pero ya se verá cómo ciertas impresiones fugitivas y fortuitas nos retrotraen mucho mejor aún hacia el pasado, con una precisión más aguda, con un vuelo más ligero, más inmaterial, más vertiginoso, más infalible, más inmortal, que esas dislocaciones orgánicas.

A veces mi fatiga era mayor aún: sin poderme acostar, había seguido por espacio de varios días las maniobras. ¡Cómo bendecía entonces la vuelta al hotel! Al meterme en la cama me parecía haber escapado por fin de unos hechiceros, de unos brujos como los que pueblan las *novelas* dilectas de nuestro siglo XVII. Mi sueño y mi opulenta mañana del día siguiente ya no eran más que un encantador cuento de hadas. Encantador, bienhechor acaso también. Me decía a mí mismo que hay un lugar de asilo contra los peores sufrimientos, que, a falta de otra cosa mejor, puede encontrarse el reposo. Estos pensamientos me llevaban muy lejos.

Los días en que había descanso y en que Saint-Loup, sin embargo, no podía salir, solía ir yo a verle al cuartel. Estaba lejos; había que salir de la ciudad, dejar atrás el viaducto, a uno y otro lado del cual se me ofrecía una vista inmensa. Una fuerte brisa soplaba casi siempre sobre aquellos

elevados parajes y henchía todos los edificios del cuartel, que zumbaban incesantemente como entre vientos. Mientras que, en tanto se hallaba ocupado en algún servicio, esperaba yo a Roberto ante la puerta de su habitación o en el comedor, charlando con alguno de sus amigos a quienes me había presentado (y a los que fui luego a ver algunas veces, incluso cuando sabía que no había de encontrarlo a él), viendo por la ventana, a cien metros por debajo de mí, el campo desnudo, pero en el que, acá y allá, nuevas sementeras, a menudo empapadas aún de lluvia e iluminadas por el sol, ponían fajas de un brillo y de una translúcida limpidez de esmalte, me ocurría oír hablar de él, y pronto pude darme cuenta de cómo le querían todos y hasta qué punto era popular. Para muchos voluntarios, pertenecientes a otros escuadrones, jóvenes burgueses acomodados que sólo veían la alta sociedad aristocrática desde fuera, y sin penetrar en la misma, la simpatía que en ellos excitaba lo que sabían del carácter de Saint-Loup se redoblaba con el prestigio que ante sus ojos tenía el joven a quien frecuentemente, los sábados por la noche, cuando iban a París con licencia, habían visto cenar en el café de la Paz con el duque de Uzés y el príncipe de Orléans. Y por eso, en su rostro agraciado, en su desgarbado modo de andar, de saludar, en el perpetuo brincar de su monóculo, en la *fantasía* de sus quepis demasiado altos, de sus pantalones de paño demasiado fino y de un rojo demasiado claro, habían introducido la idea de un *chic* de que aseguraban se hallaban desprovistos los oficiales más elegantes del regimiento, incluso el majestuoso capitán a quien había debido yo el dormir en el cuartel, y que parecía, en comparación, demasiado solemne y casi vulgar.

Decía uno que el capitán había comprado un caballo nuevo. Ya puede comprarse todos los caballos que quiera. He encontrado a Saint-Loup el domingo por la mañana en el paseo de las acacias, ¡monta con otro señorío!, respondía otro, y con conocimiento de causa, ya que aquellos jóvenes pertenecían a una clase que, si no trata asiduamente al mismo personal mundano, con todo, gracias al dinero y al ocio, no difiere de la aristocracia en la experiencia de todas aquellas elegancias que pueden comprarse. La suya, a lo sumo, tenía, en lo concerniente al atuendo, por ejemplo, un viso

algo más esmerado, más impecable que la libre y negligente indolencia de Saint-Loup, que tanto agradaba a mi abuela. Para aquellos hijos de grandes banqueros o de agentes de cambio era una pequeña emoción, cuando se sentaban a comer ostras, a la salida del teatro, ver en una mesa vecina de la suya al alférez Saint-Loup. Y qué de relatos hacían el lunes en el cuartel, acabado el permiso, uno que era del escuadrón de Saint-Loup, y a quien éste había saludado *amabilísimo*, otro que no era del mismo escuadrón, pero que estaba seguro de que, a pesar de esto, Saint-Loup le había reconocido, porque había apuntado en dirección suya dos o tres veces su monóculo.

—Sí, mi hermano le ha visto en *la Paz* —decía otro que se había pasado el día en casa de su querida—. Es más, parece que llevaba un frac demasiado holgado y que no le sentaba bien.

—¿Cómo era el chaleco que llevaba?

—No llevaba chaleco blanco, sino malva, con algo así como unas palmas, ¡estupendo!

En cuanto a los veteranos (hombres del pueblo que nada sabían del Jockey y que incluían sencillamente a Saint-Loup en la categoría de los alféreces muy ricos, en la que hacían entrar a todos aquellos que, arruinados o no, llevaban cierto género de vida, tenían un capítulo bastante crecido de rentas o de deudas y eran generosos con los soldados), si en el porte, en el monóculo, en los pantalones, en los quepis de Saint-Loup no veían nada aristocrático, no les ofrecían, con todo, menos interés y significación. Reconocían en esas particularidades el carácter, el género que de una vez para siempre habían asignado al más popular de los graduados del regimiento, modales que no se parecían a los de nadie, desdén de lo que pudieran pensar los jefes y que les parecía consecuencia natural de su bondad para con el soldado. El café de la mañana en el dormitorio común o el reposo en los petates a la hora de la siesta parecían mejores cuando algún veterano servía al pelotón, regalón y perezoso, algún sabroso detalle sobre un quepis que tenía Saint-Loup.

—Es tan alto como mi mochila.

—Bueno, tú lo que estás es queriendo darnos la castaña. ¿Cómo va a ser tan alto como tu mochila? —interrumpía un joven licenciado en letras, que

trataba, al emplear este lenguaje, de no parecer un pipiolo, y al atreverse a esta contradicción trataba de hacerse confirmar un hecho que le encantaba.

—¡Ah! ¿Conque no es tan alto como mi mochila? ¡Habrás ido tú a medirlo! Te digo que el teniente coronel le clavaba unos ojos como si quisiera largarle un arresto. Y no vayáis a figuraros que Saint-Loup se aturullase: iba y venía, bajaba la cabeza, volvía a levantarla y a cada paso se plantaba el monóculo. Habrá que ver lo que diga el capitán. Bueno, puede que no diga nada, pero de seguro que no le hará gracia. Y el quepis ese aún no tiene nada de particular. ¡Parece que en su casa de la ciudad tiene más de treinta por el estilo!

—¿Cómo lo sabes tú, compadre? ¿Por el mangante de nuestro cabo? —preguntó el joven licenciado con pedantería, haciendo alarde de las nuevas formas gramaticales que hasta hacía poco no había aprendido y con las que se sentía orgulloso de adornar su conversación.

—¿Que cómo lo sé? ¡Por su ordenanza, hombre!

—¡Ese sí que es un tío que no debe de irle mal!

—¡Ya lo creo! Más potra tiene que yo. ¡Ya puede decirlo! Y encima le da toda su ropa, y de todo. No tenía bastante con lo que le daban en la cantina. Bueno, pues mi Saint-Loup que se presenta, y el furriel que ha tenido que oír lo que venía al caso: «Quiero que esté bien alimentado, cueste lo que cueste».

Y el veterano compensaba la insignificancia de las palabras con la energía del tono en una imitación mediocre que alcanzaba el éxito más feliz.

Yo, al salir del cuartel, daba una vuelta; luego, esperando el momento en que iba cotidianamente a almorzar con Saint-Loup al hotel en que habían tomado pensión él y sus amigos, me dirigía hacia el mío, en cuanto el sol se ponía, con objeto de tener dos horas para descansar y leer. En la plaza, la atardecida ponía en los tejados de polvorín del castillo nubecillas sonrosadas que hacían juego con el color de los ladrillos, y acababa el enlace suavizando esos ladrillos con un reflejo. A mis nervios afluía tal corriente de vida que ninguno de mis movimientos podía agotarla; cada uno de mis pasos, después de haber tocado una losa de la plaza, rebotaba, me

parecía como si tuviera en los talones las alas de Mercurio. Una de las fuentes estaba llena de un fulgor rojo, y en la otra el claro de luna ponía ya el agua del color de un ópalo. Entre las dos jugaban unos chiquillos, daban gritos, describían círculos, obedeciendo a alguna necesidad de la hora, a la manera de los vencejos o de los murciélagos. Al lado del hotel, los antiguos palacios nacionales y la estufa de naranjos de Luis XVI, en que se encontraban ahora la Caja de Ahorros y el cuerpo de tropa, estaban iluminados desde dentro por las pálidas y doradas ampollas del gas, encendido ya, que a la luz del día, claro aún, cuadraba bien a aquellas altas y vastas ventanas del siglo XVIII, en las que todavía no se había borrado el último reflejo del poniente, como le hubiera sentado bien a una cabeza avivada con toques de rojo un prendido de concha rubia, y me persuadía a ir en busca de mi fuego y de mi lámpara, que, sola en la fachada del hotel donde yo vivía, luchaba contra el crepúsculo, y por la cual volvía yo a casa, antes que fuese completamente de noche, por gusto, como quien vuelve para la merienda. En mi aposento conservaba la misma plenitud de sensación que había tenido fuera. Abombaba de tal forma la apariencia de superficies que con tanta frecuencia nos parecen triviales y vacuas, la llama amarilla del fuego, el papel vasto y azul del cielo sobre el cual había esbozado el poniente, como un colegial, los garabatos de un apunte color de rosa, el tapete de extraño dibujo de la mesa redonda sobre la que me esperaban, con una novela de Bergotte, una resma de papel corriente y un tintero, que estas cosas han seguido después pareciéndome grávidas de todo un modo particular de existencia que me parece que sabría extraer de ellas si me fuera dado volverlas a encontrar. Pensaba con alegría en el cuartel que acababa de dejar y cuya veleta giraba a todos los vientos. Como un buzo al respirar por un tubo que sube hasta salir fuera de la superficie del agua, era para mí como estar ligado de nuevo a la vida salubre, al aire libre, sentirme como punto de enlace aquel cuartel, aquel alto observatorio que dominaba la campiña surcada por canales de esmalte verde y bajo cuyos cobertizos y a cuyos edificios contaba yo, gracias a un precioso privilegio que deseaba fuese duradero, con poder ir cuando quisiera, seguro siempre de ser bien recibido.

A las siete me vestía y volvía a salir para ir a almorzar con Saint-Loup en el hotel en que éste se alojaba. Me gustaba ir a pie. La oscuridad era profunda, y desde el tercer día empezó a soplar, en cuanto llegaba la noche, un viento glacial que parecía anunciar nieve. Según iba andando, parece que no hubiera debido dejar ni un instante de pensar en la señora de Guermantes; si había venido a la guarnición de Roberto, había sido exclusivamente para tratar de aproximarme más a ella. Pero un recuerdo, una pena, son móviles. Hay días en que se van tan lejos que los distinguimos apenas, creemos que han desaparecido. Entonces ponemos atención en otras cosas. Y las calles de la ciudad todavía no eran para mí, como allí donde tenemos costumbre de vivir, simples medios de ir de un sitio a otro. La vida que hacían los habitantes de aquel mundo desconocido me parecía que había de ser maravillosa, y a menudo me detenían, inmóvil, largo rato, en lo oscuro, las vidrieras iluminadas de alguna casa al poner ante mis ojos las escenas verídicas y misteriosas de existencias en que yo no penetraba. Aquí el genio del fuego me mostraba en un cuadro empurpurado la tienda de un vendedor de castañas en que dos suboficiales, con los cintos en unas sillas, jugaban a las cartas sin sospechar que un mago les hacía surgir de la noche, como en una aparición de teatro, y los evocaba tales como efectivamente eran en aquel mismo minuto ante los ojos de un transeúnte que se había detenido y a quien mal podían ver ellos. En un baratillo, una vela medio consumida, al proyectar su rojo fulgor sobre un grabado, lo transformaba en una sanguina, mientras que, al luchar contra la sombra, la claridad de la lámpara grande atezaba un trozo de cuero, nielaba un puñado de lentejuelas chispeantes, depositaba sobre unos cuadros que no pasaban de ser malas copias un dorado precioso como la pátina del pasado o el barniz del maestro, y hacía, en fin, de aquel chiribitil en que no había más que cosas falsas y mamarrachos, un inestimable Rembrandt. A veces alzaba yo los ojos hasta algún vasto piso antiguo cuyas contraventanas no estaban cerradas y en que unos hombres y mujeres anfibios, readaptándose todas las tardes a vivir en otro elemento que por el día, nadaban lentamente en el craso licor que, a la caída de la noche, surge incesantemente del depósito de las lámparas para llenar las habitaciones hasta el borde de sus tabiques de

piedra y de vidrio, y en cuyo seno esos hombres y mujeres propagaban, al cambiar de lugar sus cuerpos, remolinos untuosos y dorados. Seguía mi camino, y a menudo, en la negra calleja que pasa por delante de la catedral, como en otro tiempo en el camino de Méséglise, la fuerza de mi deseo me detenía; me parecía que iba a surgir una mujer para satisfacerlo; si en la oscuridad sentía de repente pasar unas faldas, la violencia misma del goce que experimentaba me impedía creer que aquel roce fuese fortuito, y trataba de aprisionar entre mis brazos a una transeúnte aterrorizada. Aquella calleja gótica tenía para mí algo tan real, que si en ella hubiese podido coger y poseer a una mujer me hubiera sido imposible dejar de creer que era el antiguo goce lo que iba a unirnos, aunque esa mujer hubiera sido una simple buscona, a la cual, empero, hubiesen prestado su misterio el invierno, la añoranza, la oscuridad y la Edad Media. Pensaba yo en el porvenir: tratar de olvidar a la señora de Guermantes me parecía espantoso, pero sensato, y, por primera vez, posible, fácil acaso. En la calma absoluta de aquel barrio oía delante de mí palabras y risas que sin duda procedían de paseantes medio avinados que volvían hacia sus casas. Me detuve para verlos, miré hacia la parte en que había oído el barullo. Pero me veía obligado a esperar largo rato, ya que el silencio circundante era tan profundo que había dejado pasar con una nitidez y una fuerza extrema rumores todavía lejanos. Por fin, los paseantes llegaban, no por delante de mí, como me había figurado, sino muy lejos, a mi espalda. Fuese que los cruces de calles, la interposición de las casas hubiera causado por refracción este error de acústica, o que sea muy difícil situar un sonido cuyo lugar no nos es conocido, me había equivocado, así en la distancia como en la dirección.

El viento arreciaba. Venía erizado y granado de una proximidad de nieve; yo llegaba a la calle mayor y subía al diminuto tranvía desde cuya plataforma un oficial que parecía no verlos respondía a los saludos de los soldados abobados que pasaban por la acera con la cara pintarrajeada por el frío, y esa cara hacía pensar —en esta ciudad a la que el brusco salto del otoño a este comienzo del invierno parecía haber arrastrado más hacia el norte— en la rubicunda faz que Breughel da a sus campesinos alegres, tragones y helados.

Y precisamente en el hotel en que yo estaba citado con Saint-Loup y con sus amigos, y al que las fiestas que empezaban atraían mucha gente de las cercanías y extranjeros, mientras yo atravesaba directamente el patio que daba a unas cocinas al rojo en que giraban los pollos espetados en asadores, en que se asaban cerdos sobre parrillas, en que langostas vivas aún eran arrojadas al que el fondista llamaba «el fuego eterno», había una afluencia (digna de un *Empadronamiento a las puertas de Belén* como los que pintaban los viejos maestros flamencos) de gente que llegaba y se apiñaba en los patios, preguntando al patrón o a alguno de sus ayudantes (que les indicaba de preferencia un alojamiento en la ciudad cuando no le parecían de bastante buena pinta) si podrían ser servidos y alojados, mientras un muchacho pasaba llevando cogida del pescuezo un ave que se debatía. Y en el vasto comedor que atravesé el primer día, antes de llegar a la reducida habitación en que me esperaba mi amigo, también hacía pensar en una comida del evangelio, figurada con la ingenuidad del tiempo antiguo y la exageración de Flandes, el número de pescados, de pollos cebados, de gallos silvestres, de chochas, de pichones que llegaban emperifollados y humeando, traídos por mozos jadeantes que se deslizaban por el suelo encerado para ir más a prisa y los depositaban en la inmensa consola en que eran trinchados inmediatamente, pero en la que —muchos almuerzos tocaban a su fin cuando yo llegaba— se amontonaban sin utilizar, como si su profusión y la precipitación de quienes los traían respondiesen, mucho más que a los pedidos de los comensales, al respeto al texto sagrado, escrupulosamente seguido en lo que se refería a la letra, pero ingenuamente ilustrado con detalles tomados de la vida local, y al cuidado estético y

religioso de mostrar a los ojos la magnificencia de la fiesta mediante la profusión de las vituallas y la solicitud de los sirvientes. Uno de éstos, al final de la sala, soñaba, inmóvil, al lado de un aparador, y para preguntar a éste, único que parecía suficientemente sereno para responderme, en qué habitación habían dispuesto nuestra mesa, avanzando por entre los infernillos encendidos aquí y allá para impedir que se enfriasen tos platos de los retrasados (lo que no impedía que los postres, en el centro de la sala, estuvieran sostenidos por la mano de un enorme muñeco a que servían de soporte, a veces, las alas de un pato de cristal, a lo que parecía, en realidad de hielo labrado todos los días con un hierro al rojo por un cocinero escultor en un gusto de pura cepa flamenca), me fui derecho, con riesgo de ser derribado por los demás, hacia aquel servidor en quien creí reconocer a un personaje que es tradicional en estos temas sagrados y cuyo semblante estupefacto, ingenuo y mal dibujado, cuya expresión soñadora, semipresciente ya del milagro de una presencia divina que los demás no han sospechado aún, reproducía escrupulosamente. Añadamos que, en atención, sin duda, a las fiestas próximas, se agregó a esta figuración un suplemento celeste reclutado por entero entre un personal de querubines y serafines. Un juvenil ángel músico de rubios cabellos que encuadraban un rostro de catorce años, no tañía, a decir verdad, instrumento alguno, sino que soñaba ante un gongo o un rimero de platos, mientras que otros ángeles menos infantiles se azacaneaban por los desmesurados ámbitos de la sala, agitando en ellos el aire con la incesante ráfaga de las servilletas que bajaban a lo largo de su cuerpo en forma de alas de primitivos, de puntas agudas. Huyendo de estas regiones mal definidas, veladas por una cortina de palmas, por donde los celestes servidores parecía, de lejos, que viniesen del empíreo, me abrí camino hasta la salita en que estaba la mesa de Saint-Loup. En ella encontré a algunos de sus amigos que almorzaban siempre con él, nobles, salvo uno o dos plebeyos en quienes los nobles, sin embargo, desde el colegio, habían venteado amigos y a los que se habían unido gustosos, probando así que no eran, en principio, hostiles a los burgueses, aun cuando fueran republicanos, con tal que tuviesen las manos limpias y fuesen a misa. Desde el primer momento, antes de sentarnos a la mesa, me

llevé a Saint-Loup a un rincón del comedor, y delante de todos los demás, que, sin embargo, no nos oían, le dije:

—Roberto, el momento y el sitio están mal escogidos para decirle a usted una cosa, pero va a ser solamente un segundo. Siempre me olvido de preguntárselo en el cuartel: ¿no es de la señora de Guermantes la fotografía que tiene usted encima de la mesa?

—Claro que sí; es tía mía.

—¡Pues es verdad! ¡Estoy tonto! ¡Si lo sabía! ¡Por Dios! No había pensado nunca en ello. Sus amigos de usted deben de estar impacientes, hablemos a prisa, que nos miran, o ya hablaremos de ello otra vez, no tiene ninguna importancia.

—Nada de eso, siga usted; no tienen cosa mejor que hacer que esperar.

—De ningún modo. Me importa mostrarme cortés con ellos, ¡son tan amables! Por lo demás, ya le digo que no es cosa que me interese demasiado.

—¿Conoce usted a la gran Oriana?

Este «gran Oriana», como hubiera podido decir «la buena de Oriana», no quería decir que Saint-Loup considerase a la señora de Guermantes como particularmente buena. En este caso, buena, excelente, grande, son simples refuerzos del esa que designa a una persona a quien ambos interlocutores conocen, y de la cual no acabamos de saber qué decir a quien no es de nuestra intimidad. *Buena* sirve como de entremés y permite esperar un instante a que se haya encontrado el: «¿La ve usted a menudo?», o «Hace varios meses que no la he visto», o «La veré el martes», o «Ya no debe de ser ninguna niña».

—No puedo decirle qué alegrón me da que sea su fotografía, porque ahora vivimos en su misma casa, y me han contado de ella cosas inauditas (me hubiera visto perplejo para decir cuáles) que hacen que me interese mucho desde un punto de vista literario, ¿comprende usted?, desde un punto de vista, ¿cómo diría yo?, balzaciano; usted, que es tan inteligente, lo comprenderá con media palabra; pero acabemos pronto, ¡qué estarán pensando de mi educación sus amigos!

—¡Qué han de pensar! Les he dicho que es usted sublime, y están mucho más intimidados que usted.

—Es usted demasiado amable. Pero, ahora que caigo en ello, la señora de Guermantes no supone que yo le conozco a usted, ¿verdad?

—No lo sé; no he vuelto a verla desde el verano pasado, porque desde su regreso no me han concedido ningún permiso.

—Es que, vera usted, me han asegurado que me cree rematadamente idiota.

—Eso no lo creo: Oriana no es un águila; pero, así y todo, no es ninguna estúpida.

—Ya sabe usted que no me hace ninguna gracia, en general, que publique usted los buenos sentimientos que respecto de mí le animan, porque carezco de amor propio. Así, siento que haya dicho usted cosas amables a cuenta mía a sus amigos (a cuyo lado vamos a volver dentro de dos segundos). Pero por lo que toca a la señora de Guermantes, si pudiera usted hacerle saber, aunque fuera con un poco de exageración, lo que piensa usted de mí, me causaría un gran placer.

—Lo haré con muchísimo gusto; si no es más que eso lo que tiene usted que pedirme, la cosa no es muy difícil. Pero ¿qué importancia puede tener lo que ella pueda pensar de usted? Supongo que a usted le traerá sin cuidado; de todas formas, si no es más que eso, podemos hablar de ello delante de todo el mundo, porque temo que se fatigue usted hablando de pie y de una manera tan incómoda, cuando tantas ocasiones tenemos de estar juntos.

Era precisamente esa incomodidad lo que me había dado ánimos para hablar a Roberto: la presencia de los demás era para mí un pretexto que me autorizaba a dar a mis frases un sesgo corto y deshilvanado, a favor del cual podía disimular más fácilmente la mentira en que incurría al decir a mi amigo que había olvidado su parentesco con la duquesa y para no dejarle tiempo a que me hiciese preguntas sobre los motivos que tenía para desear que la señora de Guermantes supiese que yo era amigo suyo, inteligente, etc., preguntas que me hubieran desconcertado tanto más cuanto que no hubiera podido responder a ellas.

—Me extraña, Roberto, que siendo usted como es tan inteligente no comprenda que no debemos discutir lo que proporciona un placer a nuestros amigos, sino hacerlo. Yo, si usted me pidiera algo —y, es más, tendría un verdadero gusto en que me pidiera usted alguna cosa—, le aseguro que no le pediría explicaciones. Voy más allá de lo que deseo; no tengo ningún empeño en conocer a la señora de Guermantes, pero aunque no fuese más que por probarle, debía haberle dicho que deseaba almorzar en casa de la señora de Guermantes, y estoy seguro de que usted no lo hubiera hecho.

—No sólo lo hubiera hecho, sino que lo haré.

—¿Cuándo?

—En cuanto vuelva a París, de aquí a tres semanas, sin duda.

—Ya lo veremos; aparte de que no querrá ella. No puedo decirle a usted cuánto se lo agradezco.

—¡Pero si no vale la pena!

—No me diga usted eso; es absurdo, porque ahora veo qué amigo es usted para mí. Sea o no importante lo que pido, desagradable o no, que en realidad tenga valor para mí o que sea tan sólo por ponerle a usted a prueba, importa poco; usted me dice que lo hará, y me demuestra con ello la delicadeza de su inteligencia y de su corazón. Un amigo estúpido hubiera discutido.

Eso era justamente lo que acababa de hacer él; pero tal vez quisiera yo cazarle por el lado del amor propio: quizá, también, fuese sincero, pareciéndome que la única piedra de toque del mérito era la utilidad de que podía serme la gente con respecto a la única cosa que apareciese como importante, y que era mi amor. Después añadí, fuese por duplicidad, fuese por un auténtica crecida de ternura producida por el agradecimiento, por el interés y por cuanto de los rasgos de la señora de Guermantes había puesto en su sobrino Roberto la naturaleza:

—Pero tenemos que volver al lado de los demás: y aún no le he pedido a usted más que una de las dos cosas, la menos importante; la otra lo es más para mí, pero temo que me la niegue usted: ¿le molestaría que nos tuteásemos?

—¡Molestarme! ¡Por Dios! ¡Alegría! ¡Lágrimas de alegría! ¡Felicidad insólita!

—¡Si viera usted cómo se lo agradezco… te lo agradezco! Bueno, cuando usted haya empezado. Es para mí un goce tan grande que, si le parece, puede usted no hacer nada en lo que se refiere a la señora de Guermantes; con el tuteo me basta.

—Se harán las dos cosas.

—¡Ah!, Roberto, oiga usted —volví a decir a Saint-Loup durante la comida—. ¡Oh, es tan cómica esta conversación a retazos! Y, por otra parte, no sé por qué, ¿sabe usted?, la señora de que acabo de hablarle…

—Sí.

—Ya sabe usted a quién me refiero.

—Pero, bueno, me está usted tomando por un cretino de Valais, por un *retrasado*…

—¿No querría usted darme su fotografía?

Pensaba pedirle solamente que me la prestase. Pero en el momento de hablar me sentí acometido de timidez, encontré indiscreta mi petición, y, por no dejarlo ver, la formulé más brutalmente, la abulté todavía más, como si hubiera sido absolutamente natural.

—No; antes tendría que pedirle permiso a ella —me respondió.

Inmediatamente se sonrojó. Comprendí que le quedaba un pensamiento oculto, que me atribuía a mí otro, que sólo a medias serviría a mi amor bajo la reserva de ciertos principios de moralidad, y le aborrecí.

Y, sin embargo, me sentía conmovido al ver cuán diferente se mostraba Saint-Loup para conmigo desde el momento en que ya no estaba a solas con él y que sus amigos hacían de terceros. Su mayor amabilidad me hubiera dejado indiferente si hubiese creído que fuera afectada; pero la sentía involuntaria y hecha solamente de todo lo que debía decir acerca de mí cuando yo estaba ausente y que callaba cuando me encontraba a solas con él. En nuestros coloquios íntimos sospechaba yo, desde luego, el placer que encontraba él en charlar conmigo, pero ese placer seguía siendo casi siempre inesperado. Ahora, ante las mismas frases mías que de ordinario saboreaba sin percatarse de ello, espiaba con el rabillo del ojo si producían

en sus amigos el efecto con que había contado él y que debía responder a lo que él les había anunciado. La madre de una debutante no tiene más pendiente su atención del papel de su hija y de la actitud del público. Si yo había dicho alguna frase ante la cual, a solas conmigo, hubiera sonreído simplemente, temía que no la hubiesen comprendido los demás, me decía: «¿Cómo?, ¿cómo?», para hacérmela repetir con objeto de hacer que prestasen atención, y en seguida, volviéndose hacia los demás y convirtiéndose, sin querer, al mirarlos con expresión risueña, en entrenador de su risa, me presentaba por vez primera la idea que tenía de mí y que a menudo debía de haberles expresado. De suerte que yo me percibía súbitamente a mí mismo desde fuera, como quien lee su propio nombre en el periódico o se ve en un espejo.

Una de esas noches me ocurrió que quise contar una historia bastante cómica a propósito de la señora de Blandais, pero me detuve inmediatamente, recordando que Saint-Loup conocía ya la anécdota y que, al querer decírsela al día siguiente de mi llegada, me había atajado diciéndome: «Ya me la ha contado usted en Balbec». Así es que me quedé estupefacto cuando vi que Saint-Loup me exhortaba a que continuase, asegurándome que no conocía aquella historia, y que le divertiría mucho. Le dije: «No se acuerda usted en este momento, pero la reconocerá en seguida». «No, te juro que te engañas. No me la has contado nunca. Anda». Y en lo que duró la historia, clavaba febrilmente sus miradas, encantado, tan pronto en mí como en sus compañeros. Sólo cuando hube acabado entre las risas de todos, comprendí que Saint-Loup había pensado que la historia daría una elevada idea de mi ingenio a sus camaradas, y que por eso había fingido no conocerla. Así es la amistad.

A la tercera noche, uno de sus amigos con quien no había tenido ocasión de hablar los dos primeras veces, habló largamente conmigo, y le oí decir a media voz a Saint-Loup el gusto que le daba nuestra charla. Y, en efecto, pasamos juntos casi toda la velada hablando ante nuestros vasos de *sauternes*[10] que no vaciábamos, separados, protegidos de los demás por los velos magníficos de una de esas simpatías entre hombres que, cuando no tienen por base un atractivo físico, son las únicas que sean completamente

misteriosas. Así, dotado de esa naturaleza enigmática, me había parecido en Balbec el sentimiento que Saint-Loup experimentaba respecto de mí, sentimiento que no se confundía con el interés de nuestras conversaciones, desligado de todo vínculo material, invisible, intangible, y cuya presencia, empero, sentía en sí como una especie de flogístico, de gas, suficiente para hablar de ello riéndose. Y tal vez había algo más sorprendente aún en esta simpatía nacida aquí en una sola velada, como una flor que se hubiera abierto en unos minutos al calor de esta reducida habitación. No pude menos de preguntarle a Saint-Loup, a tiempo que estaba hablándome de Balbec, si era cosa verdaderamente decidida que se casaba con la señorita de Ambresac. Me declaró que no sólo no era cosa decidida, sino que nunca se había tratado de ello, que jamás había visto a tal señorita, que no sabía quién era. Si yo hubiese visto en aquel momento a algunas de las personas de la buena sociedad que habían anunciado esa boda, me hubiesen dado parte de la de la señorita de Ambresac con otro que no fuera Saint-Loup, y de la de Saint-Loup con una señorita diferente de la de Ambresac. Yo les hubiera dejado sobremanera estupefactas al recordarles sus predicciones contrarias y tan recientes aún. Para que este pequeño juego pueda continuar y multiplicar las noticias falsas, acumulando sucesivamente el mayor número de ellas, la naturaleza ha dotado a ese género de jugadores de una memoria tanto más exigua cuanto mayor es su credulidad.

Saint-Loup me había hablado de otro de sus camaradas que también se encontraba allí, con el cual se entendía particularmente bien, ya que ambos eran en aquel medio los dos únicos partidarios de la revisión del proceso Dreyfus.

—¡Oh!, lo que es ése no es como Saint-Loup; es un energúmeno —me dijo mi nuevo amigo—; ni siquiera va de buena fe. Al principio decía: «No hay más que esperar; tenemos un hombre a quien conozco bien: agudo y bueno, el general de Boisdeffre; a cierraojos podremos admitir su parecer». Pero cuando supo que Boisdeffre proclamaba la culpabilidad de Dreyfus, ya no valía nada Boisdeffre; el clericalismo, los prejuicios del Estado Mayor le impedían juzgar sinceramente, aun cuando nadie sea, o fuese, por lo menos, tan clerical como nuestro amigo antes de su Dreyfus. Entonces nos dijo que

de todas maneras se sabría la verdad, porque el asunto iba a ir a manos de Saussier, y que éste, soldado republicano (nuestro amigo pertenece a una familia ultramonárquica), era un hombre de bronce, una conciencia inflexible. Pero cuando Saussier ha proclamado la inocencia de Esterhazy, nuestro amigo encontró nuevas explicaciones de ese veredicto, desfavorables, no para Dreyfus, sino para el general Saussier. Lo que cegaba a Saussier era el espíritu militarista (y observe usted que nuestro amigo es tan militarista como clerical, o, por lo menos, lo era, porque ya no sé qué pensar de él). Su familia está desolada de verle dominado por esas ideas.

—Mire usted —dije, volviéndome a medias hacia Saint-Loup por que no pareciese que me aislaba, al mismo tiempo que me volvía a su compañero para hacerle participar de la conversación—: es que la influencia que se atribuye al ambiente es particularmente cierta en lo que se refiere al ambiente intelectual. Cada uno es el hombre de su idea; hay muchas menos ideas que hombres, y así, todos los hombres aferrados a la misma idea se parecen. Como una idea no tiene nada de material, los hombres que sólo materialmente están en torno al hombre de una idea no modifican a ésta ni poco ni mucho.

Saint-Loup no se contentó con esta comparación. En un delirio de alegría, que sin duda redoblaba la que sentía al hacerme brillar ante sus amigos, con extremada volubilidad, me repetía, palmoteándome como a un caballo que ha llegado el primero a la meta:

—¿Sabes que eres el hombre más inteligente que conozco?

Se corrigió, y añadió:

—Tú y Elstir. ¿No te molesta, verdad? ¿Comprendes? Es un escrúpulo. Comparación: te lo digo como pudiera decirse a Balzac: es usted el novelista más grande del siglo, con Stendhal. Exceso de escrúpulo, ¿comprendes?; en el fondo, una admiración inmensa. ¿No? No le regateas méritos a Stendhal, ¿verdad? —añadía con una ingenua confianza en mi juicio, confianza que traducía en una encantadora interrogación sonriente, casi infantil, de sus ojos verdes.

—Bueno, veo que eres de mi opinión. Bloch detesta a Stendhal; en él me parece estúpido. De todas maneras, *La Cartuja* es enorme, ¿no? Me alegra que seas de mi parecer. ¿Qué es lo que más te gusta de *La Cartuja*?, contesta —me decía con juvenil impetuosidad. Y su fuerza física, amenazadora, daba casi algo espantoso a su pregunta—. ¿Mosca? ¿Fabricio?

Yo respondía tímidamente que Mosca tenía algo del señor de Norpois. Afirmación que desencadenaba una tempestad de risa en el joven Sigfredo Saint-Loup. No había acabado de añadir:

—Pero Mosca es mucho más inteligente, menos pedantesco —cuando oí a Roberto gritar «¡bravo!», aplaudiendo realmente, riendo hasta ahogarse, y gritando: «¡Exacto! ¡Excelente! Eres único».

En este momento me interrumpió Saint-Loup porque uno de los militares jóvenes acababa, sonriendo, de señalarme, diciéndole: «Duroc, es Duroc calcado». Yo no sabía qué quería decir con eso, pero sentía que la expresión del rostro intimidado era más que benévola. Cuando yo hablaba, hasta la aprobación de los demás le parecía a Saint-Loup excesiva, y exigía silencio. Y como un director de orquesta que interrumpe a sus músicos dando un golpe con la batuta porque alguien ha hecho ruido, riñó al perturbador:

—Gibergue —dijo—, debe usted callar cuando está hablando alguien. Ya dirá usted luego lo que tenga que decir. Vamos, siga usted —me dijo.

Respiré, porque temía que me hiciese volver a empezar.

—Y como una idea —empecé— es algo que no puede participar de los intereses humanos ni podría gozar de sus beneficios, los hombres de una idea no son influidos por el interés.

—¡Me parece que ha dicho algo, chicos! —exclamó, después que yo hube acabado de hablar, Saint-Loup, que me había seguido con los ojos con la misma solicitud ansiosa que si hubiera estado andando por la cuerda floja —. ¿Qué es lo que quería usted decir, Gibergue?

—Decía que el señor me recordaba al comandante Duroc. Me parecía estar oyéndole.

—También yo he pensado en ello más de una vez —respondió Saint-Loup—; hay muchos puntos de contacto entre los dos, pero ya verán ustedes cómo éste tiene miles de cosas que no tiene Duroc.

Así como un hermano de este amigo de Saint-Loup, alumno de la Schola Cantorum, pensaba de toda obra musical nueva, en modo alguno como su padre, su madre, sus primos, sus camaradas de club, sino exactamente como todos los demás alumnos de la Schola, así este alférez noble (del cual se formó Bloch una idea extraordinaria cuando le hablé de él, porque, conmovido al enterarse de que era de su mismo partido, se lo imaginaba, sin embargo, por sus orígenes aristocráticos y su educación religiosa y militar, que no podía ser más diferente de la suya, adornado del mismo encanto que un natural de una comarca remota) tenía una *mentalidad*, como empezaba a decirse entonces, análoga a la de todos los dreyfusistas, en general, y a la de Bloch en particular, y sobre la cual no podían tener el menor influjo las tradiciones de su familia ni los intereses de su carrera. Así se había casado un primo de Saint-Loup con una princesa de Oriente que, según decían, hacía versos tan hermosos como los de Víctor Hugo o de Alfredo de Vigny, y a la cual, a pesar de ello, se le suponía un espíritu diferente del que pudiera concebirse, un espíritu de princesa de Oriente recluida en un palacio de *Las mil y una noches.* Los escritores que tuvieron privilegio de acercarse a ella se encontraron con la decepción, o más bien con la alegría de oír una conversación que daba la idea, no de una Sherazada, sino de un ser genial del linaje de Alfredo de Vigny o de Víctor Hugo.

Lo que más me gustaba era hablar con este joven, como con los restantes amigos de Roberto, por lo demás, y con el propio Roberto, del cuartel, de los oficiales de la guarnición, del ejército en general. Gracias a esa escala, inmensamente ampliada, en que vemos las cosas, por pequeñas que sean, en cuyo círculo comemos, charlamos, vivimos nuestra vida real; gracias a ese formidable aumento que sufren y que hace que el resto ausente del mundo no pueda luchar con ellas y adquiera, a su lado, la inconsistencia de un sueño, había empezado a interesarme por las diversas personalidades del cuartel, por los oficiales que encontraba en el patio cuando iba a ver a

Saint-Loup, o, si estaba despierto, cuando el regimiento pasaba por debajo de mis ventanas. Hubiera querido saber detalles acerca del comandante a quien tanto admiraba Saint-Loup, y sobre el curso de historia militar, que me habría encantado *estéticamente inclusive.* Sabía que, en Roberto, cierto verbalismo solía ser con demasiada frecuencia un tanto huero; pero otras veces significaba la asimilación de ideas profundas que era muy capaz de comprender. Desgraciadamente, desde el punto de vista del ejército, Roberto estaba preocupado, sobre todo en aquel momento, por el asunto Dreyfus. Hablaba poco de ello, porque era el único dreyfusista de su mesa; los demás eran violentamente hostiles a la revisión, salvo mi vecino de mesa, mi nuevo amigo, cuyas opiniones parecían bastante flotantes. Admirador convencido del coronel, que pasaba por ser un oficial notable y que había censurado la agitación contra el ejército en diversas órdenes del día, que le hacían pasar por antidreyfusista, mi vecino había sabido que su jefe había dejado escapar algunas afirmaciones que habían permitido creer que tenía dudas en cuanto a la culpabilidad de Dreyfus y que conservaba su estimación a Picard. Respecto a este último punto, en todo caso, el rumor del relativo dreyfusismo del coronel estaba mal fundado, como todos los rumores que, sin que nadie sepa de dónde vienen, se producen en torno a toda cuestión de importancia. Porque, poco después, como este coronel fuese encargado de interrogar al antiguo jefe de la oficina de informes, lo trató con una brutalidad y un desprecio que jamás habían sido igualados hasta entonces. Fuese de ello lo que fuese, y aun cuando no se hubiera permitido informarse directamente del coronel, mi vecino había tenido para con Saint-Loup la cortesía —en el tono con que una dama católica anuncia a una dama judía que su cura reprueba las matanzas de judíos en Rusia y admira la generosidad de ciertos israelitas— de decirle que el coronel no era para el dreyfusismo —para cierto dreyfusismo, cuando menos— el adversario fanático, limitado, que se había imaginado la gente.

—No me extraña —dijo Saint-Loup—, porque es un hombre inteligente. Pero, a pesar de todo, los prejuicios de nacimiento, y sobre todo el clericalismo le ciegan. ¡Ah! —me dijo—, el comandante Duroc, el profesor de Historia militar de que te he hablado, ése sí que, a lo que

parece, comparte por completo nuestras ideas. Por lo demás, me hubiera chocado lo contrario, porque no sólo es de una inteligencia sublime, sino radical socialista y francmasón.

Tanto por cortesía para con sus amigos, a quienes las profesiones de fe dreyfusistas de Saint-Loup les resultaban desagradables, como porque el resto me interesaba más, pregunté a mi vecino si era exacto que aquel comandante hacía una demostración de la historia militar de verdadera belleza estética. «Es absolutamente cierto».

—Pero ¿qué entiende usted por eso?

—Verá usted: todo lo que usted lee, supongamos que en la relación de un narrador militar, los hechos más menudos, los acontecimientos más pequeños no son más que signos de una idea que hay que poner al desnudo, y que con frecuencia encubre otras, como un palimpsesto. De manera que tiene usted un conjunto tan intelectual como el que puedan ofrecer una ciencia o un arte cualesquiera, y que es satisfactorio para el espíritu.

—Por medio de ejemplos, si no me engaño.

—Es difícil decirte cómo —interrumpió Saint-Loup—. Tú lees, pongo por caso, que tal cuerpo ha intentado… Aun antes de pasar más adelante, el nombre del cuerpo, su composición, no carecen de significado. Si no es la primera vez que se ensaya la operación, y si para la misma operación vemos que aparece otro cuerpo, esto puede ser señal de que los cuerpos precedentes han sido aniquilados o muy maltratados por esa operación, que ya no están en estado de llevarla a término. Ahora bien; es preciso informarse de qué cuerpo era el que hoy ha sido aniquilado, si eran tropas de combate, dejadas en reserva para ataques de importancia, ya que un nuevo cuerpo de calidad inferior tiene pocas probabilidades de salir airoso allí donde ellas han fracasado. Además, si no se está en los comienzos de una campaña, ese mismo cuerpo nuevo puede estar compuesto de elementos tomados de acá y de allá, lo cual, en lo que se refiere a las fuerzas de que todavía dispone el beligerante, a la proximidad del momento en que esas fuerzas serán inferiores a las del adversario, puede facilitar indicaciones que darán a la misma operación que ese cuerpo va a intentar una significación diferente, porque, si ya no se halla en estado de reparar sus pérdidas, sus

mismos triunfos no harán más que encaminarlo, aritméticamente, hacia el aniquilamiento final. Por otra parte, el número que designa al cuerpo que se le opone no tiene menos significación. Si, por ejemplo, es una unidad mucho más débil y que ha consumido ya varias unidades importantes del adversario, la misma operación cambia de carácter, porque, aun cuando hubiese de acabar con la pérdida de la posición que el defensor ocupaba, el haberla ocupado durante algún tiempo puede ser un gran triunfo, si con fuerzas mínimas ha bastado para destruir otras muy importantes del adversario. Como puedes comprender, si en el análisis de los cuerpos comprometidos se encuentran cosas de tal importancia, el estudio de la posición misma, de las vías férreas, de las carreteras que esa posición domina, de los avituallamientos que protege, tienen mayores consecuencias aún. Hay que estudiar lo que llamaré todo el contexto militar —añadió, riéndose. (Y, en efecto, quedó tan satisfecho de esta expresión, que, más adelante, cada vez que la empleaba, incluso meses después, tenía siempre la misma risa)—. Mientras que uno de los beligerantes prepara la acción, si lees que una de sus patrullas es destruida en las inmediaciones de la posición por el otro beligerante, una de las conclusiones que puedes sacar es que el primero trataba de percatarse de los trabajos defensivos con que el segundo tiene intención de hacer fracasar su ataque. Una acción particularmente violenta en un punto dado puede significar el deseo de conquistar ese punto, pero también el deseo de detener en él al adversario, de no responder a su ataque allí donde ha atacado o no ser más que una finta, inclusive, y ocultar, bajo esa intensificación de la violencia, disminuciones de tropas en ese lugar (finta clásica en las guerras de Napoleón). Por otra parte, para comprender el significado de una maniobra, su objetivo probable y, por consiguiente, de qué otras irá acompañada o seguida, no es indiferente consultar no tanto lo que sobre ese particular anuncie el mando —lo cual puede estar destinado a engañar al adversario, a disfrazar un posible fracaso— como las ordenanzas militares del país. Siempre es de suponer que la maniobra que ha querido intentar un ejército es la que prescribía la ordenanza en vigor en circunstancias análogas. Si, por ejemplo, la ordenanza prescribe que un ataque de frente vaya

acompañado de un ataque por el flanco; si, al fracasar este segundo ataque, el mando pretende que este último no tenía ninguna conexión con el primero y que sólo era una diversión, hay probabilidades de que la verdad deba buscarse en la ordenanza y no en lo que diga el mando. Y no sólo hay las ordenanzas de cada ejército, sino sus tradiciones, sus costumbres, sus doctrinas. El estudio de la acción diplomática en perpetuo estado de acción o de reacción sobre la acción militar tampoco debe ser desatendido. Incidentes en apariencia insignificantes, mal comprendidos en su tiempo, te explicarán que el enemigo, contando con un auxilio de que esos incidentes explican que se ha visto privado, no ha ejecutado en realidad sino una parte de su acción estratégica. De suerte que, si sabes leer la historia militar, lo que es narración confusa para el común de los lectores será para ti un encadenamiento tan racional como un cuadro lo es para el aficionado que sabe mirar lo que el personaje lleva sobre sí y tiene en las manos, en tanto que el visitante atolondrado de los museos se deja atontar y poner la cabeza hecha un bombo por unos vagos colores. Pero, como ocurre con determinados cuadros, que no basta observar que el personaje sostiene un cáliz, sino que hay que saber por qué le ha puesto el pintor un cáliz en las manos, lo que simboliza con eso, esas operaciones militares, aun fuera de su fin inmediato, están de ordinario, en el espíritu del general que dirige la campaña, calcadas de campañas más antiguas que son, si quieres, como el pasado, como la biblioteca, como la erudición, como la etimología, como la aristocracia de las nuevas batallas. Repara que no hablo en este momento de la identidad local, como yo diría, espacial de las batallas. También existe. Un campo de batalla no ha sido, o no será a través de los siglos, más que el campo de una sola batalla. Si ha sido campo de batalla es porque reunía determinadas condiciones de situación geográfica, de naturaleza geológica, defectos, inclusive, propios para estorbar al adversario (porque un río lo cortase en dos) y que han hecho de ese lugar un buen campo de batalla. Por consiguiente, lo ha sido, lo será. No se hace un estudio de pintor de una habitación cualquiera; no se hace un campo de batalla de cualquier lugar. Hay lugares predestinados. Pero, una vez más, no es de esto de lo que hablaba, sino del tipo de batalla que se imita, de una especie de calco

estratégico, de remedo táctico, si quieres: la batalla de Ulm, de Lodi, de Leipzig, de Cannas. No sé si habrá guerras aún, ni entre qué pueblos; pero si las hay, ten por seguro que habrá (y conscientemente por parte del jefe) un Cannas, un Austerlitz, un Rosbach, un Waterloo, sin hablar de las demás; algunos no se muerden la lengua para decirlo. El mariscal von Schieffer y el general de Falkenhausen han preparado de antemano contra Francia una batalla de Cannas, del género Aníbal, con fijación del adversario en todo el frente y avance por las dos alas, sobre todo por la derecha, en Bélgica, mientras que Bernhadi prefiere el orden oblicuo de Federico el Grande, Lenthen más bien que Cannas. Otros exponen con menos crudeza sus miras, pero te garantizo, querido, que Beauconseil, el comandante de caballería ese a quien te he presentado el otro día y que es un oficial de mucho porvenir, ha madurado su pequeño ataque al Pratzen, se lo sabe palmo a palmo, lo guarda de reserva, y, como alguna vez tenga ocasión de ejecutarlo, no le fallará el golpe y nos servirá su plan en gran escala. El rompimiento del centro en Rívoli, ¡bueno!, eso volverá a hacerse como haya nuevas guerras. Está tan poco mandado recoger como la *Ilíada.* Añado que estamos casi condenados a los ataques de frente, porque no se quiere volver a caer en el error del 70, sino hacer la ofensiva, nada más que la ofensiva. Lo único que me desconcierta es que si sólo a espíritus retardatarios veo oponerse a esta magnífica doctrina, con todo, uno de mis maestros más jóvenes, que es un hombre de genio, Mangin, quisiera que se dejase su puesto, puesto provisional, naturalmente, a la defensiva. No se sabe qué responderle cuando cita como ejemplo a Austerlitz, donde la defensiva no es más que el preludio del ataque y de la victoria.

Estas teorías de Saint-Loup me hacían feliz. Me permitían esperar que acaso no me engañase en mi vida de Doncières respecto de estos oficiales de quienes oía hablar bebiendo el *sauternes,* que proyectaba sobre ellos su reflejo de hechizo, con el mismo fenómeno de aumento que había hecho que me pareciesen enormes, mientras estaba en Balbec, el rey y la reina de Oceanía, la minúscula sociedad de los cuatro sibaritas, el joven jugador, el cuñado de Legrandin, disminuidos ahora a mis ojos hasta parecerme inexistentes. Lo que hoy me agradaba tal vez no llegase a serme indiferente

mañana, como me había ocurrido siempre hasta aquí; el ser que todavía era yo en este momento acaso no estuviese llamado a una destrucción próxima, ya que a la pasión ardiente y fugitiva que ponía yo en estos escasos días en todo lo concerniente a la vida militar, Saint-Loup, con lo que acababa de decirme tocante al arte de la guerra, añadía un fundamento intelectual de naturaleza permanente, capaz de sujetarme con bastante fuerza para que pudiese creer, sin tratar de engañarme a mí mismo, que, una vez fuera de allí, seguiría interesándome por los trabajos de mis amigos de Doncières, y que no tardaría en volver a su lado. A fin de estar más seguro, sin embargo, de que ese arte de la guerra fuese propiamente un arte en el sentido espiritual de la palabra:

—Me interesa usted, perdón, me interesas mucho —le dije a Saint-Loup —; pero, mira, hay un punto que me preocupa. Siento que podría apasionarme por el arte militar, mas para ello sería preciso que no lo creyese hasta tal extremo diferente de las demás artes, que en él no lo fuese todo la regla aprendida. Me dices que las batallas se calcan. Encuentro estético, en efecto, como decías tú, ver bajo una batalla moderna otra más antigua; no puedo decirte cómo me gusta esta idea. Pero entonces, ¿es que el genio del jefe no es nada? ¿No hace realmente más que aplicar reglas? ¿O bien, en igualdad de saber, hay grandes generales, como hay grandes cirujanos que, con ser los mismos desde un punto de vista material los elementos dados por dos estados morbosos, sienten, sin embargo, por un detalle ínfimo, debido tal vez a su experiencia, pero sometido luego a interpretación, que en el caso tal deben hacer de preferencia tal cosa, que en el caso cuál deben hacer más bien lo otro, que en tal otro caso es preferible operar y que en el caso de más allá conviene abstenerse?

—¡Pues ya lo creo! Verás que Napoleón no atacaba cuando todas las reglas exigían que atacase, sino que una oscura adivinación le disuadía de hacerlo. Por ejemplo, fíjate en Austerlitz, o bien, en 1806, en sus instrucciones de Lannes. Pero verás que algunos generales imitan escolásticamente tal maniobra de Napoleón y llegan al resultado diametralmente opuesto. Diez ejemplos de ellos tenemos en 1870. Pero aun en lo que se refiere a la interpretación de lo que *puede* hacer el adversario,

lo que hace no es más que un síntoma que puede significar muchas cosas diferentes. Cada una de esas cosas posee iguales probabilidades de ser la verdadera, si nos atenemos al razonamiento y a la ciencia, del mismo modo que en ciertos casos complejos toda la ciencia médica del mundo no bastará para decidir si el tumor invisible es fibroso o no, si debe hacerse o no la operación. Es el olfato, la adivinación del género de madame de Thèbes (ya me entiendes) lo que decide, en el general como en el gran médico. Así he dicho, para ponerte un ejemplo, lo que podía significar un reconocimiento al principio de una batalla. Pero eso mismo puede significar otras diez cosas; por ejemplo: hacer creer al enemigo que se va a atacar por un punto, mientras que se quiere atacar por otro; tender una cortina que le impida ver los preparativos de la operación real; obligarle a reunir tropas, a fijarlas, a inmovilizarlas en otro sitio que allí donde son necesarias; percatarse de las fuerzas de que dispone, tantearlo, forzarle a que descubra su juego. Incluso, a veces, el hecho de que se comprometan en una operación tropas enormes no prueba que esa operación sea la verdadera; porque puede ejecutarse seriamente, bien que sea sólo una finta, para que esa finta tenga más probabilidades de engañar. Si tuviera tiempo de relatarte desde este punto de vista las guerras de Napoleón, te aseguro que los simples movimientos clásicos que estudiamos y que nos verás hacer cuando estemos de servicio en el campo, por simple gusto de pasear, bergante… no, bien sé que estás enfermo, ¡perdón!; bueno, pues en una guerra, cuando se siente tras esos movimientos la vigilancia, el razonamiento y las profundas investigaciones del alto mando, se siente uno conmovido ante ellos como ante los simples fuegos de un faro, luz material, pero emanación del espíritu, que hurga el espacio para señalar el peligro a los barcos. Acaso haga mal, incluso, en hablarte solamente de la literatura de la guerra. En realidad, así como la constitución del suelo, la dirección del viento y de la luz indican de qué lado ha de crecer un árbol, así las condiciones en que se lleva a cabo una campaña, las características del terreno en que se maniobra, dirigen en cierto modo y limitan los planes en que puede escoger el general. De manera que siguiendo las montañas, en un sistema de valles, en

determinadas llanuras, puedes, casi con el carácter de necesidad y de grandiosa belleza de las avalanchas, predecir la marcha de los ejércitos.

—Niegas ahora la libertad del jefe, la adivinación del adversario que quiere leer en sus planes, cuando hace un instante la admitías.

¡Nada de eso! ¿Recuerdas aquel libro de filosofía que leíamos juntos en Balbec, la riqueza del mundo de las posibilidades respecto del mundo real? Pues, bueno, lo mismo ocurre en arte militar. En una situación dada habrá cuatro planes que se impongan, y entre los cuales ha podido escoger el general, como una enfermedad puede seguir diversas evoluciones con las que el médico debe contar. Y también en esto son nuevas causas de incertidumbre la debilidad y la grandeza humanas. Porque, entre esos cuatro planes, pongamos que razones contingentes (como son fines accesorios que hay que conseguir, o el tiempo, que apremia, o el escaso número y el mal avituallamiento de sus hombres en efectivo) hagan que el general prefiera el primer plan, que es menos perfecto, pero de ejecución menos costosa, más rápida, y que tiene por terreno una comarca más rica para alimentar a su ejército. Es posible que, habiendo empezado por ese primer plan que el enemigo, inseguro al principio, leerá de corrido bien pronto, al no poder salir adelante con él, debido a obstáculos demasiado grandes —es lo que llamo yo el albur nato de la debilidad humana—, el general tenga que abandonarlo y acometer el segundo, el tercero o el cuarto. Mas puede ocurrir asimismo que sólo haya intentado el primero —y es lo que yo llamo la grandeza humana— por finta, para inmovilizar al adversario de modo que lo sorprenda allí por donde no creía que hubiera de ser atacado. Así fue como en Ulm, Mack, que esperaba al enemigo por el oeste, se vio envuelto por el norte, donde se creía sobradamente tranquilo. Mi ejemplo, por lo demás, no es muy bueno. Y Ulm es uno de los mejores tipos de batalla de movimientos envolventes que el porvenir verá reproducirse, porque no sólo es un ejemplo clásico en que habrán de inspirarse los generales, sino una forma en cierto modo necesaria (necesaria entre otras, lo cual deja margen a la opción, a la variedad), como un tipo de cristalización. Pero todo esto no quiere decir nada, ya que estos cuadros son, a pesar de todo, ficticios. Vuelvo a nuestro libro de filosofía; es lo mismo que los principios

racionales, o que las leyes científicas: la realidad se ajusta, sobre poco más o menos, a esto; pero acuérdate del gran matemático Poincaré: no es seguro que las matemáticas sean rigurosamente exactas. En cuanto a las ordenanzas de que te he hablado, tienen, en suma, una importancia secundaria, y, por otra parte, cambian de tiempo en tiempo. Así, nosotros, los de caballería, vivimos con arreglo al *Servicio de campaña* de 1895, del cual puede decirse que está mandado recoger, ya que descansa en la añeja y anticuada doctrina que considera que el combate de caballería tiene poco más que un efecto moral, por el terror que la carga produce en el adversario. Ahora bien, los más inteligentes de nuestros maestros, lo mejor de la caballería, y especialmente el comandante de que antes te hablaba, consideran, por el contrario, que la decisión se conseguirá gracias a una verdadera refriega en que se esgriman el sable y la lanza, y en la que el más tenaz saldrá vencedor, no sólo moralmente y por la impresión de terror, sino materialmente.

—Tiene razón Saint-Loup, y es probable que el próximo *Servicio de campaña* presente la huella de esa evolución —dijo mi vecino.

—No me desagrada tu aprobación, porque tus opiniones parece que hacen más impresión que las mías en mi amigo —dijo, riendo, Saint-Loup, bien porque esta simpatía naciente entre su camarada y yo le irritase un tanto, bien porque le pareciese delicado consagrarla reconociéndola tan oficialmente—. Y, por otra parte, acaso he disminuido la importancia de las ordenanzas. Verdad es que cambian. Pero mientras no son alteradas, dirigen la situación militar, los planes de campaña y de concentración. Si reflejan una falsa concepción estratégica, pueden ser el principio inicial de la derrota. Todo esto es un poco técnico para ti —me dijo—. En el fondo, di que lo que más precipita la evolución del arte de la guerra son las mismas guerras. En el curso de una campaña, si es un poco larga, se ve cómo cada beligerante aprovecha las lecciones que le dan los triunfos y las equivocaciones del adversario, y cómo perfecciona los métodos de éste, que a su vez, compite con él en el mismo juego. Pero esto pertenece al pasado. Con los tremendos progresos de la artillería, las guerras futuras, si es que

llega a haberlas aún, serán tan cortas que, antes de que se haya podido pensar en sacar partido de la lección, se habrá hecho la paz.

—No seas tan susceptible —le dije a Saint-Loup, respondiendo a lo que había dicho antes de estas últimas palabras—. ¡Con bastante avidez te he estado escuchando!

—Si consientes en no volver a amoscarte, y me lo permites —terció el amigo de Saint-Loup—, añadiré a lo que acabas de decir que si las batallas se imitan y superponen no es sólo por el talento del jefe. Puede ocurrir que un error del jefe (por ejemplo, su apreciación insuficiente del valor del adversario) le lleve a exigir de sus tropas sacrificios exagerados, sacrificios que ciertas unidades llevarán a cabo con una abnegación tan sublime que su papel será, por ello, análogo al de tal otra unidad en tal otra batalla, y ambas serán citadas en la historia como ejemplos intercambiables: para atenernos a 1870, la Guardia prusiana en Saint-Privat; los *turcos* en Froeschviller y en Wissembourg.

—¡Oh! ¡Intercambiables! ¡Exactísimo! ¡Excelente! ¡Qué inteligente eres! —dijo Saint-Loup.

Estos últimos ejemplos, como me ocurría cuantas veces alguien me mostraba lo general bajo lo particular, no me dejaban indiferente. Pero, así y todo, lo que me interesaba era el genio del jefe; hubiera querido darme cuenta de en qué consistía, de cómo, en una circunstancia dada en que un jefe falto de genio no podría resistir al adversario, se las arreglaría el jefe genial para restablecer la batalla comprometida, cosa que, al decir de Saint-Loup, era muy posible y había sido realizada numerosas veces por Napoleón. Y para comprender lo que era el valor militar, solicitaba comparaciones entre aquellos generales cuyos nombres me eran conocidos, cuál poseía en mayor medida naturaleza de jefe, dotes de táctico, con riesgo de aburrir a mis nuevos amigos, que por lo menos no lo dejaban ver y me respondían con infatigable bondad.

Me sentía separado, no sólo de la vasta noche glacial que se extendía a lo lejos, y en la que oíamos de cuando en cuando el pitido de un tren, que no hacía más que intensificar el placer de estar allí, o las campanadas de una hora que afortunadamente estaba lejos aún de aquella en que estos

jóvenes tendrían que coger de nuevo sus sables y volverse a casa, sino también de todas las preocupaciones externas, casi del recuerdo de la señora de Guermantes, gracias a la bondad de Saint-Loup, a la que la de sus amigos, que se añadía a ella, daba como más espesor; gracias al calor, también, de esta reducida habitación donde comíamos, al sabor de los exquisitos platos que en ella nos servían, y que daban tanto gusto a mi imaginación como a mi gula; a veces, la parcela de naturaleza de que habían sido extraídos, rugosa pila de agua bendita de la ostra en que quedan algunas gotas de agua salada, o sarmiento nudoso, pámpanos amarillentos de un racimo de uva, los rodeaba aún, incomestible, poética y remota como un paisaje, haciendo que se sucediesen en el curso del almuerzo las evocaciones de una siesta bajo una viña y de un paseo por mar; otras noches era el cocinero tan sólo quien ponía de relieve esta particularidad original de los manjares, que presentaba en su cuadro natural como una obra de arte, y nos traían un pescado cocido en media salsa en una besuguera de barro, en la que, como se destacaba en relieve sobre puñados de hierbas azuladas, infrangible, pero retorcido aún de haber sido arrojado con vida al agua hirviendo, rodeado de un círculo de animalillos satélites, cangrejos, quisquillas y almejas, era como si apareciese en una cerámica de Bernardo Palissy.

—Tengo celos, estoy furioso —me dijo Saint-Loup, medio en broma, medio en serio, haciendo alusión a las interminables conversaciones que yo sostenía aparte con su amigo—. ¿Lo encuentra usted más inteligente que yo? ¿Lo prefiere a mí? Vamos, ¿es que ya nadie más que él existe para usted? —Los hombres que quieren desaforadamente a una mujer, que viven en una sociedad de mujeriegos, se permiten bromas a que no se atreverían otros que verían en ellas menos inocencia.

En cuanto la conversación se generalizaba, evitábase hablar de Dreyfus, por temor de molestar a Saint-Loup. Sin embargo, una semana más tarde, dos de sus camaradas hicieron notar lo curioso que era que, viviendo en un ambiente tan militar, fuese hasta tal punto dreyfusista, antimilitarista casi.

—Es —dije yo, sin querer entrar en detalles— que la influencia del medio no tiene la influencia que se cree…

En realidad, contaba con detenerme en este punto y no repetir las reflexiones que días antes había expuesto a Saint-Loup. Sin embargo, como estas palabras, por lo menos, se las había dicho casi textualmente, iba a disculparme diciendo: «Eso es, precisamente, lo que el otro día…». Pero no había contado con el reverso que tenía la delicada admiración de Roberto respecto a mí y a algunas otras personas. Esta admiración se completaba con una tan completa admiración por sus ideas, que al cabo de cuarenta y ocho horas se había olvidado de que esas ideas no eran de él. Así, en lo que concernía a mi modesta tesis, Saint-Loup, absolutamente como si ésta hubiese habitado siempre su cerebro y yo no hiciera otra cosa que cazar en su coto, se creyó en el deber de darme calurosamente la bienvenida y aprobar:

—¡Pues claro que sí! El medio no tiene importancia.

Y con la misma fuerza que si tuviese miedo de que yo le interrumpiera o de que no le comprendiese:

—¡La verdadera influencia es la del medio intelectual! ¡Cada cual es el hombre de su idea!

Detúvose un instante, con la sonrisa del que ha digerido bien, dejó caer su monóculo, y clavando en mí su mirada como una barrena:

—Todos los hombres de la misma idea son semejantes —me dijo, con expresión de desafío.

Sin duda no conservaba ningún recuerdo de que yo le había dicho días antes lo que él, en desquite, había recordado tan bien. No llegaba yo todos los días a la fonda de Saint-Loup en la misma disposición de ánimo. Si un recuerdo, una pena que tenemos, son capaces de abandonarnos hasta el punto de que ya no los distingamos, también vuelven y, durante mucho tiempo, a veces, no nos dejan. Había tardes en que, al atravesar la ciudad para ir hacia la fonda, hasta tal punto echaba de menos a la señora de Guermantes que me costaba trabajo respirar: hubiérase dicho que una parte de mi pecho había sido seccionada por un hábil anatómico, que me la hubiesen quitado y sustituido con una parte igual de sufrimiento inmaterial, un equivalente de nostalgia y de amor. Y de nada sirve que los puntos de sutura hayan sido bien dados; se vive con bastante trabajo cuando la

añoranza de un ser viene a sustituir a las visceras, parece como que ocupa más espacio que éstas, la siente uno perpetuamente, y luego, qué ambigüedad la de verse obligado a *pensar* una parte de su propio cuerpo. Unicamente parece que valga uno más. A la menor brisa se suspira de opresión, pero también de languidez. Miraba yo al cielo. Si estaba claro, me decía: «Acaso esté en el campo y contemple las mismas estrellas»; y quién sabe si cuando llegue a la fonda no me dirá Roberto: «¡Una buena noticia! Acaba de escribirme mi tía, quisiera verte, va a venir aquí». No sólo en el firmamento ponía yo el pensamiento de la señora de Guermantes. Un soplo de aire un poco suave que pasaba parecía traerme un mensaje suyo, como en otro tiempo me lo traía de Gilberta, en los trigales de Méséglise: no cambiamos, hacemos entrar en el sentimiento que referimos a un ser muchos elementos adormecidos que ese ser despierta, pero que le son extraños. Y luego hay algo en nosotros que se esfuerza en reducir esos sentimientos particulares a una mayor verdad; es decir, a hacer que se adhieran a un sentimiento más general, común a toda la humanidad, con los que los individuos y los trabajos que nos dan son para nosotros no más que ocasión de comunicarnos. Lo que mezclaba algún placer a mi pena es que yo sabía que ésta era una parcela del amor universal. Sin duda que, porque creyese reconocer tristezas que había sufrido por Gilberta, o cuando, a la noche, en Combray, mamá no se quedaba en mi alcoba, así como también el recuerdo de ciertas páginas de Bergotte en el sufrimiento que sentía y al cual la señora de Guermantes, su frialdad, su ausencia, no estaban unidas claramente como la causa y el efecto en el espíritu de un sabio, no deducía yo que la señora de Guermantes no fuese esa causa. ¿No hay dolores físicos difusos que se extienden por irradiación a regiones exteriores a la parte enferma, pero que abandonan esas regiones para disiparse por completo si un práctico toca en el punto preciso de donde esos dolores vienen? Y, sin embargo, antes de eso, su extensión les daba para nosotros tal carácter de vaguedad, de fatalidad, que, impotentes para explicarlos, para localizarlos siquiera, creíamos imposible su curación. Mientras me dirigía a la fonda, me decía: «Hace catorce días que no he visto a la señora de Guermantes». Catorce días, cosa que sólo me parecía enorme a mí que, cuando se trataba

de la señora de Guermantes, contaba por minutos. Para mí, no sólo ya las estrellas y la brisa, sino las divisiones aritméticas del tiempo cobraban un sentido doloroso y poético. Cada día era ahora como la movible cresta de una imprecisa colina: por una parte sentía yo que podía descender hasta el olvido; por la otra, me sentía arrebatado por la necesidad de volver a ver a la duquesa. Y tan pronto me hallaba más cerca de una vertiente como de la otra, falto de equilibrio estable. Un día me dije: «Quizá haya carta esta noche», y al llegar al almuerzo tuve valor para decir a Saint-Loup:

—¿Has tenido, por casualidad, noticias de París?

—Sí —me respondió con gesto avinagrado—; malas noticias.

Respiré al comprender que a quien afectaba la pena era exclusivamente a él, y que las noticias eran de su querida. Pero bien pronto vi que una de sus consecuencias iba a ser impedir a Roberto que me llevase en mucho tiempo a casa de su tía.

Me enteré de que había surgido una disputa entre él y su amante, ya fuese por correspondencia o porque ella hubiera venido a verle una mañana, entre dos trenes. Y las riñas, con ser menos graves, que hasta aquí habían tenido, parecía siempre que hubieran de ser insolubles. Porque ella se ponía de mal humor, pataleaba, lloraba por razones tan incomprensibles como los niños que se encierran en un cuarto a oscuras, no salen a comer, negándose a la menor explicación, y no hacen más que redoblar sus sollozos cuando, agotadas todas las razones, se les dan unos cachetes. Saint-Loup sufrió horriblemente con esa riña, pero ésta es una manera de decir demasiado simple, y falsea, por consiguiente, la idea que importa formarse de ese dolor. Cuando volvió a encontrarse a solas, sin tener ya que pensar en su querida, que se había ido llena del respeto que hacia él había sentido al verle tan enérgico, las ansiedades que había experimentado en las primeras horas cesaron ante lo irreparable, y el final de una ansiedad es una cosa tan dulce, que la ruptura, un vez cierta, adquirió para él un poco del mismo género de encanto que hubiera tenido una reconciliación. Así, de lo que empezó a sufrir algo más tarde fue de un dolor, de un accidente secundario, cuyo flujo le llegaba incesantemente de sí mismo, ante la idea de que tal vez ella hubiera querido de buena gana volver a arreglarse, que no era imposible

que esperase una palabra suya, que mientras tanto, por vengarse, acaso hiciese en tal sitio tal cosa, y que no tendría más que telegrafiarle que llegaba para que ya no tuviese lugar de hacerla, que otros aprovechaban quizá el tiempo que él dejaba perder y que dentro de algunos momentos sería demasiado tarde para recuperarla, porque ya no estaría libre. Nada sabía de todas estas posibilidades; su amante guardaba un silencio que acabó por enloquecer su dolor hasta moverle a preguntarse si no estaría escondida en Doncières o si se habría ido a las Indias.

Se ha dicho que el silencio es una fuerza; en otro sentido lo es, terrible, cuando está a disposición de aquellos que son amados. Acrece la ansiedad del que espera. Nada nos incita tanto a aproximarnos a un ser como lo que de él nos separa, y ¿qué muro más infranqueable que el silencio? Se ha dicho también que el silencio era un suplicio capaz de volver loco a quien estaba condenado a él en prisiones. Pero ¡qué suplicio, mayor aún que el de guardar silencio, el de soportarlo de parte de aquel a quien se quiere! Roberto se decía: «Pero ¿qué hace, que calla así? Sin duda me engaña con otros». Se decía asimismo: «¿Qué he hecho yo para que calle así? Tal vez me odie, y para siempre». Y se acusaba. Así, el silencio le volvía loco, en efecto, de celos y de remordimiento. Por otra parte, este silencio, más cruel que el de las cárceles, es a su vez una cárcel. Es un tabique inmaterial, sin duda, pero impenetrable, capa interpuesta de atmósfera vacía, pero que no pueden atravesar los rayos visuales del abandonado. ¿Hay luz más terrible que la del silencio, que no nos muestra una ausente, sino mil, y cada una de ellas entregándose a alguna otra traición? Roberto, a veces, en un brusco descanso, creía que este silencio iba a cesar al momento, que la carta esperada iba a llegar. La veía, llegaba, espiaba cada ruido, desaparecía ya su ansia, murmuraba: «¡La carta! ¡La carta!». Después de haber entrevisto así un imaginario oasis de ternura, volvía a encontrarse pataleando en el desierto real del silencio sin fin.

Sufría de antemano, sin olvidar uno, todos los dolores de una ruptura que en otros momentos creía poder evitar, como esas personas que arreglan sus asuntos con miras a una expatriación que no habrá de realizarse, y cuyo pensamiento, que ya no sabe dónde habrá de situarse al siguiente día, se

agita momentáneamente, desgarrado de sus cuidados, semejante al corazón que se arranca a un enfermo y que sigue latiendo separado del resto del cuerpo. De todas formas, la esperanza de que su querida volvería le daba ánimos para perseverar en la ruptura, como la creencia de que se podrá volver con vida del combate ayuda a afrontar la muerte. Y como la costumbre es, de todas las plantas humanas, la que menos necesita de suelo nutricio para vivir y la primera que surge sobre la roca en apariencia más desolada, tal vez fingiendo primero la ruptura hubiera acabado por acostumbrarse sinceramente a ella. Pero la incertidumbre le tenía en un estado que, unido al recuerdo de aquella mujer, se parecía al amor. Se obligaba, mientras tanto, a no escribirla, pensando acaso que era menos cruel el tormento de vivir sin su querida que el de vivir con ella en ciertas condiciones, o que, dada la forma en que se habían separado, era necesario esperar sus excusas para que ella conservase lo que él creía que sentía hacia él: si no amor, por lo menos estimación y respeto. Contentábase con ir al teléfono que acababan de instalar en Doncières y pedir noticias o dar instrucciones a una doncella que había puesto al lado de su amiga. Estas comunicaciones eran, por otra parte, complicadas, ya que, siguiendo las opiniones de sus amigos literarios tocante a la fealdad de la capital, aunque, sobre todo, en consideración a sus bichos, a sus perros, a su mono, a sus canarios y a su loro, cuyos incesantes gritos había cesado de tolerar su casero de París, la querida de Roberto acababa de alquilar un hotelito en los alrededores de Versalles. Mientras tanto él, en Doncières, ya no dormía ni un instante por la noche. Una vez, en mi cuarto, vencido de la fatiga, se quedó medio traspuesto. Pero de repente empezó a hablar, quería correr, impedir algo; decía: «Lo oigo, usted no…, usted no…». Se despertó. Me dijo que acababa de soñar que estaba en el campo, en casa del sargento mayor de caballería. Este había tratado de alejarle de cierta parte de la casa. Saint-Loup había adivinado que el sargento tenía alojado un teniente muy rico y muy vicioso, del cual sabía que deseaba mucho a su amiga. Y de pronto había oído distintamente los quejidos intermitentes y regulares que tenía costumbre de lanzar ella en los instantes de goce. Había querido obligar al sargento a que le llevase a la habitación. Y éste le sujetaba para

impedir que fuese a la alcoba, mientras dejaba traslucir cierta expresión molesta ante tanta indiscreción, que Roberto decía que jamás podría olvidarlo.

—Mi sueño es idiota —añadió, sofocado.

Pero vi perfectamente que, durante la hora que siguió a su sueño, estuvo varias veces a punto de telefonear a su querida para pedirle que se reconciliasen. Mi padre hacía poco que tenía teléfono, pero no sé si esto le hubiera servido de mucho a Saint-Loup. Por otra parte, no me parecía muy conveniente asignar a mis padres, ni aun siquiera a un aparato instalado en su casa, semejante papel de mediadores entre Saint-Loup y su querida, por distinguida y noble de sentimientos que ésta pudiera ser. La pesadilla que había tenido Saint-Loup se borró un tanto de su espíritu. Fija y distraída la mirada, fue a verme en todos aquellos días atroces que dibujaron para mí, al sucederse uno tras otro, como la curva magnífica de una escalera duramente forjada, desde la cual seguía preguntándose Roberto qué resolución iría a adoptar su amiga.

Esta, por fin, le preguntó si consentiría en perdonar. En cuanto él hubo comprendido que la ruptura estaba evitada, vio todos los inconvenientes de un arreglo. Por otra parte, sufría menos ya y casi había aceptado un dolor cuya mordedura habría de volver a encontrar acaso de allí a pocos meses si sus relaciones se reanudaban. No dudó mucho, y quizá no dudó sino porque al fin estaba seguro de poder tomar de nuevo a su querida; de poder: por consiguiente, de hacerlo. Lo único que le pidió ella para recobrar su tranquilidad, fue que no volviese a París el 1.o de enero. Ahora bien, él no tenía valor para ir a París sin verla. Ella, por otra parte, había consentido en viajar con él, mas para esto hacía falta una licencia en regla, que el capitán de Borodino no quería concederle.

—Me fastidia por nuestra visita a mi tía, que ahora queda aplazada. Seguramente volveré a París por Pascuas.

—Para entonces no podremos ir a casa de la señora de Guermantes, porque ya estaré en Balbec. Pero eso no tiene ninguna importancia.

—¿En Balbec? ¡Pero si todavía estuvo usted allí en agosto!

—Sí; pero este año, por causa de mi salud, tienen que mandarme a Balbec más pronto.

Todo su temor era que yo juzgase mal a su querida por lo que él me había contado. «Es violenta únicamente porque es demasiado franca, demasiado entera en sus sentimientos. Pero es un ser sublime. No puedes imaginarte las delicadezas de poesía que hay en ella. Todos los años se va a pasar el día de Difuntos a Brujas. Es un rasgo *bien*, ¿verdad? Si llegas a conocerla algún día, ya verás qué grandeza…». Y como estaba imbuido de cierto lenguaje que se hablaba en los medios literarios en torno a aquella mujer: «Tiene un no sé qué sideral, vatídico, inclusive; ya entiendes lo que quiero decir: el poeta que era casi un sacerdote».

Durante todo el almuerzo busqué un pretexto que permitiese a Saint-Loup pedir a su tía que me recibiera sin esperar a que fuese él a París. El pretexto me lo deparó mi deseo de volver a ver cuadros de Elstir, el gran pintor que Saint-Loup y yo habíamos conocido en Balbec. Pretexto en que, por otra parte, había cierto fondo de verdad, puesto que si en mis visitas a Elstir había pedido a su pintura que me llevase a la comprensión y al amor de cosas mejores que ella misma, a un verdadero deshielo, a una auténtica plaza de provincias, a unas mujeres vivas en la playa (a lo sumo le hubiese encargado el retrato de las realidades en que yo no había sabido profundizar, como un camino entre espinos blancos, por ejemplo; no para que me conservara su belleza, sino para que me la descubriese), ahora, en cambio, era la originalidad, la seducción de esas mismas pinturas lo que excitaba mi deseo, y lo que, sobre todo, quería ver era otros cuadros de Elstir.

Me parecía, por otra parte, que sus menores cuadros eran cosa distinta de las obras maestras de otros pintores más grandes, inclusive. Su obra era como un reino cerrado, de fronteras infranqueables, de materia sin par. Coleccionando ávidamente las raras revistas en que se habían publicado estudios acerca de él, me había enterado de que hasta hacía poco no había comenzado a pintar paisajes y naturalezas muertas, que había empezado por hacer cuadros mitológicos (de dos de ellos había visto yo fotografías en su

estudio), y que después, por espacio de mucho tiempo, había sido impresionado por el arte japonés.

Algunas de las obras más características de sus diversas maneras se hallaban en provincias. Tal casa de Andelys, en que estaba uno de sus paisajes más hermosos, se me aparecía tan preciosa, me infundía tan vivo deseo del viaje como un villorrio chartrense en cuya piedra arenisca está embutida una gloriosa vidriera; y hacia el poseedor de aquellvatídicoa obra maestra, hacia el hombre que en el fondo de su tosca casa con vistas a la calle Mayor, encerrado como un astrólogo, interrogaba uno de esos espejos del mundo que es un cuadro de Elstir, que a lo mejor habría comprado por unos miles de francos, me sentía impulsado por esa simpatía que une hasta los corazones, los caracteres inclusive de aquellos que piensan de la misma manera que nosotros sobre un punto capital. El caso era que tres obras importantes de mi pintor preferido aparecían designadas en una de aquellas revistas como pertenecientes a la señora de Guermantes. Sinceramente, pues, en fin de cuentas, pude, la tarde en que Saint-Loup me había anunciado el viaje de su amiga a Brujas, lanzarle como de improviso, delante de sus amigos:

—Oye, perdona un momento… La última conversación que tuvimos respecto de la señora aquella de que hemos hablado… ¿Te acuerdas de Elstir, el pintor a quien conocí en Balbec?

—¡Claro que me acuerdo!

—Recordarás mi admiración hacia él.

—Perfectamente, como también la carta que hicimos que le entregasen.

—Bueno, pues una de las razones, no de las más importantes, sino una razón accesoria, por la que desearía conocer a esa señora; bien sabes cuál digo…

—¡Pues no he de saberlo! ¡Cuánto paréntesis!

—… Es que tiene en su casa por lo menos un cuadro de Elstir, hermosísimo.

—¡Hombre!, no lo sabía.

—Elstir estará seguramente en Balbec por Pascua; ya sabe usted que ahora pasa casi todo el año en esta costa. Me hubiera gustado mucho ver el

cuadro ese antes de marcharme. No sé si usted estará en relación de suficiente intimidad con su tía: ¿no podría, haciéndome valer a sus ojos con bastante maña para que no se niegue, pedirle que me deje ir a ver sin usted el cuadro, ya que para entonces no estará usted allí?

—Delo usted por hecho, respondo de ella; eso es cosa mía.

—¡No sabe usted cómo le quiero, Roberto!

—Es usted muy amable en quererme; pero también lo sería si me tutease, como me había prometido y como habías empezado a hacerlo.

—Espero que no será su partida lo que está usted maquinando —me dijo uno de los amigos de Roberto—. Mire usted, si Saint-Loup se va con permiso, nada ha de cambiar por ello; aquí estamos nosotros. Acaso sea menos divertido para usted, pero nos tomaremos todo el trabajo que sea preciso para tratar de hacerle olvidar su ausencia.

En efecto, en el momento en que se creía que la amiga de Roberto tendría que irse sola a Brujas, acababa de saberse que el capitán de Borodino, que hasta entonces se mostraba de parecer opuesto, acababa de hacer que se concediese al alférez Saint-Loup una larga licencia para ir a Brujas. He aquí lo que había pasado. El príncipe, orgullosísimo de su opulenta cabellera, era cliente asiduo del principal peluquero de la ciudad, dependiente en otro tiempo del antiguo peluquero de Napoleón III. El capitán de Borodino se llevaba muy bien con el peluquero, porque era, a pesar de sus misteriosos modales, sencillo con los humildes. Mas el peluquero, en cuya casa tenía el príncipe una cuenta atrasada de cinco años, lo menos, cuenta que engrosaban los frascos de *Portugal*, de *Agua de los Soberanos*[11], las tenacillas, las navajas de afeitar, los suavizadores, no menos que los *shampoings*[12], los cortes de pelo, etcétera, ponía por encima de aquel a Saint-Loup, que pagaba a pedir de boca y tenía varios coches y caballos de silla. Enterado del apuro de Saint-Loup por no poder acompañar a su querida, habló calurosamente del caso al príncipe, agarrotado por una blanca sobrepelliz, en el momento en que el barbero le tenía con la cabeza derribada hacia atrás y amenazaba a su garganta. El relato de aquellas aventuras galantes de un joven arrancó al capitán-príncipe una sonrisa de indulgencia bonapartista. Es poco probable que pensase en su cuenta, por

pagar aún, pero la recomendación del peluquero le inclinaba tanto al buen humor como al malo la recomendación de un duque. Aún tenía llena de jabón la barbilla cuando ya estaba prometida la licencia, que fue firmada aquella misma tarde. En cuanto al peluquero, que tenía la costumbre de alabarse de continuo y, para poder hacerlo, se atribuía, con una facultad de mentira extraordinaria, prestigios completamente inventados, para una vez que prestó un señalado servicio a Saint-Loup no sólo no echó a vuelo su mérito, sino que, como si la vanidad tuviese necesidad de mentir y cuando no había lugar a hacerlo cediese el puesto a la modestia, jamás volvió a hablar del caso a Roberto.

Todos me dijeron que mientras siguiese en Doncières, o en cualquier época que volviera, si Roberto no estaba allí, sus coches, sus caballos, sus casas, las horas que tuviesen libres estarían a mi disposición, y yo sentía que aquellos muchachos ponían de todo corazón su lujo, su juventud, su vigor al servicio de mi debilidad.

—Por lo demás —continuaron los amigos de Saint-Loup después que hubieron insistido para que me quedase—, ¿por qué no ha de volver usted todos los años? Ya ve usted que esta vida le gusta. E incluso se interesa por todo lo que ocurre en el regimiento, lo mismo que si fuese un veterano.

Porque yo seguía pidiéndoles ávidamente que clasificasen a aquellos oficiales cuyos nombres sabía, según la mayor o menor admiración que parecían merecerles, ni más ni menos que antaño, en el colegio, obligaba a hacer a mis compañeros con los actores del teatro francés. Si en lugar de los generales que oía citar siempre a la cabeza de todos, un Gollifet o un Négrier, algún amigo de Saint-Loup decía: «Pero Négrier es uno de los generales más mediocres», y lanzaba el nombre nuevo, intacto y sabroso de Pau o de Geslin de Bourgogne, sentía yo la misma sorpresa dichosa que antaño, cuando los nombres agotados de Thiron o de Febvre eran rechazados por la súbita eflorescencia del inusitado nombre de Amaury. «¿Superior incluso a Négrier? Pero ¿en qué? Póngame usted un ejemplo». Quería yo que existiesen diferencias profundas hasta entre los oficiales subalternos del regimiento, y esperaba captar en la razón de esas diferencias la esencia de lo que constituía la superioridad militar. De uno de los que

más me hubiera interesado oír hablar, porque era a quien había visto más a menudo, era del príncipe de Borodino. Pero ni a Saint-Loup ni a sus amigos, si bien hacían justicia en él al oficial bizarro, que aseguraba a su escuadrón un orden incomparable, les hacía gracia el hombre. Sin hablar de él, desde luego, en el mismo tono con que se referían a ciertos oficiales procedentes de la clase de tropa y francmasones, que no trataban a los demás y conservaban respecto de ellos un aspecto huraño de ayudantes, no parecía que incluyesen al señor de Borodino en el número de los restantes oficiales nobles, de los cuales, a decir verdad, incluso en lo que se refería a Saint-Loup, difería mucho en la actitud. Ellos, aprovechándose de que Roberto no era más que un suboficial y de que así su poderosa familia podía darse por contenta con que fuese invitado por unos jefes a los que, de no ser por eso, hubiera desdeñado, no perdían ocasión de recibirle a su mesa cuando se encontraba en ella algún personaje de campanillas capaz de ser útil a un joven sargento de caballería. Sólo el capitán de Borodino no tenía otras relaciones que las del servicio, por lo demás excelentes, con Roberto. Es que el príncipe, cuyo abuelo había sido hecho mariscal y príncipe-duque por el emperador, con cuya familia había entroncado luego por su matrimonio, el príncipe, cuyo padre, después, se había casado con una prima de Napoleón III y había sido por dos veces ministro después del golpe de Estado, sentía que, a pesar de eso, no era ninguna gran cosa para Saint-Loup y la sociedad de los Guermantes, los cuales, a su vez, como el príncipe no se situaba en el mismo punto de vista que ellos, contaban apenas para él. Sospechaba que para Saint-Loup, emparentado con los Hohenzollern, era, no un auténtico noble, sino el nieto de un colono; pero él, en desquite, consideraba a Saint-Loup como al hijo de un hombre cuyo condado había sido confirmado por el emperador —que era lo que se llamaba en el barrio de Saint-Germain los *condes rehechos*— y que había solicitado de aquél un gobierno civil, y luego tal otro puesto situado muy bajo, a las órdenes de S. A. el príncipe de Borodino, ministro de Estado, a quien se daba tratamiento de monseñor por escrito y que era sobrino del soberano.

Más que sobrino, acaso. La primera princesa de Borodino pasaba por haber tenido ciertas complacencias para con Napoleón I, a quien siguió a la isla de Elba, y la segunda para con Napoleón III. Y si en la plácida faz del capitán se encontraba de Napoleón I, ya que no los rasgos naturales del rostro, por lo menos la majestad estudiada de la máscara, el oficial tenía, sobre todo en la mirada melancólica y bondadosa, en los bigotes caídos, algo que hacía pensar en Napoleón III, y de manera tan sorprendente, que, como hubiera solicitado después de Sedan que se le permitiese ir al lado del emperador, y como hubiese sido despedido por Bismarck, a cuya presencia lo habían llevado, este último, al alzar por casualidad los ojos hasta aquel joven que se disponía a alejarse, se sintió súbitamente impresionado por el parecido, y, cambiando de parecer, lo mandó llamar y le concedió la autorización que como a todo el mundo acababa de negarle.

Si el príncipe de Borodino no quería ser el que diese los primeros pasos hacia Saint-Loup y los demás miembros de la sociedad del barrio de Saint-Germain que estaban en el regimiento (mientras que invitaba con gran frecuencia a dos tenientes de clase baja, amables en su trato) era porque, como los consideraba a todos ellos desde lo alto de su imperial grandeza, establecía entre aquellos inferiores la diferencia de que unos sabían serlo, y él, por su parte, sentíase encantado de frisar con ellos, ya que, bajo sus majestuosas apariencias, era hombre de humor sencillo y jovial, al paso que los otros eran inferiores que se tenían por superiores, cosa por que el príncipe no pasaba. Así, mientras que todos los oficiales del regimiento mimaban a Saint-Loup, el príncipe de Borodino, a quien aquél había sido recomendado por el mariscal X…, se limitó a mostrarse atento con él en los actos del servicio, en el que, por lo demás, el comportamiento de Saint-Loup era ejemplar; pero no lo recibió nunca en su casa, fuera de una circunstancia particular en que se vio en cierto modo forzado a invitarle y, como fue durante mi estancia en Doncières, le pidió que me llevase consigo. Aquella noche, viendo a Saint-Loup a la mesa de su capitán, pude discernir fácilmente hasta en las maneras y en la elegancia de cada uno de ellos la diferencia que había entre ambas aristocracias: la antigua nobleza y

la del Imperio. Nacido de una casta cuyos defectos, aun cuando los repudiase con toda su inteligencia, habían pasado a su sangre, y que, por haber dejado de ejercer una autoridad real desde hace un siglo por lo menos, ya no ve en la amabilidad protectora que forma parte de la educación que recibe otra cosa que un ejercicio, como la equitación o la esgrima, cultivado sin finalidad seria, por mera diversión, frente a los burgueses a quienes esa nobleza desprecia suficientemente para creer que su familiaridad les halaga y que su descortesía les honraría, Saint-Loup estrechaba amistosamente la mano de cualquier burgués que le presentasen y cuyo nombre acaso no había oído, y al hablar con él (sin cesar de cruzar y descruzar las piernas, se retrepaba en su asiento, en una actitud de abandono, cogiéndose el pie con la mano) le llamaba *querido.* En cambio, como procedente de una nobleza cuyos títulos conservaban todavía su significación, provistos como seguían estando de ricos mayorazgos que recompensaban gloriosos servicios y refrescaban el recuerdo de altas funciones en las que se ejerce mando sobre muchos hombres y en las que es preciso conocer a los hombres, el príncipe de Borodino —si no distintamente y en su conciencia personal y clara, cuando menos en su cuerpo, que lo revelaba en sus actitudes y en sus modales— consideraba su rango como una prerrogativa efectiva; a los mismos plebeyos a quienes Saint-Loup hubiera dado un golpecito en el hombro y cogido del brazo, el príncipe se dirigía con majestuosa afabilidad, en que una reserva llena de grandeza atemperaba la bonachonería sonriente y de una altanería deliberada. Debíase esto, sin duda, a que estaba menos alejado de las grandes embajadas y de la corte, donde su padre había ocupado los cargos más elevados, y donde los modales de Saint-Loup, con el codo puesto sobre la mesa y cogiéndose el pie con la mano, hubieran sido mal recibidos; pero, sobre todo, se debía a que despreciaba menos a la burguesía, porque era el gran depósito de donde había sacado el primer emperador sus mariscales, sus nobles, y en que había encontrado el segundo un Fould, un Rouher.

Sin duda por ser hijo o nieto de emperador y no tener que mandar sino un escuadrón, las preocupaciones de su padre y de su abuelo no podían, faltas de objeto a que aplicarse, sobrevivir realmente en el pensamiento del

señor de Borodino. Pero de igual suerte que el espíritu de un artista sigue modelando, muchos años después de haberse extinguido, la estatua que esculpió, así esas preocupaciones habían tomado cuerpo en él, se habían materializado, encarnado, y eran ellas lo que su rostro reflejaba. Con la vivacidad, en la voz, del primer emperador, dirigía un reproche a un cabo, como con la melancolía ensoñadora del segundo exhalaba la bocanada de humo de un cigarrillo. Cuando pasaba vestido de paisano por las calles de Doncières, cierto fulgor, en sus ojos, escapándose por bajo el ala del sombrero hongo, hacía relucir en torno al capitán un incógnito soberano; le temblaban cuando entraba en la oficina del sargento mayor, seguido del ayudante y del furriel como de Berthier y de Masséna. Cuando escogía una tela de pantalón para su escuadrón, clavaba en el cabo sastre una mirada capaz de chasquear a Talleyrand y de engañar a Alejandro; a veces, mientras pasaba revista de policía, deteníase, dejando que soñasen sus admirables ojos azules, se retorcía el bigote, parecía como que estuviese edificando una Prusia y una Italia nuevas. Pero inmediatamente, trocándose nuevamente de Napoleón III en Napoleón I, hacía notar que los equipos no estaban limpios y quería probar el rancho de la tropa. Y en su casa, en su vida privada, era para las mujeres de los oficiales burgueses (a condición de que éstos no fueran francmasones) para quienes hacía sacar no sólo una vajilla de Sèvres de un azul regio, digna de un embajador (regalada a su padre por Napoleón, y que parecía más preciosa aún en la casa provinciana en que vivía, encima del juego de mallo, como esas raras porcelanas que los turistas admiran con más gusto en el rústico armario de una vieja casa solariega dispuesta como una granja acreditada y próspera), sino también otros presentes del emperador: aquellos nobles y encantadores modales que hubieran encajado asimismo a maravilla en algún cargo de representación, si el ser *bien nacido* no hubiese equivalido para ciertos hombres a estar reducidos de por vida al más injusto de los ostracismos; ademanes familiares, bondad, gracia y, encerrando en un esmalte azul igualmente regio gloriosas imágenes, la reliquia misteriosa, clara y superviviente de la mirada. Y a propósito de las relaciones burguesas que tenía en Doncières el príncipe, hay algo que conviene decir. El teniente coronel tocaba

admirablemente el piano; la mujer del médico jefe cantaba como si hubiese tenido un primer premio del Conservatorio. Esta última pareja, lo mismo que el teniente coronel y su mujer, cenaban una vez por semana en casa del señor de Borodino. Sentíanse lisonjeados, desde luego, ya que sabían que cuando el príncipe iba a París en uso de licencia, almorzaba en casa de la señora de Pourtalés, con los Murat, etc. Pero se decían: es un simple capitán, demasiada suerte tiene con que vengamos a su casa. Por lo demás, es un verdadero amigo para nosotros. Pero cuando el señor de Borodino, que desde hacía tiempo venía haciendo gestiones para acercarse a París, fue destinado a Beauvais y cambió de residencia, se olvidó completamente, también de los dos matrimonios músicos tanto como del teatro de Doncières y del pequeño restaurante de donde hacía traer a menudo su almuerzo, y, con gran indignación de ellos, ni el teniente coronel, ni el médico jefe, que con tanta frecuencia habían almorzado en su casa, volvieron a recibir en su vida noticias suyas.

Una mañana me confesó Saint-Loup que había escrito a mi abuela para darle noticias mías y sugerirle la idea de que, ya que funcionaba entre Doncières y París un servicio telefónico, hablase conmigo. En resumen, que aquel mismo día iba a hacerme llamar al aparato, y mi amigo me aconsejó que estuviese hacia las cuatro menos cuarto en Teléfonos. El teléfono todavía no era en aquella época de uso tan corriente como hoy. Y, sin embargo, la costumbre tarda tan poco en despojar de su misterio las formas sagradas con que estamos en contacto, que, como no obtuviese comunicación inmediatamente, lo único que se me ocurrió fue que aquello era muy largo, muy incómodo, y casi tuve intenciones de presentar una reclamación. Como todos ahora, no encontraba suficientemente rápida para mi gusto, en sus bruscos cambios, la admirable maravilla a que bastan unos instantes para que aparezca a nuestro lado, invisible pero presente, el ser a quien querríamos hablar y que, sin moverse de su mesa, en el pueblo en que habita (París, en el caso de mi abuela), bajo un cielo diferente del nuestro, con un tiempo que por fuerza no es el mismo, en medio de circunstancias y de preocupaciones que ignoramos y que ese ser va a decirnos, se encuentra súbitamente transportado a centenares de leguas (él y todo el ambiente en

que permanece sumergido), cerca de nuestro oído, en el momento en que nuestro capricho lo ha ordenado. Y somos como el personaje del cuento a quien una hechicera, atendiendo al deseo que aquél ha formulado, hace aparecerse en una claridad sobrenatural a su abuela o su novia hojeando un libro, derramando lágrimas, cogiendo flores, muy cerca del espectador y, sin embargo, muy lejos, en el mismo paraje en que realmente se encuentra. Para que este milagro se efectúe no tenemos más que acercar nuestros labios a la tablilla mágica y llamar —con insistencia, demasiado excesiva a veces, convengo en ello— a las Vírgenes Vigilantes, cuya voz oímos todos los días sin conocer nunca su rostro, y que son nuestros Angeles de la Guarda en las tinieblas vertiginosas, cuyas puertas vigilan celosamente; a las Todopoderosas por cuya intercesión surgen a nuestro lado los ausentes sin que nos esté permitido verlos; a las Danaides de lo invisible que incesantemente vacían, colman, se transmiten las urnas de los sonidos; a las irónicas Furias que, en el momento en que susurramos una confidencia a una amiga, con la esperanza de que nadie nos oiga, nos gritan cruelmente: «¡Escucho!»; a las siervas perennemente irritadas del Misterio, sacerdotisas recelosas de lo Invisible —a las señoritas del teléfono.

Y tan pronto como nuestra llamada ha resonado en la noche llena de apariciones, a la cual sólo nuestros oídos se abren, un ligero ruido —un ruido abstracto, el de la distancia suprimida—, y la voz del ser querido se dirige a nosotros.

Es él, es su voz que nos habla, que está ahí. Pero ¡qué lejos está! ¡Cuántas veces no he podido menos de escucharla con angustia, como si ante esta imposibilidad de ver antes de largas horas de viaje a aquella cuya voz estaba tan cerca de mi oído sintiese mejor lo que hay de falaz en la apariencia de la más dulce aproximación y a qué distancia podemos estar de las personas queridas en el momento en que parece que no tendríamos más que alargar la mano para retenerlas! ¡Presencia real esta voz tan próxima, en la separación efectiva! ¡Pero, también, anticipaciones de una separación eterna! A menudo, escuchando así, sin ver a la que me hablaba de tan lejos, me ha parecido que aquella voz clamaba desde las profundidades de que no se vuelve a subir, y he conocido la ansiedad que habría de estrangularme un

día, cuando una voz volviese así (sola, sin depender ya de un cuerpo que jamás había de volver a ver yo) a murmurar a mi oído palabras que hubiera querido besar a su paso por unos labios para siempre reducidos a polvo.

Aquel día, por desgracia, en Doncières, el milagro no se efectuó. Cuando entré en la cabina, mi abuela había llamado ya; entré en la cabina, la línea estaba tomada, charlaba alguien que sin duda no sabía que no había nadie que le respondiese cuando yo acerqué a mí el receptor, y el trozo de madera se puso a hablar como Polichinela; le hice callar, lo mismo que en el guiñol, volviendo a ponerlo en su sitio, pero, como Polichinela, desde el punto en que lo acercaba de nuevo a mí reanudaba su cháchara. Acabé, en último extremo, colgando definitivamente el receptor, para ahogar las convulsiones de aquel tarugo sonoro que estuvo picoteando hasta el último segundo, y me fui en busca del empleado, que me dijo que esperase un instante; después hablé, y al cabo de unos instantes de silencio, súbitamente, oí aquella voz que sin razón creía conocer tan bien, porque hasta entonces, cada vez que mi abuela había hablado conmigo, yo había seguido siempre lo que ella me decía en la partitura abierta de su rostro en que los ojos entraban por mucho, mientras que su voz, propiamente, la escuchaba hoy por vez primera. Y como esa voz se me aparecía en sus proporciones desde el instante en que era un todo, y me llegaba de esta suerte sola, sin el acompañamiento de los rasgos del rostro, descubrí hasta qué punto era dulce; acaso, por lo demás, no lo había sido nunca en tal grado, porque mi abuela, al sentirme lejos y desgraciado, creía poder abandonarse a la efusión de una ternura que, por principios de educación, contenía y celaba de ordinario. Era dulce, pero también qué triste, en primer lugar por su dulzura misma, decantada casi, como muy pocas voces humanas han debido estarlo nunca, de toda dureza, de todo elemento de resistencia a los demás, de todo egoísmo; frágil a fuerza de delicadeza, parecía en todo momento pronta a quebrarse, a expirar en un puro raudal de lágrimas; además, al verla cerca de mí, sola, sin la máscara del rostro, noté en ella, por vez primera, las penas que la habían agrietado en el curso de la vida.

Por otra parte, ¿era únicamente la voz quien, por estar sola, me daba esta nueva impresión que me desgarraba? No, sino más bien que este aislamiento de la voz era como un símbolo, una evocación, un efecto directo de otro aislamiento, el de mi abuela, por primera vez separada de mí. Las órdenes o prohibiciones que me dirigía a cada paso en la vida ordinaria, el fastidio de la obediencia o la fiebre de la rebelión que neutralizaban la ternura que hacia ella sentía yo, eran suprimidas en este momento e inclusive podían serlo para lo porvenir (puesto que mi abuela ya no exigía el tenerme cerca de sí, bajo su ley, me estaba diciendo su esperanza de que me quedase definitivamente en Doncières, o que, en todo caso, prolongase mi estancia todo el tiempo posible, con lo que muy bien pudieran salir ganando mi salud y mi trabajo); así, lo que tenía bajo la campanilla aproximada a mi oreja era, descargada de las presiones opuestas que día a día la habían contrapesado, y desde ese punto irresistible, agitando todo mi ser, nuestra mutua ternura. Al decirme mi abuela que me quedase, me infundió una necesidad ansiosa y loca de regresar. La libertad que desde ese momento me dejaba y en la que jamás había atisbado yo que pudiese consentir, me pareció de pronto tan triste como pudiera serlo mi libertad después de la muerte de ella (cuando la querría aún y ella hubiese renunciado para siempre a mí). Grité: «¡Abuela, abuela!», y hubiera querido abrazarla; pero no tenía a mi lado sino aquella voz, fantasma tan impalpable como el que volvería acaso a visitarme cuando mi abuela estuviese muerta. «Háblame»; pero entonces ocurrió que, dejándome más solo aún, cesé súbitamente de percibir aquella voz. Mi abuela ya no me oía, ya no estaba en comunicación conmigo, habíamos cesado de estar el uno frente al otro, de ser audibles el uno para el otro, yo seguía interpelándola a tientas en la noche, sintiendo que también debían de extraviarse las llamadas de ella. Latía con la misma angustia que muy atrás, en el pasado, había sentido en otro tiempo, un día que, de chico, la había perdido entre la multitud, angustia no tanto de no volver a encontrarla como de sentir que me buscaba, de sentir que se decía que yo la buscaba; angustia bastante parecida a la que habría de sentir el día en que habla uno a los que ya no pueden responder con tanta ansia y a los que quisiéramos hacer oír por lo

menos todo lo que no les hemos dicho, y la seguridad de que no sufrimos. Me parecía que era ya una sombra querida la que acababa de dejar perderse entre las sombras, y, solo ante el aparato, seguía repitiendo en vano: «Abuela, abuela», como Orfeo, al quedarse solo, repite el nombre de la muerta. Me decidí a abandonar la oficina del teléfono e ir en busca de Roberto a su fonda para decirle que, como quizá recibiese un aviso que me obligaría a volver a casa, quisiera saber por si acaso el horario de los trenes. Y, sin embargo, antes de tomar esta resolución, hubiera querido por última vez invocar a las Hijas de la Noche, a las Mensajeras de la palabra, a las divinidades sin rostro; pero las caprichosas Guardianas no habían querido abrir las puertas maravillosas, o sin duda no pudieron hacerlo; en vano invocaron infatigablemente, conforme a su costumbre, al venerable inventor de la imprenta y al joven príncipe aficionado a la pintura impresionista y al automóvil (que era sobrino del capitán de Borodino): Gutenberg y Wagram dejaron sin respuesta sus súplicas, y me marché, sintiendo que lo Invisible solicitado permanecería sordo.

Al llegar al lado de Roberto y de sus amigos, no les confesé que mi corazón ya no estaba con ellos, que mi partida estaba ya irrevocablemente decidida. Roberto pareció creerme; pero después he sabido que desde el primer momento había comprendido que mi incertidumbre era simulada, y que a la mañana siguiente no me encontraría ya. Mientras sus amigos, dejando enfriar a su lado los platos, buscaban con él en la guía el tren que podía tomar yo para volver a París y se oían en la noche estrellada y fría los silbidos de las locomotoras, yo no sentía ya, desde luego, la misma paz que tantas noches me habían dado aquí la amistad de los unos, el paso lejano de las otras. No faltaban, empero, esta tarde, en otra forma, al mismo oficio. Mi partida me abrumó menos cuando ya no me vi obligado a pensar en ella yo solo, cuando sentí que en lo que estaba efectuándose se empleaba la actividad más normal y más sana de mis enérgicos amigos, los camaradas de Saint-Loup, y de aquellos otros seres fuertes, los trenes, cuyo ir y venir, mañana y noche, de Doncières a París, desmoronaba retrospectivamente lo que de excesivamente compacto e insostenible había en mi largo aislamiento respecto de mi abuela, en posibilidades cotidianas de retorno.

—No dudo de la verdad de tus palabras y de que no pienses en marcharte aún —me dijo riendo Saint-Loup—, pero haz como si te fueses y ven a decirme adiós mañana por la mañana temprano, porque si no corro el riesgo de no volverte a ver; almuerzo precisamente en la ciudad, me ha dado autorización el capitán; tengo que estar de vuelta a las dos en el cuartel, porque salimos de marcha para todo el día. Seguramente el señor en cuya casa almuerzo, a tres kilómetros de aquí, me traerá a tiempo para estar en el cuartel a las dos.

Apenas dijo estas palabras cuando vinieron a buscarme de mi hotel; habían llamado de Teléfonos. Corrí a la oficina, porque iban a cerrar. La palabra *interurbano* reaparecía incesantemente en las respuestas que me daban los empleados. Yo estaba en el colmo de la ansiedad porque quien me llamaba era mi abuela. Iban a cerrar la oficina. Por fin obtuve comunicación: «¿Eres tú, abuela?». Una voz de mujer, con acento inglés muy marcado, me respondió: «Sí, pero no reconozco su voz». Tampoco yo reconocía la voz que me hablaba; además, mi abuela no me llamaba nunca de usted. Por fin se explicó todo. El joven a quien había llamado al teléfono su abuela llevaba un nombre casi idéntico al mío y vivía en un anejo del hotel. Al llamarme el mismo día en que había querido telefonear a mi abuela, yo no había dudado ni un instante que fuese ella quien preguntase por mí. Así que en la oficina de teléfonos y en el hotel acababan de cometer un doble error por una simple coincidencia.

Al día siguiente por la mañana me retrasé; no encontré a Saint-Loup, que había salido ya para ir a almorzar al castillo vecino de que me había hablado. A eso de la una y media me disponía a ir al acaso al cuartel para estar allí cuando Roberto llegase, cuando, al atravesar una de las venidas que llevaban a aquél, vi, en la misma dirección en que yo iba, un tílburi que, al pasar junto a mí, me obligó a hacerme a un lado: lo conducía un suboficial con el monóculo en el ojo; era Saint-Loup. A su lado iba el amigo en cuya casa había almorzado y con quien ya me había encontrado una vez en el hotel donde cenaba Roberto. No me atreví a llamar a éste, como no iba solo; pero, queriendo que se detuviese para que me llevara consigo, atraje su atención con un gran saludo que bien se veía era

motivado por la presencia de un desconocido. Sabía yo que Roberto era miope, y, sin embargo, creía que sólo con que me viese no dejaría de reconocerme; pero es el caso que vio el saludo perfectamente y lo devolvió, pero sin pararse; y al alejarse a toda prisa, sin una sonrisa, sin que un músculo de su fisonomía se moviese, se contentó con tener por espacio de dos minutos la mano alzada hasta el borde del quepis, como si hubiese respondido a un soldado a quien no hubiera conocido. Corrí hasta el cuartel, pero aún estaba lejos; cuando llegué, el regimiento formaba en el patio, donde no me dejaron quedarme. Desolado por no haber podido despedirme de Saint-Loup, subí a su habitación. Ya no estaba allí; pude informarme de él por un grupo de soldados enfermos, reclutas rebajados de marcha, un mozo bachiller, un veterano, que veían formar al regimiento.

—¿No han visto ustedes al sargento Saint-Loup? —pregunté.

—Ha bajado, señor —dijo el veterano.

—No le he visto —dijo el bachiller.

—¿No le has visto? —dijo el veterano, sin ocuparse ya de mí—. ¿No has visto a nuestro famoso Saint-Loup? Está que quita la cabeza con su uniforme nuevo. ¡Cuándo lo vea el capitán! Paño de oficial.

—¡Quita de ahí! ¡Paño de oficial! —dijo el mozo bachiller, que, rebajado de servicio por enfermo, no salía de marcha y se ensayaba, no sin cierta inquietud, en mostrarse audaz con los veteranos—. Ese paño de oficial tiene tanto de paño como de cualquier otra cosa.

—¿Cómo, señor? —preguntó con cólera el *veterano* que había hablado del uniforme.

Estaba indignado de que el mozo bachiller pusiera en duda que el uniforme aquel fuese de paño de oficial; pero, como bretón que era, nacido en un lugar que se llama Penguern-Stereden, había aprendido el francés con tanta dificultad como si hubiera sido inglés o alemán, y cuando se sentía poseído por alguna emoción decía dos o tres veces *señor* para darse tiempo a encontrar las palabras, y luego de esta preparación se entregaba a su elocuencia, contentándose con repetir algunos vocablos que conocía mejor que los otros, pero sin prisa, tomando precauciones contra su falta de costumbre de la pronunciación.

—¡Ah!, ¿conque tiene tanto de paño como de cualquier otra cosa? —prosiguió, con una cólera que aumentaba progresivamente la intensidad y la lentitud de su expansión—. ¡Ah!, ¿conque como de otra cosa cualquiera?… Cuando te digo yo que es paño de oficial, cuando te-lo-digo, puesto-que-te-lo-digo, será que lo sé de buena tinta, me parece a mí.

—¡Ah, entonces…! —dijo el mozo bachiller, vencido por esta argumentación—. Si es así, no voy a ser yo quien te lo discuta.

—¡Hombre!, ahí va precisamente el capitán. Pero repara en Saint-Loup, en el modo que tiene de echar la pierna. Cualquiera dice que es un suboficial… Y el monóculo, ¡ah!, lo que es ése va a cualquier parte.

Pedí a estos soldados, a quienes mi presencia no cohibía ni poco ni mucho, que me dejasen mirar también por la ventana. No me pusieron obstáculo a ello, ni cambiaron de lugar. Vi pasar majestuosamente al capitán de Borodino, que hacía trotar a su caballo y parecía hacerse la ilusión de que se encontraba en la batalla de Austerlitz. Algunos transeúntes se habían reunido ante la verja del cuartel para ver salir al regimiento. Tieso en su caballo, ligeramente carnoso el rostro, las mejillas de una plenitud imperial, lúcida la mirada, el príncipe debía de ser juguete de alguna alucinación, como yo mismo lo era cada vez que, después de haber pasado un tranvía, el silencio que seguía a su fragor me parecía recorrido y estriado por una vaga palpitación musical. Me sentía desolado por no haberle dicho adiós a Saint-Loup; pero así y todo me marché, porque mi única preocupación era la de volver al lado de mi abuela: hasta ese día, en aquella pequeña ciudad, cuando pensaba en lo que mi abuela, sola, hacía, me la representaba tal como estaba conmigo, pero suprimiéndome a mí mismo, sin tener en cuenta los efectos de esta supresión en ella; ahora tenía que librarme cuanto antes, en sus brazos, del fantasma, hasta entonces insospechado y súbitamente evocado por su voz, de una abuela realmente separada de mí, resignada, que tenía —cosa que nunca le había conocido aún— una edad determinada, y que acababa de recibir una carta mía en el piso vacío en que ya me había imaginado a mamá cuando mi viaje a Balbec.

Desgraciadamente, fue ese fantasma lo que vi cuando, habiendo entrado en el salón sin que mi abuela estuviese advertida de mi vuelta, la encontré leyendo. Allí estaba yo, o, mejor dicho, aún no estaba allí, puesto que ella no lo sabía, y como una mujer a quien se sorprende cuando está haciendo una labor que esconderá si alguien entra, se había entregado a pensamientos que jamás había mostrado delante de mí. De mí —por ese privilegio que no dura y en que tenemos durante el breve instante del regreso la facultad de asistir bruscamente a nuestra propia ausencia— no había allí más que el testigo, el observador, con sombrero y gabán de viaje; el extraño que no es de la casa, el fotógrafo que viene a tomar un clisé de unos lugares que no volverán a verse. Lo que, mecánicamente, se produjo en aquel momento en mis ojos cuando vi a mi abuela, fue realmente una fotografía. Nunca vemos a los seres queridos como no sea en el sistema animado, en el movimiento perpetuo de nuestra incesante ternura, que, antes de dejar que las imágenes que su rostro nos presenta lleguen hasta nosotros, arrebata en su torbellino a esos seres, los lanza sobre la idea que de ellos nos formamos desde siempre, hace que se adhieran a ella, que coincidan con ella. Atribuyendo como atribuía yo a la frente, a las mejillas de mi abuela la significación de lo más delicado y más permanente que había en su espíritu, puesto que toda mirada habitual es una nigromancia y que todo rostro a que tenemos amor es espejo del pasado, ¿cómo no había de haber omitido yo en su semblante lo que en mi abuela había podido envejecer y cambiar, cuando, aun en los espectáculos más indiferentes de la vida, nuestro ojo, cargado de pensamiento, desdeña, como pudiera hacer una tragedia clásica, todas las imágenes que no concurren a la acción y retiene exclusivamente aquellas que pueden hacer inteligible el fin de la misma? Simplemente con que, en lugar de nuestro ojo, sea un objetivo puramente material, una placa fotográfica, lo que haya mirado, entonces lo que veremos en el patio del Instituto, por ejemplo, será, en lugar de la salida de un académico que quiere llamar un coche de punto, sus titubeos, sus precauciones para no quedarse atrás, la parábola de su caída, como si estuviese ebrio o el suelo estuviera cubierto de escarcha. Lo mismo ocurre cuando alguna cruel astucia del azar impide que nuestra inteligente y piadosa ternura acuda a

tiempo de ocultar a nuestras miradas lo que jamás deben contemplar, cuando esas miradas la dejan atrás, llegan antes que ella y, abandonadas a sí mismas, funcionan mecánicamente, a la manera de una película, y en lugar del ser querido que ya no existe desde hace mucho, pero cuya muerte nunca había deseado esa ternura nuestra que nos fuese revelada, nos muestran al ser nuevo que cien veces cada día vestía aquélla de un amado y engañoso parecido. Y así como un enfermo que desde hace mucho tiempo no se había visto a sí mismo y venía componiendo a cada momento el semblante que no ve, ajustándolo a la imagen ideal que de sí mismo lleva en su pensamiento, retrocede al percibir en un espejo, en medio de un rostro árido y desierto, la prominencia oblicua y sonrosada de una nariz gigantesca como una pirámide de Egipto, así yo, para quien mi abuela era todavía yo mismo, yo, que jamás la había visto fuera de mi alma, siempre en el mismo lugar del pasado, a través de la transparencia de los recuerdos contiguos y superpuestos, de repente, en nuestro salón, que formaba parte de un mundo nuevo, el del tiempo, el mundo en que viven los extraños de quienes se dice «lleva bien su vejez», por vez primera y sólo por un instante, porque desapareció bien pronto, distinguí en el canapé, bajo la lámpara, colorada, pesada y vulgar, enferma, soñando, paseando por un libro unos ojos un poco extraviados, a una vieja consumida, desconocida para mí.

Al pedirle que fuésemos a ver los Elstir de la señora de Guermantes, Saint-Loup me había dicho: «Yo respondo de ella». Y, desgraciadamente, en efecto, sólo él había respondido. Respondemos fácilmente de los demás cuando, al disponer en nuestro pensamiento las figurillas que los representan, las hacemos moverse a nuestro antojo. Claro está que hasta en ese momento tenemos en cuenta que las dificultades provienen de la naturaleza de cada uno, diferente de la nuestra, y no dejamos de recurrir a tal o cual medio de acción asistido de poder sobre esa naturaleza, interés, persuasión, emoción, que neutralice las inclinaciones contrarias. Pero esas diferencias respecto de nuestra naturaleza es nuestra propia naturaleza la que las imagina, somos nosotros quienes ponemos esas diferencias; somos nosotros quienes dosificamos esos móviles eficaces. Y cuando los movimientos que hemos hecho repetir en nuestro espíritu a la otra persona y

que la hacen obrar a nuestro antojo queremos hacérselos ejecutar en la vida, todo cambia, chocamos con resistencias no previstas, que pueden ser invencibles. Una de las más poderosas es, sin duda, la que puede desarrollar, en una mujer que no ama, la repulsión que le inspira, insuperable y fétida, el hombre que la ama: durante las largas semanas que estuvo aún Saint-Loup sin volver a París, su tía, a quien no dudaba yo que habría escrito él para rogarle que lo hiciera, ni una sola vez me instó a que fuese a su casa a ver los cuadros de Elstir.

Recibí muestras de frialdad por parte de otra persona de la casa. Fue de Jupien. ¿Le parecería que debía haber entrado a saludarle, a mi regreso de Doncières, antes de haber subido siquiera a mi casa? Mi madre me dijo que no, que no había por qué extrañarse. Francisca le había dicho que era así, que le acometían bruscos arrechuchos de mal humor, irrazonado. Al cabo de poco tiempo se le pasaban.

A todo esto, acababa el invierno. Una mañana, después de algunas semanas de aguaceros y tormentas, oí en mi chimenea —en lugar del viento informe, elástico y sombrío que me removía con el deseo de irme a orillas del mar— el zurear de los pichones que anidaban en la medianería: irisado, imprevisto como un primer jacinto, desgarrando dulcemente su corazón nutricio para que de él brotase, malva y satinada, su flor sonora, haciendo entrar, como una ventana abierta, en mi alcoba, cerrada y en tinieblas aún, la tibieza, el deslumbramiento, la cansera de un primer día bueno. Aquella mañana me sorprendí canturreando una cancioncilla de *café-concert* que había olvidado desde el año en que debía haber ido a Florencia y a Venecia. Tan profundamente obra la atmósfera, al azar de los días, sobre nuestro organismo, y extrae de las oscuras reservas en que las habíamos olvidado las melodías inscritas que nuestra memoria no ha descifrado. Un soñador más consciente acompañó bien pronto al músico que escuchaba yo en mí sin haber reconocido siquiera, al pronto, lo que canturreaba.

Me daba perfecta cuenta de que no pertenecían particularmente a Balbec las razones en virtud de las cuales, al llegar allí, no había encontrado ya en su iglesia el encanto que tenía para mí antes de que la conociese; que en Florencia, en Parma o en Venecia tampoco podría mi imaginación

sustituir a mis ojos para mirar. Lo sentía. Del mismo modo, una tarde de primero de año, casi de noche ya, había descubierto, ante una cartelera, la ilusión que hay en creer que ciertos días de fiesta difieren esencialmente de los demás. Y, sin embargo, no podía impedir que el recuerdo del tiempo durante el cual había creído pasar en Florencia la Semana Santa siguiese haciendo de ésta como la atmósfera de la ciudad de las Flores, dando al mismo tiempo al día de Pascua algo de florentino, y a Florencia algo de pascual. La semana de Pascuas estaba lejos aún; pero en la hilera de días que se extendía ante mí, los días santos se recortaban más claros al final de los días que caían en medio. Tocados por un rayo luminoso, como ciertas casas de un pueblo que divisamos a lo lejos en un efecto de luz y sombra, retenían sobre sí todo el sol.

El tiempo se había vuelto más templado. Y hasta mis padres, al aconsejarme que pasease, me deparaban un pretexto para continuar mis salidas por la mañana. Había querido yo suspenderlas, porque en ellas me encontraba con la señora de Guermantes. Pero justamente por eso me pasaba todo el tiempo pensando en esas salidas, lo cual me hacía encontrar a cada instante una nueva razón para salir, que no tenía relación ninguna con la señora de Guermantes y me persuadía fácilmente de que, aun cuando ésta no hubiera existido, no por ello hubiera dejado yo de pasearme a esa misma hora.

¡Ay!, si el encontrarme con cualquier otra persona que ella hubiera sido indiferente para mí, sentía que, para ella, encontrarse con otro cualquiera que yo hubiera sido tolerable. En sus paseos matinales le ocurría recibir el saludo de muchos necios y que por tales tenía ella. Pero consideraba su aparición, si no como una promesa de goce, por lo menos como efecto de la casualidad. Y los paraba, a veces, porque hay momentos en que necesita uno salir de sí, aceptar la hospitalidad del alma de los demás, a condición de que ese alma, por modesta y fea que pueda ser, sea un alma ajena, al paso que sentía con exasperación que lo que hubiera encontrado en el corazón mío era a ella misma. Así, hasta cuando tenía para tomar el mismo camino otra razón que la de verla, temblaba yo como un culpable en el momento en que pasaba ella, y a veces, por neutralizar lo que de excesivo pudiera haber

en mi adelantarme, respondía apenas a su saludo o clavaba en ella los ojos sin saludarla ni conseguir otra cosa que irritarla todavía más y hacer que encima empezase a parecerle insolente y mal educado.

Ahora llevaba trajes más ligeros, o por lo menos más claros, y bajaba por la calle en que ya, como si estuviéramos en primavera, ante las estrechas tiendas intercaladas entre las vastas fachadas de los rancios hoteles aristocráticos, sobre la muestra de la tendera de manteca, de frutas, de legumbres, estaban echados los toldos contra el sol. Me decía yo que la mujer a quien veía desde lejos andar, abrir la sombrilla, cruzar la calle, era, a juicio de los entendidos, la artista actual más grande en el arte de realizar esos movimientos y hacer de ellos una cosa deliciosa. Ella, mientras tanto, avanzaba, ignorante de esa reputación difusa; su cuerpo cenceño, refractario, y que nada de aquélla había absorbido, se acercaba oblicuamente, bajo un chal de surá violeta; sus ojos desabridos y claros miraban distraídamente ante sí, y tal vez me habían visto; se mordía la comisura de los labios; la veía arreglarse el manguito, dar limosna a un pobre, comprar un ramillete de violetas a una florista, con la misma curiosidad que hubiera sentido al ver a un gran pintor dar pinceladas. Y cuando, al llegar junto a mí, me hacía un saludo al cual se agregaba a veces una ligera sonrisa, era como si hubiese hecho para mí, añadiéndole una dedicatoria, un dibujo a la aguada, que era una obra maestra. Cada uno de sus vestidos se me aparecía como un ambiente natural, necesario, como proyección de un aspecto particular de su alma. Una de las mañanas de cuaresma en que iba ella a almorzar fuera de casa, me la encontré con un traje de terciopelo rojo claro, ligeramente descotado en el cuello. El semblante de la señora de Guermantes parecía pensativo bajo sus cabellos rubios. Yo estaba menos triste que de costumbre porque la melancolía de su expresión, la manera de claustración que la violencia del color ponía en torno a ella y el resto del mundo, le daban un viso de desventura y de soledad que me tranquilizaba. Aquel traje me parecía la materialización, en torno a ella, de los rayos escarlata de un corazón que no le conocía y que acaso hubiera podido consolar yo; refugiada en la luz mística de la tela de suavizadas ondas, me hacía pensar en alguna santa de los primeros tiempos

cristianos. Entonces me daba vergüenza de afligir con mi vista a aquella mártir: «Pero al fin y al cabo la calle es de todo el mundo».

La calle es de todo el mundo, proseguía, dando a estas palabras un sentido diferente, y admirándome de que, en efecto, en la populosa calle, a menudo húmeda de lluvia, y que se ponía preciosa, como lo es a veces la calle en las viejas ciudades de Italia, la duquesa de Guermantes mezclase a la vida pública momentos de su vida secreta, mostrándose así a cada uno, misteriosa, codeada por todos, con la espléndida gratitud de las grandes obras maestras. Como yo salía por la mañana, después de haberme pasado toda la noche despierto, a la hora de la siesta me decían mis padres que me echara un poco y cogiese el sueño. No hace falta para saber encontrarlo mucha reflexión; pero la costumbre e incluso la ausencia de la reflexión son muy útiles para ello. El caso es que una y otra me faltaban a esas horas. Antes de dormirme pensaba tanto tiempo que no iba a poder dormir que, aun adormecido, me quedaba todavía un poco de pensamiento. No era más que un fulgor en la oscuridad, casi completa, pero bastaba para hacer reflejarse en mi sueño, primero, la idea de que no iba a poder dormir; luego, reflejo de ese reflejo, la idea de que era durmiendo como me había venido la idea de que no dormía; después, por una nueva refracción, mi despertar… en un nuevo sopor en el que quería contar a unos amigos que habían entrado en mi habitación que un momento antes, mientras dormía, había creído que no dormía. Estas sombras eran apenas distintas; hubiera hecho falta una grande y harto vana delicadeza de percepción para apresarlas. Así, más tarde, en Venecia, mucho después de la puesta del sol, cuando parece que es completamente de noche, he visto, gracias al eco, invisible sin embargo, de una última nota de luz indefinidamente sostenida sobre los canales como por efecto de un pedal óptico, los reflejos de los palacios desplegados como para siempre en terciopelo más negro sobre el gris crepuscular de las aguas. Uno de mis sueños era la síntesis de lo que mi imaginación había tratado a menudo de representarse, durante la vigilia, de un determinado paisaje marino y de su pasado medieval. En mi sueño veía una ciudad gótica en medio de un mar de olas inmovilizadas como en un vitral. Un brazo de mar dividía en dos la ciudad; el agua verde se extendía a

mis pies; bañaba en la orilla opuesta una iglesia oriental, luego unas casas que existían aún en el siglo XIV, hasta el punto de que ir hacia ellas hubiera sido remontar el curso de los tiempos. Este sueño, en que la naturaleza había aprendido del arte, en que el mar se había hecho gótico, este sueño, en que yo deseaba, en que creía abordar lo imposible, me parecía haberlo tenido ya a menudo. Mas como es propio de lo que uno se imagina mientras duerme multiplicarse en el pasado y aparecer, sin dejar de ser nuevo, como familiar, creí haberme engañado. Me di cuenta, por el contrario, de que, en efecto, tenía con frecuencia este sueño.

Hasta las disminuciones que caracterizan el sueño se reflejaban en el mío, pero de una manera simbólica: yo no podía distinguir en la oscuridad el rostro de los amigos que estaban allí, porque se duerme con los ojos cerrados; yo, que me dirigía a mí mismo razonamientos verbales sin fin mientras soñaba, en el momento en que quería dirigirme a mis amigos sentía que el sonido se detenía en mi garganta, porque no se habla distintamente en el sueño; quería ir hacia ellos y no podía cambiar de lugar mis piernas, porque tampoco se anda en el sueño; y, de repente, me daba vergüenza de aparecer delante de ellos, porque se duerme desvestido. Así, con los ojos ciegos, los labios sellados, las piernas atadas, el cuerpo desnudo, el bulto del sueño que proyectaba mi sueño mismo parecía una de esas grandes figuras alegóricas en que Giotto ha representado a la Envidia con una serpiente en la boca y que Swann me había dado.

Saint-Loup vino a París por unas horas solamente. Asegurándome que no había tenido ocasión de hablar de mí a su prima.

—No es nada amable Oriana —me dijo, traicionándose ingenuamente —, ya no es mi Oriana de antaño, me la han cambiado. Te aseguro que no vale la pena de que te ocupes de ella. Le haces demasiado honor. ¿No quieres que te presente a mi prima la de Poictiers? —añadió, sin darse cuenta de que eso no podría proporcionarme ningún placer—. Esa sí que es una joven inteligente y que te gustaría. Se ha casado con mi primo el duque de Poictiers, que es un buen chico, pero un poco simple para ella. La he hablado de ti. Me ha pedido que te lleve a su casa. Es mucho más bonita

que Oriana, y más joven. Es lo que se dice una mujer amable, ¿sabes?, es una mujer bien.

Eran expresiones estas recién —y tanto más ardientemente— adoptadas por Roberto, y que significaban que su prima tenía una naturaleza delicada.

—No te diré que sea dreyfusista; también hay que tener en cuenta el medio en que vive, pero, en fin, dice: «Si fuese inocente, ¡qué horror que estuviera en la Isla del Diablo!». Comprendes, ¿verdad? Y luego, en fin, es una persona que hace mucho por sus antiguas institutrices: ha prohibido que las hagan subir por la escalera de servicio. Te aseguro que es una criatura *muy bien.* En el fondo, Oriana no la quiere porque se da cuenta de que es más inteligente.

Aunque absorbida por la lástima que le inspiraba un lacayo de los Guermantes —que no podía ir a ver a su novia, ni siquiera cuando la duquesa había salido, porque inmediatamente le habrían ido con el cuento de la portería—, Francisca se sintió desolada por no haber estado en casa en el momento de la visita de Saint-Loup; pero es que ahora también ella hacía visitas. Salía infaliblemente los días en que yo tenía necesidad de ella. Era siempre para ir a ver a su hermano, a su sobrina, y sobre todo a su propia hija, que había llegado hacía poco a París. Ya la naturaleza familiar de estas visitas que hacía Francisca, aumentaba mi irritación de verme privado de sus servicios, porque preveía que había de hablar de cada una de ellas como de una de esas cosas de que no es posible dispensarse, según las leyes enseñadas en Saint-André-des-Champs. Así, jamás escuchaba sus excusas sin un malhumor harto injusto, al cual venía a poner colmo la manera que tenía Francisca de decir, no: «he ido a ver a mi hermano, he ido a ver a mi sobrina», sino: «he estado a ver al hermano, he entrado *corriendo* a saludar a la sobrina (o a mi sobrina la carnicera)». En cuanto a su hija, Francisca hubiera querido verla volver a Combray. Pero la nueva parisiense, usando como una elegante de abreviaturas, sólo que vulgares, decía que la semana que tuviera que pasar en Combray le parecería muy larga, sin tener siquiera *l'Intran*[13]. Menos aún quería irse a casa de la hermana de Francisca, cuya tierra era montañosa, porque «las montañas —decía la hija de Francisca, dando a la palabra *interesante* un sentido espantoso y nuevo— no son una

cosa muy interesante». No podía decidirse a volver a Méséglise, donde «la gente es tan bruta», donde en el mercado las comadres, las «paletas», descubrirían que tenían parentesco con ella, y dirían: «¡Toma!, pero ¿no es la hija del finado Bazireau?». Mejor querría morir que volver para quedarse allá, «ahora que le había tomado el gusto a la vida de París», y Francisca, tradicionalista, sonreía, sin embargo, con complacencia ante el espíritu de innovación que encarnaba la nueva *parisiense* cuando decía: «Pues bueno, madre, el día que no te toque salir no tienes más que ponerme un continental».

El tiempo había vuelto a ponerse frío. «¿Salir? ¿Para qué? ¿Para pillar la muerte?», decía Francisca, que prefería quedarse en casa durante la semana que su hija, el hermano y la carnicera se habían ido a pasar a Combray. Por otra parte, como última sectaria en quien sobrevivía oscuramente la doctrina de mi tía Leonia, Francisca, que sabía de física, añadía, hablando de este tiempo fuera de sazón: «¡Es el resto de la cólera de Dios!». Pero yo no respondía a sus lamentaciones más que con una sonrisa llena de indolencia, tanto más indiferente a semejantes predicciones cuanto que de todas maneras había de hacer buen tiempo para mí; ya veía brillar el sol de la mañana sobre la colina de Frésole, me calentaba con sus rayos; su fuerza me obligaba a abrir y entornar los párpados sonriendo, y éstos, como lamparillas de alabastro, se colmaban de una claridad sonrosada. No eran sólo las campanas las que volvían de Italia; Italia había venido con esa luz. Mis manos fieles no carecían de flores para honrar el aniversario del viaje que debía haber hecho yo en otro tiempo, porque desde que en París habían vuelto a enfriarse los días, como otro año, en el momento en que hacíamos nuestros preparativos de viajes a fines de la cuaresma, en el aire líquido y glacial que bañaba los castaños, los plátanos de los bulevares, el árbol del patio de nuestra casa, entreabrían ya sus hojas como en una copa de agua pura los narcisos, los junquillos, las anémonas del Ponte-Vecchio.

Mi padre nos había contado que ahora sabía por A. J. a dónde iba el señor de Norpois cuando él se lo encontraba en la casa.

—Va a casa de la señora de Villeparisis, la conoce mucho, yo no sabía nada. Parece que es una persona deliciosa, una mujer superior. Debías ir a

verla tú —me dijo—. Por otra parte, me he quedado asombradísimo. Me ha hablado del señor de Guermantes como de un hombre de lo más distinguido; yo lo había tomado siempre por un bestia. Parece que sabe una infinidad de cosas, que tiene un gusto perfecto, únicamente que está muy orgulloso de su nombre y de su parentela. Pero por lo demás, según dice Norpois, su situación es enorme, no sólo aquí, sino en toda Europa. Parece que el emperador de Austria, el emperador de Rusia, le tratan lo que se dice como a un amigo. El bueno de Norpois me ha dicho que la señora de Villeparisis te quería mucho, y que en su salón conocerías gente interesante. Me ha hecho un gran elogio de ti; en casa de ella te lo encontrarás, e incluso podría aconsejarte bien si has de escribir. Porque estoy viendo que no vas a hacer otra cosa. Eso podrá parecerles a algunos una buena carrera; yo no es la que hubiera preferido para ti, pero pronto serás un hombre, no vamos a estar siempre a tu lado y no debemos impedirte que sigas tu vocación.

¡Si al menos hubiera podido yo empezar a escribir! Pero cualesquiera que fuesen las condiciones en que abordase este proyecto (lo mismo, ¡ay!, que el de no volver a tomar alcohol, acostarme temprano, dormir, estar bien), fuese con arrebato, con método, con gusto, privándome de un paseo, aplazándolo y reservándolo como recompensa, aprovechando una hora de encontrarme bien, utilizando la inacción forzada de un día de enfermedad, lo que acababa siempre por resultar de mis esfuerzos era una página en blanco, virgen de toda escritura, ineluctable, como esa carta forzosa que en ciertos juegos se acaba por echar fatalmente, de cualquier manera que se hayan barajado antes las cartas. Yo no era más que el instrumento de unos hábitos de no trabajar, de no acostarme, de no dormir, que tenían que realizarse a toda costa; si no me resistía a ellos, si me contentaba con el pretexto que tomaban de la primera circunstancia que les ofreciese aquel día para dejarles obrar a su antojo, salía del paso sin demasiado perjuicio, descansaba unas cuantas horas; de todas maneras, al final de la noche, leía un poco, no hacía demasiados excesos; pero si quería contrariarlos, si pretendía meterme en cama temprano, no beber más que agua, trabajar, se irritaban, acudían a los grandes recursos, me ponían materialmente enfermo, me veía obligado a duplicar la dosis de alcohol, no me metía en la

cama en dos días, ni siquiera podía leer ya, y me prometía para otra vez ser más prudente, es decir, ser menos sensato, como una víctima que se deja robar por miedo a que, si se resiste, la asesinen.

Mi padre, entretanto, se había encontrado una o dos veces con el señor de Guermantes, y ahora que el señor de Norpois le había dicho que el duque era un hombre notable, ponía más atención a sus palabras. Precisamente hablaron en el patio de la señora de Villeparisis. «Me ha dicho que era su tía; él pronuncia Villeparis. Me ha dicho de ella que era extraordinariamente inteligente. Ha añadido, incluso, que tenía abierta tienda de ingenio», añadió mi padre, impresionado por la vaguedad de esta expresión que había leído una o dos veces en algunas memorias, pero a la que no vinculaba un sentido preciso. Pero mi madre sentía tanto respeto hacia él que, al ver que no le era indiferente que la señora de Villeparisis tuviese abierta tienda de ingenio, juzgó que el hecho era de alguna trascendencia. A pesar de saber de toda la vida por mi abuela lo que valía exactamente la marquesa, se formó inmediatamente una idea de ella más ventajosa. Mi abuela, que estaba un poco indispuesta, no se mostró muy favorable en el primer momento a la visita; después se desinteresó de ella. Desde que vivíamos en nuestro nuevo piso, la señora de Villeparisis la había instado varias veces a que fuese a verla. Y mi abuela había respondido siempre que no salía en aquellos momentos, con una de aquellas cartas que, por una costumbre nueva y que no comprendíamos, ya no sellaba por su propia mano, dejando a Francisca el cuidado de cerrarlas. En cuanto a mí, sin acabar de representarme la «tienda de ingenio», no me hubiera extrañado gran cosa encontrarme a la anciana dama de Balbec instalada delante de un *buró*[14], como por lo demás llegó a ocurrir.

Mi padre hubiera querido saber de buena gana, por añadidura, si el apoyo del embajador le valdría muchos votos en el Instituto, al cual contaba con presentarse como supernumerario. A decir verdad, bien que no se atreviese a dudar del apoyo del señor de Norpois, no lo tenía por muy seguro, sin embargo. Había creído que serían murmuraciones de malas lenguas cuando le habían dicho en el Ministerio que el señor de Norpois deseaba ser el único que representase allí al Instituto y que opondría todos

los obstáculos posibles a su candidatura, que, por lo demás, le molestaría sobremanera desde el momento en que justamente apoyaba otra. A pesar de todo, mi padre, cuando el señor Leroy-Beaulieu le había aconsejado que se presentase y había calculado sus probabilidades de triunfo, se había sentido impresionado al ver que entre los colegas con quienes podía contar en tal circunstancia no había citado el eminente economista al señor de Norpois. Mi padre no se atrevía a plantearle directamente la cuestión al antiguo embajador, pero esperaba que yo volvería de casa de la señora de Villeparisis con su elección hecha. La visita era inminente. La propaganda del señor de Norpois, capaz, en efecto, de asegurar a mi padre las dos terceras partes de la Academia, le parecía, por otra parte, tanto más probable cuanto que la complacencia del embajador era proverbial, ya que hasta la gente que le tenía menos simpatías reconocía que no había nadie que fuese tan amigo como él de prestar servicios. Y, por lo demás, en el Ministerio, su protección se extendía sobre mi padre de manera mucho más señalada que sobre ningún otro funcionario.

Mi padre tuvo otro encuentro, sólo que éste le causó un asombro, luego una indignación, extremados. Pasó, en la calle por junto a la señora de Sazerat, cuya relativa pobreza la obligaba a reducir su vida de París a raras temporadas que pasaba en casa de alguna amiga. No había nadie que tanto encocorase a mi padre como la señora de Sazerat, hasta el punto de que mamá se veía obligada una vez al año a decirle con voz dulce y suplicante: «Hijito, creo que debería invitar alguna vez a la señora de Sazerat; no se quedará hasta muy tarde», e incluso: «Oye, hijito, voy a pedirte un gran sacrificio: que vayas a hacer una visita a la señora de Sazerat. Bien sabes que no me gusta molestarte, pero serías tan bueno si lo hicieras…». Mi padre se reía, se enfurruñaba un poco e iba a hacer la visita. Así, a pesar de que la señora de Sazerat no le hacía ninguna gracia, mi padre, al encontrarla, se fue hacia ella, descubriéndose; pero, con profunda sorpresa suya, la señora de Sazerat se contentó con un saludo glacial impuesto por la cortesía para con quien es culpable de alguna mala acción o está condenado a vivir en lo sucesivo en diferente hemisferio que uno. Mi padre había vuelto a casa ofendido, estupefacto. Al día siguiente mi madre se encontró

en un salón a la señora de Sazerat. Esta no le tendió la mano y le sonrió con una expresión vaga y triste, como a una persona con quien se ha jugado en la infancia, pero con la que se ha roto luego todo género de relaciones porque se ha entregado a una vida de disipación, se ha casado con un licenciado de presidio o, peor aún, con un hombre divorciado. El caso era que mis padres habían concedido e inspirado siempre a la señora de Sazerat la más profunda estima. Pero (cosa que mi madre ignoraba) la señora de Sazerat, única de su género en Combray, era dreyfusista. Mi padre, amigo del señor Méline, estaba convencido de la culpabilidad de Dreyfus. Había mandado a paseo, malhumorado, a unos colegas que le habían pedido que pusiera su firma en una lista revisionista. No volvió a hablarme en ocho días cuando supo que yo había seguido una línea de conducta diferente. Sus opiniones eran conocidas de sobra. La gente no andaba muy lejos de tacharle de nacionalista. En cuanto a mi abuela, la única de la familia a quien parecía que debiera inflamar una duda generosa, cada vez que le hablaban de la posible inocencia de Dreyfus hacía con la cabeza un movimiento cuyo sentido no comprendíamos entonces, y que era semejante al de una persona a quien se va a distraer de pensamientos más serios. Mi madre, dividida entre su amor a mi padre y la esperanza de que yo fuese inteligente, se mantenía en una indecisión que traducía en el silencio. Por último, mi abuelo, que adoraba el ejército (aun cuando sus obligaciones de guardia nacional hubieran sido la pesadilla de su edad madura), nunca veía desfilar un regimiento por delante de su verja, en Combray, que no se descubriese cuando pasaban el coronel y la bandera. Todo esto era suficiente para que la señora de Sazerat, que conocía a fondo la vida de desinterés y honorabilidad de mi padre y de mi abuelo, los considerase como secuaces de la injusticia. Se perdonan los crímenes individuales, pero no la participación en un crimen colectivo. Desde el punto en que supo que mi padre era antidreyfusista, puso entre ella y él continentes y siglos enteros. Así se explica que, a val distancia en el tiempo y en el espacio, su saludo le hubiera parecido imperceptible a mi padre y que ella no hubiese pensado en un apretón de manos y en unas palabras que no hubieran podido atravesar los mundos que los separaban.

Saint-Loup, que tenía que venir a París, me había prometido llevarme a casa de la señora de Villeparisis, donde yo esperaba, sin habérselo dicho, que encontraríamos a la señora de Guermantes. Roberto me pidió que almorzase en un restaurante con su querida, a la que llevaríamos luego a un ensayo de teatro. Debíamos ir a buscarla, por la mañana, a los alrededores de París, donde vivía.

Yo le había pedido a Saint-Loup que el restaurante donde almorzásemos (en la vida de los jóvenes nobles que se gastan el dinero, el restaurante desempeña un papel de tanta importancia como el de los cofres de telas en los cuentos árabes) fuese de preferencia aquel en que Amado me había anunciado que iba a entrar de *maître d'hôtel* mientras no empezaba la temporada de Balbec. Era un gran encanto para mí, que soñaba con tantos viajes y que tan pocos hacía, volver a ver a alguien que formaba parte, más aún que de mis recuerdos de Balbec, del mismo Balbec, que iba allí todos los años, que, cuando el cansancio o mis estudios me obligaban a quedarme en París, no por eso dejaba de contemplar durante los largos finales de las siestas de julio, esperando a que viniesen a cenar los clientes, el sol que descendía y se ponía en el mar a través de las cristaleras del amplio comedor, tras de las cuales, a la hora en que el sol se extinguía, las alas inmóviles de los barcos remotos y azuleantes parecían mariposas exóticas y nocturnas en una vitrina. Magnetizado también él por su contacto con el poderoso imán de Balbec, aquel *maître d'hôtel* se convertía a su vez en imán para mí. Esperaba yo, al hablar con él, estar ya en comunicación con Balbec, haber realizado, sin moverme del mismo sitio, un poco del encanto del viaje.

Salí desde por la mañana de casa, donde dejé a Francisca gimiendo porque el novio lacayo no había podido, una vez más, la víspera de noche ir a ver a su prometida. Francisca se lo había encontrado deshecho en lágrimas; había estado a punto de ir a darle de bofetadas al portero, pero se había contenido porque tenía apego a su colocación.

Antes de llegar a casa de Saint-Loup, que debía esperarme delante de su puerta, me encontré a Legrandin, a quien habíamos perdido de vista desde

Combray y que, completamente cano ahora, había conservado su aspecto juvenil y candoroso. Se detuvo.

—¡Hola —me dijo—, elegante! ¡Y encima, de levita! Ahí tiene usted una librea a que no se avendría mi independencia. Verdad es que usted debe de ser un hombre de mundo, que tiene que hacer visitas. Para ir a divagar como yo lo hago ante alguna tumba medio en ruinas, mi chalina y mi chaqueta no están fuera de lugar. Ya sabe usted que aprecio la hermosa calidad de su alma; con esto quiero decirle cuánto siento que vaya a renegar de ella entre los gentiles. Al ser capaz de permanecer un instante en la atmósfera nauseabunda, para mí irrespirable, de los salones, lanza usted contra su propio porvenir la sentencia, la condenación del Profeta. Desde aquí veo que se trata usted con los *corazones ligeros*, que frecuenta la sociedad de los castillos; ése es el vicio de la burguesía contemporánea. ¡Ah, los aristócratas! ¡Cuánta culpa ha tenido el Terror en no cortarles el pescuezo a todos ellos! No son más que unos siniestros juerguistas, cuando no simplemente unos tétricos idiotas. ¡En fin, pobre hijo mío, si eso le divierte! Mientras usted va a un *five o'clock* cualquiera, su viejo amigo será más dichoso que usted, porque, solo en un arrabal, contemplará cómo sube por el cielo violeta la luna rosa. La verdad es que apenas pertenezco ya a esta Tierra en que me siento tan expatriado; hace falta toda la fuerza de la ley de la gravitación para mantenerme en ella y que no me evada a otra esfera. Yo soy de otro planeta. Adiós, no tome usted a mala parte la rancia franqueza del aldeano del Vivona que ha seguido siendo al mismo tiempo el aldeano del Danubio. Para demostrarle que hago caso de usted, voy a mandarle mi última novela. Pero no le ha de gustar; no es bastante delicuescente, bastante fin de siglo para usted; es una cosa demasiado franca, demasiado honrada; usted necesita cosas de Bergotte, usted mismo lo ha confesado, golosinas manidas para paladares estragados de refinados catadores. En el grupo de usted deben de considerarme como una antigualla; cometo el error de poner el corazón en lo que escribo, eso ya no se lleva, y, además, la vida del pueblo no es bastante distinguida para interesar a sus *esnobinetas*[15]. Bueno, procure usted recordar las palabras de Cristo: «Haced esto y viviréis». Adiós, amigo mío.

No me separé de Legrandin poseído de demasiado mal humor contra él. Ciertos recuerdos son como amigos comunes, saben hacer reconciliaciones; tendido en medio de los campos sembrados de botones de oro en que se amontonaban las ruinas feudales, el puentecillo de madera nos unía a Legrandin y a mí como a las dos márgenes del Vivona.

Después de haber dejado París, donde, a pesar de la primavera que apuntaba ya, los árboles del bulevar estaban apenas provistos de sus primeras hojas, cuando el tren de circunvalación nos dejó a Saint-Loup y a mí en el pueblecito de los arrabales en que vivía su querida, fue cosa de pasmo ver cada jardinillo empavesado por los inmensos altares blancos de los árboles frutales en flor. Era como una de esas singulares fiestas poéticas, efímeras y locales que viene uno de muy lejos a contemplar en épocas fijas, con la diferencia de que ésta era la naturaleza quien la daba. Las flores de los cerezos están tan pegadas a las ramas como una envoltura blanca que de lejos, por entre los árboles que casi no estaban aún florecidos ni cubiertos de hoja, hubiera podido creerse, en aquel día de sol tan frío aún, que era la nieve, derretida en otros sitios, que había quedado sin deshacerse al pie de los arbolillos. Pero los altos perales envolvían cada casa, cada patio modesto en una blancura más vasta, más deslumbradora, como si todas las viviendas, todos los cercados del pueblo estuviesen a punto de hacer en la misma fecha su primera comunión.

Estos pueblecitos de los alrededores de París conservan todavía a sus puertas parques de los siglos XVII y XVIII, que fueron las *locuras* de los intendentes y de las favoritas. Un horticultor había utilizado uno de ellos, situado al pie mismo de la carretera, para el cultivo de árboles frutales (o acaso habría conservado simplemente el trazado de un inmenso jardín de aquel tiempo). Plantados a tresbolillo, estos perales, más espaciados, menos precoces que los que yo había visto, formaban grandes cuadriláteros —separados por muros bajos— de flores blancas, en cada uno de cuyos lados iba a pintarse diferentemente la luz, tanto que todas aquellas alcobas sin techo y al aire libre tenían la traza de ser las del Palacio del Sol, tal como hubieran podido descubrirse en alguna Creta, y hacían pensar también en los compartimientos de un depósito o en ciertas parcelas de mar que el

hombre subdivide para algún género de pesca o de ostricultura, cuando se veía la luz ir desde las ramas, según la exposición, a jugar en las espalderas como sobre las aguas primaverales y hacer romperse acá y allá, centelleando por entre el enrejado de celosía y lleno de azul de la enramada, la albeante espuma de una flor soleada y vaporosa.

Era un pueblecito antiguo, con su vetusta alcaldía retostada y dorada, ante la cual, a guisa de palos de cucaña y de oriflamas, tres grandes perales estaban, como para una fiesta cívica y local, galanamente empavesados de raso blanco. Nunca me habló Roberto más tiernamente de su amiga que durante este trayecto.

Sólo ella tenía raíces en su corazón; el porvenir que esperaba a Roberto en el ejército, su situación mundana, su familia, nada de eso le era indiferente, por supuesto, pero todo ello no pesaba nada en comparación de las menores cosas que concernían a su querida. Era la única cosa que tuviese para él prestigio, un prestigio infinitamente mayor que el de los Guermantes y el de todos los reyes de la tierra juntos. No sé si se formulaba a sí mismo su convicción de que aquella mujer era de una esencia superior a todo, pero lo que sé es que no tenía consideración ni cuidado más que para lo que a ella se refería. Por ella era capaz de sufrir, de ser dichoso, acaso de matarse. Para él no había nada que fuese realmente interesante, apasionante, fuera de lo que quisiera, de lo que haría su amante, de lo que pasaba, discernible a lo sumo por expresiones fugitivas, en el angosto espacio de su rostro y bajo su frente privilegiada. Tan delicado para todo lo demás, hacía cara a la perspectiva de un matrimonio brillante sólo por poder seguir sosteniéndola, por conservarla. Si uno se hubiera preguntado en qué precio la estimaba, creo que jamás hubiera podido imaginarse un precio bastante subido. Si no se casaba con ella era porque un instinto práctico le hacía sentir que en el momento en que ella ya no tuviese nada que esperar de él le dejaría o, por lo menos, viviría a su antojo, y que tenía que tenerla sujeta con la espera del mañana. Porque Roberto suponía que tal vez no le quisiera ella. Claro está que la pasión genérica llamada amor debía obligarle —como hace con todos los hombres— a creer a ratos que su querida le amaba. Pero prácticamente sentía que ese amor que ella le tenía no era óbice para

que si seguía con él fuese por su dinero, y que el día en que ya no tuviese que esperar nada más de él se apresuraría (víctima de las teorías de sus amigos literatos, y aun queriéndole, pensaba él) a dejarlo.

—Hoy voy a hacerle, como sea buena —me dijo— un regalo que le ha de gustar. Es un collar que he visto en casa de Boucheron. Un poco caro resultan para mí en estos momentos treinta mil francos. Pero mi pobre lobita no tiene tantos goces en su vida. Se va a poner la mar de contenta. Me había hablado de ello y me había dicho que conocía a alguien que acaso se lo diera. No creo que sea cierto, pero por si acaso me he entendido con Boucheron, que es el proveedor de mi familia, para que me lo reserve. Soy feliz sólo de pensar que vas a verla; de cara no es ninguna cosa extraordinaria, ¿sabes? (vi perfectamente que pensaba todo lo contrario y que lo decía tan sólo porque mi admiración fuese mayor), lo que tiene, sobre todo, es una inteligencia maravillosa; acaso no se atreva a hablar mucho delante de ti, pero me regodeo de antemano con lo que me va a decir de ti luego, porque, ¡si vieras!, dice unas cosas que pueden profundizarse hasta el infinito, realmente tiene algo de pítica.

Para llegar a la casa en que vivía pasábamos por delante de unos jardinillos, y yo no podía menos de detenerme, porque estaban cuajados de cerezos y de perales en flor; seguramente vacíos y deshabitados aún ayer como una propiedad por alquilar, estaban súbitamente poblados y embellecidos por aquellas recién venidas de la víspera, cuyos hermosos ropajes blancos se divisaban a través de las rejas en el ángulo de las avenidas.

—Oye, como veo que quieres contemplar todo esto, poético ser —me dijo Roberto—, espérame aquí; mi amiga vive muy cerca, voy a ir a buscarla.

Mientras le esperaba di unos cuantos pasos, yendo y viniendo por delante de algunos jardines modestos. Si levantaba la cabeza veía a veces muchachas en las ventanas, pero en pleno aire libre y a la altura de un primer piso, acá y allá, esbeltos y ligeros, con sus frescas galas malva, colgados del follaje, tiernos manojos de lilas se dejaban columpiar por la brisa sin cuidarse del transeúnte que alzaba los ojos hasta su entresuelo de

verdura. Reconocía yo en ellas los ovillos violeta dispuestos a la entrada del parque de Swann, pasaba la pequeña cancela blanca, en las cálidas siestas de primavera, para una encantadora tapicería provinciana. Eché a andar por un sendero que iba a dar a una pradera. Soplaba en ésta un aire frío, vivo, lo mismo que en Combray; pero en medio de la tierra grasa, húmeda y aldeana que hubiera podido estar a orillas del Vivona, no había dejado de surgir, puntual a la cita como toda la bandada de sus compañeros, un gran peral blanco que agitaba sonriendo y oponía al sol, como una cortina de luz materializada y palpable, sus flores convulsas por la brisa, pero bruñidas y barnizadas de plata por los rayos solares.

De repente apareció Saint-Loup, acompañado de su querida, y entonces, en aquella mujer que era para él todo el amor, todas las dulzuras posibles de la vida, cuya personalidad misteriosamente encerrada en un cuerpo como en un Tabernáculo era, además, el objeto sobre que laboraba incesantemente la imaginación de mi amigo, que sentía que no conocería nunca y ante el cual se preguntaba perpetuamente lo que era ella en sí misma, tras el velo de las miradas y de la carne, reconocí al instante en aquella mujer a *Rachel quand du Seigneur,* la misma que hacía unos años —¡las mujeres cambian tan aprisa de situación en este mundo, cuando cambian!— decía a la alcahueta:

—Entonces, mañana a la tarde, si precisa de mí para alguno, me manda usted a buscar.

Y cuando habían «ido a buscarla» efectivamente y se encontraba a solas en la alcoba con alguno, sabía tan bien lo que querían de ella, que, después de haber echado la llave, por precaución de mujer prudente o por ademán ritual, empezaba a quitarse todas sus prendas, como hace uno delante del doctor que va a auscultarle, y no se detenía como no fuese que el *alguno,* por no gustar de la desnudez, le dijera que podía quedarse en camisa, como ciertos prácticos que, dotados de un oído muy fino y por temor a hacer resfriarse a su enfermo, se contentan con escuchar la respiración y el latir del corazón a través de un lienzo. Ante aquella mujer cuya vida entera, cuyos pensamientos todos, como todo su pasado, los hombres por quien había podido ser poseída, eran para mí cosa tan indiferente que, si me lo hubiese contado, la hubiera escuchado meramente por cortesía y sin oírla

apenas, sentí que la inquietud, el tormento, el amor de Saint-Loup se habían afanado hasta hacer, de lo que para mí era un juguete mecánico, un objeto de sufrimientos infinitos, el valor mismo de la existencia. Al ver estos dos elementos disociados (porque yo había conocido a *Rachel quand du Seigneur* en una casa de compromiso) comparaba yo para mis adentros cuántas otras mujeres por las que viven, sufren y se matan los hombres, pueden ser en sí mismas o para otros lo que Raquel era para mí. La idea de que pudiera sentir nadie una curiosidad dolorosa respecto de su vida me dejaba estupefacto. Yo hubiera podido enterar a Roberto de no pocas dormidas de ella, que a mí me parecían la cosa más indiferente del mundo. A él, en cambio, ¡cómo le habrían apenado! ¡Y qué no habría dado por conocerlas, sin conseguirlo!

Me hacía yo cargo de todo lo que una imaginación humana puede poner tras un pedacito de cara como era la de aquella mujer, con tal que sea la imaginación la que primero la ha conocido, e inversamente en qué míseros elementos materiales y desprovistos de todo valor, inestimables, podía descomponerse lo que era el fin de tantos ensueños si, por el contrario, hubiera sido conocido eso mismo de una manera opuesta, con el conocimiento más trivial. Comprendía que lo que me había parecido que no valía veinte francos cuando me lo habían ofrecido por veinte francos en la casa de compromiso, donde no era para mí más que una mujer deseosa de ganarse esos veinte francos, puede valer más de un millón, más que la familia, más que todas las situaciones codiciadas, si se ha empezado por imaginar en ello un ser desconocido, curioso de conocer, difícil de apresar, de conservar. Sin duda era la misma cara fina y menuda la que veíamos Roberto y yo. Pero habíamos llegado a ella por los dos caminos opuestos que no se comunicarán nunca, y jamás veríamos la misma luz de esa cara. Aquel rostro, con sus miradas, con sus sonrisas, con los mohines de su boca, lo había conocido yo por fuera, como el rostro de una forma cualquiera que por veinte francos haría cuanto yo quisiese. Así, las miradas, las sonrisas, los mohines me habían parecido únicamente expresivos de actos genéricos, sin nada individual, y no hubiera tenido la curiosidad de buscar bajo ellos una persona. Pero lo que había sido en cierto modo

ofrecido en el punto de partida, aquel rostro consentidor, había sido para Roberto un punto de llegada hacia el cual se había dirigido a través de cuántas esperanzas, dudas, sospechas, ensueños. Daba más de un millón por tener, porque no fuese ofrecido a otros, lo que a mí se me había ofrecido, como a cualquier otro, por veinte francos. Por qué, motivo no había tenido él eso mismo a ese precio, es cosa que puede deberse a la casualidad de un instante, de un instante durante el cual aquella que parecía dispuesta a darse se niega, quizá porque tenga una cita o alguna otra razón que la haga más difícil ese día. Si tropieza con un sentimental, aun cuando ella no se percate del caso, y sobre todo si se percata de ello, comienza un juego terrible. Incapaz de sobreponerse a su decepción, de pasarse sin esa mujer, él la acosa, ella le huye, hasta el extremo de que una sonrisa, que él ya no se atrevía a esperar, es pagada mil veces más de lo que hubieran debido serlo los últimos favores. Ocurre inclusive a veces, en ese caso, cuando se ha cometido, por una mezcla de candorosidad en el juicio y de cobardía ante el sufrimiento, la locura de convertir a una pelandusca en un ídolo inaccesible, que esos mismos favores últimos, o el primer beso que sea, jamás los conseguirá uno ni se atreve ya siquiera a solicitarlos, por no desmentir seguridades de amor platónico. Y es un gran sufrimiento entonces dejar la vida sin haber sabido nunca lo que podía ser el beso de la mujer que más se ha querido. Saint-Loup, sin embargo, había conseguido, por suerte, poseer todos los favores de Raquel. Desde luego que si ahora hubiese sabido que esos favores habían sido ofrecidos a todo el mundo por un luis, habría sufrido terriblemente, sin duda, mas no por ello hubiera dejado de dar un millón por conservarlos, puesto que todo lo que hubiese llegado a saber no habría podido hacerle apartarse —ya que eso está por encima de las fuerzas del hombre y no puede ocurrir como no sea a despecho suyo, merced a la acción de alguna gran ley natural— del camino en que se encontraba y desde el que ese rostro no podía aparecérsele sino a través de los sueños que había forjado él mismo, desde el que aquellas miradas, aquellas sonrisas, aquel mohín de la boca eran para él la única revelación de una persona cuya verdadera naturaleza hubiera querido conocer y poseer él solo sus deseos. La inmovilidad de aquel fino rostro, como la de una hoja de papel sometida

a las colosales presiones de dos atmósferas, me parecía equilibrada por dos infinitos que venían a dar en ella sin encontrarse, porque ella los separaba. Y, en efecto, al mirarla los dos, ni Roberto ni yo la veíamos por el mismo lado del misterio.

No era *Rachel quand du Seigneur* lo que me parecía poca cosa: era el poder de la imaginación humana, la ilusión en que descansaban los dolores del amor, que me parecían grandes. Roberto vio que yo parecía impresionado. Desvié los ojos hacia los perales y cerezos del jardín de enfrente, porque creyese que era la belleza de aquéllos lo que me impresionaba. Y sí que me conmovía un poco; de la misma manera ponía también cerca de mí cosas de esas que no ve uno como no sea con sus propios ojos, pero que cuando las ve le llegan al fondo del corazón. Al tomar por dioses extraños los arbolillos que había visto en el jardín, no me había engañado como la Magdalena cuando, en otro jardín, un día cuyo aniversario iba a llegar bien pronto, vio una forma humana y «creyó que era el jardinero». Custodios de los recuerdos de la edad de oro, fiadores de la promesa de que la realidad no es lo que se cree, de que el esplendor de la poesía, el maravilloso fulgor de la inocencia pueden resplandecer en aquélla y podrán ser la recompensa que nos afanemos por merecer, las grandes criaturas blancas maravillosamente inclinadas sobre la sombra propicia a la siesta, a la pesca, a la lectura, ¿no eran más bien ángeles? Cambié algunas palabras con la querida de Saint-Loup. Cortamos por el pueblo. Las casas de éste eran sórdidas. Pero junto a las más miserables, a aquellas que tenían facha de haber sido abrasadas por una lluvia de salitre, un misterioso viajero, detenido por un día en la ciudad maldita, un ángel resplandeciente, se erguía en pie, extendiendo ampliamente sobre aquélla la protección deslumbradora de sus alas de inocencia en flor: era un peral. Saint-Loup se adelantó unos pasos conmigo:

—Me hubiera gustado que pudiéramos esperar tú y yo juntos; me habría satisfecho más, incluso, almorzar solo contigo, y que hubiéramos estado los dos solos hasta el momento de ir a casa de mi tía. Pero a mi pobre chiquilla le gusta tanto eso y es tan buena para conmigo, ¿comprendes?, que no he podido negárselo. Por lo demás, te ha de gustar, es una criatura literaria,

vibrante, y luego que está tan bien eso de almorzar con ella en el restaurante, es tan agradable, tan sencilla, se muestra siempre tan satisfecha de todo…

Creo, sin embargo, que precisamente aquella mañana, y probablemente por única vez, Roberto se evadió un instante fuera de la mujer que, ternura tras ternura, había compuesto lentamente él mismo, y descubrió de pronto a alguna distancia de sí otra Raquel, un doble de ella, pero absolutamente diferente y que figuraba una simple pirujilla. Saliendo del hermoso jardín íbamos a tomar el tren para volver a París, cuando, en la estación, Raquel, que iba a unos cuantos pasos de nosotros, fue reconocida y llamada por unas vulgares *niñas* como ella que en el primer momento, creyéndola sola, le gritaron: «¡Eh, Raquel, vente con nosotros! ¡Luciana y Germana están en el vagón, y precisamente queda sitio aún! Anda, iremos juntas al *skating*[16]», y se disponían a presentarle a dos horteras, sus amantes, que las acompañaban, cuando, ante la expresión ligeramente cohibida de Raquel, alzaron curiosamente los ojos un poco más lejos, nos vieron, y, disculpándose, le dijeron adiós, recibiendo de ella un adiós también un tanto cortado, pero amistoso. Eran dos pobres pirujas, con cuellos de falsa nutria, con la misma facha, sobre poco más o menos, que tenía Raquel la primera vez que la había encontrado Saint-Loup. Este no las conocía ni sabía su nombre, y al ver que parecían estar muy unidas a su amiga le asaltó la idea de que acaso ésta había tenido su lugar, lo tenía tal vez aún, en una vida insospechada de él, muy diferente de la que vivía con ella, una vida en que tenía uno mujeres por un luis, mientras que él le daba más de cien mil francos al año a Raquel. No hizo más que entrever esa vida, pero también, en medio de ella, una Raquel por completo distinta de la que conocía él, una Raquel parecida a aquellas dos pirujillas, una Raquel de a veinte francos. Raquel, en suma, se había desdoblado por un instante para él, que había visto a cierta distancia de su Raquel la Raquel pirujilla, la Raquel real, suponiendo que la Raquel piruja fuese más real que la otra. Acaso tuvo entonces Roberto la idea de que quizá hubiera podido librarse fácilmente del infierno en que vivía con la perspectiva y la necesidad de una boda rica, de una venta de su nombre para poder seguir dándole cien mil francos al

año a Raquel, y gozar de los favores de su querida, como aquellos horteras de los favores de sus *chicas,* por poca cosa. Pero ¿qué hacer? Raquel no había desmerecido en nada. Menos agasajada, sería menos amable; ya no le diría, ya no le escribiría aquellas cosas que tanto le conmovían y que citaba con un poco de ostentación a sus camaradas, teniendo buen cuidado de hacer notar qué amable era todo aquello por parte de ella, pero omitiendo que la sostenía fastuosamente, e incluso que le daba nada, que las dedicatorias puestas en una fotografía o que tal fórmula para acabar una esquela eran la transmutación, en su forma más reducida y preciosa, de cien mil francos. Si se guardaba de decir que esas raras atenciones de Raquel las pagaba él, sería falso —y, sin embargo, como razonamiento simplista, se echa absurdamente mano de ello para todos los amantes que aflojan la mosca, para tantos maridos— decir que lo hiciese por amor propio, por vanidad. Saint-Loup era bastante inteligente para darse cuenta de que todos los goces de la vanidad los hubiera encontrado él fácil y gratuitamente en su mundo, gracias a su ilustre nombre, a su linda cara, y que sus relaciones con Raquel eran, por el contrario, lo que le había puesto un poco aparte de ese mundo, haciendo que fuese menos cotizado en él. No, ese amor propio de querer hacer ver que se consiguen gratuitamente las muestras aparentes de predilección de aquella a quien se quiere es simplemente una derivación del amor, la necesidad de representarse ante uno mismo y a los ojos de los demás como amado por aquello a quien tanto se ama. Raquel se acercó a nosotros, dejando a las dos pelanduscas subir a su departamento, pero, no menos que la falsa nutria de aquéllas y que la vitola envarada de los horteras, los nombres de Luciana y Germana sostuvieron por un instante a la nueva Raquel. Por un momento imaginó Roberto una vida de la plaza Pigalle, con amigos desconocidos, sórdidas rachas de buena suerte, siestas de ingenuas diversiones, paseo o jira por ese París en que lo soleado de las calles desde el bulevar de Clichy no le pareció lo mismo que la claridad solar en que se paseaba con su querida, sino que debía ser diferente, porque el amor y el sufrimiento que forma una sola cosa con él tienen, como la embriaguez, el poder de diferenciar para nosotros las cosas. Fue casi como un París desconocido en medio del mismo París el que sospechó; sus

relaciones se le aparecieron como la exploración de una vida ajena, porque si con él era Raquel un poco semejante a él mismo, sin embargo, era efectivamente una parte de su vida real la que con él vivía, la parte más preciosa, inclusive, merced a las locas cantidades que le daba él, la parte que la hacía ser tan envidiada por las amigas y que le permitiría algún día retirarse al campo o lanzarse a los grandes teatros, después de haber hecho su pellita. Roberto hubiera querido preguntar a su amiga quiénes eran Luciana y Germana, las cosas que le habrían dicho de haber subido ella a su departamento; por qué hubieran ido juntas ella y sus compañeras a pasar un día que acaso habría acabado, como suprema diversión, tras los placeres del *skating*, en el bar del Olympia de no haber estado presentes Roberto y yo. Por un instante, los contactos con el Olympia, que hasta entonces le habían parecido insoportables, excitaron su curiosidad; su sufrimiento y el sol de este día primaveral que daba en la calle Caumartin, adonde, acaso, si no hubiera conocido a Roberto, habría ido Raquel un poco más tarde y donde hubiera ganado un luis, le comunicaron una vaga nostalgia. Mas ¿para qué hacer preguntas a Raquel si de antemano sabía que la respuesta sería un simple silencio, o un embuste, o algo dolorosísimo para él, sin que, a pesar de eso, le dijese nada? Los empleados cerraban las portezuelas; subimos aprisa a un coche de primera; las perlas admirables de Raquel hicieron saber de nuevo a Roberto que era una mujer de gran mérito; la acarició, la hizo volver a entrar en su corazón, donde la contempló, entrañada, como había hecho siempre hasta aquí —salvo en lo que duró el breve instante en que la había visto en una plaza Pigalle de pintor impresionista—, y el tren arrancó.

Era, por lo demás, cierto que se trataba de una criatura *literaria.* No cesó de hablarme de libros, de arte nuevo, de tolstoísmo, como no fuera para reprochar a Roberto el que bebiese demasiado vino.

—¡Ay!, si pudieras vivir un año conmigo, ya veríamos, te haría beber agua y estarías mucho mejor.

—Conformes, ¡hala!

—Bien sabes que tengo que trabajar mucho (porque tomaba en serio el arte dramático). Además, ¿qué diría tu familia?

Y se puso a exponerme, a cuenta de la familia de él, reproches que me parecieron, por lo demás, muy justos, y a los que Saint-Loup, bien que desobedeciese a Raquel en el capítulo del champaña, se adhirió por entero. Yo, que tanto temía al vino por Saint-Loup y que me daba cuenta de la buena intención de su querida, estaba completamente dispuesto a aconsejarle que mandase a paseo a su familia. Las lágrimas acudieron a los ojos de la joven porque cometí la imprudencia de nombrar a Dreyfus.

—¡Pobre mártir! —dijo, conteniendo un sollozo—; lo van a hacer morir allá, tan lejos.

—Tranquilízate, Zézette, volverá, lo absolverán, se reconocerá el error.

—¡Pero antes de eso habrá muerto! En fin, por lo menos sus hijos llevarán un nombre sin mancha. ¡Pero lo que me mata es pensar lo que debe de sufrir! Y ¿querrá usted creer que la madre de Roberto, una mujer piadosa, dice que es preciso que siga en la isla del Diablo, aun cuando sea inocente? ¿No es un horror?

—Sí; es absolutamente cierto, lo ha dicho —afirmó Roberto—. Es mi madre, nada tengo que objetar; pero es bien cierto que no tiene la sensibilidad que Zézette.

En realidad, aquellos almuerzos *tan encantadores* transcurrían muy mal siempre. Porque desde el momento en que Saint-Loup se encontraba con su querida en un sitio público, imaginaba que ella miraba a todos los hombres presentes, tornábase receloso; ella se daba cuenta de su mal humor, que se divertía tal vez en atizar, pero que, más probablemente, por estúpido amor propio, no quería, ofendida por su tono, parecer como que quería desarmar; fingía no quitar ojo a tal o cual hombre, y, por otra parte, no siempre era por puro juego. En efecto, con que el caballero que en el café o en el teatro les tocaba de vecino, simplemente con que el cochero del coche de punto que habían tomado tuviese algo agradable, Roberto, advertido en seguida por sus celos, lo había notado antes que su querida; veía inmediatamente en él uno de esos seres inmundos de que me había hablado en Balbec, que pervierten y deshonran a las mujeres por divertirse; suplicaba a su querida que apartase de él sus miradas, y precisamente con eso se lo señalaba. El caso es que a ella le parecía algunas veces que Roberto había tenido tan

buen gusto en sus suspicacias, que acababa incluso por dejar de hacerle rabiar para que se tranquilizase y consintiera en ir a hacer algún recado, con objeto de que le diese tiempo de trabar conversación con el desconocido, a menudo de concertar una cita, e incluso, tales veces, de satisfacer un capricho. Desde nuestra entrada en el restaurante vi bien claro que Roberto parecía preocupado. Es que Roberto había observado inmediatamente, cosa que se nos había escapado en Balbec, que, en medio de sus camaradas vulgares, Amado, con modesto brillo, irradiaba, harto involuntariamente, el aura novelesca que trasciende durante cierto número de años de una fina cabellera y de una nariz griega merced a lo cual se distinguía en medio de la muchedumbre de los demás sirvientes. Estos, casi todos de bastante edad, ofrecían tipos extraordinariamente feos y acusados de curas hipócritas, de confesores mojigatos, con más frecuencia de viejos actores cómicos, cuya frente de pilón de azúcar apenas se encuentra ya más que en las colecciones de retratos expuestos en el *foyer*[17] humildemente histórico de los teatrillos pasados de moda, en que aparecen representados desempeñando papeles de ayuda de cámara o de sumos pontífices y cuyo tipo solemne parecía conservar este restaurante, gracias a un reclutamiento seleccionado y acaso a una forma de nombramiento hereditario, en un a modo de colegio augural. Desgraciadamente, como Amado nos había reconocido, fue él quien vino a tomar nota de lo que queríamos para almorzar, mientras fluía hacia otras mesas el cortejo de los sumos sacerdotes de opereta. Amado se informó de la salud de mi abuela; yo le pedí noticias de su mujer y de sus hijos. Me las dio conmovido, porque era hombre casero. Tenía una expresión inteligente, enérgica, pero respetuosa. La querida de Roberto se puso a mirarle con extraña atención. Pero los ojos hundidos de Amado, a los que cierta ligera miopía daba como una profundidad disimulada, no traicionaron impresión alguna, en medio de su inmóvil semblante. En el hotel de provincias, donde había servido muchos años antes de ir a Balbec, el dibujo gracioso, un poco avejentado y cansado ahora, de su cara, que durante tantos años, como tal grabado que representaba al príncipe Eugenio, se había visto siempre en el mismo sitio, al fondo del comedor, casi siempre vacío, no había debido de atraer miradas muy curiosas. Así es que Amado había permanecido largo

tiempo, sin duda por falta de entendidos, ignorante del valor artístico de su propio rostro, y, por lo demás, poco dispuesto a hacerlo notar, pues era hombre de temperamento frío. A lo sumo, alguna parisiense de paso que se hubiese detenido una vez en la ciudad había puesto en él los ojos, le había pedido acaso que fuera a servirle la comida a su habitación antes de volver a tomar el tren, y en el vacío translúcido, monótono y profundo de aquella existencia de buen marido y de criado de provincias, había enterrado el secreto de un capricho sin consecuencias, que jamás llegaría a descubrir nadie. Sin embargo, Amado debió de darse cuenta de la insistencia con que los ojos de la joven artista permanecían clavados en él. En todo caso, para quien no pasó desapercibida fue para Roberto, bajo cuya fisonomía veía yo irse acumulando una rubicundez, no viva como la que le arrebolaría de sentir una emoción brusca, sino débil, difusa.

—¿Es muy interesante ese *maître d'hôtel,* Zézette? —preguntó a su querida, después de haber despachado a Amado con bastante brusquedad—. ¡Cualquiera diría que quieres hacer un estudio de él!

—¡Ya empezamos! ¡Estaba segura!

—¿Qué es lo que empieza, hijita? Si me he equivocado, no he dicho nada; perfectamente. Pero de todas maneras tengo derecho a ponerte en guardia contra ese lacayuelo, a quien conozco de Balbec (si así no fuera, valiente cuidado me daría), y que es uno de los randas más grandes que hayan venido al mundo.

Raquel pareció como si quisiera obedecer a Roberto, y entabló conmigo una conversación literaria, en la que terció él. Yo no me aburría hablando con ella, porque conocía muy bien las obras que yo admiraba y estaba sobre poco más o menos de acuerdo conmigo en sus juicios; pero como había oído decir de ella a la señora de Villeparisis que no tenía talento, no concedía gran importancia a esa cultura. Raquel bromeaba agudamente a cuenta de mil cosas, y hubiera sido realmente agradable si no hubiera usado afectadamente, de una manera irritante, la jerga de los cenáculos y de los estudios de pintor. La aplicaba, por otra parte, a todo, y así, por ejemplo, como había tomado la costumbre de decir de un cuadro, si era impresionista, o de una ópera, si era wagneriana: «¡Ah, qué *bien*!», cierto

día que un joven la había besado en la oreja y, halagado al ver que ella simulaba un escalofrío, se hacía el modesto, dijo ella: «Sí, como sensación me parece una sensación *bien*». Pero lo que sobre todo me chocaba era que las expresiones peculiares de Roberto (y que, por lo demás, acaso le habían venido a éste de literatos conocidos por medio de ella), las empleasen ella delante de él, él delante de ella, como si hubiera sido un lenguaje necesario, y sin darse cuenta de lo vano de una originalidad que es de todos.

Mientras comía, las manos de ella eran de una torpeza de movimientos tal que permitía suponer que cuando estuviere representando en escena tenía que mostrarse desmañadísima. Sólo volvía a encontrar la destreza en el amor, gracias a esa enternecedora presciencia de las mujeres que tanto amor tienen al cuerpo del hombre, que adivinan desde el primer momento qué es lo que proporcionará más placer a ese cuerpo, tan diferente, sin embargo, del suyo.

Dejé de tomar parte en la conversación en cuanto se habló de teatro, porque en ese capítulo Raquel era demasiado malévola. Verdad es que hizo, en un tono de conmiseración —en contra de Saint-Loup, lo cual probaba que a menudo la atacaba delante de él—, la defensa de la Berma, diciendo: «¡Oh, no! Es una mujer notable. Evidentemente, lo que ella hace ya no nos causa impresión, no corresponde ya por completo a lo que nosotros buscamos, pero hay que situarla en el momento en que surgió; se le debe mucho. Ha hecho algunas cosas bien, ¡vaya! Y, además, es una mujer tan buena, tiene un corazón tan grande; naturalmente, no le gustan las cosas que a nosotros nos interesan; pero además de una fisonomía bastante impresionante, ha tenido cierta graciosa calidad de inteligencia». (Los dedos no acompañan de igual manera todos los juicios estéticos. Sí se trata de pintura, para demostrar que es un hermoso trozo, bien empastado, nos contentamos con hacer resaltar el pulgar. Pero la «graciosa calidad de espíritu» es más exigente. Necesita dos dedos, o más bien dos uñas, como si se tratase de hacer saltar una mota de polvo). Pero —hecha esta excepción — la querida de Saint-Loup hablaba de los artistas más conocidos en un tono de ironía y de superioridad que me irritaba, porque creía —incurriendo con ello en un error— que era ella la que era inferior a aquéllos. Se dio

cuenta perfectamente de que yo debía de tenerla por una artista mediocre y que, en cambio, sentía una gran estima por aquellos a quienes ella desdeñaba. Pero no se molestó por eso, porque hay en el gran talento no reconocido aún, como era el suyo, por seguro que pueda estar de sí mismo, cierta humildad, y también porque adecuamos los miramientos que exigimos, no a nuestros dones ocultos, sino a nuestra situación adquirida. (Una hora más tarde había de ver yo en el teatro a la querida de Saint-Loup dando muestras de una gran deferencia respecto de aquellos mismos artistas acerca de quienes formulaba un juicio tan severo). Así, por pocas dudas que mi silencio hubiera debido de dejarle, no por ello insistió menos en que cenásemos juntos aquella noche, afirmando que jamás le había agradado tanto como la mía la conversación de nadie. Si no estábamos aún en el teatro a donde debíamos ir después del almuerzo, parecía como si nos encontrásemos en un *foyer* que ilustraban antiguos retratos de la compañía, hasta tal punto tenían los *maîtres d'hôtel* fisonomías de esas que parecen haberse perdido con toda una generación de artistas excepcionales del Palais-Royal; tenían facha de académicos también: parado ante un trinchero, uno de ellos examinaba unas peras con la cara y la curiosidad desinteresada que hubiera podido mostrar el señor de Jussieu; otros, junto a él, lanzaban sobre la sala esas miradas troqueladas de curiosidad y de frialdad que los miembros del Instituto que han llegado ya lanzan sobre el público mientras cambian entre sí algunas palabras que no se les oyen. Eran caras célebres entre los clientes. Estos, sin embargo, se señalaban unos a otros a un camarero nuevo de nariz tortuosa, de jeta pacata, que tenía aires de iglesia y entraba en funciones por vez primera, y todos miraban con interés al novel elegido. Pero bien pronto, acaso para hacer salir a Roberto para encontrarse a solas con Amado, Raquel empezó a lanzar miradas a un joven becario que almorzaba con un amigo en una mesa próxima.

—Zézette, te suplico que ño mires así al joven ese —dijo Saint-Loup, en cuyo rostro los vacilantes rubores de hacía un instante se habían concentrado en un nubarrón sangriento que dilataba y sombreaba los distendidos rasgos de mi amigo—; si es que has de ponernos en evidencia, prefiero almorzar yo solo e ir a esperarte al teatro.

En este momento vinieron a decir a Amado que un caballero le rogaba que saliera a hablar con él a la portezuela de su coche. Saint-Loup, inquieto siempre y temiendo que se tratase de alguna comisión amorosa que transmitir a su querida, miró por el cristal y vio en el fondo de su cupé, enfundadas las manos en unos guantes blancos rayados de negro, con una flor en el ojal de la solapa, al señor de Charlus.

—Ya lo ves —me dijo en voz baja—, mi familia me hace acosar hasta aquí. Hazme el favor, yo no puedo, pero tú que conoces bien al *maître d'hôtel*, que seguramente va a vendernos, pídele que no salga al coche. Por lo menos, que sea un camarero que no me conozca. Si le dicen a mi tío que no me conocen, sé como es, no entrará al café a mirar, detesta estos sitios. De todas maneras, ¿no es irritante que un mujeriego corrido como él, que todavía no se ha retirado ni mucho menos, me esté dando lecciones continuamente y venga a espiarme?

Amado, después que hubo recibido mis instrucciones, mandó a uno de sus ayudantes con encargo de decir que el *maître d'hôtel* no podía salir y, si le preguntaban por el marqués de Saint-Loup, que dijese que no lo conocían. El coche se fue en seguida. Pero la querida de Saint-Loup, que no había entendido nuestras frases, susurradas en voz baja, y se había figurado que se trataba del joven a quien Roberto le reprochaba que mirase, se desató en improperios.

—¡Bueno! ¿Ahora es el joven ése? Haces bien en advertirme; ¡oh, es delicioso almorzar en estas condiciones! No haga usted caso de lo que dice, está un poco picado, y, sobre todo —añadió, volviéndose a mí—, dice todo eso porque cree que es elegante, que da tono de señorón dárselas de celoso.

Y empezó a dar muestras de nerviosidad con los pies y con las manos.

—Pero Zézette, ¡si para quien es desagradable es para mí! Nos pones en ridículo a los ojos de ese señor, que va a quedar convencido de que te estás insinuando con él, y que me parece que tiene una pinta de lo peor.

—Pues a mí, en cambio, me gusta mucho; en primer lugar, tiene unos ojos arrebatadores y una manera de mirar a las mujeres…; se ve que deben de gustarle.

—¡Cállate, por lo menos hasta que yo me haya marchado, si es que estás loca! —clamó Roberto—. Mozo, mi cuenta.

Yo no sabía si debía seguirle.

—No, necesito estar solo, me dijo en el mismo tono con que acababa de hablar a su querida y como si estuviese muy irritado contra mí. Su cólera era como una misma frase musical sobre la que, en una ópera, se cantan varias, réplicas, enteramente diferentes entre sí, en el libreto, de sentido y de carácter, pero que aquélla reúne por medio de un mismo sentimiento. Cuando Roberto hubo salido, su querida llamó a Amado y le pidió diferentes informes. Después quería saber qué me parecía a mí de él.

—Tiene una mirada graciosa, ¿no es verdad? Como usted comprende, lo que a mí me divertiría sería saber lo que puede pensar ese hombre, que me sirviera a menudo, llevármelo de viaje. Pero nada más que eso. Si estuviésemos obligados a querer a toda la gente que nos gusta, sería, en el fondo, bastante terrible. No tiene razón Roberto para hacerse figuraciones. Todo esto son cosas que se me pasan por la cabeza. Roberto debería estar muy tranquilo —seguía sin dejar de mirar a Amado—. Mire usted, fíjese qué ojos negros tiene, me gustaría saber qué hay debajo de ellos.

No tardaron en venir a decirle que Roberto la llamaba para que fuese a un gabinete reservado, a donde, entrando por otra puerta, había ido a acabar de almorzar, sin pasar otra vez por la sala del restaurante. Resultó con ello que me quedé solo; después me mandó llamar a mí Roberto. Encontré a su querida tendida en un sofá, riendo bajo los besos y las caricias que le prodigaba él. Bebían champaña. «Buenos días, usted», le dijo ella, porque había aprendido recientemente esta fórmula, que le parecía la última palabra del mimo y del ingenio. Yo había almorzado mal, me sentía a disgusto, y sin que las frases de Legrandin entrasen para nada en ello, lamentaba pensar que empezaba en un reservado de restaurante e iba a acabar entre unos bastidores de teatro aquella primera tarde de primavera. Después de haber mirado la hora, por ver si no se retrasaría, Raquel me ofreció champaña, me tendió uno de sus cigarrillos de Oriente, y se quitó para mí una rosa del pecho. Entonces me dije: estas horas que paso al lado de esta muchacha no son para mí horas perdidas, ya que merced a ella tengo —don gracioso y

que a ningún precio es demasiado caro— una rosa, un cigarrillo, una copa de champaña. Me lo decía a mí mismo porque me parecía que era tanto como dotar de un carácter estético, y por ende justificar, salvar estas horas de aburrimiento. Acaso hubiera debido pensar que la necesidad misma que sentía yo de una razón que me consolase de mi aburrimiento bastaba para probar que no sentía nada estético. En cuanto a Roberto y su querida, parecía que no guardasen ningún recuerdo de la riña que habían tenido momentos antes, ni de que yo hubiera asistido a ella. No hicieron ninguna alusión a lo ocurrido, no le buscaron ninguna disculpa, como tampoco al contraste que con la pasada discusión hacían sus maneras de ahora. A fuerza de beber champaña con ellos empecé a sentir un poco de la embriaguez que experimentaba en Rivebelle, probablemente no del todo la misma. No sólo cada género de embriaguez, desde la que da el sol o el viaje hasta la que producen la fatiga o el vino; sino cada grado de embriaguez que debería llevar una *cota* diferente como las que indican los fondos en el mar, pone al desnudo en nosotros, exactamente a la profundidad en que se encuentra, un hombre especial. El reservado en que se hallaba Saint-Loup era pequeño, pero el único espejo de luna que lo decoraba era de tal suerte que parecía reflejar otros treinta a lo largo de una perspectiva infinita; y la bombilla eléctrica puesta en lo alto del marco, debía, de atardecida, cuando la encendían, seguida de la procesión de una treintena de reflejos semejantes a sí misma, dar al bebedor, aun solitario, la idea de que el espacio en derredor suyo se multiplicaba al mismo tiempo que sus sensaciones exaltadas por la embriaguez, y que, encerrado a solas en aquel exiguo recinto, reinaba empero sobre algo mucho más extenso, en su curva indefinida y luminosa, que una avenida del «Jardín de París». Ahora bien, como en aquel momento era yo ese bebedor, de repente, al buscarlo en el espejo lo descubrí, repulsivo, desconocido, que me miraba. La alegría de la embriaguez era más fuerte que la repulsión; por broma o por baladronada le sonreí y al mismo tiempo me sonreía él. Y yo me sentía hasta tal punto bajo el imperio efímero y poderoso del minuto en que las sensaciones son tan fuertes, que no sé si mi única tristeza no fue pensar que para el yo espantoso

que acababa de percibir acaso fuese este su último día, y que jamás volvería a encontrar a aquel extraño en el curso de mi vida.

Roberto estaba enfadado únicamente porque yo no quisiera brillar más a los ojos de su querida.

—Vamos a ver, el señor ése que te encontraste esta mañana y que mezcla el esnobismo con la astronomía, cuéntaselo, yo no lo recuerdo bien, y la miraba con el rabillo del ojo.

—¡Pero, hijo mío, si no tiene nada más que contar que lo que acabas de decir tú!

—Eres insoportable. Entonces cuenta las cosas de Francisca en los Campos Elíseos, eso le ha de gustar mucho.

—¡Oh, sí! ¡Bobbey me ha hablado tanto de Francisca!

Y cogiendo a Saint-Loup por la barbilla, repitió, por falta de invención, atrayendo aquella barbilla hacia la luz: «¡Buenos días, usted!».

Desde que los actores ya no eran exclusivamente, para mí, depositarios, en su dicción y en su manera de accionar, de una verdad artística, me interesaban en sí mismos, me divertía, creyendo tener delante de mí los personajes de una vieja novela cómica, en ver cómo, ante la fisonomía nueva de un caballero joven que acababa de entrar en la sala, la ingenua escuchaba distraídamente la declaración que le hacía el galán en la obra, mientras que éste, en el fuego graneado de su tirada amorosa, no dejaba por ello de dirigir una ojeada inflamada hacia una vieja dama sentada en un palco próximo, y cuyas magníficas perlas le habían deslumbrado; y así, gracias sobre todo a los informes que Saint-Loup me daba acerca de la vida privada de los artistas, veía yo otra representación muda y expresiva por debajo de la representación hablada que, por otra parte, aunque mediocre, me interesaba, porque sentía germinar en ella y florecer por una hora a la luz de la batería, hechas del aglutinamiento en el rostro de un actor de otra fisonomía de colorete y de cartón, las palabras de un papel sobre su alma personal.

Esas individualidades efímeras y vivaces que son los personajes, de una obra seductora también, a que cobramos amor, que admiramos, que compadecemos, que quisiéramos volver a encontrar, una vez que hemos

abandonado el teatro, pero que ya se han desagregado en un comediante que no tiene ya la condición que tenía en la obra, en un texto que deja de mostrar el rostro del comediante, en unos polvos coloreados que borra el pañuelo, que se han resuelto, en una palabra, en elementos que ya no tienen nada de ellas debido a su disolución, consumada inmediatamente después del final del espectáculo, hacen, como la de un ser querido, dudar de la realidad del yo y meditar sobre el misterio de la muerte.

Un número del programa que me resultó extremadamente molesto: una joven, a la que detestaban Raquel y varias de sus amigas, debía hacer en él, con unas canciones antiguas, una primera aparición en que había fundado todas sus esperanzas sobre su porvenir y las de los suyos. Tenía esta joven una grupa demasiado prominente, ridícula casi, y una voz bonita, pero demasiado delgada, debilitada, además, por la emoción, y que contrastaba con aquella poderosa musculatura. Raquel había apostado en la sala cierto número de amigos y amigas, cuyo papel consistía en desconcertar con sus sarcasmos a la debutante, a quien sabían tímida, hacerle perder la cabeza de manera que tuviese un fracaso completo, después del cual el director no cerraría el contrato. Desde las primeras notas de la desventurada, algunos espectadores, reclutados con ese fin, empezaron a indicarse unos a otros la espalda de aquélla, riéndose; algunas mujeres que entraban en la conjura se rieron alto; cada nota aflautada aumentaba la deliberada hilaridad, que derivaba hacia el escándalo. La desdichada, que sudaba de dolor bajo su colorete, trató por un instante de luchar, después lanzó en derredor suyo, sobre la concurrencia, miradas desoladas, indignadas, que no hicieron más que redoblar los abucheos. El instinto de imitación, el deseo de mostrarse ingeniosas y atrevidas, hicieron entrar en el juego a algunas lindas actrices que no habían sido avisadas, pero que lanzaban a las otras miradas de complicidad maligna; se retorcían de risa, con violentas carcajadas, tanto que al final de la segunda canción, y a pesar de que el programa anunciaba cinco más, el director de escena hizo bajar el telón. Yo me esforcé por no pensar en este incidente más que en la aflicción de mi abuela cuando mi tío-abuelo, por verla rabiar, hacía tomar coñac a mi abuelo, ya que la idea de la perversidad era demasiado dolorosa para mí. Y sin embargo, de igual suerte

que la compasión ante la desgracia no es muy exacta, acaso porque con la imaginación recreamos todo un dolor ante el que el desgraciado obligado a luchar contra él no piensa en enternecerse, así la perversidad no tiene probablemente en el alma del malvado la pura y voluptuosa crueldad que tanto daño nos hace al imaginárnosla. El odio la inspira; la cólera le da un ardor, una actividad que no tienen precisamente nada de gozosos; haría falta el sadismo para extraer de ella placer, y el malvado cree que es un malvado aquel a quien él hace sufrir. Raquel se figuraba, desde luego, que la actriz a la que hacía sufrir estaba lejos de ser interesante, en todo caso, que al hacerla abuchear vengaba al buen gusto burlándose de lo grotesco y dando una lección a una pésima compañera. Con todo, preferí no hablar de este incidente; ya que no había tenido valor ni poder para impedirlo, me hubiera dolido demasiado, si hablaba bien de la víctima, hacer que se asemejasen a las satisfacciones de la crueldad los sentimientos que animaban a los verdugos de la debutante.

Pero el comienzo de la representación me interesó además de otra manera. Me hizo comprender en parte la naturaleza de la ilusión de que era víctima Saint-Loup con respecto a Raquel, y que había abierto un abismo entre las imágenes que teníamos Roberto y yo de su querida cuando la veíamos aquella misma mañana bajo los perales en flor. Raquel desempeñaba un papel poco menos que de comparsa en la obrilla. Pero vista así era otra mujer. Tenía una de esas fisonomías que el alejamiento —y no necesariamente el que media entre la sala y el escenario, ya que en ese respecto el mundo no es sino un teatro más grande— dibuja y que, vistas de cerca, vuelven a caer convertidas en polvo. Cuando se estaba cerca de ella no se veía más que una nebulosa, una vía láctea de pecas, de granitos, nada más. A una distancia prudente todo ello dejaba de ser visible, y de las mejillas borradas, reabsorbidas, se alzaba como una luna en creciente una nariz tan fina, tan pura, que hubiera querido uno ser objeto de la atención de Raquel, volverla a ver siempre que a uno le apeteciera, tenerla junto a sí, si es que nunca la había visto de otra manera y de cerca. No era ese mi caso, pero sí el de Saint-Loup cuando la había visto trabajar por vez primera. Entonces se había preguntado cómo se acercaría a ella, cómo haría para

conocerla; se había abierto en él todo un orbe maravilloso —aquel en que ella vivía—, de que emanaban deliciosas irradiaciones, pero en el que no podría penetrar él. Salió del teatro diciéndose que sería una locura escribirle, que no le contestaría, dispuesto a dar su fortuna y su nombre por la criatura que vivía en él en un mundo tan superior a esas realidades demasiado conocidas, un mundo embellecido por el deseo y por el ensueño, cuando vio que del teatro, un edificio vetusto y chiquito que parecía una decoración más, a la salida de las artistas desembocaba por una puerta el tropel alegre y graciosamente ensombrerado de las artistas que habían estado representando. Algunos jóvenes que las conocían estaban esperándolas. Como el número de peones humanos es menor que el de combinaciones que pueden formar, en una sala en que faltan todas las personas que podría uno conocer se encuentra a una a la que no se creía tener nunca ocasión de volver a ver, y que llega tan a punto que la casualidad parece providencial casi, a pesar de que otra cualquiera hubiese podido sustituirla de habernos hallado no en ese lugar, sino en otro diferente en el que habrían nacido otros deseos y hubiéramos encontrado algún otro antiguo conocido que secundase la obra de la casualidad. Las puertas de oro del mundo de los sueños habían vuelto a cerrarse tras Raquel antes de que Saint-Loup la hubiese visto salir del teatro, con lo que las pecas y los granitos tuvieron escasa importancia. Le desagradaron, sin embargo, en cuanto, al cesar de estar solo, no tuvo ya el mismo poder de ensoñar que en el teatro. Pero ese poder, bien que ya no pudiera darse cuenta de él, seguía rigiendo sus actos como esos astros que nos gobiernan merced a su atracción, incluso durante las horas en que no son visibles a nuestros ojos. Así, el deseo de la comedianta de finos rasgos, que ni siquiera estaban presentes en el recuerdo de Roberto, determinó que éste, abalanzándose al antiguo camarada que por casualidad estaba allí, se hiciese presentar a la persona sin rasgos y con pecas, puesto que era la misma, y diciéndose que ya más tarde trataría de saber cuál de las dos eran en realidad esa misma persona. Ella tenía prisa, ni siquiera dirigió de esa vez la palabra a Saint-Loup, y sólo varios días después había podido él por fin, consiguiendo que dejase a sus compañeras, volver con ella. La quería ya. La necesidad de

ensueño, el deseo de ser dichoso merced a aquello con que se ha soñado hacen que no sea menester mucho tiempo para que uno confíe todas sus probabilidades de felicidad a la que pocos días antes no era más que una aparición fortuita, desconocida, indiferente, en las tablas del escenario.

Cuando, bajado el telón, pasamos al escenario, intimidado al pasearme por el escenario, quise hablar con vivacidad a Saint-Loup; de esa manera, mi actitud, como yo no sabía cuál debía adoptarse en aquellos lugares nuevos para mí, sería enteramente acaparada por nuestra conversación y los demás pensarían que yo estaba tan enfrascado en ella, tan distraído, que encontrarían natural que no tuviese las expresiones de fisonomía que hubiera debido tener en un sitio en que, entregado por completo a lo que estaba diciendo, sabía apenas que me encontraba; y cogiendo al vuelo, para ir más aprisa, el primer tema de conversación:

—¿Sabes —le dije a Roberto— que he estado a decirte adiós el día de mi marcha? Nunca he tenido ocasión de hablar de ello. Te he saludado en la calle.

—No me hables de eso —me respondió—, me ha tenido desolado; nos hemos encontrado junto al cuartel, pero no pude detenerme porque iba ya muy retrasado. Te aseguro que estaba consternado.

¡Así es que me había reconocido! Volvía a ver yo el saludo completamente impersonal que me había dirigido alzando la mano hasta el quepis, sin una mirada reveladora de que me conociese, sin un gesto que manifestase que sentía no poder pararse. Evidentemente, la ficción que en aquel momento había adoptado de no reconocerme había debido de simplificarle mucho las cosas. Pero a mí me dejaba estupefacto eso de que hubiera sabido detenerse tan rápidamente en ella y antes de que un reflejo hubiera revelado su primera impresión. Ya había observado yo en Balbec que, al lado de aquella ingenua sinceridad de su rostro, cuya piel dejaba ver por transparencia el brusco afluir de determinadas emociones, su cuerpo había sido admirablemente adiestrado por la educación en cierto número de disimulos de urbanidad, y, como un perfecto comediante podía, en su vida de regimiento, en su vida mundana, desempeñar uno tras otro diferentes papeles. En uno de sus papeles me quería profundamente, se portaba

conmigo como si fuera hermano mío; había sido mi hermano, había vuelto a serlo; pero por un instante había sido otro personaje que no me conocía y que, alzando las bridas, encajado el monóculo en el ojo, sin una mirada ni una sonrisa, se había llevado la mano a la visera del quepis para devolverme correctamente el saludo militar.

Las decoraciones, armadas aún, por entre las que pasaba yo, vistas así de cerca y despojadas de todo lo que les añaden la lejanía y la iluminación que el gran pintor que las había hecho a brochazos había calculado, eran miserables, y Raquel, cuando me acerqué a ella, no sufrió de un menor poder de destrucción. Las aletas de su nariz encantadora se habían quedado en la perspectiva, entre la sala y el escenario, lo mismo que el relieve de las decoraciones. Ya no era ella; sólo la reconocía gracias a sus ojos, en que su identidad se había refugiado. La forma, el fulgor de aquel astro joven, tan brillante momentos antes, habían desaparecido. En cambio, como si nos acercásemos a la luna y dejase de parecemos de rosa y de oro, en aquel rostro tan terso hacía un instante no distinguía yo más que protuberancias, manchas, hoyos. A pesar de la incoherencia en que se resolvían de cerca, no sólo el rostro femenino, sino las telas pintadas, yo me sentía feliz de estar allí, andando por entre las decoraciones, en medio de todo aquel marco que en otro tiempo mi amor a la naturaleza me hubiera hecho encontrar aburrido y artificioso, pero al que su pintura, hecha por Goethe en el Wilhem Meister, había dado para mí cierta belleza, y ya estaba encantado al descubrir en el medio de periodistas o gentes de la buena sociedad, amigos de las artistas que saludaban, charlaban, fumaban como si estuvieran en la calle, a un joven con gorro de terciopelo negro, con faldas color hortensia, coloreadas de rojo las mejillas como una página de álbum de Watteau, el cual, con la boca sonriente, vueltos al cielo los ojos, esbozando graciosos ademanes con las palmas de las manos, botando ligeramente, parecía tan de otra especie que la gente sesuda de chaqueta y de levita en medio de la cual perseguía como un loco su ensueño extasiado, tan ajeno a las preocupaciones de su vida, tan anterior a las costumbres de su civilización, tan emancipado de las leyes de la naturaleza, que resultaba tan confortante y tan fresco como ver a una mariposa extraviada entre una muchedumbre

seguir con los ojos por entre las bambalinas bajas los arabescos naturales que en ellas trazaban sus jugueteos alados, caprichosos y pintados. Pero en el mismo instante Saint-Loup se imaginó que su querida ponía atención en aquel danzarín que estaba ensayando por última vez una figura del intermedio en que iba a aparecer, y se le anubló el semblante.

—Podías mirar para otro lado —le dijo con expresión recelosa—. Ya sabes que esos danzantes no valen lo que la cuerda a que harían bien en subir para partirse la crisma, y son gente capaz de ir después jactándose de que has puesto en ellos los ojos. Además, ya oyes que te están diciendo que vayas a tu cuarto de vestir. Todavía vas a llegar con retraso.

Tres caballeros —tres periodistas—, al ver la expresión furibunda de Saint-Loup, se acercaron alborozados a oír lo que se decía. Y como del otro lado estaban armando una decoración, nos vimos apretados contra ellos.

—¡Oh, pero si lo conozco, es amigo mío! —exclamó la querida de Saint-Loup mirando al danzarín—. ¡Qué bien lo hace! ¡Mire usted esas manitas que danzan lo mismo que todo el resto de su cuerpo!

El bailarín volvió la cabeza hacia ella, y al aparecer su persona humana bajo el silfo que se adiestraba en ser, la escarcha recta y gris de sus ojos brilló entre sus pestañas tiesas y pintadas, y una sonrisa prolongó a un lado y otro su boca, en su faz pintada de rojo al pastel; después, por divertir a la joven, como una cantante que por complacencia nos canturrea el aire en que le hemos dicho que la admirábamos, empezó a hacer de nuevo el mismo movimiento con las palmas de las manos, remedándose a sí mismo con un primor de pastichista y un buen humor de niño.

—¡Oh! ¡No puede ser más encantadora la ocurrencia de remedarse a sí mismo! —exclamó ella batiendo palmas.

—Hijita, te lo suplico —le dijo Saint-Loup con voz desolada—, no te des en espectáculo de esa manera, me matas; te juro que como digas una palabra más no te acompaño a tu camarín y me voy; vamos, no seas mala.

—No te quedes así en medio del humo del cigarro, te va a hacer daño —me dijo Saint-Loup con la solicitud que tenía para conmigo desde Balbec.

—¡Oh, qué suerte, si te vas!

—Te advierto que no volveré más.

—No me atrevo a esperarlo.

—Mira, ya sabes que te he prometido el collar como fueses buena, pero ya que me tratas de esa manera…

—¡Ah! Ahí tienes una cosa que no me extraña en ti. Me habías hecho una promesa, hubiera debido pensar de sobra que no la cumplirías. Quieres hacer ver que tienes dinero, pero yo no soy interesada como tú. Me trae completamente sin cuidado tu collar. Tengo quien me lo dé.

—Nadie más que yo podrá dártelo, porque lo he dejado apartado en casa de Boucheron y me ha dado palabra de que sólo me lo venderá a mí.

—Está bien, has querido cogerme en el lazo, has tomado de antemano todas tus precauciones. Es realmente lo que se dice Marsantes, *Mater Semita,* huele a la casta —respondió Raquel repitiendo una etimología que descansaba en un grosero contrasentido, ya que *Semita* significaba *sendero* y no *semita,* pero que los nacionalistas aplicaban a Saint-Loup por sus opiniones dreyfusistas, que debía, sin embargo, a la actriz. Esta se hallaba menos indicada que nadie para motejar de judía a la señora de Marsantes, a quien los etnógrafos de la buena sociedad no podían llegar a encontrar nada de judío fuera de su parentesco con los Lévy-Mirepoix—. Pero no han de quedar así las cosas, tenlo por seguro. Una palabra dada en esas condiciones no tiene ningún valor. Has obrado conmigo a traición. Boucheron ha de saberlo y se le dará el doble de lo que vale su collar. No has de tardar en tener noticias mías, estáte tranquilo. Roberto tenía razón cien veces. Pero las circunstancias son siempre tan complejas que el que tiene razón cien veces puede no tenerla una. Y no pude menos de acordarme de la frase desagradable y sin embargo tan inocente que le había oído en Balbec: «De esa manera la tengo metida en un puño».

—Has entendido mal lo que te he dicho respecto al collar. No te lo había prometido de una manera formal. Desde el momento en que haces todo lo necesario para que yo te deje, es muy natural, me parece, que no te lo dé, no comprendo dónde ves la traición en eso, ni que yo sea interesado. No puede decirse que yo haga sonar mi dinero, siempre te digo que soy un pobre diablo que no tiene sobre qué caerse muerto. Haces mal en tomarlo de esa

manera, hijita. ¿Qué tengo yo de interesado? Bien sabes que mi único interés es el tuyo.

—¡Sí, sí!, puedes seguir —le dijo ella, irónicamente, esbozando el gesto del que le está tomando a uno el pelo.

Y volviéndose al bailarín:

—Verdaderamente tiene unas manos pasmosas. Yo, con ser una mujer, no podría hacer lo que está haciendo él.

Y volviéndose hacia él y señalándole los rasgos convulsos de Roberto:

—Mira, sufre —le dijo por lo bajo, con el momentáneo impulso de una crueldad sádica que por lo demás no guardaba ninguna relación con sus verdaderos sentimientos de cariño respecto a Roberto.

—Oye: por última vez te juro que ya puedes hacer lo que quieras; así tengas de aquí a ocho días todos los remordimientos del mundo, no volveré; la copa está llena, ten cuidado, es irrevocable; algún día has de sentirlo, será demasiado tarde.

Quizá fuese sincero, y el tormento de dejar a su querida le parecía menos cruel que el de seguir a su lado en ciertas condiciones.

—Pero, hijo —añadió, dirigiéndose a mí—, ya te he dicho que no sigas ahí, vas a empezar a toser.

Le indiqué la decoración que me impedía cambiar de sitio. Se llevó ligeramente la mano al sombrero y dijo al periodista:

—Caballero, ¿tendría usted la bondad de tirar su cigarro? A mi amigo le hace daño el humo.

Su querida, que no esperaba por él, se iba hacia su camarín, y, volviéndose:

—¿Hacen lo mismo con las mujeres esas manitas? —lanzó al bailarín desde el fondo del teatro, con una voz artificiosamente melodiosa e inocente de ingenua—. Pareces una mujer, creo que podría una entenderse muy bien contigo y con una de mis amigas.

—No está prohibido fumar, que yo sepa; cuando se está enfermo, no hay más que quedarse en casa —dijo el periodista.

El bailarín sonrió misteriosamente a la artista.

—¡Oh, cállate, que me vuelves loca! —le gritó ella—; ¡ya verás qué juegos hacemos!

—En todo caso, caballero, no es usted muy amable —dijo Saint-Loup al periodista, siempre en tono cortés y suave, con el aire de comprobación del que acaba de juzgar retrospectivamente un incidente liquidado.

En ese momento vi a Saint-Loup que levantaba el brazo verticalmente por encima de su cabeza como si hubiera hecho señas a alguien a quien yo no veía, o como un director de orquesta, y, en efecto —sin más transición que como, a un simple ademán hecho con el arco, en una sinfonía o en un *ballet*, unos ritmos violentos suceden a un gracioso andante—, tras las palabras corteses que acababa de decir, dejó caer su mano, en una bofetada resonante, sobre la mejilla del periodista.

Ahora que a las conversaciones acompasadas de los diplomáticos, a las risueñas artes de la paz, había sucedido el ímpetu furioso de la guerra, como los golpes llaman a los golpes, no me hubiera extrañado demasiado ver a los adversarios bañándose en su sangre. Pero lo que yo no podía comprender (como las personas que encuentran que no está dentro de las reglas del juego el que surja una guerra entre dos países cuando aún no ha habido más que una rectificación de fronteras, o la muerte de un enfermo cuando sólo se trataba de un tumor del hígado) era cómo Saint-Loup había podido hacer seguir a aquellas palabras, que apreciaban un matiz de amabilidad, de un ademán que en modo alguno salía de ellas, que ellas no anunciaban, el ademán de aquel brazo alzado no sólo con desprecio del derecho de gentes, sino del principio de causalidad, en una generación espontánea de cólera, ademán creado *ex nihilo*[18]. Afortunadamente, el periodista, que, tambaleándose con la violencia del golpe, había palidecido y vacilado un instante, no respondió. En cuanto a sus amigos, el uno había vuelto en seguida la cabeza, mirando atentamente del lado de las bambalinas hacia alguien que evidentemente no se encontraba allí; el segundo hizo como que se le había metido en el ojo una mota de polvo y empezó a pellizcarse el párpado haciendo muecas de dolor; en cuanto al tercero, había echado a correr, gritando:

—¡Ay, Dios!, me parece que van a levantar el telón; nos vamos a quedar sin nuestros asientos.

Yo hubiera querido hablar con Saint-Loup, pero estaba tan lleno de su indignación contra el bailarín, que esa indignación acudía a adherirse exactamente a la superficie de sus pupilas; como una armazón interior, distendía sus mejillas, de modo que como su agitación interna se traducía en una total inamovilidad exterior, ni siquiera tenía la elasticidad, el *juego* necesario para recibir unas palabras mías y responder a ellas. Los amigos del periodista, al ver que todo había terminado, volvieron al lado suyo, trémulos aún. Pero avergonzados de haberle abandonado, estaban absolutamente empeñados en que creyese que no se habían dado cuenta de nada. Así no acababan, el uno a cuenta de su mota de polvo en un ojo, el otro acerca de la falsa alarma que había tenido al figurarse que alzaban el telón, el tercero sobre la extraordinaria semejanza de una persona que había pasado con su hermano. E incluso le dejaron ver cierto mal humor porque no había compartido sus emociones.

—¡Cómo! ¿No te lo ha parecido a ti? ¿Es que no ves?

—Lo que os digo es que sois todos unos capones —rezongó el periodista abofeteado.

Inconsecuentes con la ficción que habían adoptado y en virtud de la cual hubieran debido —pero no pensaron en ello— hacer como que no comprendían lo que quería decir, profirieron una frase que es tradicional en tales circunstancias: «Ya te estás sulfurando, no te amosques, ¡parece que te has desbocado!».

Aun cuando yo había comprendido por la mañana, ante los perales en flor, la ilusión en que descansaba su amor hacia *Rachel quand du Seigneur,* no por ello me daba menos cuenta de lo que tenían de real, en cambio, los sufrimientos que nacían de ese amor. Poco a poco, el dolor que desde hacía una hora venía sintiendo, sin cesar, se retrajo, volvió a entrar en sí, una zozobra disponible y elástica apareció en sus ojos. Salimos los dos del teatro y anduvimos un poco, primeramente. Yo me había rezagado un instante en la esquina de la avenida Gabriel, desde donde veía llegar a menudo en otro tiempo a Gilberta. Probé durante algunos segundos a

recordar aquellas impresiones lejanas, e iba a reunirme de nuevo con Saint-Loup a paso *gimnástico,* cuando vi que un señor bastante mal trajeado parecía estar hablándole bastante cerca. Concluí de ello que sería algún amigo personal de Roberto; a todo esto, parecían aproximarse todavía más el uno al otro; de pronto, como aparece en el cielo un fenómeno astral, vi unos cuerpos ovoideos que adoptaban con vertiginosa rapidez todas las posiciones que les permitían componer, delante de Saint-Loup, una inestable constelación. Lanzados como con honda, me pareció que eran lo menos siete. Sin embargo, no eran más que los dos puños de Saint-Loup, multiplicados por su rapidez en cambiar de lugar en aquel conjunto en apariencia ideal y decorativo. Pero esa obra de artificio no era sino una tunda que administraba Saint-Loup, y cuyo carácter agresivo en vez de estético me fue revelado primeramente por el aspecto del señor mediocremente trajeado, que pareció perder a un tiempo el aplomo, una mandíbula y mucha sangre. Dio explicaciones mentirosas a las personas que se acercaban a interrogarle, volvió la cabeza, y al ver que Saint-Loup se alejaba definitivamente para reunirse conmigo, se quedó mirándole con expresión de rencor y de abatimiento, pero en modo alguno furioso. Saint-Loup, en cambio, lo estaba, a pesar de no haber recibido ningún golpe, y sus ojos chispeaban todavía de cólera cuando llegó junto a mí. El incidente no se refería en nada, como yo había creído, a las bofetadas del teatro. Era un paseante apasionado que, al ver al apuesto militar que era Saint-Loup, le había hecho ciertas proposiciones. Mi amigo no salía de su asombro ante la audacia de aquel *mangante,* que ni siquiera esperaba las sombras nocturnas para arriesgarse, y hablaba de las proposiciones que le había hecho con la misma indignación con que los periódicos hablan de un robo a mano armada cometido osadamente en pleno día en un barrio céntrico de París. Sin embargo, el caballero apaleado era disculpable en cuanto que un plano inclinado acerca el deseo al goce lo suficientemente aprisa para que la simple belleza aparezca ya como un consentimiento. Ahora bien, no cabía discutir que Saint-Loup fuese guapo. Unos puñetazos como los que acababa de dar tienen, para los hombres del género del que un momento antes le había abordado, la utilidad de darles que pensar seriamente, si bien, con

todo, durante un tiempo suficientemente escaso para que puedan corregirse y escapar así a los castigos de la justicia. Así, bien que Saint-Loup hubiese dado su vapuleo sin meditarlo mucho, todas las palizas de este género, aun cuando vayan en ayuda de las leyes, no llegan a homogeneizar las costumbres.

Estos incidentes, y sin duda aquel en que pensaba más, comunicaron indudablemente a Roberto el deseo de encontrarse solo por un rato. Al cabo de un momento me pidió que nos separásemos y que yo, por mi parte, fuese a casa de la señora de Villeparisis, adonde iría él a encontrarme; pero prefería que no entrásemos juntos, para que pareciese que acababa de llegar solamente a París, mejor que hacer pensar que habíamos pasado ya parte de la tarde juntos.

Como había supuesto yo antes de conocer a la señora de Villeparisis en Balbec, había una gran diferencia entre el medio en que aquélla vivía y el de la señora de Guermantes. La señora de Villeparisis era una de esas mujeres que, habiendo nacido en una casa gloriosa y entrado, por su matrimonio, en otra que no lo era menos, no gozan, sin embargo, de una gran situación mundana, y, fuera de algunas duquesas que son sobrinas o cuñadas suyas, e incluso de una o dos testas coronadas, antiguas relaciones de familia, sólo tienen en su salón un público de tercer orden, burguesía, nobleza de provincias o venida a menos, cuya presencia ha alejado hace mucho tiempo a la gente elegante y a los *snobs* que no están obligados a frecuentar ese salón por deberes de parentesco o de una intimidad demasiado añeja. No me costó ningún trabajo, desde luego, al cabo de unos instantes, comprender por qué parecía estar la señora de Villeparisis, en Balbec, tan bien informada —mejor que nosotros mismos— de los menores detalles del viaje que hacía entonces mi padre por España con el señor de Norpois. Mas a pesar de eso no era posible detenerse en la idea de que las relaciones, desde hacía más de veinte años, de la señora de Villeparisis con el embajador pudieran ser causa del cambio de situación de la marquesa en un mundo en que las mujeres más brillantes hacían ostentación de amantes menos respetables que aquél, que probablemente ya no era para la marquesa, desde hacía tiempo, otra cosa que un antiguo amigo. ¿Había tenido en otro tiempo la señora de Villeparisis otras aventuras? Por ser entonces de un carácter más apasionado que ahora, en una vejez aquietada y piadosa que debía acaso, empero, un poco de su color a aquellos años ardientes y consumidos, ¿no había sabido, en provincias, donde había vivido mucho tiempo, evitar ciertos escándalos desconocidos para las

nuevas generaciones, que verificaban solamente el efecto de los mismos en la composición mezclada y defectuosa de un salón que, de no ser por eso, estaba llamado a ser uno de los más puros de toda aleación mediocre? ¿Le había creado enemigos, en aquellos tiempos, la *mala lengua* que su sobrino le atribuía? ¿La habría impulsado a aprovecharse de ciertos éxitos con los hombres para ejercer venganzas contra las mujeres? Todo ello era posible; y la manera exquisita, sensible —matizando tan delicadamente no sólo las expresiones, sino las entonaciones— con que la señora de Villeparisis hablaba del pudor, de la bondad, no podía quitar fuerza a esa suposición; porque los que no sólo hablan bien de ciertas virtudes, sino que sienten, inclusive, su hechizo y las comprenden a maravilla; los que sabrán pintar en sus Memorias una digna imagen de ellas, han salido a menudo de la generación muda, torpe y sin arte, que las practicó, pero no forman parte de ella. Esta se refleja pero no se continúa en ellos. En lugar del carácter que esa generación tenía, se encuentra una sensibilidad, una inteligencia, que no sirven para la acción. Y, hubiese habido o no en la vida de la señora de Villeparisis escándalos de esos, que habría borrado el brillo de su nombre, esa inteligencia, una inteligencia casi de escritor de segundo orden mucho más que de mujer de mundo, era evidentemente la causa de su decadencia mundana.

Desde luego eran cualidades bastante poco exaltantes, como la ponderación y la mesura, las que ensalzaba sobre todo la señora de Villeparisis; mas para hablar de la mesura de una manera enteramente adecuada no es suficiente la mesura a secas, y son menester ciertos méritos de escritor que suponen una exaltación poco mesurada; yo había observado en Balbec que el genio de ciertos grandes artistas permanecía incomprendido para la señora de Villeparisis, y que ésta sólo sabía burlarse agudamente de ellos y dar a su incomprensión una forma ingeniosa y graciosa. Pero ese ingenio y esa gracia, en el grado a que eran llevados por ella, se convertían a su vez —en otro plano, y aunque fuesen desplegados por estimar mal las obras más eminentes— en verdaderas cualidades artísticas. Ahora bien, esas cualidades ejercen en toda situación mundana una acción morbosa electiva, como dicen los médicos, y tan disgregadora,

que las situaciones más sólidamente cimentadas resisten difícilmente a ella algunos años. Lo que los artistas llaman inteligencia se aparece como pura pretensión a la sociedad elegante, que, incapaz de situarse en el punto de vista único desde el que los artistas lo juzgan todo, sin comprender nunca el particular atractivo a que ceden al elegir una expresión o al acercar entre sí dos cosas, siente respecto de ellos una fatiga, una irritación, de que nace muy aprisa la antipatía. En su conversación, sin embargo, y lo mismo ocurre con las Memorias suyas que después se han publicado, la señora de Villeparisis no mostraba sino un género de gracia completamente mundana. Como había pasado al lado de grandes cosas sin profundizar en ellas, sin distinguirlas a veces, apenas había conservado de los años en que había vivido y que, por lo demás, describía con mucha justeza y ángel, otra cosa que lo más frívolo que esos años habían ofrecido. Pero una obra, aun cuando se aplique solamente a temas que no son intelectuales, sigue siendo obra de inteligencia, y para dar en un libro, o en una charla que difiere poco de un libro, la impresión acabada de la frivolidad, hace falta una dosis de seriedad de que sería incapaz una persona puramente frívola. En ciertas Memorias escritas por una mujer y consideradas como una obra maestra, tal frase que se cita como modelo de gracia ligera me ha hecho suponer siempre que, para llegar a una ligereza semejante, la autora había tenido que poseer en otro tiempo un saber un tanto pesado, una cultura repelente, y que, de muchacha, parecía probablemente a sus amigas una insoportable literata. Y es tan necesaria la conexión entre ciertas cualidades literarias y la falta de éxito mundano, que al leer hoy las Memorias de la señora de Villeparisis, tal epíteto justo, tales metáforas que se siguen, bastarán al lector para que con su ayuda reconstituya el saludo profundo, pero glacial, que debía dirigir a la vieja marquesa, en la escalera de una Embajada, una *snob* como la señora Leroi, que tal vez le dejaba un tarjetón doblado de paso que iba a casa de los Guermantes, pero que nunca ponía los pies en su salón por miedo a rebajarse en medio de todas aquellas mujeres de médicos o de notarios. La señora de Villeparisis había sido acaso una *literata* en su juventud, y embriagada entonces de su saber, quizá no hubiera sabido

contener, contra gentes de su mundo menos inteligentes y menos instruidas que ella, aceradas ocurrencias de esas que el lastimado no olvida.

Además, el talento no es un apéndice postizo que se añada artificialmente a esas cualidades diferenciadas que hacen triunfar en sociedad con objeto de hacer con el total lo que las gentes de mundo llaman una *mujer completa.* El talento es el producto vivo de cierta complexión moral en la que faltan generalmente muchas cualidades y en que predomina una sensibilidad, algunas de cuyas otras manifestaciones que no percibimos en un libro pueden hacerse sentir con bastante fuerza en el curso de la existencia, por ejemplo tales curiosidades, tales fantasías, el deseo de ir aquí o allá por gusto, y no con miras al acrecentamiento, al sostenimiento, o para el simple funcionamiento de las relaciones mundanas. Yo había visto en Balbec a la señora de Villeparisis encerrada entre su gente y sin lanzar una ojeada a las personas sentadas en el *hall* del hotel. Pero había tenido el presentimiento de que esa abstención no era indiferencia, y parece que no siempre se había amurallado en ella. Se le antojaba conocer a tal o cual individuo que no tenía ningún título para ser recibido en su casa, a veces porque le había parecido guapo, o simplemente porque le habían dicho que era divertido, o porque le había parecido diferente de las gentes que conocía, que, en esa época en que no las apreciaba aún porque creía que no la abandonarían nunca, pertenecían todas al más puro *Faubourg Saint-Germain*[19]. Frente al bohemio, al pequeño burgués a quien había distinguido, se veía obligada a dirigirle sus invitaciones, cuyo valor no podía apreciar él, con una insistencia que la depreciaba poco a poco a los ojos de los *snobs*, acostumbrados a clasificar un salón por aquella gente a quien la señora de la casa excluye más bien que por aquellos a quien recibe. Evidentemente, la señora de Villeparisis, si en un momento dado de su juventud, hastiada de la satisfacción de pertenecer a la flor y nata de la aristocracia, se había divertido en cierto modo en escandalizar a la gente entre que vivía, en deshacer deliberadamente su situación, había empezado a conceder importancia a esa misma situación después que la hubo perdido. Había querido demostrar a las duquesas que era más que ellas, diciendo, haciendo todo lo que aquéllas no se atrevían a decir, no osaban hacer. Pero

ahora que ellas, salvo sus parientes próximas, no iban ya a su casa, la marquesa se sentía disminuida y deseaba todavía reinar, pero de otra manera que por el ingenio. Hubiera querido atraer a todas aquellas que tanto cuidado había puesto en alejar. ¡Cuántas vidas de mujeres, vidas por lo demás poco conocidas (porque cada uno, según su edad, tiene como un mundo diferente, y la discreción de los viejos impide a los jóvenes formarse una idea del pasado y abarcar todo el ciclo), han estado divididas así en períodos opuestos en contraste, el último de ellos empleado por entero en reconquistar lo que en el segundo había sido lanzado tan alegremente al viento! Lanzado al viento, ¿de qué manera? Los jóvenes se lo figuran tanto menos cuanto que tienen ante los ojos una anciana y respetable marquesa de Villeparisis y no tienen idea de que la grave autora de Memorias de hoy, tan digna bajo su peluca blanca, haya podido ser antaño una alegre trasnochadora que hizo acaso entonces las delicias, se comió acaso la fortuna de hombres tendidos después en la tumba; que se hubiera aplicado asimismo a deshacer, con una industria perseverante y natural, la situación que debía a su ilustre nacimiento, en modo alguno significa, por otra parte, que ni aun en esa época remota dejara de conceder la señora de Villeparisis un gran valor a su posición. Del mismo modo, el aislamiento, la inacción en que vive un neurasténico pueden ser urdidos por él de la mañana a la noche, sin que por eso le parezcan soportables, y mientras se afana en añadir una nueva malla a la red que le tiene preso, es posible que no piense más que en bailes, cacerías y viajes. Trabajamos en todos los momentos en dar su forma a nuestra vida, pero copiando a pesar nuestro, como un dibujo, los rasgos de la persona que somos y no los de aquella que nos resultaría agradable ser. Los saludos desdeñosos de la señora Leroi, si podían expresar en cierto modo la verdadera naturaleza de la señora de Villeparisis, de ningún modo respondían a sus deseos.

Sin duda que, en el mismo momento en que la señora Leroi, según una expresión cara a la señora de Swann, *paraba* a la marquesa, ésta podía tratar de consolarse recordando que un día la reina María Amelia le había dicho: «La quiero a usted como una hija». Pero estas amabilidades regias, secretas e ignoradas, sólo existían para la marquesa polvorientas como el diploma de

un antiguo primer premio del Conservatorio. Las únicas ventajas mundanas auténticas son aquellas que crean vida, aquellas que pueden desaparecer sin que aquel a quien han beneficiado tenga que tratar de retenerlas o de divulgarlas, porque otras cien les suceden en el mismo día. Al recordar tales palabras de la reina, la señora de Villeparisis las hubiera trocado de buena gana, sin embargo, por el poder permanente de ser invitada que poseía la señora Leroi como en un restaurante un gran artista desconocido y cuyo genio no está escrito ni en los rasgos de su tímido semblante, ni en el corte pasado de moda de su traspillada chaqueta, quisiera ser hasta el joven zurupeto del último peldaño de la sociedad, pero que almuerza en una mesa próxima con dos actrices y hacia el que en carrera obsequiosa e incesante se muestran solícitos el patrón, el *maître d'hôtel*, los camareros, los *botones* y hasta los pinches que desfilan para saludarle como en las comedias de magia, mientras se adelanta el repostero, tan polvoriento como sus botellas, patizambo y deslumbrado, cual si al subir de la bodega se hubiera torcido un pie, antes de volver a salir a la luz del día.

Preciso es decir, sin embargo, que en el salón de la señora de Villeparisis la ausencia de la señora Leroi, si desolaba al ama de la casa, pasaba inadvertida a los ojos de un gran número de sus invitados, que ignoraban totalmente la particular situación de la señora Leroi, conocida tan sólo del mundo elegante, y no dudaban de que las recepciones de la señora de Villeparisis fuesen, como hoy están convencidos de ello los lectores de sus Memorias, las más brillantes de París.

En esa primera visita que, al dejar a Saint-Loup, fui a hacer a la señora de Villeparisis, siguiendo el consejo que el señor de Norpois había dado a mi padre, la encontré en su salón tapizado de seda amarilla, sobre la cual los canapés y las admirables butacas de tapicería de Beauvais se destacaban con un color rosa, casi violeta, de frambuesas maduras. Al lado de los retratos de los Guermantes, de los Villeparisis, se veían otros —ofrecidos por el propio modelo— de la reina María Amelia, de la reina de los belgas, del príncipe de Joinville, de la emperatriz de Austria. La señora de Villeparisis, tocada con un gorro de encajes negros de la antigua época (que conservaba con el mismo sagaz instinto del color local o histórico de un

fondista bretón que, por parisiense que haya llegado a ser su clientela, cree más hábil hacer conservar a sus criadas la cofia y las amplias mangas), estaba sentada ante un bufetillo, en el que, delante de sí, junto a sus pinceles, a su paleta y a una acuarela de flores empezada, había en vasos, en platillos, en tazas, rosas vaporosas, *zinnias*, cabellos de Venus que, por la afluencia de visitas en aquel momento, había dejado de pintar, y que parecían atraer parroquianos al mostrador de una florista en alguna estampa del siglo XVIII. En aquel salón, ligeramente caldeado adrede porque la marquesa se había acatarrado al volver de su castillo, había entre las personas presentes cuando yo llegué un archivero con quien la señora de Villeparisis había estado clasificando por la mañana las cartas autógrafas que le habían dirigido personajes históricos, y que estaban destinadas a figurar en *facsímiles* como documentos justificativos en las Memorias que estaba redactando, y un historiador solemne e intimidado que, al saber que la marquesa poseía por herencia un retrato de la duquesa de Montmorency, había venido a pedirle permiso para reproducir ese retrato en una plancha de su obra sobre la Fronda, visitantes a los cuales vino a agregarse mi antiguo camarada Bloch, ahora joven autor dramático, con el que contaba la marquesa para que le facilitase gratuitamente artistas que trabajasen en sus próximas *matinées.* Verdad es que el caleidoscopio social estaba a punto de dar vuelta y que la cuestión Dreyfus iba a precipitar a los judíos al último peldaño de la escala social. Pero por una parte, de nada servía que el ciclón dreyfusista hiciese estragos; no es al comienzo de una tempestad cuando las olas alcanzan su rigor máximo. Además, la señora de Villeparisis, dejando a todo un sector de su familia tronar contra los judíos, había permanecido hasta aquí completamente ajena al *affaire* y no se preocupaba de él. Por último, un joven como Bloch, a quien nadie conocía, podía pasar inadvertido, al paso que algunos grandes judíos representativos de su partido se hallaban ya amenazados. Bloch llevaba ahora la barbilla puntuada por una perilla de chivo, gastaba anteojos, una levita larga, llevaba un guante, como un rollo de papiro, en la mano. Los rumanos, los egipcios y los turcos pueden detestar a los judíos. Pero en un salón francés, las diferencias entre esos pueblos no son tan perceptibles, V un israelita que

hace su entrada como si saliera del fondo del desierto con el cuerpo inclinado como una hiena, la nuca oblicuamente humillada y deshaciéndose en grandes zalemas, satisface perfectamente un gusto de orientalismo. Sólo que para ello es preciso que el judío no pertenezca al «gran mundo», ya que en ese caso adopta fácilmente las trazas de un lord, y sus modales son hasta tal punto afrancesados que en él una nariz rebelde, que crece, como las capuchinas, en direcciones imprevistas, hace pensar en la nariz de Mascarille antes que en la de Salomón. Pero como Bloch no había sido flexibilizado por la gimnasia del *faubourg*[20], ni ennoblecido por un cruzamiento con Inglaterra o con España, seguía siendo para un deleitante de exotismo tan extraño y sabroso de ver, a despecho de su traje europeo, como un judío de Decamp. ¡Admirable poder de la raza que desde el fondo de los siglos crece y empuja en el moderno París, inclusive en los pasillos de nuestros teatros, tras las ventanillas de nuestras oficinas, en un entierro, en la calle, a una falange intacta que estilizando el tocado moderno, absorbiendo, haciendo olvidar, disciplinando la levita, permanece, en suma, idéntica a la de los escribas asirios que, pintados en traje de ceremonia en el friso de un monumento de Susa, defienden las puertas del palacio de Darío! (Una hora más tarde, Bloch había de figurarse que era por malignidad antisemítica por lo que el señor de Charlus se informaba de si llevaba un nombre judío, cuando era sencillamente por curiosidad estética y por amor al color local). Pero por lo demás, hablar de permanencia de razas traduce inexactamente la impresión que recibimos de los judíos, de los griegos, de los persas, de todos esos pueblos a los que vale más dejarles su variedad. Conocemos por las pinturas antiguas el rostro de los antiguos griegos; hemos visto asirios en el frontón de un palacio de Susa. Ahora bien, cuando nos encontramos en sociedad con orientales que pertenecen a tal o cual grupo, nos parece hallarnos en presencia de unas criaturas que el poder del espiritismo hubiera hecho aparecer. No conocíamos más que una imagen superficial; resulta que esa imagen ha cobrado profundidad, que se extiende en las tres dimensiones, que se mueve. La damisela griega, hija de un rico banquero y de moda en este momento, tiene las trazas de una de esas figurantas que en un *ballet* histórico y estético a la vez simbolizan en carne

y hueso el arte helénico, y aun en el teatro la escenografía trivializa esas imágenes; en cambio, el espectáculo a que nos hace asistir la entrada de una turca, de un judío en un salón, al animar las figuras las torna más extrañas, como si en efecto se tratase de seres evocados por un esfuerzo mediumnímico. Es el alma (o más bien la poca cosa a que se reduce, hasta aquí a lo menos, el alma en ese linaje de materializaciones), es el alma entrevista antes por nosotros exclusivamente en los museos, el alma de los antiguos griegos, de los antiguos judíos, arrancada a una vida a la vez insignificante y trascendental, la que parece ejecutar ante nosotros esa mímica desconcertante. En la damisela griega que se esquiva, lo que quisiéramos vanamente estrechar es un figura admirada antaño en las paredes de un vaso. Me parecía que si hubiera sacado unos clisés de Bloch a la luz del salón de la señora de Villeparisis, hubieran dado esa misma imagen de Israel, tan turbadora porque no parece emanar de la humanidad, tan decepcionante porque así y todo se parece demasiado a la humanidad que nos muestran las fotografías espiritistas. De una manera más general, hasta la nulidad de las frases emitidas por aquellas personas entre las cuales vivimos, nos da la impresión de lo sobrenatural en nuestro pobre mundo de todos los días, en que hasta un hombre de genio, de quien esperamos apiñados como en torno a una mesa giratoria el secreto del infinito, pronuncia solamente estas palabras —las mismas que acababan de salir de labios de Bloch—: «Que tengan cuidado con mi sombrero de copa».

—Dios mío, a los ministros, caballero —estaba diciendo la señora de Villeparisis, dirigiéndose más particularmente a mi antiguo camarada y reanudando el hilo de una conversación que mi entrada había interrumpido —, nadie podía verlos. Con ser yo muy niña, todavía me acuerdo del rey rogándole a mi abuelo que invitase al señor Decaze a un baile de trajes en que mi padre había de bailar con la duquesa de Berry. «Me proporcionará usted un placer, Florimundo», decía el rey. Mi abuelo, que era sordo, como había entendido «señor de Castries», encontraba la petición completamente natural. Cuando comprendió que se trataba de Decaze tuvo un momento de rebeldía, pero bajó la cabeza y escribió aquella misma noche a Decaze suplicándole que le concediera la gracia y el honor de asistir a su baile, que

se celebraba a la semana siguiente. Porque la gente, caballero, era cortés en aquel tiempo, y una señora de su casa no hubiera sabido contentarse con mandar su tarjeta, añadiendo a mano: «una caza de té», o «té danzante», o «té musical». Mas si se conocía la urbanidad, tampoco se ignoraba la impertinencia. El señor Decaze aceptó; pero la víspera del baile se sabía que mi abuelo, por encontrarse mal, había suspendido la fiesta. Había obedecido al rey, pero no había recibido al señor Decaze en su baile… Sí, señor, me acuerdo muy bien del señor Molé, era hombre de talento, lo demostró cuando recibió al señor de Vigny en la Academia; pero era muy solemne, y todavía lo veo bajando a cenar en su casa con su sombrero de copa en la mano.

—¡Ah!, ¡qué bien evoca eso un tiempo bastante perniciosamente filisteo!, porque sin duda era una costumbre universal la de llevar uno el sombrero en la mano en su propia casa —dijo Bloch, deseoso de aprovechar esta ocasión tan rara de instruirse, por un testigo ocular, de las particularidades de la vida aristocrática de antaño, mientras el archivero, a modo de secretario intermitente de la marquesa, lanzaba sobre ella miradas enternecidas y parecía decirnos: «Ahí tienen ustedes cómo es, lo sabe todo, ha conocido a todo el mundo, pueden interrogarla sobre lo que quieran, es extraordinaria».

—¡Nada de eso! —respondió la señora de Villeparisis, poniendo más cerca de sí el vaso en que se humedecían los cabellos de Venus que dentro de un rato comenzaría a pintar otra vez—, era una costumbre del señor Molé, sencillamente. Jamás he visto a mi padre con sombrero en casa, salvo, claro está, cuando venía el rey, ya que como el rey está en su casa en todas partes, el amo de la casa no es más que un visitante en su propio salón.

—Aristóteles nos dejó dicho en el capítulo II… —aventuró el señor Pierre, el historiador de la Fronda, pero tan tímidamente que nadie puso atención en él. Atacado desde hacía algunas semanas de un insomnio nervioso que resistía a todos los tratamientos, ya no se acostaba y, rendido de fatiga, no salía de casa más que cuando sus trabajos hacían necesario que se moviese. Incapaz de volver a empezar a menudo esas expediciones tan

sencillas para otros, pero que a él le costaban tanto como si para hacerlas bajase de la luna, estaba sorprendido de encontrarse con frecuencia con que la vida de los demás no estaba organizada de una manera permanente para dar su máximo de utilidad a los bruscos impulsos de la suya. A veces encontraba cerrada una biblioteca, que sólo había ido a ver plantándose artificialmente en pie y dentro de una levita, como un hombre de Wells. Afortunadamente había encontrado en casa a la señora de Villeparisis e iba a ver el retrato.

Bloch le cortó la palabra.

—Verdaderamente —dijo, respondiendo a lo que acababa de decir la señora de Villeparisis a propósito del protocolo que regía para las visitas reales— no sabía absolutamente nada de eso, como si fuera extraño que no lo supiese él.

—A propósito de ese género de visitas, ¿sabe usted la estúpida broma que me ha gastado ayer mañana mi sobrino Basin? —preguntó la señora de Villeparisis al archivero—. En lugar de anunciarse, hizo que me dijesen que quería verme la reina de Suecia.

—¡Ah, hizo que le dijesen a usted eso! ¡Así, sin más ni más! —exclamó Bloch, desternillándose de risa, mientras el historiador sonreía con majestuosa timidez.

—A mí me extrañó bastante, porque no hacía más que unos días que había vuelto del campo; había pedido, para estar un poco tranquila, que no dijesen a nadie que estaba en París, y me preguntaba cómo lo sabía ya la reina de Suecia —continuó la señora de Villeparisis, dejando a sus visitantes pasmados de que una visita de la reina de Suecia no fuese en sí nada anormal para su huéspeda.

Evidentemente, si la señora de Villeparisis había compulsado por la mañana con el archivero la documentación de sus Memorias, en aquel momento ensayaba sin querer su mecanismo y su sortilegio sobre un público medio, representativo de aquel entre que habrían de reclutarse un día sus lectores. El salón de la señora de Villeparisis podía diferenciarse de un salón verdaderamente elegante, del que hubieran estado ausentes muchas burguesas a quienes recibía ella, y en el que se habrían visto, en desquite,

algunas de las brillantes damas que la señora Leroi había acabado por atraerse; pero este matiz no es perceptible en sus Memorias, en que ciertas relaciones mediocres que el autor tenía desaparecen porque no tienen ocasión de ser citadas; y no faltan en ellas visitantes que no había, porque en el espacio forzosamente restringido que esas Memorias ofrecen pueden figurar pocas personas, y si esas personas son personajes principescos, personalidades históricas, la máxima impresión de elegancia que pueden dar al público unas Memorias se encuentra conseguida. A juicio de la señora Leroi, el salón de la señora de Villeparisis era un salón de tercer orden; y a la señora de Villeparisis le dolía el juicio de la señora Leroi. Pero apenas sabe ya hoy nadie quién era la señora Leroi, su juicio se ha desvanecido, y es el salón de la señora de Villeparisis, que frecuentaba la reina de Suecia, que habían frecuentado el duque de Aumale, el duque de Broglie, Thiers, Montalembert, monseñor Dupanloup, el que será considerado como uno de los más brillantes del siglo XIX por esa posteridad que no ha cambiado desde los tiempos de Homero y de Píndaro, y para la que el rango envidiable es la encumbrada cuna, regia o casi regia, la amistad de los reyes, de los jefes del pueblo, de los hombres ilustres.

Ahora bien, la señora de Villeparisis tenía un poco de todo eso en su salón actual y en los recuerdos, a veces retocados ligeramente, con ayuda de los cuales lo prolongaba en el pasado. Además, el señor de Norpois, que no era capaz de reconstruir para su amiga una situación sólida, le llevaba en desquite aquellos hombres de Estado, extranjeros o franceses, que tenían necesidad de él y sabían que la única manera eficaz de hacerle la corte era frecuentar la casa de la señora de Villeparisis. Quizá la señora Leroi conociese también a esas mismas eminentes personalidades europeas. Pero como mujer agradable y que huye del tono de las marisabidillas, se libraba muy bien de hablarles de la cuestión de Oriente a los primeros ministros, así como de la esencia del amor a los novelistas o a los filósofos. «¿El amor?, había respondido una vez a una dama pretenciosa que le había preguntado: —¿Qué piensa usted del amor?— ¿El amor? Lo hago a menudo, pero jamas hablo de él». Cuando tenía en su casa algunas de esas celebridades de la literatura y de la política se contentaba, como la duquesa de Guermantes,

con hacerlas jugar al *poker*. Con frecuencia lo preferirían a las grandes conversaciones sobre ideas generales a que es forzaba la señora de Villeparisis. Pero esas conversaciones, ridículas acaso en sociedad, bar dado a los *Recuerdos* de la señora de Villeparisis algunos de esos trozos excelentes de esas disertaciones políticas que hacen tan bien en unas Memorias, como en las tragedias a lo Corneille. Por lo demás, los salones de las señoras de Villeparisis son los únicos que pueden pasar a la posteridad, porque las señoras Leroi no saben escribir, y aunque supiesen hacerlo no tendrían tiempo para ello. Y si las disposiciones literarias de las señoras de Villeparisis son causa del desdén de las señoras de Leroi, a su vez el desdén de las señoras Leroi sirve singularmente a las disposiciones literarias de las señoras de Villeparisis, concediendo a las damas literatas el ocio que reclama la carrera de las letras. Dios, que quiere que haya algunos libros bien escritos, atiza para ello esos desdenes en el corazón de las señoras Leroi, porque sabe que si invitasen a almorzar a las señoras de Villeparisis, éstas dejarían inmediatamente su escritorio y harían enganchar para las ocho.

Al cabo de un instante entró con paso lento y solemne una vieja dama muy alta, que bajo su sombrero de paja de alas levantadas dejaba ver un monumental peinado blanco a lo María Antonieta. No sabía yo entonces que era una de las tres mujeres que podían observarse todavía en la buena sociedad parisiense y que, como la señora de Villeparisis, con ser de encumbrada cuna, se habían visto reducidas, por razones que se perdían en la noche de los tiempos y que sólo hubiera podido decirnos algún viejo currutaco de aquella época, a no recibir más que a una hez de gente con quien no querían nada en otros sitios. Cada una de estas damas tenía su «duquesa de Guermantes», su sobrina brillante que iba a devolverle la visita, pero no hubiera conseguido atraer a su casa a la «duquesa de Guermantes» de ninguna de las otras dos. La señora de Villeparisis estaba muy unida con las tres damas, pero no las quería. Quizá su situación, bastante análoga a la suya propia, le presentaba una imagen de ésta que no le resultaba nada agradable. Además, agriadas, sabihondas, tratando, con el número de comedias caseras que hacían representar en sus recepciones, de

darse la ilusión de un salón, tenían entre sí rivalidades a las que una fortuna bastante mermada en el curso de una existencia poco tranquila obligaba a tomar en cuenta, a aprovechar el concurso gracioso de una artista, en una especie de lucha por la vida. Además, la dama del peinado a lo María Antonieta, cada vez que veía a la señora de Villeparisis, no podía menos de pensar que la duquesa de Guermantes no iba a sus viernes. El consuelo que tenía era que nunca faltaba a esos mismos viernes, a fuer de buena parienta, la princesa de Poix, que era su Guermantes y que nunca iba a casa de la señora de Villeparisis, a pesar de que la de Poix era amiga íntima de la duquesa.

Con todo, del hotel del *Quai Malaquais* a los salones de la calle de Tournon, de la calle de la Chaise y del *faubourg* Saint-Honoré, un lazo tan fuerte como aborrecido unía a las tres divinidades venidas a menos, acerca de las cuales hubiera querido yo de buena gana llegar a saber, hojeando algún diccionario mitológico de la buena sociedad, qué aventura galante, qué sacrílega jactancia habían traído su castigo. El mismo origen brillante, la misma decadencia actual entraban acaso por mucho en la necesidad que las movía, al mismo tiempo que a aborrecerse, a frecuentarse. Además, cada una de ellas encontraba en las otras un cómodo medio de hacer finezas a sus visitantes. ¿Cómo no habían de creer éstos que penetraban en lo más cerrado del *faubourg* cuando se les presentaba a una dama muy encopetada, cuya hermana se había casado con un duque de Sagan o con un príncipe de Ligne? Tanto más cuanto que en los periódicos se hablaba infinitamente más de esos supuestos salones que de los verdaderos. Hasta los sobrinos *gomosos*[21] a quienes pedía algún camarada que lo presentasen en sociedad (Saint-Loup el primero) decían: «Le llevaré a usted a casa de mi tía la de Villeparisis o a casa de mi tía la de X…, es un salón interesante». Sabían, sobre todo, que eso les costaría menos trabajo que hacer entrar a los susodichos amigos en casa de las sobrinas o de las cuñadas elegantes de aquellas damas. Los hombres entrados en años, las jóvenes que lo habían sabido por ellos, me dijeron que si no se recibía a estas ancianas damas era por la extraordinaria relajación de su conducta, cuyo desenfreno, cuando objeté yo que eso no es un impedimento para la elegancia, me representaron

como algo que había excedido de todas las proporciones hoy conocidas. Los extravíos de aquellas solemnes damas que adoptaban al sentarse una rigurosa tiesura cobraban en labios de los que hablaban de ellos un no sé qué imposible de imaginar para mí, algo proporcionado a la magnitud de las épocas antehistóricas, a la edad del mamut. En resumen: aquellas tres Parcas de cabellos blancos, azules o rojos, habían dado al traste con la hacienda de un número incalculable de caballeros. Pensaba yo que los hombres de hoy exageraban los vicios de esos tiempos fabulosos, como los griegos que compusieron a Icaro, a Teseo, a Hércules con hombres que habían sido poco diferentes de aquellos que mucho tiempo después los divinizaban. Pero no se hace la suma de los vicios de un ser más que cuando apenas está ya en condiciones de ejercerlos, y cuando por la magnitud del castigo social que empieza a cumplirse y que es lo único que se echa de ver, medimos, nos imaginamos, exageramos la del crimen que ha sido cometido. En la galería de figuras simbólicas que es el *gran mundo*, las mujeres verdaderamente livianas, las Mesalinas acabadas, presentan siempre el aspecto solemne de una dama de setenta años, por lo menos, altanera, que recibe a tantos como puede, pero no a quienes quiere, a cuya casa no consienten en ir las mujeres cuya conducta se presta un tanto a la murmuración, y a la que el papa da siempre su «rosa de oro», y que algunas veces ha escrito, sobre la juventud de Lamartine, una obra laureada por la Academia Francesa. Buenas tardes, Alix —dijo la señora de Villeparisis a la dama del peinado blanco a lo María Antonieta, que lanzaba una mirada penetrante sobre la concurrencia con el fin de ver si no habría en el salón algún elemento que pudiera ser útil para el suyo, y que, en ese caso, tendría que descubrir por sí misma, ya que la señora de Villeparisis, no le cabía duda, sería suficientemente astuta para tratar de ocultárselo. Así, la señora de Villeparisis tuvo buen cuidado de no presentar a Bloch a la vieja dama, por temor a que hiciese representar la misma obra que en su casa en el hotel del *Quai Malaquais*[22]. Con ello, por otra parte, no hacía más que pagarle en la misma moneda. Porque la vetusta dama había tenido el día antes en su casa a la señora Ristori, que había recitado versos, y había tenido buen cuidado de que la señora de Villeparisis, a quien había birlado la artista

italiana, ignorase el acontecimiento antes de que estuviese consumado. Para que no se enterase de ello por los periódicos y no se encontrase molesta a cuenta del caso, venía a contárselo, como sí no se sintiera culpable. La señora de Villeparisis, juzgando que mi presentación no tenía los mismos inconvenientes que la de Bloch, dijo mi nombre a la María Antonieta del *quai*. Esta, buscando en su senectud aquella línea de diosa de Coysevox que había, hace muchos años, enhechizado a la juventud elegante y que celebraban ahora en versos de pie forzado algunos falsos hombres de letras, además, había tomado la costumbre de la tiesura altanera y compensadora, común a todas las personas a las que una desgracia particular obliga a ser ellas perpetuamente quienes tomen la iniciativa, —inclinó ligeramente la cabeza con una majestad glacial y, volviéndola a otra parte, no se ocupó más de mí, como si yo no hubiera existido. Su actitud de doble fin parecía decir a la señora de Villeparisis—: «Ya ve usted que no concedo importancia a una relación más o menos, y que los jovencitos —desde ningún punto de vista, mala lengua— no me interesan». Pero cuando un cuarto de hora después se retiró, aprovechándose del barullo, me deslizó al oído que fuese a su choza el viernes siguiente, con una de las tres cuyo nombre deslumbrador —por lo demás, ella era Choiseul de nacimiento— me produjo un efecto prodigioso.

—Creo que quiere usted escribir algo sobre la duquesa de Montmorency, caballero —dijo la señora de Villeparisis al historiador de la Fronda, con aquella expresión malhumorada que, a pesar suyo, tornaba ceñuda su extraordinaria amabilidad, por las arrugas de enfado, el despecho fisiológico de la vejez, tanto como por la afectación de imitar el tono casi aldeano de la antigua aristocracia—. Voy a enseñarle a usted su retrato, el original de la copia que está en el Louvre.

Se levantó, dejando sus pinceles junto a las flores, y el delantalito que apareció entonces en su cintura y que llevaba para no ensuciarse con los colores aumentaba aún la impresión casi de campesina que daban su gorro y sus gruesas gafas y que contrastaba con el lujo de su servidumbre, del maestresala que había traído el té y los pastelillos, del mozo de librea a quien llamó para que alumbrase el retrato de la duquesa de Montmorency,

abadesa de uno de los capítulos más célebres del Este. Todo el mundo se había puesto de pie.

—Lo que no deja de ser gracioso —dijo ella— es que en esos capítulos en que a menudo eran abadesas nuestras tías-abuelas no hubiesen sido admitidas las hijas del rey de Francia. Eran unos cabildos muy cerrados.

—No admitir a las hijas del rey… ¿Por qué? —preguntó Bloch estupefacto.

—Pues porque la Casa de Francia ya no tenía suficientes cuarteles de nobleza desde que había contraído un enlace desigual.

El pasmo de Bloch iba siendo cada vez mayor.

—¿Contraer un matrimonio desigual la Casa de Francia? ¿Cómo así?

—Al entroncar con los Médicis —respondió la señora de Villeparisis en el tono más natural—. El retrato es bonito, ¿verdad?, y está en un estado de conservación perfecto —añadió.

—Recordará usted, mi querida amiga —dijo la dama peinada a lo María Antonieta—, que cuando le traje a Liszt le dijo a usted que el que era copia era éste.

—Me inclinaré ante una opinión de Liszt en música, pero no en pintura. Aparte de que ya estaba chocho y que no recuerdo que haya dicho nunca semejante cosa. Pero no fue usted quien me lo trajo. Ya había cenado yo con él veinte veces en casa de la princesa de Sayn-Wittgenstein.

El golpe de Alix había marrado, se calló, siguió en pie e inmóvil. Con las capas de polvos que adobaban su rostro, éste semejaba un rostro de piedra. Y como el perfil era noble, parecía, sobre un zócalo triangular y vaporoso oculto por la manteleta, la descascarillada diosa de un parque.

—¡Ah! Otro hermoso retrato —dijo el historiador.

Se abrió la puerta y entró la duquesa de Guermantes.

—Hola, buenas tardes —le dijo, sin hacer siquiera un movimiento con la cabeza, la señora de Villeparisis, sacando de un bolsillo de su delantal una mano que tendió a la recién llegada, y, dejando inmediatamente de ocuparse de ella para volverse hacia el historiador—: Es el retrato de la duquesa de La Rochefoucauld…

Un criado joven, de apuesta planta y fisonomía encantadora (pero arrogante, lo justo para seguir siendo perfecta, lo mismo que la nariz un poco encarnada y la piel ligeramente encendida como si guardasen alguna huella de la reciente y escultural incisión), entró, trayendo una tarjeta en una salvilla.

—Es el señor que ha venido ya varias veces a ver a la señora marquesa.

—¿Es que le ha dicho usted que recibo?

—Ha oído hablar.

—Bueno, sea, hágale pasar. Es un señor que me han presentado —dijo la señora de Villeparisis—. Me ha dicho que deseaba mucho ser recibido aquí. Yo nunca le he autorizado a que viniese. Pero, en fin, ya va de cinco veces que se toma esa molestia, no hay que irritar a la gente. Caballero —me dijo a mí—, y usted, señor —añadió, apuntando al historiador de la Fronda—: les presento a ustedes a mi sobrina la duquesa de Guermantes.

El historiador se inclinó profundamente, lo mismo que yo, y, pareciendo suponer que a ese saludo debía seguir alguna reflexión cordial, sus ojos se animaron y se disponía a abrir la boca cuando le dejó helado el aspecto de la señora de Guermantes, que había aprovechado la independencia de su torso para lanzarlo hacia delante con una cortesía exagerada y retraerlo con justeza sin que su semblante ni su mirada pareciesen haber notado que hubiera alguien ante ellos; después de haber lanzado un ligero suspiro se contentó con manifestar la nulidad de la impresión que le producían la vista del historiador y la mía ejecutando ciertos movimientos con las aletas de la nariz, con una precisión que daba testimonio de la absoluta inercia de su desocupada atención.

El visitante importuno entró, yéndose derecho a la señora de Villeparisis con una expresión ingenua y ferviente; era Legrandin.

—Le agradezco mucho que me haya recibido, señora —dijo, insistiendo en la palabra *mucho*—; es un placer de una calidad enteramente rara y sutil el que concede usted a un viejo solitario; le aseguro que su repercusión…

Se detuvo en seco al verme.

—Estaba enseñándole a este señor el hermoso retrato de la duquesa de La Rochefoucauld, la mujer del autor de las *Máximas;* me viene de familia.

La señora de Guermantes saludó a Alix, disculpándose por no haber podido, este año como los otros, ir a verla.

—He tenido noticias de usted por Magdalena —añadió.

—Esta mañana ha almorzado en mi casa —dijo la marquesa del *quai Malaquais* con la satisfacción de pensar que nunca podría decir otro tanto la señora de Villeparisis.

Yo, mientras tanto, charlaba con Bloch, y temiendo, por lo que me habían dicho del cambio de actitud de su padre respecto de él, que envidiase mi vida, le dije que la suya debía de ser más dichosa. Estas palabras eran, por parte mía, simple efecto de la amabilidad. Pero ésta persuade fácilmente de su buena suerte a aquellos que tienen mucho amor propio, o les da el deseo de persuadir de ello a los demás. «Sí, en efecto, llevo una vida deliciosa —me dijo Bloch, con expresión de beatitud—. Tengo tres grandes amigos, no quisiera uno más, una querida adorable, soy infinitamente dichoso. Raro es el mortal a quien el padre Zeus concede tantas venturas». Creo que trataba sobre todo de jactarse y de darme envidia. Acaso hubiera también algún deseo de originalidad en su optimismo. Se vio a las claras que no quería responder las mismas trivialidades que todo el mundo: «¡Oh!, no valió nada, etc.», cuando a mi pregunta: «¿Estuvo bonito aquello?», formulada a propósito de una *matinée* con baile dada en su casa y a la que yo no había podido asistir, me respondió en su tono igual, indiferente, como si se hubiese tratado de otro: «Sí, estuvo muy bonito, no cabía nada mejor. Resultó arrebatador, realmente».

—Eso que nos cuenta usted me interesa extraordinariamente —dijo Legrandin a la señora de Villeparisis—, porque precisamente me decía yo el otro día que usted tenía mucho de él en la claridad alerta de los giros, en un no sé qué que llamaré con dos términos contradictorios, rapidez lapidaria y espontaneidad inmortal. Hubiera querido tomar nota esta tarde de todas las cosas que dice usted; pero las retendré. Son, con una frase que creo es de Joubert, amigas de la memoria. ¿No ha leído usted nunca a Joubert? ¡Le habría gustado tanto! Esta misma noche me permitiré enviarle a usted sus obras, orgullosísimo de presentarle a usted su talento. No tenía la fuerza que usted. Pero también tenía gracia, y mucha.

Yo había querido ir a saludar en seguida a Legrandin, pero éste se mantenía constantemente tan lejos de mí como podía, sin duda con la esperanza de que yo no oyese las lisonjas que, con un gran refinamiento de expresión, no cesaba de prodigar, con cualquier motivo, a la señora de Villeparisis.

Esta se encogió de hombros, sonriendo, como si hubiera querido burlarse, y se volvió al historiador.

—Y esta es la famosa María de Rohan, duquesa de Chevreuse, que estuvo casada en primeras nupcias con el señor de Luynes.

—Querida, la señora de Luynes me hace pensar en Yolanda; ha estado ayer en casa; si llego a saber que no tenía usted la tarde comprometida con nadie, la hubiera mandado a buscar. La señora Ristori, que llegó de improviso, dijo delante del mismo autor unos versos de la reina Carmen Sylva: ¡era una hermosura!

—¡Qué perfidia! —pensó la señora de Villeparisis—. Seguramente de eso es de lo que le hablaba en voz baja el otro día a la señora de Beaulaincourt y a la de Chaponay. Estaba libre, pero no hubiera ido —respondió—. He oído a la Ristori en sus buenos tiempos, ahora ya no es más que una ruina. Y, además, detesto los versos de Carmen Sylva. La Ristori ha venido aquí una vez, la trajo la duquesa de Aosta para que dijese un canto del *Infierno,* del Dante. Ahí sí que es incomparable.

Alix soportó el golpe sin desfallecer. Su mirada era penetrante y vacía, su nariz noblemente arqueada. Pero una mejilla se desconchaba. Ligeras vegetaciones extrañas, verdes y sonrosadas, invadían la barbilla. Quizá un invierno más la echase abajo.

—Mire usted, caballero, si le gusta a usted la pintura, vea el retrato de la señora de Montmorency —dijo la señora de Villeparisis a Legrandin para atajar los cumplidos que volvían a empezar.

Aprovechándose de que Legrandin se había alejado, la señora de Guermantes se lo señaló a su tía con una mirada irónica e interrogadora.

—Es el señor Legrandin —dijo a media voz la señora de Villeparisis—; tiene una hermana que se llama la señora de Cambremer, cosa que, por otra parte, no debe de decirte más que a mí.

—¡Cómo! ¡Pero si la conozco perfectamente! —exclamó poniéndose la mano ante la boca la señora de Guermantes—. Por mejor decir, no la conozco; pero no sé qué ventolera le ha dado a Basin, que encuentra Dios sabe dónde al marido, de decirle a esa mujerota que fuese a verme. No puedo decirle a usted lo que ha sido su visita. Me ha contado que ha estado en Londres; me ha enumerado todos los cuadros del British. Aquí donde usted me ve, en cuanto salga de su casa voy a dejar tarjeta en casa de ese monstruo. Y no crea usted que sea de las más fáciles, porque, con el pretexto de que está agonizando, siempre se la encuentra en casa, y, vaya una a las siete de la tarde o a las nueve de la mañana, está dispuesta a ofrecerle tartas de fresa.

—¡Pues claro que sí; vamos, es un monstruo! —dijo la señora de Guermantes respondiendo a una mirada interrogativa de su tía—. Es una persona imposible: dice *plumífero;* en fin, cosas por ese estilo.

—¿Qué quiere decir eso de *plumífero*? —preguntó la señora de Villeparisis a su sobrina.

—¡Yo qué sé! —exclamó la duquesa con fingida indignación—. No quiero saberlo. Yo no hablo ese francés. —Y al ver que su tía no sabía realmente qué quería decir *plumífero*, por darse la satisfacción de demostrar que era tan sabia como purista y por burlarse de su tía después de haberse burlado de la señora de Cambremer:

—¡Sí! —dijo con una risita que reprimían los restos del mal humor afectado—; todo el mundo lo sabe, un plumífero es un escritor, cualquiera que tiene una pluma. Pero es una palabra horrorosa. Es como para que se le caigan a una las muelas del juicio. Lo que es a mí jamás me harían decir semejante cosa.

—¡Cómo, es el hermano! Aún no me he enterado. Pero en el fondo no es inverosímil. Ella tiene la misma humildad de salto de cama y los mismos recursos de biblioteca circulante. Es tan aduladora como él, y tan insoportable. Empiezo a hacerme bastante bien a la idea de ese parentesco.

—Siéntate, vamos a tomar un poco de té —dijo la señora de Villeparisis a la de Guermantes—; sírvete tú misma, tú no necesitas ver los retratos de tus tatarabuelas, los conoces tan bien como yo.

La señora de Villeparisis volvió bien pronto a sentarse y se puso a pintar. Todo el mundo se acercó a ella, circunstancia que aproveché para ir hacia Legrandin, y como no encontraba nada culpable en su presencia en casa de la señora de Villeparisis, le dije, sin pensar hasta qué punto iba a la vez a ofenderle y a hacerle creer en la intención de ofenderle:

—¡Vaya, caballero!, casi estoy disculpado por estar en un salón, ya que le encuentro a usted en él.

El señor Legrandin dedujo de estas palabras (tal fue, al menos, el juicio que formuló respecto a mí días más tarde) que yo era una criatura fundamentalmente atravesada, que sólo me complacía en el mal.

—Ya podía usted tener la cortesía de empezar por saludarme —me respondió sin darme la mano y con una voz irritada y vulgar que yo no sospechaba en él y que, sin guardar la menor relación racional con lo que decía de costumbre, tenía otra más inmediata y palmaria con algo que sentía en aquel momento. Y es que aquello que sentimos, como estamos decididos a ocultarlo siempre, no hemos pensado nunca en la forma en que lo expresaríamos. Y de repente lo que se deja oír en nosotros es una bestia inmunda y desconocida cuyo acento, a veces, puede llegar a dar a aquel que recibe esa confidencia involuntaria, elíptica y casi irresistible de vuestro defecto o de vuestro vicio tanto miedo como el que produciría la confesión subitánea, indirecta y extrañamente proferida por un criminal que no pudiese menos de confesar un crimen de que no le sabíais culpable. Yo, naturalmente, sabía muy bien que el idealismo, aun subjetivo, no impide a grandes filósofos seguir siendo unos glotones o presentarse con tenacidad a la Academia. Pero en rigor, Legrandin no tenía por qué recordar tan a menudo que pertenecía a otro planeta cuando todos sus movimientos convulsivos de cólera o de amabilidad estaban regidos por el deseo de lograr una buena posición en éste.

—¡Naturalmente, cuando me persiguen veinte veces seguidas para hacerme ir a algún sitio —continuó en voz baja—, aunque yo tenga perfecto derecho a mi libertad, no puedo, de todas maneras, proceder como un patán!

La señora de Guermantes se había sentado. Su nombre, como estaba acompañado de su título, añadía a su persona física su ducado, que se

proyectaba en tomo suyo y hacía reinar el frescor umbrío y dorado de los bosques de los Guermantes en medio del salón, en derredor del taburete en que estaba sentada ella. A mí lo único que me extrañaba era que la semejanza no fuese más legible en el rostro de la duquesa, que nada tenía de vegetal, y en el que a lo sumo las pecas de las mejillas —que parecía que hubieran debido estar blasonadas con el nombre de los Guermantes— eran efecto, pero no imagen, de largas galopadas al aire libre. Más tarde, cuando hubo llegado a serme indiferente, conocí muchas particularidades de la duquesa, y especialmente (para atenerme de momento a aquella cuyo hechizo sufría yo ya entonces sin saber distinguirla) sus ojos, en que estaba cautivo como en un cuadro el cielo azul de una tarde de Francia, ampliamente despejado, bañado en luz hasta cuando ésta no brillaba; y una voz que se hubiera creído, por los primeros sonidos roncos, canallesca casi, en la que se arrastraba, como en las gradas de la iglesia de Combray o en la pastelería de la plaza, el oro perezoso y craso de un sol de provincias. Pero ese primer día no distinguí nada; mi ardiente atención volatilizaba inmediatamente lo poco que hubiese podido recoger y en que hubiera podido volver a encontrar algo del nombre de Guermantes. En todo caso me decía que era realmente ella lo que designaba para todo el mundo el nombre de duquesa de Guermantes: la vida inconcebible que ese nombre significaba la contenía realmente aquel cuerpo; acababa de introducirla en medio de unos seres indiferentes, en este salón que la cercaba por todas partes y sobre el cual ejercía una reacción tan viva que me parecía ver, allí donde esa vida dejaba de extenderse, que una orla de efervescencia delimitaba sus fronteras: en la circunferencia que recortaba sobre el tapiz el globo de la falda de pequín azul, y en las claras pupilas de la duquesa, en la intersección de las preocupaciones, de los recuerdos, del pensamiento incomprensible, desdeñoso, divertido y curioso que las llenaban, y de las imágenes extrañas que en ellas se reflejaban. Quizá me hubiera impresionado un poco menos de haberla encontrado en casa de la señora de Villeparisis una tarde cualquiera, en lugar de verla así en uno de estos *días* de la marquesa, en uno de esos tés que no son para las mujeres más que un breve alto en medio de su salida y en los que, al conservar puesto el

sombrero con que acaban de hacer sus compras, traen a la hilera de salones la calidad del aire de afuera y dan más luz a París al final de la tarde que los altos ventanales abiertos en que se oye el rodar de las *victorias:* la señora de Guermantes estaba tocada con un sombrero de paja florido de acianos, y lo que éstos me evocaban no eran los soles de los años remotos, sobre los surcos de Combray, en que tantas veces había cogido yo esas flores en la pendiente inmediata al seto de Tansonville; era el olor y el polvo del crepúsculo, tales como eran hacía un instante, en el momento en que la señora de Guermantes acababa de atravesarlos en la calle de la Paix. Con expresión sonriente, desdeñosa y vaga, sin dejar de hacer un mohín con sus labios apretados, con la punta de su sombrilla, como con la extrema antena de su vida misteriosa, dibujaba redondeles en la alfombra; luego, con esa atención indiferente que empieza por quitar todo punto de contacto con lo que considera uno mismo, su mirada se posaba sucesivamente en cada uno de nosotros; después inspeccionaba los canapés y las butacas, pero suavizándose entonces con la simpatía humana que despierta la presencia, por insignificante que sea, de una cosa que se conoce, de una cosa que es casi una persona; aquellos muebles no eran como nosotros, pertenecían vagamente a su mismo mundo, estaban ligados a la vida de su tía; después, del mueble de Beauvais la mirada volvía a la persona que en él estaba sentada y entonces recobraba la misma expresión de perspicacia y de la misma desaprobación que el respeto de la señora de Guermantes a su tía le hubiera impedido expresar, pero que, al fin y al cabo, hubiera sentido de haber advertido en las butacas, en lugar de nuestra presencia, la de una mancha de grasa o de una capa de polvo.

Entró el excelente escritor G…; venía a hacer a la señora de Villeparisis una visita que consideraba como una carga engorrosa. La duquesa, encantada de volver a encontrarlo, no le hizo, sin embargo, la menor seña; pero él, con la mayor naturalidad, fue al lado de ella, ya que el hechizo que poseía, su tacto, su simplicidad, hacían que la considerase como una mujer de talento. Por lo demás, la cortesía hacía que fuese para él un deber ir a su lado, porque como era un hombre agradable y célebre, la señora de Guermantes le invitaba a menudo a almorzar en la intimidad con ella y su

marido, o bien por el otoño, en Guermantes, aprovechaba esa intimidad para invitarle a cenar, ciertas noches, con altezas que sentían curiosidad por encontrarse con él. Porque a la duquesa le gustaba recibir a ciertos hombres selectos, a condición, sin embargo, de que fuesen solteros, condición que aun de casados llenaban siempre para ella, ya que, como quiera que sus mujeres, más o menos vulgares siempre, hubieran hecho mal papel en un salón a que sólo iban las bellezas más elegantes de París, se les invitaba siempre sin ellas; y el duque, para salir al paso de cualquier susceptibilidad, explicaba a aquellos viudos por fuerza que la duquesa no recibía mujeres, que no soportaba la sociedad de las mujeres, casi como si fuese por prescripción del médico y como hubiera dicho que no podía estar en una habitación en que hubiese olores fuertes, comer manjares demasiado salados, viajar en un vagón de cola o gastar corsé. Verdad es que aquellos grandes hombres veían en casa de los Guermantes a la princesa de Parma, a la princesa de Sagan (a la que Francisca, que siempre estaba oyendo hablar de ella, acabó por llamar, creyendo exigido por la gramática ese femenino, la Saganta) y otras muchas; pero se justificaba su presencia diciendo que eran de la familia o amigas de la infancia a las que no se podía eliminar. Persuadidos o no por las explicaciones que el duque de Guermantes les había dado acerca de la singular enfermedad de la duquesa de no poder tratarse con mujeres, los grandes hombres las transmitían a sus esposas. Algunas pensaban que la enfermedad no era más que un pretexto para ocultar los celos, porque la duquesa quería ser la única que reinase sobre una corte de adoradores. Otras, aun más ingenuas, pensaban que tal vez fuese la duquesa de un género especial, que acaso tuviera, inclusive, un pasado escandaloso, que las mujeres no querrían ir a su casa y que daba el nombre de su fantasía a la necesidad. Las mejores, al oír decir a su marido montes y montañas del talento de la duquesa, estimaban que ésta era tan superior al resto de las mujeres que se aburría en la sociedad de ellas porque no saben hablar de nada. Y es verdad que la duquesa se aburría con las mujeres si su condición principesca no les comunicaba un interés particular. Pero las esposas eliminadas se engañaban al imaginarse que no quisiera recibir más que a hombres para poder hablar de literatura, de ciencia y de

filosofía. Porque jamás hablaba de tales cosas, al menos con los grandes intelectuales. Si en virtud de la misma tradición de familia que hace que las hijas de grandes militares conserven en medio de sus preocupaciones más vanidosas el respeto a las cosas del ejército, la duquesa, nieta de mujeres que habían estado relacionadas con Thiers, Mérimée y Augier, pensaba que, ante todo, debe uno reservar en su salón un lugar a la gente de talento, por otra parte le había quedado de la manera, a la vez condescendiente e íntima, con que esos hombres célebres eran recibidos en Guermantes, el hábito de considerar a las gentes dotadas de ingenio como relaciones familiares, cuyo talento no le deslumbra a uno, a quienes no se les habla de sus obras, cosa que, por lo demás, no les interesaría. Además, el género de ingenio a lo Mérimée, a lo Meilhac, a lo Halévy, que era el suyo, la llevaba, por contraste con el sentimentalismo verbal de una época anterior, a un género de conversación que rechaza todo lo que sea grandes frases y expresión de sentimientos elevados, y hacía que pusiera cierta clase de elegancia, cuando estaba con un poeta o con un músico, en no hablar más que de los platos que estaban comiendo o de la partida de naipes que iban a jugar. Esa abstención tenía para un tercero que estuviese poco al corriente no poco de desconcertante, que llegaba hasta el misterio. Si la señora de Guermantes le preguntaba si le agradaría ser invitado en unión de tal o cual poeta célebre, llegaba a la hora señalada devorado por la curiosidad. La duquesa le hablaba al poeta del tiempo que hacía. Pasaban a la mesa. «¿Le gusta a usted esta manera de poner los huevos?» —preguntaba al poeta—. Ante su asentimiento, que compartía, porque todo lo que era de su propia casa le parecía exquisito, hasta una sidra espantosa que hacía traer de Guermantes: «Sírvale más huevos al señor», ordenaba al maestresala, mientras el tercero, ansioso, seguía esperando lo que seguramente había sido la intención, puesto que habían dispuesto las cosas para verse, a pesar de mil dificultades, antes de que saliese de viaje el poeta, de éste y de la duquesa. Pero seguía el almuerzo, retiraban los platos unos tras otros, no sin deparar a la señora de Guermantes ocasión para ingeniosas bromas o agudas anécdotas. El poeta, a todo esto, seguía comiendo, sin que ni el duque ni la duquesa pareciesen acordarse de que fuese poeta. Y poco después había

terminado el almuerzo y se decían adiós sin haber hablado una palabra de poesía, que a todos les gustaba, sin embargo, pero de la que, en virtud de una reserva análoga a la que Swann me había hecho conocer por anticipado, nadie hablaba. Esa reserva era sencillamente de buen tono. Mas para el extraño, a poco que reflexionase sobre ella, tenía algo sobremanera melancólico, y las comidas del medio de Guermantes hacían pensar entonces en esas horas que los enamorados tímidos pasan juntos a menudo hablando de trivialidades hasta el momento de dejarse y sin que, sea por timidez, por pudor o por torpeza, el gran secreto que serían más dichosos en confesar haya podido pasar nunca de su corazón a sus labios. Por otra parte, hay que añadir que ese silencio respecto de las cosas profundas que esperaba uno siempre en vano que llegase el momento de abordar, si podía pasar por característico de la duquesa, no era absoluto en ella. La señora de Guermantes había pasado su juventud en un medio un tanto diferente, tan aristocrático, pero menos brillante y, sobre todo, menos fútil que el ambiente en que vivía hoy, y de una gran cultura. Había dejado en su frivolidad actual una a modo de capa más sólida, invisiblemente nutricia y a la que incluso iba a buscar la duquesa (rarísimas veces, porque detestaba la pedantería) alguna cita de Víctor Hugo o de Lamartine, que, muy bien traída, dicha con una sentida mirada de sus hermosos ojos, no dejaba de sorprender y de encantar. A veces, incluso, sin pretensiones, con pertinencia y sencillez, daba a un autor dramático académico algún consejo sagaz, le hacía atenuar una situación o cambiar un desenlace.

Si en el salón de la señora de Villeparisis, lo mismo que en la iglesia de Combray, en la boda de la señorita de Percepied, me costaba trabajo encontrar en el hermoso rostro, demasiado humano, de la señora de Guermantes la incógnita de su nombre, pensaba por lo menos que cuando hablaba, su charla, profunda, misteriosa, tendría una extraña calidad de tapicería medieval, de vidriera gótica. Mas para que no me hubiera sentido defraudado por las palabras que oyese pronunciar a una persona que se llamaba señora de Guermantes, aun cuando yo no la hubiese querido, tampoco hubiera bastado con que sus frases fuesen agudas, hermosas y profundas; hubiera sido preciso que reflejasen el color amaranto de la

última sílaba de su nombre, aquel color que desde el primer día me había chocado no encontrar en su persona y que había hecho refugiarse en su pensamiento. Naturalmente que ya había oído a la señora de Villeparisis, a Saint-Loup, a gentes cuya inteligencia no tenía nada de extraordinario, pronunciar sin preocupación alguna ese nombre de Guermantes, sencillamente como si fuese una persona que iba a venir de visita o con la cual hubiese uno de almorzar, sin que parecieran percibir en ese nombre aspectos de bosques amarillentos y todo un misterioso rincón de provincias. Pero eso debía de ser una afectación suya, como cuando los poetas clásicos no nos advierten respecto a las profundas intenciones que sin embargo han tenido; afectación que también yo me esforzaba en imitar diciendo en el tono más natural «la duquesa de Guermantes», como un nombre que se hubiera parecido a cualesquiera otros. Por lo demás, todo el mundo aseguraba de ella que era una mujer muy inteligente, de una conversación ingeniosa, que vivía en un reducido círculo de los más interesantes; palabras que se hacían cómplices de mi ensueño. Porque cuando decían círculo inteligente, conversación ingeniosa, lo que yo me imaginaba no era de ningún modo la inteligencia tal como ya la conocía, aunque fuese la de los más grandes ingenios, de ningún modo componía de gentes como Bergotte ese círculo. No; lo que yo entendía por inteligencia era una facultad inefable, dorada, impregnada de un frescor silvestre. Aun pronunciando las frases más inteligentes (en el sentido de que tomaba yo la palabra *inteligente* cuando se trataba de un filósofo o de un crítico), la señora de Guermantes habría defraudado acaso mi espera de una facultad tan particular, todavía más que si en una conversación insignificante se hubiera contentado con hablar de recetas de cocina o del mobiliario de un castillo, con citar nombres de vecinos o de parientes suyos que me hubiesen evocado su vida.

—Creí que encontraría aquí a Basin, pensaba venir a verla a usted —dijo la señora de Guermantes a su tía.

—Hace varios días que no he visto a tu marido —respondió en tono susceptible y molesto la señora de Villeparisis—. No le he visto, o a lo

sumo una vez, acaso desde la encantadora broma de hacerse anunciar como la reina de Suecia.

La señora de Guermantes, para sonreír, plegó las comisuras de los labios como si hubiera mordido su velillo.

—Hemos almorzado ayer con ella en casa de Blanca Leroi; no la conocería usted, se ha puesto enorme, estoy segura de que está enferma.

—Precisamente estaba diciéndoles a estos señores que tú le encontrabas parecido con una rana.

La señora de Guermantes dejó oír cierto ruidillo ronco que significaba que se reía zumbonamente, por cumplido.

—No sabía que hubiese hecho yo esa linda comparación; pero en ese caso ahora es la rana que ha conseguido ponerse tan abultada como el buey. O mejor dicho, no es precisamente eso, porque toda la gordura se le ha amontonado en el vientre; es más bien una rana en estado interesante.

—¡Ah!, la comparación tiene muchísima gracia —dijo la señora de Villeparisis, que en el fondo se sentía bastante orgullosa ante sus visitantes del ingenio de su sobrina.

—Sobre todo es *arbitraria* —respondió la señora de Guermantes, recalcando irónicamente este epíteto selecto, como hubiera hecho Swann—, porque confieso que nunca he visto una rana de parto. En todo caso, esa rana, que por lo demás no clama por rey, ya que nunca la he visto más desatada que desde la muerte de su esposo, ha de ir a almorzar a casa un día de la semana que viene. He dicho que la avisaría a usted de todas formas.

La señora de Villeparisis dejó oír una especie de mormojeo indistinto.

—Ya sé que ha almorzado anteayer en casa de la señora de Mecklembourg —añadió—. Estaba allí Aníbal de Bréauté. Ha venido a contármelo con bastante gracia, debo confesarlo.

—Había en ese almuerzo alguien más ingenioso aún que Babal —dijo la señora de Guermantes, que, con ser tan íntima del señor de Bréauté-Consalvi, trataba de demostrarlo llamándole por el diminutivo—. Es el señor Bergotte.

Yo no había pensado que Bergotte pudiera ser considerado como ingenioso; además se me aparecía como mezclado a la humanidad

inteligente, es decir, infinitamente distante del reino misterioso que yo había divisado bajo las colgaduras de púrpura de una platea, y en el que el señor de Bréauté, haciendo reír a la duquesa, sostenía con ella en la lengua de los Dioses esta cosa inimaginable: una conversación entre gente del barrio de Saint-Germain. Quedé consternado al ver que el equilibrio se rompía y que Bergotte pasaba por encima del señor de Bréauté. Pero lo que sobre todo me sumió en la desesperación fue el haber evitado a Bergotte la tarde de *Fedra,* no haber ido a su encuentro cuando oí a la señora de Guermantes decir a la de Villeparisis:

—Es la única persona a quien tengo ganas de conocer —añadió la duquesa, en quien podía siempre como en el momento de una marea espiritual verse el flujo de una curiosidad respecto de los intelectuales célebres cruzándose en el camino con el reflujo del esnobismo aristocrático —. ¡Cómo me gustaría!

La presencia de Bergotte a mi lado, presencia que me hubiera sido tan fácil conseguir, pero que yo hubiera creído que podía dar mala idea de mí a la señora de Guermantes, hubiese tenido sin duda como resultado, por el contrario, que la duquesa me hubiera hecho seña para que fuese a su platea y me pidiese que le llevara a almorzar un día al gran escritor.

—Parece que no ha estado muy amable; se lo han presentado al señor de Coburgo y no le ha dicho una palabra —agregó la señora de Guermantes señalando este rasgo curioso como hubiera contado que un chino se sonaba las narices con un papel—. Ni una sola vez le llamó «monseñor» —añadió aparentemente divertida por este detalle tan importante para ella como la negativa de un protestante, en el curso de una audiencia con el Papa, a hincarse de rodillas ante Su Santidad.

Interesada por estas particularidades de Bergotte, no parecía, por lo demás, que las hallase censurables, y más bien se dijera que las consideraba en él como un mérito, sin que ella misma supiera exactamente de qué género. No obstante esta extraña manera de comprender la originalidad de Bergotte, me ocurrió más tarde descubrir que no era completamente de desdeñar el que la señora de Guermantes, con gran extrañeza de muchos, hallase a Bergotte más ingenioso que al señor de Bréauté. Estos juicios

subversivos, aislados, y sin embargo justísimos, son formulados así en el gran mundo por algunas raras personas superiores a las demás. Y en ellos dibujan los primeros trazos de la jerarquía de los valores tal como habrá de establecerla la generación siguiente en lugar de atenerse eternamente a la antigua.

El conde de Argencourt, encargado de Negocios de Bélgica, y primo en tercer grado, por afinidad, de la señora de Villeparisis, entró cojeando, seguido poco después por dos jóvenes, el barón de Guermantes y S. A., el duque de Châtellerault, al cual dijo la señora de Guermantes: «¡Hola, Châtellerault chico!», con expresión distraída y sin moverse de su taburete, porque era grande amiga de la madre del joven duque, el cual, debido a esto y desde su infancia, tenía un extremado respeto para ella. Altos, cenceños, con la piel y el cabello dorados, completamente del tipo Guermantes, los dos jóvenes parecían una condensación de la luz primaveral y vesperal que inundaba el vasto salón. Siguiendo una costumbre que estaba de moda por aquel entonces, dejaron sus sombreros de copa en el suelo, cerca de sí. El historiador de la Fronda pensó que debían de estar molestos como un aldeano que entra en la alcaldía y no sabe qué hacer con el sombrero. Creyendo que debía acudir caritativamente en auxilio de la torpeza y la timidez que les suponía:

—No, no —les dijo—; no los dejen ustedes en el suelo, van ustedes a aplastarlos.

Una mirada del barón de Guermantes, poniendo oblicuo el plano de sus pupilas, hizo pasar por éstas de pronto un color de un azul duro y cortante que dejó helado al bondadoso historiador.

—¿Cómo se llama ese caballero? —me preguntó el barón, que acababa de serme presentado por la señora de Villeparisis.

—El señor Pierre —respondí a media voz.

—¿Pierre… qué?

—Pierre es su apellido, es un historiador de gran valía.

—¡Ah, si lo dice usted!

—No, es una costumbre nueva que tienen estos señores de dejar los sombreros en el suelo —explicó la señora de Villeparisis—; a mí me pasa lo

que a usted, que no acabo de hacerme a ella. Pero prefiero eso a lo que hace mi sobrino Roberto, que siempre deja el sombrero en la antesala. Le digo cuando le veo entrar así que parece el relojero, y le pregunto si viene a dar cuerda a los relojes.

—Hace un momento hablaba usted, señora marquesa, del sombrero del señor Molé; no tardaremos en llegar a hacer lo que Aristóteles en el capítulo de los sombreros —dijo el historiador de la Fronda, algo más tranquilo gracias a la intervención de la señora de Villeparisis; pero así y todo, con una voz tan débil aún, que salvo yo, no le oyó nadie.

—La verdad es que es pasmosa la duquesita —dijo el señor de Argencourt, señalando a la señora de Guermantes, que hablaba con G…—. En el momento en que hay en un salón algún hombre que esté de moda, se le encuentra siempre al lado de ella. Evidentemente, no puede ser nadie más que el sumo pontífice el que esté con ella. No pueden ser todos los días Borelli, Schlumberger o d'Avenel. Pero entonces serán Pierre Loti o Edmond Rostand. Ayer tarde, en casa de los Doudeauville, donde, entre paréntesis, estaba espléndida con su diadema de esmeraldas, con un magnífico traje rosa de cola, tenía a un lado al señor Deschanel, al otro al embajador de Alemania; se las tenía tiesas a propósito de la China; el gran público, que estaba a una distancia respetuosa y no oía lo que se decían, se preguntaba si no iba a estallar una guerra. La verdad es que parecía una reina que sostenía un asedio.

Todos se habían acercado a la señora de Villeparisis para verla pintar.

—Esas flores son de un rosa verdaderamente celeste —decía Legrandin —; quiero decir, color de cielo rosa. Porque hay un rosa celeste como hay un azul celeste. Pero —murmuró, tratando de que sólo le oyese la marquesa — creo que aún me inclino más a lo sedoso, al encarnado vivo de la copia que hace usted de ellas. ¡Oh!, deja usted muy atrás a Pisanello y a Van Huysun y su herbario minucioso y muerto.

Un artista, por modesto que sea, acepta siempre verse preferido a sus rivales y se limita a tratar de hacerles justicia.

—Lo que a usted le produce ese efecto es que ellos pintaban flores de aquel tiempo, que ya no conocemos; pero tenían una gran maestría.

—¡Ah! ¡Flores de aquel tiempo! ¡Qué ingenioso! —exclamó Legrandin.

—Pinta usted, en efecto, flores de cerezo… o rosas de mayo muy hermosas —dijo el historiador de la Fronda, no sin alguna vacilación en cuanto a la flor, pero con aplomo en la voz, porque empezaba a olvidar el incidente de los sombreros.

—No, son flores de manzano —dijo la duquesa de Guermantes dirigiéndose a su tía.

—¡Ah!, ya veo que eres buena campesina; sabes distinguir las flores lo mismo que yo.

—¡Ah, sí! ¡Es verdad! Pero yo creía que había pasado ya el tiempo de los manzanos —dijo al buen tuntún el historiador de la Fronda, para disculparse.

—No, al contrario, aún no han echado flor; no estarán en flor hasta dentro de quince días, de tres semanas acaso —dijo el archivero, que, como administraba hasta cierto punto las propiedades de la señora de Villeparisis, estaba más al corriente de las cosas del campo.

—Sí, y aun eso en los alrededores de París, donde están muy adelantados. En Normandía, por ejemplo, en casa del padre de éste —dijo señalando al duque de Châtellerault—, que tiene unos pomares magníficos a orillas del mar, como en un biombo japonés, no se ponen realmente de color rosa hasta después del 20 de mayo.

—Yo no los veo nunca —dijo el joven duque—, porque me dan la fiebre del heno. ¡Mire usted que es grande eso!

—La fiebre del heno… Nunca he oído hablar de ella —dijo el historiador.

—Es la enfermedad de moda —dijo el archivero.

—Eso, según; quizá no le diese a usted si fuese un año en que hubiera manzana. Ya sabe usted el dicho del normando: «¡Para un año que hay manzanas…!» —dijo el señor de Argencourt, que, sin ser francés del todo, trataba de dárselas de parisiense.

—Tienes razón —respondió a su sobrina la señora de Villeparisis—, son flores de manzano del mediodía. Una florista me ha mandado estas ramas, rogándome que las aceptase. Le chocará a usted, señor Valmère —

dijo volviéndose al archivero—, que una florista me mande ramas de manzano. Pero, a pesar de ser una vieja, conozco gente, tengo algunos amigos —añadió sonriendo por sencillez, según creyó la mayor parte de los presentes, o más bien, a lo que me pareció, porque encontraba divertido envanecerse de la amistad de una florista cuando se tenían relaciones tan encopetadas.

Bloch se levantó para ir a admirar a su vez las flores que pintaba la señora de Villeparisis.

—Así como así, marquesa —dijo el historiador volviendo a su asiento —, aun cuando volviese una de esas revoluciones que tan a menudo han ensangrentado la historia de Francia, y en estos tiempos en que vivimos, ¡Dios mío!, no puede uno saber… —añadió lanzando una mirada circular y circunspecta como para ver si había alguno «de la cáscara amarga» en el salón, aunque no lo esperase—, con un talento como ése y con sus cinco lenguas, siempre estaría usted segura de salir adelante.

El historiador de la Fronda paladeaba cierto descanso, porque se había olvidado de sus insomnios. Pero de pronto recordó que hacía seis días que no había dormido, y entonces una ruda fatiga, nacida de su mente, se apoderó de sus piernas, le hizo encorvar la espalda, y su rostro desolado colgaba semejante al de un viejo.

Bloch quiso hacer un ademán para expresar su admiración, pero de un codazo tiró el vaso en que estaba la rama, y todo el agua se vertió sobre el tapiz.

—Tiene usted verdaderamente dedos de hada —dijo a la marquesa el historiador, que, como estaba vuelto de espaldas a mí en aquel momento, no se había dado cuenta de la torpeza de Bloch.

Pero éste creyó que la frase se aplicaba a él, y para ocultar bajo una insolencia la vergüenza de su desmaño:

—No tiene ninguna importancia —dijo—, porque no me he mojado.

La señora de Villeparisis llamó, y un lacayo vino a secar el tapiz y a recoger los pedazos de cristal. La señora invitó a su *matinée* a los dos jóvenes, así como a la duquesa de Guermantes, a la que advirtió:

—No te olvides de decirles a Gisela y a Berta (las duquesas de Auberjon y de Portefin) que estén aquí un poco antes de las dos para ayudarme —como hubiera dicho a unos maestresalas contratados para la fiesta que viniesen antes de la hora para preparar las compoteras.

No tenía con sus parientes principescos, como tampoco con el señor de Norpois, ninguna de las amabilidades que tenía para con el historiador, para con Cottard, para con Bloch, para conmigo, y parecía que aquéllos no tuviesen para ella otro interés que el de ofrecerlos como pasto a nuestra curiosidad. Es que sabía que no tenía por qué molestarse por unas gentes para quienes no era una mujer más o menos brillante, sino la hermana susceptible, y tratada con miramientos, de su padre o de su tío. De nada le hubiera servido tratar de brillar ante ellos, a quienes no podía engañar con eso en cuanto a lo sólido o lo endeble de su situación, aparte de que conocían mejor que nadie su historia y respetaban la ilustre casta de que había nacido. Pero, sobre todo, no eran para ella más que un residuo muerto que ya no fructificaría; no habían de hacerle conocer a sus nuevos amigos ni compartir sus placeres. Sólo podía conseguir su presencia o la posibilidad de hablar con ellos, en su recepción de las cinco, lo mismo que más tarde en sus Memorias, de que esa recepción no era sino a manera de un ensayo, de una primera lectura en alta voz ante un pequeño círculo. Y en la compañía que todos esos nobles parientes le servían para interesar, para deslumbrar, para encadenar; en la compañía de los Cottard, de los Bloch, de los autores dramáticos de nota, historiadores de la Fronda de todas clases, estaban para la señora de Villeparisis —a falta de la parte del mundo elegante que no iba a su casa— el movimiento, la novedad, las diversiones y la vida; de toda esa gente era de quien podía obtener ventajas sociales (que bien valían la pena de que les hiciese encontrarse a veces, sin que la conociesen nunca, con la duquesa de Guermantes), almuerzos con hombres notables cuyos trabajos le habían interesado, una ópera cómica o una pantomima que el autor en persona dirigía, ponía y bacía representar en su casa; palcos para espectáculos curiosos. Bloch se puso en pie para marcharse. Había dicho en voz alta que el incidente del vaso con flores volcado no tenía ninguna importancia, pero lo que decía por lo bajo era diferente, más diferente aún

lo que pensaba: «Cuando no se tienen criados suficientemente bien enseñados para saber colocar un vaso sin peligro de empapar y aun herir a los visitantes, no se mete uno en estos lujos», rezongaba por lo bajo Era uno de esos hombres susceptibles y *nerviosos* que no pueden soportar el haber cometido una torpeza que sin embargo, no se confiesan a sí mismos, porque les echa a perder todo el día. Furioso, se sentía lleno de pensamientos negros, no quería volver a frecuentar más el gran mundo. Era ese momento en que hace falta un poco de distracción. Afortunadamente, la señora de Villeparisis iba a hacerle quedarse un segundo después. Fuera porque conociese las opiniones de sus amigos y la ola de antisemitismo que empezaba a alzarse, o bien fuera por distracción, no lo había presentado a las personas que se encontraban allí. El, sin embargo, como tenía poco mundo, creyó que al marcharse debía saludarlas, para demostrar su trato social, pero sin ninguna habilidad; inclinó varias veces la frente, hundió el barbudo mentón en el cuello postizo, mirando sucesivamente a cada uno a través de sus lentes con expresión fría y descontenta. Pero la señora de Villeparisis le detuvo; aún tenía que hablarle de la comedieta en un acto que había de representarse en su casa, y, por otra parte, no hubiera querido que se fuese sin haber tenido la satisfacción de conocer al señor de Norpois (al que le extrañaba no ver entrar), y aun cuando esta presentación fuese superflua, puesto que Bloch estaba ya resuelto a convencer a las dos artistas de quienes había hablado para que viniesen a cantar gratis a casa de la marquesa, en interés de su propia gloria, en una de aquellas recepciones que frecuentaba la flor y nata de Europa. Incluso había propuesto, además, una trágica «de ojos puros, bella como Hera», que declamaría unas prosas líricas con el sentido de la belleza plástica. Pero al oír su nombre, la señora de Villeparisis la había rechazado, porque era la amiga de Saint-Loup.

—Tengo mejores noticias —me dijo al oído—; creo que eso ya no se sostiene más que con un ala y que no tardarán en estar separados, a pesar de un oficial que ha desempeñado un papel abominable en toda esa historia —añadió. Porque la familia de Roberto empezaba a aborrecer de muerte al señor de Borodino, que había dado la licencia para Brujas a instancias del peluquero, y le acusaba de favorecer unas relaciones infames—. ¡Está muy

mal! —me dijo la señora de Villeparisis con el acento virtuoso de los Guermantes, incluso los más depravados—. ¡Pero muy, muy mal! —repitió, poniendo tres *emes* al muy—. Se veía que no dudaba que el de Borodino hiciese de tercero en todas las orgías. Pero como la amabilidad era en la marquesa el hábito predominante, su expresión de ceñuda severidad respecto del horrible capitán cuyo nombre dijo con un énfasis irónico: «El príncipe de Borodino», como mujer para quien el Imperio no cuenta, acabó en un tierna sonrisa dirigida a mí con un mecánico guiño de vaga connivencia conmigo.

—Le tengo mucho afecto a De Saint-Loup-en-Bray —dijo Bloch—, aunque sea un pájaro de cuenta, porque está extraordinariamente bien educado. Tengo predilección, no por él, sino por las personas extraordinariamente bien educadas. ¡Son tan raras! —continuó, sin darse cuenta, porque empezaba por ser él mismo muy mal educado, de hasta qué punto desagradaban sus palabras—. Voy a citarles a ustedes una prueba que a mí me parece evidentísima de su perfecta educación. Una vez me lo encontré con un joven, cuando iba a subir a su carro de hermosas llantas, después de haber puesto con sus propias manos las espléndidas correas a dos caballos nutridos con avena y cebada y a los que no hace falta excitar con el centelleante látigo. Nos presentó, pero yo no entendí el nombre del joven, pues nunca se entiende el nombre de las personas que le presentan a uno —añadió riéndose, porque ésta era una gracia de su padre—. De Saint-Loup-en-Bray no abandonó su sencillez, no alardeó exageradamente del joven, no pareció cohibido ni poco ni mucho. Y lo bueno del caso es que algunos días después me enteré, por casualidad, de que el joven era hijo de sir Rufus Israels.

El final de la historia pareció menos chocante que su comienzo, porque resultó incomprensible para los presentes. En efecto, sir Rufus Israels, que a Bloch y a su padre les parecía un personaje casi regio, ante el cual debería temblar Saint-Loup, era, por el contrario, a los ojos del círculo de los Guermantes, un extranjero advenedizo, tolerado por la buena sociedad, pero de cuya amistad no se le hubiera ocurrido a nadie enorgullecerse ni mucho menos.

—Lo he sabido —dijo Bloch— por el apoderado de sir Rufus Israels, que es amigo de mi padre y un hombre lo que se dice extraordinario. ¡Ah!, un individuo absolutamente curioso —añadió con la energía afirmativa, con el acento de entusiasmo que sólo se ponen en aquellas convicciones que uno no se ha formado por sí mismo.

Bloch se había mostrado encantado ante la idea de conocer al señor de Norpois.

—Le hubiera gustado —decía— hacerle hablar de la cuestión Dreyfus. Hay una mentalidad en eso que no conozco bien, y no dejaría de ser sabroso hacerle una interviú a este eminente diplomático —dijo en tono sarcástico, porque no pareciera que se consideraba inferior al embajador.

—Dime —continuó hablándome muy bajito—, ¿como qué capital podrá tener Saint-Loup? Ya comprenderás que, si te hago esta pregunta, la cosa me tiene tan sin cuidado como el año de la Nanita, pero es desde el punto de vista balzaciano, ¿comprendes? ¿Ni siquiera sabes en qué lo tiene puesto, si tiene valores franceses, extranjeros, tierras?

No pude facilitarle ningún informe. Dejando de hablar a media voz, Bloch pidió, en alto, permiso para abrir las ventanas, y, sin aguardar respuesta, se dirigió hacia ellas. La señora de Villeparisis dijo que no era posible abrirlas, que estaba acatarrada.

—¡Ah! ¡Si ha de sentarle a usted mal!… —respondió Bloch, contrariado—. Pero la verdad es que hace calor de veras.

Y echándose a reír, obligó a hacer a sus miradas, que giraron en torno a la concurrencia, una colecta que reclamaba un apoyo contra la señora de Villeparisis. No lo encontró entre toda aquella gente bien educada. Sus encendidos ojos, que no habían podido sobornar a nadie, recobraron resignadamente su expresión seria; declaró, a modo de derrota:

—Lo menos hace 22,25°. No me extraña. Yo estoy poco menos que sudando. Y no poseo, como el sabio Antenor, hijo del río Alfeios, la facultad de sumirme en la paterna onda, para restañar mi sudor antes de entrar en una bañera bruñida y ungirme de un óleo perfumado. —Y con esa necesidad que tenemos de esbozar para uso de los demás teorías médicas cuya aplicación sería favorable a nuestro propio bienestar—: ¡Ya que usted

cree que eso es bueno para usted!… Yo creo todo lo contrario. Eso es precisamente lo que la acatarra.

La señora de Villeparisis sintió que hubiera dicho todo esto tan alto, pero no le concedió gran importancia cuando vio que el archivero, cuyas opiniones nacionalistas la tenían, por decirlo así, en un brete, se encontraba demasiado lejos para que hubiera podido oír nada. Más le molestó oír que Bloch, arrastrado por el demonio de su mala educación, que le había dejado ciego previamente, le preguntase, riéndose de la chuscada paterna:

—¿No he leído yo un erudito estudio suyo en que demostraba por qué razones irrefutables la guerra rusojaponesa tenía que acabar con la victoria de los rusos y la derrota de los japoneses? Además, ¿no está un poco chocho? Me parece que es él uno que he visto mirando a su silla, antes de ir a sentarse en ella, deslizándose como sobre ruedas…

—¡Nunca! Espere usted un instante —añadió la marquesa—; no sé qué puede estar haciendo.

Llamó, y cuando entró el criado, como no disimulaba ni poco ni mucho e incluso le gustaba hacer ver que su antiguo amigo se pasaba la mayor parte del tiempo, en casa de ella:

—Vaya usted a decir al señor de Norpois que venga; está clasificando unos papeles en mi despacho; dijo que tardaría veinte minutos en venir y hace ya una hora y tres cuartos que le espero. Le hablará a usted del asunto Dreyfus, de todo lo que usted quiera —dijo en tono de enfado a Bloch—; no está muy de acuerdo con lo que está pasando.

Porque el señor de Norpois estaba a mal con el ministerio actual, y la señora de Villeparisis, aunque su amigo no se hubiera permitido llevar personas del gobierno a casa de ella (que de todas maneras conservaba su altivez de dama de la aristocracia más encopetada y permanecía aparte y por encima de las relaciones que él se veía obligado a cultivar), estaba de todas formas al corriente, por mediación suya, de cuanto pasaba. Tampoco los políticos del régimen se hubieran atrevido a pedir al señor de Norpois que les presentase a la señora de Villeparisis. Pero algunos de ellos habían ido a buscarle a casa de ésta, en el campo, cuando habían tenido necesidad de su concurso en circunstancias graves. Sabían la dirección. Iban al

castillo. No conocían a la castellana. Pero ésta, a la hora del almuerzo, decía:

—Sé que han venido a molestarle a usted. ¿Van mejor las cosas?

—¿Tiene usted mucha prisa? —preguntó la señora de Villeparisis a Bloch.

—No, no; quería marcharme porque no estoy muy bien; es más, andamos a ver si voy a tomar aguas a Vichy para reponerme de la vesícula biliar —dijo, articulando estas palabras con una ironía satánica.

—¡Hombre! Pues precisamente mi sobrino Châtellerault tiene que ir allí; debían ustedes arreglar las cosas de modo que fuesen juntos. ¿Está todavía ahí? Es muy amable, ¿sabe usted? —dijo la señora de Villeparisis, acaso de buena fe y pensando que dos personas a las que ella conocía no tenían ninguna razón para no trabar amistad entre sí.

—¡Oh!, no sé si a él le haría gracia; no le conozco… casi; ahí está, más allá —dijo Bloch, confuso y encantado.

El maestresala no había debido de cumplir del todo el encargo que acababan de darle para el señor de Norpois, porque éste, para hacer creer que llegaba de fuera y que aún no había visto a la señora de la casa, cogió un sombrero, al azar, en la antesala, y vino a besar ceremoniosamente la mano de la señora de Villeparisis, preguntándole cómo se encontraba, con el mismo interés que se manifiesta tras una larga ausencia. Ignoraba que la marquesa de Villeparisis había quitado de antemano toda verosimilitud a aquella comedia, a la que, por lo demás, puso fin llevándose al señor de Norpois y a Bloch a un salón vecino. Bloch, que había visto todos los cumplidos que los demás dirigían al que aún no sabía que fuese el señor de Norpois, así como los saludos acompasados, graciosos y profundos con que el embajador respondía a aquéllos, se sentía inferior a todo aquel ceremonial, y, molesto al pensar que jamás se dirigiría a él, me había dicho, por alardear de desenvoltura: «¿Quién es ese pedazo de imbécil?». Quizá, por lo demás, como todos los saludos del señor de Norpois herían lo mejor que había en Bloch —la franqueza más directa de un ambiente moderno—, los encontraba en parte sinceramente ridículos. Como quiera que fuese,

dejaron de parecerle tales, e incluso le encantaron desde el instante en que fue él mismo, Bloch, quien se encontró convertido en objeto de ellos.

—Señor embajador —dijo la señora de Villeparisis—, quisiera presentarle a usted a este caballero. El señor Bloch, el señor marqués de Norpois. A pesar de la manera que tenía de tratar al señor de Norpois con aspereza, mostraba particular empeño en llamarle «señor embajador», por urbanidad, por exagerada consideración al rango de embajador, consideración que le había inculcado el marqués, y, en fin, por aplicar esas maneras menos familiares, más ceremoniosas para con un determinado hombre, que, en el salón de una mujer distinguida, al contrastar con la libertad de que ésta usa con sus demás asiduos, indican inmediatamente a su amante.

El señor de Norpois ahogó su mirada azul en su barba blanca, dobló profundamente su elevada estatura como si se inclinase ante todo lo que de notorio e imponente representaba para él el nombre de Bloch, murmuró: «¡Encantado!», mientras su joven interlocutor, lisonjeado, pero juzgando que el célebre diplomático iba demasiado lejos, rectificó presuroso y dijo: «¡Nada de eso! ¡Al contrario, el que está encantado soy yo!». Pero esta ceremonia que el señor de Norpois, por amistad a la señora de Villeparisis, renovaba con cada desconocido que su antigua amiga le presentaba, aún no le pareció a ésta suficiente cortesía para con Bloch, al que dijo:

—¡Pero pregúntele usted todo lo que desea saber! Lléveselo ahí al lado, si le resulta más cómodo; le encantará charlar con usted; me parece que quería usted hablarle de la cuestión Dreyfus —añadió, sin preocuparse de si le haría gracia o no al señor de Norpois, ni más ni menos que no se le hubiera ocurrido solicitar su venia al retrato de la duquesa de Montmorency antes de hacer que lo alumbrasen para que lo viese el historiador, o consultar el parecer del té antes de servir una taza de él.

—Háblele usted alto —le dijo a Bloch—, es un poco sordo; pero le dirá todo lo que usted desee saber; ha conocido muy bien a Bismarck, a Cavour. ¿No es verdad —dijo con fuerza— que ha conocido usted mucho a Bismarck?

—¿Tiene usted alguna cosa en preparación? —me preguntó el señor de Norpois, haciéndome una seña de inteligencia mientras me estrechaba la mano cordialmente. Me aproveché de ello para descargarle cortésmente del sombrero, que había creído que debía traer consigo en señal de ceremonia, porque acababa de darme cuenta de que era el mío el que había cogido por casualidad—. Me había enseñado usted una obrilla un tanto taraceada, en que se dedicaba a cortar pelos en cuatro. Le di francamente mi opinión; lo que había hecho usted no valía la pena de que lo trasladase al papel. ¿Prepara usted algo? Le tiene a usted muy sorbido el seso Bergotte, si mal no recuerdo.

—¡Ah, no hable usted mal de Bergotte! —exclamó la duquesa.

—No discuto su talento de pintor, a nadie se le ocurriría semejante cosa, duquesa. Sabe grabar con el buril o al aguafuerte, ya que no pintar a brochazos, como Cherbuliez, una vasta composición. Pero me parece que nuestro tiempo incurre en una confusión de géneros, y que lo que es propio del novelista es urdir una intriga y levantar los corazones más bien que esmerarse en dibujar a la punta seca un frontispicio o una viñeta. Tengo que ver a su padre de usted el domingo, en casa del bueno de A. J. —añadió, volviéndose hacia mí.

Por un instante esperé, al verle hablar con la señora de Guermantes, que acaso me prestase para ir a casa de ésta la ayuda que me había negado para ir a la del señor Swann.

—Otra de mis grandes admiraciones —le dije— es Elstir. Parece ser que la duquesa de Guermantes tiene algunos cuadros suyos maravillosos, especialmente el admirable manojo de rábanos que vi de pasada en la Exposición y que tanto me gustaría volver a ver; ¡qué obra maestra es ese cuadro!

Y, en efecto, de haber sido yo un hombre destacado y si me hubieran preguntado qué obra pictórica prefería, habría citado aquel manojo de rábanos.

—¿Una obra maestra? —exclamó el señor de Norpois con expresión de extrañeza y de censura—. Ni siquiera tiene la pretensión de ser un cuadro,

sino un simple boceto (tenía razón). Si le llama usted obra maestra a ese esbozo, ¿qué deja usted para la *Virgen* de Hébert o de Dagnan-Bouveret?

—Ya he oído que rechazaba usted a la amiga de Roberto —dijo la señora de Guermantes a su tía después que Bloch se hubo llevado aparte al embajador—; creo que nada tiene que lamentar con ello, ya sabe usted que es una calamidad, no tiene ni chispa de talento, y encima es grotesca.

—Pero ¿cómo la conoce usted, duquesa? —dijo el señor de Argencourt.

—¡Pero, cómo! ¿No sabe usted que ha representado en mi casa antes que en ningún otro sitio? No por ello estoy más orgullosa —dijo, riéndose, la señora de Guermantes, feliz, sin embargo, ya que se hablaba de aquella actriz, de hacer saber que había sido ella quien había gozado las primicias de sus ridiculeces—. Bueno, ya no me queda más que marcharme —añadió, sin moverse.

Acababa de ver entrar a su marido, y con las palabras que pronunciaba hacía alusión a lo cómico que resultaba que pareciesen hacer al mismo tiempo una visita de bodas, y no en modo alguno a las relaciones frecuentemente difíciles que existían entre ella y aquel enorme mocetón que se iba volviendo viejo, pero que seguía haciendo siempre vida de joven. Paseando sobre el gran número de personas que rodeaban la mesa de té las miradas afables, maliciosas y ligeramente deslumbradas por los rayos del sol poniente, de sus pequeñas pupilas redondas y exactamente incrustadas en el ojo como las *dianas* a que sabía apuntar y dar tan perfectamente, como excelente tirador que era, el duque avanzaba con una lentitud asombrada y prudente, cual si, intimidado por una reunión tan brillante, hubiera tenido miedo de pisar los trajes e interrumpir las conversaciones. Una sonrisa permanente de buen rey de Yvetot ligeramente chispo, una mano semiextendida, flotando, como la aleta de un tiburón, a la altura del pecho, y que dejaba estrechar indistintamente por sus viejos amigos y por los desconocidos que le presentaban, le permitían, sin que tuviera que hacer un solo gesto ni interrumpir su trayectoria apacible, apática y regia, satisfacer la solicitud de todos, murmurando solamente: «Hola, buenas tardes; buenas, mi querido amigo; encantado, señor Bloch; buenas tardes, Argencourt», y al llegar a mí, que fui el más favorecido, cuando hubo oído mi nombre:

«Buenas tardes, vecinillo, ¿cómo está su padre? ¡Hombre excelente!». Sólo hizo grandes demostraciones ante la señora de Villeparisis, que le saludó con un movimiento de cabeza, sacando una mano de su delantalillo.

Formidablemente rico en un mundo en que la gente lo es cada vez menos, como había asimilado a su persona por modo permanente la noción de esa enorme fortuna, la vanidad del gran señor, en él, estaba redoblada por la del hombre acaudalado, consiguiendo a duras penas la educación refinada del primero refrenar la suficiencia del segundo. Por lo demás, se comprendía que sus éxitos; con las mujeres, que eran la desgracia de la suya, no se debieran excesivamente a su nombre y a su fortuna, ya que todavía resultaba de una gran hermosura con aquel perfil que tenía la pureza, la decisión de contorno de un dios griego.

—Pero ¿de veras ha representado en casa de usted? —preguntó el señor d'Argencourt a la duquesa.

—Verá usted, fue a casa a recitar, con un ramo de lirios en la mano y lirios en el vestido (la señora de Guermantes ponía, como la de Villeparisis, cierta afectación en pronunciar determinadas palabras de una manera muy aldeana, aunque no arrastrase las *rr*, como hacía su tía)[23].

Antes de que el señor de Norpois, cohibido y forzado, se llevase a Bloch al hueco de la ventana donde podrían charlar juntos, volví un instante hacia el viejo diplomático y le insinué media palabra respecto al sillón académico de mi padre. Quiso dejar, primero, la conversación para más tarde. Pero le objeté que tenía que irme a Balbec. «¡Cómo! ¿Se va usted otra vez a Balbec? ¡Pero es usted un verdadero *globe-trotter*[24]!». Después me escuchó. Al oír el nombre de Leroy-Beaulieu, el señor de Norpois me miró con expresión recelosa. Me figuré que acaso hubiese dicho a Leroy-Beaulieu algo molesto para mi padre, y temía que el economista hubiera repetido sus palabras. Inmediatamente pareció animado de verdadero cariño respecto de mi padre. Y tras una de esas pausas de la conversación en que de repente estalla una palabra como a pesar del que habla, en quien lo irresistible de la convicción se impone a los esfuerzos balbuceantes que hacía por callarse: «No, no —me dijo con emoción—, su padre de usted *no debe* presentarse. No debe hacerlo por su propio interés, por él mismo, por

respeto a su valor, que es grande y que comprometería en una aventura como ésa. Vale él más que todo eso. Aunque resultase elegido, tendría mucho que perder y nada que ganar. El, a Dios gracias, no es orador. Y eso es lo único que tiene importancia para mis queridos colegas, aunque lo que se diga no sean más que tonterías. Su padre de usted tiene un fin importante en la vida; debe ir derecho a él, sin dejarse distraer en recorrer los matorrales, aun cuando sean los matorrales, por otra parte más espinosos que floridos, del jardín de Academos. Por lo demás, sólo conseguiría unos cuantos votos, pocos. A la Academia le gusta obligar a hacer antesala al postulante antes de admitirle en su seno. Por hoy no hay manera de hacer nada. Más adelante, no digo que no. Pero es preciso que sea la misma Compañía quien vaya a buscarle. La Academia practica con más fetichismo que acierto el *Fara da se* de nuestros vecinos de allende los Alpes. Leroy-Beaulieu me ha hablado de todo eso en una forma que no me ha gustado nada. Me ha parecido, por lo demás, que está a partir un piñón con su padre de usted. Quizá le he hecho sentir con demasiada viveza que, acostumbrado a ocuparse de colonos y de metales, desconocía el papel de los imponderables, como decía Bismarck. Lo que ante todo hay que evitar es que su padre de usted se presente: *Principis obstat*[25]. Sus amigos se encontrarían en una situación delicada si les pusiera en presencia del hecho consumado». «Mire usted —dijo bruscamente con expresión de franqueza, clavando en mí su ojos azules—, voy a decirle una cosa que ha de extrañarle en mí, que tanto quiero a su padre. Y es que, precisamente porque le quiero, precisamente (somos los dos inseparables *Arcades ambo*) [26] porque sé los servicios que puede prestar a su país, los escollos que puede evitarle si sigue en el timón, por afecto, por elevada estimación, por patriotismo, no votaré a favor suyo. Por lo demás, creo habérselo dado a entender. —Y me pareció ver asomar a sus ojos el perfil asirio y severo de Leroy-Beaulieu—. Por consiguiente, concederle mi voto sería, por mi parte, algo así como una palinodia». El señor de Norpois trató reiteradamente de fósiles a sus colegas. Prescindiendo de otras razones, todo miembro de un club o de una Academia gusta de investir a sus colegas del género de carácter más contrario al suyo, no tanto por la utilidad de poder decir: «¡Ah,

si no dependiese más que de mí…!», cuanto por la satisfacción de presentar el título que ha conseguido para sí como más difícil y halagüeño. «Debo decirle a usted —concluyó— que, en interés de todos ustedes, prefiero para su padre una elección triunfal de aquí a diez o quince años». Palabras que yo juzgué como dictadas, si no por la envidia, al menos por una falta absoluta de serviciabilidad y que resultó que más tarde recibieron de los hechos mismos un sentido diferente.

—¿No piensa usted hablar en el Instituto del precio del pan durante la Fronda? —preguntó tímidamente el historiador de la Fronda al señor de Norpois—. Podría encontrar usted en ello un éxito considerable (lo cual quería decir un reclamo monstruoso) —añadió, sonriendo al embajador con una pusilanimidad, pero también con una ternura que le hizo alzar los párpados y descubrir los ojos, grandes como un cielo.

Me parecía haber visto aquella mirada, y, sin embargo, sólo de hoy conocía al historiador. De pronto recordé que esa misma mirada la había visto yo en los ojos de un médico brasileño que pretendía curar los ahogos como los que yo padecía con absurdas inhalaciones de esencias de plantas. Como, por que se tomase más cuidado de mí, le había dicho yo que conocía al profesor Cottard, me había respondido, como si fuera en interés de Cottard: «Pues ahí tiene usted un tratamiento que si le hablase usted de él le daría tema para una comunicación resonante a la Academia de Medicina». No se había atrevido a insistir, pero me había mirado con la misma expresión de interrogación tímida, interesada y suplicante que acababa yo de admirar en el historiador. Verdad es que los dos hombres no se conocían y que apenas se asemejaban, pero las leyes psicológicas poseen, como las leyes físicas, cierta generalidad. Y las condiciones necesarias son las mismas, una misma mirada ilumina a animales humanos diferentes, como un mismo cielo matinal alumbra lugares de la tierra situados muy lejos uno de otro y que jamás se han visto entre sí. No oí la respuesta del embajador, porque todo el mundo, con un poco de barullo, se había acercado a la señora de Villeparisis para verla pintar.

—¿Sabe usted de quién estamos hablando, Basin? —dijo la duquesa a su marido.

—Naturalmente, lo adivino —contestó el duque.

—¡Ah! No es precisamente lo que se dice una comedianta de pura cepa.

—¡De ningún modo! —continuó la señora de Guermantes dirigiéndose al señor de Argencourt—. No puede usted haberse imaginado nunca nada más risible.

—Era *drolática*[27], inclusive —interrumpió el señor de Guermantes, cuyo extraño vocabulario permitía a un mismo tiempo a la gente de mundo decir de él que no era ningún tonto y a la gente de letras tenerle por el peor de los imbéciles.

—No puedo comprender —prosiguió la duquesa— cómo ha podido quererla nunca Roberto. ¡Oh! Bien sé que nunca se deben discutir esas cosas —añadió con un gracioso mohín de filósofa y de sentimental desencantada—. Sé que cualquier hombre puede enamorarse de una cualquier cosa. Y —añadió, porque si se burlaba todavía de la literatura nueva, ésta, quizá gracias a la vulgarización de los periódicos o a través de ciertas conversaciones, se había infiltrado un tanto en ella— precisamente es eso lo que tiene de hermoso el amor, porque es precisamente lo que lo hace *misterioso.*

—¡Misterioso! ¡Ah! Confieso que eso es un poco fuerte para mí, prima —dijo el conde de Argencourt.

—Pues sí, el amor es muy misterioso —contestó la duquesa con una dulce sonrisa de mujer de mundo amable, pero también con la intransigente convicción de una wagneriana que afirma a un hombre de su círculo que no sólo hay meros ruidos en la *Walkyria*—. Por lo demás, en el fondo, no se sabe por qué una persona quiere a otra; quizá no sea ni poco ni mucho por lo que nos figuramos —añadió sonriendo, rechazando así de golpe y porrazo, con su interpretación, la idea que acababa de emitir—. Por otra parte, en el fondo, nunca se sabe nada —concluyó con expresión escéptica y fatigada—. Por tanto, ya ve usted, es más *inteligente:* no hay que discutir nunca la elección de los amantes.

Pero después de haber sentado este principio faltó inmediatamente a él criticando la elección de Saint-Loup.

—De todas maneras, mire usted, por mi parte, encuentro asombroso que pueda encontrarse ninguna seducción en una persona ridícula.

Bloch, al oír que hablábamos de Saint-Loup y comprendiendo que éste se hallaba en París, empezó a decir a cuenta de él una calumnia tan espantosa que sublevó a todo el mundo. Empezaba a tener odios, y se veía que no retrocedía ante nada con tal de saciarlos. Como había sentado por principio, respecto de sí mismo, que poseía un alto valor moral y que la calaña de gentes que frecuentaba la *Boulie* (círculo deportivo que a él se le antojaba elegante) merecía ir a presidio, todos los golpes que podía asestarles le parecían meritorios. En una ocasión llegó incluso a hablar del proceso que pensaba entablar contra uno de sus amigos de la *Boulie*. En el curso de ese proceso se proponía declarar de una manera mendaz, cuya falsedad, sin embargo, no podría demostrar el acusado. De este modo, Bloch, que por lo demás no llegó a poner en ejecución su proyecto, contaba con acabar de desesperarle y volverle loco. ¿Qué mal había en ello, puesto que aquel a quien quería aplastar así era un hombre que no pensaba más que en la elegancia, un hombre de la *Boulie,* y que cuando se trata de gente de ese jaez son lícitas todas las armas, sobre todo para un santo como era él, el propio Bloch?

—Sin embargo, ahí tiene usted a Swann —objetó el señor de Argencourt, que por fin acababa de comprender el sentido de las palabras que acababa de pronunciar su prima; estaba asombrado de su justeza y rebuscaba en su memoria ejemplos de gente que hubiese estado enamorada de personas que a él no le hubiesen gustado.

—¡Ah! Swann no es el mismo caso, precisamente —protestó la duquesa —. Es muy extraño, de todas maneras, ya que ella es una idiota de una pieza, pero no era ridícula y ha sido bonita.

—¡Oh! ¡Oh! —rezongó la señora de Villeparisis.

—¡Ah! ¿A usted no le parecía bonita? Pues sí, tenía algunas cosas encantadoras, unos ojos muy lindos, un pelo hermoso, se vestía y se viste aún maravillosamente. Ahora reconozco que está inmunda, pero ha sido una mujer admirable. No por eso ha dejado de darme pena que se casase con ella Carlos, ya que era completamente inútil.

La duquesa no creía haber dicho nada que valiese la pena de ser notado; pero como el señor de Argencourt se echó a reír, repitió la frase, fuera porque ella misma la encontrase graciosa, o simplemente porque le pareciese amable el que le reía la gracia, al cual se puso a mirar con expresión de mimo, para añadir el encanto de la dulzura al del ingenio. Continuó:

—Sí, no valía la pena, ¿verdad?; pero, al fin y al cabo, ella no dejaba de tener ángel, y comprendo perfectamente que se enamoraran de ella, mientras que la señorita esa de Roberto les aseguro a ustedes que es como para morirse de risa. Bien sé que se me objetará la vieja muletilla de Augier: «¡Qué importa el frasco, con tal que se emborrache uno!». Puede que Roberto haya conseguido la borrachera, pero la verdad es que no ha dado prueba de buen gusto al escoger el frasco. En primer lugar, figúrense ustedes que la señorita ésa tuvo la pretensión de que yo hiciese poner una escalera en mitad de mi salón. Ahí es nada, ¿verdad?, y me había anunciado que se estaría tendida boca abajo en los escalones. Por lo demás, si hubieran oído ustedes lo que decía; no conozco más que una escena, pero no creo que sea posible imaginarse nada por el estilo: es de una cosa que se llama *Las siete princesas.*

—*Las siete princesas,* ¡oh!, ¡huy!, ¡huy!, ¡qué snobismo! —exclamó el señor de Argencourt—. ¡Ah! Pero espere usted: yo conozco toda la obra. Es de un compatriota mío. Se la envió al rey, que no entendió una palabra de ella y me pidió que se la explicase.

—¿No será, por casualidad, del Sar Peladan? —preguntó el historiador de la Fronda con una intención de agudeza y de actualidad, pero tan bajo que su pregunta pasó inadvertida.

—¡Ah! ¿Conoce usted *Las siete princesas*? —respondió la duquesa al señor de Argencourt—. ¡Enhorabuena! Lo que es yo no conozco más que una de ellas, pero con eso se me ha quitado la curiosidad por conocer a las otras seis. ¡Como sean todas parecidas a la que he visto!

«¡Qué cernícalo!», pensé yo, irritado ante la glacial acogida que me había hecho. Hallaba algo así como una áspera satisfacción al comprobar su completa incomprensión de Maeterlink. «¡Y por una mujer como ésta ando

yo tantos kilómetros todas las mañanas! La verdad es que tengo buena pasta. Ahora soy yo el que no querría nada con ella». Tales eran las palabras que me decía; eran lo contrario de mi pensamiento; eran puras frases de conversación, como las que nos decimos en esos momentos en que, demasiado agitados para permanecer a solas con nosotros mismos, sentimos la necesidad, a falta de otro interlocutor, de hablar con nosotros, sin sinceridad, como con un extraño.

—No puedo darles a ustedes una idea de aquello —continuó la duquesa —; era como para retorcerse de risa. La gente no dejó de hacerlo, con exceso, inclusive, porque a la criatura no le hizo ninguna gracia, y Roberto, en el fondo, me la ha guardado siempre. Cosa que no siento, por lo demás, ya que si aquello llega a salir bien acaso hubiera vuelto la señorita y no sé hasta qué punto le hubiera encantado eso a María-Aynard.

Llamaban así en familia a la madre de Roberto, la señora de Marsantes, viuda de Aynard de Saint-Loup, para distinguirla de su prima la princesa de Guermantes-Baviera, otra María, a cuyo nombre sus sobrinos, primos y cuñados añadían, para evitar la confusión, o bien el nombre del marido, o bien otro de sus propios nombres, con lo que resultaba unas veces María-Gilberto y otras María-Hedwigia.

—La víspera, en primer lugar, hubo una especie de ensayo que fue una cosa preciosísima —prosiguió irónicamente la señora de Guermantes—. Figúrense ustedes que decía una frase, ni siquiera un cuarto de frase, y luego se paraba; ya no decía nada más, no exagero, en cinco minutos.

—¡Huy!, ¡huy!, ¡huy! —exclamó el señor de Argencourt—. Con toda la cortesía del mundo, me permití insinuar que aquello quizá chocase un poco. Y me contestó textualmente: «Hay que decir siempre las cosas como si uno mismo estuviera componiendo». ¡A poco que se fijen ustedes en ella, la respuesta es monumental!

—Pero yo creía que no decía mal los versos —dijo uno de los dos jóvenes.

—Ni siquiera sabe lo que es eso —respondió la señora de Guermantes —. Por lo demás, no tuve necesidad de oírla. Me bastó verla llegar con los

lirios. En seguida me di cuenta de que no tenía talento, ¡en cuanto vi los lirios!

Todo el mundo se echó a reír.

—Tía, no me habrá usted guardado rencor por mi broma del otro día a cuenta de la reina de Suecia; vengo a pedirle a usted el *amán*[28].

—No, no te guardo rencor; te concedo derecho a merendar, inclusive, si traes hambre.

—Vamos, señor Vallenères, haga usted de señorita —dijo la señora de Villeparisis al archivero, siguiendo una broma ya consagrada.

El señor de Guermantes se irguió en la butaca en que se había dejado caer, con su sombrero al lado, en la alfombra, y examinó con cara de satisfacción los platos de pastelillos que le presentaban.

—Con mucho gusto, ahora que empiezo a estar familiarizado con este noble concurso, aceptaré un bizcocho borracho; parecen excelentes.

—Este caballero desempeña a maravilla su papel de señorita de la casa —dijo el señor de Argencourt, que, por espíritu de imitación, repitió la broma de la señora de Villeparisis.

El archivero presentó el plato de pastelillos al historiador de la Fronda.

—Cumple usted a la perfección sus funciones —dijo éste por timidez y por tratar de conquistarse la simpatía general.

Así, lanzó a hurtadillas una mirada de connivencia a los que habían hecho ya lo mismo que él.

—Diga usted, tiíta —preguntó el señor de Guermantes a la señora de Villeparisis—, ¿quién es ese señor bastante bien portado que salía cuando entraba yo? Debo de conocerlo, porque me ha hecho un gran saludo; pero no se lo he devuelto, ya sabe usted que estoy peleado con los apellidos, cosa que es muy desagradable —dijo en tono de satisfacción.

—El señor Legrandin.

—¡Ah, pero si Oriana tiene una prima cuya madre, si no me engaño, se llamaba Grandin de soltera! Lo sé perfectamente, son unos Grandin de l’Eprevier.

—No —respondió la señora de Villeparisis—, no tienen nada que ver. Estos son Grandin sencillamente, Grandin a secas. Pero no desean otra cosa

que ser Grandin de todo lo que tú quieras. La hermana de éste se llama la señora de Cambremer.

—Pero, Basin, sabe usted perfectamente quién quiere decir mi tía —exclamó la duquesa con indignación—; ¡pero si es el hermano de ese enorme herbívoro a quien tuvo usted la extraña ocurrencia de mandar que fuese a verme el otro día! Estuvo una hora, pensé que iba a volverme loca. Pero empecé por creer que quien lo estaba era ella al ver entrar en mi casa a una persona a quien yo no conocía y que tenía toda la facha de una vaca.

—Mire usted, Oriana, me había preguntado qué día recibía usted; yo, al fin y al cabo, no podía hacerle un desaire, y además, vamos, exagera usted, no parece una vaca —añadió él en tono lastimero, pero no sin lanzar a hurtadillas una mirada sonriente a la concurrencia.

Sabía que el gracejo de su mujer necesitaba ser estimulado por la contradicción, la contradicción del sentido común que protesta, por ejemplo, de que no se puede tomar a una mujer por una vaca (así es como la señora de Guermantes, insistiendo sobre una primera imagen, había llegado a menudo a producir sus frases más bonitas). Y el duque se presentaba ingenuamente a ayudarla, sin que lo pareciese, a sacar adelante su juego, ni más ni menos que en un vagón el compadre inconfesado de un jugador de manos tramposo.

—Reconozco que no parece una vaca, porque parece varias —exclamó la señora de Guermantes—. Le juro a usted que yo estaba perplejísima al ver aquel rebaño de vacas con sombrero que entraba en mi salón y que me preguntaba cómo estaba. Por una parte me daban ganas de decirle: «Pero, rebaño de vacas, te confundes; tú no puedes estar en relación conmigo, puesto que eres un rebaño de vacas», y, por otra parte, rebuscando en mi memoria, acabé por creer que su Cambremer era la infanta Dorotea, que había dicho que iría alguna vez y que también es bastante *bovina,* de modo que estuve a punto de llamar Su Alteza Real y hablar en tercera persona a un rebaño de vacas. Tiene también el tipo de buche de la reina de Suecia. Por lo demás, ese ataque a viva fuerza había sido preparado por un tiroteo a distancia, con todas las reglas del arte. Desde hacía no sé cuánto tiempo me tenía bombardeada con sus cartas, me las encontraba por todas partes,

encima de todos los muebles, como si fueran prospectos. Yo ignoraba la finalidad de aquel reclamo. No se veía en mi casa más que «Marqués y Marquesa de Cambremer», con una dirección que no recuerdo y de que, por lo demás, estoy resuelta a no servirme nunca.

—¡Pero es muy halagüeño eso de parecerse a una reina! —dijo el historiador de la Fronda.

—¡Oh, por Dios, caballero, los reyes y las reinas no son ninguna gran cosa en nuestra época! —dijo el señor de Guermantes, porque tenía la pretensión de ser un espíritu libre y moderno, y también porque no pareciese que hacía caso de las relaciones regias, que tenía en gran estima.

Bloch y el señor de Norpois, que se habían puesto en pie, se encontraron más cerca de nosotros.

—¿Le ha hablado usted de la cuestión Dreyfus, caballero? —dijo la señora de Villeparisis.

El señor de Norpois alzó los ojos al cielo, pero sonriendo, como para ponerle por testigo de la enormidad de los caprichos a que su Dulcinea le imponía el deber de obedecer. Con todo, habló a Bloch, con mucha afabilidad, de los años espantosos, mortales acaso, por que pasaba Francia. Como esto significaba probablemente que el señor de Norpois (al cual, sin embargo, había dicho Bloch que creía en la inocencia de Dreyfus) era ardientemente antidreyfusista, la amabilidad del embajador, la apariencia que tenía de dar la razón a su interlocutor, de no dudar que fuesen del mismo parecer, de ligarse a él en complicidad para abrumar al Gobierno, halagaban la vanidad de Bloch y excitaban su curiosidad. ¿Cuáles eran los puntos importantes que el señor de Norpois no especificaba, pero en los que parecía implícitamente admitir que se hallaban de acuerdo él y Bloch, qué opinión era, por ende, la que tenía de la cuestión que pudiese unirles? Bloch estaba tanto más asombrado del maravilloso acuerdo que parecía existir entre él y el señor de Norpois cuanto que ese acuerdo se refería exclusivamente a la política, ya que la señora de Villeparisis le había hablado con bastante extensión al señor de Norpois de los trabajos literarios de Bloch.

—Usted no es de su tiempo —dijo a éste el antiguo embajador—, y le felicito por ello; no es usted de este tiempo en que ya no existen los estudios desinteresados, en que ya no se vende al público más que obscenidades o inepcias. Esfuerzos como los de usted debían ser alentados si tuviésemos un gobierno.

Bloch se sentía lisonjeado por ser el único que sobrenadase en el naufragio universal. Pero también en este punto hubiera deseado precisión, saber de qué inepcias quería hablar el señor de Norpois. Bloch tenía la sensación de estar trabajando en el mismo sentido que otros muchos, no se había creído tan excepcional. Volvió a la cuestión de Dreyfus, pero no pudo llegar a poner en claro la opinión del señor de Norpois. Trató de hacerle hablar de los oficiales cuyos nombres, traídos y llevados por los periódicos en aquel momento, excitaban la curiosidad más que los políticos barajados en el mismo asunto, porque no eran ya conocidos como éstos, y con un traje especial, desde el fondo de una vida diferente y de un silencio religiosamente observado, acababan únicamente de surgir y de hablar, como Lohengrin al bajar de una barquilla tirada por un cisne. Bloch había podido, gracias a un abogado nacionalista a quien conocía, entrar a varias audiencias del proceso Zola. Llegaba por la mañana, para no salir de allí hasta la anochecida, con una provisión de *sandwichs* y una botella de café, como si fuera al concurso general o a los ejercicios de composición del bachillerato, y como este cambio de costumbres despertaba el eretismo nervioso que el café y las emociones del proceso llevaban al colmo, salía de allí tan enamorado de todo lo que había pasado, que al atardecer, de vuelta a su casa, quería volver a sumergirse en el hermoso sueño y corría a encontrarse de nuevo en un café frecuentado por los dos partidos, con camaradas con quienes volvía a hablar sin fin de lo que había pasado durante el día, y reparaba con una cena que pedía en un tono imperioso que le daba la ilusión del poder, el ayuno y las fatigas de una jornada comenzada tan temprano y en la que no había almorzado. El hombre que se mueve perpetuamente entre los dos planos de la experiencia y de la imaginación quisiera profundizar en la vida ideal de la gente a quien conoce

y conocer a los seres cuya vida ha tenido que imaginarse. A las preguntas de Bloch, el señor de Norpois respondió:

—Hay dos oficiales complicados en el asunto en curso, de los cuales he oído hablar en otro tiempo a un hombre cuyo juicio me inspiraba gran confianza y que los tenía en mucha estima (el señor de Miribel): son el teniente coronel Henry y el teniente coronel Picquart.

—Pero —exclamó Bloch— la divina Atenea, hija de Zeus, ha puesto en el espíritu de cada uno de ellos lo contrario de lo que yace en el espíritu del otro. Y luchan el uno contra el otro cual dos leones. El coronel Picquart tenía una magnífica posición en el ejercicio, mas su Moira le ha llevado a la parte que no era la suya. La espada de los nacionalistas desgarrará su delicado cuerpo, y servirá de pasto a los animales carniceros y a las aves que se alimentan de la grasa de los muertos.

El señor de Norpois no respondió nada.

—¿De qué están picoteando esos ahí aparte, metidos en un rincón? —preguntó el señor de Guermantes a la señora de Villeparisis, señalando al señor de Norpois y a Bloch.

—De la cuestión Dreyfus.

—¡Ah, diablo! A propósito, ¿sabía usted quién es partidario rabioso de Dreyfus? A ver si lo adivina. ¡Mi sobrino Roberto! Le diré incluso que en el *Jockey,* cuando se supieron esas proezas suyas, hubo un motín, un verdadero tole tole. Como le presentan dentro de ocho días…

—Evidentemente —interrumpió la duquesa—, si son todos como Gilberto, que ha sostenido siempre que había que reexpedir todos los judíos a Jerusalén…

—¡Ah! Entonces el príncipe de Guermantes está completamente de acuerdo con mis ideas —terció el señor de Argencourt.

El duque se pavoneaba con su mujer, pero no le tenía ninguna simpatía. Muy *suficiente,* aborrecía verse interrumpido; además, en su vida conyugal tenía la costumbre de mostrarse desabrido con ella. Agitado por una doble cólera de mal marido a quien se habla y de buen conversador a quien no se escucha, se paró en seco y lanzó a la duquesa una mirada que dejó cortado a todo el mundo.

—¿A qué viene hablarnos de Gilberto y de Jerusalén? —dijo por fin—. No se trata de eso. Pero —añadió en tono más moderado— confesará usted que si rechazasen a uno de los nuestros en el *Jockey,* y sobre todo a Roberto, cuyo padre ha sido por espacio de diez años presidente de aquéllo, sería el colmo. Qué quiere usted, eso les ha hecho aguantarse al tiro, toda aquella gente ha abierto unos ojos como platos. No puedo negar que tienen razón; personalmente, bien sabe usted que no tengo ningún prejuicio de razas, me parece que eso no es propio de nuestra época y yo tengo la pretensión de ir con mi tiempo, pero al fin y al cabo, ¡qué diablo! ¡Qué quiere usted que le diga!, cuando uno se llama el marqués de Saint-Loup, no se es dreyfusista.

El señor de Guermantes pronunció las palabras «cuando se llama uno el marqués de Saint-Loup» enfáticamente. Sabía perfectamente, sin embargo, que era mucho más aún llamarse «el duque de Guermantes». Pero si su amor propio tenía tendencia a exagerar más bien la superioridad del título de duque de Guermantes sobre todos los demás, quizá no fuese tanto las reglas del buen gusto como las leyes de la imaginación lo que le movía a disimularlo. Todo el mundo ve más hermoseado aquello que ve a distancia, lo que ve en los demás. Porque las leyes generales que regulan la perspectiva en la imaginación se aplican tanto a los duques como al resto de los hombres. No sólo las leyes de la imaginación, sino las del lenguaje. Ahora bien; aquí podía aplicarse una u otra de las dos leyes del lenguaje: una exige que se exprese uno como las gentes de su clase mental y no de su casta originaria. Debido a esto, el señor de Guermantes podía ser en sus expresiones, incluso cuando quería hablar de la nobleza, tributario de ínfimos burgueses que habrían dicho: «Cuando uno se llama el duque de Guermantes», mientras que un hombre culto, un Swann, un Legrandin, no lo hubieran dicho. Un duque puede escribir novelas de tendero, incluso sobre costumbres del gran mundo, porque los pergaminos no sirven de nada en ese terreno, y los escritos de un plebeyo pueden merecer el epíteto de aristocráticos. Cuál fuese en ese caso el burgués a quien había oído decir el señor de Guermantes: «Cuando uno se llama» era cosa de que, sin duda, no sabía nada. Pero otra ley del lenguaje es que de tiempo en tiempo, de igual

modo que hacen su aparición y se alejan ciertas enfermedades de que ya no se vuelve a oír hablar luego, nacen, no se sabe bien cómo, sea espontáneamente, sea por obra de una casualidad como la que hizo germinar en Francia una mala hierba de América cuya semilla, prendida al pelo de una manta de viaje, había caído en el terraplén de una vía férrea, mundos de expresiones que oye uno en la misma década dichas por gentes que no se han puesto de acuerdo para ello. Ahora bien; de la misma manera que cierto año oí decir a Bloch, hablando de sí mismo: «Como la gente más encantadora, más brillante, mejor situada, más difícil, se había dado cuenta de que no había más que un solo ser a quien todos encontrasen inteligente, agradable, sin el cual no podían pasarse, ese ser era Bloch», y la misma frase en boca de otros muchos jóvenes que no lo conocían y que únicamente sustituían el de Bloch por su propio nombre, así había de oír con frecuencia el «cuando uno se llama».

—Qué quiere usted —continuó el duque—; si se tiene en cuenta el espíritu que allí reina, la cosa es bastante comprensible.

—Sobre todo es cómico —respondió la duquesa—, dadas las ideas de su madre, que nos aburre con la patria francesa desde por la mañana hasta la noche.

—Sí, pero es que hay alguien más que su madre, a nosotros no hay que venirnos con músicas. Hay una pájara, una moza ligera de cascos, de la peor calaña, que tiene más influencia sobre él y que precisamente es compatriota del señor Dreyfus. Esa le ha transmitido a Roberto su estado de espíritu.

—Quizá no sepa usted, señor duque, que hay una palabra nueva para expresar esa clase de espíritu —dijo el archivero, que era secretario de algunos comités antirrevisionistas—. Se dice *mentalidad.* Significa exactamente lo mismo, pero por lo menos nadie sabe lo que uno quiere decir. —A todo esto, como había oído el nombre de Bloch, le veía dirigir preguntas al señor de Norpois con una inquietud que despertó otra diferente, pero tan fuerte como la suya, en la marquesa. Como quiera que ésta temblaba ante el archivero y se las daba de antidreyfusista delante de

él, temía sus reproches si se daba cuenta de que había recibido a un judío más o menos afiliado al *sindicato.*

—¡Ah, mentalidad!, tomo nota de ella, la colocaré —dijo el duque. (No era una figura; el duque tenía un cuadernito lleno de *citas* y lo releía antes de las grandes comidas)—. Me gusta eso de mentalidad. Hay palabras nuevas de éstas, que lanza la gente, pero que no duran. Últimamente he leído acerca de un escritor, nada menos que era *talentoso.* Que lo entienda quien pueda. Después, nunca más he vuelto a verlo.

—Pero mentalidad se usa más que talentoso —dijo el historiador de la Fronda, por meter baza en la conversación—. Yo soy miembro de una comisión del ministerio de Instrucción Pública, donde he oído emplear esa palabra varias veces, y lo mismo en mi círculo, el círculo *Volney,* e incluso almorzando en casa del señor Ollivier, Emilio Ollivier.

—Yo, que no tengo el honor de formar parte del ministerio de Instrucción Pública —respondió el duque con fingida humildad, pero con una vanidad tan profunda que su boca no podía por menos de sonreír y sus ojos de lanzar a la concurrencia miradas chispeantes de júbilo, bajo cuya ironía se sonrojó el pobre historiador—; yo, que no tengo el honor de formar parte del ministerio de Instrucción pública —repitió, escuchándose —, ni del círculo *Volney* (no soy más que de la *Unión* y del *Jockey.* ¿No es usted del *Jockey,* caballero?) —preguntó al historiador, que, poniéndose más colorado aún, venteando una insolencia y sin comprenderla, empezó a temblar de pies a cabeza—. Yo, que ni siquiera almuerzo en casa del señor Ollivier, confieso que no conocía su mentalidad. Estoy seguro de que usted está en el mismo caso que yo, Argencourt.

—¿Sabe usted por qué no pueden presentarse las pruebas de la traición de Dreyfus? Parece que es porque Dreyfus es el amante de la mujer del ministro de la Guerra; eso dicen bajo capa.

—¡Ah, yo creía que era de la mujer del presidente del Consejo! —dijo el señor de Argencourt.

—Me resultan todos ustedes tan aburridos unos como otros con esa cuestión —dijo la duquesa de Guermantes, que, desde el punto de vista mundano, tenía empeño siempre en demostrar que ella no se dejaba llevar

por nadie—. Para mí todo eso no puede tener consecuencias desde el punto de vista de los judíos, por la sencilla razón de que no tengo ninguno de ellos entre mis relaciones y cuento con que seguiré siempre en esa feliz ignorancia. Pero, por otra parte, encuentro insoportable eso de que, con el pretexto de que piensan como es debido, que no compran nada a los comerciantes judíos o que llevan escrito «¡Mueran los judíos!» en su sombrilla, una cantidad de señoras Durand o Dubois, a las que jamás hubiéramos conocido, nos las impongan María-Aynard o Victurniana. Anteayer fui a casa de María-Aynard. Antes, aquello era encantador. Ahora se encuentra una allí con todas las personas que se ha pasado una la vida evitando, so pretexto de que están en contra de Dreyfus, y otras que no tiene una ni idea de quién son.

—No, es la mujer del ministro de la Guerra. Por lo menos, es un rumor que anda por las callejuelas —continuó el duque, que empleaba así en la conversación ciertas expresiones que creía del viejo régimen—. En fin, en todo caso, personalmente, ya es sabido que pienso todo lo contrario que mi primo Gilberto. Yo no soy un espíritu feudal como él; me pasearía con un negro si éste fuese amigo mío, y me traería tan sin cuidado la opinión del tercer estado o la del cuarto como lo que pasó en el año de la Nana; pero, en fin, de todas maneras convendrá usted conmigo en que cuando uno se llama Saint-Loup no se divierte en llevar la contraria a las ideas de todo el mundo, que tiene más talento que Voltaire e incluso que mi sobrino. Y, sobre todo, no se entrega uno a lo que llamaré esas acrobacias de sensibilidad ocho días antes de presentarse en el círculo. ¡La cosa es un poco fuerte! Probablemente ha sido su pirujilla quien le ha calentado los cascos. Le habrá convencido de que así se clasificaría entre los *intelectuales.* Los intelectuales vienen a ser la *tarta de crema* de esos señores. Por otra parte, eso ha dado lugar a que se hiciera un juego de palabras que está bastante bien, pero que tiene muy mala intención.

Y el duque citó por lo bajo, para la duquesa y para el señor de Argencourt, el *Mater Semita,* que, en efecto, se decía ya en el *Jockey,* porque de todas las semillas viajeras, la que lleva atadas alas más sólidas,

que le permiten ser diseminada a mayor distancia del lugar en que ha florecido, es siempre una burla.

—Podíamos pedir explicaciones a ese señor que tiene trazas de ser *un* erudito —dijo, indicando al historiador—. Pero es preferible no hablar de ello, tanto más cuanto que la cosa es perfectamente falsa. No soy tan ambicioso como mi prima la de Mirepois, que pretende que puede seguir la filiación de su casa antes de Jesucristo hasta la tribu de Leví, y me jacto de demostrar que jamás ha habido una gota de sangre judía en nuestra familia. Pero de todas maneras no hay que hacerse ilusiones, es evidente que las encantadoras opiniones de mi señor sobrino pueden meter bastante ruido en Landernau. Y más si se tiene en cuenta que, como Fesensac está enfermo, será Duras quien se encargue de todo, y ya se sabe cómo le gusta prevalerse —dijo el duque, que no había llegado nunca a comprender el sentido preciso de ciertas frases y creía que prevalerse quería decir no sacar partido de una situación imponiéndose a alguien gracias a ella, sino crear complicaciones.

Bloch trataba de empujar al señor de Norpois a que hablase del coronel Picquart.

—Está fuera de discusión —respondió el señor de Norpois— que su declaración era necesaria. Bien sé que al sostener esta opinión he hecho lanzar a más de uno de mis colegas gritos de quebrantahuesos; pero, a mi ver, el Gobierno tenía el deber de dejar hablar al coronel. No se sale de un callejón sin salida como ése con una simple pirueta, o, en ese caso, se corre el peligro de meterse en un atolladero. Por lo que hace al oficial, esa declaración produjo en la primera audiencia una impresión de las más favorables. Cuando se le vio, empaquetado en el precioso uniforme de cazadores, salir, con un tono perfectamente sencillo y franco, a contar lo que había visto, lo que había creído decir: «Por mi honor de soldado (y aquí la voz del señor de Norpois vibró con un ligero trémolo patriótico), esa es mi convicción», no cabe negar que la impresión fue profunda.

«Ya está, es dreyfusista, no hay ni la menor sombra de duda», pensó Bloch.

—Pero lo que le ha enajenado por completo las simpatías que había podido captarse al principio ha sido su careo con el archivero Gribelin, cuando se oyó a ese veterano servidor, a ese hombre que no tiene más que una palabra (y el señor de Norpois acentuó con la energía de las convicciones sinceras las frases que siguieron), cuando se le oyó, cuando se le vio mirar a los ojos a su superior, sin temor a tenérselas tiesas y decir en tono que no admitía réplica: «Mi coronel, bien sabe usted que jamás he mentido, bien sabe usted que en este momento, como siempre, digo la verdad», el viento cambió. De nada le sirvió a Picquart remover el cielo y la tierra en las audiencias siguientes; fracasó rotundamente.

«No, decididamente es antidreyfusista, está visto —se dijo Bloch—. Pero si cree que Picquart es un traidor que miente, ¿cómo puede tomar en cuenta sus revelaciones y evocarlas como si encontrase en ellas algún encanto y las creyese sinceras? Y si, por el contrario, ve en él a un justo que descarga su conciencia, ¿cómo puede suponer que mienta en su careo con Gribelin?». «En todo caso, si el Dreyfus ése es inocente —interrumpió la duquesa—, poco lo demuestra. ¡Qué cartas más idiotas, más enfáticas, escribe desde su isla! No sé si Esterhazy vale más que él, pero tiene otra distinción en la manera de redondear las frases, otro colorido. Eso no debe de hacerles mucha gracia a los partidarios de Dreyfus. ¡Qué lástima, para ellos, que no puedan cambiar de inocente!». Todo el mundo soltó la carcajada. «¿Ha oído usted la frase de Oriana?» —preguntó ávidamente el duque de Guermantes a la señora de Villeparisis—. «Sí, la encuentro muy graciosa». Al duque no le bastaba con eso: «Pues yo no le encuentro chiste; mejor dicho, me es completamente igual que tenga gracia o no. No hago ningún caso del ingenio». El señor de Argencourt protestaba. «No piensa ni una palabra de lo que dice» —murmuró la duquesa—. «Sin duda es porque he formado parte de las Cámaras, donde he oído discursos brillantes que no querían decir nada. He aprendido a apreciar en ellos la lógica sobre todo. A eso es, sin duda, a lo que debo el no haber sido reelegido, Las cosas graciosas me resultan indiferentes». «Basin, no se las dé usted de Joseph Prudhomme, hijo mío; bien sabe usted que nadie se perece por el ingenio tanto como usted». «Déjeme usted acabar. Precisamente porque soy

insensible a cierto género de chistes, aprecio a menudo en mucho el ingenio de mi mujer. Porque generalmente parte de una observación justa. Discurre como un hombre, formula su pensamiento como un escritor».

Quizá la razón de que el señor de Norpois hablase así a Bloch, como si los dos hubiesen estado de acuerdo, nacía de que era tan antidreyfusista que, estimando que el Gobierno no lo era suficientemente, era enemigo de éste tanto como lo fuesen los dreyfusistas. Acaso porque lo que él perseguía en política era algo más profundo, situado en otro plano, desde el que el dreyfusismo aparecía como una modalidad sin importancia que no merecía la pena de retener la atención de un patriota preocupado por las grandes cuestiones exteriores. Acaso, más bien, porque como las máximas de su cautela política no se aplicaban sino a cuestiones de forma, de procedimiento, de oportunidad, eran tan impotentes para resolver las cuestiones de fondo como lo es en filosofía la pura lógica para zanjar las cuestiones de existencia o ya fuese que esa misma cautela le hizo hallar peligroso el tratar de esos temas y, por prudencia, no quiso hablar más que de circunstancias secundarias. Pero en lo que Bloch se engañaba es cuando creía que el señor de Norpois, aun cuando hubiera sido menos prudente de carácter y de espíritu menos exclusivamente formal, habría, de haber querido, podido decirle la verdad sobre el papel de Henry, de Picquart, de Du Paty de Clam, acerca de todos los puntos de la cuestión. Bloch no podía dudar, en efecto, de que el señor de Norpois conociese la verdad en lo referente a todas esas cosas. ¿Cómo había de ignorarla, puesto que conocía a los ministros? Bloch pensaba que, desde luego, la verdad política puede ser reconstituida aproximadamente por los cerebros más lúcidos; pero se figuraba, como el grueso del público, que esa verdad habita siempre, indiscutible y material, en el archivo secreto del presidente de la República y del presidente del Consejo, que dan conocimiento de ella a los ministros. Ahora bien, hasta cuando la verdad política lleva consigo documentos, es raro que éstos tengan más valor que el de un clisé radioscópico en que el vulgo cree que la enfermedad del paciente se inscribe con todas sus letras, mientras que, en realidad, ese clisé proporciona un nuevo elemento de apreciación que habrá de unirse a otros muchos a que se aplicará el

razonamiento del médico, que extraerá de ellos su diagnóstico. También la verdad política, cuando se acerca uno a hombres informados y cree alcanzarla, se esquiva. Más tarde, inclusive, y para seguir ateniéndonos a la cuestión Dreyfus, cuando se produjo un hecho tan escandaloso como la confesión de Henry, seguida de su suicidio, ese hecho fue interpretado luego de opuesta manera por algunos ministros dreyfusistas y por Cavaignac y Cuignet, que habían descubierto por sí mismos la falsedad y habían dirigido el interrogatorio; más aún: entre los ministros dreyfusistas y del mismo matiz, que juzgaban no sólo basándose en las mismas piezas de convicción, sino con el mismo espíritu, el papel de Henry se explicó de manera enteramente opuesta, viendo los unos en él un cómplice de Esterhazy, asignando los otros, por el contrario, ese papel a Du Paty de Clam, adhiriéndose así a una tesis de su adversario Cuignet y encontrándose en completa oposición con su partidario Reinach. Todo lo que Bloch pudo sacar del señor de Norpois fue que si era cierto que el jefe de Estado Mayor, el señor de Boisdeffre, había hecho enviar una comunicación secreta al señor de Rochefort, había en ello evidentemente algo singularmente deplorable.

—Tenga usted por seguro que el ministro de la Guerra ha debido, *in petto*[29], a lo menos, de dar a su jefe de Estado Mayor a los dioses infernales. Un mentís oficial no hubiera sido, a mi parecer, ninguna extralimitación. Pero el ministro de la Guerra se expresa en términos muy duros sobre el particular *ínter pocula*[30]. Por lo demás, hay ciertos temas en torno a los que es sobremanera imprudente crear una agitación que luego no se pueda dominar.

—Pero esos documentos son manifiestamente falsos —dijo Bloch.

El señor de Norpois no respondió, pero declaró que no aprobaba las manifestaciones del príncipe Enrique de Orleáns:

—Por otra parte, lo único que pueden hacer es turbar la serenidad del pretorio y alentar agitaciones que tanto en un sentido como en otro serían de deplorar. Desde luego que hay que salir al paso a los manejos antimilitaristas, pero tampoco podemos dejar pasar el barullo alentado por aquellos elementos de la derecha que, en lugar de servir a la idea patriótica,

piensan en servirse de ella. Francia, a Dios gracias, no es una república suramericana, y no se deja sentir en ella la necesidad de un general de pronunciamiento.

Bloch no pudo llegar a hacerle hablar de la cuestión de la culpabilidad de Dreyfus, ni a que diese un pronóstico respecto al fallo que resultaría del proceso civil actualmente en curso. En desquite, el señor de Norpois pareció complacerse en dar detalles acerca de las consecuencias de ese fallo.

—Si es una condena —dijo—, será probablemente casada, porque es raro que en un proceso en que las declaraciones de los testigos son tan numerosas no haya vicios de forma que puedan invocar los abogados.

Por lo que hace a la algarada del príncipe Enrique de Orleáns, dudo mucho que haya sido del gusto de su padre.

—¿Cree usted que Chartres esté de parte de Dreyfus? —preguntó la duquesa, sonriendo, abriendo mucho los ojos, encendidas las mejillas, hundida la nariz en su plato de hojaldres, con expresión escandalizada.

—Nada de eso; únicamente quería decir que hay en toda la familia, por ese lado, un sentido político cuyo *nec plus ultra*[31] ha podido verse en la admirable princesa Clementina, y que su hijo el príncipe Fernando ha conservado como una preciosa herencia. No hubiera sido el príncipe de Bulgaria quien estrechase entre sus brazos al comandante Esterhazy.

—Hubiera preferido un simple soldado —murmuró la señora de Guermantes, que cenaba a menudo con el búlgaro en casa del príncipe, y que le había respondido una vez, al preguntarle aquél si no era envidiosa: «Sí, monseñor, de vuestras pulseras».

—¿No va usted esta noche al baile de la señora de Sagan? —dijo el señor de Norpois a la señora de Villeparisis para cortar en seco la conversación con Bloch. Este no le desagradaba al embajador, que nos dijo más tarde, no sin ingenio y sin duda a causa de las huellas que subsistían en el lenguaje de Bloch de la moda neohomérica, que había abandonado, empero: «Es bastante entretenido, con esa manera de hablar que tiene, un poco anticuada, un tanto solemne». A poco más diría: «las Doctas Hermanas», como Lamartine o como Juan Bautista Rousseau. «Es una cosa que ha llegado a ser bastante rara en la juventud actual y lo era, incluso, en

la que la ha precedido. Nosotros éramos un tanto románticos». Pero por curioso que le pareciese su interlocutor, el señor de Norpois estimaba que demasiado había durado el diálogo.

—No, señor, ya no voy al baile —respondió ella con una graciosa sonrisa de mujer que ha llegado a la vejez—. ¿Y ustedes, van a ir? Es propio de sus años —añadio, englobando en una misma mirada al señor de Châtellerault, a su amigo y a Bloch—. También a mí me han invitado —dijo, afectando por broma envanecerse de ello—. Han ha venido a invitarme, inclusive. (*Han:* era la princesa de Sagan).

—Yo no tengo tarjeta de invitación —dijo Bloch, pensando que la señora de Villeparisis iba a ofrecerle una y que la señora de Sagan se consideraría dichosa por recibir al amigo de una mujer a quien ella misma había ido a invitar en persona.

La marquesa no respondió nada, y Bloch no insistió, porque tenía un asunto más serio de que tratar con ella, para el que acababa de pedirle una entrevista para dos días más tarde. Como había oído decir a los dos jóvenes que habían presentado su dimisión en el círculo de la calle Royale, donde se entraba como en un molino, quería pedir a la señora de Villeparisis que le hiciera ser admitido en dicho círculo.

—¿Es que esos Sagan no son suficientemente distinguidos, no es suficientemente *snob* su círculo? —dijo en tono sarcástico.

—Nada de eso; son lo mejor que hacemos en ese género —respondió el señor de Argencourt, que había adoptado todos los chistes parisienses.

—¡Entonces —dijo Bloch medio irónicamente— es lo que se dice una de las *solemnidades,* de las grandes *sesiones mundanas* de la temporada!

La señora de Villeparisis dijo en aire de broma a la de Guermantes:

—Vamos a ver, ¿es una gran solemnidad mundana el baile de la señora de Sagan?

—Eso no es a mí a quien hay que preguntarlo —le respondió irónicamente la duquesa; aún no he llegado a saber lo que era una solemnidad mundana. Por lo demás, las cosas mundanas no son mí fuerte.

—¡Ah!, yo creía lo contrario —dijo Bloch, que se figuraba que la señora de Guermantes había hablado sinceramente.

Siguió, con gran desesperación del señor de Norpois, haciéndole un sin fin de preguntas acerca de los oficiales cuyo nombre salía a colación con más frecuencia a propósito de la cuestión Dreyfus. El señor de Norpois declaró que «a simple vista» el coronel Du Paty de Clam le hacía el efecto de un cerebro un tanto confuso y que acaso no había estado muy acertado elegirle para que llevase adelante una cosa tan delicada, que tanta sangre fría y discernimiento requería, como era un sumario.

—Sé que el partido socialista pide a gritos su cabeza, así como la liberación inmediata del preso de la isla del Diablo. Pero creo que aún no estamos reducidos a pasar así por las horcas caudinas de los señores Gérault-Richard y consocios. Hasta aquí, esta cuestión es la botella de tinta. No digo que, tanto de una parte como de otra, no haya que ocultar bajezas bastante feas. Que ciertos protectores más o menos desinteresados de su cliente de usted puedan incluso tener buenas intenciones… no pretendo lo contrario, pero ya sabe usted que el infierno está empedrado de ellas —añadió con una aguda mirada—. Es esencial que el Gobierno dé la impresión de que no está en manos de las facciones de la izquierda y de que no le queda más que rendirse, atado de pies y manos, a las intimaciones de no sé qué ejército pretoriano que, créame usted, no es el ejército. Ni que decir tiene que, si se adujese un hecho nuevo, se incoaría un proceso de revisión. La consecuencia salta a la vista. Pedir eso es empujar una puerta abierta. Ese día el Gobierno sabrá hablar alto y claro, o abdicaría de lo que constituye su prerrogativa esencial. Ya no bastarán las patochadas. Habrá que designar jueces para Dreyfus. Y será fácil, porque, aunque se haya hecho costumbre en nuestra dulce Francia, donde gustamos de calumniarnos a nosotros mismos, creer o dejar que se crea que para hacer oír las palabras de verdad y de justicia es indispensable atravesar el canal de la Mancha —lo cual no es a menudo más que un medio disfrazado de llegar al Sprée—, no sólo en Berlín hay jueces. Pero una vez puesta en marcha la acción gubernamental, ¿sabrán ustedes escuchar al Gobierno? Cuando les invite a cumplir con su deber, ¿se pondrán ustedes en torno suyo? ¿Sabrán ustedes no permanecer sordos a su patriótico llamamiento y responder: «¡Presente!»?

El señor de Norpois hacía estas preguntas a Bloch con una vehemencia que, al mismo tiempo que intimidaba a mi camarada, le lisonjeaba; porque el embajador parecía como si se dirigiese en él a todo un partido, como si interrogara a Bloch, ni más ni menos que si éste hubiese recibido las confidencias de ese partido y pudiera asumir la responsabilidad de las decisiones que se adoptasen.

—Si no cejasen ustedes —continuó el señor de Norpois sin aguardar a la respuesta colectiva de Bloch—; si antes, inclusive, de que estuviera seca la tinta del decreto que dispusiese el incoamiento del proceso de revisión, ustedes, obedeciendo a no sé qué insidiosa consigna, no cejaran, sino que se confinasen en una oposición estéril que parece ser para algunos la *ultima ratio*[32] de la política; si se retirasen ustedes a su tienda y quemasen sus naves, sería con grande perjuicio para ustedes mismos. ¿Son ustedes prisioneros de los fautores de desorden? ¿Les han dado ustedes rehenes?

Bloch se veía perplejo para responder. El señor de Norpois no le dio tiempo.

—Si la negativa es veraz, como quiero creerlo, y si tiene usted un poco de lo que me parece que, desgraciadamente, les falta a algunos de sus jefes y de sus amigos, cierto espíritu político, el mismo día en que esté segura la Sala de lo Criminal, si no se dejan ustedes alistar por los que pescan en río revuelto, tendrán ustedes ganada la partida. No respondo de que todo el Estado Mayor pueda salir muy airoso del trance, pero no es poco ya que parte de él, por lo menos, pueda sacar alta la cara sin plantar fuego al polvorín ni armar gresca.

Por lo demás, se cae de su peso que es al Gobierno a quien incumbe hacer hablar al derecho y cerrar la lista, demasiado larga, de los crímenes impunes, no, ciertamente, obedeciendo a las incitaciones socialistas ni a las de no sé qué soldadesca —añadió, mirando a Bloch a los ojos y acaso con el instinto que tienen todos los conservadores para buscarse apoyos en el campo contrario—. La acción gubernamental debe ejercerse sin hacer caso de pujas, vengan éstas de donde vinieren. El Gobierno no está, a Dios gracias, a las órdenes del coronel Driaut ni, en el otro polo, a las del señor Clemenceau. Hay que meter en cintura a los agitadores de profesión e

impedir que vuelvan a levantar cabeza. ¡Francia, en su inmensa mayoría, desea el trabajo dentro del orden! En este respecto, tengo formada mi religión. Pero no hay que tener miedo de ilustrar a la opinión; y si algunos borregos, de los que tan bien conoció nuestro Rabelais, se lanzasen al agua de cabeza, convendría hacerles ver que ese agua está turbia, que ha sido turbada adrede por una ralea que no es de casa, para disimular sus peligrosos fondos. Y el Gobierno no debe aparecer como que sale a la fuerza de su pasividad cuando ejerza el derecho que es esencialmente su derecho; quiero decir, poner en movimiento a la Señora Justicia. El Gobierno aceptará todas las indicaciones de ustedes. Si se demuestra que ha habido un error judicial, el Gobierno estará apoyado por una mayoría aplastante que le permitiría obrar con entera libertad.

—Usted, caballero —dijo Bloch, volviéndose hacia el señor de Argencourt, a quien había sido presentado al mismo tiempo que a los demás —, de seguro que es dreyfusista: en el extranjero lo es todo el mundo.

—Esa es una cuestión que sólo atañe a los franceses entre sí, ¿verdad? —respondió el señor de Argencourt con esa particular insolencia que consiste en atribuir al interlocutor una opinión que se sabe manifiestamente que no comparte, puesto que acaba de emitir una opinión opuesta.

Bloch se sonrojó; el señor de Argencourt sonrió, mirando en torno suyo, y si la sonrisa, mientras la dirigió a los demás visitantes, fue malévola para Bloch, se atemperó de cordialidad al detenerla finalmente en mi amigo, con objeto de privar a éste de pretexto para molestarse de las palabras que acababa de oír y que no por ello dejaban de ser menos crueles. La señora de Guermantes dijo al oído al señor de Argencourt algo que no oí, pero que debía de referirse a la religión de Bloch, porque en ese momento pasó por el semblante de la duquesa esa expresión a que el temor que tiene uno de ser observado por la persona de quien habla comunica un viso vacilante y falso, y a la que se mezcla el regocijo curioso y malévolo que inspira un grupo humano a que nos sentimos radicalmente extraños. Bloch, por desquitarse, se dirigió al duque de Châtellerault:

—Usted, caballero, que es francés, sabe de seguro que en el extranjero son dreyfusistas, aunque se pretenda que en Francia no se sabe nunca lo que

pasa en el extranjero. Además, yo sé que se puede hablar con usted; me lo ha dicho Saint-Loup.

Pero el joven duque, que sentía que todo el mundo se ponía en contra de Bloch, y que era cobarde como a menudo se es en sociedad, usando de un ingenio preciosista y mordaz que, por atavismo, parecía heredar del señor de Charlus:

—Perdóneme, caballero, que no discuta acerca de Dreyfus con usted, pero es una cuestión que tengo por principio no hablar de ella como no sea entre jaféticos.

Todo el mundo sonrió, excepto Bloch, no porque éste no tuviese costumbre de pronunciar frases irónicas a cuenta de sus orígenes judíos, a propósito de su ascendencia, que venía un tanto del Sinaí. Pero en lugar de una de esas frases, que sin duda no estaban a punto, el resorte de la máquina interior hizo subir otra a la boca de Bloch. Y sólo se pudo recoger esto:

—Pero ¿cómo ha podido usted saber?… ¿Quién le ha dicho a usted?… —como si hubiera sido hijo de un presidiario. Por otra parte, dados su apellido, que no pasa precisamente por cristiano, y su cara, su extrañeza denotaba cierta ingenuidad.

Como lo que le había dicho el señor de Norpois no le hubiera satisfecho completamente, se acercó al archivero y le preguntó si no se veía algunas veces en casa de la señora de Villeparisis al señor Du Paty de Clam o a José Reinach. El archivero no respondió nada; era nacionalista y no cesaba de predicar a la marquesa que bien pronto habría una guerra social y que ella debiera ser más prudente en la elección de sus relaciones. Se preguntó si no sería Bloch un emisario secreto del Sindicato que hubiera venido con objeto de informar a éste, y se fue a repetir inmediatamente a la señora de Villeparisis las preguntas que Bloch acababa de hacerle. La marquesa juzgó que Bloch estaba, por lo menos, mal educado, que acaso fuera peligroso para la posición del señor de Norpois. Por último, quería dar gusto al archivero, la única persona que le inspiraba algún temor y por quien era adoctrinada, sin gran resultado (todas las mañanas le leía el artículo del señor Judet en el *Petit Journal*). Quiso, por tanto, dar a entender a Bloch que no se empeñase en volver, y encontró con mayor naturalidad en su

repertorio mundano la escena con que una gran dama pone a alguien a la puerta de su casa, escena que en modo alguno comporta el dedo en alto y los ojos llameantes que la gente se figura. En el momento en que Bloch se acercaba a ella para despedirse, hundida en su butacón, pareció extraída a medias de una vaga somnolencia. Sus ahogadas miradas tuvieron tan sólo el fulgor apagado y encantador de una perla. Los adioses de Bloch, desplegando apenas en el rostro de la marquesa una lánguida sonrisa, no le arrancaron una palabra, y no le tendió la mano. Esta escena puso a Bloch en el colmo del asombro, pero como era testigo de ella un círculo de personas en torno suyo, no pensó que pudiera prolongarse sin inconveniente para él y, por obligar a la marquesa, la mano que no venían a tomarle se la tendió él mismo. La señora de Villeparisis se molestó. Pero sin duda, con importarle dar una satisfacción inmediata al archivero y al clan antidreyfusista, quería, sin embargo, guardar miramientos al porvenir; se contentó con bajar los párpados y entornar los ojos.

—Me parece que está dormida —dijo Bloch al archivero, que, sintiéndose sostenido por la marquesa, adoptó una expresión indignada—. ¡Adiós, señora! —gritó.

La marquesa hizo el ligero movimiento de labios de una moribunda que quisiera abrir la boca, pero cuya mirada ya no reconoce a nadie. Después se volvió, desbordante de una vida que vuelve a encontrarse, al marqués de Argencourt, mientras Bloch se alejaba persuadido de que estaba «chocha». Lleno de curiosidad y con el propósito de poner en claro un incidente tan extraño, volvió a verla algunos días después. Ella le recibió muy bien porque era buena, porque no estaba allí el archivero, porque le importaba el sainete que había de hacer representar en su casa Bloch, y, en fin, porque había hecho la comedia de gran dama que deseaba, que fue universalmente admirada y comentada aquella misma noche en diversos salones, pero conforme a una versión que ya no tenía ninguna relación con la verdad.

—Hablaba usted de las *Siete Princesas,* duquesa; ¿sabe usted (no estoy más orgulloso de ello por eso) que el autor de ese… cómo diré, de ese memorial, es un compatriota mío? —dijo el señor de Argencourt con una

ironía matizada por la satisfacción de conocer mejor que los demás al autor de una obra de que se acababa de hablar—. Sí, es belga de nación —añadió.

—¿De veras? No, no le acusamos a usted de entrar para nada en las *Siete Princesas.* Afortunadamente para usted y para sus compatriotas, no se parece usted al autor de esa inepcia. Conozco belgas muy amables, usted, su rey, que es un poco tímido, pero lleno de ingenio, mis primos los de Ligne y otros muchos; pero, afortunadamente, ustedes no hablan la misma lengua que el autor de las *Siete Princesas.* Por lo demás, si quiere usted que le diga la verdad, es demasiado hablar de ello, sobre todo porque eso no es nada. Son gente que trata de parecer oscura y que si es preciso se las arregla para ser ridícula, para ocultar que no tiene ideas. Si debajo de eso hubiera algo, yo le diría a usted que no les temo a ciertas audacias —añadió en un tono serio— desde el momento en que haya en ellas algún pensamiento. No sé si ha visto usted la obra de Borelli. Hay gente a quien le ha molestado; a mí, aun cuando hubiera de hacerme lapidar —añadió sin darse cuenta de que no corría grandes riesgos—, confieso que me ha parecido infinitamente curiosa. ¡Pero las *Siete Princesas*! De nada sirve que una de ellas tenga mimos para su sobrino; no puedo soportar los sentimientos familiares…

La duquesa se detuvo en seco, porque entraba una señora que era la vizcondesa de Marsantes, madre de Roberto. La señora de Marsantes era considerada en el *faubourg* de Saint-Germain como un ser superior, de una bondad, de una resignación angelicales. Me lo habían dicho, y yo no tenía ninguna razón particular para estar sorprendido de ello, ya que en ese momento no sabía que fuese la mismísima hermana del duque de Guermantes. Más tarde me he extrañado cada vez que he sabido, en esta sociedad, que mujeres melancólicas, puras, sacrificadas, veneradas como ideales santas de vidriera, habían florecido en la misma capa genealógica que unos hermanos brutales, estragados y viles. Hermanos y hermanas, cuando son tan enteramente iguales de cara como lo eran el duque de Guermantes y la señora de Marsantes, me pareció que debían tener en común una sola inteligencia, un mismo corazón, como los tendría una persona que podrá tener momentos buenos o malos, pero de quien no cabe

esperar, con todo, amplitud de miras si es de espíritu limitado, o una abnegación sublime si es dura de corazón.

La señora de Marsantes asistía a los cursos de Brunetière. Entusiasmaba al *faubourg* Saint-Germain, y, con su vida de santa, lo edificaba asimismo. Pero la conexión morfológica de la bonita nariz y de la mirada penetrante incitaba, sin embargo, a clasificar a la señora de Marsantes en la misma familia intelectual y moral que su hermano el duque. Yo no podía creer que el simple hecho de ser mujer y acaso de haber sido desgraciada y tener la opinión de todos a su favor, pudiera hacer que una persona fuese tan diferente de los suyos, como en las canciones de gesta en que todas las virtudes y las gracias están reunidas en la hermana de unos hermanos feroces. Me parecía que la naturaleza, menos libre que los antiguos poetas, tenía que servirse casi exclusivamente de los elementos comunes a la familia, y no podía atribuirle tal poder de innovación que hiciese, con materiales análogos a los que componían un tonto o un patán, un gran espíritu sin tara alguna de necedad, una santa sin ninguna mácula de brutalidad. La señora de Marsantes llevaba un traje de surá blanco con grandes palmas, sobre las que se destacaban unas flores de tela que eran negras. Es que había perdido, hacía tres semanas, a su primo el señor de Montmorency, lo cual no le impedía hacer visitas, asistir a comidas íntimas, pero de luto. Era una gran dama. Por atavismo, su alma estaba llena de la frivolidad de las existencias de corte, con todo lo que hay en ella de superficial y de riguroso. La señora de Marsantes no había tenido fuerzas para lamentar mucho tiempo la pérdida de su padre y de su madre, pero por nada del mundo hubiera vestido de color en el mes siguiente a la muerte de su primo. Estuvo más que amable conmigo, porque yo era amigo de Roberto y porque no era del mismo mundo que Roberto. Esta bondad iba acompañada de una timidez fingida, de la especie de movimiento de retirada intermitente de la voz, de la mirada, del pensamiento que se recoge como una falda indiscreta, para no ocupar demasiado sitio, para permanecer bien erguida, inclusive en la flexibilidad, como requiere la buena educación. Buena educación que no hay que tomar demasiado al pie de la letra, por lo demás, ya que muchas de esas damas caen en seguida en la licencia de

costumbres sin perder nunca la corrección casi infantil de los modales. La señora de Marsantes irritaba un poco en la conversación porque, cada vez que se trataba de un plebeyo (por ejemplo, de Bergotte, de Elstir), decía, recalcando la palabra, haciéndola valer y salmodiándola en dos tonos diferentes con una modulación que era peculiar de los Guermantes: «He tenido el *honor,* el gran *ho*-nor de encontrarme con el señor Bergotte, de conocer al señor Elstir», fuese por hacer admirar su humildad, fuese por el mismo gusto que tenía el señor de Guermantes de volver a las formas desusadas para protestar contra los usos de la mala educación actual en que no se dice suficientemente «honrado». Cualquiera de estas dos razones que fuese la verdadera, de todas maneras se sentía que cuando la señora de Marsantes decía: «He tenido el *honor,* el gran *ho*-nor», creía desempeñar un gran papel y demostrar que sabía acoger los nombres de los hombres de valía como hubiera recibido a éstos en persona en su castillo, si se hubieran encontrado en sus inmediaciones. Por otra parte, como su familia era numerosa, como la quería mucho; como, lenta de palabra y amiga de explicaciones, quería hacer comprender los parentescos, se encontraba (sin ningún deseo de deslumbrar y aun sin que, sinceramente, le gustase hablar más que de campesinos conmovedores y de guardas de caza sublimes) citando a cada instante a todas las familias ennoblecidas de Europa, cosa que no le perdonaban las gentes menos brillantes, y, si eran un tanto intelectuales, se burlaban de ello como de una estupidez.

En el campo, la señora de Marsantes era adorada por el bien que hacía, pero sobre todo porque la pureza de una sangre en que desde muchas generaciones atrás no se encontraba sino cuanto hay de más grande en la historia de Francia, había quitado a su manera de ser todo lo que la gente del pueblo llama «ínfulas» y le había dado una sencillez perfecta. No temía abrazar a una pobre mujer que era desgraciada y decirle que fuese a buscar un carro de leña al castillo. Era, se decía, la perfecta cristiana. Estaba empeñada en hacer contraer un matrimonio colosalmente rico a Roberto. Ser gran señora es jugar a la gran señora; es decir, por una parte, jugar a la sencillez. Es un juego que sale extremadamente caro, tanto más cuanto que la sencillez no encanta sino a condición de que los demás sepan que

podríais no ser sencillos; es decir, que sois riquísimos. Más tarde me dijeron, cuando conté que la había visto: «Debe usted de haberse dado cuenta de que ha sido encantadora». Pero la verdadera belleza es tan particular, tan nueva, que no se la reconoce como tal belleza. Ese día me dije solamente que tenía una nariz chiquitina, los ojos muy azules, el cuello largo y la expresión triste.

—Oye —dijo la señora de Villeparisis a la duquesa de Guermantes—, creo que voy a recibir dentro de un momento la visita de una mujer a quien no quieres conocer; prefiero avisártelo para que no te moleste. Por lo demás, puedes estar tranquila; no volveré nunca a recibirla en mi casa en lo sucesivo, pero tiene que venir por una sola vez hoy. Es la mujer de Swann.

La señora de Swann, al ver las proporciones que tomaba la cuestión Dreyfus, y temiendo que el origen de su marido se volviese contra ella, le había suplicado que no hablase nunca de la inocencia del condenado. Cuando no estaba él delante, iba aún más lejos, y hacía profesión del más ardiente nacionalismo; no hacía más que seguir en esto, por lo demás, a la señora de Verdurin, en quien se había despertado un antisemitismo burgués y latente, y había llegado a una verdadera exasperación. La señora de Swann había conseguido, gracias a esta actitud, entrar en algunas de las Ligas de mujeres del mundo antisemita que empezaba a formarse, y había trabado relaciones con muchas personas de la aristocracia. Puede parecer extraño que, lejos de imitarlas, la duquesa de Guermantes, tan amiga de Swann, se hubiese resistido siempre, por el contrario, al deseo, que él no le había ocultado, de presentarla a su mujer. Pero más tarde se verá que esto era un reflejo del carácter particular de la duquesa, que juzgaba que «no tenía» que hacer tal o cual cosa e imponía con despotismo lo que había decidido su «libre arbitrio» mundano, muy arbitrario.

—Le agradezco que me haya avisado —dijo la duquesa—. Me sería muy desagradable, en efecto. Pero como la conozco de vista, me levantaré a tiempo.

—Te aseguro, Oriana, que es muy agradable; es una mujer excelente.

—No lo dudo, pero no siento ninguna necesidad de cerciorarme de ello por mí misma.

—¿Estás invitada en casa de lady Israël? —preguntó la señora de Villeparisis a la duquesa, por cambiar de conversación.

—¡Pero si, a Dios gracias, no la conozco! —respondió la señora de Guermantes—. A quien hay que preguntarle eso es a María-Aynard. Ella la conoce, y siempre me he preguntado por qué.

—La he conocido, en efecto —respondió la señora de Marsantes—; confieso mis errores. Pero estoy decidida a no volver a tratarla. Parece que es una de las peores, y que no se recata. Por lo demás, hemos sido todos demasiado confiados, demasiado hospitalarios. No volveré a tratar a nadie de ese pueblo. Mientras teníamos antiguos primos de provincias, de nuestra misma sangre, a los que cerrábamos nuestra puerta, se la abríamos a los judíos. Ahora vemos su agradecimiento. ¡Ay!, yo nada tengo que decir: tengo un hijo adorable, y que, como un chiquillo loco que es, suelta todas las insensateces posibles —añadió al oír que el señor de Argencourt había hecho alusión a Roberto—. Pero, a propósito de Roberto, ¿no lo ha visto usted? —preguntó a la señora de Villeparisis—; como hoy es sábado, pensé que habría podido pasar veinticuatro horas en París, y en ese caso habría venido seguramente a verla a usted.

En realidad, la señora de Marsantes pensaba que su hijo no tendría licencia; pero como, en todo caso, sabía que, de tenerla, no habría venido a casa de la señora de Villeparisis, esperaba, aparentando creer que lo hubiese encontrado aquí, hacerle perdonar por su susceptible tía todas las visitas que no le había hecho.

—¡Roberto aquí! ¡Pero si ni siquiera me ha puesto dos líneas! Creo que no le he visto desde Balbec.

—¡Está tan ocupado, tiene tanto que hacer! —dijo la señora de Marsantes.

Una imperceptible sonrisa hizo ondular las pestañas de la señora de Guermantes, que miró al círculo que con la punta de su sombrilla trazaba en la alfombra. Cada vez que el duque había abandonado demasiado abiertamente a su mujer, la señora de Marsantes había abrazado ostensiblemente, en contra de su propio hermano, la causa de su cuñada. Esta guardaba de esa protección un recuerdo reconocido y rencoroso, y sólo

a medias le molestaban las calaveradas de Roberto. En ese momento, abriéndose de nuevo la puerta, entró éste.

—¡Hombre, en hablando del Saint-Loup!… —dijo la señora de Guermantes[33].

La señora de Marsantes, que estaba de espaldas a la puerta, no había visto entrar a su hijo. Cuando se dio cuenta de su llegada, la alegría batió en aquella madre, verdaderamente, como un aletazo; el cuerpo de la señora de Marsantes se irguió a medias, su semblante palpitó y ponía en Roberto unos ojos maravillados:

—¡Cómo, has venido! ¡Qué felicidad! ¡Qué sorpresa!

—¡Ah!, *en hablando del Saint-Loup*, ¡ya comprendo! —dijo el diplomático belga riéndose a carcajadas.

—Es delicioso —replicó secamente la señora de Guermantes, que detestaba los juegos de palabras y si había arriesgado éste era solamente como burlándose de sí misma.

—¡Hola, Roberto! —dijo—. ¡Así se olvida a la tía!

Charlaron juntos un instante, sin duda acerca de mí, porque mientras Saint-Loup se acercaba a su madre, la señora de Guermantes se volvió hacia mí.

—Buenas tardes, ¿cómo está usted? —me dijo.

Dejó de llover sobre mí la luz de su mirada azul, vaciló un instante, desplegó y tendió el tallo de su brazo, inclinó hacia delante su cuerpo, que volvió a erguirse rápidamente hacia atrás como un arbusto que se ha tendido y que, al dejarlo libre, vuelve a su posición natural. Así operaba bajo el fuego de las miradas de Saint-Loup, que la observaba y hacía a distancia esfuerzos desesperados por conseguir un poco más aún de su tía. Temiendo que la conversación decayese, vino a alimentarla y respondió por mí:

—No se encuentra muy bien, está un poco cansado; por lo demás, acaso se encontrase mejor si te viese más a menudo, porque no te he de ocultar que le gusta mucho verte.

—¡Ah!, es muy amable —dijo la señora de Guermantes en un tono voluntariamente trivial, como si yo le hubiese llevado su abrigo—. Me siento muy halagada.

—Mira, me voy un poco junto a mi madre; te dejo mi silla —me dijo Saint-Loup, obligándome así a sentarme al lado de su tía.

Callamos los dos.

—Le veo a usted algunas veces por la mañana —me dijo ella como si fuese una novedad que me hubiese hecho saber y como si yo no la viese a ella—. Eso sienta muy bien a la salud.

—Oriana —dijo a media voz la señora de Marsantes—, decía usted que iba a ver a la señora de Saint-Ferréol. ¿Sería usted tan amable que le dijese que no me espere a cenar? Me quedaré en casa, ya que tengo aquí a Roberto. Incluso, si me atreviera, le pediría a usted que dijese, al pasar por casa, que compren en seguida de esos cigarros que le gustan a Roberto; se llaman «Coronas»; no hay otros.

Roberto se acercó; había oído únicamente el nombre de la señora de Saint-Ferréol.

—¿Quién es esa señora de Saint-Ferréol? —preguntó en tono de extrañeza y de decisión, porque afectaba ignorar todo lo que concernía al gran mundo.

—Pero, bueno, querido; sabes perfectamente —dijo su madre— que es la hermana de Vermandois; fue la que te regaló aquel juego de billar tan bonito y que tanto te gustaba.

—¡Cómo!, ¿es la hermana de Vermandois? No tenía la menor idea de ello. ¡Ah, mi familia es estupenda! —dijo volviéndose a medias hacia mí y adoptando, sin darse cuenta de ello, las entonaciones de Bloch, del mismo modo que se apropiaba sus ideas—; conoce una gente inaudita, una gente que se llama sobre poco más o menos Saint-Ferréol —recalcando la última consonante de cada palabra—, va a los bailes, se pasea en *victoria*, lleva una existencia fabulosa. ¡Es prodigioso!

La señora de Guermantes hizo con la garganta ese ruido ligero, breve y fuerte, como de una sonrisa que uno se traga y que estaba destinado a demostrar que tomaba parte, en la medida en que el parentesco la obligaba a ello, en el ingenio de su sobrino. En esto anunciaron que el príncipe de Faffensheim-Munsterburg-Weinigen enviaba a decir al señor de Norpois que acababa de llegar.

—Vaya usted a buscarlo, caballero —dijo la señora de Villeparisis al viejo embajador, que se precipitó al encuentro del primer ministro alemán.

Pero la marquesa volvió a llamarle:

—Espere usted, caballero; ¿debo enseñarle la miniatura de la emperatriz Carlota?

—¡Ah! Me figuro que le encantará —dijo el embajador en tono convencido y como si envidiase al afortunado ministro por el favor que le esperaba.

—¡Ah! Ya sé que es muy *sensato* —dijo la señora de Marsantes—, y eso es tan raro en los extranjeros… Pero estoy bien informada. Es el antisemitismo en persona.

El nombre del príncipe conservaba en la franqueza con que sus primeras sílabas eran —como se dice en música— atacadas, y en la tartajeante repetición que las escandía, el impulso, la ingenuidad amanerada, las pesadas «delicadezas» germánicas proyectadas como ramajes verdeantes sobre el «Hein» de esmalte azul oscuro que desplegaba el misticismo de una vidriera renana, tras los dorados pálidos y finamente cincelados del siglo XVIII alemán. Este nombre contenía, entre los diversos de que estaba formado, el de una pequeña ciudad-balneario alemana adonde, de muy niño, había ido yo con mi abuela, al pie de una montaña honrada por los paseos de Goethe, y de unos viñedos cuyos caldos ilustres —de un nombre compuesto y resonante como los epítetos que Homero da a sus héroes— bebíamos en el Kurhof. Así, apenas hube oído pronunciar el nombre del príncipe, cuando, antes de haberme acordado de la estación termal, me pareció que disminuía, que se impregnaba de humanidad, que encontraba suficientemente grande para él un pequeño lugar en mi memoria, a la que se adhirió, familiar, vulgar, pintoresco, sabroso, ligero, con no sé qué de autorizado, de prescrito. Más aún, al explicar el señor de Guermantes quién era el príncipe, citó algunos de sus títulos, y reconocí el nombre de una ciudad atravesada por el río, por donde todas las tardes, acabada la cura, me paseaba en barca, hendiendo nubes de mosquitos; y el de un bosque suficientemente lejano para que el médico no me hubiera permitido ir hasta él de paseo. Y, en efecto, era comprensible que el poder feudal del señor se

extendiese hasta los lugares circunvecinos y asociase de nuevo en la enumeración de sus títulos los nombres que podían leerse unos al lado de otros en un mapa. Así, bajo la visera del príncipe del Sacro Imperio y del escudero de Franconia, lo que vi fue la faz de una tierra querida en que se habían detenido a menudo para mí los rayos del sol de las seis, por lo menos antes de que el príncipe, ringrave y elector palatino, hubiese entrado. Porque a los pocos instantes supe que los espectros que sacaba de la selva y del río, poblados de gnomos y de ondinas, de la montaña encantada en que se alza el viejo burgo que guarda el recuerdo de Lutero y de Luis el Germánico, los utilizaba él para tener cinco automóviles Charron, un hotel en París y otro en Londres, un palco los lunes, en la Opera y otro en los «martes» de los «Franceses». No me parecía, y él mismo no parecía creerlo, que se diferenciase de otros hombres de la misma posición y de la misma edad dotados de un origen menos poético. Tenía su misma cultura, su mismo ideal; se alegraba de su rango, pero solamente por las ventajas que le confería, y no tenía más que una ambición en la vida: la de ser elegido miembro correspondiente de la Academia de Ciencias Morales y Políticas, por cuya razón había venido a casa de la señora de Villeparisis. Si él, cuya mujer estaba al frente del cotarro más cerrado de Berlín, había solicitado ser presentado en casa de la marquesa, no era porque en el primer momento hubiera sentido deseos de semejante cosa. Roído desde hacía años por esa ambición de entrar en el Instituto, nunca había podido, desgraciadamente, ver subir a más de cinco el número de los académicos que estaban dispuestos a votarle. Sabía que el señor de Norpois disponía él solo de una decena de votos, por lo menos, a los que era capaz, gracias a hábiles transacciones, de añadir otros. Así, el príncipe, que le había conocido cuando los dos eran embajadores en Rusia, había ido a verle y había hecho cuanto había podido por conciliárselo. Pero en vano había multiplicado las amabilidades, en vano había hecho obtener al marqués condecoraciones rusas y que le citasen en artículos de política extranjera; se había encontrado frente a un ingrato, un hombre para quien todas estas atenciones parecía como si no constasen, que no había hecho avanzar ni un paso su candidatura, que ni siquiera le había prometido su voto. Claro está que el

señor de Norpois le recibía con extremada urbanidad, que ni aun quería que se molestase y «se tomara el trabajo de ir hasta su puerta», que iba en persona al hotel del príncipe y cuando el caballero teutónico había lanzado: «Me gustaría mucho ser colega de usted», respondía en tono convencido: «¡Ah, sería muy feliz con ello!». Y sin duda que un ingenuo, un doctor Cottard, se hubiera dicho: «Vamos a ver: está aquí, en mi casa, ha sido él quien se ha empeñado en venir, porque me considera como un personaje más importante que él, me dice que sería feliz con que yo fuese de la Academia; así como así, las palabras tienen un sentido, ¡qué diablo!; indudablemente, si no me propone que votará por mí es porque no piensa en ello. Habla demasiado de mi gran poder, debe de creer que las alondras me caen asadas del cielo, que tengo tantos votos como quiero, y por eso no me ofrece el suyo, pero no tengo más que ponerle entre la espada y la pared, aquí, entre los dos, y decirle: 'Bueno, vote usted por mí', y se verá obligado a hacerlo».

Pero el príncipe de Faffenheim no era ningún ingenuo; era lo que el doctor Cottard hubiera llamado «un agudo diplomático», y sabía que el señor de Norpois no lo era menos, ni hombre que no hubiera caído por sí mismo en la cuenta de que podría hacerse agradable a un candidato con votarle. El príncipe, en sus embajadas y como ministro de Negocios Extranjeros, había celebrado, por su país, en lugar de ser como ahora por cuenta propia, conversaciones de esas en que se sabe de antemano hasta dónde se quiere llegar y lo que no le harán decir a uno. No ignoraba que, en lenguaje diplomático, charlar quiere decir ofrecer. Y por eso había hecho que el señor de Norpois recibiese el cordón de San Andrés. Pero si hubiera tenido que dar cuenta a su Gobierno de la conversación que había sostenido después de esto con el señor de Norpois, hubiera tenido que enunciar en su despacho: «He comprendido que había ido por mal camino». Porque desde el momento en que había empezado a hablar de nuevo del Instituto, el señor de Norpois le había repetido:

—Me gustaría mucho, mucho, por mis colegas. Creo que deben de sentirse realmente honrados con que usted haya pensado en ellos. Es una candidatura interesantísima, un poco fuera de nuestros usos. Como usted

sabe, la Academia es muy rutinaria, se asusta de todo lo que suena un poco a nuevo. Personalmente, la censuro por ello. ¡Cuántas veces me ha ocurrido dejárselo entender a mis colegas! No sé, incluso, Dios me lo perdone, si no ha salido alguna vez de mis labios el calificativo de rancios —había añadido con una sonrisa escandalizada, a media voz, casi en un aparte, como en un efecto de teatro, lanzando al príncipe una mirada rápida y oblicua de sus ojos azules, como un actor veterano que quiere juzgar de su efecto—. Como usted comprende, príncipe, yo no quisiera dejar que una personalidad tan eminente como la suya se embarcase en una partida perdida de antemano. Mientras las ideas de mis colegas sigan siendo tan atrasadas, estimo que lo sensato es abstenerse. Créame usted, por lo demás, que si yo viese alguna vez un espíritu un poco más nuevo, un poco más vivo dibujarse en ese colegio que tiende a convertirse en una necrópolis; si diese por descontada alguna coyuntura posible para usted, sería el primero en advertirle de ello.

El cordón de San Andrés es un error —pensó el príncipe—; las negociaciones no han adelantado ni un paso; no es eso lo que él quería. No he puesto la mano en la llave que hacía falta.

Era una forma de razonamiento de que el señor de Norpois, formado en la misma escuela que el príncipe, hubiera sido capaz. Puede uno burlarse de la pedantesca simpleza con que los diplomáticos a lo Norpois se extasían ante una frase oficial punto menos que insignificante. Pero su puerilidad tiene su contrapartida: los diplomáticos saben que en la balanza que asegura ese equilibrio europeo o cualquier otro que se llama la paz, los buenos sentimientos, los discursos hermosos, las súplicas, pesan muy poco, y que el peso decisivo, el verdadero, las determinaciones, consiste en otra cosa, en la posibilidad que el adversario tiene, si es bastante fuerte, o que no tiene, de satisfacer, por medio de un trueque, un deseo. El señor de Norpois, el príncipe Von ***, habían tenido que vérselas a menudo con este orden de verdades que una persona enteramente desinteresada como mi abuela, por ejemplo, no hubiera comprendido. Encargado de negocios en los países con que habíamos estado a dos dedos de estar en guerra, el señor de Norpois, ansioso por el sesgo que iban a tomar los acontecimientos, sabía

perfectamente que no se los indicarían con la palabra «paz» o con la palabra «guerra», sino con otra, trivial en apariencia, terrible o bendita, y que el diplomático, con ayuda de su clave, sabría leer inmediatamente y a la que, para poner a salvo la dignidad de Francia, respondería con otra palabra igualmente trivial, pero bajo la cual vería en seguida el ministro de la nación enemiga: guerra. E incluso, conforme a una costumbre antigua, análoga a la que daba a la primera aproximación de dos seres prometidos el uno al otro la forma de una entrevista fortuita en una representación del teatro del Gimnasio, el diálogo en que el destino dictase la palabra Guerra o la palabra Paz no se había celebrado generalmente en el despacho del ministro, sino en el banco de un «Kurgarten» a que iban, tanto el ministro como el señor de Norpois, a unas fuentes termales, a beber en el manantial unos vasitos de algún agua curativa. Obedeciendo a una a modo de convención tácita, se encontraban a la hora de la cura, daban juntos primeramente algunos pasos de un paseo que, bajo su apariencia benigna, sabían los dos interlocutores tan trágico como una orden de movilización. Ahora bien; en un asunto privado como era esta presentación al Instituto, el príncipe había utilizado el mismo sistema de inducción de que había hecho uso en su carrera, el mismo método de lectura a través de los símbolos superpuestos.

Y evidentemente no puede pretenderse que mi abuela y sus raros semejantes hubiesen sido los únicos que ignorasen este linaje de cálculos. En parte, el tipo medio de la humanidad que ejerce profesiones señaladas de antemano llega por su falta de intuición a la misma ignorancia que mi abuela debía a su elevado desinterés. A menudo hay que descender hasta los seres, hombres o mujeres, sostenidos por otros, para tener que buscar el móvil de la acción o de las palabras en apariencia más inocentes en el interés, en la necesidad de vivir. Qué hombre hay que no sepa que cuando una mujer a quien va a pagar le dice: «No hablemos de dinero», esta frase debe ser estimada, como se dice en música, como «una medida de silencio», y que si ella, más tarde, le declara: «Me has hecho sufrir demasiado, me has ocultado a menudo la verdad, estoy harta», debe interpretarlo: «otro protector le ofrece más». Y aun esto no es más que el lenguaje de una

cocota bastante próxima a las mujeres de mundo. Los apaches nos proporcionan ejemplos más palmarios. Pero el señor de Norpois y el príncipe alemán, si los apaches les eran desconocidos, se habían avezado a vivir en el mismo plano que las naciones, que son también, a despecho de su grandeza, seres de egoísmo y de astucia, que sólo es posible domar con la fuerza, con la consideración de su interés, que puede llevarles hasta al asesinato, un asesinato simbólico también a menudo, ya que la simple vacilación en batirse o la negativa a batirse pueden significar para una nación: «perecer». Pero como todo esto no se dice en los Libros Amarillos y demás, el pueblo es por su gusto pacifista; si es guerrero, es instintivamente por odio, por rencor, no por las razones que han decidido a los jefes de Estado advertidos por los Norpois.

Al invierno siguiente, el príncipe estuvo muy enfermo; se curó, pero su corazón quedó irremediablemente herido.

—¡Diablo! —se dijo—, no hay tiempo que perder en lo del Instituto, porque como me demore mucho me expongo a morirme antes de que me nombren. Sería realmente desagradable.

Hizo un estudio sobre la política de estos últimos veinte años para la *Revue des Deux Mondes,* y se expresó en él, en varios pasajes, en los términos más halagüeños respecto del señor de Norpois. Este fue a verle y le dio las gracias. Añadió que no sabía cómo expresarle su gratitud. El príncipe se dijo, como quien acaba de probar otra llave en una cerradura: «Tampoco es esta», y sintiendo un ligero ahogo al acompañar al señor de Norpois hasta la puerta, pensó: «¡Demontre! Estos mozos van a dejarme reventar antes de hacerme entrar. Apresurémonos».

Aquella misma tarde encontró al señor de Norpois en la Opera:

—Mi querido embajador —le dijo—, esta mañana me decía usted que no sabía cómo demostrarme su agradecimiento; es exagerar mucho, porque no tiene usted nada que agradecerme, pero voy a tener la indelicadeza de tomarle la palabra.

El señor de Norpois no estimaba el tacto del príncipe menos que éste el suyo. Comprendió inmediatamente que no era una petición lo que iba a

dirigirle el príncipe de Faffenheim, sino una oferta, y con una afabilidad sonriente se dispuso a escucharle.

—Verá usted, le voy a parecer indiscretísimo. Hay dos personas a las que estoy muy unido y de manera completamente diferente, como va usted a comprender, y que desde hace algún tiempo se han instalado en París, donde piensan vivir desde ahora: mi mujer y la gran duquesa Jean. Van a dar algunas comidas, especialmente en honor del rey y de la reina de Inglaterra, y hubiera sido su sueño poder ofrecer a sus invitados la presencia de una persona por quien, sin conocerla, sienten ambas una gran admiración. Confieso que no sabía cómo arreglármelas para satisfacer su deseo cuando supe, hace un momento, gracias a la mayor de las casualidades, que usted conocía a esa persona; sé que hace una vida muy retirada, que sólo quiere ver a muy poca gente, *happy few*[34]; pero si usted me da su apoyo, con la benevolencia que usted me muestra, seguro estoy de que ella consentiría en que usted me presentase en su casa y que yo le transmitiese el deseo de la gran duquesa y de la princesa. Quizá consintiera en ir a almorzar con la reina de Inglaterra y, quién sabe, si no le aburrimos demasiado, en pasar con nosotros las vacaciones de Pascuas, en Beaulieu, en casa de la gran duquesa Jean. Esa persona se llama la marquesa de Villeparisis. Confieso que la esperanza de llegar a ser uno de los que frecuenten un centro de espiritualidad como ese me consolaría, haría que afrontase sin pesadumbre la perspectiva de tener que renunciar a presentarme al Instituto. También en su casa hay comercio de inteligencia y de sutiles conversaciones.

El príncipe se dio cuenta, con un sentimiento de placer inefable, que la cerradura ya no se resistía y que por fin entraba en ella esta llave.

—La opción es harto inútil, querido príncipe —respondió el señor de Norpois—; nada hay que esté más de acuerdo con el Instituto que el salón de que habla usted, y que es un verdadero plantel de académicos. Transmitiré su petición a la señora marquesa de Villeparisis; se sentirá seguramente halagada por ella. En cuanto a ir a almorzar a casa de ustedes, sale muy poco, y acaso sea más difícil. Pero yo le presentaré, y usted mismo defenderá su causa. Sobre todo, no hay que renunciar a la Academia;

almuerzo precisamente, de mañana en quince días, para ir luego con él a una sesión importante, en casa de Leroy-Beaulieu, sin el cual no puede hacerse ninguna elección; yo había dejado caer ya en presencia suya el nombre de usted, que, naturalmente, conoce a maravilla. Había formulado ciertas objeciones. Pero ocurre que necesita del apoyo de mi grupo para la elección próxima, y tengo la intención de volver a la carga; le diré con toda franqueza los lazos realmente cordiales que nos unen; no le ocultaré que, si usted se presentase, yo pediría a todos mis amigos que le votaran (el príncipe lanzó un profundo suspiro de alivio), y ya sabe él que a mí no me faltan amigos. Creo que si llegase a asegurarme su concurso, las probabilidades con que usted podría contar llegarían a ser muy serias. Vaya usted esa tarde a casa de la señora de Villeparisis, yo haré de introductor y podré darle a usted cuenta de mi conversación de por la mañana.

Así había sido traído el príncipe de Faffenheim a venir a ver a la señora de Villeparisis. Mi profunda desilusión fue cuando habló. Yo no había pensado en que si una época tiene rasgos particulares y generales más acusados que una nacionalidad, de suerte que en un diccionario ilustrado en que se da hasta el retrato auténtico de Minerva, Leibnitz con su peluca y su gorguera se diferencia poco de Marivaux o de Samuel Bernard, una nacionalidad tiene rasgos peculiares más vigorosos que los de una casta. Ahora bien; tales rasgos se tradujeron en presencia mía, no en un discurso en que creía yo de antemano que oiría el roce de los elfos y la danza de los *kobalts*, sino en una transposición que no certificaba menos este poético origen: el hecho de que al inclinarse, menudo, rubicundo y panzudo, ante la señora de Villeparisis, el ringrave le dijo: «Puenos tías, senorra marrquesa», con el mismo acento que un portero alsaciano.

—¿No quiere usted que le traiga una taza de té o un poco de tarta? Está muy buena —me dijo la señora de Guermantes, deseosa de haber tenido para conmigo toda la amabilidad posible—. Hago los honores de esta casa como si fuera la mía —añadió en un tono irónico que daba un viso un tanto gutural a su voz, como si hubiera ahogado una risa ronca.

—Caballero —dijo la señora de Villeparisis al señor de Norpois—, ¿cree usted que tendrá pronto algo que decirle al príncipe a propósito de la

Academia?

La señora de Guermantes bajó los ojos, hizo describir un cuarto de círculo a su muñeca para mirar la hora.

—¡Oh, Dios mío!; ya es tiempo de que diga adiós a mi tía, si he de pasarme por casa de la señora de Saint-Ferréol, y ceno en la de la señora de Leroi.

Y se levantó sin decirme adiós. Acababa de ver a la señora de Swann, que pareció bastante cortada al encontrarse conmigo. Recordaba, sin duda, que ella antes que nadie me había dicho que estaba convencida de la inocencia de Dreyfus.

—No quiero que me presente mi madre a la señora de Swann —me dijo Saint-Loup—. Es una pécora vieja. Su marido es judío y ella se nos viene con su nacionalismo. ¡Hombre, aquí está mi tío Palamedes!

La presencia de la señora de Swann tenía por mí un interés particular, debido a un hecho que se había producido días antes y que es necesario relatar a causa de las consecuencias que había de tener mucho más tarde, y que se seguirán en sus detalles cuando haya llegado el momento. Días antes, pues, de esta visita había recibido yo una que no esperaba ni por asomos: la de Carlos Morel, hijo, desconocido para mí, del antiguo ayuda de cámara de mi tío abuelo. Este tío abuelo (aquel en cuya casa había visto yo a la dama de rosa) había muerto el año antes. Su ayuda de cámara había manifestado en varias ocasiones su intención de venir a verme; yo no sabía el objeto de su visita, pero le hubiera recibido gustoso, porque había sabido por Francisca que había conservado un verdadero culto a la memoria de mi tío y emprendía a cada paso la peregrinación al cementerio. Pero, obligado a irse a cuidar a su tierra, y contando con que tendría que pasar en ella mucho tiempo, delegaba cerca de mí en su hijo. Quedé sorprendido al ver entrar a un guapo mozo de dieciocho años, vestido con más riqueza que gusto, pero que, sin embargo, parecía cualquier cosa menos ayuda de cámara. Por lo demás, desde el primer momento se afanó en cortar las amarras con la domesticidad de que salía, haciéndome saber, con una sonrisa satisfecha, que era primer premio del Conservatorio. El objeto de su visita era éste: su padre, entre los recuerdos de mi tío Adolfo, había puesto a

un lado algunos que había considerado inconveniente enviar a mis padres, pero que, a lo que pensaba, eran como para interesar a un joven de mis años. Eran fotografías de las actrices célebres, de las grandes cocotas que mi tío había conocido, las últimas imágenes de aquella vida de viejo verde que le separaba, por medio de un compartimento estanco, de su vida familiar. Mientras que Morel el mozo me las enseñaba, me di cuenta de que se esforzaba por hablarme como a un igual. Cuidaba de tratarme de «usted», y me llamaba «señor» las menos veces que podía; era el suyo el placer de un hombre cuyo padre no empleaba nunca, al dirigirse a mis parientes, más que la «tercera persona». Casi todas las fotografías ostentaban una dedicatoria como: «A mi mejor amigo». Una actriz más ingrata y más avisada había escrito: «Al mejor de los amigos», lo cual le permitía, según me han asegurado, decir que mi tío no era, ni mucho menos, su mejor amigo, sino el que le había prestado más servicios de escasa cuantía, el amigo de quien se servía ella, un hombre excelente, poco menos que un viejo estúpido. En vano había tratado Morel el joven de evadirse de sus orígenes; se daba uno cuenta de que la sombra de mi tío Adolfo, venerable y desmesurada a los ojos del antiguo ayuda de cámara, no había dejado de cernerse, sagrada casi, sobre la infancia y la juventud del hijo. Mientras yo miraba las fotografías, Carlos Morel examinaba mi habitación. Y como yo buscase dónde podría guardarlas: «Pero ¿cómo es, me dijo (con un tono en que no tenía necesidad de expresarse el reproche, hasta tal punto estaba en las palabras mismas), que no veo ni una sola de su tío en su cuarto?». Sentí que el rubor me subía a la cara, y balbuceé: «Es que… me parece que no tengo ninguna». «¡Cómo! ¡No tiene usted ninguna fotografía de su tío Adolfo, que le quería tanto! Yo le mandaré una, que tomaré del montón de ellas de mi padre, y espero que la ponga usted en el sitio de honor, encima de esa cómoda que ha heredado usted de su tío». La verdad es que, como yo no tenía ni siquiera una fotografía de mi padre ni de mi madre en mi cuarto, nada tenía de extraño que no se encontrase en él ninguna de mi tío Adolfo. Pero no era difícil adivinar que para Morel, que había enseñado esta manera de ver a su hijo, mi tío era el personaje importante de la familia, del cual recibían mis padres no más que un brillo

aminorado. Yo gozaba de mayor favor, porque mi tío decía todos los días que yo había de ser algo así como un Racine, como un Vaulabelle, y Morel me consideraba punto menos que como un hijo adoptivo, como una criatura de elección de mi tío. Pronto me di cuenta de que el hijo de Morel era muy «arrivista». Así, ese día me preguntó, porque tenía un poco de compositor y era capaz de poner música a unos versos, si no conocería yo algún poeta que ocupase una posición importante en el mundo aristocrático. Le cité uno. No conocía las obras del tal poeta ni había oído nunca su nombre, de que tomó nota. Pero el caso es que poco después supe que había escrito a ese mismo poeta para decirle que, siendo admirador fanático de sus obras, había puesto música a uno de sus sonetos, y se tendría por dichoso si el libretista hacía dar una audición del mismo en casa de la condesa de ***. Era ir un tanto aprisa y desenmascarar sus planes. El poeta, ofendido, no contestó.

Por lo demás, Carlos Morel parecía tener, al lado de la ambición, una viva inclinación hacia realidades más completas. Se había fijado, en el patio, en la sobrina de Jupien mientras ésta cosía un chaleco, y aunque no me dijo sino que necesitaba un chaleco «de fantasía», me di cuenta de que la muchacha le había producido honda impresión. No vaciló en pedirme que bajase con él y lo presentase, «pero no como si estuviese en relación con su familia, ya me entiende usted; cuento con su discreción por lo que se refiere a mi padre; diga usted tan sólo que soy un gran artista amigo suyo; como usted comprende, hay que hacer buena impresión a los comerciantes». Aunque me hubiese insinuado que, como no le conocía suficientemente para llamarle, cosa que él comprendía, *mi querido amigo,* podía decirle delante de la muchacha algo así como «no *querido maestro*, evidentemente, aunque… pero, en fin, si le parece a usted: *mi querido gran artista*», evité, en el chiscón, «calificarle», como hubiera dicho Saint-Simon, y me contenté con responder a sus «usted» con otros «usted». Descubrió entre unas cuantas piezas de terciopelo una del rojo más vivo, y tan chillón, que, a pesar del mal gusto que tenía, nunca pudo, más adelante, ponerse aquel chaleco. La muchacha volvió a ponerse a trabajar con dos de sus «aprendizas», pero a mí me pareció que la impresión había sido recíproca y que Carlos Morel, a quien ella creyó «de su mundo» (más elegante,

sencillamente, y más rico) le había gustado singularmente. Como me había extrañado mucho encontrar entre las fotografías que me enviaba su padre una del retrato de miss Sacripant (es decir, de Odette) pintado por Elstir, le dije a Carlos Morel, mientras le acompañaba hasta la puerta cochera: «Me temo que no va a poder usted informarme. ¿Es que conocía mucho mi tío a esa señora? No veo en qué época de la vida de mi tío puedo situarla; y es cosa que me interesa mucho por el señor Swann…». «Precisamente se me olvidaba decirle a usted que mi padre me había recomendado que le llamase la atención acerca de esa señora. En efecto, esa *demi-mondaine* almorzaba en casa de su tío la última vez que usted la vio. Mi padre no sabía a ciencia cierta si podía hacerle pasar a usted. Parece ser que usted le había gustado mucho a aquella mujer ligera, y que esperaba volver a verle. Pero, precisamente, en ese momento surgió el enfado entre la familia, por lo que me ha dicho mi padre, y ya no volvió usted a ver nunca a su tío». En ese instante sonrió, para decirle adiós desde lejos a la sobrina de Jupien. Esta tenía puesta en él la mirada y admiraba sin duda su rostro enjuto, de trazo regular, sus finos cabellos, sus ojos alegres. Yo, al estrecharle la mano, pensaba en la señora de Swann y me decía con asombro, tan separadas se aparecían en mi recuerdo, que desde ahora en adelante tendría que identificarla con la «Dama de rosa».

El señor de Charlus estuvo sentado bien pronto al lado de la señora de Swann. En todas las reuniones en que se encontraba, desdeñoso para con los hombres, cortejado por las mujeres, no tardaba en ir a agregarse a la más elegante, por cuya toaleta se sentía como empenachado. La levita o el frac del barón le hacían asemejarse a esos retratos, restaurados por un gran colorista, de un hombre de negro, pero que tiene cerca de sí, en una silla, una capa deslumbrante que va a vestirse para un baile de trajes. Este diálogo íntimo, generalmente con alguna alteza, procuraba al señor de Charlus distinciones de las que a él le gustaban. Tenía, por ejemplo, como consecuencia, que las amas de casa dejasen, en una fiesta, al barón ser el único que tuviera una silla ante sí, en una fila de señoras, mientras los demás hombres se apretujaban al fondo. Además, muy enfrascado, a lo que parecía, en contar, y en voz muy alta, historias divertidas a la enhechizada

dama, el señor de Charlus se hallaba dispensado de ir a saludar a las demás, y, por ende, de tener deberes que cumplir. Tras la barrera perfumada que formaba para él la belleza escogida, estaba aislado en medio de un salón como en medio de una sala de espectáculos en un palco, y cuando alguien venía a saludarle, a través, por decirlo así, de la belleza de su acompañante, era disculpable que respondiera brevísimamente, y sin dejar de hablar a una mujer. Claro está que la señora de Swann no pertenecía precisamente a la categoría de las personas con quienes gustaba de lucirse en esta forma. Pero el señor de Charlus hacía profesión de admiración hacia ella, de amistad respecto de Swann; sabía que a ella le halagaría su solicitud, y a su vez se sentía lisonjeado por haberse comprometido por la criatura más bonita de cuantas se encontraban en el salón.

La señora de Villeparisis, por lo demás, sólo a medias estaba satisfecha de recibir la visita del señor de Charlus. Este, aunque encontraba grandes defectos a su tía, la quería mucho. Pero a ratos, hostigado por la cólera, por imaginarios motivos de queja, le dirigía, sin resistir a sus impulsos, cartas de extremada violencia, en las que sacaba a relucir cosas insignificantes en las que hasta entonces parecía no haber reparado. Entre otros ejemplos puedo citar este hecho, porque mi estancia en Balbec me puso al corriente de ello: la señora de Villeparisis, con el temor de no haber llevado consigo suficiente dinero para poder prolongar su veraneo en Balbec, y como no le gustaba, porque era avara y temía los gastos superfluos, hacer venir dinero de París, había hecho que le prestase tres mil francos el señor de Charlus. Este, un mes más tarde, disgustado con su tía por una razón insignificante, se los reclamó por giro telegráfico. Recibió dos mil novecientos noventa francos y pico. Al ver a su tía algunos días después, en París, y charlando amistosamente con ella, le hizo observar con mucha suavidad el error cometido por el Banco encargado del envío. «Es que no hay tal error, repuso la señora de Villeparisis; el giro telegráfico cuesta seis francos setenta y cinco céntimos». «¡Ah, si se trata de cosa hecha adrede, está bien! —replicó el señor de Charlus—. Se lo había dicho a usted solamente por si no lo sabía, porque en ese caso, si el Banco hubiera procedido en la misma forma con personas menos allegadas a usted que yo, la cosa hubiera podido ser para usted una contrariedad». «No, no; no hay ningún error». «En el fondo, tiene usted perfecta razón», concluyó jovialmente el señor de Charlus, besando cariñosamente la mano de su tía. En efecto, no le dirigía el menor reproche, y sonreía únicamente ante su cominera tacañería. Pero algún tiempo después, creyendo que su tía, en un asunto de familia, había querido burlarle y «armar toda una conjura contra él», como ella se atrincheraba bastante neciamente detrás de los hombres de negocios con quienes, precisamente, había sospechado él que estaba aliada en contra suya, le había escrito una carta desbordante de furor y de insolencia. «No me contentaré con vengarme —añadía a modo de postdata—; he de ponerla a usted en ridículo. Desde mañana voy a contarle a todo el mundo la historia del giro telegráfico y de los seis francos con setenta y cinco

céntimos con que se me ha quedado usted de los tres mil que yo le había prestado. La desacreditaré». En lugar de esto, había ido a la mañana siguiente a pedirle perdón a su tía la de Villeparisis, arrepentido de una carta en que había cosas verdaderamente espantosas. Por lo demás, ¿a quién hubiera podido hacer saber la historia del giro telegráfico? Como lo que quería no era venganza, sino una reconciliación sincera, ahora es cuando hubiese callado la historia del giro. Pero antes la había contado en todas partes, aun estando como estaba muy a bien con su tía; la había contado sin mala intención, por hacer reír y porque era la indiscreción en persona. La había contado, pero sin que la señora de Villeparisis lo supiese. Así es que al enterarse por su carta de que se proponía desacreditarla divulgando una circunstancia en que le había declarado a ella misma que había obrado bien, la señora de Villeparisis había pensado que su sobrino la había engañado entonces y que mentía al fingir quererla. Todo esto se había aplacado, pero ninguno de los dos sabía exactamente la opinión que el otro tenía de él. Evidentemente se trataba aquí de un caso de desavenencias intermitentes un tanto particular. De diferente orden eran las de Bloch con sus amigos. De otro, también, las del señor de Charlus, como se verá, con personas completamente distintas de la señora de Villeparisis. A pesar de ello, es menester recordar que la opinión que tenemos unos de otros, las relaciones de amistad, de familia, no tienen nada de fijo, salvo en apariencia, antes son tan eternamente móviles como el mar. De ahí tantos rumores de divorcio entre esposos que parecían tan perfectamente unidos y que poco después hablan cariñosamente el uno del otro, tantas infamias dichas por un amigo acerca de otro de quien le creíamos inseparable y con el que le encontraremos reconciliado antes de que hayamos tenido tiempo de salir de nuestro asombro; tantas alianzas deshechas en tan poco tiempo entre los pueblos.

—¡Dios mío! ¡Está la cosa que arde entre mi tío y la señora de Swann! —me dijo Saint-Loup—. ¡Y mamá que, en su inocencia, va a estorbarles! ¡Para los seres puros es puro todo!

Miré al señor de Charlus. El copete de sus cabellos grises, su ojo cuya ceja enarcaba el monóculo y que sonreía, el ojal de su solapa decorada con

flores rojas, formaban como los tres vértices movibles de un triángulo convulsivo y sorprendente. Yo no me había atrevido a saludarle, en vista de que no me había hecho ninguna seña. Pero el caso es que aunque no estuviese vuelto hacia mi lado, yo estaba convencido de que me había visto; mientras contaba alguna historia a la señora de Swann, cuyo magnífico abrigo color pensamiento flotaba hasta la rodilla del barón, los ojos del señor de Charlus, comparables a los de un vendedor al aire libre que teme la llegada de la *Roja,* habían explorado evidentemente cada palmo del salón y descubierto a todas las personas que en éste se encontraban. El señor de Châtellerault fue a saludarle sin que nada revelase en el semblante del señor de Charlus que éste se hubiera dado cuenta de la presencia del joven antes del momento en que lo tuvo ante sí. Así es como en las reuniones un tanto concurridas, como era ésta, el señor de Charlus tenía de una manera casi constante una sonrisa sin dirección determinada ni destino particular y que, preexistente respecto de los saludos de los que iban llegando, resultaba, cuando éstos entraban en su zona, despojada de toda significación de amabilidad para ellos. Con todo, era menester que yo fuese a saludar a la señora de Swann. Pero como ésta no sabía si yo conocía a la señora de Marsantes y al señor de Charlus, estuvo bastante fría conmigo, temiendo, sin duda, que yo le pidiera que me presentase a ellos. Me adelanté entonces al señor de Charlus, e inmediatamente lo lamenté, pues que, aunque debía de verme perfectamente, no daba muestra alguna de que así fuera. En el momento en que me incliné ante él, me encontré, distante de su cuerpo, que me impedía acercarme con toda la longitud de su brazo extendido, con un dedo viudo, hubiérase dicho, de un anillo episcopal cuyo lugar consagrado parecía ofrecer para que se besase, y debió de parecer como si hubiese penetrado contra la voluntad del barón y por obra de una efracción cuya responsabilidad me dejaba en la permanencia, en la dispersión anónima y vacante de su sonrisa. Esta frialdad no fue como para alentar gran cosa a la señora de Swann a desprenderse de la suya.

—¡Qué cansado y qué agitado pareces! —dijo la señora de Marsantes a su hijo, que había venido a saludar al señor de Charlus.

Y, en efecto, las miradas de Roberto parecían alcanzar a ratos una profundidad que abandonaba inmediatamente como un nadador que ha tocado el fondo en su zambullida. Ese fondo, que hacía tanto daño a Roberto, que lo abandonaba en seguida para volver a él un instante más tarde; era la idea de que había roto con su querida.

—No importa —añadió su madre acariciándole la mejilla—, no importa; está bien esto de ver una a su niño chiquito.

Pero estas ternezas parecían irritar a Roberto. La señora de Marsantes se llevó a su hijo al fondo del salón, donde, en un hueco con colgaduras de seda amarilla, algunos sillones de Beauvais apiñaban sus tapicerías violáceas como iris empurpurados en un campo de botones de oro. La señora de Swann, al encontrarse y darse cuenta de que yo tenía amistad con Saint-Loup, me hizo seña de que fuese a su lado. Como hacía tanto tiempo que no la había visto, no sabía de qué hablarle. Yo no perdía de vista mi sombrero entre todos los que se encontraban sobre la alfombra, pero me preguntaba con curiosidad a quién podría pertenecer uno que no era el del duque de Guermantes y en cuya badana había una gran G con la corona ducal encima. Yo sabía quiénes eran todos los visitantes, y no encontraba uno solo de ellos de quien pudiera ser el sombrero.

—¡Qué simpático es el señor de Norpois! —le dije, indicándoselo—. Verdad es que Roberto de Saint-Loup me dice de él que es un mal bicho, pero…

—Tiene razón —repuso la señora de Swann.

Al ver que su mirada hacía referencia a algo que me ocultaba, la asedié a preguntas. Satisfecha acaso por parecer que estaba muy ocupada con alguien en un salón en que a casi nadie conocía, me llevó a un rincón.

—Verá usted lo que de seguro ha querido decirle el señor de Saint-Loup —me respondió—; pero no se lo repita usted a él, porque me tendría por indiscreta, y me importa mucho su estimación; yo, ¿sabe usted?, soy muy «caballero». Últimamente, Charlus ha almorzado en casa de la princesa de Guermantes; no sé cómo, se habló de usted. El señor de Norpois les dijo —es una inepcia, no vaya usted a tomarlo a pecho, nadie le ha concedido

importancia, de sobra saben todos de qué labios viene eso— que usted era un adulador medio histérico.

Antes he contado ya mi estupefacción ante el hecho de que un amigo de mi padre como era el señor de Norpois hubiera podido expresarse así hablando de mí. Aún fue mayor la que experimenté al saber que mi emoción de aquel remoto día en que había hablado de la señora de Swann y de Gilberta era conocida de la princesa de Guermantes, de quien me creía ignorado. Cada uno de nuestros actos, de nuestras palabras, de nuestras actitudes, están separados del «mundo», de la gente que no los ha percibido directamente, por un medio cuya permeabilidad varía hasta el infinito y permanece desconocida para nosotros; como la experiencia nos ha enseñado que tal frase importante que habíamos deseado vivamente que fuese propagada (así aquellas tan entusiastas que yo decía en otro tiempo a todo el mundo y en cualquier ocasión a cuenta de la señora de Swann, pensando que entre tantas buenas semillas esparcidas no dejaría de haber alguna que germinase) ha resultado que, a menudo, por causa de nuestro mismo deseo, ha sido escondida bajo el celemín, con cuánta más razón estábamos lejos de creer que un dicho minúsculo, olvidado hasta de nosotros, o que incluso no hemos pronunciado nunca y que se ha formado en el camino por la imperfecta refracción de una frase diferente, habría de ser transportado, sin que jamás se detuviese su marcha, a distancias infinitas —en este caso, hasta la princesa de Guermantes— y fuese a divertir a costa nuestra al festín de los dioses. Lo que recordamos de nuestra conducta permanece ignorado hasta de nuestro vecino más próximo; lo que de ella hemos olvidado haber dicho, o incluso lo que jamás hemos dicho, va a provocar a risa hasta en otro planeta, y la imagen que los demás se forman de nuestros hechos y gestos se parece tan poco a la que de ellos nos formamos nosotros mismos como se parece a un dibujo un calco mal hecho en que unas veces correspondiese al trazo negro un espacio vacío, y a un blanco un contorno inexplicable. Puede ocurrir, por lo demás, que lo que no ha sido transcrito sea algún rasgo ideal que sólo vemos por complacencia, y que, en cambio, lo que nos parece añadido nos pertenezca, pero tan esencialmente que escape a nuestra percepción. De suerte que esta extraña prueba que nos

parece tan poco parecida tiene a veces el género de verdad, poco lisonjero, pero desde luego profundo y útil, de una fotografía tomada con los rayos X. No es una razón para que no nos reconozcamos en ella. Un hombre que tiene la costumbre de sonreír en el espejo a su buena planta y a su hermoso torso, si le muestran su radiografía tendrá ante ese rosario de huesos que le presentan como imagen de sí mismo la misma sospecha de un error que siente el visitante de una exposición que ante un retrato de muchacha lee en el catálogo: «Dromedario echado». Más tarde había de darme cuenta yo de esta divergencia entre nuestra imagen según que esté dibujada por nosotros mismos o por los demás, por otros que yo, que vivían beatíficamente en medio de una colección de fotografías que habían tomado de sí mismos mientras que en torno hacían muecas, espantosas imágenes, habitualmente invisibles para ellos mismos, pero que les sumirían en estupor si una casualidad se las mostrase diciéndoles: «Este es usted».

Algunos años antes me hubiera hecho muy dichoso el decirle a la señora de Swann «con qué objeto» me había mostrado yo tan afectuoso con el señor de Norpois, ya que ese «objeto» era el deseo de conocerla a ella. Pero ahora ya no lo sentía, ya no quería a Gilberta. Por otra parte, no acababa de identificar a la señora de Swann con la «Dama de rosa» de mi infancia. Así, hablé de la mujer que me preocupaba en aquel momento.

—¿Ha visto usted hace un momento a la duquesa de Guermantes? —pregunté a la señora de Swann.

Pero como la duquesa no saludaba a la señora de Swann, ésta quería aparentar que la consideraba como a una persona sin interés y de cuya presencia ni siquiera se da uno cuenta.

—No sé, no lo he *realizado* —me respondió con una expresión desagradable, empleando un término traducido del inglés.

Yo, sin embargo, hubiera querido conseguir informes no sólo acerca de la duquesa de Guermantes, sino de todos los seres allegados a ella, y, lo mismo que Bloch, con la falta de tacto de la gente que busca en su conversación, no agradar a los demás, sino elucidar, egoístamente, puntos que le interesan, para tratar de representarme exactamente la vida de la

señora de Guermantes, interrogué a la de Villeparisis a cuenta de la señora de Leroi.

—Sí, ya sé —respondió ella con un desdén afectado—, la hija de esos opulentos comerciantes de maderas. Sé que ahora se ve con alguna gente, pero le diré a usted que soy bastante vieja para adquirir nuevos conocimientos. He conocido gentes tan interesantes, tan amables, que realmente creo que la señora de Leroi no habría de añadir nada a lo que yo tengo.

La señora de Marsantes, que hacía de dama de honor de la marquesa, me presentó al príncipe, y no había acabado cuando el señor de Norpois me presentaba también en los términos más calurosos. Quizá encontrase cómodo tener para conmigo una cortesía que en nada empañaba su crédito, puesto que yo acababa, precisamente, de serle presentado; acaso porque pensase que un extranjero, aun ilustre, estaba menos al tanto de los salones franceses y podía creer que le presentaban un joven del gran mundo, acaso por ejercer una de sus prerrogativas, la de añadir el peso de su propia recomendación de embajador, o por gusto del arcaísmo de hacer revivir en honor del príncipe la costumbre, lisonjera para esta Alteza, de que fuesen necesarios dos padrinos si quería uno serle presentado.

La señora de Villeparisis interpeló al señor de Norpois, sintiendo la necesidad de hacer que éste me dijera que ella no tenía por qué lamentar no conocer a la señora de Leroi.

—¿Verdad, señor embajador, que la señora de Leroi es una persona sin interés, muy inferior a todas las que frecuentan esta casa, y que he tenido razón en no atraérmela?

Fuese por independencia, fuese por cansancio, el señor de Norpois se contentó con responder con una reverencia llena de respeto pero vacía de significado.

—Caballero —le dijo riéndose la señora de Villeparisis—. Hay gente muy ridícula. ¿Querrá usted creer que hoy he recibido la visita de un señor que ha querido hacerme creer que sentía mayor placer en besar mi mano que la de una joven?

En seguida comprendí que el tal señor era Legrandin. El señor de Norpois sonrió con un ligero guiño, como si se tratase de una concupiscencia tan natural que no podía reprochársele al que la sentía, casi de un comienzo de novela que estaba dispuesto a absolver, a alentar inclusive, con una indulgencia perversa a lo Maintenon o a lo Crebillon hijo.

—Muchas manos de jóvenes serían incapaces de hacer lo que he visto ahí —dijo el príncipe apuntando a las acuarelas empezadas de la señora de Villeparisis.

Y le preguntó si había visto las flores de Fantin-Latour que acababan de ser expuestas.

—Son de primer orden y, como hoy se dice, de un pintor espléndido, de uno de los maestros de la paleta —declaró el señor de Norpois—; sin embargo, me parece que no pueden sostener el parangón con las de la señora de Villeparisis, en las que reconozco mejor el colorido de la flor.

Aun suponiendo que la parcialidad del antiguo amante, la costumbre de adular, las opiniones admitidas en un cotarro dictasen estas palabras al antiguo embajador, demostraban, sin embargo, sobre qué vacío de gusto auténtico reposa el juicio artístico de las gentes de mundo, tan arbitrario que una cosa de nada puede hacerle llegar a los peores absurdos, en cuyo camino no encuentra ninguna impresión verdaderamente sentida que le detenga.

—No tiene ningún mérito que conozca las flores, siempre he vivido en el campo —respondió modestamente la señora de Villeparisis—. Pero —añadió graciosamente dirigiéndose al príncipe— si desde muy joven he tenido nociones un poco más serias que las de los demás niños del campo, se lo debo a un hombre muy distinguido de su nación, el señor de Schlegel. Me encontré con él en Broglie, adonde mi tía Cordelia (la mariscala de Castellane) me había llevado. Recuerdo perfectamente que el señor Lebrum, el señor de Salvandy y el señor Dondan le hadan hablar de las flores. Yo era una chiquilla, no podía comprender bien lo que decía. Pero se divertía en hacerme jugar y, de vuelta en su país, me mandó un hermoso herbario en recuerdo de un paseo que habíamos ido a dar en faetón al valle

de Richer y en el que yo me había quedado dormida en sus rodillas. He conservado siempre ese herbario, y él me ha enseñado a observar muchas particularidades de las flores que a no ser por eso no me hubieran llamado la atención. Cuando la señora de Barante publicó algunas cartas de la de Broglie, hermosas y afectadas como esta misma lo era, esperaba yo encontrar en ellas alguna de esas conversaciones del señor de Schlegel. Pero aquella era una mujer que sólo buscaba en la naturaleza argumentos para la religión.

Roberto me llamó al fondo del salón, donde estaba con su madre.

—¡Qué amable has sido! —le dije—. ¿Cómo darte las gracias? ¿Podemos almorzar mañana juntos?

—Mañana, si quieres, pero entonces con Bloch; me lo he encontrado delante de la puerta; después de un instante de frialdad, porque yo, contra mi deseo, había dejado sin respuesta dos cartas suyas (no me ha dicho que era eso lo que le había molestado, pero yo lo he comprendido), ha sido de una amabilidad tal que no puedo mostrarme ingrato con un amigo semejante. Lo que hay entre nosotros, por su parte a lo menos, siento perfectamente que es para toda la vida, hasta la muerte.

No creo que Roberto se engañase absolutamente. La denigración furiosa era a menudo en Bloch efecto de una viva simpatía a que había creído que no le correspondían. Y como se imaginaba escasamente la vida de los demás, como no pensaba que puede uno haber estado enfermo o de viaje, etc., un silencio de ocho días le parecía en seguida que nacía de una frialdad deliberada. Así, nunca he creído que sus peores violencias de amigo, y más tarde de escritor, fuesen muy profundas. Se exasperaba si se respondía a ellas con una dignidad helada, o con una ramplonería que le alentaba a redoblar sus golpes, pero cedía con frecuencia a una cálida simpatía.

—En cuanto a lo de amable —continuó Saint-Loup—, pretendes que lo he sido para contigo, pero no he sido tal ni poco ni mucho; mi tía dice que eres tú quien huye de ella, que no le dices una palabra. Se pregunta si será que tienes algo contra ella.

Afortunadamente para mí, si hubieran llegado a engañarme estas palabras, nuestra inminente partida para Balbec me hubiera impedido

intentar volver a ver a la señora de Guermantes, asegurarle que nada tenía contra ella y ponerla así en la necesidad de probarme que era ella quien tenía algo contra mí. Pero no tuve más que acordarme de que ni siquiera me había ofrecido que fuese a ver los Elstir. Esto, por lo demás, no era una decepción; yo no había esperado en modo alguno que me hablase de ello; lo más que había podido yo desear es que, gracias a su bondad, recibiese de ella, puesto que no debía volverla a ver antes de abandonar París, una impresión enteramente dulce que me llevaría conmigo a Balbec indefinidamente prolongada, intacta, en lugar de un recuerdo mixto de amistad y de tristeza.

La señora de Marsantes dejaba a cada momento de hablar con Roberto para decirme con cuánta frecuencia le había hablado éste de mí, cuánto me quería; mostraba para conmigo una solicitud que casi me daba pena, porque sentía que estaba dictada por el temor que tenía de hacer enfadarse a aquel hijo a quien aún no había visto hoy, con el que estaba impaciente por encontrarse a solas, y sobre el cual creía, por ende, que el imperio que ejercía no igualaba al mío y debía usar de miramientos para con éste. Como me hubiese oído antes que pedía a Bloch noticias del señor Nissim Bernard, su tío, la señora de Marsantes preguntó si era el que había vivido en Niza.

—En ese caso, allí conoció al señor de Marsantes antes de que casase conmigo —había respondido la señora de Marsantes—. Mi marido me ha hablado con frecuencia de él como de un hombre excelente, de corazón delicado y generoso.

—¡Decir que por una vez no había mentido! ¡Es increíble! —hubiera pensado Bloch.

Yo, durante todo este tiempo, hubiera querido decirle a la señora de Marsantes que Roberto la tenía infinitamente más cariño que a mí, y que, aunque ella me hubiera dado muestras de hostilidad, yo no era hombre de tal naturaleza que tratase de prevenirle contra ella, de apartarle de ella. Pero desde que se había retirado la señora de Guermantes me encontraba en mayor libertad para observar a Roberto, y sólo entonces me di cuenta de que parecía haber vuelto a alzarse en él algo que se parecía a la cólera, aflorando a su semblante de rasgos endurecidos y sombríos. Temía yo que

con el recuerdo de la escena de por la tarde se sintiese humillado ante mí por haberse dejado tratar tan duramente por su querida sin responderle.

Bruscamente, se separó de su madre, que le había echado un brazo por el cuello, y viniendo hacia mí me arrastró consigo detrás del florido bufetillo de la señora de Villeparisis, ante el cual había vuelto a sentarse ésta, y me hizo seña de que le siguiera al saloncito. Me dirigía a él bastante aprisa, cuando el señor de Charlus, que había podido creer que me encaminaba a la salida, dejó bruscamente al señor de Faffenheim, con quien estaba hablando, y dio una rápida vuelta, que le hizo encontrarse cara a cara conmigo. Vi con inquietud que había cogido el sombrero en cuyo fondo había una G y una corona ducal. En el hueco de la puerta del saloncito me dijo, sin mirarme:

—Como veo que frecuenta usted ahora la sociedad, proporcióneme el placer de venir a verme. Pero la cosa es bastante complicada —añadió en un tono de falta de atención, de cálculo, y como si se hubiera tratado de un placer que tuviese miedo de no volver a encontrar una vez que hubiera dejado escapar la ocasión de combinar conmigo los medios de realizarlo—. Suelo parar poco en casa, tendrá usted que escribirme. Pero preferiría explicarle a usted todo esto con más tranquilidad. Voy a salir dentro de un momento. ¿Quiere usted ir un rato conmigo? Sólo le detendré un instante.

—Fíjese usted, caballero —le dije—. Ha cogido usted equivocadamente el sombrero de uno de los visitantes.

—¿Quiere usted impedirme que me lleve mi sombrero?

Supuse, porque el mismo lance me había ocurrido a mí poco antes, que alguien le habría llevado su sombrero, y él había echado mano de uno al azar por no volverse a casa a pelo, y que yo le ponía en un apuro al descubrir su estratagema. Le dije que primero tenía que decirle unas palabras a Saint-Loup. «Está hablando con el idiota ese del duque de Guermantes», añadí.

—¡Es encantador eso que está usted diciendo! Se lo diré a mi hermano.

—¡Ah! ¿Cree usted que eso puede interesarle al señor de Charlus?

Me figuraba yo que, si tenía un hermano, ese hermano debía llamarse también Charlus. Verdad es que Saint-Loup me había dado en Balbec

algunas explicaciones, pero las había olvidado. «¿Quién le habla a usted del señor de Charlus? —me dijo el barón con un tono insolente—. Vaya usted con Roberto. Sé que esta mañana ha tomado usted parte en uno de esos almuerzos de orgía que celebra con una mujer que le deshonra. Lo que debía usted hacer es utilizar la influencia que sobre él tiene para hacerle comprender la pena que causa a su pobre madre y a todos nosotros con arrastrar nuestro nombre por el fango».

Yo hubiera querido responder que en el almuerzo envilecedor no se había hablado más que de Emerson, de Ibsen, de Tolstoy, y que la joven había predicado a Roberto para que éste no bebiese más que agua.

Con objeto de tratar de proporcionarle algún bálsamo a Roberto, cuyo orgullo creía lastimado, intenté disculpar a su querida. No sabía yo que en aquel momento, a pesar de su cólera contra ella, a quien dirigía reproches era a sí mismo. Aun en las riñas entre un hombre bueno y una mala mujer, y cuando el derecho está por completo de una parte, ocurre siempre que haya una bagatela que puede dar a la pérfida la apariencia de tener razón en un punto. Y como desdeña todos los demás, a poco que el hombre bueno la necesite, a poco que se sienta desmoralizado por la separación, recordará los reproches absurdos que la otra le ha dirigido y se preguntará si no tendrán algún fundamento.

—Creo que no he tenido razón en lo del collar —me dijo Roberto—. Claro está que yo no lo había hecho con mala intención, pero de sobra sé que los demás no se colocan en el mismo punto de vista que uno. Raquel ha pasado una niñez muy dura. Para ella soy, de todas maneras, el ricacho que cree que puede uno llegar a todo con su dinero, y contra el cual no puede luchar el pobre, ya se trate de influir sobre Boucheron o de ganar un proceso ante un tribunal. No cabe duda que ella se ha mostrado muy cruel, ya que jamás he buscado otra cosa que su bien. Pero me doy perfecta cuenta de que cree que he querido hacerle sentir que podía tenerla sujeta por el dinero, y eso no es verdad. ¡Me quiere tanto! ¡Qué debe de decirse! ¡Pobrecilla! ¡Si tú supieras! ¡Tiene tales delicadezas! No puedo decirte… ha hecho por mí con frecuencia cosas adorables. ¡Qué desdichada tiene que sentirse en este momento! De todas maneras, pase lo que pase, no quiero

que me tome por un imbécil; ahora mismo voy a casa de Boucheron a buscar el collar. ¿Quién sabe? Puede que al ver que procedo de esa manera reconozca sus equivocaciones. Mira tú, lo que no puedo soportar es la idea de que esté sufriendo en este momento. Lo que uno sufre, ya se sabe, no es nada. Pero ella, eso de decirse que sufre y no poder figurárselo uno, creo que me volvería loco, preferiría no volverla a ver nunca antes que dejarla sufrir. Todo lo que pido es que sea feliz sin mí, si es preciso. Mira, ya sabes que para mí todo lo que a ella se refiere es inmenso, que toma un valor de cosa cósmica; corro a casa del joyero, y después a pedirle perdón. Hasta que esté allí yo, ¿qué podrá pensar de mí? ¡Si a lo menos supiera que voy a ir! En todo caso, podrías ir tú a su casa, ¿quién sabe?, quizá se arreglase todo. Acaso —dijo con una sonrisa, como si no se atreviera a creer en un sueño semejante— vayamos a cenar al campo los tres. Pero aún no se puede saber, ¡sé hacerme con ella tan mal! ¡Pobre pequeña!, a lo mejor voy a ofenderla otra vez. Y, además, quizá sea irrevocable su decisión.

Roberto me arrastró bruscamente hacia su madre.

—Adiós —le dijo—; me veo obligado a irme. No sé cuándo volveré con licencia; de seguro que no ha de ser antes de un mes. Ya le escribiré a usted cuando lo sepa.

Indudablemente, Roberto no era en modo alguno de esos hijos que, cuando se encuentran en sociedad con su madre, creen que una actitud exasperada frente a aquélla deba contrapesar las sonrisas y saludos que dirigen a los extraños. No hay cosa más extendida que esa odiosa venganza de los que parecen creer que la grosería para con los suyos complementa de un modo perfectamente natural el tono de la ceremonia. Diga lo que quiera la pobre madre, como si hubiera sido arrastrado a pesar suyo y quisiera hacer pagar caro su presencia, rebate inmediatamente con una contradicción irónica, precisa, cruel, la aserción tímidamente aventurada; la madre se afilia inmediatamente, sin desarmarle con ello, a la opinión de ese ser superior al que seguirá alabando ante todo el mundo en ausencia suya como a una criatura dotada de un carácter delicioso, y que, sin embargo, no le escatima ninguno de sus dardos más acerados. Saint-Loup era completamente distinto, pero la angustia que en él provocaba la ausencia de

Raquel hacía que, por razones diferentes, no fuese menos duro para con su madre de lo que esos hijos lo son con la suya. Y ante las palabras que pronunció vi el mismo latido, semejante al de un ala, que la señora de Marsantes no había podido reprimir a la llegada de su hijo, y que volvía a hacerla alzarse de una pieza; pero ahora lo que clavaba en su hijo era un semblante de ansia, unos ojos desolados.

—Pero ¿cómo, Roberto, que te vas? ¿Es en serio? ¡Hijito! ¡El único día que podía tenerte conmigo!

Y casi por lo bajo, en el tono más natural, con una voz de que se esforzaba por desterrar toda tristeza para no inspirar a su hijo una lástima que acaso le hubiera sido cruel, o inútil y buena únicamente para irritarle, como un argumento de simple buen sentido, añadió:

—Demasiado sabes que no está bien lo que haces.

Pero añadía a esta sencillez tanta timidez para demostrarle que no atacaba a su libertad, tanta ternura para que no le reprochase que ponía trabas a sus gustos, que Saint-Loup no pudo menos de entrever en sí mismo como la posibilidad de un rapto de ternura, a su vez; es decir, un obstáculo para pasar el resto de la tarde con su amiga. Así es que montó en cólera:

—Es de lamentar; pero, esté bien o no, así es.

Y dirigió a su madre los reproches que sin duda sentía que merecía él mismo; así es como tienen siempre por suya los egoístas la última palabra; como han empezado por sentar que su resolución es inquebrantable, cuanto más conmovedor es el sentimiento a que se apela en ellos para que renuncien a esa resolución, más condenables encuentran, no a los que se resisten a ella, sino a aquellos que les ponen en la necesidad de resistirse, de modo que su propia dureza puede llegar hasta una crueldad extremada sin que esto haga a sus ojos otra cosa que agravar tanto más la culpabilidad del ser suficientemente indelicado para sufrir, por tener razón, y causarles así cobardemente el dolor de proceder contra su propia piedad. Por lo demás, la señora de Marsantes cesó espontáneamente de insistir, porque se daba cuenta de que ya no conseguiría detenerle.

—Te dejo —me dijo Roberto—, pero no lo entretengas mucho, mamá, porque tiene que ir a hacer una visita en seguida.

Yo me daba perfecta cuenta de que mi presencia no podía proporcionar ningún placer a la señora de Marsantes, pero prefería, al no salir con Roberto, que no creyese ella que yo estaba mezclado en los placeres que la privaban de él. Hubiera querido encontrar alguna excusa al comportamiento de su hijo, no tanto por cariño a él como por piedad hacia ella. Pero fue ella la primera que habló:

—¡Pobrecillo! —me dijo—. Estoy segura de que le he hecho llevarse un disgusto. Ya ve usted, caballero, las madres son muy egoístas. Y, sin embargo, ¡tiene tan pocas distracciones! Como viene tan poco por París… ¡Dios mío, si no se hubiera ido todavía, hubiera querido alcanzarle, no para hacer que se quedase, claro está, sino para decirle que no le reprocho, que me parece que ha tenido razón! ¿No le parecerá a usted que vaya a echar una mirada a la escalera…?

Y fuimos hasta allí:

—¡Roberto, Roberto! —gritó—. No, ya se ha ido; es demasiado tarde ya.

Ahora me hubiera encargado yo de una misión para hacer romper a Roberto y a su querida, de tan buena gana como horas antes para que se fuese a vivir inmediatamente con ella. En un caso, Saint-Loup me hubiera tachado de amigo traidor; en el otro, su familia me hubiera llamado su genio malo. Y, sin embargo, era el mismo hombre, a unas cuantas horas de distancia.

Volvimos al salón. Al ver que no volvía a entrar Saint-Loup, la señora de Villeparisis cambió con el señor de Norpois esa mirada dubitativa, burlona y sin una gran lástima con que se señala a una esposa demasiado celosa o a una madre excesivamente tierna (que ofrecen a los demás la comedia) y que significa: «¡Vaya, ha debido de haber tormenta!».

Roberto se fue a casa de su querida llevándole la espléndida joya que, según sus convenios, no hubiera debido regalarle. Pero, por lo demás, vino a ser lo mismo, ya que ella no la quiso, e incluso más adelante no consiguió nunca Roberto hacérsela aceptar. Algunos amigos de Roberto pensaban que estas pruebas de desinterés que daba ella eran un cálculo para atarlo a sí. Sin embargo, Raquel no tenía apego al dinero, como no fuera para gastarlo

sin tasa. Yo la he visto hacer a tontas y a locas, con gentes a quienes creía pobres, caridades descabelladas. «En este momento —decían a Roberto sus amigos, para contrapesar con sus aviesas palabras un acto de desinterés de Raquel—, en este momento debe de estar en el paseo de Folies-Bergères. Esta Raquel es un enigma, una verdadera esfinge». Por lo demás, ¡a cuántas mujeres interesadas, puesto que son sostenidas, no se ve, por una delicadeza que florece en medio de esa existencia, poner espontáneamente mil menudos límites a la generosidad de sus amantes!

Roberto ignoraba casi todas las infidelidades de su querida y hacía trabajar a su espíritu sobre lo que no era más que unas bagatelas insignificantes al lado de la verdadera vida de Raquel, vida que no empezaba cada día hasta que él acababa de dejarla. Ignoraba él casi todas esas infidelidades. Hubiera podido enterársele de ellas sin quebrantar su confianza en Raquel. Porque es una encantadora ley natural que se manifiesta en el seno de las sociedades más complejas la de que se viva en perfecta ignorancia respecto del ser a quien se ama. De un lado del espejo, el enamorado se dice: «Es un ángel, jamás ha de entregárseme, no me queda más remedio que morir, y, sin embargo, me quiere; me quiere tanto, que acaso…, pero no, eso no será posible». Y en la exaltación de su deseo, cuántas joyas pone a los pies de esa mujer, cómo corre a pedir dinero prestado por evitarle una preocupación; y, sin embargo, del otro lado del tabique a través del cual no han de pasar esas conversaciones, como no pasan las que cambian entre sí los paseantes delante de un acuario, el público dice: «¿No la conoce usted? Le felicito. Ha robado, ha arruinado no sé a cuánta gente, no hay nada peor que esa muchacha. Es una verdadera estafadora. ¡Y una tunanta!». Y acaso no esté completamente equivocado en lo que concierne a este último epíteto, porque hasta el hombre escéptico que no está verdaderamente enamorado de esa mujer y a la cual no pasa de agradarle él, dice a sus amigos: «No, no, amigo mío, no es lo que se dice una cocota; no digo que no haya tenido en su vida dos o tres caprichos, pero no es una de esas mujeres que puedan pagarse, a menos que sea demasiado caro. Lo que es con esa, o se gasta uno cincuenta mil francos, o nada». Ahora bien; él se ha gastado cincuenta mil francos por ella, la ha

conseguido una vez, pero ella, encontrando por lo demás un cómplice para ello en sí misma, en la persona de su amor propio, ha sabido convencerle de que era uno de los que la habían conseguido de balde. Tal es la sociedad, en que cada ser es doble, y en que el más al desnudo, el peor afamado, jamás será conocido por otro como no sea en el fondo y bajo la protección de una concha, de un suave capullo, de una deliciosa curiosidad natural. Había en París dos hombres de bien a quienes Saint-Loup ya no saludaba y de quienes no hablaba sin que le temblase la voz, llamándoles explotadores de mujeres: es que habían sido arruinados por Raquel.

—No me reprocho más que una cosa —me dijo muy bajito la señora de Marsantes—, y es haberle dicho que no era bueno. ¡A él, a este hijo adorable, único, como no hay otros, haberle dicho que no era bueno! Preferiría haber recibido yo misma un bastonazo, porque estoy segura de que cualquier diversión que tenga esta noche, él que no tiene tantas, se la echará a perder esa frase injusta. Pero no le detengo a usted más, caballero, ya que tiene usted prisa.

La señora de Marsantes se despidió de mí con ansiedad. Estos sentimientos se referían a Roberto, era sincera. Pero dejó de serlo para convertirse de nuevo en gran señora:

—¡Me *ha interesado tanto, me ha hecho tan feliz* charlar un rato con usted! ¡Gracias, gracias!

Y con humilde expresión clavaba en mí unas miradas reconocidas, embriagadas, como si mi conversación hubiera sido uno de los mayores placeres que hubiese conocido en su vida. Aquellas miradas encantadoras iban muy bien con las flores negras del traje blanco rameado; eran las de una gran señora que sabe su oficio.

—¡Pero si no tengo prisa, señora! —respondí—. Además, estoy esperando al señor de Charlus, con quien voy a irme.

La señora de Villeparisis oyó estas últimas palabras. Pareció contrariada por ellas. Si no se hubiera tratado de una cosa que no podía afectar a un sentimiento de tal naturaleza, me hubiera parecido que lo que en aquel momento se dijera que se alarmaba en la señora de Villeparisis era el pudor. Yo estaba satisfecho de la señora de Guermantes, de Saint-Loup, de la

señora de Marsantes, del señor de Charlus, de la señora de Villeparisis; no reflexionaba, y hablaba alegremente, a tontas y a locas.

—¿Va usted a salir con mi sobrino Palamedes? —me dijo.

Pensando que podía producirle una impresión favorabilísima a la señora de Villeparisis el que yo tuviese amistad con un sobrino a quien tenía ella en gran estima:

—Me ha pedido que volviese con él —le respondí lleno de júbilo—. Estoy encantado. Por lo demás, somos más amigos de lo que usted cree, señora, y estoy decidido a todo para que lo seamos aún más.

La señora de Villeparisis pareció pasar de la contrariedad a la inquietud:

—No le espere usted —me dijo con expresión preocupada—, está hablando con el señor de Faffenheim. Ya no piensa en lo que le ha dicho a usted. Ande, váyase, aprovéchese, pronto, ahora que está de espaldas.

Este primer sobresalto de la señora de Villeparisis se hubiera asemejado, de no haber sido por las circunstancias, al del pudor. Su insistencia, su oposición hubiesen podido parecer, si no se hubiera consultado más que a su semblante, dictadas por la virtud. A mí, por mi parte, no me corría mucha prisa por ir al encuentro de Roberto y de su querida. Pero la señora de Villeparisis parecía tener tanto empeño en que me fuese, que, pensando que acaso tuviera que hablar de algún asunto de importancia con su sobrino, me despedí de ella. Al lado suyo, el señor de Guermantes, soberbio y olímpico, estaba sentado pesadamente. Hubiérase dicho que la noción, omnipotente en todos sus miembros, de sus grandes riquezas, le daba una densidad particularmente elevada, como si hubieran sido fundidas en el crisol en un solo lingote humano para hacer aquel hombre que tanto valía. En el momento en que me despedí de él, se levantó cortésmente de su asiento y sentí la masa inerte de treinta millones que la rancia educación francesa hacía moverse, alzaba, y que estaba en pie ante mí. Me parecía ver la estatua de Júpiter olímpico que Fidias, según dicen, había fundido entera en oro. Tal era el poder que la buena educación tenía sobre el señor de Guermantes, sobre el cuerpo del señor de Guermantes por lo menos, ya que no reinaba de igual modo como señora sobre el espíritu del duque. El señor

de Guermantes se reía con sus propias frases ingeniosas, pero no sonreía ante las de los demás.

En la escalera oí detrás de mí una voz que me interpelaba:

—¡Así es como me espera usted, caballero!

Era el señor de Charlus.

—¿Le es a usted lo mismo dar unos pasos a pie? —me dijo secamente cuando estuvimos en el patio—. Iremos andando hasta que encuentre un coche de punto que me convenga.

—¿Quería usted hablarme de alguna cosa, caballero?

—¡Ah!, sí, en efecto, tenía algunas cosas que decirle, pero no sé a ciencia cierta si se las diré. En realidad, creo que podrían ser para usted el punto de partida de inapreciables beneficios. Pero también entreveo que traerían a mi existencia, a mi edad, en que empieza uno a tener apego a la tranquilidad, no pocas pérdidas de tiempo, muchos trastornos. Me pregunto si vale usted la pena de que me tome todo este trabajo por usted, y no tengo el gusto de conocerle suficientemente para decidir de ello. También es posible que no tenga usted un deseo bastante grande de lo que por usted puedo hacer para que yo me tome tantas molestias; porque, se lo repito, con toda franqueza; caballero: a mí todo ello no puede traerme más que molestias.

Protesté de que entonces no había que pensar en ello. Esta ruptura de las negociaciones no pareció ser de su agrado.

—Esta cortesía no significa nada —me dijo en tono duro—. No hay cosa más agradable que tomarse trabajo por una persona que merezca la pena de ello. Para los mejores de entre nosotros, el estudio de las artes, la afición a las antiguallas, a las colecciones, a los jardines, no son más que *Erzatz*[35], sucedáneos, coartadas. En el fondo de nuestro tonel, como Diógenes, pedimos un hombre. Cultivamos begonias, recortamos tejos a falta de otra cosa, porque tejos y begonias se dejan manejar. Pero preferiríamos consagrar nuestro tiempo a un arbusto humano si estuviésemos seguros de que valía la pena de ello. Todo el toque está en eso; usted debe de conocerse un poco. ¿Vale usted la pena, o no?

—Por nada del mundo quisiera, caballero, ser para usted motivo de preocupaciones —le dije—; pero en cuanto a mi gusto, créame que cuanto me venga de usted lo será para mí, y grandísimo. Le agradezco profundamente el que sea usted tan amable que fije su atención en mí de esa manera y trate de serme útil.

Con gran asombro mío, me dio las gracias casi con efusión por estas palabras. Pasando su brazo por debajo del mío con la familiaridad intermitente que ya me había chocado en Balbec y que contrastaba con la dureza de su acento:

—Con la falta de consideración propia de su edad —me dijo—, podría usted tener a veces frases capaces de abrir un abismo infranqueable entre nosotros. Las que acaba de pronunciar, por el contrario, pertenecen al género de ellas, capaz justamente de llegarme a lo vivo y de obligarme a hacer mucho por usted.

Mientras seguía andando llevándome cogido de bracero y diciéndome estas palabras que, aunque entreveradas de desdén, eran tan afectuosas, el señor de Charlus clavaba tan pronto en mí sus miradas con la intensa fijeza, con la dureza penetrante que me había llamado la atención la primera mañana que le había visto delante del casino, en Balbec —e incluso muchos años antes, al pie del espino rosa, junto a la señora de Swann, a quien creía yo entonces su querida, en el parque de Tansonville—, como las hacía errar en torno suyo y examinar los coches que pasaban, bastante numerosos a aquella hora de relevo, con tal insistencia que varios de ellos se detuvieron, porque el cochero había creído que queríamos alquilarle. Pero el señor de Charlus los despedía inmediatamente:

—No me conviene ninguno de ellos —me dijo—; todo es una cuestión de faroles, del barrio a que vuelven. Quisiera, caballero —me dijo—, que no pudiera usted engañarse respecto al carácter puramente desinteresado y caritativo de la proposición que voy a hacerle.

Yo estaba asombrado de hasta qué punto se parecía su dicción a la de Swann, todavía más que en Balbec.

—Supongo que será usted bastante inteligente para no creer que si me dirijo a usted sea por «falta de relaciones», por temor a la soledad y al

aburrimiento. No es cosa que me guste mucho hablar de mí mismo, caballero; pero, en fin, acaso se haya enterado usted de ello; un artículo bastante resonante del *Times* ha hecho alusión al caso: el emperador de Austria, que me ha honrado siempre con su benevolencia y tiene la bondad de sostener conmigo relaciones de parentesco, ha declarado hace poco, en una conversación que se ha hecho pública, que si el señor conde de Chambord hubiese tenido a su lado un hombre que poseyera tan a fondo como yo las interioridades de la política europea, sería hoy rey de Francia. A menudo he pensado, caballero, que había en mí, no por obra de mis pobres dotes, sino de algunas circunstancias que acaso conozca usted un día, algo así como un archivo secreto e inestimable, que no he creído que debiera utilizar yo personalmente, pero que no tendría precio para un hombre al que entregaría en unos meses lo que he tardado más de treinta años en adquirir y que acaso soy el único en poseer. No hablo de los goces intelectuales que encontraría usted al enterarse de ciertos secretos que un Michelet de nuestros días hubiera dado años enteros de vida por conocer, y gracias a los cuales determinados acontecimientos cobrarían a sus ojos un aspecto completamente diferente. Y no hablo sólo de los acontecimientos realizados, sino del encadenamiento de circunstancias —era ésta una de las expresiones favoritas del señor de Charlus, y con frecuencia, cuando la pronunciaba, juntaba las manos como cuando quiere uno rezar, pero con los dedos rígidos y como para hacer comprender por medio de este complejo esas circunstancias que no especificaba, y su encadenamiento—. Le daría a usted una explicación desconocida no sólo del pasado, sino del porvenir.

El señor de Charlus se interrumpió para hacerme algunas preguntas a cuenta de Bloch, de quien habían estado hablando sin que pareciera que el barón lo oyese en casa de la señora de Villeparisis. Y con el acento con que sabía alejar tan bien lo que decía que parecía estar pensando en cualquier otra cosa y hablar maquinalmente, por simple cortesía, me preguntó si mi camarada era joven, si era guapo, etc. Bloch, de haberle oído, se hubiera encontrado en mucho mayor apuro aún que con el señor de Norpois, pero por razones harto diferentes, para saber si el señor de Charlus estaba en pro o en contra de Dreyfus.

—No va usted descaminado, si es que quiere instruirse —me dijo el señor de Charlus después de haberme hecho esas preguntas acerca de Bloch —, en tener entre sus amigos a algunos extranjeros.

Respondí que Bloch era francés.

—¡Ah! —dijo el señor de Charlus—. ¡He creído que era judío!

La declaración de esta incompatibilidad me hizo creer que el señor de Charlus era más antidreyfusista que ninguna de cuantas personas había encontrado yo hasta entonces. Lejos de ello, protestó contra la acusación de traición lanzada contra Dreyfus. Pero fue en esta forma: «Creo que los periódicos dicen que Dreyfus ha cometido un crimen contra su patria; creo que lo dicen, no pongo atención en los periódicos, los leo lo mismo que me lavo las manos, sin juzgar que la cosa valga la pena de interesarme. En todo caso, el crimen no existe; el compatriota de su amigo de usted habría cometido un crimen si hubiera traicionado a Judea, pero ¿qué tiene que ver él con Francia?». Le objeté que si alguna vez había una guerra, los judíos serían movilizados ni más ni menos que los demás. «Es posible, y no es muy seguro que no sea una imprudencia. Pero si hacen venir senegaleses y malgaches, no creo que pongan un gran entusiasmo en defender a Francia, y es muy natural que así sea. Su Dreyfus podría más bien ser condenado por infracción de las reglas de la hospitalidad. Pero dejemos esto. Quizá pudiera usted pedirle a su amigo que me hiciese asistir a alguna hermosa fiesta del templo, a una circuncisión, a unos cantos judíos. Acaso pudiera alquilar una sala y proporcionarme algún espectáculo bíblico, del mismo modo que las muchachas de Saint-Cyr representaron escenas sacadas de los Salmos por Racine para distraer a Luis XIV. Tal vez pudiese usted disponer, incluso, algunos trozos para hacer reír. Por ejemplo, una lucha entre su amigo de usted y su padre, en que aquél le hiriera, como David y Goliat. Resultaría una farsa bastante chusca. Su amigo podría, inclusive, mientras está en ello, zurrar a golpes redoblados el pellejo, o, como diría mi criada vieja, a la pelleja de su madre. Ahí tiene usted una cosa que estaría muy bien y que no nos aburriría ni mucho menos, ¿eh, amiguito?, ya que nos gustan los espectáculos exóticos y que el vapulear a esa criatura extraeuropea sería aplicar un merecido correctivo a un camello viejo». Al decir estas palabras

terribles y poco menos que de loco, el señor de Charlus me apretaba el brazo hasta hacerme daño. Yo me acordaba de la familia del señor de Charlus, que citaba tantos rasgos de bondad admirables, por parte del barón, para con la misma criada vieja cuya jerga molieresca acababa de recordar, y me decía que sería interesante establecer, por diversas que puedan ser, las diferencias, poco estudiadas hasta aquí, a lo que me parecía, entre la bondad y la perversidad en un mismo corazón.

Le advertí que, en todo caso, la señora de Bloch no existía, y que en cuanto al señor Bloch no estaba yo muy seguro de hasta qué punto le haría gracia un juego que podía muy bien saltarle los ojos. El señor de Charlus pareció enfadarse: «Ahí tiene usted —dijo— una mujer que ha hecho muy mal en morirse. En cuanto a lo de saltar los ojos, justamente la Sinagoga es ciega, no ve las verdades del Evangelio. De todas maneras, figúrese usted, en este momento en que todos esos desdichados judíos tiemblan ante el furor estúpido de los cristianos, qué honra sería para ellos ver que un hombre como yo condescendía hasta divertirse con sus juegos». En ese momento vi al padre de Bloch que pasaba, dirigiéndose sin duda al encuentro de su hijo. No nos veía, pero me ofrecí al señor de Charlus para presentárselo. No podía yo suponer la cólera que iba a desencadenar en mi acompañante: «¡Presentármelo! ¡Pero es que hace falta que tenga usted muy poco sentido de los valores! A mí no me conoce tan fácilmente como todo eso la gente. En el presente caso, la indignidad sería doble, debido a la juventud del presentante y a la indignidad del presentado. A lo sumo, si un día me ofrecen el espectáculo asiático que he apuntado, podré dirigir a ese espantoso hominicaco algunas frases llenas de benevolencia. Pero a condición de que se haya dejado zurrar copiosamente por su hijo. Podría llegar hasta a expresar mi satisfacción». Por lo demás, el señor Bloch no reparaba ni poco ni mucho en nosotros. Estaba dirigiendo a la señora de Sazerat en aquel momento grandes saludos, muy bien recibidos por ella. Yo estaba pasmado ante el caso, ya que en otro tiempo, en Combray, la señora de Sazerat se había mostrado indignada porque mis padres hubiesen recibido al joven Bloch; hasta tal punto era antisemita. Pero el dreyfusismo, como una corriente de aire, había hecho volar hacía algunos días hasta ella

al señor Bloch. Al padre de mi amigo le había parecido la señora de Sazerat encantadora y se sentía particularmente halagado por el antisemitismo de aquella dama, que se le antojaba una prueba de la sinceridad de su fe y de la verdad de sus opiniones dreyfusistas, y que daba asimismo más valor a la visita que la de Sazerat le había autorizado a hacerle. Ni siquiera se había sentido ofendido porque ella hubiese dicho atolondradamente delante de él: «El señor Drumont tiene la pretensión de meter a los revisionistas en un mismo saco con los protestantes y los judíos. ¡La promiscuidad es encantadora!». «Bernard —había dicho orgullosamente el señor Bloch, al volver a su casa, al señor Nissim Bernard—, ¿sabes una cosa? ¡Tiene el prejuicio!». Pero el señor Nissim Bernard no había respondido nada, lanzando al cielo una mirada de ángel. Contristado por la desgracia de los judíos, acordándose de sus amistades cristianas, haciéndose amanerado y redicho a medida que pasaban los años, por razones que más tarde se verán, tenía ahora la apariencia de una larva prerrafaelista en que se habían plantado suciamente algunos pelos, como unos cabellos ahogados en un ópalo. «Toda esta cuestión de Dreyfus —continuó el barón, que seguía agarrándome del brazo—, no tiene más que un inconveniente, y es que destruye la sociedad (no digo la buena sociedad; hace ya mucho tiempo que la sociedad no merece ese epíteto encomiástico), gracias a la afluencia de señores y señoras del Camello, de la Camellería, en fin, de gentes desconocidas, con las que me encuentro hasta en casa de mis primos, porque forman parte de la Liga de la Patria Francesa, antijudía y no sé qué más, como si una opinión política diese derecho a una calificación social». Esta frivolidad del señor de Charlus le emparentaba aún más con la duquesa de Guermantes. Le hice notar el parecido. Como parecía creer que yo no conocía a la duquesa, le recordé la tarde de la Opera, en que parecía como si quisiera esconderse de mí. Me dijo con tal fuerza que no me había visto en absoluto, que hubiera acabado por creerle si, poco después, un pequeño incidente no me hubiese dado motivo para pensar que al señor de Charlus, demasiado orgulloso acaso, no le gustaba que le viesen conmigo.

—Volvamos a usted —me dijo el señor de Charlus— y a mis proyectos respecto de usted. Existe entre ciertos hombres, caballero, una

francmasonería de que no puedo hablarle, pero que cuenta en sus filas en este momento con cuatro soberanos de Europa. Ahora bien, los allegados a uno de ellos quieren curarle de su quimera. La cosa es muy grave y puede traernos la guerra. Sí, así como suena, caballero. Ya conoce usted la historia del hombre que creía tener encerrada en una botella a la princesa de la China. Era una locura. Le curaron de ella. Pero desde el momento en que dejó de estar loco se volvió tonto. Hay enfermedades de que no hay que tratar de curarse, porque sólo ellas nos protegen contra otras más graves. Un primo mío tenía un padecimiento al estómago, no podía digerir nada. Los especialistas del estómago más sabios le trataron sin resultado. Le llevé a cierto médico (otro ser muy curioso, entre paréntesis, y acerca del cual habría mucho que decir). Este adivinó inmediatamente que la enfermedad era nerviosa. Convenció a su enfermo, le ordenó que comiese sin miedo alguno lo que quisiera y que siempre sería bien tolerado. Pero mi primo tenía también una nefritis. Lo que el estómago digiere perfectamente, el riñón acaba por no poder eliminarlo, y mi primo, en vez de llegar a viejo con una enfermedad imaginaria del estómago que le obligaba a seguir un régimen, se murió a los cuarenta años, curado del estómago, pero con el riñón perdido. Usted, que tiene un formidable anticipo de su propia vida, quién sabe si llegará a ser acaso lo que hubiera podido ser un hombre eminente del pasado si un genio bienhechor le hubiese revelado, en medio de una humanidad que las ignorase, las leyes del vapor y de la electricidad. No sea usted tonto, no se niegue por discreción. Comprenda usted que si yo le presto un gran servicio, no presumo que el que usted haya de prestarme sea menor. Hace mucho tiempo que han dejado de interesarme los hombres de mundo; ya no tengo más que una pasión: la de tratar de redimir los yerros de mi vida haciendo que saque provecho de lo que sé, un alma virgen aún capaz de inflamarse con la virtud. He pasado grandes penas, caballero, que acaso le cuente a usted algún día; he perdido a mi mujer, que era el ser más hermoso, más noble, más perfecto que pudiera soñarse. Tengo parientes jóvenes que no son, no digo ya dignos, pero ni siquiera capaces de recibir la herencia moral de que le estoy hablando a usted. Quién sabe si no será usted el hombre a cuyas manos puede ir esa herencia, el hombre cuya

vida podré dirigir yo y elevar a un nivel tan alto. La mía ganaría con ello, de añadidura. Quizá al instruirle en las grandes cuestiones diplomáticas volviese a encontrar el gusto de mí mismo y me pusiera al fin a hacer cosas interesantes en que usted iría a medias. Pero antes de saberlo sería preciso que le viese a usted a menudo, muy a menudo, todos los días.

Yo quería aprovechar estas buenas disposiciones inesperadas del señor de Charlus para preguntarle si no podría hacer que me encontrase con su cuñada; pero en ese momento sentí vivamente movido mi brazo como por una sacudida eléctrica. Era el señor de Charlus que acababa de retirar precipitadamente su brazo de debajo del mío. A pesar de que, sin dejar de hablar, paseaba sus miradas en todas direcciones, hasta aquel mismo instante no había reparado en el señor de Argencourt, que salía de una bocacalle transversal. Al vernos, el señor de Argencourt pareció contrariado, me lanzó una mirada de desconfianza, casi la misma mirada destinada a un ser de otra raza que la señora de Guermantes había tenido para Bloch, y trató de evitarnos. Pero se hubiera dicho que el señor de Charlus tenía empeño en demostrarle que en modo alguno trataba de que no le viese, porque le llamó, y para decirle una cosa insignificante. Y, temiendo acaso que el señor de Argencourt no me reconociese, el de Charlus le dijo que yo era grande amigo de la señora de Villeparisis, de la duquesa de Guermantes, de Roberto de Saint-Loup, y que él mismo, Charlus, era un amigo de antiguo de mi abuela, encantado de trasladar al nieto un poco de la simpatía que sentía hacia aquélla. Con todo, observé que el señor de Argencourt, a quien, sin embargo, habían dicho apenas mi nombre en casa de la señora de Villeparisis y al que el señor de Charlus acababa de hablar prolijamente de mi familia, estuvo conmigo más frío de como había estado hacía una hora; lo mismo ocurrió en mucho tiempo cada vez que me encontraba. Me observaba con una curiosidad que no tenía nada de simpática, e incluso pareció como si tuviera que vencer alguna resistencia cuando, al separarse de nosotros, tras una vacilación, me tendió una mano que retiró inmediatamente.

—Lamento este encuentro —me dijo el señor de Charlus—. Este Argencourt, bien nacido, mal educado, diplomático más que mediocre,

marido detestable y mediocre, atravesado como un traidor de comedia, es uno de esos hombres incapaces de comprender, pero muy capaz de destruir las cosas verdaderamente grandes. Espero que nuestra amistad lo sea, si ha de cimentarse un día, y espero que usted me haga el honor de mantenerla tanto como yo a cubierto de las coces de uno de estos asnos que, por ociosidad, por torpeza, por maldad, aplastan lo que parecía hecho para durar. Desgraciadamente, por ese patrón están cortadas en su mayor parte las gentes de mundo.

—La duquesa de Guermantes parece muy inteligente. Hace un momento hablábamos de una posible guerra. Parece ser que la duquesa tiene en ese respecto especiales luces.

—No tiene ninguna —me respondió secamente el señor de Charlus—. Las mujeres, y muchos hombres, por lo demás, no entienden nada de las cosas de que quería hablarle. Mi cuñada es una mujer encantadora que se figura que está todavía en la época de las novelas de Balzac, en que las mujeres influían en política. Su trato no podría en la actualidad ejercer sobre usted más que una acción perniciosa como, por otra parte, cualquier trato mundano. Y precisamente es eso una de las primeras cosas que iba a decirle a usted cuando ese majadero me ha interrumpido. El primer sacrificio que tiene usted que hacerme —he de exigir tantos como dones le haga— es el de no frecuentar la sociedad. Hace un rato me ha dolido verle en esa reunión ridícula. Dirá usted que también estaba yo en ella, pero esa, para mí, no es una reunión mundana, es una visita de familia. Más tarde, cuando sea usted un hombre que ha llegado ya, si le divierte descender por un momento a la vida de sociedad, quizá no haya inconveniente en ello. No necesito decirle de qué utilidad puede serle entonces. Quien posee el «Sésamo» del hotel de Guermantes y de todos aquellos que valen la pena de que la puerta se abra de par en par ante usted, soy juez. Yo seré juez y pretendo seguir siendo dueño del momento oportuno.

Quise aprovechar el que el señor de Charlus hablase de esa visita a la casa de la señora de Villeparisis para tratar de saber quién era ésta exactamente, pero la pregunta se formuló en mis labios de otro modo que como yo hubiera querido, y pregunté qué era la familia de Villeparisis.

—Es absolutamente lo mismo que si me preguntara usted lo que es la familia, «nada» —me respondió el señor de Charlus—. Mi tía se casó por amor con un señor Thirion, por otra parte excesivamente rico y cuyas hermanas estaban muy bien casadas, y que, a partir de ese momento, tomó el nombre de marqués de Villeparisis. Con eso no hizo mal a nadie, a lo sumo un poco a sí mismo, ¡y bien poco! En cuanto a la razón de eso, no sé, supongo que era, en efecto, un señor de Villeparisi, nacido en Villeparisis; ya sabe usted que es un pueblecillo de cerca de París. Mi tía ha pretendido que su marido tenía ese marquesado en su familia, ha querido hacer las cosas regularmente, no sé por qué. Desde el momento en que se adopta un nombre a que no se tiene derecho, lo mejor es no simular formas regulares.

El que la señora de Villeparisis no fuese más que la señora Thirion remató la caída que aquélla había empezado en mi espíritu cuando vi la composición mixta de su salón. Me parecía injusto que una mujer que hasta el título y el nombre tenía casi recientísimos pudiera engañar a sus contemporáneos y hubiese de engañar a la posteridad, gracias a algunas amistades regias. Al restituirse la señora de Villeparisis a lo que me había parecido ser en mi infancia, una persona que no tenía nada de aristocrática, me pareció como si los grandes parentescos que la rodeaban quedasen como ajenos a ella. En lo sucesivo no cesó de ser amable con nosotros. Yo, algunas veces, iba a verla, y a menudo me enviaba recuerdos. Pero por mi parte no sentía ni poco ni mucho la impresión de que aquella señora perteneciese al barrio de Saint-Germain, y de haber tenido que pedir algún informe acerca de éste, hubiera sido ella una de las últimas personas a quien me hubiese dirigido.

—Actualmente —continuó el señor de Charlus— con frecuentar la vida de sociedad no haría usted más que perjudicar a su propia situación, deformando su inteligencia y su carácter. Por otra parte, habría que vigilar incluso y sobre todo las compañías con que se junta usted. Tenga usted queridas si su familia no ve inconveniente en ello; eso no es cosa mía, e incluso no puedo menos de alentarle a ello, pilluelo, pilluelo, que bien pronto va a tener necesidad de hacerse afeitar —me dijo tocándome la barbilla—. Pero la elección de amigos tiene distinta importancia. De diez

jóvenes, ocho son unos granujillas, unos canallitas capaces de hacerle a usted un daño que no reparará nunca. Ahí tiene usted, mi sobrino Saint-Loup es en realidad un buen camarada para usted. Desde el punto de vista de su porvenir no podrá serle de provecho en nada; pero para eso basto yo. Y, en fin de cuentas, para salir con usted, en los momentos en que esté usted harto de mí, me parece que no ofrece ningún inconveniente serio, según creo. Ese, por lo menos, es un hombre y no uno de esos afeminados como tantos que se encuentran hoy día, que tienen toda la facha de gentes que dan el pego y que acaso lleven el día de mañana al patíbulo a sus inocentes víctimas. —Yo no sabía el sentido de esta expresión, tomada de la jerga: «dar el pego». Cualquiera que la hubiera conocido se hubiera quedado tan sorprendido como yo. Las gentes de mundo gustan de buen grado de hablar en jerga, como aquellos a quienes pueden reprocharse ciertas cosas gustan de hacer ver que no temen ni poco ni mucho hablar de ellas. Prueba de inocencia, a sus ojos. Pero han perdido la escala; ya no se dan cuenta del grado a partir del cual determinada broma pasará a ser demasiado especial, demasiado chocante; será una prueba de corrupción antes que de ingenuidad—. Ese no es como los demás, es muy buen chico, muy serio.

No pude menos de sonreír ante este epíteto de «serio», al que la entonación que le dio el señor de Charlus parecía infundir el sentido de «virtuoso», «de peso», como se dice de una obrerilla que es seria. En ese momento pasó un coche de punto que iba a la diabla; un cochero joven que había desertado de su pescante lo guiaba desde el fondo del coche, donde estaba sentado en los almohadones, con trazas de ir a medios pelos. El señor de Charlus lo detuvo rápidamente. El cochero parlamentó un momento.

—¿Hacia qué sitio va usted?

—Hacia donde usted (me chocaba, porque el señor de Charlus había rechazado ya varios coches de punto que llevaban faroles del mismo color).

—Pero es que yo no quiero volver a subirme al pescante. ¿Le da a usted lo mismo que me quede dentro del coche?

—Sí, sólo que baje usted la capota. Bueno, piense usted en mi proposición —me dijo el señor de Charlus antes de separarse de mí—; le doy algún tiempo para que recapacite sobre ella, escríbame. Se lo repito,

será preciso que le vea todos los días y que reciba de usted garantías de lealtad, de discreción, que, por lo demás, debo decirlo, parece usted ofrecer. Pero he sido engañado tan a menudo en el curso de mi vida por las apariencias, que ya no quiero fiarme de ellas. ¡Caramba!, lo menos que puedo pedir antes de abandonar un tesoro es saber en qué manos lo pongo. En fin, tenga usted muy presente lo que le ofrezco; está usted como Hércules, cuya vigorosa musculatura, desgraciadamente para usted, no parece tener, en el cruce de dos caminos. Procure usted no tener que lamentar toda su vida no haber escogido el que llevaba a la virtud. ¿Cómo? —dijo al cochero—, ¿pero aún no ha bajado usted la capota? Voy a doblar yo los resortes. Por lo demás, me parece que voy a tener que guiar también yo, en vista del estado en que me parece que se encuentra usted.

Y saltó al lado del cochero, al fondo del coche, que arrancó al trote largo.

Por mi parte, apenas volví a casa me encontré con la réplica de la conversación que poco antes habían sostenido Bloch y el señor de Norpois, pero en una forma breve, inversa y cruel. Era una disputa entre nuestro mayordomo, que era dreyfusista, y el de los Guermantes, que era antidreyfusista. Las verdades y contraverdades que se oponían recíprocamente, arriba, entre los intelectuales de la Liga de la Patria francesa y la de los Derechos del hombre se propagaban, en efecto, hasta las profundidades del pueblo. El señor Reinach manejaba por medio del sentimiento a gentes que no le habían visto nunca, mientras que para él la cuestión de Dreyfus se planteaba únicamente ante su razón como un teorema irrefutable y que demostró, en efecto, con el más asombroso triunfo de política racional (triunfo contra Francia, dijeron algunos) que jamás se haya visto. A la vuelta de dos años sustituyó un Ministerio Billot con un Ministerio Clemenceau, cambió por completo la opinión pública, sacó de su prisión a Picquart para ponerlo, ingrato, en el Ministerio de la Guerra. Acaso aquel racionalista manejador de muchedumbres fuese a su vez manejado por su ascendencia. Cuando los sistemas filosóficos que contienen más verdades son dictados a sus autores, en último análisis, por una razón de sentimiento, ¿cómo suponer que en una simple cuestión

política como la cuestión Dreyfus no haya razones de este género que, sin que el razonador lo sepa, puedan gobernar su razón? Bloch creía haber elegido lógicamente su dreyfusismo, y, sin embargo, sabía que su nariz, su piel y su pelo le habían sido impuestos por su raza. Indudablemente, la razón es más libre; sin embargo, obedece a ciertas leyes que no se ha dado a sí misma. El caso del mayordomo de los Guermantes y del nuestro era particular. Las olas de las dos corrientes de dreyfusismo y de antidreyfusismo que de arriba abajo dividían a Francia eran bastante silenciosas, pero los raros ecos que emitían eran sinceros. Al oír a alguien, en mitad de una charla que se apartaba voluntariamente del *affaire,* anunciar furtivamente una noticia política, generalmente falsa, pero siempre deseada, podía inducirse del objeto de sus predicciones la orientación de sus deseos. Así se hacían frente en algunos puntos, de una parte, un tímido apostolado; de otra, una santa indignación. Los dos mayordomos a quienes oí al volver a casa constituían una excepción de la regla. El nuestro dio a entender que Dreyfus era culpable; el de los Guermantes, que era inocente. No era por disimular sus convicciones, sino por maldad y avidez en el juego. Nuestro mayordomo, que no estaba seguro de que se llevase a efecto la revisión, quería de antemano, para en caso de que se llegara a fracasar, quitarle al mayordomo de los Guermantes la alegría de creer derrotada una causa justa. El mayordomo de los Guermantes pensaba que, caso de ser denegada la revisión, el nuestro estaría más fastidiado al ver que seguían teniendo en la Isla del Diablo a un inocente.

Subí a casa y encontré peor a mi abuela. Desde hacía algún tiempo, sin que supiera a ciencia cierta lo que tenía, se quejaba de su estado de salud. En las enfermedades es cuando nos damos cuenta de que no vivimos solos, sino encadenados a un ser de un reino diferente, del que nos separan abismos, que no nos conoce y del que es imposible que nos hagamos entender: nuestro cuerpo. Si nos encontramos a un bandido cualquiera en un camino, quizá lleguemos a hacerle sensible a su interés personal, ya que no a nuestra desdicha. Pero pedir clemencia a nuestro cuerpo es discurrir ante un pulpo, para el que nuestras palabras no pueden tener más sentido que el ruido del agua y con el que nos espantaría que nos condenasen a vivir. Los

malestares de mi abuela pasaban a menudo inadvertidos para su atención, desviada siempre hacia nosotros. Cuando la hacían sufrir demasiado, para llegar a curarlos se esforzaba en vano por comprenderlos. Si los fenómenos morbosos de que su cuerpo era teatro permanecían oscuros e inaprehensibles para el pensamiento de mi abuela, eran claros e inteligibles para ciertos seres que pertenecían al mismo reino físico que ellos, seres de esos a quienes el espíritu humano ha acabado por dirigirse para comprender lo que le dice su cuerpo, como ante las respuestas de un extranjero va uno a buscar a alguien del mismo país para que sirva de intérprete. Ellos pueden hablar con nuestro cuerpo, decirnos si su cólera es grave o si se aplacará pronto. Cottard, a quien habían llamado para que viese a mi abuela y que nos había irritado al preguntarnos con una fina sonrisa, desde el primer momento en que le habíamos dicho que mi abuela estaba enferma: «¿Enferma? ¿No será por lo menos una enfermedad diplomática?», Cottard ensayó, para calmar la agitación de su enferma, el régimen lácteo. Pero las perpetuas sopas de leche no hicieron efecto, porque mi abuela les echaba mucha sal (aún no había hecho Widal sus descubrimientos), que por aquel entonces se ignoraba que no fuese conveniente. Porque como la medicina es un compendio de los errores sucesivos y contradictorios de los médicos, al llamar uno a los mejores de éstos tiene grandes probabilidades de implorar una verdad que será reconocida como falsa algunos años más tarde. De manera que el creer en la medicina sería la suprema locura, si no lo fuera mayor aún el no creer en ella, ya que de ese montón de errores se han desprendido, a la larga, algunas verdades. Cottard había recomendado que se le tomase la temperatura a la enferma. Fueron a buscar un termómetro. El tubo estaba vacío de mercurio en casi toda su longitud. Apenas se distinguía, acurrucada en el fondo de su cubetilla, la salamandra de plata. Parecía muerta. Pusieron la pajuela de vidrio en la boca de mi abuela. No tuvimos necesidad de dejarla mucho tiempo en ella; la minúscula bruja no se había demorado en trazar su horóscopo. La encontramos inmóvil, encaramada a la mitad de la altura dé su torre y sin rebullir ya, mostrándonos con exactitud la cifra que la habíamos pedido y que todas las reflexiones que sobre sí misma hubiese podido hacer el alma de mi abuela

hubieran sido incapaces de darle: 38,3°. Por primera vez sentimos alguna inquietud. Sacudimos con fuerza el termómetro para borrar el signo fatídico, como si con ello hubiéramos podido hacer bajar la fiebre al mismo tiempo que la temperatura registrada. ¡Ay!, se vio con toda claridad que la pequeña sibila, desasistida de razón, no había dado arbitrariamente aquella respuesta, ya que a la mañana siguiente, apenas se volvió a poner el termómetro entre los labios de mi abuela, cuando, inmediatamente casi, como de un solo brinco, hermosa de certidumbre y con la intuición de un hecho para nosotros invisible, la diminuta profetisa había acudido a detenerse en el mismo punto, en una inmovilidad implacable, y seguía indicándonos la cifra 38,3° con su chispeante varita. No decía más, pero en vano era que deseásemos, que quisiésemos, que implorásemos: sorda, parecía como que esa fuese su última palabra de advertencia y amenaza. Entonces, para tratar de obligarla y modificar su respuesta, nos dirigimos a otra criatura del mismo reino, pero más poderosa, que no se contenta con interrogar al cuerpo, sino que puede ordenarle —un febrífugo del mismo orden que la aspirina, que todavía no se usaba entonces—. No habíamos hecho que bajase el termómetro más allá de los 37,5°, con la esperanza de que de esa manera no tuviese que volver a subir. Le hicimos tomar el febrífugo a mi abuela, y entonces le pusimos de nuevo el termómetro. Como un guardián implacable al que se muestra la orden de una autoridad superior, cerca de la cual se ha hecho actuar una protección, y que encontrándola en regla responde: «Está bien, nada tengo que decir desde el momento en que es así; pase usted», la vigilante tornera no rebulló de esta vez. Pero parecía decir, morosa: «¿De qué os va a servir eso? Puesto que conocéis a la quinina, ésta me dará orden de que no me mueva, una vez, diez veces, veinte veces. Y luego se cansará, la conozco. Bueno. Esto no ha de durar siempre. Así que gran cosa habréis adelantado». Entonces mi abuela sintió en sí la presencia de una criatura que conocía mejor el cuerpo humano que mi propia abuela, la presencia de una contemporánea de las razas desaparecidas, la presencia del primer ocupante —anterior, con mucho, a la creación del hombre que piensa—; sintió a este aliado milenario que le palpaba, un tanto duramente acaso, la cabeza, el corazón,

el codo, que reconocía cada sitio, lo organizaba todo para el combate prehistórico que tuvo lugar inmediatamente después. En un momento, Pytón aplastado, la fiebre fue vencida por el poderoso elemento químico, al que mi abuela, a través de los reinos, pasando por encima de todos los animales y vegetales, hubiera querido dar las gracias. Y quedaba conmovida de esta entrevista que acababa de tener, a través de tantos siglos, con un clima anterior a la creación de las plantas inclusive. Por su parte, el termómetro, como una Parca momentáneamente vencida por un dios antiguo, tenía inmóvil su huso de plata. ¡Ay!, otras criaturas inferiores, que el hombre ha adiestrado para la caza de esos animales misteriosos a que no puede perseguir, en el fondo de sí mismo, nos traían cruelmente todos los días una cifra de albúmina, débil, pero suficientemente constante para que también ella pareciese hallarse en relación con algún estado persistente que no percibíamos nosotros. Bergotte había lastimado en mí el instinto escrupuloso que me hacía subordinar mi inteligencia, cuando me había hablado del doctor Du Boulbon como de un médico que no me fastidiaría, que encontraría tratamientos que, aun cuando fuesen en apariencia extraños, se adaptarían a la singularidad de mi inteligencia. Pero las ideas se transforman en nosotros, triunfan de las resistencias que les oponemos en el primer momento y se nutren de ricas reservas intelectuales completamente a punto, que no sabíamos que hubieran sido hechas para ellas. Ahora, como ocurre cada vez que las frases oídas a propósito de alguien que no conocemos han tenido la virtud de despertar en nosotros la idea de un gran talento, de algo parecido al genio, en el fondo de mi espíritu hacía yo sacar partido al doctor Du Boulbon de esa confianza sin límites que nos inspira aquel que con mirada más profunda que otro percibe la verdad. Claro es que yo sabía que era más bien especialista en enfermedades nerviosas, el mismo a quien Charcot, antes de morir, había dicho que reinaría en la neurología y en la psiquiatría. «¡Ah! No sé, es muy posible», dijo Francisca, que estaba presente y oía por vez primera el nombre de Charcot tanto como el de Du Boulbon. Pero eso no le impedía en modo alguno decir: «Es posible». Sus «es posible», sus «acaso», sus «no sé» eran exasperantes en un caso como este. Sentía uno ganas de responderle: «Pues claro está que no sabe usted,

ya que no entiende usted nada de lo que estamos tratando. ¿Cómo puede usted decir siquiera que es posible o no, si no sabe usted nada de eso? Así como así, ahora no puede usted decir que no sabe lo que le dijo Charcot a Du Boulbon, etc.; lo sabe usted, puesto que se lo hemos dicho, y sus 'acaso', sus 'es posible' no vienen a cuento, toda vez que se trata de una cosa segura».

A pesar de esta competencia más particular en materia cerebral y nerviosa, como yo sabía que Du Boulbon era un gran médico, un hombre superior dotado de una inteligencia inventiva y profunda, supliqué a mi madre que le hiciese venir, y la esperanza de que, gracias a una visión justa del mal, la curaría acaso, acabó por sobreponerse al temor que teníamos de que, si llamábamos a otro médico a consulta, asustásemos a mi abuela. Lo que decidió mi madre fue que, alentada inconscientemente por Cottard, mi abuela había dejado de salir, se levantaba apenas. De nada servía que nos contestase con la carta de madama de Sévigné a propósito de madama de La Fayette: «Decían que estaba loca porque no quería salir. Yo les decía a esas personas tan precipitadas en su juicio: Madama de La Fayette no está loca, y a eso me atenía. Ha sido preciso que haya muerto para hacer ver que tenía razón en no salir». Du Boulbon, cuando le llamamos, quitó la razón, si no a madama de Sévigné, de quien no se le hizo mención, por lo menos sí a mi abuela. En lugar de auscultarla, mientras posaba en ella sus admirables miradas en que acaso hubiera la ilusión de estar escrutando profundamente a la enferma, o el deseo de darle esa ilusión, que parecía espontánea pero que debía ser sostenida con carácter maquinal, o de no dejarle ver que pensaba en otra cosa completamente distinta, o de cobrar imperio sobre ella, el doctor empezó a hablar de Bergotte.

—¡Ah, ya lo creo, señora! Es admirable. ¡Qué razón tiene usted en quererle! Pero ¿cuál de sus libros prefiere usted? ¡Ah, sí! Acaso sea, en efecto, el mejor. En todo caso, es su novela mejor compuesta: en ella, Clara, es realmente encantadora. Y como personaje de hombre, ¿cuál le es a usted más simpático?

Al pronto creí que la hacía hablar así de literatura porque la medicina le aburriese; quizá también por dar muestras de su amplitud de espíritu, e

incluso, con una finalidad más terapéutica, por devolver la confianza a la enferma, para hacerle ver que no estaba inquieto, por distraerla de su estado. Pero después he comprendido que, particularmente notable sobre todo como alienista y por sus estudios sobre el cerebro, había querido darse cuenta con sus preguntas de si la memoria de mi abuela se conservaba realmente intacta. Como de mala gana, la interrogó un poco acerca de su vida, con mirada sombría y fría. Después, de repente, como si distinguiera la verdad y estuviese decidido a alcanzarla a toda costa, con un ademán previo al que parecía como si le costara trabajo desnudarse, apartándola de la onda de las últimas vacilaciones que podía tener y de todas las objeciones que hubiéramos podido hacer nosotros, contemplando a mi abuela con una mirada lúcida, libremente y como si al fin pisara terreno firme, puntuando las palabras en un tono dulce y de seducción, cada una de cuyas inflexiones matizaba la inteligencia, habló. (Su voz, por lo demás, durante toda la visita, siguió siendo lo que era naturalmente, acariciadora. Y bajo sus cejas enmarañadas, sus ojos irónicos estaban llenos de bondad).

—Se encontrará usted bien, señora, el día lejano o próximo, y de usted depende que sea hoy mismo, en que se haga usted cargo de que no tiene nada y en que haya reanudado usted la vida ordinaria. Me ha dicho usted que no comía, que no salía.

—¡Pero, caballero, si tengo un poco de fiebre!

Le tocó la mano.

—En este momento no, por lo menos. Además, ¡vaya una disculpa! ¿No sabe usted que dejamos estar al aire libre, que sobrealimentamos a tuberculosos que tienen hasta 39°?

—Pero es que también tengo un poco de albúmina.

—No debiera usted saberlo. Lo que usted tiene es lo que he descrito yo con el nombre de albúmina mental. Todos hemos tenido, en el curso de alguna indisposición, nuestra pequeña crisis de albúmina que nuestro médico se ha apresurado a hacer duradera al hacérnosla notar. Para una afección que los médicos curan con medicamentos (por lo menos aseguran que así ha ocurrido algunas veces), producen diez en sujetos que gozan de buena salud, inoculándoles ese agente patógeno mil veces más virulento

que todos los microbios: la idea de que está uno enfermo. Semejante creencia, potente sobre el temperamento de todos, obra con particular eficacia sobre los nerviosos. Si se les dice que una ventana cerrada está abierta a espaldas suyas, empiezan a estornudar; si les hace creer uno que les ha echado magnesia en la sopa, tendrán cólicos, o que su café está más cargado que de costumbre, y no pegarán ojo en toda la noche. ¿Cree usted, señora, que no me ha bastado con verle los ojos, con oír simplemente la forma en que se expresa usted, qué digo, con ver a su señora hija y a su nieto, que tanto se parece a usted, para conocer con quién tenía que habérmelas? «Tu abuela podría ir tal vez a sentarse, si el doctor se lo permite, a alguna avenida tranquila de los Campos Elíseos, junto a ese macizo delante del que jugabas tú en tiempos», me dijo mi madre, consultando así directamente a Du Boulbon, debido a lo cual su voz cobraba un viso de timidez y deferencia, que no hubiera tenido de haberse dirigido a mí sólo. El doctor se volvió hacia mi abuela, y como era no menos culto que sabio: «Vaya usted a los Campos Elíseos, junto al macizo de laureles de que gusta su nieto. El laurel le será saludable. Purifica. Después de haber exterminado a la serpiente Pitón, Apolo hizo su entrada en Delfos con una rama de laurel en la mano. Quería librarse de esa manera de los gérmenes mortíferos de la venenosa bestia. Ya ve usted que el laurel es el más antiguo, el más venerable y añadiré —cosa que tiene su valor en terapéutica, como en profilaxia— el más hermoso de los antisépticos».

Como una gran parte de lo que saben los médicos se lo enseñan los enfermos, propenden fácilmente a creer que ese saber de los «pacientes» es el mismo en todos ellos, y se lisonjean de pasmar a aquel a cuyo lado se encuentran con alguna observación que han aprendido de aquellos a quienes han tratado antes. Así, el doctor Du Boulbon tuvo la aguda sonrisa de un parisiense que, al hablar con un campesino, esperase dejarle atónito al hacer uso de una palabra dialectal, cuando dijo a mi abuela: «Probablemente el tiempo ventoso conseguirá hacerla dormir a usted, mientras que fracasarían los hipnóticos más poderosos. —Todo lo contrario, caballero; el viento me impide en absoluto dormir. —Pero los médicos son susceptibles. —¡Ah! —murmuró Du Boulbon frunciendo el ceño, como si le hubieran dado un

pisotón y como si los insomnios de mi abuela en las noches de tormenta fuesen para él una injuria personal». Con todo, no tenía demasiado amor propio, y como, en cuanto «espíritu superior», creía deber suyo no conceder fe a la medicina, recobró bien pronto su serenidad filosófica.

Mi madre, por un deseo apasionado de ser tranquilizada por el amigo de Bergotte, añadió en apoyo de sus palabras que una prima hermana de mi abuela, presa de una afección nerviosa, se había pasado siete años enclaustrada en su dormitorio, en Combray, sin levantarse más que una vez o dos por semana.

—Pues ya ve usted, señora, no lo sabía, y hubiera podido decírselo.

—Pero, caballero, yo no soy ni poco ni mucho como ella; a mí, por el contrario, mi médico no consigue hacerme guardar cama —dijo mi abuela, ya porque se sintiese un tanto irritada por las teorías del doctor o que estuviera deseosa de exponerle las objeciones que podían hacerse a aquéllas, con la esperanza de que él las refutase y de que, en cuanto se hubiera ido, ya no le quedaría a ella ninguna duda que oponer a su afortunado diagnóstico.

—Naturalmente, señora, no puede uno tener, perdóneme la expresión, todas las vesanias; usted tiene otras, no tiene usted esa. Ayer he visitado una casa de salud para neurasténicos. En el jardín había un hombre de pie en un banco, inmóvil como un faquir, con el cuello inclinado en una postura que debía de ser muy molesta. Al preguntarle yo qué estaba haciendo allí, me respondió sin hacer un movimiento ni volver la cabeza: «Doctor, soy extraordinariamente acatarrante y acatarrable, acabo de hacer demasiado ejercicio, y mientras me estaba acalorando estúpidamente de esa manera tenía el cuello apoyado contra la camiseta. Si ahora lo apartase de la camiseta antes de haber dejado caer el calor que tengo, estoy seguro de que cogería una tortícolis y quizá una bronquitis». Y la hubiera atrapado, en efecto. «Lo que es usted es un completo neurasténico», le dije. ¿Sabe usted qué razón me dio para demostrarme que no lo era? Pues que mientras que todos los enfermos del establecimiento tenían la manía de tomarse el peso, hasta el punto de que había habido que ponerle un candado al peso para que no se pasasen todo el día pesándose, con él se veían obligados a hacerle

subir por la fuerza a la báscula, de tan pocos deseos como tenía de pesarse. Hacía alarde de no tener la manía de los demás, sin pensar que también él tenía la suya, y que era esa manía la que le libraba de otra. No se moleste usted por la comparación, señora, porque ese hombre que no se atrevía a volver el cuello por miedo a acatarrarse es el poeta más grande de nuestro tiempo. Ese pobre maniático es la inteligencia más alta que conozco. Aguante usted el ser calificada de nerviosa. Pertenece usted a esa familia magnífica y lamentable que es la sal de la tierra. Todo lo grande que conocemos nos viene de los nerviosos. Ellos y no otros son quienes han fundado las religiones y han compuesto las obras maestras. Jamás sabrá el mundo todo lo que les debe, y sobre todo lo que han sufrido ellos para dárselo. Saboreamos las músicas exquisitas, los hermosos cuadros, mil delicadezas, pero nada sabemos de lo que han costado a los que las inventaron, de los insomnios, de las lágrimas, risas espasmódicas, urticarias, asmas, epilepsias, una angustia de morirse que es peor que todo eso y que acaso conozca usted, señora —añadió sonriendo a mi abuela—, porque, confiéselo usted, cuando yo llegué aún no estaba usted muy tranquilizada. Se creía usted enferma, enferma de cuidado, tal vez. Sabe Dios de qué afección creía descubrir síntomas en usted misma. Y no se engañaba usted, los tenía. El nerviosismo es un imitador genial. No hay enfermedad que no remede a maravilla. Imita hasta hacerle a uno equivocarse la dilatación de los dispépticos, las náuseas del embarazo, la arritmia del cardíaco, la febrilidad del tuberculoso. Si es capaz de engañar al médico, ¿cómo no ha de engañar al enfermo? ¡Ah! No se figure usted que me burlo de sus males; si no supiera comprenderlos no intentaría tratarlos. Y, ahí tiene usted, no hay confesión buena como no sea recíproca. Le he dicho a usted que no hay ningún gran artista sin una enfermedad nerviosa; es más —añadió alzando gravemente el dedo índice—, sin ella no hay gran sabio posible. Añadiré que sin padecer uno mismo una enfermedad nerviosa, no se es, no me haga usted decir que buen médico, sino solamente un médico correcto de enfermedades nerviosas. En la patología nerviosa, un médico que no dice demasiadas tonterías es un enfermo semicurado, como un crítico es un poeta que ya no hace versos, o un policía un ladrón que ya

no ejerce. Yo, señora, no me creo, como usted, albuminúrico, no tengo el miedo nervioso al alimento, al aire libre; pero no puedo quedarme dormido sin haberme levantado más de veinte veces a ver si está cerrada la puerta de mi cuarto. Y a esa casa de salud en que encontré ayer a un poeta que no volvía el cuello, a esa casa iba yo a tomar una habitación, porque, esto entre nosotros, allí me paso mis vacaciones cuidándome cuando he aumentado mis males fatigándome excesivamente en curar los de los demás.

—Pero, caballero, ¿es que tendría que hacer yo una cura por el estilo? —dijo con espanto mi abuela.

—Es inútil, señora. Las manifestaciones que acusa usted cederán ante mi palabra. Y además, tiene usted a su lado alguien poderosísimo a quien desde ahora constituyo en su médico. Es su mismo mal, su sobreactividad nerviosa. Aunque supiese el modo de curarla a usted de ella, me guardaría muy bien de hacerlo. Me basta con darle órdenes. Veo encima de su mesa una obra de Bergotte. En cuanto estuviese usted curada de su nerviosidad, dejaría de gustarle. Ahora bien, ¿podría sentirme yo con derecho a cambiar los goces que ese libro depara por una integridad nerviosa que sería harto incapaz de dárselos? Pero es que hasta esos goces son un poderoso remedio, el más poderoso de todos, acaso. No, no hago reproches a su energía nerviosa. Le pido únicamente que me escuche; la confío a usted a ella. Que dé marcha atrás. La fuerza que empleaba en impedirle a usted que se pasease, que tomase suficiente alimento, que la emplee en hacerla comer, en hacerla leer, en hacerla salir, en distraerla de todas formas. No me diga usted que está cansada. La fatiga es la realización orgánica de una idea preconcebida. Empiece usted por no pensarla. Y si alguna vez siente usted una pequeña indisposición, cosa que puede ocurrirle a todo el mundo, será como si no la tuviese, porque habrá hecho de usted, según una profunda frase del señor de Talleyrand, una persona sana imaginaria. Ya ve usted, ya ha empezado a curarla, me escucha usted derecha, sin haberse apoyado ni una vez en nada, con la mirada viva, buen semblante, y así lleva ya su buena media hora por el reloj, y no se ha dado cuenta de ello: señora, he tenido mucho gusto en saludarla.

Cuando, después de haber acompañado al doctor Du Boulbon, volví al cuarto donde estaba sola mi madre, la pena que me oprimía desde hacía varias semanas alzó el vuelo; sentí que mi madre iba a dejar estallar su alegría y que iba a ver la mía; experimenté esa impasibilidad de soportar la espera del instante próximo en que una persona va a sentirse conmovida cerca de nosotros; impasibilidad que, en otro orden, viene a ser como el miedo que se siente cuando sabe uno que va a entrar alguien a asustarnos por una puerta que todavía está cerrada. Quise decirle algo a mamá, pero mi voz se quebró, y deshaciéndome en lágrimas me estuve largo rato, con la cabeza sobre su hombro, llorando, saboreando, aceptando, acariciando el dolor, ahora que sabía que había salido de mi vida, del mismo modo que gustamos de exaltarnos con virtuosos proyectos que las circunstancias no nos permiten llevar a ejecución. Francisca me exasperó al no tomar parte en nuestra alegría. Estaba agitadísima porque había estallado una escena terrible entre el lacayo y el portero chismoso. Había habido necesidad de que la duquesa, con su bondad, interviniese, restableciese una apariencia de paz y perdonase al lacayo. Porque era buena, y en su casa se hubiera encontrado la colocación ideal si no hubiera dado oídos a los «chismorreos».

Desde hacía varios días la gente había empezado a saber que mi abuela estaba mala y a preguntar por ella. Saint-Loup me había escrito: «No quiero aprovechar estas horas en que tu querida abuela no se encuentra bien para dirigirte lo que es mucho más que reproches y en lo que ella no entra para nada. Pero mentiría si no te dijera, aunque fuese por omisión, que jamás olvidaré la perfidia de tu comportamiento y que no habrá perdón nunca para tu bellaquería y tu traición». Pero unos amigos que creían que mi abuela no estaba muy enferma (ignoraban incluso que lo estuviese ni poco ni mucho) me habían pedido que fuese a recogerlos a la mañana siguiente a los Campos Elíseos para ir desde allí a hacer una visita y asistir a un almuerzo que me divertiría. Ya no tenía ninguna razón para renunciar a estos dos placeres. Cuando le habían dicho a mi abuela que ahora, para obedecer al doctor Du Boulbon, tendría que pasear mucho, ya se ha visto que había hablado inmediatamente de los Campos Elíseos. Habría de serme fácil

llevarla a ellos y, mientras ella estaba sentada leyendo, entenderme con mis amigos tocante al lugar en que debíamos volver a encontrarnos, y aún me quedaría tiempo, si me daba prisa, para tomar con ellos el tren para Ville-d'Avray. En el momento convenido, mi abuela no quiso salir, porque se encontraba cansada. Pero mi madre, aleccionada por Du Boulbon, tuvo la energía necesaria para enfadarse y hacerse obedecer. Lloraba casi ante el pensamiento de que mi abuela iba a recaer en su debilidad nerviosa, y que ya no volvería a levantar cabeza de ella. Nunca se prestaría tan bien para su salida un tiempo tan hermoso y templado. El sol, al cambiar de lugar, intercalaba acá y allá en la solidez cortada del balcón sus inconsistentes muselinas y daba a la piedra tallada una tibia epidermis, un halo de oro impreciso. Como Francisca no había tenido tiempo de mandar un «continental» a su hija, nos dejó después del almuerzo. No fue poco ya que antes de irse entrase un momento en casa de Jupien para hacer que le cogiesen un punto a la manteleta que había de ponerse mi abuela para salir. Yo, que volvía en ese momento de mi paseo matinal, fui con ella a casa del chalequero. «¿Es su señorito el que la trae a usted por aquí —le dijo Jupien a Francisca—, es usted la que lo trae a él, o bien es algún buen viento y la suerte lo que les trae a los dos?». Aunque no fuese hombre de estudios, Jupien respetaba la sintaxis tan naturalmente como el señor de Guermantes, a pesar de no pocos esfuerzos, la violaba. Una vez que se hubo marchado Francisca y que estuvo compuesta la manteleta, tuvo que arreglarse mi abuela. Como se había negado tenazmente a que mamá se quedase con ella, empleó, sola, un tiempo infinito en su tocado, y ahora que yo sabía que no tenía nada, y con esa extraña indiferencia que sentimos respecto de nuestros parientes mientras viven y que hace que los pospongamos a todo el mundo, me parecía el colmo del egoísmo por parte de ella el que tardase tanto, que me expusiese a llegar con retraso, cuan do sabía que estaba citado con unos amigos y que tenía que comer en Ville-d'Avray. Con la impaciencia, acabé por bajar antes, después que me dijeron por dos veces que iba a estar en seguida. Por fin apareció, sin pedirme perdón por su retraso, como hacía de costumbre en estos casos, arrebolada y distraída como una persona que tiene prisa y se ha dejado olvidados la mitad de sus avíos, cuando ya llegaba

yo cerca de la puerta vidriera entreabierta que, sin caldearlas poco ni mucho por ello, dejaba entrar el aire líquido, gorjeante y tibio de fuera, como si se hubiera abierto un depósito entre las glaciales paredes del hotel.

—Dios mío, ya que vas a ver a unos amigos, hubiera podido ponerme otra manteleta. Con esta no sé qué parezco.

Me chocó lo congestionada que estaba, y comprendí que como se había retrasado había tenido que darse mucha prisa. Cuando acabábamos de dejar el coche de punto a la entrada de la Avenida Gabriel, vi que mi abuela, sin hablarme, se había desviado y se dirigía al viejo quiosco enrejado de verde en que había esperado yo un día a Francisca. El mismo guarda forestal que entonces se encontraba allí seguía al lado de la «marquesa» cuando yo, siguiendo a mi abuela que, sin duda porque sentía náuseas, llevaba la mano puesta delante de la boca, subí los escalones del teatrillo rústico, edificado en medio de los jardines. En la taquilla, como en esos circos de feria en que el clown, dispuesto para salir a escena y completamente enharinado, recibe a la puerta el importe de las localidades, la «marquesa» seguía plantada con su jeta enorme e irregular embadurnada de grosero yeso, y con su gorrito de flores rojas y encaje negro coronando su peluca roja. Pero no creo que me reconociese. El guarda, descuidando la vigilancia de los céspedes, con cuyo color hacía juego su uniforme, charlaba, sentado junto a ella.

—¿Así es que —decía— usted está siempre en eso? ¿No piensa usted en retirarse?

—¿Y a qué he de retirarme, señor? ¿Quiere usted decirme dónde podría estar mejor que aquí, dónde me encontraría más a gusto y con todas las comodidades? Y además, siempre hay movimiento, distracción; esto es lo que yo llamo mi París chico: mis clientes me tienen al corriente de todo lo que pasa. Ahí tiene usted, hoy uno que ha salido no hará ni cinco minutos, es un magistrado de lo más distinguido. Pues bueno —exclamó con ardor, como dispuesta a sostener este aserto por la violencia, si el agente de la autoridad hubiera insinuado un solo gesto de poner en tela de juicio su exactitud—: desde hace ocho años, ¿me entiende usted?, todos los días que echa Dios al mundo, al dar las tres, está aquí, tan educado siempre, sin una palabra más alta que otra, sin ensuciar nunca nada, se queda más de media

hora para leer sus periódicos mientras hace sus necesidades. No ha dejado de venir más que un día. Al pronto no me di cuenta, pero a la noche, de pronto, me dije: «¡Hombre!, pues no ha venido el señor ése; a lo mejor se ha muerto». No dejó de hacerme impresión, porque yo, cuando la gente es como debe ser, le tomo ley. Así es que me puse muy contenta cuando le vi al día siguiente, y le dije: «¿Qué hay, señor? ¿No le habrá pasado nada ayer?». Entonces me dijo que a él no le había pasado nada, que quien se había muerto era su mujer, y que había estado tan trastornado que no había podido venir. Estaba triste, claro es; ¡figúrese usted, llevaban veinticinco años de casados!, pero al mismo tiempo estaba satisfecho de volver aquí. Se veía que le habían trastornado sus costumbres. Yo traté de darle ánimos, y le dije: «No hay que dejarse amilanar. Venga usted por aquí como antes; estando como está usted apenado, así tendrá usted alguna distracción».

La «marquesa» adoptó un tono más dulce, porque se había dado cuenta de que el protector de los macizos y de los céspedes la escuchaba benévolamente, sin pensar en llevarle la contraria, conservando inofensiva en la vaina una espada que más que otra cosa parecía un instrumento de jardinería o un atributo hortícola.

—Además —dijo—, escojo mis clientes; yo no recibo a todo el mundo en lo que llamo mis salones. Porque ¡a ver si no parece esto un salón con mis flores! Como tengo clientes muy amables, siempre hay uno u otro que quiera traerme un esqueje de lilas preciosas, de jazmín o de rosas, que son la flor que prefiero.

La idea de que acaso nos juzgase mal aquella dama porque nunca la llevábamos lilas ni rosas hermosas me hizo ponerme colorado, y para tratar de sustraerme físicamente —o de no ser juzgado por ella como no fuese por contumacia— a un fallo desfavorable, di un paso hacia la puerta de salida. Pero no son siempre en la vida las personas que traen rosas bonitas aquellas con quienes se es más amable, porque la «marquesa», creyendo que yo me aburría, se dirigió a mí:

—¿No quiere usted que le abra un retrete?

Y, como rechazase su ofrecimiento:

—¿No quiere usted? —añadió con una sonrisa—; se lo ofrecía a usted con gusto, pero bien sé que esas necesidades son de las que no basta con no pagar para tenerlas.

En ese momento entró precipitadamente una mujer mal vestida que precisamente parecía sentirlas. Pero no formaba parte del mundo de la «marquesa», porque ésta, con una ferocidad de *snob*, le dijo secamente:

—No hay ninguno libre, señora.

—¿Tardarán mucho? —preguntó la pobre señora, encendida bajo sus flores amarillas.

—¡Ay, señora! Le aconsejo a usted que vaya a otro sitio, porque ya ve usted que todavía están esperando estos dos caballeros —dijo señalándonos a mí y al guarda—, y no tengo más que un retrete; los demás están en reparación.

—Esa tiene pinta de roñosa —dijo la «marquesa»—. No es ese el género de personal de aquí; esa gente no sabe lo que es limpieza ni respeto; hubiera tenido que pasarme una hora limpiando a cuenta de la señora. ¡Lo que es, no me apuro por sus diez céntimos!

Al fin salió mi abuela, y yo, pensando que no trataría de borrar con una propina la indiscreción de que había dado muestra al estarse tanto tiempo, me batí en retirada para no tener mi parte en el desdén que sin duda le testimoniaría la «marquesa», y eché a andar por una avenida, pero despacio, por que mi abuela pudiera alcanzarme fácilmente y seguir andando conmigo. No tardó en ocurrir así. Pensaba yo que mi abuela iba a decirme: «Te he hecho esperar mucho; de todas maneras, espero que no dejarás de encontrar a tus amigos»; pero no pronunció ni una palabra, hasta el punto de que, un tanto defraudado, no quise ser yo el primero que hablase; por fin, al alzar los ojos a ella, vi que, aun cuando iba andando junto a mí, llevaba la cabeza vuelta hacia otro lado. Temí que siguiera sintiéndose mareada. La miré mejor y me extrañó lo nervioso de su paso. Llevaba el sombrero de medio lado, el abrigo sucio, tenía el aspecto desordenado y como de encontrarse a disgusto, la cara encendida y preocupada de una persona que acaba de ser atropellada por un carruaje o que ha sido extraída de una zanja.

—Temí que te hubiesen dado náuseas, abuela; ¿te sientes mejor? —le dije.

Indudablemente pensó que no podía menos, so pena de asustarme, de no dejar de responder.

—He oído toda la conversación entre la «marquesa» y el guarda —me dijo—. Era cosa de Guermantes y del cotarrillo de Verdurin hasta dejarlo de sobra. ¡Señor! ¡Con qué finura estaba expresado todo ello! —Y aun añadió, aplicadamente, esta frase de su marquesa, de la suya, de madama de Sévigné—: Mientras les escuchaba estaba pensando que me preparaban las delicias de un adiós.

Tales fueron las palabras que me dirigió y en las que había puesto todo su amor a las citas, sus recuerdos de los clásicos, incluso un poco más de lo que hubiera hecho de costumbre y como para demostrar que conservaba perfectamente todo aquello en posesión suya. Pero todas estas frases las adiviné más que las oí, hasta tal punto las pronunció con una voz gangosa y apretando los dientes más de lo que podía explicar el temor al vómito.

—Bueno —le dije con bastante ligereza para que no pareciese que tomaba demasiado en serio su indisposición—, ya que te sientes un poco mareada, si te parece, vamos a volvernos a casa; no quiero pasear por los Campos Elíseos a una abuela que tiene una indigestión.

—No me atrevía a decírtelo por tus amigos —me respondió—. ¡Pobre pequeño! Pero ya que te parece bien, es lo más prudente.

Temí que ella misma se diese cuenta de la forma en que pronunciaba estas palabras.

—Bueno —le dije bruscamente—, no te fatigues hablando; estando como estás mareada, es absurdo. Por lo menos, espera a que hayamos vuelto a casa.

Me sonrió tristemente y me apretó la mano. Había comprendido que no tenía por qué ocultarme lo que yo había adivinado en seguida: que acababa de tener un ataque.

SEGUNDA PARTE

Capítulo 1

Enfermedad de mi abuela. Enfermedad de Bergotte. El duque y el médico. Últimos días de mi abuela. Su muerte.

Volvimos a cruzar la Avenida Gabriel, en medio de la muchedumbre de los paseantes. Hice sentarse a mi abuela en un banco y fui a buscar un coche de punto. Ella, en cuyo corazón me ponía yo siempre para juzgar a la persona más insignificante, estaba ahora cerrada para mí, había pasado a ser una parte del mundo exterior, y yo, más todavía que a unos simples transeúntes, me veía obligado a no decirle lo que pensaba de su estado, a callarle mi inquietud. No hubiera podido hablarle de ello con más confianza que a una extraña. Acababa de restituirme los pensamientos, los pesares que desde mi niñez le había confiado para siempre. Aún no se había muerto. Yo estaba solo ya. Y hasta las alusiones que mi abuela había hecho a los Guermantes, a Molière, a nuestras conversaciones en torno al cogollito, cobraban una apariencia falta de apoyo, sin causa, fantástica, porque salían de la nada de este mismo ser que acaso no existiría ya mañana, para el que ya no tendrían ningún sentido, de la nada —incapaz de concebirlas— que mi abuela sería bien pronto.

—Caballero, esto no es decir que…, pero usted no me ha pedido hora, no tiene usted número. Además, hoy no es día de consulta. Usted tendrá su médico. Yo no puedo sustituirle, a menos que él me haga llamar en consulta. Es una cuestión de deontología…

En el momento en que yo hacía señas a un coche de punto me había tropezado con el célebre profesor E…, amigo casi de mi padre y de mi abuelo —por lo menos, se trataba con ellos—, que vivía en la Avenida Gabriel, y, asaltado por una inspiración súbita, lo había parado en el momento en que entraba en su casa, pensando que acaso fuese de excelente consejo para mi abuela. Pero él, que llevaba prisa, después de haber recogido sus cartas, quería despacharme, y no pude hablarle de otra manera que subiendo con él en el ascensor, cuyos botones me pidió le dejase manipular, cosa que en él era una manía.

—¡Pero, caballero, yo no le pido que reciba a mi abuela! Después comprenderá usted lo que quiero decirle; mi abuela no está en condiciones de subir: lo que yo le pido a usted, por el contrario, es que de aquí a media hora se pase por nuestra casa, adonde ya habrá vuelto ella.

—¿Que vaya yo a su casa? No piense usted en semejante cosa, caballero. Ceno en casa del ministro de Comercio, no tengo más remedio que hacer antes una visita, voy a vestirme ahora mismo; para colmo de desdichas, me han hecho un siete en el frac, y el otro no tiene ojal para poner las condecoraciones. Por favor, tenga usted la bondad de no tocar los botones del ascensor, no sabe usted manejarlos, hay que ser prudentes en todo. Ese ojal va a acabar de retrasarme. En fin, por amistad a su familia, si su abuela de usted viene en seguida, la recibiré. Pero le advierto que sólo dispongo de un cuarto de hora justo.

Yo había partido de nuevo inmediatamente, sin salir siquiera del ascensor, que el mismo profesor E… había puesto en marcha para hacerme bajar, no sin mirarme con desconfianza.

Realmente decimos que la hora de la muerte es incierta, pero cuando lo decimos nos representamos esa hora como situada en un espacio vago y remoto; no pensamos que tenga la menor relación con la jornada comenzada ya y que pueda significar que la muerte —o su primera toma de posesión parcial de nosotros, después de la cual ya no ha de soltarnos— podrá producirse esta misma tarde, tan poco incierta, esta tarde en que el empleo de todas las horas está regulado de antemano. Tiene uno empeño en salir de paseo para alcanzar en un mes el total de aire sano necesario; ha

vacilado respecto a la elección del abrigo que debe llevar, del cochero a que llamará; está uno en el coche, tiene por delante toda la jornada corta, porque quiere uno volver a tiempo para recibir a una amiga; quisiéramos que hiciese también buen tiempo a la mañana siguiente, y no se sospecha que la muerte, que caminaba en nosotros en otro plano, en medio de una impenetrable oscuridad, ha escogido precisamente este día para salir a escena, dentro de unos minutos, aproximadamente en el momento en que el coche llegue a los Campos Elíseos. Quizá aquellos a quienes acosa de ordinario el horror a la singularidad peculiar de la muerte encuentren algo tranquilizador en este género de muerte —este modo de primer contacto con la muerte— porque en él asume aquélla una apariencia conocida, familiar, cotidiana. La han precedido un buen almuerzo y la misma salida que hacen las gentes que gozan de buena salud. Una vuelta a casa en coche descubierto se superpone a su primer ataque; por enferma que estuviese mi abuela, al fin y al cabo, muchas personas hubieran podido decir que a las seis, cuando volvíamos de los Campos Elíseos, la habían saludado al pasar en coche descubierto, con un tiempo soberbio. Legrandin, que se encaminaba a la plaza de la Concordia, nos dirigió un sombrerazo, parándose con expresión de asombro. Yo, que aún no estaba desligado de la vida, pregunté a mi abuela si le había respondido, recordándole lo quisquilloso que era. Mi abuela, encontrándome sin duda harto ligero, alzó la mano en el aire como para decir: «¡Qué más da!, no tiene ninguna importancia».

Sí, hubiera podido decirse hacía un momento, mientras yo buscaba un coche de punto, que mi abuela quedaba sentada en un banco de la Avenida Gabriel, que poco después había pasado en coche descubierto. Pero ¿hubiera sido ésa la verdad? El banco, para estarse en una avenida —aun cuando se halle sometido también él a ciertas condiciones de equilibrio—, no necesita de energía. Mas para que un ser vivo se mantenga estable, aunque sea apoyado en un banco o en un coche, es menester una tensión de fuerzas que ordinariamente no percibimos, de igual suerte que no percibimos (porque actúa en todas direcciones) la presión atmosférica. Es posible que si se hiciera el vacío en nosotros y se nos dejara soportar la

presión del aire, sintiésemos durante el segundo que precediera a nuestra destrucción el peso terrible que nada neutralizaría ya. Del mismo modo, cuando los abismos de la enfermedad y de la muerte se abren en nosotros y ya nada tenemos que oponer al tumulto con que el mundo y nuestro propio cuerpo se abalanzan sobre nosotros, entonces sostener hasta el empujón de nuestros músculos, hasta el escalofrío que devasta nuestros tuétanos, entonces, incluso el mantenernos inmóviles en lo que de costumbre creemos que no es sino la simple posición negativa de una cosa, exige, si se quiere que la cabeza permanezca erguida y la mirada serena, energía vital, y se convierte en objeto de una pugna agotadora.

Y si Legrandin nos había mirado con aquella expresión de asombro, es porque a él, como a los que entonces pasaban, en el coche de punto en cuya banqueta parecía ir sentada mi abuela se les había aparecido ésta hundiéndose, deslizándose al abismo, agarrándose desesperadamente a los cojines, que apenas podían detener su cuerpo precipitado, con el pelo en desorden, extraviada la mirada, incapaz de hacer cara por más tiempo al asalto de las imágenes que ya no conseguía sostener su pupila. Se les había aparecido, bien que al lado mío, sumida en el desconocido mundo en cuyo seno había recibido ya los golpes cuyas huellas ostentaba cuando yo la había visto un momento antes en los Campos Elíseos, descompuestos su sombrero, su semblante, su abrigo, por la mano del ángel invisible con quien había luchado. Después he pensado que ese momento de su ataque no había debido de sorprender del todo a mi abuela, que acaso lo tuviera previsto, inclusive, con mucha anticipación, que había vivido en espera de él. Claro está que no había sabido cuándo llegaría ese momento fatal, incierta, semejante a los enamorados, a quienes una duda del mismo género mueve sucesivamente a fundar desatinadas esperanzas y sospechas injustificadas respecto a la fidelidad de su amada. Pero es raro que esas grandes enfermedades, como la que al fin acababa de herirla en pleno rostro, no elijan en mucho tiempo domicilio en el enfermo antes de matarlo, y que durante ese período no se den a conocer a él suficientemente aprisa, como un vecino o un inquilino afable y entrometido. Es un terrible conocimiento, no tanto por los sufrimientos de que es causa como por la

extraña novedad de las restricciones definitivas que impone a la vida. Se ve uno morir, en ese caso, no en el instante mismo de la muerte, sino desde meses, a veces desde años antes, desde que la enfermedad ha venido espantosamente a habitar en nosotros. La enferma traba conocimiento con el extraño a quien oye ir y venir por su cerebro. No le conoce de vista, claro está, pero de los ruidos que le oye hacer regularmente deduce sus costumbres. ¿Es un malhechor? Una mañana ya no lo oye. Se ha ido. ¡Ah, si fuera para siempre! A la noche ha vuelto. ¿Qué propósitos son los suyos? El médico de cabecera, sometido a la pregunta, como una amante adorada, responde con juramentos creídos un día, otro puestos en duda. Por lo demás, antes que el de amante, el médico representa el papel de los sirvientes a quienes se interroga. No son más que unos terceros. La que acosamos, aquella de quien sospechamos que está a punto de traicionarnos, es la vida misma, y aun cuando no la sintamos ya como la de siempre, todavía creemos en ella, permanecemos en todo caso en la duda hasta el día en que, por fin, nos ha abandonado.

Puse a mi abuela en el ascensor del profesor E…, y éste, al cabo de un instante, vino hacia nosotros y nos hizo pasar a su despacho. Pero allí, no obstante la prisa que pudiera tener, cambió su envaramiento —hasta tal punto son poderosas las costumbres, y él tenía la de ser amable, jovial inclusive, con sus enfermos—. Como sabía que mi abuela era muy culta, y también él lo era, se dedicó a citarle por espacio de dos o tres minutos bellos versos a cuenta del radiante estío que teníamos. La había sentado en una butaca, a contraluz él, de modo que la viese bien. Su examen fue minucioso; necesitó incluso que saliera yo de la habitación por un instante. Aún lo prolongó un rato; luego, como hubiese acabado, volvió, a pesar de que el cuarto de hora tocaba a su fin, a hacer algunas citas a mi abuela. Incluso le gastó algunas bromas bastante agudas, que yo hubiera preferido oír otro día, pero que me tranquilizaron completamente por el tono jocoso del doctor. Recordé entonces que el señor Fallières, presidente del Senado, había tenido, hacía bastantes años, un falso ataque, y que, para desesperación de sus competidores, había vuelto tres días después a hacerse cargo de sus funciones y preparaba, según decían, una candidatura más o

menos remota a la presidencia de la República. Mi confianza en un pronto restablecimiento de mi abuela fue tanto más completa cuanto que, en el momento en que me acordaba del ejemplo del señor Fallieres, me distrajo del pensamiento de este parangón una franca carcajada que remataba una de las chanzas del profesor E…, el cual, tras esto, sacó el reloj, frunció febrilmente las cejas al ver que se había retrasado cinco minutos, y mientras nos decía adiós llamó para que le trajeran inmediatamente su frac. Dejé que mi abuela pasase delante, volví a cerrar la puerta y pregunté la verdad al sabio…

—Su abuela está perdida —me dijo—. Es un ataque provocado por la uremia. En sí, la uremia no es fatalmente una enfermedad mortal, pero el caso me parece desesperado. No necesito decirle que tengo la esperanza de equivocarme. Por lo demás, con Cottard están ustedes en excelentes manos. Dispénseme —me dijo al ver entrar una doncella que traía al brazo el frac del profesor—. Ya sabe usted que ceno en casa del ministro de Comercio, tengo que hacer antes una visita. ¡Ah! No todo es rosas en la vida, como se cree a la edad de usted.

Y me tendió graciosamente la mano. Yo había vuelto a cerrar la puerta, y un criado nos guiaba por la antesala a mi abuela y a mí, cuando oímos grandes voces de cólera. La doncella se había olvidado de abrir el ojal para las condecoraciones. Esto iba a exigir diez minutos más. El profesor seguía echando pestes mientras yo miraba en el descansillo a mi abuela, que estaba perdida. ¡Qué sola está cada persona! Volvimos hacia casa.

Declinaba el sol; inflamaba una interminable tapia que nuestro coche tenía que bordear antes de llegar a la calle en que vivíamos, tapia sobre la cual la sombra, proyectada por el poniente, del caballo y del carruaje, se destacaba en negro sobre el fondo rojizo, como un carro fúnebre en un barro cocido de Pompeya. Por fin llegamos. Hice sentarse a la enferma al pie de la escalera, en el vestíbulo, y subí a preparar a mi madre. Le dije que mi abuela volvía un poco indispuesta, que había tenido un mareo. Desde mis primeras palabras el semblante de mi madre llegó al paroxismo de una desesperación tan resignada ya, sin embargo, que comprendí que desde hacía muchos años lo tenía todo dispuesto dentro de sí para un día incierto y

final. Nada me preguntó; parecía, de igual suerte que la perversidad gusta de exagerar los sufrimientos ajenos, que ella, por ternura, no quisiera admitir que su madre estuviese muy grave, sobre todo de una enfermedad que puede afectar a la inteligencia. Mamá temblaba, su rostro lloraba sin lágrimas, corrió a decir que fuesen a buscar al médico; pero como Francisca preguntase quién estaba malo, no pudo responder; la voz se detuvo en su garganta. Bajó corriendo conmigo, borrando de su rostro el sollozo que lo fruncía. Mi abuela esperaba abajo, en el canapé del vestíbulo; pero en cuanto nos oyó se irguió, se sostuvo en pie, hizo a mamá alegres señas con la mano. Yo le había medio envuelto la cabeza en una mantilla de encajes blancos, diciéndole que era para que no tuviese frío en la escalera. No quería que mi madre echara de ver demasiado la alteración del semblante, la desviación de la boca; mi precaución era inútil: mi madre se acercó a la abuela, besó su mano como la de su Dios, la sostuvo, la solivió hasta el ascensor, con precauciones infinitas en que había, junto al temor de ser torpe y hacerle daño, la humildad del que se siente indigno de tocar lo más precioso que conoce; pero ni una vez alzó los ojos ni miró a la cara a la enferma. Quizá fue por que ésta no se entristeciese pensando que su aspecto había podido sobresaltar a su hija. Acaso por miedo a un dolor demasiado fuerte que no se atrevió a afrontar. Tal vez por respeto, porque no creía que le estuviese permitido sin impiedad comprobar la huella de algún desfallecimiento intelectual en el rostro venerado. Quizá por mejor conservar más tarde intacta la imagen del verdadero rostro de su madre, radiante de inteligencia y de bondad. Así subieron la una junto a la otra, mi abuela semiescondida en su mantilla, mi madre volviendo a otra parte los ojos.

Durante este tiempo había una persona que no quitaba los suyos de lo que podía adivinarse de los modificados rasgos de mi abuela, que su hija no se atrevía a ver; una persona que ponía en ellos una mirada estupefacta, indiscreta y de mal agüero: era Francisca. No es que no quisiera sinceramente a mi abuela (incluso la había defraudado y escandalizado casi la frialdad de mamá, a quien hubiera querido ver echarse, llorando, en los brazos de su madre), pero tenía cierta propensión a ponerse en lo peor

siempre, había conservado de su niñez dos particularidades que parece como que debieran excluirse, pero que, cuando están juntas, se fortalecen: la falta de educación de la gente del pueblo, que no trata de disimular la impresión, incluso el espanto doloroso que le causa ver un cambio físico en que sería más delicado hacer como que no se repara, y la rudeza insensible de la campesina que arranca las alas a las libélulas antes de tener ocasión de retorcer el pescuezo a los pollos y que carece del pudor que le haría ocultar el interés que siente al ver la carne que sufre.

Cuando, gracias a los perfectos cuidados de Francisca, estuvo acostada mi abuela, se dio cuenta de que hablaba mucho más fácilmente; el desgarroncillo u obstrucción de un vaso que había producido la uremia había sido, sin duda, ligerísimo. Entonces quiso que mamá no sintiera su falta, asistirla en los instantes más crueles por que aquélla hubiese pasado hasta entonces.

—¡Pero, hija mía —le dijo, cogiéndole la mano y sin quitar la otra de delante de la boca, para dar esta causa aparente a la ligera dificultad que tenía aún para pronunciar ciertas palabras—, ésa es la lástima que te da de tu madre! ¡Parece como si creyeras que una indigestión no es nada desagradable!

Entonces, por primera vez, los ojos de mi madre se posaron apasionadamente en los de mi abuela, sin querer ver el resto de su cara, y dijo, comenzando la lista de esos juramentos falsos que no podemos cumplir:

—Mamá, pronto estarás sana; tu hija se compromete a ello.

Y encerrando su amor más fuerte, toda su voluntad de que su madre sanase, en un beso al que los confió y que acompañó con su pensamiento, con todo su ser, hasta el borde de su labios, fue a depositarlo humildemente, piadosamente, en la frente adorada. Mi abuela se quejaba de una especie de aluvión de cobertores que se formaba continuamente del mismo lado, sobre su pierna izquierda, y que no podía llegar a levantar. Pero no se daba cuenta de que era ella misma la causa de ello (de modo que todos los días estuvo acusando injustamente a Francisca de «remeter» mal su cama). Con un movimiento convulsivo echaba hacia aquel lado todo el oleaje de los

espumeantes cobertores de fina lana que iban amontonándose en aquella parte como las arenas en una bahía transformada bien pronto en playa (si no se construye en ella un dique) por los sucesivos acarreos de la marea.

Mi madre y yo (cuyo embuste calaba de antemano Francisca, perspicaz y ofensiva) ni siquiera queríamos decir que mi abuela estuviese muy mala, como si eso hubiese podido dar gusto a los enemigos que, por otra parte, no tenía, y hubiera sido más afectuoso pensar que no iba tan mal, obedeciendo, en fin de cuentas, al mismo sentimiento instintivo que me había hecho suponer a mí que Andrea compadecía demasiado a Albertina para quererla mucho. Los mismos fenómenos que se dan en los particulares se reproducen en la masa, en las grandes crisis. En una guerra, el que no tiene amor a su país no habla mal de él, pero lo cree perdido, se compadece de él, lo ve todo negro.

Francisca nos prestaba un servicio infinito gracias a su facultad de pasarse sin dormir, de hacer los menesteres más duros. Y si, cuando se había ido a acostar, después de haberse pasado en pie varias noches, nos veíamos obligados a llamarla un cuarto de hora después de haberse dormido, se sentía tan feliz por poder hacer las cosas penosas como si hubieran sido las más sencillas del mundo, que, lejos de rezongar, mostraba en su semblante satisfacción y modestia. Unicamente cuando llegaba la hora de misa y la del desayuno, aunque mi abuela hubiese estado agonizando, Francisca se hubiera eclipsado a tiempo para no llegar con retraso. No podía ni quería que la supliera su joven lacayo. Realmente había traído de Combray una elevadísima idea de los deberes de cada cual respecto de nosotros; no hubiera tolerado que nadie de nuestra servidumbre nos «faltase». Esto había hecho de ella una tan noble, tan imperiosa, tan eficaz educadora, que jamás había habido en nuestra casa criados tan malvados que no hubiesen modificado, depurado rápidamente su concepción de la vida hasta no tocar ya ni «a un ochavo» y precipitarse —por poco serviciales que hasta entonces hubieran sido— a quitarme de las manos y no dejar que me fatigase llevando el menor paquete. Pero, en Combray también, había contraído Francisca —e importado a París— la costumbre de no poder soportar ninguna ayuda en su trabajo. Ver que le

prestasen algún auxilio le parecía como recibir una ofensa, y criados hubo que estuvieron semanas enteras sin recibir de ella respuesta a su saludo matinal, que se fueron incluso de vacaciones sin que les dijese adiós ni ellos adivinasen por qué; en realidad, por la única razón de que habían querido hacer un poco de su trabajo un día en que ella no se encontraba bien. Y en este momento en que mi abuela estaba tan mala, el quehacer de Francisca le parecía a ésta particularmente suyo. No quería ella, la titular, dejarse escamotear su papel en esos días de gala. Así, su joven lacayo, alejado por ella, no sabía qué hacer, y no contento con haber, siguiendo el ejemplo de Víctor, cogido el papel mío de mi escritorio, se había dedicado, además, a llevarse tomos de versos de mi biblioteca. Se pasaba su buena mitad del día leyéndolos, por admiración a los poetas que los habían compuesto, pero también para, durante la otra parte de su tiempo, esmaltar de citas las cartas que escribía a sus amigos del pueblo. Evidentemente pensaba deslumbrarlos así. Pero como tenía poca ilación en las ideas, se había forjado la de que aquellos poemas que había encontrado en mi biblioteca eran cosa conocida de todo el mundo y a la que era corriente referirse. Tanto, que al escribir a aquellos palurdos cuya estupefacción daba por descontada, revolvía sus propias reflexiones con versos de Lamartine, como hubiera dicho: «vivir para ver», o: «buenos días».

A causa de los dolores de mi abuela, se le permitió el uso de la morfina. Desgraciadamente, si ésta los calmaba, aumentaba también la dosis de albúmina. Los golpes que destinábamos a la enfermedad que se había instalado en la abuela daban siempre en falso; era ella, era su pobre cuerpo interpuesto quien los recibía, sin que ella se quejase como no fuera con un débil gemido. Y los dolores que le causábamos no eran compensados por un bien que no podíamos hacerle. El feroz mal que hubiéramos querido exterminar lo habíamos rozado apenas; no hacíamos sino exasperarlo todavía más, acelerando acaso la hora en que la cautiva habría de ser devorada. Los días en que la dosis de albúmina había sido demasiado fuerte, Cottard, después de un titubeo, denegaba la morfina. En aquel hombre tan insignificante, tan anodino, había en esos breves momentos en que deliberaba, en que los peligros de un tratamiento y otro disputaban en él

hasta que se detuviese en uno de ambos, el género de grandeza de un general que, vulgar en el resto de la vida, es un gran estratega y, en un momento peligroso, después de haber reflexionado un instante, se decide por lo que militarmente es más sensato y dice: «De frente al Este». Medicinalmente, por poca esperanza que hubiera de poner término a la crisis de uremia, era menester no fatigar el riñón. Pero, por otra parte, cuando mi abuela no tenía morfina, sus dolores acababan por ser intolerables; recomenzaba perpetuamente cierto movimiento que le era difícil ejecutar sin gemir: el sufrimiento es, en gran parte, una a modo de necesidad que el organismo tiene de cobrar conciencia de un nuevo estado que lo desasosiega, de tornar la sensibilidad adecuada a ese estado. Puede discernirse este origen del dolor en el caso de algunas molestias que no son tales para todo el mundo. En una habitación llena de un humo de olor penetrante, dos hombres groseros entrarán y vacarán a sus quehaceres; un tercero, de organización más fina, dejará ver una agitación incesante. Las ventanillas de su nariz no cesarán de husmear ansiosamente el olor que parece debiera intentar no percibir y que tratará una vez y otra de hacer que se adhiera, merced a un conocimiento más exacto, a su olfato irritado. De ahí procede, sin duda, que una intensa preocupación impida quejarse de un dolor de muelas. Cuando mi abuela sufría así, el sudor corría por su vasta frente malva, pegando a ella los mechones blancos, y, si creía que no estábamos en la alcoba, daba gritos: «¡Ah, esto es espantoso!»; pero si veía a mi madre, inmediatamente empleaba toda su energía en borrar de su semblante las huellas de dolor, o, por el contrario, repetía las mismas quejumbres acompañándolas de explicaciones que daban retrospectivamente otro sentido a las que mi madre había podido oír:

—¡Ay, hija mía!, es espantoso esto de quedarse en cama con ese sol hermoso cuando quisiera una salir a pasearse; es que lloro de rabia contra vuestras prescripciones.

Mas no podía impedir el gemido de sus miradas, el sudor de su frente, el sobresalto convulsivo, reprimido inmediatamente, de sus miembros.

—No me duele nada, me quejo porque estoy en mala postura, siento que tengo el pelo revuelto, me dan náuseas, me he dado un golpe contra la

pared.

Y mi madre, al pie de la cama, clavada a aquel sufrimiento como si, en fuerza de calar con su mirada aquella frente dolorida, aquel cuerpo que ocultaba el mal, hubiera debido acabar por llegar a éste y vencerlo, mi madre decía:

—No, mamaíta, no te dejaremos sufrir de esa manera; ya se encontrará algo, ten paciencia un segundo; ¿me dejas que te bese sin que te tengas que mover?

E inclinada sobre el lecho, doblándosele las piernas, medio arrodillada, como si, a fuerza de humildad, tuviera más probabilidades de hacer acoger favorablemente la apasionada donación de sí misma, inclinaba hacia mi abuela toda su vida en su rostro como en una custodia que le tendía, decorada con relieves de hoyuelos y pliegues tan apasionados, tan desolados y tan suaves que no se sabía si habían sido excavados por el cincel de un beso, de un sollozo o de una sonrisa. Mi abuela intentaba también tender hacia mamá su cara. Esta había cambiado tanto que, sin duda, si hubiera tenido fuerzas para salir, sólo se la hubiese reconocido por la pluma del sombrero. Sus rasgos, como ocurre en las sesiones de modelado, parecían afanarse, en un esfuerzo que la apartaba de todo lo demás, por ajustarse a cierto modelo que nosotros no conocíamos. Este trabajo de estatuario tocaba a su fin, y si el rostro de mi abuela había disminuido, se había endurecido igualmente. Las venas que lo surcaban parecían no las de un mármol, sino las de una piedra más rugosa. Inclinada siempre hacia delante por la dificultad para respirar, al mismo tiempo que replegada sobre sí misma por la fatiga, el rostro tosco, reducido, atrozmente expresivo, parecía, en una escultura primitiva, casi prehistórica, el rostro rudo, violáceo, rojo, desesperado, de la salvaje veladora de una tumba. Mas no estaba acabada toda la obra. Pronto habría que destrozarla, y luego bajar a esa misma tumba que tan trabajosamente había sido velada, con aquella dura contracción.

En uno de esos momentos en que, según la expresión popular, ya no sabe uno a qué santo encomendarse, como mi abuela tosía y estornudaba mucho, seguimos el consejo de un pariente que afirmaba que con el

especialista X… estaba todo arreglado en tres días. Las gentes de mundo dicen esto de su médico, y se les cree como Francisca creía en los anuncios de los periódicos. El especialista vino con su estuche cargado de todos los catarros de sus clientes, como el odre de Eolo. Mi abuela se negó en redondo a dejarse reconocer. Y nosotros, apurados por el médico que se había molestado inútilmente, accedimos al deseo que expresó de inspeccionar nuestras respectivas narices, que, sin embargo, no tenían nada. El doctor pretendía que sí, y que dolor de cabeza o cólico, padecimiento del corazón o diabetes, todo es una afección de la nariz mal entendida. A cada uno de nosotros le dijo: «Ahí tiene usted un cornete que me gustaría volver a examinar. No espere usted demasiado. Con unos cuantos toques de cauterio le despejo». Nosotros, claro está, pensábamos en muy otra cosa. Sin embargo, nos preguntamos: «Pero ¿despejar de qué?». En resumen, que las narices de todos nosotros estaban malas; el médico sólo se equivocó al ponerlo en presente. Porque desde el día siguiente, su examen y su cura provisional habían producido su efecto. Cada uno de nosotros tuvo su catarro. Y como el médico se encontraba en la calle con mi padre, sacudido por los golpes de la tos, sonrió ante la idea de que algún ignorante pudiera creer que el mal se debía a su intervención. Él nos había reconocido en el momento en que estábamos ya enfermos.

La enfermedad de mi abuela dio a varias personas ocasión de manifestar un exceso o una insuficiencia de simpatía que nos sorprendieron tanto como el género de casualidad gracias al cual las unas o las otras nos descubrían eslabones de circunstancias, e incluso de amistades, que no hubiéramos sospechado. Y las muestras de interés dadas por las personas que sin cesar venían a informarse nos revelaban la gravedad de un mal que hasta entonces no habíamos aislado suficientemente, separado de las mil impresiones dolorosas que sentíamos al lado de mi abuela. Avisadas por telégrafo, sus hermanas no se movieron de Combray. Habían descubierto un artista que les daba sesiones de excelente música de cámara, en cuya audición pensaban encontrar, mejor que a la cabecera de la enferma, un recogimiento, una elevación dolorosa cuya forma no dejó de parecer insólita. La señora de Sazerat escribió a mamá, pero como una persona de

quien nos han separado para siempre unos esponsales bruscamente rotos (la ruptura era el dreyfusismo). En cambio, Bergotte vino a pasar todos los días varias horas conmigo.

Siempre le había gustado ir a anclar durante algún tiempo en una misma casa en que no tuviera él que hacer el gasto. Pero en otro tiempo era para hablar sin que le interrumpiesen; ahora, para guardar silencio largo rato sin que le pidiesen que hablara. Porque estaba muy enfermo: unos decían que de albuminuria, como mi abuela. Según otros, tenía un tumor. Iba perdiendo fuerzas; con dificultad subía nuestra escalera; con mayor dificultad aún la bajaba. A pesar de apoyarse en el pasamanos, tropezaba a menudo, y creo que se hubiera quedado en su casa si no hubiera temido perder por completo la costumbre, la posibilidad de salir, él, el «hombre de la barbita», al que había conocido yo tan despierto, no hacía tanto tiempo. Ya no veía gota, e incluso se le trababan a menudo las palabras.

Pero al mismo tiempo, inversamente, la suma de sus obras, conocidas solamente de los enterados en la época en que la señora de Swann patrocinaba sus tímidos esfuerzos de diseminación, ahora crecidas y vigorosas a los ojos de todos, había cobrado entre el gran público un extraordinario poder de expansión. Sin duda ocurre que sea únicamente después de su muerte cuando un escritor llega a hacerse célebre. Pero él era en vida aún y durante su lento encaminarse hacia la muerte, todavía no alcanzada, como asistía al de sus obras hacia la Fama. Un autor muerto es, a lo menos, ilustre sin fatiga. El brillo de su nombre se detiene en la piedra de su sepultura. En la sordera del sueño eterno no se ve importunado por la Gloria. Mas por lo que hace a Bergotte, la antítesis no era enteramente acabada. Existía aún suficientemente para que le hiciera sufrir el tumulto. Se movía aún, bien que con trabajo, al paso que sus obras, rebrincando como muchachas a las que tenemos amor, pero cuya impetuosa mocedad y cuyas ruidosas diversiones nos cansan, arrastraban cada día hasta el pie de su lecho nuevos admiradores.

Las visitas que nos hacía ahora llegaban para mí con algunos años de más de retraso, porque ya no le admiraba tanto. Lo cual no está en contradicción con ese acrecentamiento de su fama. Una obra es raras veces

cabalmente comprendida y victoriosa sin que la de otro escritor, oscuro aún, no haya empezado, para algunos espíritus más difíciles, a sustituir con un nuevo culto el que ha acabado casi de imponerse. En los libros de Bergotte, que yo releía a menudo, sus frases estaban tan claras ante mis ojos como mis propias ideas, como los muebles en mi habitación o los coches en la calle. Todas las cosas se veían en ellas fácilmente, si no tales como las había uno visto siempre, a lo menos tales como tenía costumbre de verlas ahora. Ahora bien, un escritor nuevo había empezado a publicar obras en que las relaciones entre las cosas eran tan diferentes de las que para mí las ligaban, que yo no comprendía casi nada de lo que escribía. Decía, por ejemplo: «Las mangas de riego admiraban el buen estado de conservación de las carreteras (y esto era fácil, yo resbalaba por esas carreteras) que partían cada cinco minutos de Briand y de Claudel». Entonces yo no comprendía ya nada, porque había esperado un nombre de ciudad y lo que se me daba era uno de persona. Sólo que me percataba de que no era que la frase estuviese mal hecha, sino que yo no era bastante fuerte y ágil para llegar hasta el final. Volvía a tomar carrerilla, me ayudaba con los pies y con las manos para llegar al punto desde donde vería las nuevas relaciones entre las cosas. Todas las veces, al llegar aproximadamente a la mitad de la frase, volvía a caer, como más tarde en el servicio militar, en el ejercicio llamado de la escalera horizontal. No por ello dejaba de sentir hacia el nuevo escritor la admiración de un niño torpe, al que le ponen un cero en gimnasia, ante otro niño más diestro. Desde entonces admiré menos a Bergotte, cuya limpidez me pareció insuficiencia. Hubo un tiempo en que se reconocían bien las cosas cuando era Fromentin el que las pintaba, y en que ya no se las reconocía cuando el pintor era Renoir.

La gente dotada de gusto nos dice hoy que Renoir es un gran pintor del siglo XVIII. Pero al decir esto se olvidan del Tiempo y de que ha sido menester mucho, aun en pleno siglo XIX, para que Renoir fuese saludado como un gran artista. Para lograr ser así reconocido, el pintor original, el artista original proceden a la manera que los oculistas. El tratamiento por medio de su pintura, de su prosa, no siempre es agradable. Cuando ha acabado, el perito nos dice: ahora, mire usted. Y he aquí que el mundo (que

no ha sido creado una sola vez, sino con tanta frecuencia como ha surgido un artista original) se nos aparece enteramente diferente del antiguo, pero perfectamente claro. Pasan por la calle mujeres diferentes de las de antaño porque son Renoir, los Renoir en que nos negábamos ayer a ver mujeres. También los coches son Renoir, y el agua, y el cielo: sentimos ganas de pasearnos por el bosque parecido al que el primer día nos parecía todo excepto un bosque, y sí, por ejemplo, una tapicería de matices numerosos, pero en la que faltaban justamente los matices propios de los bosques. Tal es el universo nuevo y perecedero que acaba de ser creado. Durará hasta la próxima catástrofe geológica que desencadenen un nuevo pintor o un nuevo escritor originales.

El que había sustituido para mí a Bergotte me cansaba no por la incoherencia, sino por la novedad, perfectamente coherente, de relaciones que no tenía yo costumbre de seguir. El punto, siempre el mismo, en que me sentía caer de nuevo indicaba la identidad de cada esfuerzo que había que hacer. Por lo demás, cuando una vez por cada mil podía seguir al escritor hasta el final de su frase, lo que veía era siempre de una gracia, de una verdad, de un encanto análogos a los que en otros tiempos había encontrado en la lectura de Bergotte, pero más deliciosos. Pensaba yo que era Bergotte el que no hacía tantos años me había traído la misma renovación del mundo, análoga a la que yo esperaba de su sucesor. Y llegaba a preguntarme si había algo de verdad en esa distinción que hacemos siempre entre el arte, que no se halla más avanzado que en tiempos de Homero, y la ciencia, cuyo progreso es continuo. Acaso el arte se asemejaba en esto, por el contrario, a la ciencia; cada nuevo escritor original me parecía que representaba un progreso respecto del que le había precedido, y ¿quién me decía a mí que dentro de veinte años, cuando yo supiese acompañar sin fatiga al nuevo de hoy, no surgiría otro ante el que correría el actual a reunirse con Bergotte?

Hablé a este último del nuevo escritor. Me quitó menos el gusto por él con asegurarme que su arte era rugoso, fácil y vacuo, que al contarme que lo había visto y que se parecía, hasta el punto de confundírseles, a Bloch. Esta imagen se perfiló desde entonces sobre las páginas escritas, y ya no me

creí obligado al trabajo de comprender. Si Bergotte me había hablado mal de él, no era tanto, a lo que creo, por celos de su fracaso como por ignorancia de su obra. No leía casi nada. Ya la mayor parte de su pensamiento había pasado de su cerebro a sus libros. Estaba enflaquecido como si le hubiesen operado de ellos. Su instinto reproductor no le inducía ya a la actividad, ahora que había sacado al exterior casi todo lo que pensaba. Vivía la vida vegetativa de un convaleciente, de una parida; sus hermosos ojos permanecían inmóviles, vagamente deslumbrados, como los ojos de un hombre tendido a la orilla del mar, que en un vago ensueño mira solamente cada ola pequeña. Por otra parte, si yo tenía en charlar con él menos interés del que hubiera tenido en otro tiempo, no sentía remordimientos por ello. Hasta tal punto era Bergotte hombre de costumbres, que, así las más sencillas como las más lujosas, una vez que las había adoptado, se le volvían indispensables durante cierto tiempo. No sé lo que le hizo venir a casa la primera vez; pero luego, todos los días, fue por la razón de que había venido la víspera. Llegaba a casa como hubiera ido al café, para que no le hablasen, para que pudiera —muy raras veces— hablar él, de modo que se hubiera podido, en fin de cuentas, encontrar un indicio de que le conmoviese nuestra aflicción o de que hallase gusto en encontrarse conmigo, si se hubiese querido inducir algo de una asiduidad tal. No le era ésta indiferente a mi madre, sensible a todo lo que podía considerarse como un homenaje a su enferma. Y todos los días me decía: «Sobre todo, no te olvides de darle las gracias».

Recibimos —discreta atención de mujer, como la merienda que nos sirve entre dos sesiones de *pose* la compañera de un pintor—, suplemento a título gracioso de las que nos hacía su marido, la visita de la señora de Cottard. Venía a ofrecernos su «camarista»; si nos gustaba el servicio de un hombre, iba a «ponerse en campaña», y aún más: ante nuestras negativas, dijo que al menos esperaba que no se trataría por nuestra parte de una «salida», palabra que en su mundo significaba un falso pretexto para no aceptar una invitación. Nos aseguró que el doctor, que nunca hablaba en su casa de sus enfermos, estaba tan triste como si se hubiera tratado de ella misma. Más tarde se verá que aun cuando esto hubiese sido cierto, hubiera

sido a la vez bien poco y mucho por parte del más infiel y más agradecido de los maridos.

Ofrecimientos tan útiles, e infinitamente más conmovedores por su forma (que era una mezcla de la inteligencia más elevada, de la mayor grandeza de corazón y de un raro acierto de expresión), fueron los que me dirigió el gran duque heredero de Luxemburgo. Habíale conocido yo en Balbec, adonde había ido a ver a una de sus tías, la princesa de Luxemburgo, cuando aún no era más que conde de Nassau. Se había casado algunos meses después con la encantadora hija de otra princesa de Luxemburgo, excesivamente rica por ser hija única de un príncipe al que pertenecía un inmenso negocio de harinas. Tras lo cual, el gran duque de Luxemburgo, que no tenía hijos y adoraba a su sobrino Nassau, había hecho aprobar por el Parlamento que aquél fuese declarado gran duque heredero. Como en todos los matrimonios de esta índole, el origen de la fortuna es el obstáculo, como es también la causa eficiente. Yo me acordaba de este conde de Nassau como de uno de los jóvenes más notables con quienes me había tropezado, devorado ya entonces por un sombrío y magnífico amor a su prometida. Me impresionaron mucho las cartas que no cesó de escribirme durante la enfermedad de mi abuela, y la misma mamá, conmovida, repitiendo tristemente una frase de su madre, aseguró que madama de Sévigné no hubiera dicho mejor aquellas cosas.

Al sexto día, mamá, por obedecer a los ruegos de la abuela, tuvo que dejarla un momento y hacer como que se iba a descansar. Yo hubiera querido, para que mi abuela se durmiese, que Francisca se quedara en la alcoba sin moverse. A pesar de mis súplicas, salió de la habitación; quería a mi abuela; con su clarividencia y su pesimismo, la consideraba perdida. Hubiera querido, por consiguiente, proporcionarle todos los cuidados posibles. Pero acababan de decirle que estaba un obrero electricista, muy antiguo en su taller, cuñado de su patrono, estimado en la casa en que vivíamos ahora —adonde venía a trabajar desde hacía muchos años—, y sobre todo por Jupien. Habíamos mandado llamar a este obrero antes de que mi abuela cayese mala. A mí me parecía que hubiera podido decirle que se fuera o dejarle que esperase. Pero el protocolo de Francisca no lo permitía;

hubiera sido una falta de delicadeza para con aquel buen hombre; el estado de mi abuela ya no importaba. Cuando, al cabo de un cuarto de hora, exasperado, fui a buscarla a la cocina, encontré a Francisca charlando con él en el descansillo de la escalera de servicio, cuya puerta estaba abierta, procedimiento que tenía la ventaja de permitir, si alguno de nosotros llegaba, hacer como que los que hablaban iban a separarse, pero también el inconveniente de mandar tremendas corrientes de aire. Francisca dejó, pues, al obrero, no sin haberle enviado aún a gritos algunos saludos, que se le habían olvidado, para su mujer y su cuñado. Preocupación, característica de Combray, de no faltar a la delicadeza, que Francisca llevaba incluso a la política exterior. Los simples de espíritu se imaginan que las grandes dimensiones de los fenómenos sociales son una excelente ocasión para penetrar más adelante en el alma humana; deberían, por el contrario, comprender que como tendrían probabilidad de comprender esos fenómenos es descendiendo en profundidad en una individualidad. Francisca había repetido mil veces al jardinero de Combray que la guerra es el más insensato de los crímenes y que no hay cosa que valga más que vivir. Ahora que, cuando estalló la guerra rusojaponesa, se sentía molesta, por el zar, porque no hubiésemos intervenido en la guerra para ayudar a «los pobres rusos», «puesto que estamos *alianzados*», decía. No le parecía que fuese delicado eso para con Nicolás II, que había tenido siempre «tan buenas palabras para nosotros»; era un efecto del mismo código que le hubiera impedido negarle a Jupien un vasito que sabía que iba a «contrariarle la digestión», y que hacía que, tan cerca de la muerte de mi abuela, la misma grosería de que juzgaba culpable a Francia, que se había mantenido neutral respecto del Japón, hubiese creído cometerla ella de no ir a disculparse en persona con aquel buen obrero electricista que se había tomado una molestia tan grande.

Nos vimos, afortunadamente, desembarazados muy pronto de la hija de Francisca, que tuvo que ausentarse varias semanas. A los habituales consejos que se daban en Combray a la familia de un enfermo: «No han probado ustedes a ver si con un viaje corto, con el cambio de aires, que recobre el apetito, etc….», había añadido ella la idea, casi única, que se

había forjado especialmente y que, por consiguiente, repetía cada vez que la veíamos, sin cansarse, y como para metérsela en la cabeza a los demás: «Debía haberse cuidado *radicalmente* desde el principio». No preconizaba un género de curación de preferencia a otro, con tal que esa curación fuese *radical.* En cuanto a Francisca, veía que le dábamos pocos medicamentos a mi abuela. Como, según ella, las medicinas no sirven más que para echar a perder los estómagos, se sentía feliz con esto, pero más aún humillada. Tenía en el Mediodía unos primos —relativamente ricos— cuya hija, que había caído enferma en plena adolescencia, había muerto a los veintitrés años; por espacio de unos cuantos, el padre y la madre se habían arruinado en remedios, en diferentes doctores, en peregrinaciones de una «estación» termal en otra, hasta que llegó la muerte. Ahora bien, esto le parecía a Francisca, por lo que hacía a esos parientes, algo así como un lujo, como si hubiesen tenido caballos de carreras o un castillo. Ellos mismos, por afligidos que estuviesen, extraían cierta vanidad de tanto gasto. Ya no tenían nada, ni, sobre todo, el más precioso de los bienes, su hija, pero les gustaba repetir que habían hecho por ella tanto y más que la gente más rica. Los rayos ultravioleta, a cuya acción se había sometido, varias veces al día, durante meses y meses, a la desdichada, le halagaban particularmente. El padre, enorgullecido en su dolor por una especie de gloria, llegaba a veces, en ese orgullo, a hablar de su hija como de una estrella de la Opera por la cual se hubiese arruinado. Francisca no era insensible a tanto aparato; el que rodeaba la enfermedad de mi abuela le parecía un poco pobretón, bueno para una enfermedad en un teatrillo de provincias.

Hubo un momento en que los trastornos de la uremia atacaron a mi abuela a los ojos. Durante algunos días ya no vio nada. Sus ojos no tenían nada de los de una ciega y seguían siendo los de siempre. Y únicamente comprendí que no veía por lo extraño de cierta sonrisa de acogida que tenía desde que se abría la puerta hasta que le habíamos cogido la mano para darle los buenos días; sonrisa que empezaba demasiado pronto y se quedaba estereotipada en sus labios, fija, pero siempre de frente y tratando de ser vista de todas partes, porque ya no estaba allí el auxilio de la mirada para regularla, para indicarle el momento, la dirección, ponerla en su punto,

hacerla variar a medida del cambio de sitio o de expresión de la persona que acababa de entrar; porque se quedaba sola, sin la sonrisa de los ojos que hubiera desviado un tanto de ella la atención del visitante, y cobraba, por lo mismo, en medio de su torpeza, una importancia excesiva, dando la impresión de una amabilidad exagerada. Después, la vista volvió por completo; la enfermedad nómada pasó a los oídos. Por espacio de algunos días, mi abuela estuvo sorda. Y como tenía miedo de verse sorprendida por la entrada súbita de alguien, al que no hubiera oído llegar, a cada momento (a pesar de que estaba echada del lado de la pared) volvía bruscamente la cabeza hacia la puerta. Pero el movimiento de su cuello era torpe, porque no se hace uno en algunos días a esta transposición, si no de mirar los ruidos, por lo menos de escuchar con los ojos. Al fin, los dolores disminuyeron, pero la dificultad en la palabra aumentó. Nos veíamos obligados a hacer repetir a mi abuela casi todo lo que decía.

Ahora, dándose cuenta de que ya no la entendíamos, renunciaba a pronunciar una sola palabra y se estaba inmóvil. Cuando me sentía a mí, tenía como un sobresalto, cual esas personas a las que de pronto les falta el aire, quería hablarme, pero sólo articulaba sonidos ininteligibles. Entonces, domeñada por su misma impotencia, dejaba caer de nuevo la cabeza, se estiraba boca arriba en la cama, grave el semblante, de mármol, inmóviles las manos sobre la sábana, u ocupándose en una acción completamente material, como la de enjugarse los dedos con su pañuelo. No quería pensar. Después empezó a tener una agitación constante. Sin cesar deseaba levantarse. Pero le impedíamos, en cuanto era posible, que lo hiciese, por miedo a que se diera cuenta de su parálisis. Un día que la habíamos dejado un instante sola, la encontré de pie, en camisón, tratando de abrir la ventana.

En Balbec, un día que habían salvado contra su voluntad a una viuda que se había arrojado al agua, mi abuela me había dicho (movida acaso por uno de esos presentimientos que leemos a veces en el misterio, tan oscuro sin embargo, de nuestra vida orgánica, pero en el que parece como que se refleja lo porvenir) que no conocía crueldad semejante a la de arrancar a una desesperada a la muerte que ella misma ha querido y devolverla a su martirio.

Apenas tuvimos tiempo de sujetar a mi abuela; sostuvo contra mi madre una lucha casi brutal; luego, vencida, sentada de nuevo a la fuerza en una butaca, cesó de querer, de añorar; su rostro tornó a ser impasible, y empezó a quitar cuidadosamente los pelos de la piel que había dejado en su camisón un abrigo que le habíamos echado por encima.

Su mirada cambió por completo, frecuentemente intranquila, dolorida, huraña; ya no era su mirada de antes; era la mirada desagradable de una vieja que chochea…

A fuerza de preguntarle si no quería que la peinasen, Francisca acabó por convencerse de que la pregunta venía de mi abuela. Trajo cepillos, peines, agua de colonia, un peinador. Decía: «No puede fatigarle a madama Amadea que la peine yo; por débil que esté una, siempre puede estar peinada». Es decir, nunca se está demasiado débil para que otra persona no pueda, en lo que le concierne, peinarnos. Pero cuando entré yo en la habitación vi entre las manos crueles de Francisca, encantada como si estuviera a punto de devolverle la salud a mi abuela, bajo la aflicción de una vieja cabellera que no tenía fuerzas para soportar el contacto con el peine, una cabeza que, incapaz de conservar la postura a que la obligaban, se derrumbaba en un torbellino incesante en que el agotamiento de las fuerzas alternaba con el dolor. Sentí que se acercaba el momento en que Francisca iba a haber terminado, y no me atreví a darle prisa diciéndole: «Basta», por temor a que me desobedeciese. Pero, en desquite, me precipité cuando, para que mi abuela viera si le parecía que estaba bien peinada, Francisca, inocentemente feroz, le acercó un espejo. Al pronto me sentí feliz por haber podido arrancárselo a tiempo de las manos, antes de que mi abuela, de quien habíamos alejado cuidadosamente todos los espejos, hubiese contemplado, por inadvertencia, una imagen de sí misma que no podía figurarse. Pero ¡ay!, cuando un instante después me incliné hacia ella para besar aquella hermosa frente que tanto habían fatigado, me miró con una expresión asombrada, recelosa, escandalizada: no me había conocido.

Según nuestro médico, era éste un síntoma de que la congestión del cerebro aumentaba. Había que descongestionarlo.

Cottard vacilaba. Francisca esperó por un instante que se le pondrían a la enferma ventosas «clarificadas». Buscó los efectos de las mismas en mi diccionario, pero no pudo encontrarlos. Aunque hubiese dicho escarificadas en lugar de clarificadas, tampoco hubiera encontrado este adjetivo, ya que no lo buscaba ni en la *c* ni en la *e;* decía, en realidad, clarificadas, pero escribía (y por consiguiente creía que así estaba escrito) «sclarificadas». Cottard —cosa que la decepcionó— dio, sin muchas esperanzas, preferencia a las sanguijuelas. Cuando, algunas horas después, entré en el cuarto de mi abuela, pegadas a su nuca, a sus sienes, a sus orejas, las negras sierpecillas se retorcían en su cabellera ensangrentada, como en la de Medusa. Pero en su semblante pálido y aserenado, enteramente inmóvil, vi muy abiertos, luminosos y tranquilos, sus hermosos ojos de otros tiempos (quizá más recargados todavía de inteligencia que antes de su enfermedad, porque, como no podía hablar, como no debía moverse, sólo a sus ojos confiaba su pensamiento, el pensamiento que tan pronto ocupa en nosotros un lugar inmenso, ofreciéndonos tesoros insospechados, como parece reducido a nada, y luego puede renacer como por generación espontánea con unas cuantas gotas de sangre que nos quitan), sus ojos, suaves y líquidos como un óleo, en los que el fuego, que, encendido de nuevo, abrasaba, alumbraba ante al enferma el universo reconquistado. Su tranquilidad no era ya la cordura de la desesperación, sino la de la esperanza. Se daba cuenta de que iba a mejor, quería ser prudente, no moverse, y solamente me hizo el don de una hermosa sonrisa, para que supiera yo que se encontraba mejor, y me apretó ligeramente la mano.

Sabía yo qué asco le daba a mi abuela ver ciertos animales, y con mayor motivo ser tocada por ellos. Sabía que si soportaba las sanguijuelas era en consideración a una utilidad superior. Así es que Francisca me exasperaba al repetirle con esas risitas que gastamos con un niño al que queremos hacer jugar: «¡Oh, qué bichitos están corriendo por la señora!». Eso era, además, tratar a nuestra enferma sin respeto, como si se hubiera vuelto chocha. Pero mi abuela, cuyo semblante había cobrado el tranquilo valor de un estoico, ni siquiera parecía que oyese.

¡Ay! Tan pronto como se le quitaron las sanguijuelas, volvió a presentarse la congestión, cada vez más grave. Me sorprendió que en ese momento en que mi abuela estaba tan mal desapareciese a cada instante Francisca. Es que se había encargado un traje de luto y no quería hacer esperar a la modista. En la vida de la mayor parte de las mujeres, todo, hasta el pesar más grande, va a dar en una cuestión de prueba.

Algunos días más tarde, mientras estaba yo durmiendo, vino a llamarme mi madre a medianoche. Con las delicadas atenciones que las personas abrumadas por un dolor hondo testimonian en las grandes circunstancias, incluso a las menudas preocupaciones de los demás:

—Perdóname que venga a trastornarte el sueño —me dijo.

—No dormía —respondí, despertándome.

Lo decía de buena fe. La gran modificación que el despertar nos trae no es tanto el introducirnos en la vida clara de la consciencia como el hacernos perder el recuerdo de la luz un poco más tamizada en que reposaba nuestra inteligencia como en el fondo opalino de las aguas. Los pensamientos semivelados sobre que bogábamos hace todavía un instante, arrastraban consigo en nosotros un movimiento perfectamente suficiente para que hayamos podido designarlos con el nombre de vigilia. Pero el despertar se encuentra entonces con una interferencia de memoria. Poco después lo calificamos de sueño porque ya no lo recordamos. Y cuando luce la brillante estrella que, en el instante del despertar, ilumina detrás del durmiente su sueño íntegro, le hace creer por espacio de unos segundos que aquello no era un sueño, sino la vigilia; estrella fugaz, a decir verdad, que con su luz se lleva la existencia engañosa, pero también los aspectos del sueño, y solamente permite al que se despierta decirse: «He dormido».

Con una voz tan suave que parecía como si temiera hacerme daño, mi madre me preguntó si no me fatigaría demasiado levantarme, y, acariciándome las manos:

—Pobre pequeño mío, ahora ya no vas a poder contar más que con tu papá y con tu mamá.

Entramos en la alcoba. Encorvado en semicírculo sobre el lecho, otro ser que no era mi abuela, algo así como un animal que se hubiera disfrazado

poniéndose su pelo y acostándose entre sus sábanas, jadeaba, gemía; con sus convulsiones sacudía las ropas de la cama. Los párpados estaban cerrados, y porque cerraban mal, antes que porque se abriesen, dejaban ver un rincón de pupila, velado, legañoso, que reflejaba la oscuridad de una visión orgánica y de un sufrimiento interno. Toda aquella agitación no se dirigía a nosotros, a quienes no veía ni conocía. Pero si ya no era más que un animal lo que allí bullía, ¿dónde estaba mi abuela? Reconocíase, sin embargo, la forma de su nariz, que ahora no guardaba proporción con el resto de la cara, pero junto a la que seguía adherido un lunar; su mano, que echaba a un lado los cobertores con un ademán que en otro tiempo hubiera significado que aquellas ropas la molestaban, y que ahora no significaba nada.

Mamá me pidió que fuese a buscar un poco de agua y vinagre para humedecerle la frente a la abuela. Era lo único que la refrescaba, creía mamá, que la veía hacer esfuerzos por apartar el pelo. Pero desde la puerta me hacían seña de que saliese. Uno de esos «extras» a que se acude en las ocasiones excepcionales para aliviar el cansancio de los criados, lo cual hace que las agonías tengan algo de fiestas, acababa de abrir al duque de Guermantes, que se había quedado en la antesala y preguntaba por mí: no pude escapar de él.

«Acabo, amigo mío, de enterarme de estas macabras noticias. Quisiera, en señal de simpatía, estrechar la mano de su señor padre». Me excusé, alegando la dificultad de molestarle en aquel momento. El señor de Guermantes caía como en el momento en que sale uno de viaje. Pero de tal modo sentía la importancia de la muestra de cortesía de que nos hacía objeto, que eso le ocultaba todo lo demás, y estaba absolutamente empeñado en pasar al salón. En general, tenía la costumbre de llevar a punta de lanza el cumplimiento cabal de las formalidades con que había decidido honrar a alguien, y se cuidaba poco de que las maletas estuviesen hechas o dispuesto el féretro.

—¿Han hecho ustedes que venga Dieulafoy? ¡Ah!, pues es un grave error. Y si me lo hubieran dicho ustedes, hubiera venido por mí; a mí no me niega nada, aunque se haya negado a ir a casa de la duquesa de Chartres. Ya

ve usted, me pongo francamente por encima de una princesa de sangre real. Por lo demás, ante la muerte todos somos iguales —añadió, no por convencerme de que mi abuela pasaba a ser igual suya, sino porque acaso se hubiera dado cuenta de que una prolongada conversación respecto a su poder sobre Dieulafoy y su preeminencia sobre la duquesa de Chartres no sería de muy buen gusto.

Su consejo, por otra parte, no me extrañaba. Sabía yo que entre los Guermantes se citaba siempre el nombre de Dieulafoy (con un poco más de respeto solamente) como el de un «proveedor» sin rival. Y la duquesa vieja de Mortemart, Guermantes por su nacimiento (es imposible comprender por qué, desde el momento en que se trata de una duquesa, se dice casi siempre: «la duquesa vieja de…» o, por el contrario, con expresión delicada y a lo Watteau, si es joven: «la duquesita de…»), preconizaba casi mecánicamente, guiñando el ojo, en los casos graves: «Dieulafoy», como si se necesitaba un repostero para los helados: «Poiré Blanche», o para los hojaldres: «Rebattet, Rebattet». Pero lo que ignoraba era que mi padre acababa precisamente de mandar llamar a Dieulafoy.

En ese momento, mi madre, que esperaba con impaciencia unos balones de oxígeno que debían ayudar a respirar más fácilmente a mi abuela, entró en la antesala, donde mal sabía ella que iba a encontrarse con el señor de Guermantes. Yo hubiera querido esconder a éste en cualquier parte. Pero él, convencido de que nada era más esencial ni podía, por otra parte, lisonjearla a ella ni era más indispensable para mantener su propia fama de cumplido caballero, me cogió violentamente del brazo y, aun cuando yo me defendía como contra una violación diciendo: «Caballero, caballero, caballero», repetidamente, me arrastró hacia mamá diciéndome: «¿Quiere usted hacerme el gran honor de presentarme a su señora *madre*?», descarrilando un poco en la palabra «madre». Y hasta tal punto le parecía que el honor era para ella, que no podía menos de sonreír, sin dejar de poner cara de circunstancias. No me quedó más remedio que decir su nombre, cosa que desencadenó inmediatamente, por su parte, inclinaciones, gambetas, e iba a dar comienzo a toda la ceremonia completa del saludo. Pensaba incluso trabar conversación; pero mi madre, ahogada por su dolor, me dijo que

fuese aprisa, y ni siquiera contestó a las frases del señor de Guermantes, que, esperando ser recibido como una visita y encontrándose, por el contrario, con que lo dejaban solo en la antesala, hubiera acabado por marcharse si en ese mismo momento no hubiera visto entrar a Saint-Loup, que había llegado por la mañana y acudía presuroso en busca de noticias. «¡Ah! ¡Esta sí que es buena!», exclamó alegremente el duque, atrapando a su sobrino por la manga, que estuvo a punto de arrancarle, sin cuidarse de la presencia de mi madre, que volvía a cruzar la antesala. Creo que a Saint-Loup no le contrariaba, a pesar de su sincera pena, evitar verme, dada la disposición de ánimo en que se encontraba respecto de mí. Salió, arrastrado por su tío, que, como tenía algo muy importante que decirle y había estado a punto, por ello, de salir para Doncières, no podía dar crédito a su alegría por haber podido economizarse semejante molestia. «¡Ah! Si me hubieran dicho que no tenía más que cruzar el patio y que te encontraría aquí, hubiese creído que se trataba de un bromazo; como diría tu camarada el señor Bloch, el caso es bastante chusco». Y mientras se alejaba con Roberto, al que llevaba cogido del hombro: «Es igual, repetía; bien se ve que acabo de tocar una cuerda de ahorcado, o algo por el estilo; tengo una suerte estupenda». No es que el duque de Guermantes estuviese mal educado; lejos de ello. Pero era uno de esos hombres incapaces de ponerse en el lugar de los demás, uno de esos hombres que se parecen en esto a la mayor parte de los médicos y a los entierramuertos, y que después de haber puesto cara de circunstancias y de decir: «Estos instantes son muy penosos», de haberos abrazado, si se tercia, y de aconsejaros que descanséis, ya no consideran una agonía o un entierro de otra suerte que como una reunión mundana más o menos restringida en la que, con jovialidad comprimida un momento, buscan con los ojos a la persona con quien pueden hablar de sus menudencias, pedirle que les presente a otra u «ofrecer un sitio» en su coche «para la vuelta». El duque de Guermantes, aunque se felicitase del «buen viento» que le había impulsado hacia su sobrino, quedó tan extrañado del recibimiento —tan natural, sin embargo— de mi madre, que más tarde declaró que ésta era tan desagradable como cortés mi padre, que tenía «ausencias» durante las cuales parecía incluso

como si no oyera las cosas que se le decían, y que, a su juicio, no estaba en su centro, y ni siquiera, acaso, en sus cabales. Así y todo, consintió, por lo que me dijeron, en poner esto, en parte, a la cuenta de las circunstancias y declarar que mi madre le había parecido muy «afectada» por el acontecimiento. Pero aún le quedaba en las piernas todo el resto de los saludos y reverencias a reculones que le habíamos impedido llevar a su fin, y, por otra parte, tan poca cuenta se daba de lo que era la pena de mamá, que preguntó, la víspera del entierro, si no probaba yo a distraerla.

Un cuñado de mi abuela que era religioso, y al que yo no conocía, telegrafió a Austria, donde estaba el superior de su orden, y, habiendo conseguido por un favor excepcional la autorización, vino ese día. Agobiado de tristeza, leía al lado del lecho textos de rezos y meditaciones, sin apartar, con todo, de la enferma sus ojos de barrena. En un momento en que mi abuela estaba privada de conocimiento, el espectáculo de la tristeza de aquel sacerdote me hizo daño y miré para él. Pareció sorprendido de mi compasión, y entonces se produjo una cosa singular. Juntó las manos sobre la cara, como un hombre absorto en una meditación dolorosa, pero, comprendiendo que yo iba a desviar de él los ojos, vi que había un pequeño resquicio entre sus dedos. Y en el momento en que mis miradas se apartaban de él, me encontré con su agudo mirar, que había aprovechado el abrigo de sus manos para observar si mi dolor era sincero. Estaba emboscado allí como en la sombra de un confesonario. Se dio cuenta de que yo le veía, y al momento cerró herméticamente el enrejado que había dejado entreabierto. Más tarde lo he vuelto a ver, y nunca se trató entre nosotros de ese minuto. Quedó tácitamente convenido que yo no había echado de ver que él me espiaba. En el cura, como en el alienista, hay siempre algo de juez de instrucción. Por lo demás, ¿cuál es el amigo, por querido que sea, en cuyo pasado común con el nuestro no hay algunos de estos minutos que encontraríamos más cómodo persuadirnos de que ha debido de olvidarlos?

El médico puso una inyección de morfina y, para hacer menos trabajosa la respiración, pidió unos balones de oxígeno. Mi madre, el doctor, la sor los tenían en sus manos; en cuanto se había acabado uno, se les pasaba otro. Yo había salido un momento de la habitación. Cuando volví a entrar me

encontré como ante un milagro. Acompañada en sordina por un murmullo incesante, mi abuela parecía dirigirnos un largo canto feliz que colmaba la habitación, rápido y musical. Pronto comprendí que era menos inconsciente apenas, que era tan puramente mecánico como el jadear de un momento antes. Acaso reflejara en escasa medida cierto bienestar aportado por la morfina. Resultaba, sobre todo —porque el aire no pasaba ya de la misma manera por los bronquios—, de un cambio de registro de la respiración. Libre gracias a la doble acción del oxígeno y de la morfina, el soplo de mi abuela no se debatía ya, ya no gemía, sino que vivo, ligero, se deslizaba, patinando, hacia el fluido delicioso. Quizá al aliento, insensible como el del viento en la flauta de una caña, se mezclaban en aquel canto algunos de esos suspiros más humanos que, libertados por la proximidad de la muerte, hacen creer en impresiones de sufrimiento o de felicidad en aquellos que ya no sienten, y venían a añadir un acento más melodioso, pero sin cambiar su ritmo, a la larga frase que se elevaba, subía aún más, decaía luego, para lanzarse de nuevo, del aliviado pecho, en persecución del oxígeno. Después, ya que había llegado tan alto, prolongado con tanta fuerza, el canto mezclado a un murmullo de súplica en el deleite, parecía en ciertos momentos detenerse por completo como se agota una fuente.

Francisca, cuando tenía algún pesar grande, sentía la necesidad, igualmente inútil, pero no poseía el arte tan sencillo, de expresarlo. Juzgando a mi abuela completamente perdida, eran sus propias impresiones lo que estaba empeñada en hacernos conocer. Y no sabía más que repetir: «¡A mí estas cosas me hacen una mella!», en el mismo tono con que decía, cuando había tomado demasiada sopa de coles: «Es como si tuviera un peso en el estómago», cosa que en ambos casos era más natural de lo que ella parecía creer. Tan débilmente traducida, no por eso era menos grande su pena, agravada, además, por el fastidio de que su hija, retenida en Combray (que la joven parisiense llamaba ahora «la cambrouse», y donde sentía que se iba «adocenando»), no pudiera, verosímilmente, volver para la ceremonia mortuoria, que Francisca venteaba que tenía que ser soberbia. Como sabía que nosotros nos explayábamos poco, había citado a todo trance de antemano a Jupien para todos los días de la semana, a la caída de

la tarde. Sabía que Jupien no estaría libre a la hora del entierro. Quería, por lo menos a la vuelta, «contárselo».

Desde hacía varias noches, mi padre, mi abuelo, uno de nuestros primos velaban y no salían ya de su casa. Su continua abnegación acababa por tomar una máscara de indiferencia, y la interminable ociosidad en torno a aquella agonía les hacía tener las mismas conversaciones que son inseparables de una permanencia prolongada en un vagón de ferrocarril. Por otra parte, el primo (el sobrino de mi tía abuela) excitaba en mí tanta antipatía como estimación merecía y obtenía generalmente.

Se le «encontraba» siempre en las circunstancias graves, y era tan asiduo para con los moribundos, que las familias, pretendiendo que estaba delicado de salud a pesar de su apariencia robusta, de su voz de bajo y su barba de zapador, le conjuraban siempre con las acostumbradas perífrasis a que no fuese al entierro. Yo sabía de antemano que mamá, que pensaba en los demás en medio del dolor más inmenso, le diría en una forma completamente distinta de lo que tenía costumbre él de oírse decir siempre:

—Prométame que no vendrá usted «mañana». Hágalo por «ella». Por lo menos, no vaya usted «allá». Ella le habría pedido a usted que no viniera.

Como si no; era siempre el primero que se presentaba en la «casa», debido a lo cual le habían puesto en otro círculo el mote, que nosotros ignorábamos, de «ni flores ni coronas». Y antes de ir a «todo», había «pensado en todo» siempre, lo cual le valía estas palabras: «A usted no se le dan las gracias».

—¿Qué? —preguntó con voz recia mi abuelo, que se había quedado un poco sordo y no había oído bien algo que mi primo acababa de decirle a mi padre.

—Nada —respondió el primo—. Decía únicamente que había recibido esta mañana una carta de Combray, donde hace un tiempo espantoso, y que aquí tenemos un sol que aprieta demasiado.

—Pues, sin embargo, el barómetro está muy bajo —dijo mi padre.

—¿Dónde dice usted que hace mal tiempo? —preguntó mi abuelo.

—En Combray.

—¡Ah!, no me choca; cada vez que hace aquí mal tiempo, lo hace bueno en Combray, y viceversa. ¡Ay, Dios!, habla usted de Combray: ¿han pensado en avisar a Legrandin?

—Sí, no se atosigue usted; ya está hecho —dijo mi primo, cuyas mejillas, bronceadas por una barba demasiado fuerte, sonrieron imperceptiblemente, con la satisfacción de haber pensado en ello.

En este momento, mi padre se precipitó fuera de la habitación; creí que había alguna mejoría o un empeoramiento. Era únicamente que acababa de llegar el doctor Dieulafoy. Mi padre fue a recibirlo a la sala vecina, como al actor que tiene que venir a representar. Lo habían mandado a llamar no para que curase, sino para que levantase acta, como una especie de notario. El doctor Dieulafoy ha podido, en efecto, ser un gran médico, un profesor maravilloso; a estos diversos papeles, en que descolló, unía otro, en el que por espacio de cuarenta años no tuvo rival; un papel tan original como el razonador, el farsante o el padre noble, y que era el de ir a dar fe de la agonía o de la muerte. Su nombre presagiaba ya la dignidad con que desempeñaría el empleo, y cuando la sirvienta decía: «el señor Dieulafoy», creía uno estar en una escena de Molière. A la dignidad de la actitud concurría, sin dejarse ver, la flexibilidad de un talle encantador. Un semblante en sí mismo demasiado hermoso estaba amortiguado por las buenas formas en las circunstancias dolorosas. Con su noble levita negra, el profesor entraba triste, sin afectación, no daba un solo pésame que hubiera podido creerse fingido, ni cometía tampoco la más ligera infracción del tacto. A los pies del lecho de un muerto, era él y no el duque de Guermantes quien resultaba el gran señor. Después de haber reconocido a mi abuela sin cansarla, y con un exceso de reserva que era una cortesía para con el médico que la venía tratando, dijo en voz baja algunas palabras a mi padre, se inclinó respetuosamente delante de mi madre, a la que sentí que mi padre se contenía para no decir: «El profesor Dieulafoy». Pero ya éste había vuelto a otra parte la cabeza, sin querer importunar, y salió de la manera más hermosa del mundo, cogiendo sencillamente la certificación que le entregaron. No parecía que la hubiese visto, e incluso nos preguntamos un momento si se la habíamos entregado, hasta tal punto había usado de la

agilidad de un prestidigitador para hacerla desaparecer, sin que por eso perdiera nada de su dignidad, antes aumentada, de gran médico llamado en consulta, con su larga levita con vueltas de seda y su hermosa cabeza llena de una noble conmiseración. Su lentitud y su vivacidad mostraban que, si otras cien visitas le aguardaban aún, no quería que pareciera cómo que tenía prisa. Porque era el tacto, la inteligencia y la bondad mismos. Este hombre eminente ya no existe. Otros médicos, otros profesores han podido igualarle, aventajarle acaso. Pero el «empleo» en que su saber, sus dotes físicas, su subida educación le hacían triunfar, no existe ya, por falta de sucesores que hayan sabido desempeñarlo. Mamá ni siquiera había reparado en el señor Dieulafoy; todo lo que no fuese mi abuela no existía. Recuerdo (y aquí me adelanto a la narración) que en el cementerio, donde se la vio, como una aparición sobrenatural, acercarse tímidamente a la tumba, cual si estuviese mirando a un ser desaparecido que estaba ya lejos de ella, como mi padre le hubiese dicho: «El bueno de Norpois ha venido a casa, a la iglesia, al cementerio, ha dejado de asistir a una comisión importantísima para él; deberías decirle dos palabras; le halagaría mucho», mi madre, cuando el embajador se inclinó hacia ella, sólo pudo inclinar a su vez con dulzura su rostro, que no había llorado. Dos días antes —y para seguir adelantándome antes de volver ahora mismo al lado del lecho en que la enferma agonizaba—, mientras velábamos a mi abuela muerta, Francisca, que, como no negaba en absoluto que hubiese aparecidos, se asustaba al menor ruido, decía: «Me parece que es ella». Pero en lugar de terror, era una dulzura infinita lo que estas palabras despertaron en mi madre, que tanto hubiera dado por que los muertos volviesen, para tener a veces a su madre junto a sí.

Volviendo ahora a estas horas de la agonía:

—¿Sabe usted lo que nos han telegrafiado sus hermanas? —preguntó mi abuelo a mi primo.

—Sí, Beethoven, me han dicho; es como para ponerle marco; no me extraña.

—¡Mi pobre mujer, que las quería tanto! —dijo mi abuelo, enjugándose una lágrima—. No hay que tomárselo a mal. Son unas locas de atar, siempre

lo he dicho. ¿Qué pasa, ya no le dan más oxígeno?

Mi madre dijo:

—Pero, entonces, mamá va a empezar a respirar mal otra vez.

El médico respondió:

—¡Oh, no! Los efectos del oxígeno durarán todavía un poquito; dentro de un momento volveremos a empezar.

A mí me parecía que esto no se hubiera dicho tratándose de una moribunda; que, si ese efecto beneficioso había de durar, es que se podía hacer algo por su vida. El silbido del oxígeno cesó por espacio de unos instantes. Pero la quejumbre feliz de la respiración seguía brotando, ligera, atormentada, inacabada, sin tregua, empezando de nuevo. A ratos parecía que todo hubiese terminado; el soplo se detenía, fuese por esos mismos cambios de octava que hay en la respiración de un durmiente, fuese por una intermitencia natural, por un efecto de la anestesia, el avance de la asfixia, algún desfallecimiento del corazón. El médico volvió a tomarle el pulso a mi abuela, pero ya, como si un afluente viniera a aportar su tributo a la corriente desecada, un nuevo canto empalmaba con la frase interrumpida. Y ésta tornaba a empezar en otro diapasón, con el mismo impulso inagotable. Quién sabe si, aun sin que mi abuela tuviera conciencia de ello, tantos estados dichosos y tiernos reprimidos por el sufrimiento no se escapaban de ella ahora como esos gases más ligeros que han sido contenidos largo tiempo. Hubiérase dicho que cuanto tenía que comunicarnos se explayaba, que era a nosotros a quien se dirigía con esta prolijidad, con este acezar, con esta efusión. Al pie de la cama, convulsa por todos los hálitos de aquella agonía, sin llorar, pero inundada de cuando en cuando por las lágrimas, mi madre tenía la desolación sin pensamiento de una fronda que azota la lluvia y sacude el viento. Me hicieron que me secase los ojos antes de ir a besar a mi abuela.

—Pero yo creía que ya no veía —dijo mi padre.

—No se puede saber nunca —repuso el doctor.

Cuando mis labios la tocaron, las manos de mi abuela se agitaron, la recorrió por entero un largo estremecimiento, ya fuese reflejo, o bien que ciertas ternuras tengan su hiperestesia que reconoce a través del velo de la

inconsciencia aquello que no necesitan casi de los sentidos para querer. De pronto, mi abuela se incorporó a medias, hizo un esfuerzo violento, como un ser que defiende su vida. Francisca no pudo resistir, al verlo, y rompió en sollozos. Recordando lo que el médico había dicho, quise hacerla salir de la alcoba. En ese momento, mi abuela abrió los ojos. Me precipité sobre Francisca para ocultar su llanto mientras mis padres hablaban a la enferma. El ruido del oxígeno había enmudecido; el médico se alejó del lecho. Mi abuela estaba muerta.

Algunas horas más tarde, Francisca pudo, por última vez y sin hacerlos sufrir, peinar aquellos hermosos cabellos que empezaban solamente a encanecer y que hasta aquí habían parecido más jóvenes que ella. Pero ahora, por el contrario, eran lo único que imponía la corona de la vejez sobre el rostro suavemente joven de que habían desaparecido las arrugas, las contracciones, los toques de embarnecimiento, los relajamientos que, desde hacía tantos años, le había añadido el sufrir. Como en el lejano tiempo en que sus padres le habían escogido esposo, tenía las facciones delicadamente trazadas por la pureza y la sumisión, las mejillas brillantes de una casta esperanza, de un ensueño de felicidad, de una jovialidad inocente, inclusive, que los años habían destruido poco a poco. La vida, al retirarse, acababa de arrastrar consigo las desilusiones del vivir. Una sonrisa parecía posada en los labios de mi abuela. En aquel lecho fúnebre, la muerte, como el escultor de la Edad Media, la había tendido bajo la apariencia de una doncellita.

Capítulo 2

Visita de Albertina. Perspectiva de un rico matrimonio para algunos amigos de Saint-Loup. El ingenio de los Guermantes ante la princesa de Parma. Extraña visita al señor de Charlus. Comprendo cada vez menos su carácter. Los zapatos rojos de la duquesa.

Aun cuando fuese simplemente un domingo de otoño, yo acababa de renacer, la existencia estaba intacta ante mí, porque a la mañana, después de una serie de días templados, habíamos tenido una fría neblina que no se había despejado hasta eso de mediodía. Ahora bien, un cambio de tiempo basta para recrear el mundo y a nosotros mismos. Antes, cuando el viento soplaba en mi chimenea, escuchaba yo los golpes que daba contra la trampilla con tanta emoción como si, al igual que los famosos toques de arco con que empieza la Sinfonía en do menor, hubieran sido las llamadas irresistibles de un misterioso destino. Todo cambio de la naturaleza a la vista nos ofrece una transformación análoga, adaptando al nuevo modo de las cosas nuestros deseos armonizados. La niebla, desde el despertar, había hecho de mí, en lugar del ser centrífugo que es uno en los días buenos, un hombre metido en sí, deseoso del rincón junto al fuego y del lecho compartido, Adán friolero en busca de una Eva sedentaria, en ese mundo diferente.

Entre el color gris y apagado de una campiña matinal y el sabor de una taza de chocolate, hacía yo insertarse toda la originalidad de la vida física, intelectual y moral que había aportado alrededor de un año antes a Doncières, y que, blasonada por la forma oblonga de una colina pelada —presente siempre, hasta cuando era invisible—, formaba en mí una sucesión de placeres enteramente distinta de cualesquiera otros, indecibles para los amigos en el sentido de que las impresiones ricamente entretejidas unas en otras que los orquestaban los caracterizaban mucho más para mí, y sin yo saberlo, que los hechos que hubiera podido contar. Desde este punto de vista, el mundo nuevo en que la neblina de aquella mañana me había sumido era un mundo ya conocido para mí (lo cual no hacía sino darle más verdad) y olvidado desde hacía algún tiempo (lo cual le devolvía todo su frescor). Y pude echar una ojeada a algunos de los cuadros de bruma que mi memoria había adquirido, particularmente varios «Mañana en Doncières», ya el primer día, en el cuartel, ya en un castillo vecino, al que me había llevado Saint-Loup a pasar veinticuatro horas: desde la ventana cuyos visillos había alzado yo al alba, antes de volver a acostarme, en el primero un jinete, en el segundo (en la estrecha linde de un estanque y un bosque, el resto del cual estaba totalmente hundido en la blandura uniforme y líquida de la bruma), un cochero ocupado en sacar brillo a un correaje, se me habían aparecido como esos raros personajes, apenas distintos para el ojo obligado a adaptarse a la vaguedad misteriosa de las penumbras, que emergen de un fresco desvaído.

Desde mi cama miraba yo hoy estos recuerdos, porque había vuelto a acostarme para esperar el momento en que, aprovechando la ausencia de mis padres, que habían salido por unos días para Combray, contaba con ir aquella misma noche a oír una obrilla que representaban en casa de la señora de Villeparisis. Si hubieran vuelto ellos, acaso no me hubiese atrevido a hacerlo; mi madre, con los escrúpulos de su respeto al recuerdo de mi abuela, quería que las muestras de respeto que se le daban fuesen hechas libremente, sinceramente; no me hubiera prohibido que saliese, lo habría desaprobado. Desde Combray, en cambio, de haberla consultado, no me habría respondido con un triste: «Haz lo que quieras; ya eres bastante

crecido para saber lo que debes hacer», sino que, reprochándose el haberme dejado solo en París, y juzgando de mi pena por la suya, hubiera deseado para esa pena distracciones que a sí misma se hubiera negado, y que se persuadía de que mi abuela, cuidadosa ante todo de mi salud y de mi equilibrio nervioso, me habría aconsejado.

Desde por la mañana habían encendido el nuevo calorífero de agua. Su desagradable ruido, que lanzaba de cuando en cuando un a modo de hipo, no tenía ninguna relación con mis recuerdos de Doncières. Pero su prolongado encuentro con ellos en mí, esta tarde, iba a hacerle contraer una afinidad tal respecto de ellos, que cada vez que (un poco) desacostumbrado de él oyese de nuevo la calefacción central, me los recordaría.

No había en casa nadie más que Francisca. La claridad gris que caía como una lluvia fina tejía sin tregua transparentes redes en que los paseantes dominicales parecían argentarse. Yo había tirado a mis pies el *Fígaro,* que todos los días hacía comprar concienzudamente desde que había enviado al periódico un artículo que no había aparecido en él; a pesar de la ausencia de sol, la intensidad de la luz me indicaba que aún no estábamos más que a mitad de la tarde. Los visillos de tul de la ventana, vaporosos y deleznables como no lo hubieran sido con buen tiempo, tenían la misma mezcla de blandura y fragilidad que tienen las alas de las libélulas y los vidrios de Venecia. Me pesaba tanto más estar solo este domingo, cuanto que por la mañana había hecho que llevasen una carta a la señorita de Stermaria. Roberto de Saint-Loup, al que su madre había conseguido hacer romper, tras dolorosas tentativas abortadas, con su querida, y que desde ese momento había sido enviado a Marruecos para que olvidase a aquella a quien ya no quería desde hacía algún tiempo, me había escrito unas letras, recibidas por mí la víspera, en que me anunciaba su próxima llegada a Francia con una licencia muy corta. Como no haría más que pisar París (donde su familia temía, sin duda, verle volver a arreglarse con Raquel) y volverse a marchar, me advertía, para demostrarme que había pensado en mí, que se había encontrado en Tánger con la señorita, o, mejor dicho, con la señora de Stermaria, ya que se había divorciado al cabo de tres meses de matrimonio. Y Roberto, acordándose de lo que yo le había dicho

en Balbec, había pedido de parte mía una entrevista a la joven. Esta le había respondido que con mucho gusto cenaría conmigo uno de los días que, antes de volverse a Bretaña, pasaría en París. Roberto me decía que me apresurase a escribir a la señora de Stermaria, porque seguramente habría llegado ya. La carta de Saint-Loup no me había extrañado, bien que no hubiese recibido noticias suyas desde que en los momentos de la enfermedad de mi abuela me había acusado de perfidia y de traición. Había comprendido yo entonces muy bien lo que había pasado. Raquel, a la que le gustaba excitar sus celos —tenía asimismo razones accesorias para estar contra mí—, había convencido a su amante de que yo había hecho tentativas solapadas para tener, durante la ausencia de Roberto, relaciones con ella. Es probable que Roberto siguiese creyendo que era verdad, pero había cesado de estar enamorado de ella, de modo que, cierta o no, la cosa había llegado a serle perfectamente igual, y lo único que subsistía era la amistad nuestra. Cuando, una vez que hube vuelto a verle, quise tratar de hablarle de sus reproches, tuvo solamente una bondadosa y tierna sonrisa con la que parecía como que se disculpase, y luego cambió de conversación. No es que no hubiera, poco más tarde, en París, de volver a verse alguna vez con Raquel. Las criaturas que han desempeñado un gran papel en nuestra vida es raro que salgan de ella súbitamente de una manera definitiva. Vuelven a posarse en esa vida unos momentos (hasta el punto de que algunos creen en un nuevo comienzo del amor) antes de abandonarla para siempre. La ruptura de Saint-Loup con Raquel se había hecho rapidísimamente menos dolorosa para él gracias al goce aquietador que le deparaban las incesantes peticiones de dinero de su amiga. Los celos, que prolongan el amor, no pueden contener muchas más cosas que las otras formas de la imaginación. Si se lleva uno consigo, cuando sale de viaje, tres o cuatro imágenes que, por lo demás, han de perderse por el camino (las azucenas y las anémonas del Ponte Vecchio, la iglesia persa entre las brumas, etc.), ya está bien llena la maleta. Cuando se deja a una querida, quisiera realmente uno, hasta tanto que la haya olvidado un poco, que no pasara a ser posesión de tres o cuatro protectores posibles y que uno se figura, es decir, de los que está celoso: todos aquellos que no se figura uno,

no son nada. Ahora bien, las frecuentes peticiones de dinero de una querida a la que se ha dejado no nos dan una idea más completa de su vida que la que nos darían de su enfermedad unos gráficos de temperaturas altas. Pero las segundas serían, con todo, señal de que está enferma, y las primeras deparan una presunción, verdad es que harto vaga, de que la abandonada o abandonadora no ha debido de encontrar gran cosa en cuanto a protectores ricos. Así, cada petición es recibida con el júbilo que produce un intervalo de calma en el sufrimiento del celoso, y seguida inmediatamente de envíos de dinero, porque lo que se quiere es que no le falte nada a ella, salvo amantes (uno de los tres amantes que nos figuramos), en tanto tiene uno tiempo de reponerse un poco y poder enterarse sin flaquear del nombre del sucesor. Algunas veces, Raquel volvió, bastante entrada la noche, a pedirle a su antiguo amante permiso para dormir a su lado hasta la mañana. Era esto de gran dulzura para Roberto, ya que se daba cuenta de que, a pesar de todo, habían vivido íntimamente juntos, nada más que al ver que, aun cuando él tomase para sí la mayor parte del lecho, en nada la estorbaba a ella para dormir. Comprendía que Raquel estaba junto a su cuerpo más cómodamente que hubiera estado en cualquier otra parte, que volvía a encontrarse al lado suyo —aunque fuese en el hotel— como en una alcoba conocida de antiguo, en la que tiene uno sus costumbres, en la que se duerme mejor. Sentía que sus hombros, sus piernas, todo él, eran para ella, incluso cuando Roberto se movía demasiado por estar insomne o porque tuviese algún trabajo que hacer, cosas de esas tan perfectamente usuales que no pueden molestar y cuya percepción hace mayor aún la sensación de reposo.

Volviendo ahora atrás: la carta de Roberto me había trastornado tanto más cuanto que leía entre líneas lo que él no se había atrevido a escribir más explícitamente. «Puedes muy bien invitarla a un reservado, me decía. Es una joven encantadora, de un carácter encantador; os entenderéis perfectamente, y estoy seguro de antemano de que pasarás una buena velada». Como mis padres no volverían hasta fines de semana, el sábado o el domingo, y después me vería obligado a cenar todas las noches en casa, había escrito inmediatamente a la señora de Stermaria para proponerle el

día que ella quisiera, hasta el viernes. Habían respondido que recibiría yo carta hacia eso de las ocho de aquella misma noche. Hubiera llegado bastante aprisa a esa hora si hubiese tenido durante la tarde que me separaba de ella la ayuda de una visita. Cuando las horas se envuelven en charlas ya no es posible medirlas, ni siquiera verlas; se desvanecen, y de pronto, muy lejos del punto en que se os había escapado, reaparece ante vuestra atención el tiempo ágil y escamoteado. Pero si estamos solos, la preocupación, volviendo a traer ante nosotros el momento aún alejado y sin cesar esperado, con la frecuencia y la uniformidad de un tictac, divide o más bien multiplica las horas por todos los minutos que entre amigos no hubiéramos contado. Y confrontada, por el retorno incesante de mi deseo, con el ardiente placer que saborearía solamente, ¡ay!, de aquí a unos días con la señora de Stermaria, esta tarde que iba a acabar yo solo me parecía harto vacía y melancólica.

A ratos oía el ruido del ascensor que subía, pero iba seguido de un segundo ruido, no el que esperaba yo, la parada, en mi piso, sino otro muy diferente que el ascensor hacía para continuar su marcha disparada hacia los pisos superiores y que, por haber significado tan a menudo la deserción del mío cuando esperaba yo una visita, ha quedado para mí más tarde, incluso cuando ya no deseaba ninguna, como un ruido por sí mismo doloroso, en que resonaba como una sentencia de abandono. Cansado, resignado, ocupado por espacio de varias horas aún en su trabajo inmemorial, el día gris hilaba su pasamanería de nácar, y yo me entristecía al pensar que iba a quedarme solo mano a mano con él, que no me conocía, ni más ni menos que una obrera que, instalada junto a la ventana para ver mejor mientras hace su tarea, no se ocupa ni poco ni mucho de la persona presente en la estancia. De pronto, sin que yo hubiese oído llamar, vino Francisca a abrir la puerta, introduciendo a Albertina, que entró sonriente, silenciosa, repleta, conteniendo en la plenitud de su cuerpo, preparados para que yo continuase viviéndolos, ahora que venían hacia mí, los días transcurridos en aquel Balbec al que no había vuelto nunca. Indudablemente, cada vez que volvemos a ver a una persona con quien nuestras relaciones —por insignificantes que sean— han sufrido un cambio, es como una

confrontación de dos épocas. No hace falta para ello que una antigua querida venga a vernos como amiga: basta con la visita a París de alguien a quien hemos conocido en la cotidianidad de cierto género de vida, y que esa vida haya cesado, aunque sólo sea desde hace una semana. En cada rasgo risueño, interrogante y cohibido de la fisonomía de Albertina podía yo deletrear estas preguntas: «¿Y la señora de Villeparisis? ¿Y el profesor de baile? ¿Y el pastelero?». Cuando se sentó retrepándose, pareció como si dijera: «¡Caramba!, aquí no hay acantilado; ¿me permite usted, de todas maneras, que me siente a su lado como hubiera hecho en Balbec?». Parecía una maga que me presentase un espejo del tiempo. Asemejábase en esto a todos aquellos a quienes volvemos a ver raras veces, pero que en otro tiempo vivieron más íntimamente con nosotros. Pero con Albertina no sólo había esto. En rigor, aun en Balbec, en nuestros encuentros de cada día, siempre me dejaba sorprendido al verla, de tan cotidiana como era. Pero ahora costaba trabajo reconocerla. Desprendidas del vapor sonrosado que las bañaba, sus facciones habían surgido como una estatua. Tenía otra cara, o más bien tenía al fin una cara; su cuerpo había crecido. Casi nada quedaba ya de la vaina en que había estado envuelta y en cuya superficie se dibujaba apenas en Balbec su forma futura.

Albertina, de esta vez, volvía a París más pronto que de costumbre. De ordinario no llegaba hasta la primavera, de modo que yo, alterado ya desde algunas semanas antes por las tormentas sobre las primeras flores, no separaba, en el placer que sentía, la vuelta de Albertina y la del buen tiempo. Bastaba que me dijeran que ella estaba en París y que había pasado por mi casa, para que volviese a verla como una rosa a la orilla del mar. No sé bien si era el deseo de Balbec o el de ella lo que se apoderaba de mí entonces, ya que el mismo desearla a ella era acaso una forma perezosa, cobarde e incompleta de poseer a Balbec, como si poseer materialmente una cosa, hacer nuestra residencia de una ciudad, equivaliese a poseerla espiritualmente. Y por otra parte, aun materialmente, cuando estaba no ya balanceada por mi imaginación ante el horizonte marino, sino inmóvil junto a mí, me parecía a menudo una rosa harto pobre ante la que hubiera cerrado

de buena gana los ojos por no ver tal o cual defecto de los pétalos y para creer de mí mismo que estaba respirando en la playa.

Puedo decirlo aquí, bien que no supiese entonces lo que no había de ocurrir hasta más tarde. Evidentemente, es más sensato sacrificar uno su vida a las mujeres que a los sellos de Correos, a las tabaqueras antiguas, a los cuadros y a las estatuas inclusive. Sólo que el ejemplo de las demás colecciones debiera advertirnos para que cambiásemos, para que no tuviésemos una sola mujer, sino muchas. Esas encantadoras mezcolanzas que una muchacha hace con una playa, con la cabellera trenzada de una estatua de iglesia, con una estampa, con todo aquello por lo que amamos en una de ellas, cada vez que entra, un cuadro encantador, esas mezcolanzas no son muy estables. Vivid de veras con la mujer y ya no veréis nada de lo que os ha hecho tomarle amor; claro está que los celos pueden juntar de nuevo los dos elementos desunidos. Si al cabo de una larga temporada de vida en común había de acabar yo por no ver ya en Albertina más que una mujer ordinaria, alguna intriga suya con un ser al que hubiese querido habría bastado acaso para reincorporar en ella y amalgamar la playa y el romper de la ola. Sólo que, como estas mezclas secundarias ya no enhechizan nuestros ojos, es para nuestro corazón para quien son sensibles y funestas. No se puede, en una forma tan peligrosa, hallar deseable la renovación del milagro. Pero estoy anticipando los años. Y únicamente debo lamentar aquí no haber seguido siendo suficientemente sensato para haber tenido simplemente mi colección de mujeres como quien tiene anteojos antiguos, nunca suficientemente numerosos, tras una vitrina en que un lugar vacío espera siempre unos anteojos nuevos y más raros.

Contrariamente al orden habitual de sus vacaciones, este año Albertina venía directamente de Balbec, donde, aun así, se había quedado hasta mucho menos tarde que de costumbre. Hacía tiempo que no la había visto yo. Y como no conocía, ni siquiera de nombre, a las personas con quienes se trataba en París Albertina, nada sabía de ella durante los períodos que se pasaba sin venir a verme. Estos eran a menudo bastante largos. Luego, un buen día, surgía bruscamente Albertina, cuyas sonrosadas apariciones y silenciosas visitas me informaban harto escasamente acerca de lo que había

podido hacer en el intervalo de las mismas, que permanecía sumido en la oscuridad de su vida que mis ojos se cuidaban apenas de penetrar.

Esta vez, sin embargo, ciertos signos parecían indicar que algunas cosas nuevas habían debido de pasar en esa vida. Pero acaso hubiera que inducir sencillamente de ellos que se cambia muy pronto a la edad que tenía Albertina. Por ejemplo, su inteligencia se mostraba mejor, y cuando volví a hablarle del día en que había puesto tanto ardor en imponer su idea de hacer escribir a Sófocles: «Mi querido Racine», fue la primera en reírse con todas sus ganas. «Era Andrea la que tenía razón, yo era una estúpida —dijo—»; Sófocles tenía que escribir: «Señor». Le respondí que el «señor» y el «querido señor» de Andrea no eran menos cómicos que el «mi querido Racine» de ella y el «mi querido amigo» de Gisela; pero que los únicos estúpidos eran, en el fondo, unos profesores que aún hacían que Sófocles dirigiese una carta a Racine. En esto ya no me siguió Albertina. No veía que hubiera nada de necio en semejante cosa; su inteligencia se entreabría, pero no estaba desarrollada. Otras novedades más atrayentes había en ella; percibía yo, en la misma muchacha bonita que acababa de sentarse junto a mi cama, algo diferente, y en esas líneas que en la mirada y en los rasgos del rostro expresan la voluntad habitual, un cambio de frente, una semiconversión, como si hubieran sido destruidas las resistencias contra las que me había estrellado yo en Balbec, una atardecida ya remota en que formábamos una pareja simétrica, pero inversa a la de la tarde actual, ya que entonces era ella la que estaba acostada y yo a par de su lecho. Queriendo y sin osar cerciorarme de si ahora se dejaría besar, cada vez que se levantaba para irse le pedía que se quedase otro poco. No era muy fácil de conseguir, porque aunque Albertina no tuviese nada que hacer (de no ser así, hubiese brincado afuera), era puntual y, por otra parte, poco amable para conmigo, que apenas parecía que hallase gusto en mi compañía. Sin embargo, una vez y otra, después de haber mirado su reloj, volvía a sentarse a ruego mío, de modo que había pasado varias horas conmigo y sin que yo le hubiese pedido nada; las frases que le decía enlazaban con las que le había dicho en las horas precedentes, y ni poco ni mucho con lo que yo pensaba, con lo que deseaba, sino que se mantenían indefinidamente

paralelas a ello. No hay nada como el deseo para impedir que las cosas que uno dice ofrezcan ninguna semejanza con lo que se tiene en el pensamiento. El tiempo apremia, y, sin embargo, parece como que queramos ganar tiempo hablando de temas absolutamente ajenos al que nos preocupa. Se habla, cuando la frase que uno quisiera pronunciar iría ya acompañada de un ademán, suponiendo incluso que para concederse el placer de lo inmediato y saciar la curiosidad que se siente respecto de las reacciones que traerá consigo sin decir palabra, sin pedir ningún permiso, no se haya hecho ese ademán. Verdad es que yo no sentía amor, ni poco ni mucho, por Albertina: hija de la bruma de fuera, podía contentar únicamente al deseo imaginativo que el tiempo nuevo había despertado en mí y que era intermedio entre los deseos que pueden satisfacer de una parte las artes de la cocina y las de la escultura monumental, ya que me hacía soñar a la vez con mezclar a mi carne una materia diferente y cálida, y ligar por algún punto a mi cuerpo tendido un cuerpo divergente, como el cuerpo de Eva se unía apenas por los pies a la cadera de Adán, a cuyo cuerpo es casi perpendicular en esos bajorrelieves románicos de la catedral de Balbec que figuran de una manera tan noble y apacible, casi todavía como un friso antiguo, la creación de la mujer; en ellos, Dios va seguido a todas partes, como por dos ministros, de dos angelitos, en los que se reconoce —cual esas criaturas aladas y turbulentas del estío que el invierno ha sorprendido y perdonado— unos amorcillos de Herculano vivos aún en pleno siglo XIII y arrastrando su vuelo postrero, cansados, pero sin faltar a la gracia que de ellos puede esperarse, por toda la fachada del pórtico.

Ahora bien, el deleite que al cumplir mi deseo me hubiese librado de este desvarío, y que habría buscado igualmente gustoso en cualquier otra mujer bonita, si me hubieran preguntado en qué —en el curso de esta charla interminable en que callaba a Albertina la única cosa en que estaba pensando— fundaba mi hipótesis optimista acerca de las complacencias posibles, acaso hubiera respondido yo que esa hipótesis se debía (mientras los rasgos olvidados de la voz de Albertina volvían a dibujar para mí el contorno de su personalidad) a la aparición de ciertas palabras que no

formaban parte de su vocabulario, a lo menos en la acepción que les daba ahora. Como me dijese que Elstir era tonto y yo protestara:

—No me comprende usted —replicó sonriendo—; quiero decir que ha sido tonto en esta ocasión, pero sé perfectamente que es un hombre verdaderamente distinguido.

Del mismo modo, para decir del *golf* de Fontainebleau que era elegante, declaró:

—Es lo que se dice una selección.

A propósito de un desafío que yo había tenido, me dijo de mis testigos: «Son unos testigos selectos». Y mirándome a la cara confesó que le gustaría verme «gastar bigote». Llegó incluso, y mis probabilidades me parecieron entonces grandísimas, hasta pronunciar, expresión que, lo hubiera jurado, ignoraba el año antes, que desde que había visto a Gisela había pasado cierto «lapso de tiempo». No es que Albertina no poseyera ya cuando yo estaba en Balbec un lote muy decoroso de esas expresiones que revelan inmediatamente que ha salido uno de una familia acomodada, y que de año en año cede una madre a su hija como va dándole, a medida que crece, en las ocasiones importantes, sus propias joyas. Nos habíamos dado cuenta de que Albertina había dejado de ser una chiquilla cuando un día, para dar las gracias por un regalo que le había hecho una extranjera, había respondido: «Me deja usted confusa». La señora de Bontemps no había podido menos de mirar a su marido, que había respondido: «¡Caramba!, ya anda por los catorce años». La nubilidad más acentuada se había señalado cuando Albertina, hablando de una muchacha que tenía mala facha, había dicho: «Ni siquiera se puede distinguir si es bonita; lleva *un palmo de colorete* en la cara». En fin, aunque todavía era una muchachita, sacaba ya modales de mujer de su medio y de su clase al decir, si alguien hacía muecas: «No puedo verlo, porque me dan ganas de hacerlo yo también», o, sí alguno se divertía en remedar a otra persona: «Lo más gracioso cuando la imita usted es que se parece a ella». Todo esto está tomado del tesoro social. Pero precisamente el medio a que pertenecía Albertina no me parecía que pudiera darle el «distinguido» en el sentido en que mi padre decía de tal o cual de su colegas al que aún no conocía y cuya gran inteligencia le

alababan: «Parece que es un hombre realmente distinguido». «Selección», aun aplicado al *golf,* me pareció tan incompatible con la familia Simonet como lo sería, acompañado del adjetivo «natural», con un texto anterior en varios siglos a los trabajos de Darwin. «Lapso de tiempo» me pareció de mejor augurio aún. Por último se me apareció la evidencia de unos trastornos que yo no conocía, pero que eran como autorizar, en lo que a mí se refería, todas las esperanzas, cuando Albertina me dijo, con la satisfacción de una persona cuya opinión no es indiferente:

—Eso es, *en mi sentir,* lo mejor que podía suceder… Estimo que esa es la mejor solución, la solución elegante.

Era tan nuevo esto, se trataba tan visiblemente de un aluvión que permitía sospechar tan caprichosas revueltas a través de terrenos antaño desconocidos para ella, que desde las palabras «en mi sentir» atraje hacia mí a Albertina, y al «estimo» la senté en mi cama.

Sin duda ocurre que algunas mujeres poco cultas, al casarse con un hombre de gran cultura, reciben en su común aportación dotal expresiones de éstas. Y poco después de la metamorfosis que sigue a la noche de bodas, cuando hacen sus visitas y se muestran reservadas con sus antiguas amigas, se echa de ver con asombro que se han hecho mujeres si, al fallar que una persona es inteligente, le ponen dos eles a la palabra «inteligente[36]»; pero eso es justamente señal de un cambio, y me parecía que entre el vocabulario de la Albertina que yo había conocido —aquel en que las audacias gordas consistían en decir de una persona extravagante: «Es un tipo», o, si se le proponía a Albertina que jugase: «No tengo dinero que perder», o bien, si alguna de sus amigas le hacía un reproche que Albertina no encontraba justificado: «¡Ah! ¡La verdad es que me resultas magnífica!», frase dictada en estos casos por una a modo de tradición burguesa casi tan antigua como el mismo *Magnificat* y que una muchacha un poco encolerizada y segura de su derecho emplea, como suele decirse, «naturalmente», esto es, porque las ha aprendido de su madre como ha aprendido a rezar sus oraciones o a saludar. Todas estas se las había hecho aprender la señora de Bontemps al mismo tiempo que a odiar a los judíos y a tener en estima a los negros, cosas en las que se es siempre correcto y como es debido, aun sin que la

señora de Bontemps se lo hubiera enseñado formalmente, sino como se modela por el gorjeo de los jilgueros padres el de las crías recién salidas del cascarón, de modo que éstas llegan a ser también auténticos jilgueros. A pesar de todo, «selección» me pareció alógeno, y lo de «yo estimo», alentador. Albertina ya no era la misma; por consiguiente, acaso no procedería, no reaccionaría del mismo modo.

No sólo no tenía yo ya amor hacia ella, sino que ni siquiera tenía ya que temer, como hubiera podido en Balbec, quebrantar en ella una amistad hacia mí que ya no existía. No cabía la menor duda de que desde hacía mucho tiempo había llegado a serle yo harto indiferente. Me daba cuenta de que ya no formaba, en absoluto, para ella, parte de la «pandilla» por ser agregado a la cual tanto había hecho en otro tiempo y tan feliz había sido, luego, al conseguirlo. Además, como Albertina ni siquiera tenía ya como en Balbec una expresión de franqueza y de bondad, no sentía yo grandes escrúpulos; sin embargo, creo que lo que me decidió fue un último descubrimiento filológico. Como si siguiera añadiendo un nuevo eslabón a la cadena exterior de frases bajo la que ocultaba mi deseo íntimo, hablé, mientras tenía ahora a Albertina en la esquina de mi cama, de una de las chicas de la pandilla, más menuda que las otras, pero que, con todo, me parecía bastante bonita. «Sí, me respondió Albertina, parece una musmé pequeñita». Evidentemente, cuando yo había conocido a Albertina, la palabra «musmé» era desconocida para ella. Es verosímil que, si las cosas hubieran seguido su curso normal, no la hubiese aprendido nunca, y yo no hubiera visto en ello, por mi parte, ningún inconveniente, porque no hay otra palabra más horripilante. Al oírla siente uno el mismo dolor de muelas que si se hubiera metido en la boca un pedazo de hielo demasiado grande. Pero en Albertina, con lo bonita que era, ni aun «musmé» podía serme desagradable. En cambio, me pareció reveladora, si no de una iniciación exterior, por lo menos de una evolución interna. Por desgracia, era la hora en que hubiera debido decirle adiós si quería que volviese a tiempo a su casa para la cena, así como para que yo me levantase con tiempo suficiente para la mía. Era Francisca quien la preparaba; no le gustaba que la hiciera estarme esperando, y ya debía de parecerle contrario a uno de los artículos de su

código que Albertina, en ausencia de mis padres, me hubiera hecho una visita tan prolongada y que iba a retrasarlo todo. Pero ante lo de «musmé», estas razones cayeron por tierra y me apresuré a decir:

—¿Querrá usted creer que no tengo cosquillas, en absoluto? Podría usted estármelas buscando por espacio de una hora sin que lo sintiese siquiera.

—¿De verdad?

—Se lo aseguro.

Comprendió, sin duda, que era esto la expresión torpe de un deseo, porque como quien os ofrece una recomendación que no os atrevéis a solicitar, pero que vuestras palabras le han hecho ver que podía seros útil:

—¿Quiere usted que pruebe yo? —dijo con la humildad de la mujer.

—Si quiere usted; pero entonces sería más cómodo que se echase usted del todo en mi cama.

—¿Así?

—No, póngase más adentro.

—Pero ¿no peso demasiado?

Cuando acababa esta frase, se abrió la puerta y entró Francisca trayendo una lámpara. Albertina sólo tuvo tiempo de volver a sentarse en la silla. Acaso Francisca había escogido este instante para humillarnos, porque estuviera escuchando a la puerta o incluso mirando por el agujero de la cerradura. Pero no tenía yo necesidad de hacer semejante suposición; Francisca podía haber desdeñado cerciorarse por sus propios ojos de lo que su instinto había debido de rastrear suficientemente, ya que, en fuerza de vivir conmigo y con mis padres, el temor, la prudencia, la atención y la astucia habían acabado por darle respecto de nosotros ese linaje de conocimiento instintivo y casi adivinatorio que tiene del mar el marinero, del cazador la caza, y de la enfermedad, si no el médico, por lo menos, frecuentemente, el enfermo. Todo lo que llegaba a saber hubiera podido ser motivo de pasmo con tanta razón como el avanzado estado de ciertos conocimientos entre los antiguos, habida cuenta de los medios casi nulos de información que poseían (los de Francisca no eran más numerosos. Algunas frases que formaban apenas la vigésima parte de nuestra conversación a la

mesa, recogidas al vuelo por el mayordomo e inexactamente transmitidas al cuarto de servicio). Sus mismos errores se debían antes, como los de los antiguos, como los de las fábulas en que Platón creía, a una falsa concepción del mundo y a ciertas ideas preconcebidas, que no a la insuficiencia de los recursos materiales. Así es como aún en nuestros días los mayores descubrimientos en cuanto a las costumbres de los insectos ha podido hacerlos un sabio que no disponía de ningún laboratorio, de ningún aparato. Pero si las molestias que resultaban de su posición de doméstica no le habían impedido adquirir una ciencia indispensable para el arte que era término de la misma —y que consistía en humillarnos comunicándonos sus resultados—, la restricción había hecho más; aquí, la traba no se había contentado con no paralizar el impulso: lo había ayudado poderosamente. Desde luego, Francisca no descuidaba ningún coadyuvante, el de la dicción y el de la actitud, por ejemplo. Como (si no creía nunca lo que le decíamos nosotros y deseábamos que creyera) admitía sin sombra de duda lo más absurdo y que podía, al mismo tiempo, ir contra nuestras ideas, que le contara cualquier persona de su clase, de igual suerte que la manera que tenía de escuchar nuestros asertos daba testimonio de su incredulidad, así el acento con que refería (porque el discurso indirecto le permitía dirigirnos las peores injurias con impunidad) la historia de una cocinera que le había contado que había amenazado a sus amos y conseguido de ellos, tratándolos delante de todo el mundo de «basura», mil favores, dejaba ver que lo que decía era para ella un texto del Evangelio. Francisca añadía inclusive: «Yo, si hubiera sido la señora, me habría sentido ofendida». De nada servía que, a pesar de nuestra escasa simpatía original hacia la señora del cuarto piso, nos encogiésemos de hombros, como si oyéramos una fábula inverosímil, ante este relato de tan mal ejemplo: al contárnoslo, la narradora sabía adoptar la dureza, el tono cortante de la más indiscutible y exasperante afirmación.

Pero, sobre todo, de igual suerte que los escritores llegan a menudo a un poder de concentración de que les hubiera dispensado el régimen de libertad política o de anarquía literaria, cuando están atados de pies y manos por la tiranía de un monarca o de una poética, por los rigores de las reglas

prosódicas o de una religión de Estado, así Francisca, como no podía replicarnos de una manera explícita, hablaba como Tiresias y hubiera escrito como Tácito. Sabía hacer caber todo lo que no podía expresar directamente en una frase que no podíamos incriminar sin acusarnos en menos que una frase, incluso en un silencio, en la manera que tenía de colocar un objeto.

Así, cuando me ocurría dejar, por descuido, sobre mi mesa, entre otras cartas, una determinada que no hubiera debido ver Francisca, por ejemplo porque en la carta se la aludía con una malevolencia que suponía una tan grande respecto de ella en el destinatario como en el que enviaba la epístola, a la noche, si yo volvía inquieto y me iba derecho a mi cuarto, sobre mis cartas dispuestas muy ordenadas en un rimero perfecto, el documento comprometedor saltaba antes que nada a mis ojos como no había podido menos de saltar a los de Francisca, puesto por ella encima de todo, casi aparte, en una evidencia que era un lenguaje, que tenía su elocuencia, y desde la puerta me hacía estremecerme como un grito. Descollaba en disponer estas escenografías destinadas a instruir tan bien al espectador, en ausencia de Francisca, que aquél sabía ya que ella lo sabía todo, cuando la propia Francisca hacía luego su entrada. Tenía, para hacer hablar así a un objeto inanimado, el arte a la vez genial y paciente de Irving y de Federico Lemaître. En aquel momento, sosteniendo por encima de Albertina y de mí la lámpara encendida que no dejaba en la sombra ninguna de las depresiones, aún visibles, que el cuerpo de la muchacha había excavado en el edredón, Francisca tenía la apariencia de la «Justicia descubriendo el crimen». La cara de Albertina no salía perdiendo con esta iluminación. Descubría en las mejillas el mismo barniz soleado que me había hechizado en Balbec. Este rostro de Albertina, cuyo conjunto tenía a veces, fuera de casa, como una palidez lívida, mostraba, por el contrario, a medida que la lámpara iba iluminándolas, superficies tan brillantemente, tan uniformemente coloreadas, tan resistentes y tan tersas, que hubiera podido comparárselas a las carnaciones sostenidas de ciertas flores. Sorprendido, con todo, por la inesperada irrupción de Francisca, exclamé:

—¿Cómo, ya la lámpara? ¡Dios mío, qué luz más viva!

Mi objeto era, desde luego, con la segunda de estas frases, disimular mi confusión, y con la primera disculpar mi retraso. Francisca respondió con una ambigüedad cruel:

—¿Querían que apagara?

—¿…Gase? —me susurró al oído Albertina, dejándome enhechizado por la vivacidad familiar con que, tomándome a la vez de maestro y de cómplice, insinuó esta afirmación psicológica, en el tono interrogativo de una pregunta gramatical.

Cuando Francisca hubo salido de la habitación y Albertina estuvo sentada de nuevo en mi cama:

—¿Sabe usted de qué tengo miedo? —le dije—. Pues de que, como sigamos así, no voy a poder menos de besarla.

—¡Sí que sería una pena!

No obedecí en seguida a esta invitación; otro hubiera podido incluso encontrarla superflua, ya que Albertina tenía una pronunciación tan carnal y tan dulce que nada más que con hablaros parecía como que os estuviera besando. Una palabra suya era un favor, y su conversación os cubría de besos. Y sin embargo, aquella invitación era para mí muy agradable. Lo hubiera sido aun procediendo de otra chica bonita de la misma edad; pero el que Albertina me fuese ahora tan fácil, me deparaba, aún más que placer, una confrontación de imágenes teñidas de belleza. Me acordaba de Albertina, primero, delante de la playa, pintada casi sobre el fondo que ponía el mar, sin tener para mí una existencia más real que esas visiones de teatro en que no se sabe si tiene uno que vérselas con la actriz que se supone aparece, con una figuranta que hace de doble suyo en ese momento, o con una simple proyección. Luego, la verdadera mujer se había desgajado del haz luminoso, había venido a mí, pero simplemente para que yo pudiera percatarme de que en modo alguno tenía, en el mundo real, la facilidad amorosa que se le suponía infusa en el cuadro mágico. Yo había aprendido que no era posible tocarla, besarla, que sólo se podía hablar con ella, que no era para mí una mujer, ni más ni menos que unas uvas de jade, decoración incomestible de las mesas de antaño, no son tales uvas. Y he aquí que en un tercer plano se me aparecía real como en el segundo conocimiento que de

ella había tenido yo, pero fácil como en el primero; fácil, y tanto más deliciosamente cuanto que yo había creído por espacio de tanto tiempo que no lo era. Mi exceso de sabiduría tocante a la vida (a la vida menos unida, menos simple de lo que en un principio había creído yo) iba a dar provisionalmente en el agnosticismo. ¿Qué puede uno afirmar, toda vez que lo que se había creído probable primeramente se ha revelado como falso a seguida y resulta en tercer lugar verdadero? Y yo, ¡ay!, no me hallaba al cabo de mis descubrimientos con Albertina. En todo caso, aun cuando no hubiera habido el atractivo novelesco de esta enseñanza de una mayor riqueza de planos descubiertos uno tras otro por la vida (atractivo inverso del que Saint-Loup saboreaba, durante las cenas de Rivebelle, al volver a encontrar entre las mascarillas que la existencia había superpuesto, en un semblante sereno, rasgos que en otro tiempo había tenido él bajo sus labios), saber que era una cosa posible besar las mejillas de Albertina era un placer acaso mayor aún que el de besarlas. ¡Qué diferencia entre poseer a una mujer por la que sólo nuestro cuerpo se afana, porque no es más que un pedazo de carne, o poseer a la muchachita que uno veía en la playa con sus amigas, ciertos días, sin saber siquiera por qué esos días y no tales otros, lo cual hacía que temblásemos temiendo no volverla a ver! La vida os había revelado en toda su longitud la novela de esa muchachita, os había prestado para verla un instrumento de óptica, luego otro, y añadido al deseo carnal un acompañamiento que lo centuplica y hace diverso de esos deseos más espirituales y menos saciables que no salen de su entorpecimiento y lo dejan irse solo cuando no aspira más que a la captura de un pedazo de carne, pero que, por la posesión de toda una zona de remembranzas de que se sentían nostálgicamente desterrados, se alzan procelosos junto a él, lo abultan, no pueden seguirlo hasta la realización, hasta la asimilación, imposible en la forma en que es apetecida, de una realidad inmaterial, pero esperan a ese deseo a mitad de camino, y en el momento del recuerdo, del regreso, vuelven a darle escolta; besar, en lugar de las mejillas de la primera que se presente, por frescas que sean, pero anónimas, sin secreto, sin prestigio, aquellas con que tanto tiempo había soñado, sería conocer el gusto, el sabor de un color con harta frecuencia contemplado. Hemos visto

una mujer, simple imagen en la decoración de la vida, como Albertina, perfilada contra el mar, y luego esa imagen podemos desgajarla, ponerla junto a nosotros y ver poco a poco su volumen, sus colores, como si la hubiéramos hecho pasar por detrás de los cristales de un estereoscopio. Por eso las mujeres un poco difíciles, que no posee uno en seguida, que ni siquiera sabe en seguida que podrá nunca poseerlas, son las únicas interesantes. Porque conocerlas, acercarse a ellas, conquistarlas, es hacer variar de forma, de magnitud, de relieve la imagen humana; es una lección de relativismo en la apreciación, que resulta hermoso percibir de nuevo cuando ha recobrado su parvedad de silueta en la decoración de la vida. Las mujeres a quienes conocemos primero en casa de la alcahueta no nos interesan, porque permanecen invariables.

Por otra parte, Albertina tenía, ligadas en torno a sí, todas las impresiones de una serie marítima que me era particularmente cara. Me parecía que hubiera podido, en las dos mejillas de la muchacha, besar toda la playa de Balbec.

—Si me permite usted de veras que la bese, preferiría dejarlo para más tarde y elegir bien el momento. Sólo que lo que hace falta es que no olvide usted entonces que me ha dado permiso. Necesito «un vale por un beso».

—¿Tengo que firmarlo?

—Pero ¿y si me lo tomase en seguida, tendría otro, de todas maneras, más tarde?

—Me hace usted gracia con sus vales; ya le extenderé otros de cuando en cuando.

—Dígame, otra cosa: ¿sabe usted?, en Balbec, cuando aún no la conocía yo, tenía usted a menudo una mirada dura, maliciosa; ¿no puede decirme en qué pensaba en aquellos momentos?

—¡Ah!, no tengo ningún recuerdo.

—Verá usted, para ayudarla: un día, su amiga Gisela saltó a pies juntos por encima de la silla en que estaba sentado un señor viejo. Trate de recordar lo que pensó usted en ese momento.

—Gisela era con la que menos andábamos; era de la pandilla, si usted quiere, pero no del todo. He debido pensar que estaba muy mal educada y que era muy ordinaria.

—¡Ah!, ¿nada más?

Bien hubiera querido, antes de besarla, llenarla de nuevo del misterio que tenía para mí en la playa antes de que la conociese yo, volver a encontrar en ella el país en que anteriormente había vivido; en su lugar, por lo menos, si no lo conocía, podía insinuar todos los recuerdos de nuestra vida en Balbec, el ruido de la ola al romper bajo mi ventana, los gritos de los niños. Pero al dejar resbalar mi mirada por el hermoso globo sonrosado de sus mejillas, cuyas superficies suavemente combadas iban a morir al pie de los primeros repliegues de sus hermosos cabellos negros que corrían en quebradas cordilleras, alzaban sus contrafuertes escarpados y modulaban las ondulaciones de sus valles, tuve que decirme: «Al fin, ya que no lo he

conseguido en Balbec, voy a saber el gusto de la rosa desconocida que son las mejillas de Albertina. Y puesto que los círculos por que podemos hacer cruzar a las cosas y a los seres durante el curso de nuestra existencia no son muy numerosos, acaso pueda yo considerar la mía como en cierto modo realizada, cuando, después de haber hecho salir de su remoto marco el florido rostro que había elegido entre todos, lo haya traído a este nuevo plano en que tendré por fin conocimiento de él por medio de los labios». Me decía esto porque creía que existe un conocimiento por medio de los labios; me decía que iba a conocer el sabor de aquella rosa carnal, porque no había pensado que el hombre, criatura evidentemente menos rudimentaria que el erizo de mar y aun que la ballena, carece todavía, sin embargo, de cierto número de órganos esenciales, y especialmente no posee ninguno que sirva para el beso. Ese órgano ausente lo suple con los labios, y con ello llega acaso a un resultado un poco más satisfactorio que si estuviera reducido a acariciar a la amada con una defensa córnea. Pero los labios, hechos para llevar al paladar el sabor de aquello que les tienta, han de contentarse, sin comprender su error y sin confesar su decepción, con vagar por la superficie y tropezarse con el cercado de la mejilla impenetrable y deseada. Por lo demás, en ese momento, al contacto mismo de la carne, los labios, aun en la hipótesis de que llegaran a ser más expertos y a estar mejor dotados, no podrían sin duda gustar en mayor medida el sabor que la naturaleza les impide actualmente aprehender, porque en esa zona desolada en que no pueden hallar su alimento, están solos, ya que la mirada, y luego el olfato, los han abandonado desde hace mucho. Primero, a medida que mi boca empezó a acercarse a las mejillas que mis miradas le habían propuesto que besase, esas miradas, al desplazarse, vieron unas mejillas nuevas; el cuello, visto más de cerca y como con lupa, mostró en el grosor de su grano una robustez que modificó el carácter del rostro.

Las últimas aplicaciones de la fotografía —que tienden a los pies de una catedral todas las casas que nos parecieron tan a menudo, de cerca, casi tan altas como las torres, hacen sucesivamente maniobrar como un regimiento, en filas, en un orden disperso, en masas apiñadas, los mismos monumentos, acercan una contra otra las dos columnas de la Pizzeta, hace un momento

tan distantes, alejan la vecina Salute, y en un fondo pálido y rebajado logran hacer caber un horizonte inmenso bajo el arco de un puente, en el recuadro de una ventana, entre las hojas de un árbol situado en primer plano y de un tono más vigoroso, dan sucesivamente por marco a una misma iglesia las arcadas de todas las demás—, no veo nada más que pueda, en la misma medida que el beso, hacer surgir de lo que creemos una cosa de aspecto definido las otras cien cosas que son asimismo, ya que cada una de ellas dice relación a una perspectiva no menos legítima. En suma: así como, en Balbec, Albertina me había parecido a menudo diferente, ahora, cual si al acelerar prodigiosamente la rapidez de los cambios de perspectiva y de las mudanzas de coloración que nos ofrece una persona en nuestros diversos encuentros con ella hubiera querido yo hacerlos caber todos en unos cuantos segundos para crear experimentalmente de nuevo el fenómeno que diversifica la individualidad de un ser y sacar las unas de las otras como de un estuche todas las posibilidades que encierra, en este breve trayecto de mis labios hacia su mejilla, fueron diez Albertinas las que vi; como quiera que esta muchacha sola era cual una diosa de múltiples cabezas, la que yo había visto la última, si intentaba acercarme a ella, dejaba el sitio a otra. En tanto no la había tocado, al menos, veía yo esa cabeza; un ligero perfume venía de ella hasta mí. Pero ¡ay! —porque para el beso, las ventanillas de nuestra nariz y nuestros ojos están tan mal situados como mal hechos nuestros labios—, de pronto, mis ojos cesaron de ver; mi nariz, a su vez, al aplastarse, no percibió ya ningún olor, y sin conocer más, por eso, el gusto del rosa deseado, supe, por estos detestables signos, que al fin estaba besando la mejilla de Albertina.

¿Era porque representábamos (figurada por la revolución de un cuerpo sólido) la escena inversa de la de Balbec, porque yo estaba acostado y levantada ella, capaz de esquivar un ataque brutal y de dirigir el deleite a su guisa, por lo que me dejó coger con tanta facilidad ahora lo que antes había denegado con un gesto tan severo? (Sin duda, respecto de ese gesto de antaño, la expresión voluptuosa que cobraba hoy su semblante al acercársele mis labios se diferenciaba tan sólo por una desviación de líneas infinitesimal, pero en las que puede caber toda la distancia que hay entre el

ademán de un hombre que remata a un herido y el de uno que auxilia a ese mismo herido, entre un retrato sublime o espantoso). Sin saber si tenía que atribuir el honor y estar agradecido de su cambio de actitud a algún bienhechor involuntario que, uno de estos meses últimos, en París o en Balbec, hubiera trabajado para mí, pensé que la forma en que estábamos colocados era la causa principal de ese cambio. Fue, sin embargo, otra la que me facilitó Albertina; exactamente ésta: «¡Ah!, es que en ese momento, en Balbec, yo no le conocía; podía creer que llevaba usted malas intenciones». Esta razón me dejó perplejo. Albertina me la dio sin duda sinceramente. Tanto trabajo le cuesta a una mujer reconocer en los movimientos de sus miembros, en las sensaciones experimentadas por su cuerpo, en el curso de una entrevista mano a mano con un camarada, la culpa desconocida en que temblaba de pensar que un extraño premeditase hacerla caer.

En todo caso, cualesquiera que fuesen las modificaciones acaecidas desde hacía algún tiempo en su vida, y que acaso habrían explicado que hubiera concedido fácilmente a mi deseo momentáneo y puramente físico lo que había denegado con horror en Balbec a mi amor, otra mucho más asombrosa se produjo en Albertina esa misma tarde, tan pronto como sus caricias hubieron producido en mí la satisfacción de que debió darse cuenta de sobra, y que yo había incluso temido que la causase el ligero movimiento de repulsión y de pudor ofendido que había tenido Gilberta en un momento análogo detrás del macizo de laureles, en los Campos Elíseos.

Fue todo lo contrario. Ya en el momento en que la había tendido en mi cama y en que había empezado a acariciarla, Albertina había cobrado una expresión, que yo no le conocía, de buena voluntad dócil, de sencillez casi pueril. Borrando en ella todas las preocupaciones, todas las pretensiones habituales, el momento que precede al goce, semejante en esto al que sigue a la muerte, había devuelto a sus facciones rejuvenecidas algo así como la inocencia de los primeros años. Y, sin duda, todo ser cuyo talento es súbitamente puesto en juego se torna modesto, aplicado y encantador; sobre todo, si con ese talento sabe proporcionarnos un gran placer, él mismo es feliz con ello, quiere dárnoslo completo. Pero en esta nueva expresión del

rostro de Albertina había algo más que desinterés y conciencia, generosidad profesionales, una a modo de dedicación convencional y súbita; y adonde había vuelto era más allá de su propia infancia, a la juventud de su raza. Harto diferente de mí, que no había deseado nada más que un aplacamiento físico, Albertina parecía encontrar como que hubiera habido por su parte cierta grosería en creer que ese placer material no fuese acompañado de un sentimiento moral y que rematase algo. Ella, que tanta prisa tenía un momento antes, ahora, sin duda porque juzgaba que los besos implican amor y que el amor está por encima de cualquier otro deber, decía, cuando yo le recordaba su cena:

—Pero ¡vamos, si eso no importa!, tengo todo el tiempo por mío.

Parecía como si le molestara levantarse inmediatamente después de lo que acababa de hacer, molesta por urbanidad, lo mismo que Francisca, cuando había creído, sin tener sed, que debía aceptar con una jovialidad decente el vaso de vino que Jupien le ofrecía, no se hubiera atrevido a marcharse inmediatamente después de haber bebido el último sorbo, aunque un deber imperioso cualquiera la hubiese llamado. Albertina —y esta era acaso, con otra que más tarde se verá, una de las razones que sin que yo lo supiera me habían hecho desearla— era una de las encarnaciones de la aldeanita francesa cuyo modelo está, en piedra, en Saint-André-des-Champs. De Francisca, que había, sin embargo, de llegar a ser bien pronto su enemiga mortal, reconocí en ella la cortesía para con el huésped y el extraño, el decoro, el respeto al lecho.

Francisca, que, desde la muerte de mi tía, creía que sólo podía hablar en tono compungido, en los meses que precedieron a la boda de su hija hubiera encontrado chocante, cuando ésta se paseaba con su novio, que no lo cogiese del brazo. Albertina, inmovilizada junto a mí, me decía:

—Tiene usted el pelo muy bonito, tiene usted unos ojos hermosos, es usted encantador.

Como, habiéndole hecho notar que era tarde, añadiese yo: «¿No me cree usted?», me respondió —cosa que acaso fuese verdad, pero solamente desde hacía dos minutos y por algunas horas—:

—Yo le creo a usted siempre.

Me habló de mí, de mi familia, de mi medio social. Me dijo: «¡Oh!, ya sé que sus padres conocen gente muy distinguida. Usted es amigo de Roberto Forestier y de Susana Delage». Al pronto, estos nombres no me dijeron absolutamente nada. Pero de repente recordé que, en efecto, había jugado en los Campos Elíseos con Roberto Forestier, al que no había vuelto a ver nunca. En cuanto a Susana Delage, era la sobrinita de la señora de Blandais, y una vez había tenido que ir yo a una lección de baile, e incluso representar un papel de nada en una comedia de salón, en casa de sus padres. Pero el temor a que me acometiera una risa loca, y unas hemorragias nasales, me lo habían impedido, de modo que no la había visto nunca. A lo sumo había creído entender en tiempos que la institutriz, aquella de los Swann, la de las plumas, había estado en casa de sus padres; pero acaso no fuera ella, sino una hermana de esa institutriz o alguna amiga. Hice a Albertina protestas de que Roberto Forestier y Susana Delage ocupaban poco lugar en mi vida. «Es posible, su madre de usted y las de ellos están muy unidas; eso permite situarle a usted. A menudo me cruzo con Susana Delage en la Avenida de Messina: tiene *chic*». Nuestras madres no se conocían como no fuese en la imaginación de la señora de Bontemps que, habiendo sabido que yo había jugado en otro tiempo con Roberto Forestier, al que parece ser que recitaba versos, había concluido de ello que estábamos unidos por relaciones de familia. No dejaba nunca, según me han contado, pasar el nombre de mamá sin decir: «¡Ah, sí!, es del mundo de los Delage, de los Forestier, etcétera», dando a mis padres una buena nota que no se merecían.

Por lo demás, las nociones sociales de Albertina eran de una estupidez extremada. Creía a los Simonnet, con dos *nn*, inferiores no sólo a los Simonet, con una sola *n*, sino a todas las demás personas posibles. El que alguien lleve el mismo apellido que usted sin ser de su familia es una gran razón para desdeñarle. Hay, desde luego, excepciones. Puede ocurrir que dos Simonnet (presentados el uno al otro en una de esas reuniones en que se experimenta la necesidad de hablar de cualquier cosa y en que se siente uno, por otra parte, lleno de disposiciones optimistas; por ejemplo, en el acompañamiento de un entierro que se dirige al cementerio), al ver que se

llaman lo mismo, busquen, con una benevolencia recíproca, y sin ningún resultado, si tienen algún lazo común de parentesco. Pero esto no es más que una excepción. Hay muchos hombres que son poco honorables, pero lo ignoramos o no nos cuidamos de ello. Mas si la homonimia hace que nos entreguen cartas destinadas a ellos, o viceversa, empezamos por una desconfianza, a menudo justificada, tocante a lo que valen. Tememos confusiones, las prevenimos con una mueca de disgusto si se nos habla de ellos. Al leer nuestro apellido, ostentado por ellos, en el periódico, nos parece como que lo han usurpado. Los pecados de los demás miembros del cuerpo social nos son indiferentes. Cargamos más pesadamente con ellos a nuestros homónimos. El odio que tenemos a los otros Simonnet es tanto más fuerte cuanto que no es individual, sino que se transmite hereditariamente. Al cabo de dos generaciones sólo se recuerda el mohín insultante que los abuelos tenían para los otros Simonnet; se ignora la causa; no nos chocaría enterarnos de que la cosa ha empezado por un asesinato. Hasta el día, frecuente, en que, entre una Simonnet y un Simonnet que no tienen nada de parientes, todo elfo acaba en boda.

No sólo me habló Albertina de Roberto Forestier y de Susana Delage, sino que espontáneamente, por un deber de confidencia que la aproximación de los cuerpos crea, al comienzo cuando menos, antes que esa aproximación haya engendrado una duplicidad especial y el secreto para con el mismo ser, me contó acerca de su familia y de un tío de Andrea una historia de que se había, en Balbec, negado a decirme una sola palabra; pero no pensaba que debiera parecer aún que tenía secretos para conmigo. Ahora, si su mejor amiga le hubiera contado algo que fuese contra mí, hubiera considerado deber suyo referírmelo. Insistí para que se volviera a su casa; acabó por marcharse, pero tan confusa, por mí, de mi grosería, que se reía casi por disculparme, como la señora de una casa a la que vamos de chaqueta, que nos admite así, pero sin que eso le sea indiferente.

—¿Se ríe usted? —le dije.

—No me río, le sonrío a usted —me respondió tiernamente—. ¿Cuándo le vuelvo a ver? —añadió, como si no admitiera que lo que acabamos de hacer, ya que es de costumbre su coronación, no fuese por lo menos el

preludio de una gran amistad, de una amistad preexistente y que nos debíamos descubrir, confesar, y que era lo único que podía explicar aquello a que nos habíamos entregado.

—Puesto que me autoriza usted a ello, en cuanto pueda la mandaré a buscar.

No me atreví a decirle que quería subordinarlo todo a la posibilidad de ver a la señora Stermaria.

—¡Ay!, será de improviso, nunca sé por anticipado… —le dije—. ¿Sería posible mandarla a buscar entre dos luces, cuando yo esté libre?

—Será muy posible bien pronto, porque tendré entrada independiente de la de mi tía. Pero en este momento es irrealizable. De todas maneras, yo vendré, por si acaso, mañana o pasado mañana en las primeras horas de la tarde. Usted me recibe solamente si puede.

Al llegar a la puerta, pasmada de que yo no me hubiese adelantado a ella, me tendió su mejilla, juzgando que no había ninguna necesidad de un grosero deseo físico para que nos besásemos ahora. Como las breves relaciones que un momento antes habíamos tenido juntos eran de esas a que conducen a veces una intimidad absoluta y una elección del corazón, Albertina había creído que debía improvisar y añadir momentáneamente a los besos que habíamos cambiado en mi cama el sentimiento de que esos besos hubieran sido signo para un caballero y su dama tales como podía concebirlos un juglar gótico.

Cuando me hubo dejado la moza picarda, que hubiera podido esculpir en su pórtico el imaginero de Saint-André-des-Champs, me trajo Francisca una carta que me colmó de alegría, ya que era la de la señora de Stermaria, que aceptaba mi invitación a cenar. De la señora de Stermaria; es decir, para mí, más que de la señora Stermaria real, de aquella en que había estado pensando todo el día antes de la llegada de Albertina. En la terrible añagaza del amor, que empieza por hacernos jugar no con una mujer del mundo exterior, sino con una muñeca interior de nuestro cerebro, la única, por otra parte, que tenemos siempre a nuestra disposición, la única que poseeremos, que la arbitrariedad del recuerdo, casi tan absoluta como la de la imaginación, puede haber hecho tan diferente de la mujer real como del

Balbec real lo había sido para mí el Balbec soñado; creación ficticia a la que poco a poco, para sufrimiento nuestro, forzaremos a la mujer real a asemejarse.

Albertina me había hecho retrasarme tanto, que la comedia había acabado hacía un instante cuando llegué a casa de la señora de Villeparisis; y como tenía pocas ganas de remontar contra corriente el oleaje de los invitados, que fluía comentando la gran noticia, la separación que se decía llevada ya a cabo entre el duque y la duquesa de Guermantes, me había, a la espera de poder saludar a la señora de la casa, sentado en una *bergère*[37] desocupada del segundo salón, cuando del primero, donde seguramente había estado sentada en la mismísima primera fila de sillas, vi salir, majestuosa, amplia y alta, con un largo traje de raso amarillo que tenía aplicadas en relieve unas enormes adormideras negras, a la duquesa. Ya no me causaba ninguna inquietud verla. Cierto día, poniéndome las manos en la frente (como acostumbraba cuando tenía miedo de apenarme), diciéndome: «No sigas saliendo para encontrarte con la señora de Guermantes; eres la comidilla de la casa. Además, ya ves lo mala que está tu abuela; realmente tienes cosas más serias que hacer que apostarte al paso de una mujer que se burla de ti», de golpe y porrazo, como un hipnotizador que os hace tornar del remoto país en que os imagináis estar y os vuelve a abrir los ojos, o como el médico que, devolviéndoos al sentido del deber y de la realidad, os cura de un mal imaginario en que os complacíais, mi madre me había despertado de un sueño demasiado largo. El día que había seguido a aquél había sido consagrado a decir un último adiós a la enfermedad a que renunciaba; había cantado varias horas seguidas, llorando, el «Adiós» de Schubert.

… Adieu, des voix étranges
T’appellent loin de moi, céleste soeur des Anges[38].

Y luego se había acabado. Había dejado de salir por las mañanas, y tan fácilmente, que hice entonces el pronóstico —que ya veremos cómo resultó falso más tarde— de que me acostumbraría sin trabajo, en el curso de mi

vida, a no volver a ver a una mujer. Y cuando después me contó Francisca que Jupien, que tenía ganas de instalarse más en grande, buscaba una tienda en el barrio, yo, deseoso de encontrarle una (encantado, asimismo, de vagar por la calle que ya desde mi lecho oía gritar luminosamente como una playa; de ver, bajo el levantado telón de hierro de las vaquerías, las lecheritas con manguitos blancos), había podido volver a empezar mis salidas. Libérrimamente, por lo demás, puesto que tenía conciencia de que ya no lo hacía con objeto de ver a la señora de Guermantes, ni más ni menos que como una mujer que adopta precauciones infinitas mientras tiene un amante, desde el día en que ha roto con él deja a la vista por todas partes sus cartas, con riesgo de descubrir a su marido una culpa de que ella misma ha acabado de espantarse al mismo tiempo que de cometerla. A menudo era con el señor de Norpois con quien me tropezaba. Lo que me daba pena era enterarme de que casi todas las casas estaban habitadas por gentes desventuradas. Aquí la mujer lloraba sin cesar porque su marido la engañaba. Allá era a la inversa. Acullá, una madre trabajadora, molida a palos por un hijo borracho, trataba de ocultar su sufrimiento a los ojos de los vecinos. Toda una mitad de la humanidad lloraba. Y cuando la conocí, vi que era tan exasperante, que me pregunté si no eran el marido o la mujer adúlteros, que lo eran solamente porque la felicidad legítima les había sido negada y se mostraban encantadores y leales para con cualquier otro que no fuese su mujer o su marido, quienes tenían razón. Bien pronto no tenía ya ni el móvil de ser útil a Jupien para proseguir mis peregrinaciones matinales. Porque se supo que al ebanista de nuestro patio, cuyos talleres sólo estaban separados del obrador de Jupien por un tabique muy delgado, iba a ponerlo en la calle el administrador porque daba unos golpes demasiado ruidosos. No podía esperar cosa mejor Jupien: los talleres tenían un sótano para guardar leña, que comunicaba con nuestras bodegas. Allí metería Jupien su carbón, haría echar abajo el tabique y tendría un solo y vasto obrador. Pero yo, aun sin la distracción de tener que buscar alojamiento para él, había seguido saliendo antes de comer. Además, como Jupien, que encontraba elevadísima la renta que pedía el señor de Guermantes, dejaba que la gente visitase el local para que, perdida la esperanza de encontrar inquilino, el

duque se resignase a hacerle una rebaja, Francisca, que había observado que, hasta después de la hora en que ya no venía nadie, el portero dejaba entornada la puerta de la tienda por alquilar, venteó una trampa armada por el portero para atraer a la novia del lacayo de los Guermantes (allí encontrarían un rincón para el amor), y luego sorprenderlos.

De todas maneras, aunque ya no tenía que buscar local para Jupien, seguí saliendo antes de almorzar. A menudo, en estas salidas, me encontraba con el señor de Norpois. Solía ocurrir que éste, mientras hablaba con algún colega suyo, lanzaba sobre mí unas miradas que, después de haberme examinado íntegramente, se desviaban hacia su interlocutor sin haberme sonreído ni saludado más que si no me hubiera conocido en absoluto. Porque en estos importantes diplomáticos, el mirar de cierta manera no tiene por objeto haceros saber que os han visto, sino que no os han visto y que tienen que hablar con su colega de alguna cuestión seria. Una mujer alta con la que me cruzaba frecuentemente cerca de casa era menos discreta conmigo. Porque, aun cuando yo no la conociese, se volvía hacia mí, me esperaba —inútilmente— delante de los escaparates de los tenderos, me sonreía, como si fuese a besarme, hacía el ademán de entregarse. Si encontraba alguien a quien conociese, recobraba un continente glacial para conmigo. Desde hacía ya mucho tiempo, en estas paseatas de por la mañana, según lo que tuviera que hacer, aunque fuese comprar el periódico más insignificante, elegía yo el camino más directo, sin sentir pesar si ese camino quedaba fuera del recorrido habitual que seguían los paseos de la duquesa, y si, por el contrario, formaba parte de él, sin escrúpulos ni disimulo, porque ya no me parecía el camino prohibido en que arrancaba a una ingrata el favor de verla a pesar suyo. Pero no había pensado en que mi curación, al darme con respecto a la señora de Guermantes una actitud normal, habría de llevar paralelamente a cabo la misma obra por lo que a ella hacía, y tornaba posibles una amabilidad, una amistad que ya no me importaban. Hasta aquí, los esfuerzos del mundo entero, coaligados para acercarme a ella, hubieran expirado ante la mala suerte que proyecta un amor desgraciado. Hadas más poderosas que los hombres han decretado que, en esos casos, nada podrá servir hasta el día en

que hayamos dicho sinceramente en nuestro corazón las palabras: «Ya no amo». Yo le había tomado a mal a Saint-Loup que no me hubiese llevado a casa de su tía. Pero ni él ni nadie era capaz de romper un encantamiento. Mientras quería a la señora de Guermantes, las muestras de amabilidad que de los demás recibía yo, los cumplidos, me dolían no sólo porque eran cosa que no venía de ella, sino porque no llegaban a noticia suya. Pero es el caso que aunque se hubiese enterado de todo ello, de nada hubiera servido. Hasta en los detalles de un cariño, una ausencia, el rechazar un almuerzo, un rigor involuntario, inconsciente, sirven de más que todas las cosméticas y que los trajes más hermosos. No faltarían advenedizos si se enseñase en este sentido el arte de hacer fortuna.

En el momento en que cruzaba el salón donde estaba yo sentado, lleno el pensamiento del recuerdo de unos amigos a quienes no conocía yo y con los que acaso fuese ella a encontrarse de nuevo, ahora mismo, en otra reunión, la señora de Guermantes me vio en mi bergère como un verdadero indiferente que sólo trataba de ser amable, al paso que, cuando estaba enamorado, tantos intentos había hecho por adoptar, sin conseguirlo, aires de indiferencia: la duquesa torció el paso, vino hacia mí, y, volviendo a encontrar aquella sonrisa de la tarde de la Opera Cómica, sonrisa que el penoso sentimiento de ser querida por alguien a quien ella no quería no borraba ya:

—No, no se moleste, ¿me permite que me siente un instante a su lado? —me dijo, recogiendo graciosamente su inmensa falda que, a no ser por eso, hubiera ocupado totalmente la *bergère*.

Más alta que yo, y aumentada además por todo el volumen de su traje, casi me rozaban su admirable brazo desnudo —en torno al cual un vello imperceptible e innumerable hacía humear perpetuamente como un vapor dorado— y la rubia franja de sus cabellos que mandaban hasta mí su fragancia. Como apenas le quedaba sitio, no podía volver fácilmente hacia mí, y obligada a mirar ante sí más que hacia mi lado, cobraba una expresión soñadora y dulce, como en un retrato.

—¿Tiene usted noticias de Roberto? —me dijo.

La señora de Villeparisis pasó en ese momento.

—¡Vamos! ¡Bonita hora tiene usted de llegar, caballero, para una vez que se le ve!

Y advirtiendo que yo hablaba con su sobrina, suponiendo acaso que estábamos más unidos de lo que ella sabía:

—Pero no quiero interrumpir su conversación con Oriana —añadió (porque los buenos oficios de la tercera forman parte de los deberes de una señora de su casa)—. ¿No quiere usted venir a cenar el miércoles con ella?

Era el día en que tenía yo que cenar con la señora de Stermaria; no acepté.

—¿Y el sábado?

Como mi madre volvía el sábado o el domingo, hubiera sido poco delicado no quedarme todas las noches a cenar con ella; así es que tampoco acepté.

—¡Ah!, no es fácil poder contar con usted.

—¿Por qué no va usted nunca a verme? —me dijo la señora de Guermantes cuando la de Villeparisis se hubo alejado para felicitar a los artistas y entregar a la *diva* un ramo de rosas, cuyo único valor era el que le daba la mano que lo ofrecía, ya que el ramo no había costado arriba de veinte francos. (Era, por otra parte, el premio máximo de la señora de Villeparisis para los que sólo habían cantado una vez en su casa. Los artistas que prestaban su concurso a todas sus *matinées* y recepciones recibían rosas pintadas por la marquesa).

—Es un fastidio esto de no verse nunca como no sea en casa ajena. Ya que no quiere usted cenar conmigo en casa de mi tía, ¿por qué no viene a cenar a mi casa?

Algunos que se habían quedado en la reunión el mayor tiempo posible con cualesquiera pretextos, pero que por fin se retiraban, al ver a la duquesa sentada, para hablar con un joven, en un mueble tan estrecho que no podían estar en él más que dos personas, pensaron que les habían informado mal, que era la duquesa, no el duque, quien pedía la separación por causa mía. Luego se apresuraron a difundir la noticia. Yo estaba en mejores condiciones que nadie de conocer su falsedad. Pero me sorprendía que en esos períodos tan difíciles en que se efectúa una separación aún no

consumada, la duquesa, en lugar de aislarse, invitara justamente a una persona a quien conocía tan poco. Tuve la sospecha de que había sido únicamente el duque quien no quería que ella me invitase, y que ahora que él la abandonaba, la duquesa no veía ya ningún obstáculo que le impidiera rodearse de la gente que le agradase.

Dos minutos antes me habrían dejado estupefacto, de haberme dicho que la señora de Guermantes me iba a pedir que fuese a verla, más aún, a cenar con ella. De nada me servía saber que el salón de Guermantes no podía presentar las particularidades que había extraído yo de este nombre: el hecho de que me hubiera estado prohibido entrar en él, obligándome a comunicarle la misma índole de existencia que a los salones cuya descripción leemos en una novela o cuya imagen hemos visto en un sueño, hacía que, aun cuando estuviera seguro de que era semejante a todos los demás, me lo imaginase por completo distinto; entre él y yo estaba la barrera en que acaba lo real. Cenar en casa de los Guermantes era como emprender un viaje durante mucho tiempo deseado, hacer pasar ante mis ojos un deseo de mi cabeza y trabar conocimiento con un sueño. Lo menos que hubiera podido creer es que se trataba de una de esas comidas a que los dueños de una casa le invitan a uno diciéndole: «Venga usted, no habrá *absolutamente* nadie más que nosotros», haciendo como que atribuyen al paria el temor que ellos mismos sienten de verlo mezclado a sus demás amigos, y tratando incluso de transformar en un envidiable privilegio, reservado exclusivamente a los íntimos, la cuarentena del excluido, a pesar suyo huraño y favorecido. Lejos de ello, me percaté de que la señora de Guermantes tenía el deseo de hacerme saborear lo más agradable que tenía, cuando me dijo, exponiendo, de añadidura, ante mis ojos la belleza violácea de una llegada a casa de la tía de Fabricio, y el milagro de una presentación al conde Mosca:

—¿No tendría usted libre el viernes para que nos reuniésemos en la intimidad? ¡Qué bien estaría! Irá la princesa de Parma, que es encantadora; ante todo, no le invitaría a usted de no ser para que se encontrase con gente agradable.

Abandonada en los círculos mundanos intermedios que están entregados a un perpetuo movimiento de ascensión, la familia desempeña, por el contrario, importante papel en los círculos inmóviles como la pequeña burguesía y como la aristocracia principesca que no puede aspirar a elevarse ya que, por encima de ella, desde su especial punto de vista, no hay nada. La amistad de que me daban pruebas «la tía Villeparisis» y Roberto me habían hecho acaso, para la señora de Guermantes y sus amigos, que vivían siempre sobre sí y en un mismo corrillo, objeto de una atención curiosa que yo no sospechaba.

La duquesa tenía de esos parientes un conocimiento familiar, cotidiano, vulgar, muy diferente de lo que nos imaginarnos nosotros, y en el que, si nos encontramos comprendidos, lejos de que nuestros actos sean por ello expulsados como la mota de polvo del ojo o la gota de agua de la traquearteria, pueden quedar grabados, ser comentados, referidos todavía años después de que nosotros mismos los hemos olvidado, en el palacio en que estamos asombrados de encontrarlos como una carta nuestra en una preciosa colección de autógrafos.

Unos elegantes que no son más que eso, pueden vedar el acceso a su puerta, excesivamente invadida. Pero la de los Guermantes no lo estaba. Un extraño casi nunca tenía ocasión de pasar por delante de ella. Para una vez que la duquesa se encontraba con que le indicaban a alguien, no pensaba en preocuparse del valor mundano que pudiera traer consigo ese alguien, ya que ese valor era cosa que ella confería y no podía recibir. No pensaba más que en las cualidades reales del nuevo conocido. La señora de Villeparisis y Saint-Loup le habían dicho que yo las poseía. Y sin duda no les hubiera dado crédito de no haber observado que ni la de Villeparisis ni Saint-Loup conseguían nunca hacerme ir a su casa cuando ellos querían, cosa que se le antojaba a la duquesa señal de que un extraño formaba parte de la «gente agradable».

Había que ver, cuando hablaba de mujeres que no le hacían mucha gracia, cómo cambiaba de fisonomía si se nombraba a propósito de alguna, por ejemplo, a su cuñada. «¡Oh!, es encantadora», decía con expresión de agudeza y de certidumbre. La única razón que de ello daba era que la dama

en cuestión se había negado a ser presentada a la marquesa de Chaussegros y a la princesa de Silistria. No añadía que la misma dama se había negado a dejarse presentar a ella, a la duquesa de Guermantes. El caso se había dado, con todo, y desde ese día el espíritu de la duquesa daba vueltas en torno a lo que realmente podría pasar en casa de la dama tan difícil de conocer. Se moría de ganas de ser recibida en aquella casa. Las gentes de mundo tienen hasta tal punto la costumbre de que se las asedie, que aquel que huye de ellas les parece un fénix y acapara su atención.

El verdadero motivo de que me invitara, ¿era el ánimo de la señora de Guermantes (desde que ya no estaba yo enamorado de ella) el que yo no anduviese detrás de sus parientes a pesar de andar ellos detrás de mí? No lo sé. De todas maneras, ya que se había decidido a invitarme, quería hacerme los honores de lo mejor que tenía en su casa, y alejar a aquellos de sus amigos que hubieran podido impedirme volver, aquellos de quienes sabía ella que eran fastidiosos. Yo no había sabido a qué atribuir el cambio de rumbo de la duquesa cuando la había visto desviarse de su curso estelar, venir a sentarse a mi lado e invitarme a cenar, efecto de causas ignoradas, por falta de un sentido especial que nos informe en este respecto. Nos figuramos a las gentes que conocemos apenas —cual yo a la duquesa— como si sólo pensaran en nosotros en los raros momentos en que nos ven. Pero es el caso que este olvido ideal en que nos figuramos que nos tienen es absolutamente arbitrario. De modo que mientras en el silencio de la soledad, semejante al de una hermosa noche, nos imaginamos a las diferentes reinas de la sociedad siguiendo su camino por el cielo a una distancia infinita, no podemos defendernos contra un sobresalto de malestar o de placer si nos cae de lo alto, como un aerolito que trae grabado nuestro nombre, que creíamos desconocido en Venus o en Casiopea, una invitación a cenar o un avieso chismorreo.

Quizá a veces, cuando a imitación de los príncipes persas que, al decir del *Libro de Ester,* se hacían leer los registros en que estaban inscritos los nombres de aquellos de sus súbditos que habían dado muestras de celo para con ellos, la señora de Guermantes consultaba la lista de las personas bien

intencionadas, se había dicho de mí: «Uno al que le diremos que venga a cenar». Pero otros pensamientos la habían distraído…

(De soins tumultueux un prince environné
Vers de nouveaux objets est sans cesse entraîné)[39].

… hasta el momento en que me había visto solo como a Mardoqueo a la puerta del palacio; y como el verme había refrescado su memoria, quería, cual Asuero, colmarme de sus dones.

Sin embargo, debo decir que una sorpresa de opuesto género iba a seguir a la que me había llevado en el momento en que me había invitado la señora de Guermantes. Como me había parecido más modesto por parte mía, y más agradecido, no disimular esa sorpresa, y expresar, por el contrario, con exageración lo que de gozoso tenía, la señora de Guermantes, que se disponía a salir para una última reunión, acababa de decirme, casi como una justificación, y por temor a que yo no supiera bien quién era ella, ya que tan asombrado parecía de ser invitado a su casa: «Ya sabe usted que soy la tía de Roberto de Saint-Loup, que le quiere a usted mucho, y, además, ya nos hemos visto aquí». Al responder que ya lo sabía, añadí que también conocía al señor de Charlus, que «había sido muy amable conmigo en Balbec y en París». La señora de Guermantes dio muestras de extrañeza, y sus miradas parecieron referirse, como para una verificación, a una página ya más antigua del libro íntimo. «¡Cómo!, pero ¿conoce usted a Palamedes?». Este nombre cobraba en los labios de la señora de Guermantes una gran dulzura por la sencillez involuntaria con que la duquesa hablaba de un hombre tan brillante, pero que para ella era nada más que su cuñado y el primo con quien se había criado. Y en la confusa grisura que era para mí la vida de la duquesa de Guermantes, este nombre de Palamedes ponía como la claridad de los largos días estivales en que había jugado con él la duquesa, de niña, en Guermantes, en el jardín. Además, en esa parte, desde hacía mucho transcurrida, de su existencia, Oriana de Guermantes y su primo Palamedes habían sido muy diferentes de lo que habían llegado a ser después: particularmente el señor de Charlus,

entregado por entero a unos gustos artísticos que más tarde había refrenado tan bien que me quedé estupefacto al saber que era él quien había pintado el inmenso abanico de iris amarillos y negros que desplegaba en aquel momento la duquesa. También hubiera podido enseñarme ésta una sonatina que en otro tiempo había compuesto para ella su primo. Ignoraba yo en absoluto que el barón tuviese todos estos talentos de que jamás hablaba. Digamos de paso que al señor de Charlus no le hacía mucha gracia que su familia le llamase Palamedes. Por lo que hace a «Memé», todavía hubiera podido comprenderse que no le agradase. Estas estúpidas abreviaturas son un signo de la incomprensión que la aristocracia tiene de su propia poesía (el judaísmo posee, por lo demás, la misma incomprensión, ya que a un sobrino de lady Rufus Israël que se llamaba Moisés le llamaban corrientemente entre la buena sociedad: «Momó»), al mismo tiempo que de su preocupación por no parecer que concede importancia a lo que es aristocrático. Ahora bien, el señor de Charlus tenía en este respecto más imaginación poética y más orgullo, del que hacía alarde. Pero la razón que le movía a encontrar muy poco de su gusto el «Memé» no era esa, toda vez que se extendía igualmente al hermoso nombre de Palamedes. La verdad es que, juzgándose, sabiéndose de familia principesca, hubiera querido que su hermano y su cuñada dijesen, al referirse a él: «Charlus», como la reina María Amelia o el duque de Orleáns podían decir de sus hijos, nietos, sobrinos y hermanos: «Joinville, Nemours, Chartres, París».

—¡Qué amigo de tapujos es este Memé! —exclamó la duquesa—. Le hemos hablado mucho de usted, nos ha dicho que quedaría encantadísimo de conocerle, absolutamente como si no le hubiera visto nunca. Confiese usted que tiene gracia y, cosa que no es muy amable, por mi parte, decir de un cuñado al que adoro y cuyo raro valor admiro: a ratos, un tanto de loco.

Me sorprendió mucho esta palabra aplicada al señor de Charlus, y me dije que acaso esa semilocura explicase ciertas cosas; por ejemplo, que el señor de Charlus hubiera parecido tan encantado con el proyecto de pedirle a Bloch que apalease a su propia madre. Me di cuenta de que no sólo por las cosas que decía, sino por la forma en que las decía, el señor de Charlus estaba algo loco. La primera vez que se oye a un abogado o a un actor

queda uno sorprendido por su tono, tan diferente de la conversación. Pero como nos damos cuenta de que todo el mundo lo encuentra perfectamente natural, no dice uno nada a los demás, no se dice nada a sí mismo, nos contentamos con apreciar el grado de talento. A lo sumo, se piensa de un actor del Teatro Francés: ¿por qué, en lugar de dejar volver a caer el brazo que tenía en alto, lo ha hecho descender con pequeñas sacudidas, entreveradas de descansos, durante diez minutos lo menos?, o, de un Labori: ¿por qué, desde que ha abierto la boca, ha emitido esos sonidos trágicos, inesperados, para decir la cosa más sencilla? Pero como todo el mundo admite esto a priori, no choca. Del mismo modo, al reflexionar sobre ello, decíase uno que el señor de Charlus habla de sí mismo con énfasis, en un tono que no tenía nada del ordinario. Parecía como que hubiera habido que decirle a cada minuto: «Pero ¿por qué grita usted tan fuerte? ¿Por qué es usted tan insolente?». Sólo que todo el mundo parecía haber admitido tácitamente que así estaba bien. Y entraba uno en el corro que lo jaleaba mientras estaba perorando. Pero, en realidad, un extraño, en ciertos momentos, hubiera creído oír gritar a un demente.

—Pero ¿está usted seguro de que no lo confunde, de que habla realmente de mi cuñado Palamedes? —añadió la duquesa con una ligera impertinencia que en ella se injertaba en la sencillez.

Repuse que estaba absolutamente seguro, y que el señor de Charlus tenía por fuerza que haber oído mal mi nombre.

—Bueno, le dejo a usted —me dijo, como lamentándolo, la señora de Guermantes—. Tengo que ir un momento a casa de la princesa de Ligne. ¿No va usted por allí? ¿No? ¿No le gusta la vida de sociedad? Tiene usted mucha razón, es insoportable. ¡Si yo no me viese obligada! Pero es mi prima; no sería delicado. Lo siento egoístamente, por mí, porque hubiera podido llevarle a usted conmigo, e incluso volverle a su casa. Entonces, me despido de usted y me felicito por lo del miércoles.

Que el señor de Charlus se hubiera avergonzado de mí delante del señor de Argencourt, pase aún. Pero que delante de su misma cuñada, que tan alta idea tenía de él, negase conocerme —hecho tan natural, puesto que yo

conocía a la vez a su tía y a su sobrino— es lo que no me era posible comprender.

Para acabar con esto, diré que, desde cierto punto de vista, había en la señora de Guermantes una verdadera grandeza, que consistía en borrar por entero todo lo que otras no hubieran olvidado sino incompletamente. Aunque nunca me hubiese encontrado acosándola, siguiéndola, rastreando su pista en sus paseos matinales, aunque jamás hubiera respondido a mi saludo cotidiano con una impaciencia agobiada, aunque nunca hubiese mandado a paseo a Saint-Loup cuando éste le había suplicado que me invitase, no hubiera podido tener para conmigo unos modales más nobles ni más naturalmente amables. No sólo no se extendía en disculpas retrospectivas, en medias palabras, en sonrisas ambiguas, en tácitas inteligencias; no sólo tenía en su afabilidad actual, sin retrocesos, sin reticencias, algo tan orgullosamente rectilíneo como su majestuosa estatura, sino que los motivos de queja que había podido sentir contra alguien en el pasado estaban tan por entero reducidos a cenizas, esas mismas cenizas habían sido arrojadas tan lejos de su memoria o, por lo menos, de su manera de ser, que al ver su rostro, cada vez que tenía que tratar con la más hermosa sencillez de lo que en tantos otros hubiera servido de pretexto a restos de frialdad, a recriminaciones, la impresión que tenía uno era de algo así como una purificación.

Pero si yo estaba sorprendido de la modificación que con respecto a mí se había operado en ella, cuánto más lo estaba al encontrar en mí un cambio muchísimo mayor respecto de ella. ¿No había habido un momento en que no recobraba yo vida y fuerza si no había buscado, echando de continuo los cimientos de nuevos proyectos, alguien que hiciera que ella me recibiese y, después de esta primera ventura, procurase otras muchas a mi corazón, cada vez más exigente? La imposibilidad de encontrar nada era lo que me había hecho salir para Doncières a ver a Roberto de Saint-Loup. Y ahora eran realmente las consecuencias derivadas de una carta de éste lo que me tenía agitado, sólo que a cuenta de la señora de Stermaria y no de la de Guermantes.

Agreguemos, para acabar con esta recepción, que ocurrió en ella un hecho, rectificado algunos días después, que no dejó de extrañarme, me indispuso por algún tiempo con Bloch y constituye en sí una de esas curiosas contradicciones cuya explicación habrá de encontrarse al final de este volumen (Sodoma, I)[40]. Bloch, en casa de la señora de Villeparisis, no cesó de alabarme las muestras de amabilidad del señor de Charlus, que, cuando se encontraba con él en la calle, le miraba a los ojos como si le conociese, tenía ganas de conocerle, sabía muy bien quién era. Yo me sonreí, al pronto, ya que con tanta violencia se había expresado Bloch en Balbec a propósito del mismo señor de Charlus. Y pensé simplemente que Bloch, al igual que le ocurría a su padre con Bergotte, conocía al barón «sin conocerle». Y que lo que tomaba por una mirada amable era una mirada distraída. Pero Bloch acabó por llegar a tantas precisiones, pareció tan seguro de que en dos o tres ocasiones el señor de Charlus había querido abordarle, que, acordándome de haber hablado de mi camarada al barón, el cual, justamente al volver de una visita a casa de la señora de Villeparisis, me había hecho varias preguntas acerca de él, formé la suposición de que Bloch no mentía, que el señor de Charlus se había enterado de su nombre, de que era amigo mío, etc… Así, algún tiempo después, en el teatro, pedí al señor de Charlus permiso para presentarle a mi amigo, y ante su aquiescencia fui a buscarlo. Pero desde el momento en que el señor de Charlus lo vio, una extrañeza inmediatamente reprimida se pintó en su rostro, en el que fue sustituida por un centelleante furor. No sólo no tendió la mano a Bloch, sino que cada vez que éste le dirigió la palabra le respondió con el talante más insolente, con una voz irritada y ofensiva. De modo que Bloch, que, según decía, no había recibido hasta entonces del barón más que sonrisas, creyó que yo, en lugar de hablarle en favor suyo, le había hecho un mal tercio durante el breve diálogo en que, sabiendo el gusto del señor de Charlus por los protocolos, le había hablado de mi camarada antes de presentárselo. Bloch nos dejó, desmazalado como una persona que ha querido montar un caballo dispuesto a cada paso a desbocarse, o nadar contra unas olas que sin cesar lo arrojan a uno contra los guijarros de la orilla, y no volvió a hablarme en seis meses.

Los días que precedieron a mi cena con la señora de Stermaria fueron para mí no deliciosos, sino insoportables. Es que, en general, cuanto más corto es el tiempo que nos separa de lo que nos proponemos, más largo nos parece, porque le aplicamos medidas más breves, o simplemente porque pensamos en medirlo. El papado, dicen, cuenta por siglos, y acaso ni siquiera piensa en contar, porque su objetivo está en el infinito. Yo, como el mío estaba solamente a la distancia de tres días, contaba por segundos, me entregaba a esos fantaseos que son comienzos de caricias, de caricias que rabia uno al no poderlas hacer acabar por la mujer misma (esas caricias precisamente, con exclusión de cualesquiera otras). Y en suma, si es verdad que, en general, la dificultad de alcanzar el objeto de un deseo aumenta éste (la dificultad, no la imposibilidad, pues esta última lo suprime), sin embargo, para un deseo enteramente físico, la certeza de que ha de ser realizado en un momento próximo y determinado es apenas menos exaltante que la incertidumbre; casi tanto como la duda ansiosa, la ausencia de duda torna intolerable la espera del placer infalible, ya que hace de esa espera una realización innumerable y, merced a la frecuencia de las representaciones anticipadas, divide el tiempo en cortes tan menudos como lo haría la angustia.

Lo que yo necesitaba era poseer a la señora de Stermaria, porque desde hacía varios días, con una actividad incesante, mis deseos habían preparado en mi imaginación ese placer, y sólo ése; otro (el placer con otra) no hubiera estado en sazón, ya que el placer no es más que el realizarse una apetencia previa y que no es siempre la misma, que cambia según las mil combinaciones de la ilusión, los azares del recuerdo, el estado del temperamento, el orden de disponibilidad de los deseos, de que los últimos atendidos descansen hasta que haya sido olvidada un tanto la decepción de su realizarse; yo no hubiera estado dispuesto, había dejado ya el camino real de los deseos generales y me había enveredado por el sendero de un deseo particular: hubiera sido preciso, para desear otra cita, volver de demasiado lejos para alcanzar de nuevo el camino real y tomar otro sendero. Poseer a la señora de Stermaria en la isla del Bosque de Bolonia, donde la había invitado a cenar, era el placer que me imaginaba a cada minuto. Este placer

hubiera quedado naturalmente destruido si yo hubiese cenado en esa isla sin la señora de Stermaria; pero quizá también harto disminuido, de cenar, aun con ella, en otro sitio. Por otra parte, las actitudes conforme a las que nos figuramos un placer son previas a la mujer, al género de mujeres que para él conviene. Son esas actitudes las que lo gobiernan, de igual suerte que imponen el lugar y a causa de ello hacen que vuelvan a nuestro caprichoso pensamiento tal mujer, tal paraje, tal alcoba que en otras semanas hubiésemos desdeñado. Hijas de la costumbre, ciertas mujeres no van bien sin el vasto lecho en que encuentra uno la paz al lado de ellas, y otras, para ser acariciadas con una intención más secreta, requieren las hojas al viento, las aguas en la noche, son ligeras y huidizas tanto como unas y otras.

Claro que mucho antes ya de haber recibido la carta de Saint-Loup, y cuando aún no se trataba de la señora de Stermaria, la isla del Bosque me había parecido como hecha adrede para el placer, porque me había ocurrido ir allí a saborear la tristeza de no tener ningún goce a que dar abrigo en aquellos lugares. Por las orillas del lago que conducen a esa isla y a lo largo de las que, en las últimas semanas del estío, van a pasearse las parisienses que aún no han salido de veraneo, es por donde, sin saber ya en qué lugar encontrarla, ni siquiera si no habrá abandonado ya París, vaga uno con la esperanza de ver pasar a la muchachita de quien se ha enamorado en el último baile del año, a la que ya no podrá uno volver a encontrar en ninguna reunión de la primavera siguiente. Sintiéndose en vísperas, o acaso al día siguiente de la partida del ser querido, sigue uño, por la orilla del agua trémula, esas hermosas avenidas en que ya una primera hoja roja florece como una última rosa, escruta el horizonte en que, merced a un artificio inverso al de esos panoramas bajo cuya rotonda los personajes de cera del primer plano comunican a la tela pintada del fondo la ilusoria apariencia de la profundidad y del volumen, nuestros ojos, al pasar sin transición del parque cultivado a las alturas naturales de Meudon y del monte Valérien, no saben dónde poner una frontera, y hacen entrar la verdadera campiña en la obra de jardinería, cuyo goce artificial proyectan mucho más allá de ella, al igual que esos pájaros raros criados en libertad en un jardín botánico, y que cada día, según el capricho de sus paseos alados, van a posar en los bosques

limítrofes una nota exótica. Entre la postrera fiesta del verano y el destierro del invierno, recorre uno ansiosamente ese reino novelesco de los encuentros inciertos y de las melancolías amorosas, y no nos sorprendería más que estuviera situado fuera del universo geográfico, que si en Versalles, en lo alto de la terraza, observatorio en torno al cual las nubes se acumulan contra el cielo azul en el estilo de Van der Meulen, después de habernos elevado así fuera de la Naturaleza, supiéramos que allí donde ésta comienza de nuevo, al extremo del gran canal, los pueblos que no podemos distinguir, en el horizonte deslumbrador como el mar, se llaman Fleurus o Nimega.

Y pasado el último coche, cuando sentimos con dolor que ya no vendrá ella, nos vamos a cenar a la isla; por cima de los álamos temblones que recuerdan sin fin los misterios de la atardecida más que responden a ellos, una nube sonrosada pone un postrero color de vida en el cielo aserenado. Algunas gotas de lluvia caen sin ruido en el agua, antigua, pero en su divina infancia, que sigue siendo siempre del color del tiempo y que olvida en todo momento las imágenes de las nubes y de las flores. Y después que los geranios, intensificando la iluminación de sus colores, han luchado inútilmente contra el crepúsculo ensombrecido, una bruma viene a envolver la isla que se aduerme; se pasea uno por la húmeda oscuridad, a la orilla del agua en que a lo sumo el paso silencioso de un cisne os pasma como en un lecho nocturno los ojos abiertos de par en par un instante y la sonrisa de un niño al que no creíamos despierto. Entonces quisiéramos tanto más tener con nosotros una enamorada, cuanto más solos nos sentimos y más lejos podemos creernos.

Pero en esta isla, en la que hasta en verano había frecuentemente bruma, cuánto más feliz sería yo trayendo a la señora de Stermaria, ahora que los días malos, que el fin del otoño había llegado. Si el tiempo que hacía desde el domingo no había, por sí solo, tornado grisáceos y marítimos los países en que mi imaginación vivía —como en otras estaciones los tornaba embalsamados, luminosos, italianos—, la esperanza de poseer a la vuelta de unos días a la señora de Stermaria hubiera bastado para hacer que se alzara veinte veces por hora un telón de bruma en mi imaginación monótonamente nostálgica. De todos modos, la niebla que desde la víspera se había alzado

en el mismo París no sólo me hacía pensar sin tregua en la tierra natal de la muchacha a quien acababa de invitar, sino que, como era probable que, mucho más densa aún que en la ciudad, habría de invadir a la atardecida el Bosque, sobre todo a la orilla del lago, pensaba yo que convertiría un poco para mí la isla de los Cisnes en la isla de Bretaña, cuya atmósfera marítima y brumosa había rodeado siempre a mis ojos como una vestidura la pálida silueta de la señora de Stermaria. Realmente, cuando es uno joven, a la edad que tenía yo cuando mis paseos del lado de Méséglise, nuestro deseo, nuestra creencia confieren al vestido de una mujer una particularidad individual, una irreductible esencia. Persigue uno la realidad. Pero, a fuerza de dejarla escapar, acaba por observarse que a través de todas esas vanas tentativas en que hemos encontrado la inanidad subsiste algo sólido, y es lo que se buscaba. Empieza uno a despejar, a conocer aquello que ama; trata de procurárselo, aunque sea a costa de un artificio. Entonces, a falta de la creencia desaparecida, la costumbre significa un suplir esa creencia mediante una ilusión voluntaria. De sobra sabía yo que no iba a encontrar a media hora de casa la Bretaña. Pero al pasearme de bracete con la señora de Stermaria por las tinieblas de la isla, a la orilla del agua, haría como otros que, ya que no pueden entrar en un convento, por lo menos, antes de poseer a una mujer, la visten de religiosa.

Podía incluso esperar que oiría en compañía de la joven algún chapoteo de olas, toda vez que la víspera de la cena se desencadenó una tormenta. Empezaba a afeitarme para ir a la isla a encargar que me guardasen el reservado (bien que en esta época del año estuviese vacía la isla y el restaurante desierto) y preparar la carta para el almuerzo del día siguiente, cuando Francisca me anunció a Albertina. La hice pasar en seguida, indiferente a que me viese afeado por una barbita negra la misma mujer para quien, en Balbec, nunca me encontraba bastante guapo, y que me había costado entonces tanta agitación y trabajo como ahora la señora de Stermaria. Me importaba que ésta recibiese la mejor impresión posible de la velada del día siguiente. Así rogué a Albertina que me acompañase inmediatamente a la isla para ayudarme a componer la carta. Aquella a quien se da todo es sustituida tan aprisa por otra, que se queda uno pasmado

de dar lo que tiene de nuevo, a cada hora, sin esperanza de porvenir. Ante mi proposición, el rostro sonriente y rosa de Albertina, bajo un gorrito liso que descendía muy bajo, hasta los ojos, pareció vacilar. Debía de tener otros proyectos; de todos modos, me los sacrificó fácilmente, con gran satisfacción mía, ya que concedía mucha importancia a tener a mi lado una joven de su casa que sabría disponer la cena mucho mejor que yo.

Verdad es que Albertina había representado muy otra cosa para mí en Balbec. Pero nuestra intimidad —aun cuando entonces no la juzguemos suficientemente estrecha— con una mujer de quien estamos prendados, crea entre nosotros y ella, a pesar de las insuficiencias que nos hacen sufrir entonces, vínculos sociales que sobreviven a nuestro amor e incluso al recuerdo del mismo. Entonces, en lo que ya no es para nosotros más que un medio, y un camino hacia otras, nos hallamos tan sorprendidos y divertidos al enterarnos por nuestra memoria de lo que su nombre significó de original para el otro ser que hemos sido antaño, como si, después de haber dado a un cochero unas señas, el «Boulevard des Capucines» o la «Rue du Bac», pensando únicamente en la persona a quien vamos a ver allí, nos diésemos cuenta de que esos nombres fueron en otro tiempo el de las monjas capuchinas cuyo convento se encontraba en ese lugar, y el de la balsa[41] que cruzaba el Sena.

Verdad es que mis deseos de Balbec habían madurado tan bien el cuerpo de Albertina, habían acumulado en él sabores tan frescos y tan dulces que, durante nuestra caminata por el bosque, mientras el viento, como un jardinero cuidadoso, sacudía los árboles, hacía caer los frutos, barría las hojas muertas, me decía yo que, si hubiera habido algún riesgo de que Saint-Loup se hubiese engañado, o de que yo hubiese entendido mal su carta y de que mi cena con la señora de Stermaria no me condujese a nada, habría citado para aquella misma atardecida, muy tarde, a Albertina, con objeto de olvidar durante una hora puramente voluptuosa, teniendo en mis brazos el cuerpo en que mi curiosidad había calculado, sopesado todos los encantos en que ahora sobreabundaba, las emociones y acaso las tristezas de este comienzo de amor respecto de la señora de Stermaria. Y realmente, si yo hubiera podido suponer que la señora de Stermaria no había de

concederme ningún favor la primera tarde, me habría representado por modo harto falaz el rato que había de pasar con ella. De sobra sabía yo por experiencia cómo las dos etapas que se suceden en nosotros, en esos comienzos de amor hacia una mujer a la que hemos deseado sin conocerla, amando en ella, antes que a ella misma —casi desconocida aún—, la vida particular en que se baña, cómo esas dos etapas se reflejan extrañamente en el orden de los hechos; es decir, no ya en nosotros mismos, sino en nuestras citas con ella. Hemos vacilado, sin haber hablado nunca con ella, tentados por la poesía que para nosotros representa. ¿Será ella o será otra? Y he aquí que los sueños plasman en torno a ella, ya no componen más que una misma cosa con ella. La primera cita con ella, que seguirá bien pronto, debería reflejar este amor naciente. No hay nada de eso. Como si fuera necesario que la vida material tuviese también su primera etapa, queriéndola ya, le hablamos de la manera más insignificante: «Le he pedido a usted que viniese a cenar a esta isla porque he pensado que le gustaría este escenario. Por lo demás, no tengo nada de particular que decirle. Pero me da miedo de que haya aquí mucha humedad y tenga usted frío. —No, no—. Lo dice usted por amabilidad. Le permito luchar, señora, un cuarto de hora más contra el frío, por no importunarla, pero dentro de un cuarto de hora me la llevaré de aquí a la fuerza. No quiero hacerle pillar un catarro». Y sin haberle dicho nada nos la llevamos de allí, sin recordar nada de ella; a lo sumo, cierta manera de mirar, pero sin pensar más que en volverla a ver. Ahora bien, a la segunda vez (sin volver a encontrar siquiera la mirada, único recuerdo, pero sin pensar ya, a pesar de ello, en otra cosa que en verla de nuevo), la primera etapa ha quedado atrás. Nada ha ocurrido en el intervalo. Y sin embargo, en lugar de hablar de las comodidades del restaurante, decimos, sin que ello extrañe a la nueva persona, a la que encontramos fea, pero a la que querríamos que estuvieran hablándole de nosotros todos los minutos de su vida: «Mucho vamos a tener que hacer para vencer todos los obstáculos acumulados entre nuestros corazones. ¿Cree usted que lo conseguiremos? ¿Se figura usted que podremos dar cuenta de nuestros enemigos, esperar un porvenir dichoso?». Pero estas conversaciones, primeramente insignificantes y que luego hacen alusión al

amor, no llegaríamos a tenerlas nosotros dos; podía dar crédito a la carta de Saint-Loup. La señora de Stermaria se entregaría desde el primer día; así es que ya no tendría yo que citar a Albertina en mi casa, poniéndome en lo peor, para el final de la tarde. Era inútil; Roberto no exageraba nunca, y su carta ¡estaba tan clara!

Albertina me hablaba poco porque se daba cuenta de que yo estaba preocupado. Dimos unos cuantos pasos a pie, bajo la gruta verdosa, casi submarina, de una espesa arboleda sobre cuya cúpula oíamos romperse el viento y salpicar la lluvia. Yo aplastaba contra la tierra las hojas muertas que se hundían en el suelo como conchas, y hacía rodar, empujándolas con el bastón, las castañas, punzantes como erizos de mar.

En las ramas, las últimas hojas convulsas sólo seguían al viento en la longitud de su pedúnculo, pero a veces, al romperse éste, caían a tierra y alcanzaban al viento corriendo. Yo pensaba con alegría cuánto más lejana aún estaría mañana la isla si seguía este tiempo, y, de todos modos, enteramente desierta. Subimos de nuevo al coche, y, como la borrasca había amainado, Albertina me pidió que siguiéramos hasta Saint-Cloud. Lo mismo que abajo las hojas muertas, las nubes, arriba, seguían al viento. Y migratorios atardeceres cuya superposición rosa, azul y verde dejaba ver una a modo de sección cónica practicada en el cielo, estaban preparados ya con destino a otros climas más benignos. Por ver más de cerca una diosa de mármol que se alzaba de su zócalo y, completamente sola en un gran bosque que parecía estar consagrado a ella, lo colmaba del terror mitológico, medio animal, medio sagrado, de sus brincos furiosos, Albertina subió a un teso, mientras yo la aguardaba en el camino. Hasta ella, vista así desde abajo, no ya abultada y rolliza como el día aquel en mi cama, en que el grano de la piel en su cuello se aparecía a la lupa de mis ojos arrimados a ella, sino cincelada y fina, parecía una estatuilla por la que los minutos venturosos de Balbec habían pasado su pátina. Cuando volví a encontrarme solo en casa, acordándome de que había ido a hacer una excursión a prima tarde con Albertina, de que cenaba pasado mañana en casa de la señora de Guermantes y de que tenía que contestar a una carta de Gilberta, tres mujeres a las que había querido, me dije que nuestra vida

social está llena, como el estudio de un artista, de esbozos abandonados en los que por un momento habíamos creído poder plasmar nuestra necesidad de un gran amor, pero no pensé en que a veces, si el bosquejo no es demasiado antiguo, puede ocurrir que volvamos a tomarlo y que hagamos de él una obra completamente diferente, y quizá más importante, inclusive, que la que primeramente habíamos proyectado.

A la mañana siguiente hizo un tiempo frío y hermoso: sentíase el invierno (en rigor, la estación estaba tan avanzada que era un milagro que hubiéramos podido encontrar en el Bosque, expoliado ya, algunas cúpulas de oro verde). Al despertar vi, como por la ventana del cuartel de Doncières, la bruma mate, compacta y blanca que pendía gozosamente al sol, consistente y blanda como almíbar hilado. Luego el sol se ocultó, y la niebla se tornó aún más espesa en las horas de la tarde. Se hizo de noche muy pronto, me arreglé, pero era demasiado temprano aún para salir; decidí mandar un coche a la señora de Stermaria. No me atreví a montar en él por no obligarla a hacer el camino conmigo; pero le entregué al cochero unas letras para ella, en que le preguntaba si me permitía pasar a recogerla. Mientras esperaba, me eché en la cama, cerré los ojos un instante, luego los volví a abrir. Más arriba de los visillos ya no había más que un estrecho viso de claridad que iba oscureciéndose. Reconocía yo esta hora inútil, vestíbulo profundo del goce, cuyo vacío sombrío y delicioso había aprendido a conocer en Balbec cuando, solo en mi cuarto como ahora, mientras todos los demás estaban cenando, veía sin tristeza morir el día más arriba de los visillos, sabiendo que poco después, tras una noche tan corta como las noches del polo, iba a resucitar, más refulgente, en el flamear de Rivebelle. Me echaba fuera de la cama, me ponía mi corbata negra, me pasaba el cepillo por el pelo, últimos ademanes de un tardío poner las cosas en orden, ejecutados en Balbec pensando no en mí, sino en las mujeres que vería en Rivebelle, mientras les sonreía de antemano en el espejo oblicuo de mi cuarto, y que por ello habían quedado como signos precursores de una diversión entreverada de luces y música. Como signos mágicos la evocaban, más aún, la realizaban ya; gracias a ellos tenía yo una noción tan cierta de su verdad, una fruición tan acabada de su hechizo embriagador y

frívolo, como las que tenía en Combray en el mes de julio, cuando oía los martillazos del embajador y gozaba, en el frescor de mi alcoba a oscuras, del calor y del sol.

Parejamente, ya no era en realidad a la señora de Stermaria a quien hubiera deseado ver. Obligado ahora a pasarme con ella la noche, hubiera preferido, como era para mí ésta la última antes de que volviesen mis padres, que me quedase libre y poder tratar de volver a ver mujeres de las de Rivebelle. Volví a lavarme por última vez las manos y, en el paseo que el placer me hacía dar por todo el piso, me las sequé en el oscuro comedor. Me pareció que estaba abierto éste a la antesala iluminada; pero lo que había tomado por la iluminada rendija de la puerta que, por el contrario, estaba cerrada, no era sino el blanco reflejo de mi servilleta en la luna de un espejo puesto de pie contra la pared en espera de que lo colocasen cuando volviera mamá. Volví a pensar en todos los espejismos que había descubierto de esta manera en nuestro piso, y que no sólo eran tópicos, ya que los primeros días había creído que la vecina tenía un perro, a cuenta del aullido prolongado, humano casi, que había dado en emitir cierto tubo de la cocina cada vez que abrían el grifo. Y la puerta que daba al descansillo sólo se cerraba lentísimamente, con las corrientes de aire de la escalera, ejecutando los cortes de frases, voluptuosos y gemebundos, que se superponen al coro de los Peregrinos, hacia el final de la obertura de *Tanhäuser.* Por otra parte, cuando acababa de dejar mi servilleta en su sitio, tuve ocasión de volver a gozar una nueva audición de este asombroso trozo sinfónico, porque, como hubiera sonado un campanillazo, corrí a abrir la puerta del recibimiento al cochero que me traía la respuesta. Pensé que sería: «Esa señora está abajo», o «La señora ésa le espera». Pero el hombre tenía en la mano una carta. Dudé un instante si enterarme de lo que la señora de Stermaria había escrito, que mientras ella tenía la pluma en la mano hubiera podido ser otra cosa, pero que ahora era, separado de ella, un destino que seguía su camino solo, y en el que ya nada podía cambiar ella. Dije al cochero que bajara y esperase un instante, aunque rezongaba a cuenta de la niebla. En cuanto se fue, abrí el sobre. En el tarjetón: La Vizcondesa Alix de Stermaria. Mi invitada había escrito: «Estoy desolada, un contratiempo me impide cenar

esta noche con usted en la isla del Bosque. Era para mí una fiesta. Le escribiré más extensamente desde Stermaria. Siento lo ocurrido. Saludos». Me quedé inmóvil, aturdido por el choque que había recibido. A mis pies habían caído el tarjetón y el sobre, como el taco de un arma de fuego cuando ha salido el tiro. Los recogí, analicé la frase: «Me dice que no puede cenar conmigo en la isla del Bosque. Pudiera deducirse de ello que podría cenar conmigo en otra parte. No cometeré la indiscreción de ir a buscarla, pero, en fin, así podría entenderse esto». Y esa isla del Bosque, como desde hacía cuatro días se había instalado de antemano en ella mi pensamiento con la señora de Stermaria, no podía acabar de hacerlo volver de allí. Mi deseo se acogía de nuevo a la pendiente que seguía desde hacía tantas horas, y a pesar de esta misiva, demasiado reciente para que pudiera prevalecer contra él, aún me preparaba instintivamente a salir, del mismo modo que un alumno reprobado en un examen querría contestar a una pregunta más. Acabé por decidirme a ir a decirle a Francisca que bajase a pagar al cochero. Crucé el pasillo sin encontrarla, pasé al comedor; de pronto, mis pasos cesaron de resonar sobre el entarimado como habían hecho hasta allí, y se asordaron en un silencio que aun antes de que conociese su causa me dio una sensación de ahogo y de claustración. Eran las alfombras que, para cuando volvieran mis padres, habían empezado a clavar, esas alfombras que tan hermosas son en las mañanas felices, cuando en medio de su desorden os espera el sol como un amigo que ha venido para llevarnos a comer al campo, y posa en ellos la mirada de la selva, pero que ahora, por el contrario, eran el primer arreglo de la prisión invernal, de donde, obligado como iba a estar a vivir, a hacer mis comidas en familia, ya no iba a poder salir libremente.

—Tenga cuidado el señorito, no se vaya a caer, que aún no están clavadas —me gritó Francisca—. Hubiera debido encender la luz. Ya estamos a fines de *sectiembre;* se acabaron los días buenos.

Bien pronto, el invierno; en el rincón de la ventana, como en un vidrio de Gallé, una veta de nieve endurecida; e incluso en los Campos Elíseos, en lugar de las muchachas que uno espera, nada más que los gorriones completamente solos.

Lo que acababa de hacer mayor mi desesperación por no ver a la señora de Stermaria era que su respuesta me hacía suponer que mientras yo, hora por hora, desde el domingo, no vivía más que para esta cena, ella no había pensado en semejante cosa, indudablemente, ni una sola vez. Más tarde supe de un absurdo casamiento por amor que hizo con un joven con el que debía de estarse viendo en ese momento y que le había hecho sin duda olvidar mi invitación. Porque si se hubiese acordado de ella, no habría, indudablemente, esperado al coche, que yo no debía, por lo demás, según lo convenido, enviarle, para avisarme que no estaba libre. Mis ensueños de tierna virgen feudal en una isla brumosa habían despejado el camino a un amor todavía inexistente. Ahora mi decepción, mi cólera, mi desesperado deseo de recobrar a la que acababa de negárseme, podían, haciendo entrar en la danza mi sensibilidad, fijar el amor posible que hasta aquí sólo me había, aunque más débilmente, ofrecido mi imaginación.

¡Cuántos hay en nuestros recuerdos, cuántos más en nuestro olvido, de estos rostros de muchachitas y de jóvenes completamente diferentes, y a los que no hemos añadido un encanto y un furioso deseo de volverlos a ver sino porque se habían esquivado en el último momento! Por lo que hacía a la señora de Stermaria, era mucho más y me bastaba ahora, para quererla, volverla a ver para que fuesen renovadas estas impresiones tan vivas, pero demasiado breves, y que la memoria, de no ser así, no hubiera tenido suficiente fuerza para conservar en la ausencia. Las circunstancias decidieron que fuese de otra manera: no la volví a ver. No fue a ella a quien quise, pero hubiera podido serlo. Y una de las cosas que hicieron acaso para mí el más cruel del grande amor que iba a tener bien pronto, fue, al acordarme de esa tarde, decirme que ese amor hubiera podido, de haber sido modificadas algunas circunstancias sencillísimas, dirigirse a otra parte, a la señora de Stermaria; aplicado a la que me lo inspiró tan poco tiempo después, no era, por ende —como yo, sin embargo, hubiera tenido tantas ganas, tanta necesidad de creer—, absolutamente necesario y predestinado.

Francisca me había dejado solo en el comedor, diciéndome que hacía mal en quedarme allí antes de que hubiese encendido el fuego. Iba a hacer la cena, porque aun antes de la llegada de mis padres, y desde esa noche,

comenzaba mi reclusión. Reparé en un enorme lío de alfombras, todavía enrolladas, que habían arrimado contra el rincón del aparador, y escondiendo en ellas la cabeza, tragando su polvo y mis lágrimas, como los judíos que se cubrían de ceniza la cabeza en el duelo, rompí a sollozar. Tiritaba no sólo porque la habitación estaba fría, sino por un notable descenso térmico (contra cuyo peligro y, fuerza es decirlo, contra cuyo ligero deleite no intenta uno reaccionar) causado por ciertas lágrimas que lloran nuestros ojos, gota a gota, como una lluvia fina, penetrante, glacial, que parece que no ha de acabar nunca. De repente oí una voz:

—¿Se puede pasar? Me ha dicho Francisca que debías de estar en el comedor. Venía a ver si no querrías que fuésemos a cenar juntos a cualquier sitio, si no te hace daño, porque hay una niebla que se puede cortar con cuchillo.

Era Roberto de Saint-Loup, que había llegado por la mañana, cuando yo le creía aún en Marruecos o en el mar.

Ya he dicho (y precisamente era, en Balbec, Roberto de Saint-Loup quien me había, bien a pesar suyo, ayudado a adquirir conciencia de ello) lo que pienso de la amistad: a saber, que es tan poca cosa, que me cuesta trabajo comprender que hombres de algún genio, como, por ejemplo, un Nietzsche, hayan tenido el candor de atribuirle cierto valor intelectual y en consecuencia esquivarse a amistades a que la estimación intelectual no fuese unida. Sí, siempre ha sido para mí un asombro ver que un hombre que extremaba la sinceridad para consigo mismo hasta apartarse, por escrúpulo de conciencia, de la música de Wagner, se haya imaginado que la verdad puede realizarse en el modo de expresión, por naturaleza confuso e inadecuado, que son, en general, unos actos, y en particular las amistades, y que pueda haber una significación cualquiera en dejar uno su trabajo por ir a ver a un amigo y llorar con él al saber la falsa noticia del incendio del Louvre. Yo había llegado, en Balbec, a encontrar el placer de jugar con las chicas menos funesto para la vida espiritual, a la que por lo menos permanece ajeno, que la amistad, cuyo esfuerzo todo es un hacernos sacrificar la única parte real e incomunicable (como no sea por medio del arte) de nosotros mismos a un yo superficial, que no encuentra, como el

otro, alegría en sí mismo, sino que halla un enternecimiento confuso en sentirse sostenido por puntales externos, hospitalizado en una individualidad ajena, a la que, feliz con la protección que le dan, hace irradiar su bienestar en aprobación y se maravilla con cualidades que llamaría defectos y trataría de corregir en sí mismo. Por lo demás, los que denigran la amistad pueden, sin ilusiones y no sin remordimientos, ser los mejores amigos del mundo, de igual suerte que un artista que lleva en sí una obra maestra y se da cuenta de que su deber sería vivir para trabajar, a pesar de ello, por no parecer egoísta o no correr el riesgo de serlo, da su vida por una causa inútil, y la da tanto más denodadamente cuanto que las razones por que hubiera preferido no darla eran razones desinteresadas. Pero cualquiera que fuese mi opinión acerca de la amistad, aun sin hablar más que del goce que me procuraba, de una calidad tan mediocre que se parecía a algo intermedio entre el cansancio y el hastío, no hay brebaje tan funesto que no pueda a determinadas horas llegar a ser precioso y reconfortante, aportándonos el latigazo que nos era necesario, el calor que no podemos encontrar en nosotros mismos.

Estaba yo muy lejos, por cierto, de querer pedirle a Saint-Loup, como deseaba hacía una hora, que me hiciera volver a ver mujeres de las de Rivebelle: el surco que dejaba en mí la añoranza de la señora de Stermaria no quería ser borrado tan aprisa; pero en el momento en que va no sentía en mi corazón ningún motivo de felicidad, la entrada de Saint-Loup fue como un arribo de bondad, de alegría, de vida, que estaban fuera de mí, desde luego, pero que se me ofrecían, que no pedían más que ser mías. Ni él mismo comprendió mi grito de agradecimiento y mis lágrimas de ternura. ¿Qué cosa hay más paradójicamente afectuosa, por otra parte, que uno de esos amigos —diplomático, explorador, aviador o militar— como era Saint-Loup, y que, como vuelven a salir a la mañana siguiente para el campo, y de allí para Dios sabe dónde, parece como si hicieran alojarse para sí mismos, en la tarde que nos consagran, una impresión que se extraña uno de que pueda, de tan rara y breve como es, serles tan dulce, y, desde el momento en que tanto les agrada, de no verles prolongarla más o renovarla más a menudo? Una comida con nosotros, cosa tan natural, depara a estos

viajeros el mismo deleite extraño y delicioso que nuestros bulevares a un asiático. Salimos juntos para ir a cenar, y mientras bajaba la escalera me acordé de Doncières, donde todas las noches iba a buscar a Roberto al restaurante, y de los comedorcitos olvidados. Me acordé de uno en el que no había vuelto a pensar nunca y que no estaba en el hotel en que cenaba Saint-Loup, sino en otro mucho más modesto, entre fonda y casa de huéspedes, y en que le servían a uno la patrona y una de sus criadas. La nieve me había detenido allí. Por otra parte, Roberto no iba a cenar aquella noche al hotel, y yo no había querido ir más lejos. Me llevaron los platos arriba, a un cuartito revestido todo él de madera. La lámpara se apagó durante la comida; la criada me encendió dos velas. Yo, fingiendo no ver muy claro al tenderle mi plato, mientras ella ponía en éste unas patatas, cogí en mi mano su antebrazo desnudo, como para guiarla. Al ver que no lo retiraba, la acaricié; luego, sin pronunciar palabra, la atraje del todo hacia mí, apagué las velas, y entonces le dije que me cachease si quería ganarse algún dinero. Durante los días que siguieron, el placer físico me pareció que exigía, para ser saboreado, no sólo aquella criada, sino el comedor de madera, tan aislado. Fui, con todo, hacia el lugar en que cenaban Roberto y sus amigos, adonde volví todas las noches, por costumbre, por amistad, hasta mi partida de Doncières. Y, sin embargo, ni aun en aquel hotel en que se hospedaba Saint-Loup con sus amigos pensaba yo ya desde hacía mucho tiempo. Apenas nos aprovechamos de nuestra vida, dejamos inacabadas en los crepúsculos de estío o en las noches precoces de invierno las horas en que nos había parecido que hubiera podido, sin embargo, estar encerrado un poco de paz o de goce. Pero esas horas no están absolutamente perdidas. Cuando cantan a su vez nuevos momentos de placer que pasarían del mismo modo, tan endebles y lineales, vienen ellas a traerles el basamento, la consistencia de una rica orquestación. Se extienden así hasta una de esas felicidades tipo, que sólo se encuentran de tarde en tarde, pero que siguen existiendo; en el ejemplo presente, era el abandono de todo lo demás para cenar en un marco confortable que, por la virtud de los recuerdos, encierra en un cuadro de naturaleza promesas de viaje, con un amigo que va a remover nuestra vida durmiente con toda su energía, con todo su afecto, a

comunicarnos un goce conmovido, harto diferente del que podríamos deber a nuestro propio esfuerzo o a las distracciones mundanas; vamos a ser nada más que de él, a hacerle juramentos de amistad que, nacidos entre los tabiques de esa hora, permaneciendo encerrados en ella, acaso no serían cumplidos al día siguiente, pero que yo podía hacerle sin escrúpulos a Saint-Loup, ya que éste, con un valor en que entraba mucha cordura y el presentimiento de que no se puede zahondar en la amistad, a la mañana siguiente habría partido de nuevo.

Si al bajar la escalera revivía yo las atardecidas de Doncières, cuando hubimos llegado a la calle bruscamente, la noche casi completa en que la niebla parecía haber apagado los faroles, que no se distinguían, harto débiles, como no fuese desde muy cerca, me devolvió a no sé qué llegada, de atardecida, a Combray, cuando la ciudad aún no estaba alumbrada más que de trecho en trecho, y andaba uno en ella a tientas en una oscuridad húmeda, tibia y sagrada, de pesebre, estrellada apenas acá y allá por una lucecilla que no brillaba más que un cirio. Entre ese año, por lo demás incierto, de Combray, y los atardeceres de Rivebelle, que momentos antes había vuelto a ver por cima de los visillos, ¡qué diferencias! Sentía yo al percibirlas un entusiasmo que hubiera podido ser fecundo si me hubiese quedado solo, y me habría evitado así el rodeo de muchos años inútiles por los que aún había de pasar antes de que se declarase la vocación invisible de que esta obra es la historia. Si tal hubiera ocurrido aquella tarde, el coche en que íbamos hubiera merecido quedar como más perdurable para mí que el del doctor Percepied, sentado en cuyo asiento había compuesto yo la breve descripción —vuelta a encontrar precisamente hacía poco tiempo, arreglada y vanamente enviada al *Fígaro*— de las campanas de Martinville. ¿Es porque no revivimos nuestros años en su sucesión continua, día por día, sino en el recuerdo fijado en el frescor o en la insolación de una mañana o de una tarde, recibiendo la sombra de tal lugar aislado, cercado, inmóvil, parado y perdido, lejos de todo lo demás, y que así, al resultar suprimidos los cambios graduados no sólo en el exterior, sino en nuestros sueños y en nuestro carácter en evolución, cambios que nos han conducido insensiblemente por la vida de un tiempo a tal otro muy diferente, si

revivimos otro recuerdo tomado de un año diferente, encontramos entre ellos, gracias a lagunas, a inmensos lienzos de olvido, algo así como el abismo de una diferencia de altura, como la incompatibilidad de dos calidades incomparables de atmósfera respirada y de coloraciones ambientes? Pero entre los recuerdos que acababa de tener, sucesivamente, de Combray, de Doncières y de Rivebelle sentía yo en este momento mucho más que una distancia en el tiempo: la distancia que habría entre universos diferentes en que la materia no fuese la misma. De haber querido imitar en una obra aquella en que se me aparecían cincelados mis más insignificantes recuerdos de Rivebelle, hubiera tenido que vetear de rosa, hacer de repente traslúcida, refrescante y sonora, la sustancia hasta allí análoga al barro oscuro y tosco de Combray. Pero Roberto, que había acabado de dar sus explicaciones al cochero, vino a sentarse a mi lado en el coche. Las ideas que se me habían aparecido huyeron. Son diosas que a veces se dignan hacerse visibles a un mortal solitario, a la vuelta de un camino, incluso en su alcoba mientras duerme y en tanto ellas, de pie en el vano de la puerta, le traen su anunciación. Pero desde el momento en que hay dos personas juntas, desaparecen; los hombres en sociedad no las distinguen nunca. Y me encontré arrojado a la amistad. Roberto, al llegar, me había advertido ya que había mucha niebla; pero ésta, mientras charlábamos, no había cesado de hacerse más espesa. Ya no era sólo la ligera bruma que había deseado yo ver alzarse de la isla y envolvernos a la señora de Stermaria y a mí. A dos pasos, los faroles se apagaban, y entonces venía la noche, tan profunda como en medio de los campos, en una selva, o más bien en una blanda isla de Bretaña hacia la que hubiera querido yo ir; me sentí perdido como en la costa de un mar septentrional donde se expone uno veinte veces a la muerte antes de llegar al albergue solitario; dejando de ser un espejismo que buscamos, la niebla se convertía en uno de esos peligros contra los que lucha uno, de modo que tuvimos, para encontrar nuestro camino y llegar a buen puerto, la inquietud y, por fin, el júbilo que da la seguridad —tan insensible para el que no está amenazado de perderla— al viajero perplejo y extraviado. Sólo una cosa estuvo a punto de comprometer mi goce durante nuestra aventurada correría, debido al irritado asombro en que me precipitó

por un instante. «¿Sabes?, le he contado a Bloch —me dijo Saint-Loup— que no le querías ni tanto así, que le encontrabas ciertas vulgaridades. Ahí tienes, yo soy así, me gustan las situaciones claras», concluyó, con una expresión satisfecha y en un tono que no admitía réplica. Yo estaba estupefacto. No sólo tenía la más absoluta confianza en Saint-Loup, en la lealtad de su amistad, y él la había traicionado con lo que había dicho a Bloch, sino que además me parecía que hubieran debido impedirle hacer semejante cosa tanto sus defectos como sus cualidades, aquella extraordinaria dosis de educación adquirida que podía llevar la cortesía hasta cierta falta de franqueza. Su expresión triunfante, ¿era la que adoptamos para disimular cierto embarazo al confesar una cosa que sabemos que no hubiéramos debido hacer, traducía una inconsciencia, una estupidez que erigía en virtud un defecto que yo no le conocía, un acceso de malhumor pasajero contra mí, que le impulsaba a abandonarme, o el acuse de un acceso de malhumor pasajero respecto de Bloch, al que había querido decir algo desagradable, aun comprometiéndome? Por otra parte, su rostro estaba estigmatizado, mientras me decía estas palabras vulgares, por una horrible sinuosidad que no le he visto más que una o dos veces en la vida, y que, siguiendo primero aproximadamente el centro de la cara, una vez que había llegado a los labios los torcía, les daba una horrorosa expresión de bajeza, casi de bestialidad puramente pasajera y sin duda ancestral. Debía de haber en estos momentos, que indudablemente no volvían a darse más que una vez cada tres años, un eclipse parcial de su propio yo, porque pasase sobre él la personalidad de un antepasado que en ese yo se reflejaba. Tanto como el aspecto de satisfacción de Roberto, sus palabras: «Me gustan las situaciones claras», se prestaban a la misma duda y hubieran debido merecer el mismo reproche. Quería yo decirle que, si le gustan a uno las situaciones claras, hay que tener esos raptos de franqueza en lo que a uno mismo atañe y no hacer gala de una virtud demasiado fácil a costa de los demás. Pero ya se había detenido el coche delante del restaurante cuya vasta fachada encristalada y llameante era lo único que conseguía traspasar la oscuridad. La misma niebla, merced a las confortables claridades del interior, parecía ya, desde la acera, indicar la entrada con el júbilo de esos

criados que reflejan la disposición de ánimo del señor; irisábase con los matices más delicados y apuntaba a la entrada como la columna luminosa que guio a los hebreos. Había, por otra parte, muchos de éstos entre la clientela. Porque era a este restaurante adonde Bloch y sus amigos habían venido por espacio de mucho tiempo —ebrios de un ayuno tan espoleador del hambre como el ayuno ritual (que, a lo menos, no se celebra más que una vez al año), de café y de curiosidad política— a encontrarse a la caída de la tarde.

Como toda excitación mental comunica un valor predominante, una calidad superior a las costumbres que lleva aparejadas, no hay gusto un poco alerta que no componga así en torno suyo una sociedad que unifica y en la que la consideración de los demás miembros es la que cada cual busca principalmente en la vida. Aquí, aunque sea en un villorrio de provincias, encontraréis apasionados de la música; lo mejor de su tiempo, lo más lucido de su dinero, no van a parar a las sesiones de música de cámara, a las reuniones en que se habla de música, sino al café en que se encuentran unos con otros entre deleitantes y en que se codea uno con los músicos de la orquesta. Otros, entusiastas de la aviación, se afanan por que no deje de verlos el camarero viejo del encristalado bar encaramado en lo alto del aeródromo; al abrigo del viento, como en la jaula de vidrio de un faro, podrá seguir, en compañía de un aviador que no vuela en ese momento, las evoluciones de un piloto que riza el rizo, mientras otro, invisible un minuto antes, acaba de aterrizar bruscamente, de abatirse con el gran estruendo de alas del ave Roc. La reducida peña que se reunía para tratar de perpetuar, de profundizar las emociones fugitivas del proceso de Zola, concedía también gran importancia a este café. Pero era mal mirada en él por los jóvenes aristócratas que formaban la otra parte de la clientela y habían adoptado una segunda sala del café, separada solamente de la otra por un ligero parapeto adornado de vegetación. Consideraban a Dreyfus y a sus partidarios como traidores, bien que veinticinco años más tarde, como las ideas habían tenido tiempo de clasificarse y el dreyfusismo de cobrar en la historia cierta elegancia, los hijos, bolchevizantes y valseadores, de esos mismos jóvenes aristócratas habían declarado a los «intelectuales» que les interrogaban que seguramente, de haber vivido en aquel tiempo, hubiesen estado de parte de Dreyfus, sin saber a ciencia cierta mucho más de lo que había sido el *affaire* que la condesa Edmond de Pourtalés o la marquesa de Galloffet, otras luminarias ya extinguidas el día en que habían nacido ellos. Porque la noche de la niebla, los nobles del café, que habían de ser más tarde padres de esos jóvenes intelectuales retrospectivamente dreyfusistas, estaban todavía solteros. Verdad es que las familias de todos ellos pensaban en un rico casamiento; pero eso era cosa que ninguno había realizado todavía. Virtual

aún, ese opulento matrimonio deseado por varios a la vez (había realmente muchos «buenos partidos» a la vista, pero, al fin, el número de dotes pingües era mucho menor que el de aspirantes) se contentaba con introducir entre aquellos jóvenes cierta rivalidad.

Quiso mi mala suerte que, como Saint-Loup se hubiese rezagado unos minutos para dirigirse al cochero con objeto de que viniese a recogernos después de haber cenado, tuviera yo que entrar solo. Ahora bien, para empezar, una vez que estuve metido en la puerta giratoria, a la que no estaba acostumbrado, creí que no iba a poder lograr salir de ella. (Digamos de pasada, para los que gusten de un vocabulario más preciso, que esta puerta tambor, a despecho de sus apariencias pacíficas, se llama «puerta revólver», del inglés *revolwing door*). Aquella tarde, el dueño del café, que no se atrevía a mojarse, si salía afuera, ni a abandonar a sus clientes, permanecía, con todo, junto a la entrada para tener el gusto de oír las joviales quejas de los que llegaban iluminados por una satisfacción de gente a quien le había costado trabajo llegar y había pasado miedo de perderse. Sin embargo, la risueña cordialidad de su recibimiento se disipó ante el espectáculo de un desconocido que no sabía desprenderse de las aspas de cristal. Esta muestra flagrante de ignorancia le hizo fruncir el ceño como a un examinador al que se le pasan sus buenas ganas de no pronunciar el *dignus est intrare*[42]. Para colmo de desdichas, fui a sentarme a la sala reservada a la aristocracia, de donde el dueño del establecimiento vino a sacarme rudamente, indicándome, con una grosería a la que se ajustaron inmediatamente todos los camareros, un sitio en la otra sala. El sitio me gustó tanto menos cuanto que el diván en que se encontraba estaba ya lleno de gente (sobre que tenía frente a mí la puerta reservada a los hebreos, que, como no era giratoria, al abrirse y cerrarse a cada instante me mandaba un frío horrible). Pero el dueño se negó a darme otro, diciéndome: «No, caballero, no puedo molestar a todo el mundo por usted». Pronto se olvidó, por lo demás, del comensal tardío e incordioso que era yo, cautivado como estaba por la entrada de cada recién llegado, que, antes de pedir su *bock*[43], su alón de pollo fiambre o su *grog*[44] (la hora de la cena hacía ya mucho que había pasado), debía, como en las antiguas novelas, pagar su escote

refiriendo su aventura en el momento en que entraba en este asilo de calor y de seguridad en que el contraste con aquello de que había escapado uno hacía reinar la jovialidad y la camaradería que bromean unidos ante el fuego de un vivaque.

El uno contaba que su coche, creyendo haber llegado al puente de la Concordia, había dado la vuelta por tres veces a los Inválidos; otro, que el suyo, cuando intentaba bajar por la avenida de los Campos Elíseos, se había metido en un macizo de la Glorieta, de donde había tardado tres cuartos de hora en salir. Luego venían las lamentaciones a cuenta de la niebla, del frío, del silencio de muerte de las calles, lamentaciones dichas y escuchadas con la expresión excepcionalmente gozosa que explicaban la benigna atmósfera de la sala, en la que, a no ser en mi sitio, hacía calor, la viva luz que obligaba a hacer guiños a los ojos, habituados ya a no ver, y el barullo de las conversaciones, que devolvía a los oídos su actividad.

A los que llegaban les costaba trabajo guardar silencio. La singularidad, que creían única, de las peripecias les abrasaba la lengua y buscaban con los ojos alguien con quien entablar conversación. Hasta el dueño perdía el sentido de las distancias: «El príncipe de Foix se ha perdido tres veces al venir de la Puerta de San Martín», no temió decir, riéndose, no sin señalar, como en una presentación, al célebre aristócrata a un abogado israelita que otro día cualquiera habría estado separado de aquél por una barrera mucho más difícil de franquear que el hueco adornado de verdor. «¡Tres veces! ¡Hay que ver!», dijo el abogado, llevándose la mano al sombrero. Al príncipe no le hizo gracia la frase de aproximación. Formaba parte de un grupo aristocrático para el que el ejercicio de la impertinencia, incluso respecto de la nobleza cuando ésta no era de primera categoría, parecía ser la ocupación única. No responder a un saludo, si el hombre cortés reincidía, reírse burlonamente con expresión socarrona, echar hacia atrás la cabeza con aires furiosos, hacer como que no conocían a un hombre entrado en años que les hubiera prestado algún servicio, reservar su apretón de manos para los duques y los amigos realmente íntimos de los duques que éstos les presentaban, tal era la actitud de estos jóvenes, y en particular del príncipe de Foix. Semejante actitud era favorecida por el desorden de la primera

mocedad (en que hasta en la burguesía parece uno ingrato y se muestra grosero porque, encima de que nos hemos olvidado durante meses enteros de escribir a un bienhechor que acaba de perder a su mujer, luego ya no le saludamos, por simplificar); pero era inspirada, sobre todo, por un agudísimo esnobismo de casta. Verdad es que, de igual modo que ciertas afecciones nerviosas cuyas manifestaciones se atenúan en la edad madura, ese esnobismo había de cesar generalmente de traducirse de una manera tan hostil en los que tan insoportables habían sido de jóvenes. Una vez pasada la mocedad, es raro que permanezcamos confinados en la insolencia. Habíamos creído que eso era lo único que existía; de pronto se descubre, por príncipe que uno sea, que también existen la música, la literatura, las actas de diputado, inclusive. El orden de los valores humanos aparecerá modificado por ello, y entra uno en conversación con las gentes a quienes fulminaba con la mirada en otro tiempo. Buena ocasión para aquellas de estas gentes que han tenido paciencia para esperar y cuyo carácter está bastante bien hecho —si así debe decirse— para que hallen gusto en recibir hacia los cuarenta años la afabilidad y la acogida que se les había negado secamente a los veinte.

A propósito del príncipe de Foix, conviene decir, puesto que se presenta ocasión de ello, que pertenecía a una peña de doce o quince jóvenes y a un grupo, más restringido, de cuatro. La peña de los doce o quince ofrecía la característica, a la que creo escapaba el príncipe, de que cada uno de aquellos jóvenes presentaba doble aspecto. Podridos de deudas, parecían unos don nadie a los ojos de sus proveedores, a despecho de todo el placer que éstos hallaban en decir de ellos: «El señor conde, el señor marqués, el señor duque…». Esperaban salir del atolladero por medio de la famosa «buena boda», llamada también «buen gato», y como las opulentas dotes que codiciaban no eran arriba de cuatro o cinco, muchos de ellos asestaban solapadamente sus baterías contra una misma novia. Y tan bien guardaban el secreto, que cuando uno de ellos, al venir al café, decía: «Chicos, os quiero demasiado para no anunciaros que soy el prometido de la señorita de Ambresac», resonaban diversas exclamaciones, porque muchos de ellos daban ya la cosa por hecha para sí mismos con esa señorita, sin tener la

sangre fría necesaria para ahogar en el primer momento el grito de su rabia y de su estupefacción: «Entonces, ¿es que encuentras gusto en casarte, Bibí?», no podía menos de exclamar el príncipe de Châtellerault, que dejaba caer su tenedor, de asombro y desesperación, porque había creído que esos mismos desposorios de la señorita de Ambresac iban a hacerse públicos muy pronto, pero con él, con Châtellerault. Y sin embargo, Dios sabe todo lo que su padre les había contado mañosamente a los Ambresac en contra de la madre de Bibí. «¿Conque te divierte casarte?», no podía menos de preguntar por segunda vez a Bibí, que, mejor preparado, puesto que había tenido todo el tiempo preciso para elegir su actitud desde que la cosa era «casi oficial», respondía sonriendo: «Estoy contento, no por casarme, que de eso pocas ganas tenía, sino porque voy a casarme con Daisy de Ambresac, que me parece deliciosa». En el tiempo que había durado esta respuesta, el señor de Châtellerault se había recobrado, pero pensaba que había que hacer cuanto antes un viraje en dirección a la señorita de la Canourque o de miss Foster, los grandes partidos número 2 y número 3, pedirles que tuvieran paciencia a los acreedores que esperaban la boda con la de Ambresac, y, por último, explicar a la gente, a quien también él había dicho que la señorita de Ambresac era encantadora, que ese matrimonio estaba bien para Bibí, pero que él se hubiera indispuesto con toda su familia de haberse casado con aquella chica. La señora de Soleón había llegado, pretendería, hasta decir que ella no los recibiría en su casa.

Pero si a los ojos de los proveedores, dueños de restaurantes, etc., parecían estos jóvenes gente de tres al cuarto, en desquite, como seres dobles, desde el momento en que se encontraban en el gran mundo ya no eran juzgados con arreglo a los descalabros de su fortuna y a los lamentables oficios a que se entregaban para intentar repararla. Volvían a ser el príncipe, el duque de tal, y sólo se les tasaba por sus blasones. Un duque casi multimillonario y que parecía reunirlo todo en sí, pasaba detrás de ellos porque, como jefes de linaje, habían sido antiguamente príncipes soberanos de un minúsculo país en que tenían el derecho de acuñar moneda, etc… Frecuentemente, en este café, uno de ellos bajaba los ojos cuando entraba otro, de modo que no forzase al que llegaba a saludarle. Es que

había, en su imaginativa persecución de la riqueza, invitado a cenar a un banquero. Cada vez que un hombre de mundo se pone en tales condiciones en relación con un banquero, éste le hace perder cien mil francos, lo cual no impide que el hombre de mundo vuelva a empezar con otro. Sigue uno encendiendo cirios y consultando a los médicos.

Pero el príncipe de Foix, rico por su casa, pertenecía no sólo a esta elegante peña de una quincena de jóvenes, sino a un grupo, más cerrado e inseparable, de cuatro, del que formaba parte Saint-Loup. Nunca se invitaba a uno de ellos sin los otros; los llamaban los cuatro *gigolos;* siempre se les veía juntos en los paseos, en los castillos, donde les daban habitaciones con comunicación entre sí, de modo que —tanto más cuanto que todos ellos eran muy guapos— corrían rumores a cuenta de su intimidad. Pude desmentirlos de la manera más formal, por lo que concernía a Saint-Loup. Pero lo curioso es que, si más tarde se supo que esos rumores eran verdaderos tocante a los cuatro, cada uno de ellos, en cambio, lo había ignorado completamente de los otros tres. Y sin embargo, bien había tratado cada uno de ellos de informarse acerca de los demás, ya fuese para saciar un deseo, o más bien un rencor, estorbar un matrimonio o llevar ventaja al amigo descubierto. Un quinto amigo (porque en los grupos de cuatro siempre hay más de cuatro) se había unido a los cuatro platónicos, y aun lo era más que todos los otros. Pero los escrúpulos religiosos le contuvieron hasta mucho después de que el grupo de los cuatro se hubiera desunido y él, padre de familia, estuviese implorando en Lourdes que el próximo hijo fuera chico o chica y, en el intervalo, lanzándose sobre los militares.

No obstante la manera de ser del príncipe, el hecho de que la frase dicha en presencia suya no fuera directamente dirigida a él hizo que su cólera fuese menos fuerte de lo que hubiera sido a no ser por eso. Además, la noche esta tenía algo excepcional. Al fin, el abogado no tenía más probabilidades de entrar en relación con el príncipe de Foix que el cochero que había traído a este noble señor. Así, este último creyó que podía responder con un continente altanero y como de aparte de teatro a aquel interlocutor que, a favor de la niebla, era como un compañero de viaje con el que volvemos a encontrarnos en una playa situada en los confines del

mundo, azotada por los vientos o sumida entre las brumas. «No es sólo lo de perderse, sino que no se vuelve a encontrar uno». Lo atinado de este pensamiento impresionó al dueño del café, porque ya lo había oído expresar varias veces aquella noche.

Tenía el hombre, en efecto, la costumbre de comparar siempre lo que oía o leía con un determinado texto ya conocido, y sentía despertarse su admiración si no veía diferencias. Este estado de espíritu no es de desdeñar, puesto que, aplicado a las conversaciones políticas, a la lectura de los periódicos, forma la opinión pública y hace con ello posibles los más grandes acontecimientos. Muchos dueños de café alemanes que sólo admiraban a su consumidor o a su periódico, cuando decían que Francia, Inglaterra y Rusia «buscaban» a Alemania, han hecho posible en el momento de Agadir una guerra que, por lo demás, no ha estallado. Los historiadores, si no han hecho mal en renunciar a explicar los actos de los pueblos por la voluntad de los reyes, deben sustituir ésta por la psicología del individuo medio.

En política, el dueño del café a que acababa de llegar yo no aplicaba desde hacía algún tiempo su mentalidad de profesor de declamación más que a cierto número de trozos referentes a la cuestión de Dreyfus. Si no encontraba las expresiones conocidas en las frases de un cliente o en las columnas de un periódico, declaraba el artículo insoportable o que el cliente no era franco. El príncipe de Foix le maravilló, por el contrario, hasta el punto de que apenas dio a su interlocutor tiempo de acabar su frase. «¡Bien dicho, príncipe, bien dicho! (Lo cual quería decir, en fin de cuentas, recitado irreprochablemente). ¡Eso es, eso es! », exclamó, dilatado, como se expresan las *Mil y una noches*, «hasta el límite de la satisfacción». Pero el príncipe había desaparecido ya en la sala chica. Luego, como la vida se reanuda hasta después de los acontecimientos más singulares, los que salían del mar de niebla encargaban, unos su consumición, otros su cena; y entre éstos, algunos jóvenes del *Jockey* que, por el carácter anormal del día, no vacilaron en instalarse en dos mesas de la sala grande, con lo que vinieron a encontrarse muy cerca de mí. Así, el cataclismo había establecido, incluso de la sala chica a la grande, entre toda aquella gente estimulada por el

conforte del restaurante después de su prolongado errar por el océano de bruma, una familiaridad de la que sólo yo estaba excluido, y a la que debía de asemejarse la que reinaba en el arca de Noé. De pronto vi al dueño del café doblarse en morisquetas, a los *maîtres d'hôtel* acudir en pleno, cosa que hizo volver los ojos a todos los clientes. «¡En seguida!, llamad a Cipriano; una mesa para el señor marqués de Saint-Loup», exclamaba el dueño, para quien Roberto no era sólo un gran señor que gozaba de verdadero prestigio, incluso a los ojos del príncipe de Foix, sino un cliente que llevaba una vida de despilfarro y se gastaba en este restaurante mucho dinero. Los clientes de la sala grande miraban con curiosidad; los de la pequeña chistaban a cual más a su amigo, que estaba acabando de limpiarse los pies. Pero en el momento en que iba a entrar en la sala chica, me vio a mí en la grande. «Pero ¡Dios! —gritó—, ¿qué haces ahí, y con la puerta abierta enfrente?», dijo, no sin lanzar una furiosa mirada al dueño, que corrió a cerrar la puerta, disculpándose con los camareros: «Siempre les digo que la tengan cerrada».

Yo me había visto obligado a apartar mi mesa y otras que estaban delante de la mía para ir hacia Roberto. «¿Por qué te has movido? ¿Prefieres cenar aquí mejor que en la sala pequeña? ¡Pero, pobrecillo, te vas a helar!». «Va usted a hacerme el favor de condenar esa puerta», dijo al dueño. «Al momento, señor marqués; los clientes que vengan desde ahora pasarán por la sala pequeña, sencillamente». Y por mejor mostrar su celo, llamó para esta operación a un *maître d'hôtel* y varios mozos, mientras hacía resonar muy alto terribles amenazas si no cumplían bien su orden. Me daba muestras de respeto excesivas para que me olvidase de que sus zalemas no habían empezado desde mi llegada, sino únicamente después de la de Saint-Loup; y por que yo no creyera, sin embargo, que se debían a la amistad que me mostraba su rico y aristocrático cliente, me dirigía a hurtadillas sonrisitas en que parecía declararse una simpatía enteramente personal.

Detrás de mí, lo que decía un consumidor me hizo volver por un segundo la cabeza. Había entendido yo, en lugar de las palabras: «Un alón de pollo, eso es; un poco de champaña, pero que no sea demasiado seco»,

éstas: «Yo preferiría glicerina. Sí, caliente, eso es»[45]. Había querido ver quién era el asceta que se infligía un *menú* semejante. Volví rápidamente la cabeza hacia Saint-Loup para que no me reconociese el extraño gastrónomo. Era, sencillamente, un doctor conocido mío, al que un cliente, aprovechándose de la niebla para acorralarlo en este café, hacía una consulta. Los médicos, como los bolsistas, dicen: «Yo»[46].

Miraba yo, entretanto, a Saint-Loup y pensaba en esto. Había en este café, llevaba yo conocido en la vida, muchos extranjeros, intelectuales, principiantes de toda laya, resignados a la risa que suscitaban su capa pretenciosa, sus corbatas a lo 1830, y mucho más todavía sus movimientos desgarbados, llegando incluso a provocar esa risa para hacer ver que les traía sin cuidado, y que eran gente de un auténtico valor intelectual y moral, de una profunda sensibilidad. Desagradaban —los judíos, principalmente; los judíos no asimilados, claro está; mal podría tratarse de los otros— a las personas que no pueden sufrir una apariencia extraña, estrafalaria (como Bloch a Albertina). Generalmente reconocía uno en seguida que si tenían en contra suya el tener el pelo demasiado largo, la nariz y los ojos demasiado grandes, unos ademanes teatrales y cortados, era pueril juzgarlos por esto, que tenían mucho talento y valor, y eran, al emplearlo, gente a la que se podía querer profundamente Por lo que a los judíos en particular se refiere, pocos había cuyos padres no tuviesen una generosidad de corazón, una amplitud de espíritu, una sinceridad, al lado de las cuales la madre de Saint-Loup y el duque de Guermantes no hicieran un triste papel moral por su sequedad, su religiosidad superficial que sólo censuraba los escándalos, y su apología de un cristiano que conducía infaliblemente (por los caminos imprevistos de la inteligencia estimada únicamente) a un colosal matrimonio de conveniencia. Pero al fin, en Saint-Loup, de cualquier modo que los defectos de sus padres se hubiesen combinado en un nueva creación de cualidades, reinaba el más encantador despejo de inteligencia y de corazón. Y entonces, fuerza es decirlo para gloria inmortal de Francia, cuando estas cualidades se encuentran en un francés puro, sea de la aristocracia o del pueblo, florecen —decir que se expanden sería demasiado, ya que persisten en ellas la mesura y la restricción— con una

gracia que el extranjero, por estimable que sea, no nos ofrece. Las cualidades intelectuales y morales las poseen también, desde luego, los demás, y, si es menester primeramente atravesar lo que desagrada y lo que choca y lo que hace sonreír, no son menos preciosas. Pero es, con todo, bonito, y acaso sea cosa exclusivamente francesa, que lo que es hermoso a juicio de la equidad, lo que vale según el espíritu y el corazón, sea primero encantador para los ojos, esté coloreado con gracia, cincelado con justeza, realice también en su materia y en su forma la perfección interior. Miraba yo a Saint-Loup, y me decía que es una hermosura que no haya ninguna desgracia física que sirva de vestíbulo a las gracias interiores, y que las aletas de la nariz sean delicadas y de un dibujo perfecto como las alas de las mariposillas que se posan en las flores de las praderas, en torno a Combray; y que el verdadero *opus francigenum*[47] cuyo secreto no se ha perdido desde el siglo XIII, y que no perecería con nuestras iglesias, no son tanto los ángeles de piedra de Saint-André-des-Champs como los pequeños franceses, nobles, burgueses o campesinos, de rostro esculpido con esa delicadeza y esa valentía que han seguido siendo tan tradicionales como en el pórtico famoso, pero, además, creadoras.

Después de haberse ausentado un instante para velar personalmente por el cierre de la puerta y el encargo de la cena (insistió mucho en que tomásemos «carne», sin duda porque las aves no eran cosa del otro jueves), el dueño del café volvió para decirnos que el señor príncipe de Foix desearía que el señor marqués le permitiese venir a cenar en una mesa cerca de él. «¡Pero si están tomadas todas!», respondió Roberto, viendo las mesas que bloqueaban la mía. «Si es por eso, no importa; si al señor marqués le agradase, me sería facilísimo rogarles a esos señores que cambien de sitio. Tratándose del señor marqués puede hacerse». «Pero quien tiene que decidir eres tú —me dijo Saint-Loup—; Foix es un buen chico, no sé si te aburrirá, es menos tonto que otros muchos». Respondí a Roberto que desde luego me agradaría, pero que para una vez que cenaba con él y que me sentía tan feliz, me hubiera gustado tanto que estuviésemos solos… «¡Ah!, el príncipe tiene un gabán precioso», dijo el dueño del café durante nuestra deliberación. «Sí, lo conozco», respondió Saint-Loup. Yo quería contarle a

Roberto que el señor de Charlus había disimulado delante de su cuñada que me conociese, y preguntarle cuál podía ser la razón de ello; pero me lo impidió la llegada del señor de Foix. Venía a ver si era acogida su petición, cuando le vimos que se había detenido a dos pasos de nosotros. Roberto nos presentó, pero no ocultó a su amigo que, como tenía que hablar conmigo, prefería que nos dejasen en paz. El príncipe se alejó, añadiendo al saludo de adiós que me hizo una sonrisa que apuntaba a Saint-Loup y parecía disculparse con la voluntad de éste por la brevedad de una presentación que el príncipe hubiera deseado más larga. Pero en ese momento, Roberto, al que parecía que hubiese asaltado una idea repentina, se fue con su camarada, después de haberme dicho: «Tú siéntate, de todas maneras, y ponte a cenar, que ahora vengo», y desapareció en la sala pequeña. Me fastidió tener que oír a los jóvenes distinguidos, que no conocía, contar los chismes más ridículos y peor intencionados a propósito del joven gran duque heredero del Luxemburgo (antes conde de Nassau), al que había conocido yo en Balbec y que me había dado tan delicadas pruebas de simpatía durante la enfermedad de mi abuela. Uno de ellos pretendía que el gran duque heredero le había dicho a la duquesa de Guermantes: «Exijo que se levante todo el mundo cuando pasa mi mujer», y que la duquesa había respondido (cosa que no sólo hubiera carecido de gracia, sino de exactitud, ya que la abuela de la joven princesa había sido siempre la mujer más honrada del mundo): «Hay que levantarse cuando pasa tu mujer… Entonces ya no pasará lo que con tu abuela, porque con aquella lo que hacían los hombres era acostarse». Luego refirieron que el gran duque, al ir a ver este año a su tía, la princesa de Luxemburgo, a Balbec, y como se hubiese hospedado en el Gran Hotel, se había quejado al director (el amigo mío) de que no hubiera izado el banderín de Luxemburgo en el paseo. Ahora bien, como el tal banderín era menos conocido y se usaba menos que las banderas de Inglaterra o de Italia, se habían necesitado varios días para hacerse con él, con gran descontento del joven duque. No creí una sola palabra de esta historia, pero me prometí, tan pronto como fuera a Balbec, interrogar al director del hotel de modo que me cerciorase de que todo ello era pura invención. Mientras esperaba a Saint-Loup, pedí al dueño del restaurante

que hiciera que me trajesen pan. «Ahora mismo, señor barón». «No soy barón», le contesté. «¡Oh, perdón, señor conde!». No tuve tiempo de hacer oír una segunda protesta, después de la cual seguramente me hubiera convertido en «señor marqués»; tan rápidamente como había anunciado, apareció de nuevo Saint-Loup en la entrada, trayendo en la mano el amplio gabán de vicuña del príncipe, al que comprendí que se lo había pedido para que me diese calor. Me hizo señas, desde lejos, de que no me moviera; avanzó; hubiera sido preciso apartar más mi mesa, o que cambiase yo de sitio, para que pudiera sentarse él. Tan pronto como entró en la sala grande, se subió ligeramente al diván de terciopelo rojo que daba la vuelta pegado a la pared y en que, fuera de mí, no había sentados más que tres o cuatro jóvenes del *Jockey,* conocidos suyos, que no habían podido encontrar sitio en la sala chica. Entre las mesas había unos cordones eléctricos tendidos a cierta altura; sin apurarse por ello, Saint-Loup los saltó airosamente, como un caballo de carreras un obstáculo; confuso al ver que era desplegada únicamente en atención a mí y con objeto de evitarme un movimiento bien sencillo, me tenía al mismo tiempo maravillado la seguridad con que mi amigo ejecutaba aquel ejercicio de volatinero; y no era yo solo: porque aun cuando no les habría hecho, sin duda, mucha gracia si se hubiera tratado de un cliente menos aristocrático y menos rumboso, el dueño y los camareros estaban fascinados, como aficionados a la equitación en la casilla del peso de un hipódromo; un mozo, como paralizado, permanecía inmóvil con una bandeja que esperaban a nuestro lado unos comensales; y, cuando Saint-Loup, como tuviese que pasar por detrás de sus amigos, se encaramó al reborde del respaldo y siguió por él adelante, en equilibrio, unos aplausos discretos estallaron en el fondo de la sala. Por último, al llegar adonde yo estaba, paró en seco su impulso con la precisión de un jefe ante la tribuna de un soberano, e inclinándose, me tendió, con un ademán de cortesía y de sumisión, el gabán de vicuña, que inmediatamente después, en cuanto se hubo sentado junto a mí, sin que yo hubiera tenido que hacer un solo movimiento, extendió, como un chal ligero y caliente, por mis hombros.

—Oye, ahora que me acuerdo —me dijo Roberto—, mi tío Charlus tiene algo que decirte. Le he prometido que te mandaría a su casa mañana

por la noche.

—De él iba a hablarte justamente. Pero mañana por la noche ceno en casa de tu tía la de Guermantes.

—Sí, mañana hay comilona por todo lo alto en casa de Oriana. A mí no me han convidado. Pero mi tío Palamedes querría que no fueses allí. ¿No puedes mandar recado de que no vas? De todas maneras, ve luego a casa de tío Palamedes. Creo que tiene empeño en verte. Vamos a ver, bien puedes estar allí a eso de las once. A las once, no vayas a olvidarte; yo me encargo de avisarle. Es muy susceptible. Si no vas, te la guardará. Y en casa de Oriana acaban temprano siempre. Si no haces más que cenar, puedes estar perfectamente a las once en casa de mi tío. Yo, por lo demás, hubiera debido ver a Oriana, a propósito de mi destino en Marruecos, que quisiera cambiar. Oriana es tan servicial para estas cosas, y lo puede todo con el general de Saint-Joseph, de quien eso depende… Pero no le hables de ello. Le he dicho dos palabras a la princesa de Parma; la cosa se arreglará ella sola. ¡Ah!, Marruecos, muy interesante. Habría mucho de que hablarte. Hay hombres muy agudos allá. Siente uno la paridad de la inteligencia.

—¿No crees que los alemanes puedan llegar hasta la guerra a propósito de eso?

—No, eso les fastidia, y en el fondo es muy justo. Pero el emperador es pacífico. Siempre nos están haciendo creer que quieren la guerra para obligarnos a ceder. Cf. Poker. El príncipe de Mónaco, agente de Guillermo II, viene a decirnos confidencialmente que Alemania se lanza sobre nosotros si no cedemos. Entonces cedemos. Pero si no cediésemos, no habría guerra de ninguna clase. No tienes más que pensar en lo cómica que sería una guerra hoy. Sería más catastrófica que el *Diluvio* y que el *Götter Dämmerung*[48]. Sólo que duraría menos.

Me habló de amistad, de predilección, de nostalgia, bien que, como todos los viajeros de su género, fuera a marcharse de nuevo a la mañana siguiente por unos meses, que habría de pasar en el campo, y hubiese de volver tan sólo por cuarenta y ocho horas a París antes de regresar a Marruecos (o a otra parte); pero las palabras que lanzó así en el calor cordial que tenía yo aquella noche, encendían en mi corazón un dulce

sueño. Nuestras raras entrevistas mano a mano, y ésta sobre todo, se han convertido en un episodio, más tarde, en mi memoria. Para él, como para mí, fue aquella la noche de la amistad. Sin embargo, la que yo sentía en aquellos instantes (y, a causa de ello, no sin cierto remordimiento) tenía bien poco, me lo temía, de la que a él le hubiera agradado inspirar. Lleno aún del goce que había tenido al verle avanzar de una carrerilla y llegar graciosamente a la meta, me daba cuenta de que ese goce se debía a que cada uno de los movimientos desarrollados a lo largo de la pared, en el diván, tenía su significación, su causa, en la naturaleza individual de Saint-Loup acaso, pero más aún en la que, por el nacimiento y por la educación, había heredado de su casta.

Un aplomo del gusto, no en el orden de lo bello, sino de los modales, y que en presencia de una circunstancia nueva hacía captar en seguida al hombre elegante —como a un artista al que se le pide que toque un trozo de música que no conoce— el sentimiento, el movimiento que la circunstancia reclama, y adaptar a ella el mecanismo, la técnica que mejor le convienen; luego permitía a ese gusto actuar sin la traba de ninguna otra consideración, que a tantos jóvenes burgueses hubiera paralizado, tanto por el temor de ponerse en ridículo a los ojos de los demás, faltando a las formas, como de parecer solícitos en exceso a los ojos de sus amigos, y que en Roberto era sustituido por un desdén que desde luego no había sentido nunca en su corazón, pero que había recibido por herencia en su cuerpo y que había sometido las maneras de sus antepasados a una familiaridad que, según éstos creían, no podía menos de lisonjear y fascinar a aquel a quien se dirigía; por último, una noble liberalidad que, como para nada tenía en cuenta tantas ventajas materiales (los gastos que hacía en profusión en este restaurante habían acabado por hacer de él, aquí como en otros sitios, el cliente más de moda y el favorito máximo, situación que subrayaba la solicitud para con él no sólo de la servidumbre, sino de la juventud más brillante), le hacía pisotearlas, como los divanes de púrpura efectiva y simbólicamente hollados, semejantes a un camino suntuoso en que sólo hallaba agrado mi amigo en cuanto le permitía venir hacia mí con gracia y rapidez; tales eran las cualidades, esenciales todas a la aristocracia, que

detrás de aquel cuerpo, no opaco y oscuro como lo hubiera sido el mío, sino significativo y límpido, trasparecían como a través de una obra de arte el poder industrioso, eficiente, que la ha creado, y hacían que los movimientos de la rápida carrera que había desarrollado Roberto a lo largo de la pared fuesen inteligibles y encantadores como los de unos jinetes esculpidos en un friso. «¡Ay! —hubiera pensado Roberto—, ¿vale la pena de que me haya pasado mi juventud despreciando la alcurnia, honrando únicamente la justicia y el talento, escogiendo, fuera de los amigos que como tales me imponían, compañeros torpes y mal vestidos, si tenían elocuencia, para que el único ser que aparezca en mí, del que se conserve un recuerdo precioso, sea, no el que mi voluntad, esforzándose y haciéndose digna de él, ha modelado a mi semejanza, sino un ser que no es obra mía, que ni siquiera soy yo, un ser al que he despreciado siempre y al que he tratado de vencer; vale la pena de que haya querido a mi amigo predilecto como lo he hecho, para que el mayor goce que en mí encuentre sea el de descubrir algo mucho más general que yo mismo, un goce que no es, en absoluto, como él dice y como no puede creer sinceramente, un goce de amistad, sino un goce intelectual y desinteresado, un a modo de deleite de arte?». Esto es lo que hoy temo que haya pensado a veces Saint-Loup. Se ha engañado, en ese caso. Si no hubiera, como había, puesto amor en algo más alto que la flexibilidad innata de su cuerpo, si no hubiera estado tanto tiempo despegado del orgullo nobiliario, habría habido más ahínco y pesadez en su misma agilidad, una vulgaridad considerable en sus maneras. De igual suerte que la señora de Villeparisis había necesitado mucha seriedad para dar en su conversación y en sus memorias la impresión de frivolidad, impresión que es intelectual, así, para que el cuerpo de Saint-Loup estuviese habitado por tanta aristocracia era menester que ésta hubiera desertado de su pensamiento, asestado hacia miras más altas, y, reabsorbida en su cuerpo, se hubiese asentado en él en líneas inconscientes y nobles. Por eso su distinción espiritual no se hallaba ausente de una distinción física que, de faltar la primera, no hubiera sido cabal. Un artista no tiene necesidad de expresar directamente su pensamiento en su obra para que ésta refleje la calidad de ese pensamiento; incluso ha podido decirse que la más subida

alabanza de Dios está en la negación del ateo que encuentra la creación bastante perfecta para pasarse sin creador. Y de sobra sabía yo también que no era sólo una obra de arte lo que admiraba en el juvenil jinete que desarrollaba a lo largo de la pared el friso de su carrera; el joven príncipe (descendiente de Catalina de Foix, reina de Navarra y nieta de Carlos VII) al que acababa de dejar por mí, la situación de alcurnia y de fortuna que ante mí inclinaba, los antepasados desdeñosos y desenvueltos que sobrevivían en el aplomo y en la agilidad, en la cortesía con que acababa de extender en torno a mi cuerpo friolento el gabán de vicuña, todo esto ¿no era como unos amigos más antiguos que yo en su vida, por los que yo hubiese creído que deberíamos estar siempre separados, y que, por el contrario, sacrificaba a mí en virtud de una elección que sólo puede hacerse en las alturas de la inteligencia, con esa libertad soberana de que eran imágenes los movimientos de Roberto y en la que se realiza la perfecta amistad?

De lo que la familiaridad de un Guermantes —en lugar de la distinción que tenía en Roberto, porque el desdén hereditario, en él, no era sino el ropaje, convertido en gracia inconsciente, de una auténtica humildad moral — hubiese encubierto de vulgar altivez, había podido yo adquirir conciencia, no en el señor de Charlus, en el que algunos defectos de carácter que hasta aquí no comprendía yo bien se habían superpuesto a los hábitos aristocráticos, sino en el duque de Guermantes. También él, sin embargo, en el conjunto común que tanto había desagradado a mi madre al encontrarse en otro tiempo con él en casa de la señora de Villeparisis, ofrecía partes de grandeza antigua y que fueron sensibles para mí cuando fui a cenar a su casa el día siguiente a la velada que había pasado con Saint-Loup.

No se me habían aparecido ni en él ni en la duquesa, cuando los había visto primeramente en casa de su tía, como tampoco había visto el primer día las diferencias que separaban a la Berma de sus camaradas, aun cuando en ésta las particularidades fuesen infinitamente más aprehensibles que en la gente del gran mundo, puesto que se van haciendo más acusadas a medida que los objetos son más reales, más concebibles para la inteligencia. Pero al fin, por ligeros que sean los matices sociales (y esto, hasta el punto

de que cuando un pintor veraz como Sainte-Beuve quiere señalar sucesivamente los matices que hubo entre el salón de madama Geoffrin, el de madama Récamier y el de madama de Boigne, todos ellos aparecen tan semejantes, que la principal verdad que, sin querer el autor, resulta de sus estudios es la inanidad de la vida de salón), sin embargo, en virtud de la misma razón que con la Berma, cuando los Guermantes hubieron llegado a serme indiferentes y la gotita de su originalidad ya no fue vaporizada por mi imaginación, pude recogerla por imponderable que fuese.

Como la duquesa no me había hablado de su marido en la reunión en casa de su tía, me preguntaba yo si, con los rumores de divorcio que corrían, asistiría el duque a la cena. Pero bien pronto supe a qué atenerme, ya que por entre los lacayos que estaban en pie en la antesala y que (toda vez que hasta aquí habían debido de considerarme sobre poco más o menos como a los chicos del ebanista; es decir, acaso con más simpatía que su señor, pero como incapaz de ser recibido en casa de éste) debían de preguntarse la causa de tal revolución, vi deslizarse al señor de Guermantes, que acechaba mi llegada para recibirme en el umbral y ser él mismo quien me quitase el gabán.

—Mi señora se va a llevar un alegrón como no cabe más —me dijo en un tono hábilmente persuasivo—. Permítame que le libre de sus avíos (encontraba a la vez campechano y cómico emplear el lenguaje del pueblo). Mi mujer tenía cierto temor de una defección por parte de usted, a pesar de haber señalado usted mismo su día. Desde esta mañana nos decíamos el uno al otro: «Verá usted cómo no viene». Debo decir que mi señora ha estado más en lo cierto que yo. No es muy fácil contar con usted, y yo estaba convencido de que nos iba a hacer rabona.

Y el duque era tan mal marido, tan brutal, inclusive, según decían, que se le agradecía, como se les agradece a las personas malévolas su dulzura, las palabras «mi señora», con las que parecía extender sobre la duquesa un ala protectora para que no formase más que un solo ser con él. A todo esto, cogiéndome familiarmente de la mano, se dispuso a guiarme e introducirme en los salones. Tal o cual expresión corriente puede agradar en boca de un campesino si indica la supervivencia de una tradición local, el rastro de un

acontecimiento histórico, ignorados acaso del mismo que hace alusión a ellos; parejamente, esta cortesía del señor de Guermantes, cortesía de que iba a darme muestras durante toda la velada, me encantó como un resto de costumbres multiseculares, de costumbres, en particular, del siglo XVII. Las gentes de los tiempos pasados nos parecen infinitamente lejos de nosotros. No nos atrevemos a suponerles intenciones profundas allende lo que expresan formalmente; nos quedamos pasmados cuando encontramos un sentimiento aproximadamente semejante a los que experimentamos nosotros en un héroe de Homero, o una hábil finta táctica en Aníbal durante la batalla de Cannas, en donde dejó penetrar en su flanco al enemigo para envolverlo por sorpresa; dijérase que nos imaginamos a ese poeta épico y a ese general tan alejados de nosotros como un animal que hemos visto en un parque zoológico. Incluso ciertos personajes de la corte de Luis XIV, cuando encontramos muestras de cortesía escritas por ellos a algún hombre de condición inferior y que para nada puede serles útil, nos dejan sorprendidos porque nos revelan súbitamente en esos grandes señores todo un mundo de creencias que no expresan nunca directamente, pero que los gobiernan, y en particular la creencia de que hay que fingir por cortesía ciertos sentimientos y ejecutar con el mayor escrúpulo ciertas funciones de amabilidad.

Este alejamiento imaginario del pasado es quizá una de las razones que permiten comprender que incluso grandes escritores hayan encontrado una belleza genial en obras de mediocres mixtificadores como Ossián. Tan pasmados nos deja que unos bardos remotos puedan tener ideas modernas, que nos maravillamos si en lo que creemos un añejo canto gaélico hallamos alguna que no hubiéramos pasado de encontrar ingeniosa en un contemporáneo. Un traductor de talento no tiene más que añadir a un autor antiguo, al que restituye más o menos fielmente, algunos trozos que, firmados con un nombre contemporáneo y publicados aparte, no pasarían de parecer simplemente agradables: inmediatamente da una conmovedora grandeza a su poeta, que de ese modo pulsa el teclado de varios siglos. Este traductor sólo sería capaz de un libro mediocre, si ese libro hubiera sido

publicado como original suyo. Presentado como traducción, parece la de una obra maestra. El pasado no sólo no es fugaz, sino que no se mueve de un mismo sitio. No es sólo que meses después del comienzo de una guerra puedan actuar eficazmente sobre ella unas leyes votadas sin prisas; no es sólo que quince años después de un crimen que ha quedado sumido en la oscuridad pueda encontrar todavía un magistrado los elementos que habrán de servir para poner en claro ese crimen; al cabo de siglos y siglos, el erudito que estudia en una región apartada la toponimia, las costumbres de los habitantes, podrá captar todavía en ellas tal o cual leyenda anterior, con mucho, al cristianismo, incomprendida ya, si no es que olvidada incluso en tiempos de Heródoto, y que en la denominación dada a una peña, en un rito religioso, perdura en medio del presente como una emanación más densa, inmemorial y estable. Una había también, mucho menos antigua, emanación de la vida cortesana, si no en las maneras, frecuentemente vulgares, del señor de Guermantes, por lo menos en el espíritu que las dirigía. Aún había de gozar yo de ella, como de una antigua fragancia, cuando volví a encontrarla un poco más tarde en el salón. Porque no había ido a éste inmediatamente.

Al abandonar el vestíbulo, le había dicho yo al señor de Guermantes que tenía grandes deseos de ver a sus Elstir. «Estoy a sus órdenes. ¿Conque el señor Elstir es amigo suyo? Siento mucho no haberlo sabido, porque lo trato un poco; es hombre amable, lo que nuestros padres llamaban un ‘hombre de bien’; hubiera podido pedirle que hiciese el favor de venir, y rogarle que se quedara a cenar. Seguramente se habría sentido muy halagado por pasar con usted la velada». Muy poco «antiguo régimen» cuando así se esforzaba por serlo, volvíalo a ser en seguida el duque sin proponérselo. Como me hubiese preguntado si deseaba que me enseñase sus cuadros, me guió, haciéndose graciosamente a un lado ante cada puerta, excusándose cuando, para enseñarme el camino, se veía obligado a pasar delante, pequeña escena en que (desde los tiempos en que Saint-Simon refiere que un antepasado de los Guermantes le hizo los honores de su palacio con los mismos escrúpulos en el cumplimiento de los deberes frívolos del hidalgo) había debido, antes de resbalar hasta nosotros, de ser representada por otros muchos

Guermantes para otras muchas visitas. Y como yo le había dicho al duque que me gustaría mucho quedarme un momento a solas ante los cuadros, se había retirado discretamente, diciéndome que no tenía más que ir a encontrarme luego con él en el salón.

Sólo que una vez que me quedé mano a mano con los Elstir, me olvidé por completo de la hora de la cena; de nuevo, como en Balbec, tenía ante mí los fragmentos de este mundo de colores desconocidos, que no era sino la proyección, la manera de ver peculiar de este gran pintor y que en modo alguno traducían sus palabras. Los trechos de pared cubiertos de pinturas suyas, homogéneas todas entre sí, eran como las imágenes luminosas de una linterna mágica, que hubiera sido en el caso presente la cabeza del artista, y cuya rareza no hubiera podido sospecharse mientras no se hubiese hecho más que conocer al hombre; es decir, en tanto no se hubiera hecho más que ver la linterna que encaperuzaba la lámpara, antes de haber puesto todavía ningún cristal coloreado. Entre estos cuadros, algunos de los que más ridículos parecían a la gente de mundo me interesaban más que los otros en cuanto recreaban esas ilusiones de óptica que nos prueban que no identificaríamos los objetos si no hiciésemos intervenir al razonamiento. Cuántas veces, yendo en coche, descubrimos una calle larga y clara que empieza a unos metros de nosotros, cuando lo que tenemos delante no es más que un trozo de tapial violentamente iluminado que nos ha dado el espejismo de la profundidad. Pues entonces, ¿no es lógico, no por artificio de simbolismo, sino por un sincero retorno a la raíz misma de la impresión, representar una cosa por aquella otra que en el relámpago de una ilusión primera hemos tomado por ella? Las superficies y los volúmenes son, en realidad, independientes de los nombres de objetos que nuestra memoria les impone cuando los hemos reconocido. Elstir trataba de arrancar lo que él sabía a lo que acababa de sentir; su esfuerzo había consistido a menudo en disolver el conglomerado de razonamientos que llamamos visión.

Las gentes que detestaban estos «horrores» se extrañaban de que Elstir admirase a Chardin, a Perroneau, a tantos pintores que a ellas, a las gentes de mundo, les gustaban. No se daban cuenta de que Elstir había vuelto a hacer por su cuenta, ante lo real (con el indicio particular de su gusto por

ciertas búsquedas), el mismo esfuerzo que un Chardin o que un Perroneau, y que, por consiguiente, cuando dejaba de trabajar para sí mismo, admiraba en ellos tentativas del mismo género, algo como fragmentos anticipados de obras suyas. Pero la gente de mundo no añadía con el pensamiento a la obra de Elstir la perspectiva del Tiempo, que permitía a los demás saborear, o por lo menos contemplar despreocupadamente, la pintura de Chardin. Sin embargo, los más viejos hubieran podido decirse que en el curso de su vida habían visto, a medida que los años les alejaban de ella, que la distancia infranqueable que mediaba entre lo que consideraban una obra maestra de Ingres y lo que creían que había de seguir siendo perdurablemente un horror (por ejemplo, la *Olimpia*, de Manet) disminuía hasta parecer mellizos los dos lienzos. Pero no hay lección que aproveche, porque no se sabe descender hasta lo general y siempre se figura uno que se encuentra ante una experiencia que no tiene precedentes en el pasado.

Me sentí conmovido al encontrar en dos cuadros (más realistas y de una manera anterior) el mismo caballero; una vez de frac, en su salón; otra de americana y con sombrero de copa, en una fiesta popular a la orilla del agua, donde no tenía evidentemente nada que hacer y que demostraba que para Elstir no era sólo un modelo habitual, sino un amigo, acaso un protector, al que le gustaba, como antaño Carpaccio a determinados señores de nota —y perfectamente parecidos unos a otros— de Venecia, hacer figurar en sus cuadros, de igual suerte, también, que Beethoven tenía gusto en inscribir al frente de una obra preferida el nombre dilecto del archiduque Rodolfo. Esta fiesta a la orilla del agua tenía un no sé qué encantador. El río, los trajes de las mujeres, los velámenes de las barcas, los reflejos innumerables de unos y otras hallábanse en vecindad en medio de este cuadrado de pintura que Elstir había recortado de una siesta maravillosa. Lo que enhechizaba en el vestido de una mujer que cesaba de bailar un momento, por el calor y el sofoco, era asimismo tornasolado, y de idéntica manera, en el lienzo de una vela quieta, en el agua del puertecillo, en el pontón de madera, en las frondas y en el cielo. De igual modo que en uno de los cuadros que había visto yo en Balbec, el hospital, tan hermoso bajo su cielo de lapislázuli como la misma catedral, parecía, más atrevido que

Elstir teórico, que Elstir hombre de gusto y enamorado de la Edad Media, cantar: «No hay gótico, no hay obra maestra; el hospital sin estilo vale tanto como la gloriosa fachada», así oía yo: la dama un tanto vulgar a la que un deleitante de paseo evitaría mirar, exceptuaría del cuadro poético que ante él compone la naturaleza, esa mujer es también hermosa, su vestido recibe la misma luz que la vela del barco, y no hay cosas más o menos preciosas, el traje corriente y la vela bonita en sí misma son dos espejos del mismo reflejo; todo el valor está en las miradas del pintor. Ahora bien; éste había sabido inmortalmente detener el movimiento de las horas en ese instante luminoso en que la dama había tenido calor y había cesado de bailar, en que el árbol estaba cercado de un ruedo de sombra, en que las velas parecían resbalar sobre un barniz de oro. Pero justamente porque el instante pesaba sobre nosotros con tanta fuerza, este tiempo tan fijo daba la impresión más fugitiva, sentíase que la dama iba a volver a marcharse bien pronto, los barcos a desaparecer, la sombra a cambiar de sitio, la noche a venir; que el placer se acaba, que la vida pasa, y los instantes, mostrados a la vez por tantas luces que en ellos conviven en vecindad, no vuelven a encontrarse. Otro aspecto aún; completamente distinto, en verdad, de lo que es el instante, reconocía yo en algunas acuarelas de asunto mitológico que databan de los comienzos de Elstir y con las que estaba asimismo decorado este salón. Las gentes de mundo «avanzadas» llegaban «hasta» esta manera, pero no más lejos. No era esto, desde luego, lo mejor que había hecho Elstir, pero ya la sinceridad con que había sido pensado el tema lo despojaba de su frialdad. Así, por ejemplo, las musas eran representadas como lo habrían sido unos seres pertenecientes a una especie fósil, pero que no hubiera sido raro, en los tiempos mitológicos, ver pasar a la atardecida, de dos en dos o de tres en tres, a lo largo de algún sendero montañoso. A veces, un poeta, de una raza que tenía también una individualidad particular para un zoólogo (caracterizada por cierta asexualidad), se paseaba con una musa, como, en la naturaleza, criaturas de especies diferentes pero amigas y que van en compañía. En una de estas acuarelas se veía a un poeta agotado por una larga caminata por la montaña, al que un Centauro con quien se ha encontrado, apiadado de su cansancio, se echa a la espalda y vuelve consigo

a su morada. En más de otra, el inmenso paisaje (en que la escena mítica, los héroes fabulosos, ocupan un lugar minúsculo y están como perdidos) aparece reproducido desde las cumbres hasta el mar, con una exactitud que indica, más aún que la hora, hasta el minuto que es, merced al grado preciso del declinar del sol, a la fidelidad fugitiva de las sombras. Con ello, el artista da, instantaneizándolo, una a modo de realidad histórica vivida al símbolo de la fábula, lo pinta y lo relata en pretérito perfecto.

Mientras miraba yo los cuadros de Elstir, los campanillazos de los invitados que iban llegando habían sonado, ininterrumpidos, y me habían acunado blandamente. Pero el silencio que sucedió a ellos, y que duraba ya desde hacía mucho rato, acabó —verdad es que menos rápidamente— por despertarme de mi divagar, como el silencio que sucede a la música de Lindoro saca a Bartolo de su sueño. Tuve el temor de que se hubieran olvidado de mí, que estuviesen a la mesa, y me dirigí rápidamente hacia el salón. A la puerta del gabinete de los Elstir me encontré con un criado que esperaba, viejo o empolvado, no sé, con el empaque de un ministro español, pero mostrando para conmigo el mismo respeto que hubiera desplegado a los pies de un rey. Me percaté, por su continente, de que aún me habría esperado una hora más, y pensé con espanto en el retraso que había hecho sufrir a la cena, cuando, sobre todo, había prometido estar a las once en casa del señor de Charlus.

El ministro español (no sin que volviese a encontrar en él, por el camino, al lacayo perseguido por el portero y que, radiante de dicha cuando le pregunté por su novia, me dijo que precisamente mañana les tocaba salir a ella y a él, que podía pasarse todo el día con ella, y ponderó la bondad de la señora duquesa) me condujo al salón donde temía yo encontrarme de mal humor al señor de Guermantes. Me recibió, por el contrario, con una alegría evidentemente ficticia en parte y dictada por la urbanidad, pero por lo demás sincera, inspirada por su estómago, en el que un retraso tal había despertado el hambre, y por la consciencia de una impaciencia igual en todos sus invitados, que llenaban por completo el salón. Supe, en efecto, más tarde que habían estado esperándome cerca de tres cuartos de hora. El duque de Guermantes pensó, sin duda, que con prolongar el suplicio general

de dos minutos no lo agravaría, y que, como la cortesía le había movido a retrasar tanto el momento de sentarse a la mesa, esa cortesía sería más completa si, no haciendo que sirviesen inmediatamente la cena, lograba persuadirme de que no llegaba yo con retraso y de que no habían estado aguardando por mí. Así, me preguntó, como si tuviésemos una hora por delante hasta la comida y aún no estuviesen allí ciertos invitados, qué me habían parecido los Elstir. Pero al mismo tiempo, y sin dejar que se delatasen los retortijones de su estómago, para no perder un segundo más, de acuerdo con la duquesa procedía a las presentaciones. Entonces solamente me percaté de que acababa de producirse en torno a mí (a mí, que hasta ese día —salvo la preparación en el salón de la señora de Swann— había estado acostumbrado en casa de mi madre, en Combray y en París, a los modales, protectores o a la defensiva, de hoscas burguesas que me trataban como a un chiquillo) un cambio de decoración comparable al que introduce de repente a Parsifal en medio de las muchachas-flores. Las que me rodeaban, completamente descotadas (su carne aparecía por los dos lados de una sinuosa rama de mimosa o bajo los anchos pétalos de una rosa), no me saludaron de otro modo que haciendo fluir hacia mí largas miradas acariciadoras, como si sólo la timidez les hubiera impedido besarme. Muchas no eran menos honestísimas por ello, desde el punto de vista de las costumbres; muchas, no todas, porque las más virtuosas no tenían para las que eran ligeras la repulsión que hubiera sentido mi madre. Los caprichos de la conducta, negados por algunas amigas santas, a despecho de la evidencia, parecían, en el mundo de los Guermantes, importar mucho menos que las relaciones que se había sabido conservar. Fingíase ignorar que el cuerpo de una señora de su casa era manejado por todo el que quería, con tal que el «salón» hubiese permanecido intacto. Como el duque se cuidaba muy poco de sus invitados (de quienes, desde hacía mucho tiempo, nada tenía que aprender y a los que no tenía nada que enseñar), pero sí mucho de mí, cuyo género de superioridad, por serle desconocido, le causaba un poco de la misma índole de respeto que a los señorones de la corte de Luis XIV los ministros burgueses, estimaba, evidentemente, que el hecho de no conocer a sus invitados no tenía ninguna

importancia, si no para ellos, a lo menos para mí, y mientras yo me preocupaba, por él, del efecto que iba a producirles, él sólo se cuidaba del que a mí me hiciesen.

Ante todo, por otra parte, se produjo una pequeña confusión por partida doble. En efecto, en el mismo momento en que había entrado yo en el salón, el señor de Guermantes, sin darme siquiera tiempo a saludar a la duquesa, me había llevado, como para dar una buena sorpresa a aquella persona a la que parecía decir: «Aquí está su amigo; ya ve usted que se lo traigo cogido del pescuezo», hacia una dama menudita. Ahora bien; desde mucho antes de que, empujado por el duque, hubiese llegado yo ante ella, la dama no había cesado de dirigirme con sus anchos y dulces ojos negros las mil sonrisas de inteligencia que dirigimos a un antiguo conocido que quizá no nos reconoce. Como ése era justamente mi caso y no acababa de recordar quién fuese ella, volví a otro lado la cabeza sin dejar de seguir adelante, de modo que no tuviera que responder hasta que la presentación me hubiese sacado del apuro. En todo ese tiempo, la dama seguía teniendo en equilibrio inestable su sonrisa destinada a mí. Parecía como si le corriera prisa desembarazarse de ella y que yo dijese por fin: «¡Ah, señora, ya lo creo! ¡Qué alegría le va a dar a mamá que hayamos vuelto a encontrarnos!». Yo estaba tan impaciente por saber su nombre como ella por haber visto que yo la saludaba al fin con pleno conocimiento de causa y que su sonrisa, indefinidamente prolongada como un «sol» sostenido, podía cesar al cabo. Pero el señor de Guermantes se las arregló tan mal, al menos a mi juicio, que me pareció que no había dicho más nombre que el mío, y yo seguía ignorando quién era la seudodesconocida, que no tuvo el buen sentido de decir cómo se llamaba, hasta tal punto las razones de nuestra intimidad, oscuras para mí, le parecían claras. En efecto; en cuanto estuve junto a ella, no me tendió su mano, sino que cogió familiarmente la mía y me habló en el mismo tono que si yo hubiera estado tan al corriente como ella de los buenos recuerdos a que se refería mentalmente. Me dijo cuánto iba a sentir Alberto, que comprendí era su hijo, no haber podido venir. Busqué entre mis antiguos camaradas cuál se llamaba Alberto: no encontré más que a Bloch; pero no podía ser la señora de Bloch, la madre, la que tenía delante

de mí, puesto que aquélla había muerto hacía muchos años. Me esforcé vanamente en adivinar el pasado común a ella y a mí a que se refería con el pensamiento. Pero no lo divisaba mejor a través del traslúcido azabache de las anchas y dulces pupilas que sólo dejaban pasar la sonrisa como se distingue un paisaje situado allende un vidrio negro, aunque esté inflamado de sol. La dama me preguntó si no se fatigaba demasiado mi padre, si no quería ir yo un día al teatro con Alberto, si me encontraba más aliviado; y como mis respuestas, titubeando en la oscuridad mental en que me hallaba, no llegaron a hacerse distintas sino para decir que no me encontraba bien aquella noche, ella adelantó con su propia mano una silla para mí, desplegando mil atenciones a que nunca me habían acostumbrado los demás amigos de mis padres. Al fin, el duque me dio la clave del enigma: «Lo encuentra a usted encantador», murmuró a mi oído, que fue herido como si estas palabras no le fuesen desconocidas. Eran las que la señora de Villeparisis nos había dicho a mi abuela y a mí cuando habíamos trabado conocimiento con madama de Luxemburgo; pero por el lenguaje del que me lo servía, discerní la especie del animal. Era una Alteza. Ni por asomos conocía a mi familia ni a mí; pero, vástago de la raza más noble y en posesión de la fortuna más grande del mundo, porque, siendo hija del príncipe de Parma, se había casado con uno de sus primos, príncipe también, deseaba, en su gratitud al Creador, mostrar al prójimo, por pobre, por humilde que su origen fuese, que no lo despreciaba. A decir verdad, las sonrisas hubieran podido hacérmelo adivinar; yo había visto a la princesa de Luxemburgo comprar bollitos de centeno en la playa para darle de ellos a mi abuela, como a una corza del Jardín de Aclimatación. Pero aún no era más que la segunda princesa a quien me presentaban, y podía disculpárseme por no haber discernido los rasgos generales de la amabilidad de los grandes. Por lo demás, ¿no se habían tomado ellos mismos el trabajo de advertirme para que no contase demasiado con esa amabilidad, ya que la duquesa de Guermantes, que tantos saludos me había hecho con la mano en la Opera Cómica, parecía haberse puesto furiosa porque yo la saludase en la calle, como esas gentes que, por haber dado una vez una moneda de oro a alguien, piensan que con eso ya quedan en paz para siempre? En cuanto al

señor de Charlus, sus altibajos ofrecían mayores contrastes todavía. Por último, he conocido, como se verá, Altezas y Majestades de otra índole, reinas que juegan a la reina y que hablan, no conforme a los usos de sus congéneres, sino como las reinas del teatro de Sardou.

Si el señor de Guermantes se había dado tanta prisa a presentarme, es porque el hecho de que haya en una reunión alguien desconocido por una Alteza Real es intolerable y no puede prolongarse un segundo. Esta misma prisa era la que Saint-Loup había puesto en hacerse presentar a mi abuela. Por otra parte, en virtud de un resto heredado de la vida de las cortes, que se llama la urbanidad mundana y que no es superficial, sino que en él, por obra de una conversión de lo externo e interno, es la superficie lo que pasa a ser esencial y profundo, el duque y la duquesa de Guermantes consideraban como un deber más esencial que los —descuidados bastante a menudo, cuando menos por uno de ellos— de la caridad, de la castidad, de la piedad y de la justicia el, más inflexible, de no hablar apenas a la princesa de Parma como no fuese en tercera persona.

A falta de haber ido nunca aún en mi vida a Parma (cosa que deseaba desde unas remotas vacaciones de Pascuas), conocer a su princesa, de quien sabía yo que poseía el palacio más hermoso de esa ciudad única en que todo, por lo demás, debía de ser homogéneo, aislada como estaba del resto del mundo, entre los muros bruñidos, en la atmósfera, sofocante como un atardecer de estío sin aire en la plaza de una pequeña ciudad italiana, de su nombre compacto y demasiado dulce, hubiera debido sustituir de repente lo que yo trataba de figurarme por lo que existía realmente en Parma, en una a modo de llegada fragmentaria y sin haberse movido uno del sitio; era, en el álgebra del viaje a la ciudad de Giorgione, como una primera ecuación de esta incógnita. Pero si yo, desde hacía años —como un perfumista a un bloque unido de materia grasa—, había hecho absorber a ese nombre de «princesa de Parma» el perfume de millares de violetas, en cambio, desde que vi a la princesa, que hasta entonces habría estado convencido de que era por lo menos la Sanseverina, comenzó una segunda operación, que en realidad no estuvo acabada hasta algunos meses más tarde, y que consistió en expulsar, con ayuda de nuevos amasamientos químicos, todo aceite

esencial de violetas y todo perfume stendhaliano del nombre de la princesa, e incorporar a él, en su lugar, la imagen de una mujercita morena, ocupada en obras de caridad, de una amabilidad tan humilde que en seguida se echaba de ver en qué altanero orgullo tenía su origen. Por lo demás, semejante, salvo algunas diferencias, a las demás grandes damas, era tan poco stendhaliana como, por ejemplo, en París, en el barrio de Europa, la calle de Parma, que se parece mucho menos al nombre de Parma que a todas las calles vecinas y hace pensar no tanto en la Cartuja en que muere Fabricio como en la sala de espera de la estación de Saint-Lazare.

Su amabilidad se debía a dos causas. Una, general, era la educación que esta hija de soberanos había recibido. Su madre (no sólo entroncada con todas las familias reales de Europa, sino, sobre eso —en contraste con la casa ducal de Parma—, más rica que ninguna princesa reinante) le había, desde su edad más tierna, inculcado los preceptos orgullosamente humildes de un esnobismo evangélico; y ahora, cada rasgo del rostro de la hija, la curva de sus hombros, los movimientos de sus brazos parecían repetir: «Acuérdate de que si Dios te ha hecho nacer en las gradas de un trono, no debes aprovecharte de ello para despreciar a aquellos a quienes la divina Providencia ha querido (¡alabada sea por ello!) que fueses superior por el nacimiento y las riquezas. Por el contrario, sé buena para con los pequeños. Tus abuelos eran príncipes de Clèves y de Juliers desde el año 647; Dios ha querido en su bondad que poseyeses tú sola casi todas las acciones del Canal de Suez y tres veces tanto de la Royal Dutch como Edmundo de Rothschild; tu linaje por línea directa ha sido trazado por los genealogistas desde el año 63 de la Era Cristiana; tienes por cuñadas dos emperatrices. Así, no parezca nunca, cuando hables, que te acuerdas de tan grandes privilegios, no porque sean precarios (pues nada puede cambiarse de la antigüedad de la casta, y siempre habrá necesidad de petróleo), sino porque es inútil alardear de que eres mejor nacida que cualquier otra persona, y que la colocación que has dado a tu dinero es de primer orden, puesto que todo el mundo lo sabe. Sé caritativa con los desdichados. Da a todos aquellos que la bondad celestial te ha otorgado la gracia de poner por debajo de ti lo que puedes darles sin descender de tu condición: es decir, socorros en

dinero, cuidados de enfermera, inclusive, pero nunca, ni que decir tiene, invitaciones a tus veladas, cosa que ningún bien les haría, pero que, con disminuir tu prestigio, quitaría su eficacia a tu acción benéfica».

Así, aun en los momentos en que no podía obrar el bien, la princesa trataba de demostrar, o, mejor dicho, de hacer creer por todos los signos exteriores del lenguaje mudo, que no se tenía por superior a las personas en medio de las cuales se hallaba. Tenía para cada una esa encantadora cortesía que tienen para con las inferiores les gentes bien educadas, y a cada momento, por hacerse útil, corría su silla con objeto de dejar más sitio, me tenía los guantes, me ofrecía todos esos servicios, indignos de las orgullosas burguesas y que prestan de muy buen grado las soberanas, o, instintivamente y por hábito profesional, los criados viejos.

Ya, en efecto, el duque, que parecía tener prisa por acabar las presentaciones, me había arrastrado hacia otra de las muchachas-flores. Al oír su nombre, le dije que había pasado por delante de su castillo, no lejos de Balbec. «¡Oh, cómo me hubiera gustado enseñárselo!», dijo, casi en voz baja, como para mostrarse más modesta, pero en un tono sentido, penetrado por entero del pesar por la ocasión perdida de un placer especialísimo, y añadió con una mirada insinuante: «Espero que no todo se ha perdido. Y debe decir que lo que más le habría interesado a usted es el castillo de mi tía la de Brancas; fue construido por Mansard; es la perla de la provincia». No era sólo ella la que se hubiese puesto contenta con enseñarme su castillo, sino su tía la de Brancas, quien no hubiera estado menos encantada de hacerme los honores del suyo, según me aseguró esta dama que pensaba evidentemente que, sobre todo en un tiempo en que la tierra tiende a pasar a manos de financieros que no saben vivir, importa que los grandes mantengan las altas tradiciones de la hospitalidad señorial, con palabras que no comprometen a nada. Era, también, porque procuraba, como todas las personas de su medio, decir las cosas que mayor placer podían causar al interlocutor, darle la más alta idea de sí mismo, que creyese que halagaba a aquellos a quienes escribía, que honraba a sus huéspedes, que la gente ardía en deseos de conocerle. Querer dar a los demás esta idea agradable de sí mismos es cosa que existe a veces, a decir verdad, incluso entre la misma

burguesía. Encuéntrase, en ella, esta disposición benéfica, a título de cualidad individual compensadora de un defecto, no, ¡ay!, en los amigos más seguros, pero sí, por lo menos, en los compañeros más agradables. Florece, en todos los casos, completamente aislada. En una parte importante de la aristocracia, por el contrario, este rasgo de carácter ha dejado de ser individual; cultivado por la educación, sostenido por la idea de una grandeza propia que no puede temer humillarse, que no conoce rivales y sabe que por diversión puede hacer dichosos a algunos y se complace en hacerlos tales, ese rasgo ha pasado a ser el carácter genérico de una clase. Y aun aquellos a quienes defectos personales demasiado opuestos impiden conservarlo en su corazón, llevan la huella inconsciente de él en su vocabulario o en su gesticulación.

—Es una mujer muy buena —me dijo el señor de Guermantes de la princesa de Parma— y que sabe ser «gran señora» como nadie.

Mientras me presentaban a las mujeres, había un caballero que daba numerosas muestras de agitación: era el conde Aníbal de Bréauté-Consalvi. Por haber llegado tarde, no había tenido tiempo de informarse acerca de los comensales, y al entrar yo en el salón, viendo en mí un invitado que no formaba parte de la sociedad de la duquesa y que debía, por consiguiente, de tener títulos realmente extraordinarios para penetrar en aquel círculo, instaló su monóculo bajo el arco cimbrado de su ceja, pensando que eso le ayudaría mucho a discernir qué clase de hombre era yo. Sabía que la señora de Guermantes tenía, patrimonio precioso de las mujeres verdaderamente superiores, un «salón»; es decir, que agregaba a veces a las gentes de su mundo alguna notabilidad que acababa de destacarse con el descubrimiento de un remedio o con la producción de una obra maestra. El barrio de Saint-Germain estaba todavía bajo la impresión de haberse enterado de que la duquesa no había tenido reparo en invitar a la recepción en honor del rey y la reina de Inglaterra al señor Detaille. Las mujeres inteligentes del barrio se consolaban difícilmente de no haber sido invitadas, con lo deliciosamente interesadas que hubieran estado en acercarse a aquel extraño genio. La señora de Courvoisier pretendía que también había asistido el señor Ribot, pero eso era una invención destinada a hacer creer que Oriana trataba de

hacer nombrar embajador a su marido. En fin, para colmo de escándalo, el señor de Guermantes, con una galantería digna del mariscal de Sajonia, se había presentado en el *foyer*[49] de la Comedia Francesa y había rogado a la señorita Reichemberg que fuese a recitar versos delante del rey, lo cual se había llevado a cabo y constituido un hecho sin precedentes en los anales del gran mundo. Al recuerdo de tantos eventos imprevistos, que aprobaba, por lo demás, plenamente, por ser también él tanto como un ornamento y, de la misma manera que la duquesa de Guermantes, pero en el sexo masculino, una consagración para un salón, el señor de Bréauté, al preguntarse quién podría ser yo, venteaba un campo vastísimo abierto a sus investigaciones. Por un instante, el nombre del señor Widor pasó ante su espíritu; pero juzgó que era yo muy joven para ser organista, y el señor Widor demasiado poco notable para ser «recibido». Le pareció más verosímil ver sencillamente en mí al nuevo agregado de la Legación de Suecia, del que le habían hablado; y se disponía a preguntarme noticias del rey Oscar, por quien había sido muy bien recibido en diversas ocasiones; pero cuando el duque, para presentarme, le hubo dicho mi apellido al señor de Bréauté, éste, al ver que el tal apellido le era absolutamente desconocido, ya no dudó desde ese momento de que, pues me encontraba allí, no fuese yo alguna celebridad. Oriana, decididamente, no hacía lo que otras, y sabía el arte de atraer a su salón a los hombres que estaban en candelero, en la proporción del 1 por 100, naturalmente, sin lo cual lo hubiera depreciado. El señor de Bréauté empezó, pues, a relamerse de gusto y a husmear con las golosas ventanillas de su nariz, despertado su apetito no sólo por la buena comida de que estaba seguro que iba a gozar, sino por el carácter de la reunión, que mi presencia no podía menos de hacer interesante, y que le proporcionaría a él un sabroso tema de conversación para el día siguiente, en el almuerzo del duque de Chartres. Todavía no estaba seguro hasta el punto de saber si era yo el hombre de cuyo suero contra el cáncer se acababan de hacer experiencias, o el autor cuyo próximo estreno habían ensayado recientemente en el Teatro Francés; pero a fuer de gran intelectual, gran aficionado a las «narraciones de viajes», no cesaba de multiplicar delante de mí las reverencias, los gestos de inteligencia, las

sonrisas filtradas por su monóculo, ya fuese con la idea falsa de que un hombre de valor le estimaría más si llegaba a inculcarle la ilusión de que para él, para el conde de Bréauté-Consalvi, los privilegios del pensamiento no eran menos dignos de respeto que los de la alcurnia, o sencillamente por necesidad y dificultad de expresar su satisfacción, ignorante del lenguaje en que debía hablarme, en suma, como si se hubiera encontrado en presencia de alguno de los «naturales» de una tierra desconocida a que hubiera atracado su almadía y con los que, por esperanza del provecho, intentara, sin dejar de observar curiosamente sus costumbres y sin interrumpir las demostraciones de amistad ni lanzar como ellos grandes alaridos, trocar huevos de avestruz y especias por brujerías. Después de haber respondido lo mejor que pude a su alborozo, estreché la mano del duque de Châtellerault, con el que ya me había encontrado en casa de la señora de Villeparisis, de la cual me dijo que era una buena pieza. Era extremadamente Guermantes por lo rubio del pelo, lo corvo del perfil, los puntos en que la piel de la mejilla se altera, todo lo que se ve ya en los retratos que de esta familia nos han dejado los siglos XVI y XVII. Mas como yo no estaba ya enamorado de la duquesa, su reencarnación en un joven carecía de atractivo para mí. Leía el gancho que formaba la nariz del duque de Châtellerault como la firma de un pintor al que hubiera estado estudiando durante mucho tiempo, pero que ya no me interesaba ni poco ni mucho. Luego saludé también al príncipe de Foix, y, para desdicha de mis falanges, que no salieron del trance sino magulladas, las dejé entrar en el torno que era un apretón de manos a la alemana, acompañado de una sonrisa irónica o bonachona, del príncipe de Faffenheim, el amigo del señor de Norpois, y al que, por la manía de los remoquetes propia de este medio, llamaban tan universalmente el príncipe Von, que hasta él firmaba príncipe Von, o, cuando escribía a sus íntimos, Von. Todavía esta abreviatura se comprendía, en rigor, por lo largo del nombre compuesto. Menos cuenta se daba uno de las razones que hacían sustituir «Isabel» (Elisabeth) unas veces por Lilí, otras por Bebeth, lo mismo que en otro mundo pululaban las Kikim. Se explica uno que hubiera hombres, bastante ociosos y frívolos en general, sin embargo, que hubiesen adoptado «Quiou» por no perder tiempo

diciendo Montesquiou. Pero no se ve tan claro el tiempo que ganaban con llamar a uno de sus primos Dinand en lugar de Ferdinand. No hay que creer, por lo demás, que los Guermantes, para poner nombres, se atuviesen invariablemente a la repetición de una sílaba. Así, dos hermanas, la condesa de Montpeyroux y la vizcondesa de Vélude, dotadas ambas de una enorme corpulencia, nunca se oían llamar, sin que se molestasen ni poco ni mucho y sin que nadie pensara en sonreír por ello, tan antigua era la costumbre, de otro modo que *Pequeña y Nena.* La señora de Guermantes, que adoraba a la de Montpeyroux, hubiera, de haberse encontrado ésta enferma de gravedad, preguntado con lágrimas a su hermana: «Me han dicho que está muy mal la *Pequeña*». A la señora de l'Enclin, que llevaba el pelo peinado en bandós que le cubrían por completo las orejas, nunca le llamaban más que *tripa hambrienta;* a veces se contentaban con agregar una *a* al apellido o al nombre del marido para designar a la mujer. Como el hombre más avaro, más sórdido, más inhumano del barrio se llamaba Rafael, su encantadora, su flor, al salir así también del peñasco, firmaba siempre Rafaela; pero estas son solamente simples muestras de reglas innumerables, algunas de las cuales podemos explicar siempre, si se presenta ocasión de ello. Luego pedí al duque que me presentase al príncipe de Agrigento. «¡Cómo!, ¿pero no conoce usted a este excelente Grigri?», exclamó el señor de Guermantes, y dijo mi apellido al de Agrigento. El de este último, tantas veces citado por Francisca, se me había aparecido siempre como una cristalería transparente, bajo la que veía, heridos a la orilla del mar violeta por los rayos oblicuos de un sol de oro, los cubos sonrosados de una ciudad antigua, de que no dudaba yo fuese el mismo príncipe —de paso en París por un breve milagro —, tan luminosamente siciliano y gloriosamente entonado de pátina, soberano efectivo. ¡Ay!, el vulgar abejorro a quien me presentaron y que pirueteó para saludarme con una pesada desenvoltura que creía elegante, era tan independiente de su nombre como de una obra de arte que hubiera poseído, sin llevar sobre sí reflejo alguno dé ella, acaso sin haberle echado nunca una mirada. El príncipe de Agrigento estaba tan por completo desasistido de cosa alguna que fuese principesca y que pudiera hacer pensar en Agrigento, que era cosa de suponer que su nombre, enteramente distinto

de él, no ligado por nada a su persona, había tenido la facultad de atraer a sí cuanto de vaga poesía hubiera podido haber en aquel hombre como en cualquier otro, y de encerrarlo, después de esta operación, en las sílabas encantadas. Si la operación se había efectuado, había sido, de todos modos, bien hecha, puesto que ya no quedaba ni un átomo de encanto que extraer de este pariente de los Guermantes. De suerte que resultaba ser al mismo tiempo el único hombre del mundo que fuese príncipe de Agrigento, y acaso el hombre que menos lo era del mundo. Sentíase, por lo demás, muy dichoso de serlo, pero como un banquero es feliz por tener numerosas acciones de una mina, sin cuidarse, por otra parte, de si esa mina responde al bonito nombre de «mina Ivanhoe», o de «mina Malvarrosa», o si se llama solamente la mina «Primero». A todo esto, mientras acababan las presentaciones —tan largas de relatar, pero que, comenzadas desde mi entrada en el salón, no habían durado más que unos instantes— y la señora de Guermantes, en un tono casi de súplica, me decía: «Estoy segura de que Basin le fatiga a usted con llevarle así de una en otra; queremos que conozca usted a nuestros amigos, pero lo que queremos sobre todo es no cansarle, para que vuelva por aquí con frecuencia», el duque, con un ademán bastante torpe y timorato, dio (cosa que bien hubiera querido hacer desde hacía una hora, colmada para mí por la contemplación de los Elstir) la señal de que se podía servir la cena.

Hay que añadir que faltaba uno de los invitados, el señor de Grouchy, cuya mujer, Guermantes por su cuna, había venido sola por su parte, porque el marido debía llegar directamente de la cacería en que había pasado el día entero. Este señor de Grouchy, descendiente de aquel que vivió en tiempos del Primer Imperio y del que se ha dicho falsamente que su ausencia al comienzo de Waterloo había sido la causa principal de la derrota de Napoleón, pertenecía a una excelente familia, insuficiente, sin embargo, a los ojos de algunos que tenían la chifladura de la nobleza. Así, el príncipe de Guermantes, que había de ser muchos años más tarde menos exigente para consigo mismo, tenía costumbre de decir a sus sobrinas: «¡Qué mala suerte la de esa pobre señora de Guermantes (la vizcondesa de Guermantes, madre de la señora de Grouchy), no haber podido casar nunca a sus hijas!».

«Pero, tío, la mayor se ha casado con el señor de Grouchy». «¡A eso no le llamo yo un marido! En fin, dicen que el tío Francisco ha pedido la mano de la más pequeña; con eso no se quedarán todas solteras». Tan pronto como fue dada la orden de servir la cena, con un vasto brinco de resorte, giratorio, múltiple y simultáneo, las puertas del comedor se abrieron de par en par; un jefe de comedor, que tenía la apariencia de un maestro de ceremonias, se inclinó ante la princesa de Parma y anunció la noticia: «La señora está servida», en un tono parecido al que hubiera empleado para decir: «La señora se muere», pero que no proyectó ninguna tristeza sobre la reunión, ya que las parejas avanzaron con aire jubiloso y como en el verano, en Robinson, una tras otra, hacia el comedor, separándose cuando habían llegado a su sitio, donde los criados, a su espalda, les acercaban las sillas; la señora de Guermantes avanzó, la última, hacia mí para que la llevase a la mesa y sin que sintiera yo ni sombra de la timidez que hubiera podido temer, ya que, como cazadora a la que una gran destreza muscular ha hecho fácil la gracia, viendo, sin duda, que yo me había puesto del lado a que no debía estar, la duquesa giró con tal exactitud en torno a mí, que me encontré con su brazo cogido al mío y encuadrado con la mayor naturalidad en un ritmo de movimientos precisos y nobles. Obedecí a ellos con tanta mayor desenvoltura cuanto que los Guermantes no concedían a eso más importancia que al saber un verdadero sabio, en cuya casa está uno menos intimidado que en la de un ignorante; abriéronse otras puertas, por donde entró la sopa humeante, como si la comida se celebrara en un teatro de *pupazzi*[50] hábilmente montado y en el que la tardía llegada del joven invitado ponía, a una seña del amo de la casa, todos los rodajes en acción.

Tímida y no majestuosamente soberana había sido esta seña del duque, a la que había respondido el ponerse en marcha aquel vasto, ingenioso, obediente y fastuoso aparato de relojería, mecánico y humano. La indecisión del ademán no perjudicó, para mí, al efecto del espectáculo que a él estaba subordinado. Porque me daba cuenta de que lo que había hecho que fuese vacilante y cohibido era el temor a dejarme ver que sólo se aguardaba por mí para cenar y que habían estado esperándome mucho rato, lo mismo que la señora de Guermantes tenía miedo de que, después de

haber estado mirando tantos cuadros, me cansasen y no me dejaran ponerme a mis anchas con presentarme de carrerilla a todo el mundo, sin concederme respiro. De modo que era la falta de grandeza en el ademán lo que exhalaba la grandeza verdadera. Y lo mismo esta indiferencia del duque respecto de su propio lujo, y sus consideraciones, por el contrario, para con un huésped, insignificante en sí mismo, pero al que quería honrar. Lo cual no quiere decir que el señor de Guermantes no fuese en ciertos respectos muy ordinario, y no tuviera, inclusive, ridiculeces de hombre demasiado rico, el orgullo de un advenedizo, cosa que no era.

Pero así como un funcionario o un sacerdote ven su mediocre talento multiplicado hasta el infinito (como una ola por todo el mar que se agolpa detrás de ella) por las fuerzas en que se apoyan —la administración francesa y la iglesia católica—, del mismo modo el señor de Guermantes era transportado por otra fuerza: la cortesía aristocrática más auténtica. Esta cortesía excluye a mucha gente. La señora de Guermantes no hubiera recibido a la de Cambremer ni al señor de Forcheville. Pero desde el momento en que alguien, como ocurría en mi caso, parecía susceptible de ser agregado al medio de los Guermantes, esa cortesía descubría tesoros de sencillez hospitalaria, más magníficos aún, si cabe, que estos viejos salones, que estos maravillosos muebles que allí se conservaban.

Cuando quería dar gusto a alguien, el señor de Guermantes tenía, así, para hacer de él ese día el personaje principal, un arte que sabía sacar partido de las circunstancias y del lugar. Claro está que en Guermantes sus «distinciones» y sus «gracias» hubieran asumido otra forma. Habría hecho enganchar para llevarme a dar un paseo con él, solo, antes de comer. Tal como eran, sentíase uno impresionado por sus maneras como nos sentimos, al leer unas memorias de aquel tiempo, impresionados por las maneras de Luis XIV cuando éste responde bondadosamente, con expresión risueña y una semirreverencia, a uno que va a solicitar algo de él. Así y todo, es menester percatarse, en ambos casos, de que esa cortesía no iba más allá de lo que esta palabra significa.

Luis XIV (al cual los maniáticos de la nobleza de su tiempo reprochaban, sin embargo, lo poco que se les daba de la etiqueta, tanto, dice Saint-Simon,

que no ha sido más que un rey harto chico, por lo que hace al rango, en comparación de Felipe de Valois, Carlos V, etc.) hace redactar las instrucciones más minuciosas para que los príncipes de la sangre y los embajadores sepan a qué soberanos deben ceder el paso. En ciertos casos, ante la imposibilidad de llegar a un acuerdo, se prefiere convenir en que el hijo de Luis XIV, Monseñor, no recibirá en sus aposentos a tal o cual soberano extranjero, sino fuera, al aire libre, porque no se diga que al entrar en el castillo ha precedido uno de ellos al otro; y el elector palatino, al recibir al duque de Chevreuse para almorzar, finge, por no cederle el paso, estar enfermo, y come con él, pero acostado, expediente que zanja la dificultad. Como el señor duque evita las ocasiones de prestar el servicio debido a «Monsieur»[51], éste, por consejo del rey su hermano, que, además, le quiere tiernamente, busca un pretexto para hacer que su primo suba a sus habitaciones a la hora en que se levanta de la cama, y obligarle a que le presente la camisa. Pero desde el momento en que se trata de un sentimiento hondo, de cosas del corazón, el deber, tan inflexible mientras se trata de urbanidad, cambia por completo. Horas después de la muerte de ese hermano, una de las personas a que más amor ha tenido, cuando «Monsieur», según la expresión del duque de Monfort, está «caliente aún», Luis XIV canta trozos de ópera, se asombra de que la duquesa de Borgoña, a la que le cuesta trabajo disimular su dolor, parezca tan melancólica, y deseoso de que vuelva a empezar inmediatamente el buen humor, para que los cortesanos se decidan a ponerse de nuevo a jugar, ordena al duque de Borgoña que comience una partida de berlanga. Ahora bien; no sólo en los actos mundanos y concentrados, sino en el lenguaje más involuntario, en las preocupaciones, en el empleo que de su tiempo hacía el señor de Guermantes, se encontraba el mismo contraste: los Guermantes no sentían mayor pena que los demás mortales, incluso puede decirse que su verdadera sensibilidad era menor; en cambio, todos los días se veía su nombre en las notas de sociedad del *Gaulois,* debido al prodigioso número de entierros en que hubieran considerado culpable no hacerse apuntar. Del mismo modo que el viajero vuelve a encontrar, casi iguales, las casas cubiertas de tierra, las terrazas que pudieron conocer Jenofonte o San Pablo, así, en las

maneras del señor de Guermantes, hombre que conmovía por su amabilidad y sublevaba por su dureza, esclavo de las obligaciones más insignificantes y que se zafaba de los pactos más sagrados, volvía a encontrar yo, intacta aún al cabo de más de dos siglos transcurridos, esa desviación peculiar de la vida de corte en tiempos de Luis XIV y que transporta los escrúpulos de conciencia del terreno de los afectos y de la moralidad a las cuestiones de pura forma.

La otra razón de la amabilidad de que dio muestras para conmigo la princesa de Parma era más particular. Es que estaba de antemano persuadida de que cuanto veía en casa de la duquesa de Guermantes, cosas y gentes, era de calidad superior a todo lo que tenía ella en su propia casa. En la de todas las demás personas procedía, en rigor, como si así hubiera sido; ante el plato más sencillo, ante las flores más ordinarias, no se contentaba con extasiarse, pedía permiso para mandar a buscar la receta al día siguiente, o para que fueran a ver la especie su cocinero o su jardinero mayor, personajes con grandes sueldos que tenían coche propio y, sobre todo, sus pretensiones profesionales, y se sentían muy humillados por ir a informarse acerca de un plato desdeñado o a tomar de modelo una variedad de claveles que no era ni la mitad de hermosa, de «empenachada» de «mezclillas», de grande en cuanto a las dimensiones de las flores, que las que ellos habían conseguido desde hacía mucho en casa de la misma princesa. Pero si por parte de ésta, en casa de todo el mundo, ese pasmo ante las menores cosas era ficticio y estaba destinado a hacer ver que no tomaba de la superioridad de su condición y de sus riquezas un orgullo prohibido por sus antiguos preceptores, disimulado por su madre e insoportable para Dios, tenía, en cambio, con absoluta sinceridad el salón de la duquesa de Guermantes por un lugar privilegiado en el que sólo podía ir de sorpresas en delicias. De una manera general, por lo demás, pero que sería harto insuficiente para explicar este estado de espíritu, los Guermantes se diferenciaban bastante del resto de la sociedad aristocrática; eran más refinados y más raros. A mí, a primera vista, me habían producido la impresión contraria; los había encontrado vulgares, parecidos a todos los hombres y a todas las mujeres, pero era porque previamente había visto en

ellos, como en Balbec, en Florencia, en Parma, unos nombres. Evidentemente, en este salón, todas las mujeres que me había imaginado como estatuillas de Sajonia se parecían más, sin embargo, a la inmensa mayoría de las mujeres. Pero al igual que Balbec o Florencia, los Guermantes, después de haber defraudado a la imaginación porque se asemejaban más a sus semejantes que a su propio nombre, podían a seguida, aun cuando en menor grado, ofrecer a la inteligencia ciertas particularidades que les distinguían. Su mismo físico, el color de un rosa especial, que llegaba a veces hasta el violeta, de su carne; cierto rubio, casi luminoso, hasta en los hombres, de los delicados cabellos, apiñados en mechones dorados y suaves, por mitad líquenes parietales y pelaje felino (fulgor lumínico a que correspondía cierta brillantez de la inteligencia, porque si se hablaba de la tez y el pelo de los Guermantes, hablábase asimismo del ingenio de los Guermantes, como del ingenio de los Mortemart, cierta cualidad social más fina ya desde antes de Luis XIV y tanto más reconocida por todos cuanto que ellos mismos la promulgaban), todo esto hacía que en la materia misma, por preciosa que fuera, de la sociedad aristocrática en que se les encontraba enfusados acá y acullá, los Guermantes siguieran siendo reconocibles, fáciles de distinguir y de seguir, como los filones cuya rubiez vetean el jaspe y el ónice, o, mejor todavía, como el ágil ondular de esa cabellera de claridad cuyas despeinadas crines corren como flexibles rayos por las caras de ciertas variedades de ágata.

Los Guermantes —por lo menos los que eran dignos del apellido— no sólo eran de una calidad de carnación, de pelo, de transparente mirada, exquisita, sino que tenían una apostura, una manera de andar, de saludar, de mirar antes de estrechar la mano, de dar la mano, por la que eran tan diferentes en todo ello de un hombre de mundo cualquiera como éste de un patán de blusa. Y a pesar de su amabilidad, se decía uno: ¿no tienen verdaderamente derecho, aunque lo disimulen, cuando nos ven andar, saludar, salir, hacer todas esas cosas que, llevadas a cabo por ellos, tornábanse tan graciosas como el vuelo de la golondrina o la inclinación de la rosa, a pensar: son de otra raza que nosotros, y nosotros somos los príncipes de la tierra? Más tarde comprendí que los Guermantes me creían,

en efecto, de otra raza, pero que excitaba su envidia, porque yo poseía méritos que ignoraba y que ellos hacían profesión de considerar como los únicos importantes. Más tarde aún me di cuenta de que esta profesión de fe sólo a medias era sincera, y que en ellos el desdén o el asombro coexistían con la admiración y la envidia. La flexibilidad física esencial a los Guermantes era doble: gracias a la una, siempre en acción, y si, por ejemplo, un Guermantes macho iba a saludar a una dama, obtenía una silueta de sí mismo hecha del equilibrio inestable de unos movimientos asimétricos y nerviosamente compensados, una pierna que se arrastraba un poco, ya fuese adrede, ya porque, como se había partido a menudo en cacerías, imprimía al torso, para alcanzar a la otra pierna, una desviación a que hacía contrapeso un hombro más alto que el otro, mientras que el monóculo se instalaba en el ojo, peraltaba una ceja en el mismo momento en que el tupé del peinado se inclinaba para el saludo; la otra flexibilidad, como la forma de la onda, del viento o del surco que guarda para siempre la concha o el barco, se había, por decirlo así, estilizado en una a modo de movilidad fijada, encorvando la nariz ganchuda que, por bajo de los ojos azules y saltones, por cima de unos labios excesivamente delgados, de que salía, en las mujeres, una voz ronca, recordaba el origen fabuloso enseñado en el siglo XVI por la buena voluntad de unos genealogistas parásitos y helenizantes a este linaje antiguo sin duda, pero no hasta el punto que pretendían aquéllos cuando le atribuían como origen la fecundación mitológica de una ninfa por un divino Pájaro.

Los Guermantes eran no menos especiales desde el punto de vista intelectual que desde el punto de vista físico. Salvo el príncipe Gilberto (el esposo, de ideas rancias, de «María Gilberto», que hacía sentarse a su mujer a la izquierda, cuando se paseaban en coche, por no ser ella de tan buena sangre —con ser ésta, sin embargo, real— como él), pero ése era una excepción y servía, ausente, de objeto a las burlas de la familia y a anécdotas siempre nuevas, los Guermantes, sin dejar de vivir en la «crema» misma de la aristocracia, afectaban no hacer ningún caso de la nobleza. Las teorías de la duquesa de Guermantes, que, a decir verdad, en fuerza de ser Guermantes acababa por convertirse en cierta medida en algo diferente y

más agradable, ponían hasta tal punto por encima de todo la inteligencia y eran en política tan socialistas, que uno se preguntaba dónde se escondía en su palacio el genio encargado de asegurar la conservación de la vida aristocrática y que, siempre invisible, pero evidentemente agazapado tan pronto en la antesala como en el salón o en el tocador, recordaba a los criados de esta mujer que no creía en los títulos que la llamasen «señora duquesa», y a esta persona que sólo tenía amor a la lectura y no sabía de respetos humanos, que fuese a cenar a casa de su cuñada cuando sonaban las ocho y que se descotase para ello.

El mismo genio de la familia presentaba a la señora de Guermantes la posición de las duquesas, por lo menos de las primeras de entre éstas, y como ella multimillonarias, el sacrificio, hecho a unos tés aburridos, a unas cenas fuera de casa, a unas reuniones, de unas horas en que hubiera podido leer cosas interesantes, como necesidades desagradables análogas a la lluvia, y que la señora de Guermantes aceptaba ejercitando a cuenta de ellas su gracejo criticón, pero sin llegar hasta buscar las razones de su aceptación. El curioso efecto de la casualidad de que el mayordomo de la señora de Guermantes dijera siempre: «la señora duquesa» a esta mujer que sólo creía en la inteligencia no parecía chocarle a ella, sin embargo. Nunca había pensado en rogarle que la llamase «señora» simplemente. Llevando la buena voluntad hasta sus límites extremos, hubiera podido creerse que, distraída, oía tan sólo el «señora», y que el apéndice verbal que se añadía a esto no era percibido. Sólo que, si se hacía la sorda, no era muda. Y es el caso que cada vez que tenía algún encargo que dar a su marido, decía al mayordomo: «le recordará usted al señor duque…».

El genio de la familia tenía, por lo demás, otras ocupaciones; por ejemplo, hacer hablar de moral. Desde luego, había Guermantes más particularmente inteligentes, Guermantes más particularmente morales, y no eran de ordinario los mismos. Pero los primeros —hasta un Guermantes que había cometido falsificaciones y hacía trampas en el juego y que era el más delicioso de todos, abierto a todas las ideas nuevas y justas— trataban mejor aún de moral que los segundos, y del mismo modo que la señora de Villeparisis en los momentos en que el genio de la familia se expresaba por

boca de la anciana dama. En momentos idénticos se veía de repente a los Guermantes adoptar un tono casi tan anticuado, casi tan bonachón y, debido al hechizo que les era peculiar, más grande, más enternecedor que el de la marquesa, para decir de una sirvienta: «Se ve que tiene buen fondo, es una chica nada vulgar; debe de ser hija de gente bien; indudablemente ha seguido siempre el buen camino». En esos momentos, el genio de la familia se convertía en entonación. Pero a veces era también giro, expresión fisonómica, la misma en la duquesa que en su abuelo el mariscal, una como inaprehensible convulsión (análoga a la de la Serpiente, genio cartaginés de la familia Barca), que varias veces había hecho que el corazón me diese un vuelco, en mis paseos matinales, cuando, antes de haber reconocido a la señora de Guermantes, sentía que me estaba mirando desde el fondo de una lechería. Este genio había intervenido en una circunstancia que había estado lejos de ser indiferente no sólo a los Guermantes, sino a los Courvoisier, parte adversa de la familia y, aunque de tan buena sangre como los Guermantes, el polo opuesto a ellos (los Guermantes explicaban incluso por su abuela Courvoisier el empeño del príncipe de Guermantes de estar siempre hablando de alcurnia y de nobleza como si eso fuera la única cosa que importara). Los Courvoisier no sólo no asignaban a la inteligencia el mismo rango que los Guermantes, sino que ni aun poseían la misma idea de ella. Para un Guermantes (por necio que fuese), ser inteligente era tener una lengua afilada, ser capaz de decir cosas tremendas, de levantar ronchas; era, también, mostrarse a la altura de cualquiera, así a propósito de pintura como de música o de arquitectura, hablar inglés. Los Courvoisier se forman una idea menos favorable de la inteligencia, y a poco que no se perteneciese a su mundo, ser inteligente no andaba lejos de significar: «haber asesinado probablemente a su padre y a su madre». Para ellos, la inteligencia era como la ganzúa gracias a la cual unas gentes a las que no se conocía ni por Eva ni por Adán forzaban las puertas de los salones más respetados, y en casa de los Courvoisier sabían que acababa siempre por costarle a uno caro haber recibido a semejantes «gentecillas». A los insignificantes asertos de las personas inteligentes que no pertenecían al gran mundo oponían los Courvoisier una desconfianza sistemática. Como alguien hubiese dicho una

vez: «Pero Swann es más joven que Palamedes». «Por lo menos, eso dice él, y si él lo dice, esté usted seguro de que su interés lleva en ello», había respondido la señora de Gallardon. Es más: decíase a propósito de dos extranjeras elegantísimas a las que recibían los Guermantes, que se había hecho pasar primero a tal de ellas por ser la mayor: «Pero ¿es siquiera la mayor?», había preguntado la señora de Gallardon, no, positivamente, como si esa clase de personas no tuviese edad, sino como si, verosímilmente privadas de estado civil y religioso, de tradiciones seguras, fuesen más o menos jóvenes, como las gatitas de una misma cesta, entre las que sólo podría orientarse en este respecto un veterinario. Los Courvoisier, mejor que los Guermantes, mantenían, por lo demás, en un sentido la integridad de la nobleza, gracias, a la vez, a la pobreza de su espíritu y a la ruindad de su corazón. Así como los Guermantes (para quienes, de las familias reales y de algunas otras como los Ligne, los La Trémoille, etc., para abajo, todo lo demás se confundía en una vaga morralla) eran insolentes con gentes de rancio abolengo que vivían en torno a Guermantes, precisamente porque no paraban atención en esos méritos de segundo orden de que se preocupaban enormemente los Courvoisier, la falta de esos méritos les importaba poco. Ciertas mujeres que no disfrutaban de una condición muy elevada en su provincia, pero que se habían casado brillantemente, ricas, bonitas, estimadas de las duquesas, eran, para París, donde se está poco al corriente de quiénes son «los papás», un excelente y elegante artículo de importación. Podía ocurrir, bien que raras veces, que semejantes mujeres fueran, por conducto de la princesa de Parma o en virtud de su propio aliciente, recibidas en casa de algunos Guermantes. Pero la indignación de los Courvoisier con respecto a ellas no cedía nunca. Encontrarse, de cinco a seis, en casa de su prima a unas gentes con cuyos padres no les gustaba rozarse a los suyos en el Perche, se convertía para ellos en un motivo de rabia creciente y en tema de inagotables declamaciones. Desde el momento, por ejemplo, en que la encantadora condesa de G… entraba en casa de los Guermantes, el semblante de la señora de Villebon cobraba exactamente la expresión que hubiera debido tomar de haber tenido que recitar el verso:

Et s'il n'en reste qu'un, je serai celui-là[52]

verso que, por lo demás, no conocía. Esta Courvoisier había engullido casi todos los lunes un pastelillo cargado de crema, a unos cuantos pasos de la condesa de G…, pero sin resultado. Y la señora de Villebon confesaba a escondidas que no podía concebir cómo su prima la de Guermantes recibía a una mujer que ni siquiera era de la «buena sociedad de segundo orden» en Châteaudun. «Realmente no vale la pena de que sea tan exigente mi prima en sus amistades; es como para reírse del gran mundo», concluía la señora de Villebon con otra expresión en su semblante, expresión sonriente y zumbona en medio de la desesperación, y sobre la cual hubiera puesto más bien un juego de adivinanzas otro verso que, naturalmente, tampoco conocía la condesa:

Grâce aux Dieux mon malheur passe mon espérance[53].

Por otra parte, adelantémonos a los acontecimientos diciendo que la «perseverancia», rima de «esperanza» en el verso siguiente, que la señora de Villebon tenía de *esnobizar* a la de G… no fue del todo inútil. A los ojos de la señora de G… dotó a la señora de Villebon de un prestigio tal —por lo demás, puramente imaginario— que cuando la hija de la señora de G…, que era la más bonita y la más rica de los bailes de la época, estuvo para casar, la gente se extrañó de verla rechazar a todos los duques. Es que su madre, acordándose de las ofensas hebdomadarias que había sufrido en la calle de Grenelle en recuerdo de Châteaundun, no deseaba realmente más que un marido para su hija: un chico de los de Villebon.

En el único punto en que los Guermantes y los Courvoisier se encontraban era en el arte, infinitamente variado, por lo demás, de señalar las distancias. Las maneras de los Guermantes no eran completamente uniformes en todos ellos. Por ejemplo, todos los Guermantes, aquellos que lo eran verdaderamente, cuando os presentaban a ellos, procedían a una especie de ceremonia, sobre poco más o menos como si el hecho de que os hubiesen tendido la mano hubiera sido tan considerable como si se tratase

de armaros caballeros. En el momento en que un Guermantes, aunque no tuviese arriba de veinte años, pero que ya seguía las huellas de sus mayores, oía vuestro nombre pronunciado por el que os presentaba, dejaba caer sobre vosotros, cual si en modo alguno estuviera dispuesto a saludaros, una mirada generalmente azul, siempre de la frialdad de un acero que parecía dispuesto a hundiros en los más hondos recovecos del corazón. Eso es, por otra parte, lo que los Guermantes creían hacer, en efecto, teniéndose todos ellos por psicólogos de primer orden. Pensaban, además, hacer mayor con esa inspección la amabilidad del saludo que iba a seguir y que no habría de seros entregado sino con entero conocimiento. Todo esto sucedía a una distancia de vosotros que, pequeña si se hubiera tratado de un pase de esgrima, parecía enorme para un apretón de manos y le dejaba helado a uno en el segundo caso como lo hubiera hecho en el primero, de modo que cuando el Guermantes, tras una rápida jira por los últimos escondrijos de vuestra alma y de vuestra honorabilidad, os había juzgado dignos de volver a encontraros desde ese instante con él, su mano, dirigida hacia vosotros al extremo de un brazo extendido en toda su longitud, parecía como si os presentase un florete para un combate singular, y esa mano estaba, en suma, situada tan lejos del Guermantes en ese momento, que cuando inclinaba entonces la cabeza resultaba difícil distinguir si era a vosotros o a su propia mano a quien saludaba. Ciertos Guermantes que no tenían el sentido de la medida, o que eran incapaces de no repetirse incesantemente, exageraban, recomenzando esta ceremonia cada vez que volvían a tropezarse con vosotros. Supuesto que ya no tenían que proceder a la indagación psicológica previa para la que había delegado en ellos el «genio de la familia» sus poderes, y cuyos resultados debían tener presentes, la insistencia de la mirada perforadora que precedía al apretón de manos sólo podía explicarse por el automatismo que había adquirido su mirada o por algún don de fascinación que imaginaban poseer. Los Courvoisier, cuyo físico era diferente, habían intentado en vano asimilarse ese saludo escrutador y se habían rebajado hasta dar en la tiesura altanera o en la indolencia rápida. En desquite, de los Courvoisier era de quien parecían haber tomado el saludo de las señoras algunos rarísimos Guermantes del

sexo femenino. En efecto, en el momento en que os presentaban a una de éstas, os hacía un gran saludo, en el que acercaba a vosotros, aproximadamente en un ángulo de cuarenta y cinco grados, la cabeza y el busto, en tanto la parte inferior del cuerpo (que tenía muy larga, hasta la cintura, que hacía de eje) permanecía inmóvil. Pero apenas había proyectado así hacia vosotros la parte superior de su persona, cuando volvía a echarla más allá, hacia atrás, respecto de la vertical, con una brusca retirada de una longitud aproximadamente igual. La subversión consecutiva neutralizaba lo que os parecía que os había sido concedido; el terreno que habíais querido ganar ni siquiera quedaba adquirido; como en términos de desafío, conservábanse las primitivas posiciones. Esta misma anulación de la amabilidad por la repetición de las distancias (que era Courvoisier por su origen y estaba destinada a hacer ver que los anticipos hechos en el primer movimiento no era más que una fiesta de un instante) se manifestaban claramente asimismo, en los Courvoisier como en los Guermantes, en las cartas que uno recibía de ellos, por lo menos durante los primeros tiempos de su trato. El «cuerpo» de la carta podía contener frases que no se escribirían, al parecer, más que a un amigo; pero en vano era que hubieseis creído poder jactaros de serlo de la dama, porque la carta empezaba con un: «Muy señor mío», y acababa con un: «Cuente usted con mi consideración más distinguida». Desde ese momento, entre este frío principio y este fin glacial que cambiaban el sentido de todo lo demás, ya podían sucederse (si era una respuesta a alguna carta de pésame vuestra) las más conmovedoras descripciones de la pena por que la Guermantes había pasado al perder a su hermana, de la intimidad que existía entre ellas, de las bellezas del sitio en que estaba pasando una temporada, de los consuelos que allí encontraba en el encanto de sus hijitos: todo ello no era más que una carta como tantas otras que se encuentran en los epistolarios y cuyo carácter íntimo no llevaba aparejada, sin embargo, más intimidad entre vosotros y la autora de las cartas que si ésta hubiera sido Plinio el Joven o madama de Simiane.

Verdad es que algunas Guermantes le escribían a uno desde las primeras veces: «Mi querido amigo», «amigo mío»; no siempre eran las más sencillas de entre ellas, sino antes las que, como sólo vivían entre reyes y,

por otra parte, eran «ligeras», tomaban de su orgullo la certidumbre de que cuanto procedía de ellas era agradable, y de su corrupción, la costumbre de no regatear ninguna de las satisfacciones que podía ofrecer. Por lo demás, como bastaba haber tenido una tatarabuela común en tiempos de Luis XIII para que un Guermantes joven dijese, al hablar de la marquesa de Guermantes: «la tía Adán», los Guermantes eran tan numerosos que aun en estos simples ritos, el del saludo de presentación, por ejemplo, existían multitud de variedades. Cada subgrupo un poco refinado tenía el suyo, que se transmitían de padres a hijos como una receta de vulnerario y como una manera particular de preparar las confituras. Así hemos visto el apretón de manos de Saint-Loup precipitarse como a pesar suyo en el momento en que oía el nombre del que le presentaban, sin participación de la mirada, sin llevar adjunto saludo alguno. Cada desventurado plebeyo que por alguna razón especial —cosa que, por lo demás, ocurría con bastante rareza— era presentado a alguien del subgrupo Saint-Loup, se quebraba los cascos ante este mínimo tan brusco de salutación, que revestía voluntariamente las apariencias de la inconsciencia, para saber qué podía tener contra él la Guermantes o el Guermantes. Y no se quedaba poco asombrado al enterarse de que éste o aquélla habían estimado oportuno escribir especialmente al presentador para decirle cuánto le había agradado uno y que esperaba volverle a ver. Tan particularizados como el ademán mecánico de Saint-Loup eran las morisquetas complicadas y rápidas (que el señor de Charlus juzgaba ridículas) del marqués de Fierbois, los pasos graves y mesurados del príncipe de Guermantes. Pero es imposible describir aquí la riqueza de esta coreografía de los Guermantes por la extensión misma del cuerpo de baile.

Volviendo a la antipatía que animaba a los Courvoisier contra la duquesa de Guermantes, los primeros habrían podido tener el consuelo de compadecerla en tanto estuvo soltera, ya que entonces era poco afortunada. Desgraciadamente, una como emanación fuliginosa y *sui generis*[54] soterraba, hurtaba siempre a los ojos la riqueza de los Courvoisier que, por grande que fuese, no salía de la sombra. En vano era que una Courvoisier riquísima casase con un buen partido; siempre ocurría que el nuevo

matrimonio no tuviese domicilio personal en París, donde «paraba» en casa de los suegros, y el resto del año vivía en provincias en medio de una sociedad sin mezclas, pero sin brillantez. Mientras que Saint-Loup, que apenas tenía ya más que deudas, deslumbraba a Doncières con sus troncos de caballos, un Courvoisier opulentísimo nunca tomaba más que el tranvía en la misma ciudad. Inversamente (y, por otra parte, muchos años antes), la señorita de Guermantes (Oriana), que no tenía gran cosa, hacía hablar de sus trajes más que de los suyos todas las Courvoisier juntas. El mismo escándalo de sus ocurrencias era como si hiciese el reclamo de su manera de vestirse y de peinarse. Se había atrevido a decirle al gran duque de Rusia: «Vaya, ¿conque, por lo visto, monseñor quiere hacer asesinar a Tolstoi?», en una cena a la que no se había invitado a los Courvoisier que, por lo demás, estaban muy poco enterados de quién fuese Tolstoi. No lo estaban mucho más tocante a los autores griegos, si se ha de juzgar de ello por la duquesa viuda de Gallardon (suegra de la princesa de Gallardon, todavía soltera por entonces), que, como no se hubiese visto honrada en cinco años con una sola visita de Oriana, respondió a uno que le preguntaba la razón de su ausencia: «Parece que recita cosas de Aristóteles (quería decir Aristófanes) en las reuniones. ¡Y eso no lo tolero yo en mi casa!».

Ya puede suponerse hasta qué punto la «salida» de la señorita de Guermantes a propósito de Tolstoi, si indignaba a los Courvoisier, dejaba maravillados a los Guermantes y, por añadidura, a todo el que estaba relacionado con ellos no sólo de cerca, sino de lejos. La condesa viuda de Argencourt, Seineport por su familia, que recibía a todo el mundo, como quien dice, porque era literata y a pesar de que su hijo era un terrible snob, contaba la frase en presencia de la gente de pluma diciendo: «Oriana de Guermantes, que es fina como un coral, maliciosa como un mono, que tiene dotes para todo, que hace acuarelas dignas de un gran pintor y versos como pocos grandes poetas los hacen, y ya saben ustedes que, por lo que se refiere a la familia, es de lo más encopetado que hay, su abuela era la señorita de Montpensier, y ella es la decimaoctava Oriana de Guermantes sin un solo entronque desigual, es de la sangre más pura, más antigua de Francia». Así, los falsos hombres de pluma, los semiintelectuales que

recibía en su casa la señora de Argencourt, representándose a Oriana de Guermantes, a la que jamás tendrían ocasión de conocer personalmente, como algo más maravilloso y más extraordinario que la princesa Badroul Boudour, no sólo se sentían dispuestos a morir por ella al saber que una persona tan noble glorificaba por encima de todo a Tolstoi, sino que sentían asimismo retoñar en su espíritu una nueva fuerza, su propio amor a Tolstoi, su deseo de resistencia al zarismo. Estas ideas liberales habían podido tornarse anémicas en ellos, que habían podido dudar del prestigio de las mismas, sin atreverse ya a confesarlas, cuando, súbitamente, de la misma señorita de Guermantes, es decir, de una muchacha tan indiscutiblemente refinada y autorizada, que llevaba el pelo pegado a la frente (cosa que jamás hubiera consentido en hacer una Courvoisier), les llegaba una ayuda como aquella. Cierto número de realidades buenas o malas ganan mucho, de esta manera, con recibir la adhesión de personas que tienen autoridad sobre nosotros. Por ejemplo, entre los Courvoisier, los ritos de la amabilidad en la calle se componían de cierto saludo, feísimo y poco amable en sí mismo, pero del que se sabía era la manera distinguida de decir buenos días, de modo que todo el mundo, borrando de sí la sonrisa, el buen acogimiento, se esforzaba por imitar aquella fría gimnasia. Pero los Guermantes, en general, y particularmente Oriana, aun conociendo mejor que nadie esos ritos, no vacilaban, si os veían desde un coche, en saludaros amablemente con la mano, y en un salón, dejando a los Courvoisier hacer sus saludos de prestado y rígidos, esbozaban encantadoras reverencias, os tendían la mano como a un camarada, sonriendo con sus ojos azules, de modo que de repente, gracias a los Guermantes, entraba en la sustancia de la distinción, hasta entonces un tanto huera y seca, todo aquello que naturalmente le hubiera gustado a uno y que uno se había esforzado en proscribir, la bienvenida, la expansión de una amabilidad verdadera, la espontaneidad. De la misma manera, pero por obra de una rehabilitación en este caso poco justificada, las personas que más arraigado llevan en sí el gusto instintivo por la música mala y por las melodías, por triviales que sean, que tienen algo acariciador y fácil, llegan, gracias a la cultura sinfónica, a amortiguar en sí mismas ese gusto. Pero una vez que han llegado a este punto, cuando,

maravilladas con razón por el deslumbrador colorido orquestal de Ricardo Strauss, ven a este músico acoger con una indulgencia digna de Auber los motivos más vulgares, lo que les gusta a esas personas encuentra súbitamente en una autoridad tan alta una justificación que las cautiva, y se entusiasman sin escrúpulos y con una doble gratitud, oyendo *Salomé,* con lo que les estaba prohibido encontrar bien en *Los Diamantes de la Corona.*

Auténtico o no, el apóstrofe de la señorita de Guermantes al gran duque, propalado de casa en casa, era una ocasión para contar con qué excesiva elegancia estaba arreglada Oriana en aquella cena. Pero si el lujo (que era precisamente lo que lo hacía inaccesible para los Courvoisier) no nace de la riqueza, sino de la prodigalidad, la segunda, sin embargo, dura más tiempo si es sostenida al cabo por la primera, que entonces le permite proyectar todos sus fuegos. Ahora bien, dados los principios que sustentaban francamente no sólo Oriana, sino la señora de Villeparisis, a saber, que la nobleza no cuenta para nada, que es ridículo preocuparse del rango, que la riqueza no constituye la felicidad, que sólo la inteligencia, el corazón, el talento tienen importancia, los Courvoisier podían esperar que, en virtud de esta educación que había recibido de la marquesa, Oriana se casaría con cualquiera que no perteneciese al gran mundo, con un artista, un criminal reincidente, un vagabundo, un librepensador, y que entraría definitivamente en la categoría de lo que los Courvoisier llamaban «los descarriados». Tanto más podían esperarlo cuanto que la señora de Villeparisis, que en aquel momento atravesaba, desde el punto de vista social, una crisis difícil (ninguna de las escasas personas brillantes que encontré yo en su casa había vuelto aún a ella), hacía alarde de sentir un profundo horror respecto de la sociedad que la daba de lado. Hasta cuando hablaba de su sobrino el príncipe de Guermantes, al que veía por su casa, no tenía burlas bastantes para él porque estaba infatuado con su abolengo. Pero en el momento mismo en que se había tratado de encontrar un marido para Oriana, no eran ya los principios sustentados por la tía y por la sobrina los que habían dirigido el sesgo de las cosas; había sido el misterioso «Genio de la familia». Tan infaliblemente como si la señora de Villeparisis y Oriana no hubiesen hablado nunca de otra cosa que de títulos de renta y de

genealogías, y no de mérito literario y de cualidades del corazón, y como si la marquesa, por unos días, hubiera estado —como había de estar más tarde — muerta y en el ataúd, en la iglesia de Combray, donde cada miembro de la familia ya no era más que un Guermantes, con una privación de individualidad y de nombres de pila de que daba testimonio en las grandes colgaduras la G… de púrpura, sola, con la corona ducal encima, el genio de la familia había hecho recaer la elección de la intelectual, de la burlona, de la evangélica señora de Villeparisis en el hombre más rico y mejor nacido, en el mejor partido del barrio de Saint-Germain, en el hijo mayor del duque de Guermantes, el príncipe de los Laumes. Y por espacio de dos horas, el día de la boda, tuvo en su casa la señora de Villeparisis a todas las nobles criaturas de quienes se burló incluso con los pocos burgueses de su intimidad que había invitado y a los que el príncipe de los Laumes pasó entonces tarjeta, antes de «cortar las amarras», como hizo al año siguiente. Para llevar al colmo la contrariedad de los Courvoisier, las máximas que erigen la inteligencia y el talento en únicas superioridades sociales empezaron a ser recitadas en casa de la princesa de los Laumes inmediatamente después de la boda. Y a este respecto, dicho sea de paso, el punto de vista que defendía Saint-Loup cuando vivía con Raquel, se trataba con los amigos de Raquel y hubiera querido casarse con Raquel, llevaba aparejado —cualquiera que fuese el horror que en el seno de la familia inspirase— menos mentira que el de las señoritas de Guermantes, en general, cuando situaban por encima de todo la inteligencia, sin admitir apenas que se pusiera en tela de juicio la igualdad de todos los hombres, mientras que todo ello venía a parar, al fin y al cabo, en el mismo resultado que si hubiesen profesado las máximas contrarias: es decir, a casarse con un duque riquísimo. Saint-Loup procedía, por el contrario, conforme a sus teorías, lo cual hacía decir que iba por mal camino. Claro está que, desde el punto de vista moral, Raquel era, en efecto, poco satisfactoria. Pero no es muy seguro que de haber habido otra persona que no valiese mucho más, pero que hubiera sido, en cambio, duquesa o hubiera poseído muchos millones, no se hubiera mostrado favorable al matrimonio la señora de Marsantes. Ahora bien, para volver a la señora de los Laumes (poco

después duquesa de Guermantes, a la muerte de su suegro), el que las teorías de la joven princesa, aun manteniéndose así en su lenguaje, no hubiesen dirigido ni poco ni mucho su conducta fue un colmo de desgracia infligido a los Courvoisier, ya que así esa filosofía (si así puede decirse) no perjudicó en modo alguno a la elegancia aristocrática del salón de Guermantes. Indudablemente, todas las personas a quienes no recibía la señora de Guermantes se figuraban que era por no ser ellas suficientemente inteligentes, y alguna opulenta americana que jamás había poseído otro libro que un pequeño ejemplar antiguo, y nunca abierto, de las poesías de Parny, puesto, por ser «de la misma época», sobre un mueble de su saloncito, dejaba ver la importancia que concedía a las cualidades de la inteligencia con las miradas devoradoras que lanzaba a la duquesa de Guermantes cuando ésta entraba en la Opera. Claro está que también la señora de Guermantes era sincera cuando elegía a una persona por su inteligencia. Cuando decía de una mujer: *«Parece ser que es encantadora»*, o de un hombre que era lo más inteligente que darse cabe, no creía tener otras razones para consentir en recibirlos que ese encanto o esa inteligencia, sin que el genio de los Guermantes interviniese hasta ese minuto último: más profundo, apostado a la oscura entrada de la región en que los Guermantes juzgaban, ese genio vigilante les impedía encontrar inteligente al hombre o encantadora a la mujer, si uno u otra carecían de valor mundano, actual o futuro. Declarábase al hombre sabio, pero como un diccionario, o, por el contrario, vulgar, con un espíritu de viajante; la mujer bonita pertenecía a una clase de gente terrible, o hablaba demasiado. En cuanto a las personas que carecían de posición, ¡qué horror!, eran unos *snobs*. El señor de Bréauté, cuyo castillo estaba al lado mismo de Guermantes, sólo se trataba con Altezas. Pero se burlaba de ellas y no pensaba más que en vivir en los museos. Así se indignaba la señora de Guermantes cuando trataban al señor de Bréauté de *snob*. «¡*Snob* Babal! ¡Pero está usted loco, mi pobre amigo! ¡Si es todo lo contrario!, detesta a la gente de campanillas; no hay modo de presentarle a nadie. ¡Ni siquiera en mi casa! Si le invito al mismo tiempo que a algún conocido nuevo, viene a duras penas, y quejándose». Con esto no quiere decirse que, aun en la

práctica, no hiciesen los Guermantes distinto caso de la inteligencia que los Courvoisier. Positivamente, esta diferencia entre los Guermantes, envuelta, por lo demás, en un misterio ante el que soñaban de lejos tantos poetas, había dado la fiesta de que ya hemos hablado, en la que el rey de Inglaterra se había divertido más que en ninguna otra parte, porque la duquesa había tenido la idea, que jamás se le hubiera pasado por las mientes a ninguno de los Courvoisier, y la osadía, que hubiera hecho retroceder al valor de todos ellos, de invitar, aparte de las personalidades que ya hemos citado, al músico Gaston Lemaire y al autor dramático Grandmougin. Pero donde sobre todo se hacía sentir la intelectualidad es desde el punto de vista negativo. Si el coeficiente necesario de inteligencia y de hechizo iba descendiendo a medida que se elevaba el rango de la persona que deseaba ser invitada a casa de la princesa de Guermantes, hasta acercarse al cero cuando se trataba de las principales testas coronadas, en cambio, cuanto más se descendía por debajo de ese nivel regio, más subía el coeficiente. Por ejemplo, en casa de la princesa de Parma había un sinfín de personas a las que recibía Su Alteza porque las había conocido de niña, o porque estaban emparentadas con tal o cual duquesa, o por ser afectas a la persona de tal o cual soberano, aun cuando esas personas fuesen, por lo demás, feas, aburridas o necias; ahora bien, para un Courvoisier, una razón como la de ser «estimado por la princesa de Parma», «hermano por parte de madre de la duquesa de Arpajon», «pasa todos los años tres meses con la reina de España», hubiera bastado para hacerle admitir en su casa a tales gentes; pero la señora de Guermantes, que recibía cortésmente su saludo, desde hacía diez años en casa de la princesa de Parma, nunca les había dejado trasponer sus umbrales, por estimar que ocurre con los salones, en el sentido social de la palabra, lo que en el sentido material, en el que basta con unos muebles que no encuentra uno bonitos, pero que se deja estar para que ocupen sitio y como muestra de riqueza, para tornar espantoso el salón. Un salón de esa clase se asemeja a una obra en que no ha sabido uno abstenerse de las frases que revelan maestría, brillantez, facilidad. Como un libro, como una casa, la calidad de un «salón», pensaba con razón la señora de Guermantes, tiene por piedra angular el sacrificio.

Muchas amigas de la princesa de Parma, respecto de las cuales se contentaba la duquesa de Guermantes, desde hacía varios años, con el mismo saludo correcto, o con mandarles tarjeta en respuesta a las suyas, sin invitarlas nunca ni acudir a sus fiestas, quejábanse discretamente de ello a Su Alteza, que, los días en que el señor de Guermantes iba a verla solo, le hablaba de ello como quien no quiere la cosa. Pero el solapado gran señor, mal marido para con la duquesa en cuanto que tenía queridas, pero compadre a toda prueba en lo que atañía al buen funcionamiento de su salón (y del ingenio de Oriana, que era su principal atractivo), respondía: «Pero ¿es que la conoce mi mujer? ¡Ah!, entonces hubiera debido invitarla, en efecto. Pero voy a decirle la verdad, señora: a Oriana, en el fondo, no le hace gracia la conversación de las mujeres. Está rodeada de una corte de espíritus superiores —yo no soy su marido, no soy más que su primer ayuda de cámara—. Menos un número reducidísimo de ellas que son muy inteligentes, las mujeres la fastidian. Vamos, señora, Vuestra Alteza, que es tan aguda, no me dirá que la marquesa de Souvré tiene talento. Sí, lo comprendo perfectamente, la princesa la recibe por bondad. Y, además, la conoce. Dice Vuestra Alteza que Oriana la ha visto; es posible, pero muy poco, se lo aseguro. Y, además, he de decirle a la princesa que también hay un poco de culpa por parte mía. Ayer tarde, sin ir más lejos, tenía fiebre Oriana; temía disgustar a la duquesa de Borbón si no iba a su casa. Tuve que enseñar los dientes, prohibí que enganchasen. Bueno, ¿sabe una cosa, Alteza?, la verdad es que me dan ganas de no decirle siquiera a Oriana que me ha hablado Vuestra Alteza de la señora de Souvré. Oriana quiere tanto a Vuestra Alteza, que irá inmediatamente a invitar a la de Souvré; con eso tendremos una visita más, nos obligará a ponernos en relación con la hermana, a cuyo marido conozco perfectamente. Me parece que no voy a decirle nada a Oriana, si la princesa me autoriza a ello. Así le evitaremos mucha fatiga y agitación. Y le aseguro que con eso no privamos de nada a la señora de Souvré. Va a todas partes, a los sitios más brillantes. Nosotros apenas recibimos gente, algunas comidas de nada; la señora de Souvré se aburriría mortalmente». La princesa de Parma, candorosamente persuadida de que el duque de Guermantes no transmitiría su ruego a la duquesa, y

desolada por no haber conseguido la invitación que deseaba la señora de Souvré, sentíase tanto más lisonjeada por ser una de las personas que frecuentaban un salón tan poco accesible. Claro está que esta satisfacción no dejaba de tener sus quiebras. Así, cada vez que la princesa de Parma invitaba a la señora de Guermantes, tenía que someter a una verdadera tortura su imaginación para no recibir ese día en su casa a nadie que pudiera desagradar a la duquesa e impedir que volviera.

Los días de costumbre (después de la cena, en que tenía siempre a la mesa desde muy pronto, porque había conservado los antiguos usos, algunos invitados), el salón de la princesa de Parma estaba abierto a los amigos asiduos y, en general, a toda la gran aristocracia francesa y extranjera. La recepción consistía en que, al salir del comedor, la princesa se sentaba en un canapé, delante de una gran mesa redonda, charlaba con dos de las mujeres más importantes que habían cenado en su casa aquella noche, o bien echaba una ojeada a algún *magazine*, jugaba a las cartas (o fingía jugar, siguiendo una costumbre cortesana alemana), ya haciendo un solitario, ya tomando de compañero verdadero o supuesto a algún personaje de nota. A eso de las nueve, la puerta del gran salón no cesaba ya de abrirse de par en par, de volverse a cerrar, de abrirse de nuevo, para dejar paso a los visitantes que habían cenado a toda prisa (o, si cenaban fuera de sus casas, escamoteaban el café diciendo que iban a volver, contando, en efecto, con «entrar por una puerta y salir por otra») para acomodarse a las horas de la princesa. Esta, mientras tanto, atenta a su juego o a la charla, hacía como si no viese a las que llegaban, y hasta el momento en que estaban a dos pasos de ella no se levantaba graciosamente, sonriendo con bondad a las mujeres. Estas, en tanto, hacían ante Su Alteza en pie una reverencia que llegaba hasta la genuflexión, de modo que sus labios quedasen a la altura de la hermosa mano que pendía muy bajo, y pudieran besarla. Pero en ese momento, la princesa, ni más ni menos que si una vez y otra hubiera sido sorprendida por un protocolo que, sin embargo, conocía muy bien, alzaba a la arrodillada como a viva fuerza, con una gracia y una dulzura sin par, y la besaba en las mejillas. Gracia y dulzura que tenían por condición, se dirá, la humildad con que la que llegaba doblaba la rodilla. Así era, desde luego, y

parece que en una sociedad igualitaria desaparecería la urbanidad, no, como se cree, porque faltase la educación, sino porque en los unos desaparecería la deferencia debida al prestigio que debe ser imaginario para ser eficaz, y, sobre todo, en los otros, la amabilidad que se prodiga y afina cuando se siente que tiene para el que la recibe un valor infinito, que en un mundo fundado en la igualdad se reduciría súbitamente a nada, como todo lo que no tuviera más valor que el fiduciario. Pero esta desaparición de la cortesía en una sociedad nueva no es segura, y a veces estamos excesivamente dispuestos a creer que las condiciones actuales de un estado de cosas son las únicas posibles del mismo. Espíritus muy honrados han creído que una República no podría tener diplomacia y alianzas, y que la clase campesina no toleraría la separación de la Iglesia y del Estado. Después de todo, la cortesía en una sociedad no igualitaria no sería un milagro mayor que el buen éxito de los ferrocarriles y que la utilización militar del aeroplano. Además, aun cuando la cortesía desapareciera, nada prueba que eso fuese una desgracia. Al fin y al cabo, ¿no se iría jerarquizando secretamente una sociedad a medida que fuese de hecho más democrática? Es harto posible. El poderío político de los papas ha crecido mucho desde que ya no tienen ni Estados ni ejércitos; las catedrales ejercían un prestigio mucho menor sobre un devoto del siglo XVII que sobre un ateo del XX, y de haber sido la princesa de Parma soberana de un Estado, sin duda hubiera tenido yo la idea de hablar de ella tanto, aproximadamente, como de un presidente de la República; es decir, ni poco ni mucho.

Una vez alzada la impetrante y besada por la princesa, ésta volvía a sentarse, poníase de nuevo a su solitario, no sin haber, si la recién llegada era de importancia, charlado un momento con ella haciéndola sentarse en una butaca.

Cuando el salón acababa por estar demasiado lleno, la dama de honor encargada del servicio de orden hacía sitio guiando a los concurrentes asiduos a un inmenso *hall* a que daba el salón y que estaba colmado de retratos, de curiosidades referentes a la casa de Borbón. Los invitados habituales de la princesa desempeñaban entonces gustosamente el papel de cicerones, y decían cosas interesantes, que no tenían paciencia para

escuchar los jóvenes, más atentos a mirar a las Altezas vivas (y, si a mano venía, a hacerse presentar a ellas por la dama y las señoritas de honor) que a examinar las reliquias de las soberanas muertas. Demasiado ocupados con las personas a quienes podrían conocer y con las invitaciones que acaso pescasen, no sabían absolutamente nada, ni siquiera al cabo de años y años, de lo que había en aquel precioso museo de los archivos de la Monarquía, y sólo se acordaban confusamente de que estaba decorado con cactos y palmeras gigantes que hacían asemejarse aquel centro de las elegancias al Palmarium del Jardín de Aclimatación.

Claro está que la duquesa de Guermantes, por mortificación, iba a veces a hacer, esas noches, una visita de digestión a la princesa, que la retenía todo el tiempo a su lado, mientras bromeaba con el duque. Pero cuando la duquesa iba a cenar, la princesa se guardaba muy mucho de tener a sus invitados habituales, y cerraba su puerta al levantarse de la mesa, por temor a que unos visitantes demasiado poco selectos desagradasen a la exigente duquesa. Esas noches, si algunos fieles no advertidos se presentaban a la puerta de Su Alteza, el portero respondía: «Su Alteza real no recibe esta noche», y volvían a marcharse. De antemano, por lo demás, sabían muchos amigos de la princesa que ese día no serían invitados. Era una serie especial, una serie cerrada para tantos que hubieran deseado ser comprendidos en ella. Los excluidos podían, con una casi certeza, señalar por sus nombres a los elegidos, y se decían entre sí en tono lastimero: «Ya sabe usted que Oriana de Guermantes no se mueve nunca sin llevar consigo todo su estado mayor». Con ayuda de éste, la princesa de Parma trataba de rodear a la duquesa como con una muralla protectora contra las personas que hubieran encontrado cerca de ella un éxito más dudoso. Pero la princesa de Parma se sentía molesta con muchos de los amigos preferidos de la duquesa, con muchos miembros del brillante «estado mayor», por tener que usar con ellos de amabilidades, en vista de que era muy poca la que para con ella tenían. Claro es que la princesa de Parma admitía perfectamente que pudiera hallarse mayor satisfacción en el trato de la señora de Guermantes que en el suyo. De sobra se veía obligada a reconocer que la gente se apiñaba en los «días» de la duquesa, y que ella misma se

encontraba allí a menudo con tres o cuatro Altezas que se contentaban con dejar tarjeta en su casa. Y de nada le servía retener las ocurrencias de Oriana, imitar sus trajes, servir en sus tés las mismas tartas de fresa; había veces que se quedaba sola todo el día con una dama de honor y un consejero de alguna legación extranjera. Así, cuando (como se había dado el caso, por ejemplo, con Swann en otro tiempo) había alguien que nunca acababa el día sin haber ido a pasar dos horas en casa de la duquesa, y hacía una visita una vez cada dos años a la princesa de Parma, ésta no tenía muchas ganas, ni aun por divertir a Oriana, de conceder a ese Swann cualquiera los «avances» de invitarlo a cenar. En suma, convidar a la duquesa era para la princesa de Parma ocasión de perplejidades: hasta tal punto la corroía el temor de que Oriana lo encontrase mal todo. Pero en cambio, y por la misma razón, cuando la princesa de Parma iba a cenar a casa de la señora de Guermantes, estaba de antemano segura de que allí todo estaría bien, de que todo sería delicioso; no tenía más que un temor, y era el de no saber comprender, retener, agradar, no saber asimilarse las ideas y la gente. Por eso mi presencia excitaba su atención y su ansia, ni más ni menos que los hubiera excitado una nueva manera de adornar la mesa con guirnaldas de frutas, dudosa como estaba de si era lo uno o lo otro, el adorno de la mesa o mi presencia, lo que constituía más particularmente uno de esos encantos, secreto del éxito de las recepciones de Oriana, y, en la duda, firmemente decidida a tratar de tener en su próxima comida uno y otra. Lo que justificaba, por lo demás, plenamente la curiosidad enhechizada que la princesa de Parma llevaba a casa de la duquesa era el elemento cómico, peligroso, excitante, en que la princesa se sumergía con una especie de temor, de pasmo y de delicias (como, a la orilla del mar, en uno de esos «baños de ola» cuyo peligro señalan los bañeros que hacen de prácticos, sencillamente porque ninguno de ellos sabe nadar), de que salía tonificada, dichosa, rejuvenecida, y que se llamaba el ingenio de los Guermantes. El ingenio de los Guermantes —entidad tan inexistente como la cuadratura del círculo, según la duquesa, que juzgaba ser ella la única Guermantes que lo poseyese— era una reputación, como las salchichas blancas de Tours o los bizcochos de Reims. Sin duda (ya que una

particularidad intelectual no emplea para propagarse los mismos modos que el color del pelo o de la tez), ciertos íntimos de la duquesa, y que no eran de su misma sangre, poseían, con todo, ese ingenio, que, en cambio, no había podido invadir a determinados Guermantes excesivamente refractarios a cualquier linaje de inteligencia. Los detentadores, no emparentados con la duquesa, del ingenio de los Guermantes tenían generalmente como característica el haber sido hombres brillantes, dotados para una carrera a la que, ya fuesen las artes, la diplomacia, la elocuencia parlamentaria o las armas, habían preferido la vida de cotarro. Quizá esta preferencia hubiera podido explicarse por cierta falta de originalidad, o de iniciativa, o de decisión, o de salud, o de suerte, o por el esnobismo.

Para algunos de ellos (fuerza es reconocer, por otra parte, que esta era la excepción), si el salón de Guermantes había sido el tropiezo interpuesto en su carrera, era contra su voluntad. Así, un médico, un pintor y un diplomático de gran porvenir no habían conseguido «llegar» en su carrera, para la que, sin embargo, estaban harto más brillantemente dotados que otros muchos, porque la intimidad de que gozaban en casa de los Guermantes hacía que los dos primeros pasasen por gentes del gran mundo, y el tercero por un reaccionario, lo cual había impedido a los tres ser reconocidos por sus pares. La antigua toga y el birrete rojo que visten y con que se cubren todavía los colegios electores de las facultades, no es, o por lo menos no era, aún no hace tanto tiempo, otra cosa que la supervivencia puramente externa de un pasado de ideas estrechas, de un sectarismo cerrado. Bajo el birrete con borlas de oro, como los sumos sacerdotes bajo el gorro cónico de los judíos, los «profesores» estaban todavía, en los años que precedieron a la cuestión de Dreyfus, encerrados en ideas rigurosamente farisaicas. Du Boulbon era, en el fondo, un artista, pero estaba salvado porque no le gustaba la vida de sociedad. Cottard frecuentaba a los Verdurin. Pero la señora de Verdurin era una cliente; Cottard, además, estaba protegido por su vulgaridad, y, en fin, no recibía en su casa más que a la Facultad, en ágapes sobre los que flotaba un olor de ácido fénico. Pero en los cuerpos vigorosamente constituidos, en que, por lo demás, el rigor de los prejuicios no es sino el rescate de la más hermosa

integridad, de las más elevadas ideas morales, que flaquean en otros medios más tolerantes, más libres y, bien pronto, licenciosos, un profesor, con su toga roja de raso escarlata con vueltas de armiño como la de un Dogo (es decir, un duque) de Venecia encerrado en el palacio ducal, era tan virtuoso, tan apegado a unos nobles principios, pero tan implacable también para con todo elemento extraño, como el otro duque, excelente, pero terrible, que era el señor de Saint-Simon. El extraño era el médico mundano, que tenía otras maneras, otras relaciones. Por hacer bien las cosas, el desdichado de que aquí hablamos, para no ser acusado por sus colegas de que los desdeñaba (¡qué ideas de hombre de mundo!), si les ocultaba a la duquesa de Guermantes, esperaba desarmarlos dando comidas mixtas en que el elemento médico quedaba ahogado por el elemento mundano. No sabía que así firmaba su perdición, o más bien se enteraba de ello cuando el consejo de los diez (un poco más elevado en número) tenía que proveer la vacante de alguna cátedra, y era siempre el nombre de un médico, más normal, aun cuando fuese más mediocre, el que salía de la urna fatal, y el «veto» resonaba en la antigua Facultad, tan solemne, tan ridículo, tan terrible como el «juro» con que murió Molière. Así también el pintor rotulado para siempre de hombre de mundo, cuando gentes de mundo que se dedicaban al arte habían conseguido hacerse colgar el marchamo de artistas; así el diplomático que tenía demasiados vínculos reaccionarios.

Pero este caso era el más raro. El tipo de los hombres distinguidos que formaban el fondo del salón de Guermantes era el de unas gentes que habían renunciado voluntariamente (o creyéndolo así, por lo menos) a lo demás, a todo lo que era incompatible con el espíritu de los Guermantes, con la cortesía de los Guermantes, con ese encanto indefinible, odioso a todo «cuerpo», por poco centralizado que esté.

Y los que sabían que, en otro tiempo, uno de estos contertulios del salón de la duquesa había ganado la medalla de oro en la Exposición; que el otro, secretario de la Conferencia de los abogados, había tenido unos comienzos resonantes en la Cámara; que el tercero había servido hábilmente a Francia como encargado de negocios, hubieran podido considerar como fracasadas a las gentes que no habían vuelto a hacer nada desde hacía veinte años. Pero

esos «informados» eran poco numerosos, y los mismos interesados hubieran sido los últimos en recordarlo, por encontrar esos antiguos títulos de ningún valor, en virtud, precisamente, del espíritu de los Guermantes, ya que éste hacía que se tachase de pelmazo, de pasmarote, o bien, por el contrario, de hortera, a determinados ministros eminentes, el uno un tanto solemne, el otro amigo de los juegos de palabras, cuyas alabanzas cantaban los periódicos, pero al lado de los cuales bostezaba la señora de Guermantes y daba muestras de impaciencia si la imprudencia de un ama de casa le había dado al uno o al otro por vecino. Puesto que ser un estadista de primer orden no era, ni mucho menos, una recomendación para con la duquesa, aquellos de sus amigos que habían presentado su dimisión en la «carrera» o pedido su separación del ejército, que no habían vuelto a presentarse al Parlamento, juzgaban, al ir todos los días a almorzar y charlar con su grande amiga, al encontrarse con ella en casa de las Altezas a quienes, por lo demás, tenían en poca estima —eso decían ellos, por lo menos—, que habían escogido para sí la mejor parte, bien que su aspecto melancólico, aun en medio de la animación, contradijese un tanto el fundamento que pudiera tener tal juicio.

Fuerza es reconocer, además, que en la delicadeza de vida social, en la ligereza de las conversaciones entre los Guermantes había, por tenue que fuese, algo real. Ningún título oficial valía en aquel medio lo que el aliciente de ciertos amigos preferidos de la señora de Guermantes, a los que no hubieran podido lograr atraer a su casa los ministros más poderosos. Si en aquel salón habían quedado enterradas para siempre tantas ambiciones intelectuales, e incluso tantos nobles esfuerzos, de sus cenizas, a lo menos, había nacido la más rara floración de mundanidad. Evidentemente, había hombres de talento, como Swann, por ejemplo, que se consideraban superiores a los hombres de valía, a los que desdeñaban; pero es que lo que la duquesa de Guermantes ponía por encima de todo no era la inteligencia; era, según ella, esa forma superior, más exquisita, de la inteligencia elevada hasta una variedad verbal del talento: el ingenio. Y en otro tiempo, en casa de los Verdurin, cuando Swann juzgaba a Brichot y a Elstir, al uno como un pedante, al otro como un mamarracho, no obstante todo el saber del uno y

todo el genio del otro, lo que le había hecho clasificarlos así era la infiltración del espíritu de los Guermantes. Jamás se hubiera atrevido a presentar al uno ni al otro a la duquesa, imaginándose de antemano con qué cara hubiera acogido las parrafadas de Brichot, los necios chistes de Elstir, ya que el espíritu de los Guermantes encasillaba las frases prolongadas y pretenciosas del género serio o del género bromista en la más intolerable imbecilidad.

En cuanto a los Guermantes según la carne, según la sangre, si el espíritu de los Guermantes no se había enseñoreado de ellos tan por completo como ocurre, por ejemplo, en los cenáculos literarios, en que todo el mundo tiene la misma manera de pronunciar, de enunciar, y, por vía de consecuencia, de pensar, no es, evidentemente, porque la originalidad sea más vigorosa en los círculos mundanos y ponga en ellos obstáculos a la imitación. Pero la imitación tiene por condiciones no sólo la ausencia de una originalidad irreductible, sino, además, una relativa finura de oído que permita discernir primero lo que se imita luego. Ahora bien, había algunos Guermantes a los que les faltaba este sentido musical casi tanto como a los Courvoisier.

Tomando como ejemplo el ejercicio que se llama, en otra acepción de la palabra imitación, «hacer imitaciones» (lo que se llamaba entre los Guermantes «caricaturizar»), de nada servía que la señora de Guermantes las hiciese admirablemente: los Courvoisier eran tan incapaces de darse cuenta de ello como si hubieran sido una bandada de conejos, en lugar de hombres o mujeres, porque nunca habían sabido observar el defecto o el acento que la duquesa trataba de remedar. Cuando «imitaba» al duque de Limoges, los Courvoisier protestaban: «¡Oh!, no, no habla así, de todos modos; todavía ayer noche cené con él en casa de Bebeth; estuvo hablando conmigo toda la noche; no hablaba así»; mientras que los Guermantes un poco cultos exclamaban: «¡Pero qué gracia tiene esta Oriana! ¡Lo grande es que, mientras le imita, se parece a él! Me parece estarlo oyendo. ¡Oriana, imite otro poco a Limoges!». Ahora bien, estos Guermantes (aun sin llegar a los que eran francamente notables, que, cuando la duquesa imitaba al duque de Limoges, decían con admiración: «¡Ah!, la verdad es que es usted

el duque clavado», o «que eres»), por más que careciesen de ingenio según la señora de Guermantes (que en eso estaba en lo cierto), en fuerza de oír y de repetir las ocurrencias de la duquesa habían llegado a imitar, bien que mal, su manera de expresarse, de juzgar, lo que Swann hubiera llamado, como el duque, su manera de «redactar», hasta presentar en su conversación algo que a los Courvoisier les parecía espantosamente similar al ingenio de Oriana, y que era tratado por ellos de ingenio de los Guermantes. Como esos Guermantes eran para ella no sólo parientes, sino admiradores, Oriana (que mantenía rigurosamente aparte al resto de su familia y se vengaba ahora con sus desdenes del malquerer que esa misma familia había tenido para ella cuando estaba soltera) iba a verles a veces, generalmente en compañía del duque, en el buen tiempo, cuando salía con su marido. Estas visitas eran un acontecimiento. A la princesa de Epinay, que recibía en su espacioso salón de la planta baja, le palpitaba un poco más aprisa el corazón cuando distinguía desde lejos, cual los primeros resplandores de un inofensivo incendio a las «señales» de una invasión que no se espera, cruzando lentamente el patio, con paso obligado, a la duquesa, tocada con un sombrero arrebatador e inclinando una sombrilla de que llovía una fragancia estival. «¡Hombre, Oriana!», decía, como un «alerta» que trataba de avisar con prudencia a sus visitantes, y para que tuvieran tiempo de salir en orden, de que evacuasen los salones sin pánico. La mitad de las personas presentes no se atrevían a quedarse, se levantaban. «No, no, pero ¿por qué? Siéntense ustedes; encantada de tenerles conmigo un ratito más», decía la princesa con expresión de naturalidad y desembarazo (por dárselas de gran señora), pero con voz de fingimiento. «A lo mejor tienen ustedes que hablar». «Bueno, si es que tiene usted prisa… Ya iré a verla», respondía la señora de la casa a aquellas que tanto le complacía ver marcharse. El duque y la duquesa saludaban muy cortésmente a unas gentes a las que veían allí desde hacía varios años, sin que por ello las conociesen más, y que apenas les saludaban a ellos, por discreción. No bien se habían retirado, cuando el duque hacía amablemente algunas preguntas a cuenta de ellas, para hacer ver como que se interesaba por la calidad intrínseca de las personas a quienes no recibía en su casa por culpa del destino o por el estado de los

nervios de Oriana. «¿Quién era esa señora menudita del sombrero rosa?». «¡Pero, primo, si la ha visto usted muchas veces! Es la vizcondesa de Tours, una Lamarzelle». «¿Pues sabe usted que es bonita? Parece inteligente; si no tuviera un defectillo en el labio superior, sería sencillamente encantadora. Si es que hay un vizconde de Tours, no debe de aburrirse. Oriana, ¿sabe usted en quién me han hecho pensar esas cejas y la disposición del pelo? En su prima Hedwige de Ligne». La duquesa de Guermantes, que se consumía desde el momento en que hablaban de la belleza de otra mujer que no fuera ella, dejaba decaer la conversación. No había contado con el gusto que tenía su marido por hacer ver que estaba perfectamente al tanto de la gente a quien no recibía, con lo que creía mostrarse más serio que su mujer. «Pero —decía de pronto con fuerza— ha pronunciado usted el nombre de Lamarzelle… Recuerdo que cuando estaba yo en el Parlamento pronunció un discurso notabilísimo…». «Era el tío de la joven que acaba usted de ver». «¡Ah, qué talento! No, hijita —decía el duque a la vizcondesa de Egremont, a la que no podía soportar la señora de Guermantes, pero que, como no salía de casa de la princesa de Epinay, donde se rebajaba voluntariamente al papel de doncella (sin perjuicio de pegarle a la suya cuando volvía a casa), se quedaba, confusa, desconsolada, pero se quedaba, cuando la pareja ducal estaba allí, le quitaba los abrigos, trataba de hacerse útil, les ofrecía, por discreción, que pasasen a la habitación inmediata—, no haga usted té para nosotros; charlemos tranquilamente; somos gente sencilla, a la pata la llana. Además —añadía, volviéndose a la señora de Epinay (dejando a la de Egremont sonrojada, humilde, ambiciosa y solícita) —, sólo podemos concederle a usted un cuarto de hora». Ese cuarto de hora estaba ocupado íntegramente por algo así como una exposición de las ocurrencias que había tenido la duquesa durante la semana y que ella, por su cuenta, no hubiera citado seguramente, pero que el duque, con extraordinaria maña, mientras parecía sermonearla a propósito de los incidentes que las habían provocado, la llevaba como involuntariamente a repetir.

La princesa de Epinay, que quería a su prima y sabía que ésta tenía debilidad por los requiebros, se extasiaba ante su sombrero, ante su

sombrilla, ante su ingenio. «Háblele usted de su traje todo lo que quiera —decía el duque con el tono de malhumor que había adoptado y que atemperaba con una sonrisa maliciosa para que no se tomase en serio su descontento—, pero ¡por los clavos de Cristo!, no de su ingenio; nada se perdería con que no tuviera yo una mujer tan ingeniosa. Probablemente hace usted alusión al endiablado retruécano que ha hecho a costa de mi hermano Palamedes —añadía, sabiendo perfectamente que la princesa y el resto de la familia ignoraban aún el juego de palabras en cuestión, y encantado de hacer valer a su mujer—. Ante todo, encuentro indigno de una persona que ha dicho a veces, lo reconozco, cosas que estaban bastante bien, hacer pésimos juegos de palabras, pero sobre todo a costa de mi hermano, que es muy susceptible, y si la cosa ha de tener como resultado ponerme a mal con él, ¡sí que vale la pena!». «¡Pero si no sabemos nada! ¿Un juego de palabras de Oriana? Tiene que ser delicioso. ¡Oh, díganoslo!». «No, no —repetía el duque, haciéndose todavía el enfadado, aunque más sonriente—; me alegro de que no lo conozca usted. En serio, quiero mucho a mi hermano». «Oiga usted, Basin —decía la duquesa, para quien había llegado el momento de dar la réplica a su marido—: no sé por qué dice usted que puede molestarle eso a Palamedes; sabe usted perfectamente que es todo lo contrario. Palamedes de sobra es inteligente para atufarse por esa broma estúpida que no tiene nada de ofensiva. Va usted a hacer que crean que he dicho algo malo; lo que he hecho ha sido responder una cosa que no tiene ni pizca de gracia, pero es usted el que le da importancia con su indignación. No lo comprendo». «Nos está usted intrigando terriblemente, ¿de qué se trata?». «¡Oh! ¡Evidentemente, de nada grave! —exclamaba el señor de Guermantes—. Quizá haya usted oído decir que mi hermano quería darle Brézé, el castillo de su mujer, a su hermana la de Marsantes». «Sí, pero nos han dicho que ella no deseaba semejante cosa, que no le gustaba el sitio en que está el castillo, que el clima no le convenía». «Pues bueno, no sé quien estaba diciéndole justamente todo eso a mi mujer, y que si mi hermano le regalaba ese castillo a nuestra hermana no era por darle gusto, sino por hacerla rabiar. ¡Es que Charlus es tan cargante, tan amigo de llevar la contraria!» —decía la persona que se lo contaba a mi mujer[55]—.

Pero es el caso, como usted sabe, que lo de Brézé es regio, puede valer varios millones, es una antigua tierra del rey; allí está una de las más hermosas selvas de Francia. Ya quisieran muchos que les gastasen bromazos de ese género. Así es que al oír la palabra *cargante* aplicada a Charlus porque regalaba un castillo tan hermoso, Oriana no pudo menos de exclamar, involuntariamente, debo confesarlo; no puso en ello ninguna picardía, porque la cosa fue rápida como una centella: «Cargante, cargante… ¡Vamos, lo que es, es Taquino el Soberbio!». «Como usted comprende, añadía —recobrando su tono de enfado y no sin haber lanzado una mirada circular para juzgar del ingenio de su mujer— el duque que, por otra parte, era bastante escéptico tocante al conocimiento que de la historia antigua tuviese la señora de Epinay, como usted comprende, es por Tarquino el Soberbio, el rey de Roma; la cosa es estúpida, es un pésimo juego de palabras, indigno de Oriana. Y luego, yo, que, si tengo menos talento que mi mujer, soy más circunspecto que ella, pienso en las consecuencias; si da la mala suerte de que le repitan eso a mi hermano, habrá que ver la que se arma. Tanto más —añadió— cuanto que como justamente Palamedes es muy arrogante, está muy en alto y es también muy puntilloso, muy inclinado a los comadreos, aun prescindiendo de la cuestión del castillo, hay que reconocer que lo de Taquino el Soberbio le cae bastante bien. Eso es lo que salva las frases de esta señora, que hasta cuando quiere rebajarse a vulgares aproximaciones sigue siendo ingeniosa a pesar de todo, y pinta bastante bien a la gente».

Así, gracias una vez a lo de Taquino el Soberbio, otra vez a otro dicho, estas visitas del duque y de la duquesa a su familia renovaban la provisión de relatos, y la emoción que habían causado duraba todavía mucho después de la partida de la mujer ingeniosa y de su empresario. Primero era el regalarse, en unión de los privilegiados que habían asistido a la fiesta (las personas que se habían quedado), con las frases que había dicho Oriana: «¿No conocía usted lo de Taquino el Soberbio?», preguntaba la princesa de Epinay. «Sí —respondía sonrojándose— la marquesa de Baveno; la princesa de Sarsina (La Rochefoucauld) me había hablado de ello, aunque no precisamente en esa forma. Pero ha debido de ser mucho más interesante

oírlo contar así delante de mi prima», añadía, como hubiera dicho de oírlo acompañar por el autor. «Hablábamos de la última ocurrencia de Oriana, que estaba aquí ahora mismo», decían a una visitante que iba a sentirse desolada por no haber llegado una hora antes. «¿Cómo, que estaba aquí Oriana?». «Sí; con que hubiera venido usted un poco más pronto…» —le respondía la princesa de Epinay, sin reproche, pero dando a entender todo lo que se había perdido por su torpeza. Ella tenía la culpa si no había asistido a la creación del mundo o a la última representación de madama Carvalho—. «¿Qué me dice usted de la última frase de Oriana? Lo que es a mí, confieso que me parece muy bueno lo de Taquino el Soberbio» —y la frase se saboreaba todavía, fiambre, al día siguiente, en el almuerzo, entre los amigos íntimos a quienes se invitaba para eso, y reaparecía con diferentes salsas durante toda la semana—. Incluso la princesa, al hacer esa semana su visita anual a la princesa de Parma, aprovechaba la ocasión para preguntar a Su Alteza si conocía la frase, y se la contaba. «¡Ah, Taquino el Soberbio!», decía la princesa de Parma, desmesuradamente abiertos los ojos por una admiración *a priori,* pero que imploraba un suplemento de explicaciones a que no se negaba la princesa de Epinay. «Confieso que lo de Taquino el Soberbio me gusta infinitamente como redacción», concluía la princesa. En realidad, la palabra redacción no venía ni poco ni mucho a pelo tratándose de este juego de palabras; pero la princesa de Epinay, que tenía la pretensión de haberse asimilado el ingenio de los Guermantes, había tomado de Oriana las expresiones «redactado, redacción», y las empleaba sin mucho discernimiento. Ahora bien, la princesa de Parma, que no veía con muy buenos ojos a la señora de Epinay, a la que encontraba fea, sabía avara y creía malintencionada, fiándose de los Courvoisier, reconoció la palabra «redacción», que había oído pronunciar por la señora de Guermantes y que ella sola no hubiera sabido aplicar. Tuvo la impresión de que era, en efecto, la redacción lo que constituía el encanto de «Taquino el Soberbio», y sin olvidar del todo su antipatía hacia la dama fea y avara, no pudo defenderse contra un sentimiento tal de admiración respecto de una mujer que hasta ese extremo poseía el talento de los Guermantes, que quiso invitar a la princesa de Epinay a la Opera. Lo único que la detuvo fue el

pensamiento de que acaso conviniera consultar primero a la señora de Guermantes. En cuanto a la señora de Epinay, que, harto diferente de los Courvoisier, hacía mil arrumacos a Oriana y la quería, pero estaba celosa de sus amistades y un tanto irritada por las bromas que la duquesa le gastaba delante de todo el mundo a cuenta de su avaricia, contó, al volver a su casa, el trabajo que le había costado a la princesa de Parma comprender lo de Taquino el Soberbio, y que ya hacía falta que fuese *snob* Oriana para admitir en su intimidad a semejante pava. «Lo que es yo, nunca hubiera podido tratar asiduamente a la princesa de Parma, aunque hubiese querido —dijo a los amigos que tenía a cenar—, porque el señor de Epinay jamás me lo hubiera permitido, por su inmoralidad —haciendo alusión a ciertos desbordamientos puramente imaginarios de la princesa—. Pero aun cuando hubiese tenido un marido menos severo, confieso que no me hubiera sido posible. No sé como hace Oriana para estarla viendo a cada paso. Yo voy allá una vez al año, y mi buen trabajo me cuesta llegar hasta el final de la visita». En cuanto a aquellos de los Courvoisier que se encontraban en casa de Victurniana en el momento de la visita de la señora de Guermantes, la llegada de la duquesa los ponía generalmente en fuga, por la exasperación que les causaban las «zalemas exageradas» que se hacían a Oriana. Sólo uno se quedó el día de Taquino el Soberbio. No comprendió el chiste, aunque sí, de todas maneras, a medias, porque era instruido. Y los Courvoisier se dedicaron a repetir que Oriana había llamado al tío Palamedes «Tarquino el Soberbio», cosa que, según ellos, lo pintaba bastante bien. «Pero ¿a qué armar tanto ruido a cuenta de Oriana? —añadían—. No se hubiera hecho más por una reina. En fin de cuentas, ¿qué es Oriana? No digo que los Guermantes no sean de añeja estirpe, pero en nada les ceden los Courvoisier, ni en cuanto a figuras ilustres, ni en cuanto a antigüedad, ni en cuanto a entronques. No hay que olvidar que en el campo de la Tela de Oro, al preguntarle el rey de Inglaterra a Francisco I cuál era el más noble de los señores allí presentes: ‘*Sire*, respondió el rey de Francia, es Courvoisier’.» Por lo demás, aunque todos los Courvoisier se hubieran quedado, las ocurrencias de Oriana les habrían dejado tanto más insensibles cuanto que los incidentes que generalmente las hacían nacer hubieran sido

considerados por ellos desde un punto de vista por completo diferente. Si, por ejemplo, una Courvoisier se encontraba con que le faltaban sillas en una recepción que daba, o si se equivocaba de apellido al hablar a una visitante a la que no había reconocido, o si uno de sus criados le dirigía una frase ridícula, la Courvoisier, molesta en extremo, sonrojándose, estremeciéndose con la agitación, deploraba semejante contratiempo. Y cuando tenía una visita y Oriana iba a ir a su casa, decía en tono ansioso e imperiosamente interrogante: «¿La conoce usted?», temiendo, si la visita no la conocía, que su presencia causase mala impresión a Oriana. Pero la señora de Guermantes tomaba, por el contrario, de tales incidentes ocasión para relatos que hacían reír a los Guermantes hasta saltárseles las lágrimas, de modo que se veía uno obligado a envidiarla porque le hubiesen faltado sillas, por haber cometido o dejado cometer a su criado una torpeza, por haber tenido en su casa a alguien a quien nadie conocía, como se ve uno obligado a felicitarse de que los grandes escritores hayan sido tenidos aparte por los hombres y traicionados por las mujeres cuando sus humillaciones y sufrimientos han sido, si no el aguijón de su genio, por lo menos la materia de sus obras.

Tampoco eran capaces los Courvoisier de elevarse hasta el espíritu de innovación que la duquesa de Guermantes introducía en la vida mundana y que, al adaptarla con arreglo a un seguro instinto a las necesidades del momento, hacía de ella una cosa artística, allí donde la aplicación puramente razonada de unas reglas rígidas hubiera dado tan pésimo resultado como al que, queriendo triunfar en el amor o en la política, reprodujese al pie de la letra en su propia vida las proezas de Bussy d’Amboise. Si los Courvoisier daban una cena de familia, o una comida en honor de un príncipe, el agregar un hombre de talento, un amigo de sus hijos, parecíales una anomalía capaz de producir el peor efecto. Una Courvoisier cuyo padre había sido ministro del emperador, y que tenía que dar una *matinée* en honor de la princesa Matilde, dedujo por espíritu de geometría que sólo podía invitar a bonapartistas. Pero el caso era que apenas conocía ninguno. Todas las mujeres elegantes que figuraban entre sus amistades, todos los hombres agradables, fueron implacablemente

proscritos, ya que, por ser legitimistas por sus opiniones o por sus relaciones, hubieran, según la lógica de los Courvoisier, podido desagradar a su alteza imperial. Esta, que recibía en su casa a la flor y nata del barrio de Saint-Germain, se quedó bastante extrañada cuando se encontró solamente en casa de la señora de Courvoisier con una gorrona célebre, viuda de un antiguo prefecto del Imperio, la viuda del director de Correos, y unas cuantas personas conocidas por su fidelidad a Napoleón, por su estupidez y por lo aburridas que eran. No por ello dejó de derramar la princesa Matilde el generoso y dulce flujo de su gracia soberana sobre aquellos calamitosos adefesios a los que, por su parte, se libró bien de invitar la duquesa de Guermantes cuando le llegó la vez de recibir a la princesa, y a los que sustituyó, sin razonamientos a priori sobre el bonapartismo, con el más rico ramillete de todas las bellezas, de todos los valores, de todas las celebridades, que un a modo de olfato, de tacto y de digitación le hacía percatarse de que tenían que ser agradables a la sobrina del emperador, aun cuando fuesen de la familia misma del rey. Ni siquiera faltó el duque de Aumale, y cuando la princesa, al retirarse, alzando a la señora de Guermantes, que le hacía la reverencia y quería besarle la mano, la besó en ambas mejillas, pudo asegurar desde el fondo de su corazón a la duquesa que jamás había pasado un día mejor ni asistido a una fiesta que mejor hubiera estado. La princesa de Parma era Courvoisier por la incapacidad de innovar en materia social; pero, a diferencia de los Courvoisier, la sorpresa que continuamente le estaba causando la duquesa de Guermantes no engendraba, como en ellos, antipatía, sino pasmo. Este asombro se hacía aun mayor por obra de la cultura infinitamente atrasada de la princesa. La misma señora de Guermantes estaba mucho menos avanzada en este respecto de lo que ella creía. Pero bastaba que lo estuviese más que la señora de Parma para dejar estupefacta a ésta, y del mismo modo que cada generación de críticos se limita a tomar como pie forzado lo contrario de las verdades admitidas por sus predecesores, no tenía la duquesa más que decir que Flaubert, enemigo de los burgueses, era ante todo un burgués, o que había mucho de música italiana en Wagner, para procurar a la princesa, a costa de un agotamiento siempre nuevo, como a una persona que nada en

medio de la tormenta, horizontes que le parecían insólitos y que permanecían confusos para ella. Estupefacción, por otra parte, ante las paradojas, proferidas no sólo a propósito de obras de arte, sino incluso de personas conocidas suyas, y también de los actos mundanos. Indudablemente, la incapacidad en que se hallaba la señora de Parma de separar el auténtico talento de los Guermantes de las formas rudimentariamente aprendidas de ere talento (lo cual la hacía creer en el subido valor intelectual de ciertos —y sobre todo de ciertas— Guermantes, con lo que luego quedaba desconcertada cuando oía decir de ellos a la duquesa, sonriendo, que eran simplemente unos zoquetes), era una de las causas del asombro que sentía siempre la princesa al oír a la señora de Guermantes juzgar a las personas. Pero había otra causa, que —conociendo yo como conocía en esa época más libros que gente, y mejor la literatura que el mundo— me expliqué pensando que la duquesa, como vivía esa vida mundana cuya ociosidad y esterilidad son respecto de una actividad social auténtica lo que es en arte la crítica respecto de la creación, extendía a las personas que la rodeaban la inestabilidad de puntos de vista, la sed malsana del razonador que, por refrigerar su espíritu excesivamente seco, va a buscar cualquier paradoja que conserve todavía cierta frescura, y no tendrá empacho en sostener la refrescante opinión de que la *Ifigenia* más hermosa es la de Piccini y no la de Glück, y, si a mano viene, que la verdadera *Fedra* es la de Pradon.

Cuando una mujer inteligente, instruida, graciosa, se había casado con algún tímido zopenco al que se veía raras veces y al que nunca se oía, la señora de Guermantes se inventaba un buen día una voluptuosidad espiritual no sólo describiendo a la mujer, sino «descubriendo» al marido. En el matrimonio Cambremer, por ejemplo, la duquesa, de haber vivido entonces en ese medio, hubiera decretado que la señora de Cambremer era estúpida, y, en cambio, que la persona interesante, mal conocida, deliciosa, relegada al silencio por una mujer charlatana, con valer mil veces más que ella, era el marqués, y hubiera sentido al declarar esto la misma índole de aplacamiento refrigerador que el crítico que, al cabo de setenta años que viene admirándose de *Hernani*, confiesa preferir a esta obra el *Lion*

Amoureux. Debido a la misma necesidad enfermiza de novedades arbitrarías, si desde su juventud se compadecía a una mujer modelo, una verdadera santa, por haberse casado con un pillo, un buen día la señora de Guermantes afirmaba que el tal pillo era un hombre ligero, pero de un corazón excelente, al que la implacable dureza de su mujer había impulsado a verdaderas inconsecuencias. Sabía ya que no sólo entre las obras, en la larga serie de los siglos, sino incluso en el seno de una misma obra, juega la crítica a hundir de nuevo en la sombra lo que era radiante desde hace demasiado tiempo, y a hacer salir de aquélla lo que parecía condenado a la oscuridad definitiva. No sólo había visto a Bellini, a Winterhalter, a los arquitectos jesuitas, a un ebanista de la Restauración pasar a ocupar el puesto de unos genios de quienes se decía que estaban cansados ya, simplemente porque los ociosos intelectuales se habían cansado de ellos, como están siempre cansados y son mudadizos los neurasténicos; había visto preferir en Sainte-Beuve sucesivamente al crítico y al poeta, y renegar de Musset en cuanto a sus versos, salvo algunas obrillas harto insignificantes. Indudablemente yerran ciertos ensayistas al poner por encima de las escenas más célebres del *Cid* o de *Polyeucte* tal trozo del *Menteur,* que, como un plano antiguo, nos informa acerca del París de la época; pero su predilección, justificada, ya que no por motivos de belleza, a lo menos por un interés documental, resulta demasiado racional todavía para la crítica loca. Da ésta todo Molière por un verso del *Etourdi,* y, aun encontrando el *Tristán* de Wagner pesado, salvará de él una «nota de corno preciosa», en el momento en que pasa el cortejo de los cazadores. Esta depravación me ayudó a comprender la de que daba pruebas la señora de Guermantes cuando decidía que un hombre de su mundo, reconocido como de gran corazón, pero tonto, era un monstruo de egoísmo, más ladino de lo que se creía; que otro, conocido por su generosidad, podía simbolizar la avaricia; que a una buena madre le traían sin cuidado sus hijos, y que una mujer a la que se creía viciosa tenía los más nobles sentimientos. Como echadas a perder por la nulidad de la vida mundana, la inteligencia y la sensibilidad de la señora de Guermantes eran demasiado vacilantes para que la repulsión no sucediese en ella con bastante rapidez al entusiasmo (sin

perjuicio de sentirse de nuevo atraída hacia la clase de talento que sucesivamente había perseguido y abandonado), y para que el encanto que había encontrado a un hombre de valía no sufriese cambio, si la trataba demasiado, buscaba demasiadamente en sí misma direcciones que era incapaz de darle, con una irritación que creía producida por su admirador y que no lo era sino por la impotencia en que se halla uno de encontrar el placer cuando se contenta con buscarlo. Las variaciones de juicio de la duquesa no perdonaban a nadie, excepto a su marido. Sólo él no la había querido nunca; la duquesa había sentido siempre en él un carácter de hierro, indiferente a los caprichos que tenía ella, desdeñador de su belleza, violento, con una de esas voluntades que no cejan nunca y bajo cuya ley, únicamente, saben hallar la tranquilidad los nerviosos. Por otra parte, el señor de Guermantes, que perseguía un mismo tipo de belleza femenina, aunque buscándolo en queridas frecuentemente renovadas, no tenía, una vez que las había dejado, y para burlarse de ellas, más que una compañera duradera, idéntica, que a menudo le irritaba con su cháchara, pero de la cual sabía que todo el mundo la tenía por la más hermosa, la más virtuosa, la más inteligente, la más instruida de la aristocracia, por una mujer que demasiada suerte tenía él, el señor de Guermantes, en poseer, que encubría todos sus desórdenes, recibía a la gente como nadie y conservaba a su salón su categoría de primer salón del barrio de Saint-Germain. Esta opinión de los demás compartíala también él; malhumorado frecuentemente contra su mujer, estaba orgulloso de ella. Si, tan avaro como fastuoso, le negaba el dinero, por poco que fuese, para caridades, para los criados, le importaba mucho que tuviese los trajes más magníficos y los troncos de caballos más hermosos. Cada vez que la señora de Guermantes acababa de inventar, a propósito de los méritos y defectos, bruscamente trastrocados por ella, de alguno de sus amigos, una nueva y exquisita paradoja, ardía en deseos de ensayarla delante de personas capaces de apreciarla, de hacer saborear su originalidad psicológica y brillar su malignidad lapidaria. Evidentemente, estas opiniones nuevas no contenían, de ordinario, más verdad que las antiguas, sino con frecuencia menos; pero precisamente lo que de arbitrarias e inesperadas tenían les daba cierto viso intelectual que hacía conmovedor

el comunicarlas. Sólo que el paciente sobre el que acababa de operar la psicología de la duquesa era, por lo general, un íntimo, del que aquellos a quienes deseaba ella transmitir su descubrimiento ignoraban por completo que no estuviese ya en el colmo del favor; asimismo, la fama que tenía la señora de Guermantes de incomparable amiga sentimental, cariñosa y leal, hacía difícil iniciar el ataque; la duquesa podía, a lo sumo, intervenir luego, como molesta y forzada, dando la réplica para aplacar, para contradecir en apariencia, para apoyar, de hecho, a un compañero que se había encargado de provocarla; ese era justamente el papel en que descollaba el señor de Guermantes.

En cuanto a los actos mundanos, era otro placer más, arbitrariamente teatral, el que experimentaba la señora de Guermantes al emitir sobre ellos aquellos juicios imprevistos que fustigaban con sorpresas incesantes y deliciosas a la princesa de Parma. Pero este placer de la duquesa fue menos con ayuda de la crítica literaria que por medio de la vida política y la crónica parlamentaria como intenté comprender cuál podía ser. Como los decretos sucesivos y contradictorios con que la señora de Guermantes subvertía sin cesar el orden de los valores en las personas de su medio no bastaban ya a distraerla, en la manera que tenía de dirigir su propia conducta social, de dar cuenta de sus menores decisiones mundanas, buscaba igualmente saborear esas emociones artificiales, obedecer a esos deberes ficticios que estimulan la sensibilidad de las asambleas y se imponen al espíritu de los políticos. Sabido es que cuando un ministro explica a la Cámara que ha creído obrar bien siguiendo una línea de conducta que le parece, en efecto, sencillísima al hombre de sentido común que a la mañana siguiente lee en su periódico la reseña de la sesión, ese mismo lector de sentido común se siente, sin embargo, súbitamente removido, y empieza a dudar de si habrá tenido razón en aprobar al ministro, al ver que el discurso de éste ha sido escuchado en medio de una viva agitación y puntuado por expresiones de censura tales como: «Eso es gravísimo», pronunciadas por un diputado cuyo apellido y títulos son tan largos y van seguidos de movimientos tan acentuados, que, en toda la interrupción, las palabras «Eso es gravísimo» ocupan menos lugar que un

hemistiquio en un alejandrino. Por ejemplo, en otro tiempo, cuando el señor de Guermantes, príncipe de los Laumes, se sentaba en la Cámara, leíase a veces en los diarios de París, aun cuando la cosa estuviera destinada principalmente al distrito de Méséglise, y con objeto de demostrar a los electores que no habían dado sus votos a un mandatario inactivo o mudo:

(El señor de Guermantes-Bouillon, príncipe de los Laumes: «¡Eso es grave!». Gritos de «¡Muy bien! ¡Muy bien!» en el centro y en algunos escaños de la derecha, protestas clamorosas en la extrema izquierda).

El lector de sentido común conserva todavía un vislumbre de fidelidad al sensato ministro; pero su corazón es alterado con nuevas palpitaciones por las primeras palabras del nuevo orador, que responde al ministro:

«No exagero si digo que el asombro, el estupor (honda sensación en la derecha del hemiciclo) que me han causado las palabras del que es todavía, supongo, miembro del Gobierno… (una tempestad de aplausos)… Algunos diputados se dirigen presurosos al banco de los ministros; el señor subsecretario de Correos y Telégrafos hace con la cabeza, desde su sitio, una seña afirmativa». La «tormenta de aplausos» se lleva a rastras las últimas resistencias del lector de sentido común, que encuentra ofensiva para la Cámara, monstruosa, una manera de proceder que en sí misma es insignificante; si a mano viene, un hecho normal, por ejemplo: querer hacer pagar a los ricos más que a los pobres, proyectar luz sobre una iniquidad, preferir la paz a la guerra, le parecerá escandaloso y verá en ello una ofensa a ciertos principios en que no había pensado, en efecto, que no están inscritos en el corazón del hombre, pero que impresionan vigorosamente merced a las aclamaciones que desencadenan y a las compactas mayorías que reúnen.

Hay que reconocer, por lo demás, que esta sutileza de los políticos, que me sirvió para explicarme el medio de los Guermantes, y más tarde otros, no es sino la perversión de cierta agudeza de interpretación designada a menudo como «leer entre líneas». Si en las asambleas se da el absurdo por perversión de esa agudeza, por falta de ella peca de estupidez el público que lo toma todo «al pie de la letra», que no sospecha que haya habido una destitución cuando se releva de sus funciones a un alto dignatario «a

petición suya», y que se dice: «No lo han destituido, puesto que es él mismo quien lo ha solicitado»; que no recela una derrota cuando los rusos, en un movimiento estratégico, se repliegan ante los japoneses a unas posiciones más fuertes y preparadas de antemano, ni una repulsa cuando a una provincia que ha pedido la independencia al emperador de Alemania le concede éste la autonomía religiosa. Es posible, por otra parte, volviendo a las sesiones de la Cámara, que, al abrirse éstas, los mismos diputados se asemejen al hombre de sentido común que habrá de leer la reseña de la sesión. Al enterarse de que unos obreros en huelga han enviado sus delegados a un ministro, quizá se pregunten ingenuamente: «¡Ah!, bueno, ¿qué se han dicho? Es de esperar que todo se haya arreglado», en el momento en que el ministro sube a la tribuna en medio de un profundo silencio que excita ya un deseo de emociones artificiales. Las primeras palabras del ministro: «No necesito decir a la Cámara que tengo un sentido demasiado elevado de los deberes de la gobernación para no haber recibido a esa delegación, a la cual no tenía por qué reconocer la autoridad de mi cargo», son un efecto de teatro, ya que esa era la única hipótesis que no se había forjado el sentido común de los diputados. Pero precisamente por ser un efecto de teatro es recibido con tales aplausos, que hasta que han pasado unos minutos no puede hacerse oír el ministro, el ministro que habrá de recibir, al volver a su banco, las felicitaciones de sus colegas. La gente está tan impresionada como el día en que ese ministro se olvidó de invitar al alcalde presidente, que le combatía, a una gran fiesta oficial, y todos declaran que tanto en una como en otra ocasión ha procedido como un verdadero hombre de Estado.

El señor de Guermantes, en esa época de su vida, había formado a menudo, con gran escándalo de los Courvoisier, entre los colegas que iban a felicitar al ministro. Más tarde he oído contar que incluso en un momento en que desempeñó un papel de bastante importancia en la Cámara y en que se pensaba en él para una cartera o una embajada, era, cuando algún amigo iba a pedirle un favor, infinitamente más sencillo, jugaba políticamente mucho menos al personaje político de campanillas que cualquier otro que no hubiera sido el duque de Guermantes. Porque si decía que la nobleza era

muy poco, que consideraba a sus colegas como iguales suyos, ni por asomos pensaba semejante cosa. Perseguía la posición política, fingía estimarla, pero la despreciaba, y como seguía siendo para sí mismo el señor de Guermantes, esa posición no ponía en torno a su persona el envaramiento de los altos puestos que hace a otros inabordables. Y con esto, su orgullo protegía contra todo embate no sólo sus maneras, de una familiaridad alardosa, sino cuanto en él podía haber de sencillez auténtica.

Volviendo a esas decisiones artificiales e impresionantes como las de los políticos, la señora de Guermantes no desconcertaba menos a los Guermantes, a los Courvoisier, a todo el barrio, y más que a nadie a la princesa de Parma, con fallos inesperados bajo los cuales adivinábanse unos principios que hacían tanto más efecto cuanto menos advertido de ellos había estado uno. Si el nuevo ministro de Grecia daba un baile de trajes, cada cual escogía su disfraz, y la gente se preguntaba cuál sería el de la duquesa. Uno pensaba que querría ir de Duquesa de Borgoña; otro daba como probable el disfraz de Princesa de Dujabar; un tercero, el de Psique. Por último, una Courvoisier que había preguntado: «¿Y tú, de qué vas a disfrazarte, Oriana?», provocaba la única respuesta en que nadie había pensado: «¡De nada!», y que daba juego de firme a las lenguas como si revelara la opinión de Oriana sobre la verdadera posición mundana del nuevo ministro de Grecia y sobre la conducta que debía seguirse respecto de él; es decir, la opinión que hubiera debido preverse, a saber: que una duquesa «no tenía que» ir al baile de trajes de ese nuevo ministro. «No veo que haya necesidad de ir a casa del ministro de Grecia, al que no conozco; no soy griega, ¿a qué he de ir?, nada se me pierde allí», decía la duquesa. «¡Pero si todo el mundo va!; parece ser que va a estar aquello encantador», exclama la señora de Gallardon. «Pero es que también es encantador quedarse en casa al amor del fuego», replicaba la señora de Guermantes. Los Courvoisier no salían de su asombro; pero los Guermantes, sin imitar, aprobaban: «Naturalmente, no todo el mundo está en situación, como Oriana, de romper con todos los usos. Pero, por una parte, no puede decirse que le falte razón en hacer ver que exageramos al ponernos a gatas ante esos extranjeros que no siempre se sabe de dónde vienen». Naturalmente,

sabiendo los comentarios que no dejarían de provocar una u otra actitud, la señora de Guermantes hallaba tanto placer en entrar en una fiesta en que no se atrevían a contar con ella como en quedarse en casa o en pasar la velada con su marido en el teatro la noche de una fiesta a la que «iba todo el mundo», o bien, cuando se pensaba que eclipsaría a los diamantes más hermosos con una diadema histórica, entrar sin una sola joya y con otro traje que el que se creía infundadamente de rigor. Bien que fuese antidreyfusista (sin dejar de creer en la inocencia de Dreyfus, de igual suerte que se pasaba la vida en sociedad, a pesar de no creer más que en las ideas), había producido una enorme sensación en una velada en casa de la princesa de Ligne; primero, quedándose sentada cuando todas las señoras se habían levantado al entrar el general Mercier, y luego levantándose y llamando ostensiblemente a sus criados cuando un orador nacionalista había empezado una conferencia, mostrando con ello que no le parecía que las reuniones mundanas se hubiesen hecho para hablar de política; todas las cabezas se habían vuelto hacia ella en un concierto de Viernes Santo al que, con ser volteriana, no se había quedado por juzgar indecoroso que se sacase a escena a Cristo. Ya se sabe lo que es, aun para los más grandes mundanos, el momento del año en que empiezan las fiestas, hasta el punto de que la marquesa de Amoncourt, que por necesidad de hablar, por manía psicológica, y también por falta de sensibilidad, acababa a menudo por decir tonterías, había podido responder a uno que había ido a darle el pésame por la muerte de su padre, el señor de Montmorency: «Y acaso sea todavía más triste tener que pasar por una pena como ésta en el momento en que tiene una en su espejo centenares de tarjetas de invitación». Pues bien; en ese momento del año, cuando la gente invitaba a cenar a la duquesa de Guermantes, apresurándose, no fuese que estuviera ya comprometida, ella declinaba las invitaciones por la única razón en que jamás hubiera pensado un mundano: iba a emprender una excursión por mar para visitar los fiordos de Noruega, que le interesaban. Las gentes del gran mundo se quedaron estupefactas y, sin cuidarse de imitar a la duquesa, experimentaron, sin embargo, por obra de su acción, el género de alivio que se siente al leer a Kant cuando, después de la demostración más rigurosa del determinismo, se

descubre que por cima del mundo de la necesidad hay el de la libertad. Toda invención en que no había caído uno nunca excita el espíritu incluso de la gente que no sabe aprovecharse de esa invención. La de la navegación a vapor era poca cosa comparada con hacer uso de la misma en la época sedentaria de la *season.* La idea de que se podía renunciar voluntariamente a cien cenas o almuerzos fuera de casa, al doble de «tés», al triple de reuniones, a los más brillantes lunes de la Opera y martes de «los Franceses» por ir a visitar los fiordos de Noruega no les pareció a los Courvoisier más explicable que *Veinte mil leguas de viaje submarino,* pero les comunicó la misma sensación de independencia y de hechizo. Así, no había día que no se oyera decir no sólo: «¿Conoce usted la última ocurrencia de Oriana?», sino: «¿Sabe usted lo último de Oriana?». Y de lo «último de Oriana», como de la «última ocurrencia de Oriana», se repetía: «Es muy de Oriana», «es Oriana clavada». Lo último de Oriana era, por ejemplo, que, teniendo que contestar en nombre de una sociedad patriótica al cardenal X…, obispo de Mâcon (al que de ordinario el señor de Guermantes, cuando hablaba de él, llamaba «el señor de Mascon», por parecerle esto al duque muy «antigua Francia»), cuando todo el mundo andaba tratando de imaginarse cómo había de ir redactada la carta y encontraba sin esfuerzo las primeras palabras: «Eminencia o Monseñor», pero estaba en un aprieto ante el resto, la carta de Oriana, con asombro de todos, empezaba: «Señor cardenal», debido a un añejo uso académico, o: «primo», por usarse este término entre los príncipes de la Iglesia, los Guermantes y los soberanos que pedían a Dios tuviese a unos y otros «en su santa y digna guarda». Para que se hablase de lo «último» de Oriana bastaba con que en una representación en que estaba todo París y en la que ponían una obra muy bonita, cuando se buscaba a la señora de Guermantes en el palco de la princesa de Parma, de la princesa de Guermantes, de tantas otras que la habían invitado, se la encontrara sola, de negro, con un sombrerito, en una butaca a la que había llegado para asistir al momento de alzarse el telón. «Se oye mejor, tratándose de una obra que vale la pena», explicaba ante el escándalo de los Courvoisier y el maravillado asombro de los Guermantes y de la princesa de Parma, que descubrían súbitamente que

la «moda» de oír el comienzo de una obra era cosa más nueva, revelaba más originalidad e inteligencia (lo cual no era de extrañar en Oriana) que llegar al último acto después de una gran cena y de haberse dejado ver en una reunión. Tales eran las diferentes clases de asombro a que sabía la princesa de Parma que podía prepararse si dirigía alguna pregunta literaria o mundana a la señora de Guermantes, y que hacían que en estas cenas en casa de la duquesa no se arriesgara Su Alteza a hablar del menor tema como no fuese con la cautela inquieta y arrebatada de la bañista que emerge entre dos «olas».

Entre los elementos que, ausentes de los dos o tres salones aproximadamente equivalentes que estaban a la cabeza del barrio de Saint-Germain, diferenciaban de ellos el salón de la duquesa de Guermantes, como Leibnitz admite que cada mónada, al reflejar todo el universo, le añade algo privativo, uno de los menos simpáticos era aportado habitualmente por una o dos mujeres hermosísimas que no tenían otro título para estar allí que su belleza, el uso que de ella había hecho el señor de Guermantes, y cuya presencia revelaba inmediatamente, como en otros salones ciertos cuadros inesperados, que en éste el marido era un ardiente apreciador de las gracias femeninas. Todas ellas se parecían un poco: porque al duque le gustaban las mujeres altas, a un tiempo majestuosas y desenvueltas, de un género intermedio entre la *Venus de Milo* y la *Victoria de Samotracia*, frecuentemente rubias, rara vez morenas, en ocasiones pelirrojas, como la más reciente, que se hallaba en esta cena, aquella vizcondesa de Arpajon a la que tanto había querido el duque, que durante mucho tiempo la obligó a ponerle hasta diez telegramas por día (cosa que irritaba un poco a la duquesa), se carteaba con ella por medio de palomas mensajeras cuando estaba en Guermantes, y sin la que, en fin, había sido por espacio de largo tiempo tan incapaz de vivir, que un invierno que había tenido que pasar en Parma volvía todas las semanas a París, haciendo un viaje de dos días, por verla.

De ordinario, estas hermosas comparsas habían sido sus queridas, pero ya no lo eran (en este caso se encontraba la señora de Arpajon) o estaban a punto de dejar de serlo. Quizá, sin embargo, el prestigio que sobre ellas

ejercían la duquesa y la esperanza de ser recibidas en su salón, no obstante pertenecer también ellas a círculos muy aristocráticos, pero de segundo orden, las había decidido, aun más que la belleza y la generosidad del duque, a ceder a los deseos de éste. Por otra parte, la duquesa no hubiera opuesto una resistencia absoluta a que penetrasen en su casa; sabía que en más de una de ellas había encontrado una aliada gracias a la cual había conseguido mil cosas de que tenía deseos y que el señor de Guermantes negaba implacablemente a su mujer en tanto no estaba enamorado de otra. Así, lo que explicaba que no fuesen recibidas por la duquesa hasta que su enredo estaba ya muy avanzado debíase más bien, ante todo, a que el duque, cada vez que se había embarcado en un gran amor, había creído solamente en un trapicheo fugaz, a cambio del cual estimaba que era mucho ser invitado a casa de su mujer. Pero se daba el caso de que ofreciera eso mismo por mucho menos, por un primer beso, porque surgían resistencias con las que no había contado, o, por el contrario, porque no había habido resistencia. En amor, la gratitud, el deseo de proporcionar un placer hacen a menudo que demos más de lo que la esperanza y el interés habían prometido. Pero entonces la realización de ese ofrecimiento se veía coartada por otras circunstancias. En primer lugar, todas las mujeres que habían respondido al amor del señor de Guermantes, e incluso, a veces, cuando aún no habían cedido a ese amor, habían sido sucesivamente secuestradas por él. Ya no les permitía ver a nadie, pasaba al lado de ellas casi todas sus horas, se ocupaba de la educación de sus hijos, a los que tales veces, si ha de juzgarse más tarde por palmarios parecidos, le ocurrió dar un hermano o una hermana. Luego, si, en los comienzos de sus relaciones, la presentación a la señora de Guermantes, en la que en modo alguno había pensado el duque, había desempeñado cierto papel en el ánimo de la querida, las mismas relaciones habían transformado los puntos de vista de esa mujer; el duque ya no era únicamente para ella el marido de la mujer más elegante de París, sino un hombre al que su nueva amante quería, un hombre, asimismo, que a menudo le había proporcionado los medios y abierto el apetito de gozar de más lujo y había trastrocado el anterior orden de importancia de las cuestiones de esnobismo y de las cuestiones de interés; a veces, en fin,

unos celos de todas clases contra la señora de Guermantes animaban a las queridas del duque. Pero este caso era el más raro; por otra parte, cuando llegaba por fin el día de la presentación (en un momento en que la mujer le era ya, de ordinario, bastante indiferente al duque, cuyos actos, como los de todo el mundo, eran las más de las veces regidos por los actos anteriores, cuyo móvil primero ya no existía), resultaba a menudo que había sido la señora de Guermantes la que había andado buscando modo de recibir a la querida en quien esperaba y tan grande necesidad tenía de encontrar, contra su terrible esposo, una aliada. No es que el señor de Guermantes —salvo en raros momentos, en su casa, o cuando la duquesa hablaba de más, en que dejaba escapar palabras y sobre todo silencios que fulminaban— faltase con su mujer a lo que se llama «las buenas formas». La gente que no los conocía podía engañarse a cuenta de esto. A veces, en el otoño, entre las carreras de Deauville, las aguas y la partida para Guermantes y las cacerías, en las semanas que se pasa en París, como a la duquesa le gustaba el *café-concert,* allá iba con ella el duque a pasar la velada. El público reparaba inmediatamente, en uno de esos palquitos descubiertos en que no caben más que dos personas, en aquel Hércules de *smoking* (ya que en Francia se da a todo lo que es más o menos británico el nombre que no lleva en Inglaterra), calado el monóculo, teniendo en la mano, regordeta pero hermosa, en cuyo anular brillaba un zafiro, un grueso cigarro, del que extraía de cuando en cuando una bocanada de humo, con las miradas vueltas habitualmente al escenario, pero cuando las dejaba caer al patio de butacas, donde, por lo demás, no conocía absolutamente a nadie, atenuándolas con una expresión de blandura, de reserva, de cortesía, de consideración. Cuando un cuplé le parecía divertido y no demasiado indecente, el duque se volvía, sonriendo, hacia su mujer, compartía con ella, con una seña de inteligencia y de bondad, la inocente alegría que la nueva canción le procuraba. Y los espectadores podían creer que no había mejor marido que él, ni nadie más envidiable que la duquesa —aquella mujer fuera de la cual estaban para el duque todos los intereses de la vida, aquella mujer a la que no quería, a la que nunca había dejado de engañar—; cuando la duquesa se sentía cansada, los espectadores veían al señor de Guermantes levantarse, ponerle con sus

propias manos el abrigo, arreglando sus collares para que no se enganchasen en el forro, y abrirle camino hasta la salida con cuidados solícitos y respetuosos, que ella recibía con la frialdad de la mujer de la buena sociedad que no ve en todo eso más que simple mundología, e incluso a veces, con la amargura un tanto irónica de la esposa desengañada que ya no tiene ninguna ilusión que perder. Pero a despecho de estas apariencias, que eran otra parte de esa cortesía que ha hecho pasar los deberes de las honduras a la superficie, en cierta época ya antigua, pero que todavía dura para sus supervivientes, la vida de la duquesa era difícil. El señor de Guermantes sólo tornaba a ser humano, generoso, gracias a una nueva querida que abrazaba, como ocurría las más de las veces, el partido de la duquesa; ésta veía cómo volvían a ser posibles para ella las generosidades para con los inferiores, las caridades para con los pobres, e incluso para sí misma, más tarde, un nuevo y magnífico automóvil. Pero las amantes del duque no eran exceptuadas de la irritación que de costumbre nacía bastante aprisa, para la señora de Guermantes, de las personas que le estaban excesivamente sometidas. Bien pronto se hartaba de ellas la duquesa. Ahora bien; en este momento, las relaciones del duque con la señora de Arpajon tocaban asimismo a su fin. Otra amante apuntaba.

Claro que el amor que había tenido sucesivamente el señor de Guermantes para todas ellas empezaba un día a dejarse sentir de nuevo: en primer lugar, ese amor, al morir, las legaba, como hermosos mármoles —mármoles para el duque, convertido así parcialmente en artista, porque les había tenido amor y era sensible ahora a unas líneas que sin el amor no hubiera apreciado— que yuxtaponían, en el salón de la duquesa, sus formas durante mucho tiempo enemigas, devoradas por los celos y las riñas, y al cabo reconciliadas en la paz de la amistad; además, esa misma amistad era un efecto del amor que había hecho percatarse al señor de Guermantes, en aquellas que eran sus amantes, de virtudes que existen en todos los seres humanos, pero que sólo son perceptibles para la voluptuosidad, hasta el punto de que la ex amante, al convertirse en «un excelente camarada» que haría cualquier cosa por nosotros, es un cliché como el médico o como el padre que no son un médico o un padre, sino un amigo. Pero durante un

primer período, la mujer a la que empezaba a abandonar el señor de Guermantes se quejaba, hacía escenas, mostrábase exigente, aparecía como indiscreta, chismosa. El duque empezaba a tomarla entre ojos. Entonces, a la señora de Guermantes se le presentaba coyuntura de sacar a luz los defectos, verdaderos o supuestos, de una persona que la irritaba. Como su bondad era conocida, la señora de Guermantes recibía los telefonazos, las confidencias, las lágrimas de la abandonada, y no se quejaba de ello. Se reía del caso con su marido, con algunos íntimos luego. Y creyendo, con la lástima que mostraba a la desventurada, tener derecho a ponerse cargante con ella en su misma presencia a nada que dijese, con tal que ello pudiera entrar en el marco del carácter ridículo que el duque y la duquesa le habían fabricado recientemente, la señora de Guermantes no se cohibía para cambiar con su marido miradas de irónica inteligencia.

A todo esto, al sentarse a la mesa, la princesa de Parma se acordó de que quería invitar a la Opera a la duquesa de…, y, deseosa de saber si esa invitación no le desagradaría a la señora de Guermantes, trató de sondearla. En ese momento entró el señor de Grouchy, cuyo tren, por culpa de un descarrilamiento, había tenido una parada de una hora. Se disculpó como pudo. Su mujer, si hubiera sido una Courvoisier, se hubiera muerto de vergüenza. Pero la señora de Grouchy no en balde era Guermantes. Mientras su marido se disculpaba del retraso:

—Ya veo —dijo, tomando la palabra— que hasta en las cosas pequeñas es una tradición en su familia de usted llegar con retraso.

—Siéntese, Grouchy, y no haga caso —dijo el duque.

—Aunque no dejo de ir con mi tiempo, me veo obligada a reconocer que algo tuvo de bueno la batalla de Waterloo, puesto que ha permitido la restauración de los Borbones, y, lo que aún está mejor, de una manera que los ha hecho impopulares. ¡Pero veo que es usted un verdadero Nemrod!

—En efecto, he cobrado algunas piezas hermosas. Voy a permitirme mandarle mañana a la duquesa una docena de faisanes.

Una idea pareció pasar por los ojos de la señora de Guermantes. Insistió en que no se tomase el señor de Grouchy la molestia de mandar los

faisanes. Y haciendo una seña al lacayo enamorado, con quien había hablado yo al abandonar la sala de los Elstir:

—Poullein —dijo—, irá usted a buscar los faisanes del señor conde y los traerá en seguida; porque usted, Grouchy, me permite, ¿verdad?, que haga algunas finezas. No nos vamos a comer doce faisanes entre Basin y yo.

—Pero pasado mañana habría tiempo —dijo el señor de Grouchy.

—No, prefiero que vaya mañana —insistió la duquesa.

Poullein se había quedado lívido; su cita con su novia se desbarataba. Bastaba con esto para la distracción de la duquesa, que tenía empeño en que todo conservase una apariencia humana. «Ya sé que mañana es el día que le toca de salida —le dijo a Poullein—. No tiene usted más que cambiar con Jorge, que saldrá mañana, y al otro se quedará en casa».

Pero al otro día la novia de Poullein no estaría libre. A él le daba ya lo mismo salir. En cuanto Poullein hubo abandonado el comedor, todo el mundo alabó a la duquesa por su bondad para con su servidumbre. «¡Pero si no hago más que ser con ellos como quisiera que fuesen conmigo!». «¡Precisamente! Ya pueden decir que tienen una buena colocación en su casa». «No tan extraordinaria. Pero creo que me quieren de veras. Este es un poco fastidioso; porque está enamorado, cree que debe poner cara melancólica».

En ese momento volvió a entrar Poullein. «En efecto —dijo el señor de Grouchy—, no parece que tenga el don de la sonrisa. Hay que ser buenos con ellos, pero no demasiado buenos». «Reconozco que no tengo nada de terrible; en todo el día no tendrá más quehacer que ir a buscar los faisanes de usted, estarse aquí sin hacer nada y comerse su ración». «¡Cuántos quisieran estar en su lugar! —dijo el señor de Grouchy—, porque la envidia es ciega».

«Oriana —dijo la princesa de Parma—, el otro día estuve de visita en casa de su prima la de Heudicourt; evidentemente, es una mujer de una inteligencia superior; es una Guermantes, y con esto basta; pero dicen que es murmuradora…». El duque clavó en su mujer una larga mirada de estupefacción deliberada. La señora de Guermantes se echó a reír. La

princesa acabó por darse cuenta. «Pero… ¿es que no es usted… de mi opinión?…», preguntó con inquietud. «Vuestra Alteza es demasiado bondadosa en hacer caso de las caras que pone Basin. Vamos, Basin, que no parezca que insinúa usted nada malo acerca de nuestros parientes». «¿Es que le parece demasiado mal intencionada?», preguntó vivamente la princesa. «¡Oh!, en absoluto —replicó la duquesa—. No sé quién le habrá dicho de ella a Vuestra Alteza que es murmuradora. Lejos de eso, es una excelente criatura que jamás ha dicho mal de nadie ni a nadie ha hecho daño». «¡Ah!, —dijo la señora de Parma, quitándosele un peso de encima —. Tampoco yo había notado nada en ese respecto. Pero como sé que suele ser difícil no tener un poco de malicia cuando se tiene mucho ingenio…». «¡Ah!, pues lo que es de eso, aún tiene menos». «¿Menos ingenio?…», preguntó la princesa, estupefacta. «Vamos, Oriana —interrumpió el duque en tono lastimero, lanzando en torno suyo, a derecha e izquierda, regocijadas miradas—; ya está usted oyendo que le dice de ella la princesa que es una mujer superior». «¿No lo es?…». «Por lo menos superiormente gorda». «No le haga caso Vuestra Alteza, que no es sincero; es tan estúpida como una oca», dijo con voz fuerte y ronca la señora de Guermantes, que, mucho más de la vieja escuela francesa aún que el duque cuando no se lo proponía, procuraba a menudo serlo, pero de una manera opuesta al género de chorrera de encajes y delicuescente de su marido, yen realidad mucho más aguda, gracias a una manera de pronunciar casi campesina que tenía un áspero y delicioso sabor al terruño. «Pero es la mujer más buena del mundo. Y además, ni siquiera sé si, en un grado así, puede llamársele a eso estupidez. No creo haber conocido nunca una criatura que se le parezca; es un caso como para un médico; tiene algo patológico, es una especie de *inocente,* de cretina, de *retrasada,* como las que salen en los melodramas o en *La Arlesiana.* Siempre que está aquí me pregunto si no ha llegado el momento en que va a despertar su inteligencia, cosa que siempre da un poco de miedo». La princesa se maravillaba de estas expresiones, aunque el veredicto la dejaba estupefacta. «Ella y la señora de Epinay me han contado la frase de usted sobre Taquino el Soberbio. Es deliciosa», respondió.

El señor de Guermantes me explicó la frase. Yo tenía ganas de decirle que su hermano, que pretendía no conocerme, me esperaba aquella misma noche a las once. Pero no le había preguntado a Roberto si podía hablar de esta cita, y como el hecho de que el señor de Charlus me la hubiera señalado casi estaba en contradicción con lo que él mismo había dicho a la duquesa, juzgué más delicado callarme. «No está mal lo de Taquino el Soberbio —dijo el señor de Guermantes—, pero probablemente no le ha contado a usted la señora de Heudicourt una frase mucho más bonita que le ha dicho el otro día Oriana, en respuesta a una invitación a almorzar». «¡Oh, no! ¡Dígala!». «Bueno, Basin, cállese. En primer lugar, la frasecilla esa es estúpida, y va a hacer que la princesa me juzgue inferior a esa alma de cántaro de mi prima. Además, no sé por qué digo mi prima. Es prima de Basin. Aunque de todos modos es algo parienta mía». «¡Oh!», exclamó la princesa de Parma ante la idea de que pudiera parecerle tonta la señora de Guermantes y protestando con grandes extremos de que nada podía hacer descender a la duquesa del lugar que ocupaba en su admiración. «Además, ya le hemos retirado las cualidades del ingenio; como esta palabra tiende a negarle algunas dotes del corazón, me parece inoportuna». «¡Negar! ¡Inoportuna! ¡Qué bien se expresa!», dijo el duque con una ironía fingida y para hacer admirar a la duquesa. «Vamos, Basin, no se burle usted de su mujer». «Fuerza es decir a Vuestra Alteza real —continuó el duque— que la prima de Oriana es superior, buena, gruesa, todo lo que se quiera, pero no es precisamente, ¿cómo lo diré?…, pródiga». «Sí, ya lo sé; es muy avara», interrumpió la princesa. «Yo no me hubiera permitido la expresión, pero Vuestra Alteza ha dado con la palabra exacta. Eso se traduce en su tren de casa y particularmente en la cocina, que es excelente, pero mesurada». «E incluso da lugar a escenas bastante cómicas —terció el señor de Bréauté—. Así, querido Basin, he ido a Heudicourt a pasar un día, en ocasión en que les esperaban a Oriana y a usted. Habían hecho unos preparativos suntuosos, cuando llega por la tarde un lacayo con un telegrama avisando que no iban ustedes». «¡No me extraña!», dijo la duquesa, que no sólo era difícil de cazar para estas cosas, sino que le gustaba que se supiera. «Su prima lee el telegrama, queda desolada, e inmediatamente, sin perder su

aplomo y diciéndose que no era cosa de hacer gastos inútiles por un señor sin importancia como yo, llama al lacayo: ‘Diga usted al jefe de cocina que retire el pollo’, le grita. Y a la noche la oí que preguntaba al jefe de comedor: ‘Bueno, ¿y lo que sobró de vaca de ayer, no lo sirve usted?’». «Por lo demás, hay que reconocer que la mesa es, en aquella casa, perfecta —dijo el duque, que creía, con emplear esta expresión, mostrarse *antiguo régimen*—. No conozco otro sitio en que se coma mejor». «Ni menos», interrumpió la duquesa. «Es muy sano y suficiente para lo que se llama un vulgar catasalsas como yo —prosiguió el duque—; se queda uno con hambre». «¡Ah!, si se toma como cura, evidentemente es más higiénico que fastuoso. Por otra parte, no es una mesa que esté tan bien», añadió la señora de Guermantes, a la que no le hacía mucha gracia que se concediese el título de *la mejor mesa de París* a otra que a la suya. «Con mi prima ocurre lo mismo que con los autores estreñidos que ponen cada quince años una obra en un acto o un soneto. Es lo que llaman pequeñas obras maestras, bagatelas que son joyas; en una palabra, la cosa a que más horror tengo. La cocina de casa de Zenaida no es mala, pero le encontraría uno más chiste si escatimasen menos en ella. Hay cosas que pone bien su jefe de cocina, y luego hay otras que echa a perder. He tenido que soportar, allí, como en todas partes, almuerzos muy malos, sólo que me han hecho menos daño que en otros sitios, porque el estómago es, en el fondo, más sensible a la cantidad que a la calidad». «En fin, para acabar —concluyó el duque—, Zenaida insistía en que Oriana fuese a almorzar, y como a Oriana no le hace mucha gracia salir de casa, se resistía, procuraba informarse de si, con pretexto de una comida íntima, no la embarcaban deslealmente en un almuerzo de rumbo, y trataba en vano de saber quiénes estaban invitados a almorzar». «Tú, ven; tú, ven —insistía Zenaida, ponderando las cosas ricas que habría para comer—. Tomarás un puré de castañas, no te digo más que eso, y tendremos *siete bocaditos a la reina.*». «*¡Siete bocaditos!* —exclamó Oriana—. ¡Entonces es que por lo menos vamos a ser ocho!». Al cabo de unos instantes, la princesa, que al fin había comprendido, dejó estallar su risa como el fragor de un trueno. «¡Ah! ¡Entonces es que vamos a ser ocho! ¡Es admirable! ¡Qué bien redactado está!», dijo, volviendo a encontrar con

un supremo esfuerzo la expresión de que se había servido la señora de Epinay, y que esta vez venía más a pelo. «Oriana, es muy amable lo que dice la princesa; dice que está bien redactado». «¡Pero, amigo mío, no me enseña usted nada nuevo!, ya sé yo que la princesa es muy ingeniosa», respondió la señora de Guermantes, que saboreaba fácilmente una frase cuando era a la vez pronunciada por una Alteza y encomiástica para su propio ingenio. «Me siento muy orgullosa de que Su Alteza aprecie mis modestas *redacciones.* Por lo demás, no me acuerdo de haber dicho eso. Y si lo he dicho, ha sido por halagar a mi prima, porque si tenía siete *bocaditos*, las bocas, no sé si me atreva a decirlo, habrían pasado de la docena».

«Poseía todos los manuscritos del señor de Bornier», prosiguió, hablando de la señora de Heudicourt, la princesa, que quería tratar de hacer valer las buenas razones que podía tener para intimar con aquélla. «Ha debido de soñarlo; creo que ni siquiera lo conocía», dijo la duquesa. «Lo interesante, sobre todo, es que esas correspondencias, que sostenía simultáneamente, son de gente de varios países», continuó la condesa de Arpajon, que, emparentada con las principales casas ducales y aun soberanas de Europa, se sentía feliz con recordarlo. «¡Pues claro que sí, Oriana! —dijo el señor de Guermantes, no sin intención—. ¡Si tiene usted que acordarse perfectamente de aquel almuerzo en que tuvo de vecino al señor de Bornier!». «Pero, Basin, si lo que quiere usted decirme es que he conocido al señor de Bornier, naturalmente que sí; ha venido a verme, inclusive, varias veces, pero nunca he podido resolverme a invitarle, porque me hubiera visto obligada, cada vez que viniera, a hacer que desinfectaran la casa con formol. En cuanto a ese almuerzo, demasiado bien que me acuerdo de él. No era, ni mucho menos, en casa de Zenaida, que no ha visto a Bornier en su vida, y que debe de creer, si se le habla de la *Fille de Roland*, que se trata de una princesa Bonaparte que, según pretendían, estaba prometida al hijo del rey de Grecia; no, era en la embajada de Austria. El simpático Hoyos había creído proporcionarme un placer con encajarme, en una silla al lado de la mía, a ese académico pestilente. Yo creía tener de vecino a un escuadrón de gendarmes. Me vi obligada a taparme la nariz como pude todo el tiempo que duró la cena. ¡No me atreví a respirar hasta que sacaron el Gruyère!». El señor de Guermantes, que había conseguido su secreta mira, examinó a hurtadillas, en la cara de los invitados, la impresión producida por la frase de la duquesa. «Hablaban ustedes de correspondencias; a mí la que me parece admirable es la de Gambetta», dijo la duquesa de Guermantes, para hacer ver que no temía mostrar interés por un proletario y radical. El señor de Bréauté comprendió todo el ingenio de esta audacia, miró en torno suyo con una mirada chispona y al mismo tiempo enternecida, tras de lo cual limpió su monóculo.

«¡Dios mío! *La Fille de Roland* era espantosamente pesada —dijo el señor de Guermantes, con la satisfacción que le daba sentir su propia superioridad respecto de una obra con la que tanto se había aburrido; acaso, también, por el *suave mari magno*[56] que experimentamos a la mitad de una buena cena al recordar tan terribles veladas—. Pero tenía algunos versos hermosos, un sentimiento patriótico».

Insinué que yo no sentía ninguna admiración hacia el señor de Bornier. «¡Ah!, ¿es que tiene usted algo que echarle en cara?», me preguntó con curiosidad el duque, que creía siempre, cuando se hablaba mal de un hombre, que debía obedecer a un sentimiento personal, y, si se hablaba bien de una mujer, que era el comienzo de unos amoríos. «Ya veo que le tiene usted ojeriza. ¿Qué es lo que le ha hecho? Cuéntenoslo. Sí, sí, tiene que haber algún cadáver entre ustedes dos, ya que usted lo denigra. *La Fille de Roland* es un latazo, pero el asunto está sentido de una manera bastante penetrante». «Penetrante…, exactísimo, tratándose de un autor tan oloroso —interrumpió la señora de Guermantes irónicamente—. ¡Si esa pobre criatura se ha tropezado alguna vez con él no deja de comprenderse que lo tenga montado en las narices!». «Por otra parte, debo confesar a Vuestra Alteza que, dejando a un lado la *Fille de Roland*, en literatura y aun en música soy de gustos terriblemente rancios; no hay ruiseñor tan viejo que no me agrade. Quizá no me crean ustedes, pero por las noches, cuando mi mujer se sienta al piano, me ocurre pedirle que toque alguna antigualla de Auber, de Boüldieu, ¡hasta de Beethoven! Eso es lo que me gusta. En cambio, lo que es Wagner, me duerme inmediatamente». «No tiene usted razón —dijo la señora de Guermantes—; con ser insoportablemente prolijo, Wagner tenía genio. *Lohengrin* es una obra maestra. Hasta en *Tristán* hay, acá y allá, alguna página curiosa. Y el *coro de las hilanderas* de *El barco fantasma* es una pura maravilla». «Nosotros, ¿no es verdad, Babal? —dijo el señor de Guermantes dirigiéndose al de Bréauté—, preferimos: *Les rendezvous de noble compagnie se donnent tous en ce charmant séjour.* Es delicioso. Y *Fra Diavolo*, y *La flauta encantada,* y el *Chalet,* y *Las bodas de Fígaro*, y *Los diamantes de la Corona*, ¡eso sí que es música! En literatura, lo mismo. Así, adoro a Balzac, el *Baile de Sceaux, Los*

Mohicanos de París». «¡Ay, hijo, como se lance usted a hablar de Balzac, trazas llevamos de acabar! Espere, guárdelo para un día en que esté aquí Memé. Ese aún es más, se lo sabe de memoria». Irritado por la interrupción de su mujer, el duque la tuvo unos instantes bajo el fuego de un silencio amenazador. Y sus ojos de cazador parecían dos pistolas cargadas. Mientras tanto, la señora de Arpajon había cambiado con la princesa de Parma, a cuenta de la poesía trágica y de la poesía en general, frases que no llegaron hasta mí distintamente, cuando oí ésta, pronunciada por la señora de Arpajon: «¡Oh!, todo lo que Vuestra Alteza quiera; le concedo que nos hace ver el mundo feo porque no sabe distinguir entre lo feo y lo bello, o más bien porque su insoportable vanidad le hace creer que cuanto dice es hermoso; reconozco con Vuestra Alteza que en la obra en cuestión hay cosas ridículas, ininteligibles, faltas de gusto, que es difícil de entender, que cuesta tanto trabajo leerla como si estuviera en chino o en ruso, porque aquello, evidentemente, es cualquier cosa menos francés; pero cuando se ha tomado uno ese trabajo ¡hay que ver cómo se desquita! ¡Qué imaginación!». No había oído yo el comienzo de este breve discurso. Acabé por comprender no sólo que el poeta incapaz de distinguir entre lo bello y lo feo era Víctor Hugo, sino, además, que la poesía que costaba tanto trabajo entender como si estuviese en ruso o en chino era: *Lorsque l'enfant paraît, le cercle de famille aplaudit à grands cris*[57], obra de la primera época del poeta y que acaso esté más cerca todavía de madama Deshoulières que del Víctor Hugo de la *Leyenda de los siglos.* Lejos de encontrar ridícula a la señora de Arpajon, la vi (la primera de esta mesa tan real, tan parecida a otra cualquiera, a la que me había sentado yo con tanta decepción), con los ojos del espíritu, bajo la cofia de encajes, de que se escapan los redondos bucles de los largos tirabuzones que usaron madama de Rémusat, madama de Broglie, madama de Saint-Aulaire, todas las mujeres tan distinguidas que en sus deliciosas cartas citan con tanta sapiencia y oportunidad a Sófocles, a Schiller y la *Imitación,* pero a las que las primeras poesías de los románticos causaban el mismo terror y la misma fatiga inseparables para mi abuela de los últimos versos de Stéphane Mallarmé. «A la señora de Arpajon le gusta mucho la poesía», dijo a la señora de Guermantes la

princesa de Parma, impresionada por el tono ardiente con que había sido pronunciado el discurso. «No, no entiende absolutamente nada de poesía», repuso en voz baja la señora de Guermantes, que se aprovechó de que la de Arpajon, que respondía a una objeción del general de Beautreillis, estaba demasiado ocupada con sus propias palabras para oír las que murmuró la duquesa. «Se va volviendo literaria desde que la han abandonado. He de decir a Vuestra Alteza que soy yo quien soporta el peso de todo esto, porque a mi lado viene a gemir cada vez que Basin no ha ido a verla; es decir, casi todos los días. Así como así, no tengo yo la culpa de que ella le aburra, y no puedo obligarle a que vaya a su casa, aunque preferiría que Basin le fuese un poco más fiel, porque de esa manera la vería yo algo menos por aquí. Pero lo tiene harto, y no es nada extraordinario. No es mala persona, pero es fastidiosa en un grado que no puede imaginarse Vuestra Alteza. Todos los días me levantan tales dolores de cabeza, que me veo obligada, cada vez que viene, a tomar un sello de piramidón. Y todo porque a Basin se le ha antojado por espacio de un año jugar a engañarme con ella. ¡Y encima de eso, tener un lacayo que está enamorado de una pirujilla y se me pone de hocico si no le pido a la moza esa que deje por un momento su fructífera carrera para venir a tomar el té conmigo! ¡Oh, qué agobio de vida!», concluyó lánguidamente la duquesa. La señora de Arpajon agobiaba, sobre todo, al señor de Guermantes porque éste había pasado desde hacía poco a ser amante de otra que, según supe, era la marquesa de Surgis-le-Duc. El mozo de librea, privado de su día de salida, estaba justamente sirviendo a la mesa. Y pensé que, triste aún, lo hacía con mucha confusión, porque observé que, al presentarle las fuentes al señor de Châtellerault, desempeñaba con tal torpeza su cometido, que el codo del duque tropezó varias veces con el codo del sirviente. El joven duque no se enfadó poco ni mucho con el ruborizado mozo, y, por el contrario, lo miró, riendo, con sus ojos azul claro. El buen humor me pareció, por parte del comensal, una prueba de bondad. Pero la insistencia de su risa me hizo creer que, por hallarse al corriente de la decepción del criado, acaso estuviera sintiendo, por el contrario, una alegría perversa. «Pero, querida, bien sabe usted que no es ningún descubrimiento el que hace al hablarnos de Víctor Hugo —

continuó la duquesa, dirigiéndose esta vez a la señora de Arpajon, a la que acababa de ver que volvía la cabeza con expresión suspicaz—. No espere usted lanzar a ese principiante. Todo el mundo sabe que tiene talento. El que es detestable es el Víctor Hugo del final, la *Leyenda de los Siglos*, no sé ya los títulos. Pero las *Hojas de Otoño*, los *Cantos del Crepúsculo*, son a menudo obra de un poeta, de un verdadero poeta. Hasta en las *Contemplaciones* —añadió la duquesa, a quien no se atrevieron a contradecir sus interlocutores, no sin motivo— hay todavía cosas bonitas. Pero confieso que me da lo mismo no aventurarme más allá del *Crepúsculo.* Además, en las poesías hermosas de Víctor Hugo, que las hay, se encuentra frecuentemente una idea, una idea profunda, inclusive». Y con un sentimiento exacto, haciendo destacarse el melancólico pensamiento con todas las fuerzas de su entonación, poniéndolo más allá de su voz y clavando frente a sí una mirada ensoñadora y deliciosa, la duquesa dijo lentamente: Por ejemplo:

La douleur est un fruit, Dieu ne le fait pas croître
Sur la branche trop faible encore pour le porter[58].

o esto otro:

Les morts durent bien peu,
Hélas dans le cercueil ils tombent en poussière
Moins vite qu'en nos coeurs![59]

Y mientras una sonrisa desencantada fruncía con una graciosa sinuosidad su boca dolorosa, la duquesa posó en la señora de Arpajon la mirada soñadora de sus ojos claros y adorables. Empezaba yo a conocerlos, así como su voz, que se arrastraba tan pastosamente lánguida, tan ásperamente sabrosa. En esos ojos y en esa voz volvía yo a encontrar mucho de la naturaleza de Combray. Indudablemente, en la afectación con que esa voz hacía aparecer por momentos una rudeza de terruño, había muchas cosas: el origen completamente provinciano de una rama de la familia de Guermantes, que se había conservado más tiempo localizada,

más atrevida, más silvestre, más incitante; luego, un hábito de gente verdaderamente distinguida y de gente de talento que sabe que la distinción no está en hablar con el borde de los labios, y también de nobles que fraternizan de mejor gana con sus campesinos que con unos burgueses; particularidades todas que la situación de reina de la señora de Guermantes le había permitido exhibir más fácilmente, hacer salir afuera sin velo alguno. Parece ser que esa misma voz existía en unas hermanas de la duquesa, a las que ésta detestaba, y que, menos inteligentes y casadas casi burguesamente, si cabe servirse de este adverbio cuando se trata de enlaces con nobles oscuros, enterrados en su provincia o en París, en un barrio de Saint-Germain sin fausto, poseían también esa voz, pero la habían refrenado, corregido, suavizado tanto como podían, de igual suerte que es rarísimo que uno de nosotros tenga el descaro de su propia originalidad y no ponga su aplicación en asemejarse a los modelos más alabados. Pero Oriana era hasta tal punto más inteligente, más rica y, sobre todo, a tal extremo estaba más a la moda que sus hermanas, tanta había sido, como princesa de los Laumes, su influencia cerca del príncipe de Gales, que se había dado cuenta de que aquella voz discordante era un hechizo, y había hecho de ella, en el orden mundano, con la audacia de la originalidad y del triunfo, lo que, en el orden teatral, una Réjane, una Jeanne Granier (sin comparación, por lo demás, naturalmente, entre el valor y el talento de estas dos artistas) han hecho de la suya: una cosa admirable y distintiva que acaso unas hermanas de la Réjane o de la Granier, a las que jamás ha conocido nadie, intentaron enmascarar como un defecto.

A tantas razones para desplegar su originalidad local, los escritores preferidos de la señora de Guermantes —Mérimée, Meilhac y Halévy— habían venido a añadir, con el respeto a la naturalidad, un deseo de prosaísmo, merced al cual llegaba a la poesía, y un ingenio puramente de sociedad que resucitaba ante mí paisajes. Por otra parte, la duquesa era muy capaz, añadiendo a esas influencias un rebuscamiento preciosista, de escoger para la mayor parte de las palabras la pronunciación que le parecía más *Isla de Francia,* más *champañesa,* ya que, si no del todo en la medida que su cuñada la de Marsantes, apenas usaba otro que el puro vocabulario

de que hubiera podido servirse un viejo autor francés. Y cuando se estaba harto del adobado y abigarrado lenguaje moderno, era, aun sabiendo que expresaba muchas menos cosas, un gran descanso escuchar la charla de la señora de Guermantes —casi el mismo alivio, si estaba uno a solas con ella y la duquesa restringía y clarificaba aún más el caudal de esa su charla, que el que se siente al oír una canción antigua. Entonces, al mirar, al oír a la señora de Guermantes, veía yo, cautivo en la perpetua y tranquila siesta de sus ojos un cielo de la Isla de Francia o de la Champaña, tenderse, azulino, oblicuo, con el mismo ángulo de inclinación que tenía en Saint-Loup.

Así, por obra de estas diversas formaciones, la señora de Guermantes expresaba a la vez la más antigua Francia aristocrática; luego, mucho más tarde, la manera en que la duquesa de Broglie habría podido saborear y censurar a Víctor Hugo en tiempos de la monarquía de julio, y, finalmente, un vivo gusto por la literatura surgida de Mérimée y de Meilhac. La primera de estas formaciones me agradaba más que la segunda, me ayudaba más a reparar la decepción del viaje y de la llegada a este barrio de Saint-Germain, tan diferente de lo que yo había creído; pero aun prefería la segunda a la tercera. Ahora bien, al paso que la señora de Guermantes era Guermantes casi sin querer, su gusto por Pailleron, su afición a Dumas hijo eran reflexivos y deliberados. Como ese gusto era el polo opuesto del mío, proveía de literatura a mi espíritu cuando me hablaba del barrio de Saint-Germain, y nunca me parecía tan estúpidamente barrio de Saint-Germain como cuando me hablaba de literatura.

Emocionada por los últimos versos, la señora de Arpajon exclamó: «*¡Esas reliquias del corazón tienen también su polvo*[60]! Tiene usted que escribirme eso en mi abanico, caballero», dijo al señor de Guermantes. «¡Pobre mujer, me da pena!», dijo la princesa de Parma a la señora de Guermantes. «No, no se enternezca Vuestra Alteza; no tiene más que lo que se merece». «Pero…; perdóneme que sea a usted a quien se lo diga…, ¡sin embargo, ella le quiere realmente!». «Nada de eso; es incapaz de semejante cosa: cree que le quiere, como cree en este momento que cita a Víctor Hugo porque cita un verso de Musset. Mire Vuestra Alteza —añadió la duquesa en un tono melancólico—: a nadie le conmovería más que a mí un

sentimiento verdadero. Pero va a ver Vuestra Alteza un ejemplo. Ayer le ha armado una escena terrible a Basin. Quizá crea Vuestra Alteza que era porque Basin quiere a otras; pues nada de eso: ¡era porque Basin no quiere presentar a los hijos de ella en el *Jockey*! ¿Le parece, señora, que eso es propio de una enamorada? No; aun diré más —añadió la señora de Guermantes con precisión—: es una persona de una insensibilidad nada común». A todo esto, el señor de Guermantes había estado, brillándole de satisfacción los ojos, oyendo a su mujer hablar de Víctor Hugo «a quemarropa» y citar sus versos. Por más que la duquesa le sacase de tino a menudo, en momentos como estos sentíase orgulloso de ella. «Oriana es verdaderamente extraordinaria. Puede hablar de todo, todo lo ha leído. No podía adivinar que la conversación había de recaer esta noche sobre Víctor Hugo. Cualquiera que sea el tema que se toque, siempre está dispuesta, puede tenérselas tiesas con los más enterados. Ese joven debe de estar subyugado».

«Pero cambiemos de conversación —añadió la señora de Guermantes —, porque es muy susceptible. Debe usted de encontrarme muy anticuada —prosiguió, dirigiéndose a mí—: ya sé que hoy se considera como una debilidad el que le gusten a uno las ideas en poesía, la poesía en que hay un pensamiento». «¿Que está anticuado eso?», dijo la princesa de Parma con el ligero pasmo que le causaba esta vaga noticia que no esperaba, aun cuando supiese que la conversación de la duquesa de Guermantes le reservaba siempre estos choques sucesivos y deliciosos, este susto que le cortaba la respiración, esta sana fatiga, después de los cuales pensaba instintivamente en la necesidad de tomar un pediluvio en una casa de baños y echar a andar aprisa «para entrar en reacción».

«Pues lo que es por mi parte, no, Oriana —dijo la señora de Brissac—; yo no le censuro a Víctor Hugo que tenga ideas, ni mucho menos, sino que las busque en lo que es monstruoso. En el fondo, es él quien nos ha acostumbrado a lo feo en literatura. Bastantes cosas feas hay ya en la vida. ¿Por qué no olvidarlas, por lo menos mientras leemos? Lo que le atrae a Víctor Hugo es un espectáculo penoso, del que nos apartaríamos en la vida».

«Pero, de todos modos, Víctor Hugo no será tan realista como Zola», inquirió la princesa de Parma. El nombre de Zola no hizo moverse ni un músculo en el rostro del señor de Beautreillis. El antidreyfusismo del general era demasiado hondo para que tratase de expresarlo. Y su benévolo silencio cuando se abordaban estos temas impresionaba a los profanos por la misma delicadeza que muestran un sacerdote que evita hablar de vuestros deberes religiosos, un financiero que se empeña en no recomendaros los negocios que dirige, un hércules que se muestra afable y no os da de puñetazos. «Ya sé que es usted pariente del almirante Jurien de la Gravière», me dijo, con aires de estar muy enterada, la señora de Varambon, la dama de honor de la princesa de Parma, mujer excelente pero corta de luces, que había sido procurada en tiempos a la princesa de Parma por la madre del duque. Hasta entonces no me había dirigido la pala bra, y nunca pude luego, a despecho de las amonestaciones de la princesa de Parma y de mis propias protestas, quitarle de la cabeza la idea de que yo tuviera nada que ver con el almirante académico, el cual me era completamente desconocido. La obstinación de la dama de honor de la princesa de Parma en ver en mí un sobrino del almirante Jurien de la Gravière tenía por sí sola algo vulgarmente risible. Pero el error que cometía no era sino el tipo excesivo y desecado de tantos errores más ligeros, mejor matizados, involuntarios o cometidos adrede, como acompañan a nuestro nombre en la «ficha» que la sociedad compone a propósito de nosotros. Recuerdo que un amigo de los Guermantes que había manifestado vivamente su deseo de conocerme, me dio como razón el que yo conocía muy bien a su prima, la señora de Chaussegros. —«Es encantadora, le quiere a usted mucho»—. Obedecí al escrúpulo, harto vano, de insistir en el hecho de que se trataba de un error, que yo no conocía a la señora de Chaussegros. «Entonces, a la que conoce usted es a su hermana; da lo mismo. Se encontró con usted en Escocia». Yo no había estado nunca en Escocia, y me tomé el inútil trabajo de advertírselo, por honradez, a mi interlocutor. Era la misma señora de Chaussegros la que había dicho que me conocía, y lo creía sin duda de buena fe, a consecuencia de una confusión primera, porque ya no dejó nunca de alargarme la mano en cuanto me echaba la vista encima. Y como,

al fin y al cabo, el medio que yo frecuentaba era exactamente el de la señora de Chaussegros, mi humildad no tenía sentido. Lo de que yo fuese amigo íntimo de los Chaussegros era, tomado al pie de la letra, un error, pero, desde el punto de vista social, un equivalente de mi situación, si es que puede hablarse de situación tratándose de un hombre tan joven como era yo. Así es que por más que el amigo de los Guermantes no dijera sino cosas falsas a cuenta de mí, ni me rebajó ni me enalteció (desde el punto de vista mundano) en la idea que de mí siguió forjándose. Y, en fin de cuentas, para aquellos que no están representando una comedia, el hastío de vivir siempre dentro del mismo personaje se disipa por un instante como si subiera uno a las tablas, cuando otra persona se forma una idea falsa de nosotros, cree que estamos en relaciones con una dama a la que no conocemos y se nos señala afirmando que la hemos conocido en el curso de un delicioso viaje que nunca hemos hecho. Errores multiplicadores y amables cuando no tienen la inflexible rigidez del que cometía y cometió toda su vida, a pesar de mis negaciones, la imbécil dama de honor de la señora de Parma, empedernida para siempre en la creencia de que yo era pariente del fastidioso almirante Jurien de la Gravière. «No es muy discreta —me dijo el duque—, y además no necesita muchas libaciones; creo que se halla ligeramente bajo la influencia de Baco». En realidad, la señora de Varambon no había bebido más que agua, pero el duque se perecía por encajar sus locuciones favoritas. «¡Pero si Zola no es un realista, señora! ¡Es un poeta!», dijo la señora de Guermantes, inspirándose en los estudios críticos que había leído en los últimos años y adaptándolos a su genio personal. Agradablemente empujada hasta aquí, en el curso del baño de ingenio, baño agitado para ella, que tomaba esta noche, y que juzgaba había de serle particularmente saludable dejándose llevar por las paradojas que rompían en oleada unas tras otras, ante ésta, más enorme que las demás, la princesa de Parma saltó, de miedo a ser derribada. Y con una voz entrecortada como si se perdiese la respiración, dijo: «¡Poeta, Zola!». «¡Pues claro que sí! —respondió la duquesa riendo, encantada por este efecto de ahogo—. Fíjese Vuestra Alteza en cómo abulta cuanto toca. Me dirá que no toca, justamente, más que aquello que… trae buena suerte. Pero hace de ello algo inmenso; ¡su

muladar es épico! ¡Es el Homero de las letrinas! No tiene mayúsculas bastantes para escribir la palabra de Cambronne». A despecho de la extremada fatiga que empezaba a experimentar, la princesa estaba encantada, nunca se había sentido mejor. No hubiera cambiado por una temporada en Schœbrunn —la única cosa, sin embargo, capaz de halagarla — estas divinas cenas de la señora de Guermantes, que resultaban tonificadoras en fuerza de tanta sal. «La escribe con C mayúscula», exclamó la señora de Arpajon. «Más bien será con una M mayúscula, me figuro, hijita», repuso la señora de Guermantes, no sin haber cambiado con su marido una mirada de fisga que quería decir: «¡Es bastante idiota!». «¡Ah!, precisamente —me dijo la señora de Guermantes, posando en mí una mirada sonriente y afable y porque, como cumplida señora de su casa, quería, a propósito del artista que me interesaba particularmente, dejar trasparecer todo su saber y darme ocasión a mí, si se terciaba, de hacer gala del mío—, oiga usted —me dijo, agitando ligeramente su abanico de plumas (hasta tal punto tenía conciencia en aquel momento de que ejercía plenamente los deberes de la hospitalidad, y, por no faltar a ninguno, haciendo seña asimismo de que volvieran a servirme espárragos con salsa *mousseline*)—, precisamente, creo que Zola ha escrito un estudio sobre Elstir, ese pintor de quien ha ido usted a ver hace un rato algunos cuadros, los únicos suyos, por lo demás, que me gustan», añadió. En realidad, detestaba la pintura de Elstir, pero encontraba de una calidad única todo lo que tenía en casa. Pregunté al señor de Guermantes si sabía el nombre del caballero que figuraba con sombrero de copa en el cuadro popular y que había reconocido yo como el mismo cuyo retrato de tiros largos — inmediato al primero, y que databa aproximadamente del mismo período, en que la personalidad de Elstir no se mostraba todavía completamente exenta y se inspiraba un tanto en Manet— poseían los Guermantes. «¡Dios mío! —me respondió—, sé que es un hombre que no es ningún desconocido ni un imbécil en su especialidad, pero siempre estoy a matar con los nombres. El de ése lo tengo en la punta de la lengua: el señor…, el señor…, en fin, qué más da, ya no lo sé. Swann podría decírselo a usted; él es quien le ha hecho comprar esos monigotes a la señora de Guermantes, que

siempre es demasiado amable, que tiene siempre demasiado temor a contrariar a la gente si dice que no a algo; aquí entre nosotros, creo que Swann nos ha encajado unos mamarrachos. Lo que puedo decirle a usted es que ese caballero es para el señor Elstir una especie de Mecenas que lo ha lanzado, y que a menudo le ha sacado de apuros encargándole cuadros. En agradecimiento —si llama usted agradecimiento a eso; va en gustos—, lo ha pintado en ese rincón, donde hace un efecto bastante cómico con su facha endomingada. Podrá ser un pozo de ciencia, pero ignora evidentemente en qué circunstancias se pone uno el sombrero de copa. Con el suyo, en medio de todas esas mozas en pelo, parece un notario de provincias metido en juerga. Pero, oiga, me parece que está usted verdaderamente prendado de esos cuadros. Si llego a saberlo, me hubiera informado para contestarle. Por lo demás, no hay por qué quebrarse tanto los cascos para profundizar en la pintura del señor Elstir, como si se tratase de *la Fuente,* de Ingres, o de *Los hijos de Eduardo,* de Paul Delaroche. Lo que en ella se aprecia es que está observada de una manera fina, que es divertida, parisiense, y luego se pasa a otra cosa. No hace falta ser un erudito para contemplar esa pintura. Bien sé que son simples bocetos, pero no me parecen bastante trabajados. Swann tenía el tupé de querernos hacer comprar un *Manojo de espárragos.* Incluso los tuvimos aquí unos días. No había más que eso en el cuadro: un manojo de espárragos, precisamente como los que está usted engullendo. Pero yo me negué a paparme los espárragos del señor Elstir. Trescientos francos pedía por ellos. ¡Trescientos francos un manojo de espárragos! ¡Un luis es lo que valen, y aun eso, los tempranos! Se me hizo cuesta arriba. Desde el momento en que añade personajes a esas cosas, su pintura toma un cariz desgarrado, pesimista, que me desagrada. Me choca ver que a un espíritu fino, a un cerebro distinguido como es usted, le gusten esas cosas». «Pero no sé por qué dice usted eso, Basin —dijo la duquesa, a la que no le gustaba que se menospreciase lo que contenían sus salones—. Yo estoy lejos de admitirlo todo, sin distinción, en los cuadros de Elstir. Tienen de todo. Pero no dejan de estar hechos con talento siempre. Y hay que confesar que los que he comprado son de una rara belleza». «Oriana, en ese género prefiero mil veces el apunte del señor

Vibert que vimos en la exposición de acuarelistas. No es nada, si usted quiere; cabría en el hueco de la mano, pero allí sí que hay talento hasta la punta de las uñas: aquel misionero descarnado, sucio, delante del untuoso prelado que hace jugar a su perrillo, es un verdadero poemita de finura, e incluso de profundidad». «Creo que conoce usted al señor Elstir —me dijo la duquesa—. El hombre es agradable». «Es inteligente —dijo el duque—; pasma, cuando se habla con él, que sea tan vulgar su pintura». «Es más que inteligente; es, incluso, bastante espiritual», dijo la duquesa, con la expresión de entendida y buena catadora de una persona que sabe lo que trae entre manos. «¿No había empezado a hacerle a usted un retrato, Oriana?», preguntó la princesa de Parma. «Sí, en rojo cangrejo —respondió la señora de Guermantes—; pero no es eso lo que hará pasar su nombre a la posteridad. Es un horror; Basin quería destruirlo». La señora de Guermantes solía decir a menudo esta frase. Pero otras veces, su apreciación era diferente: «A mí no me gusta su pintura, pero en tiempos ha hecho un hermoso retrato mío». De estos juicios, el uno se dirigía, de ordinario, a las personas que hablaban a la duquesa de su retrato; el otro, a aquellas que no le hablaban de él y a las que deseaba enterar de su existencia. Inspirábale el primero la coquetería; el segundo, la vanidad. «¡Hacer un horror con un retrato de usted! Pero, entonces, ¡eso no es un retrato, es una mentira! Soy yo, que apenas sé tener un pincel en la mano, y me parece que, si la pintara a usted, nada más que con representar lo que veo haría una obra maestra», dijo ingenuamente la princesa de Parma. «Probablemente Elstir me ve tal como me veo yo misma; es decir, desprovista de atractivos», dijo la señora de Guermantes con la mirada a un tiempo melancólica, modesta y zalamera que le pareció más adecuada para hacerla aparecer diferente de como la había representado Elstir. «El retrato ese no debe de disgustarle a la señora de Gallardon», dijo el duque. «¿Porque no entiende de pintura? —preguntó la princesa de Parma, que sabía que la señora de Guermantes despreciaba infinitamente a su prima—. Pero es una mujer buenísima, ¿verdad?». El duque puso una cara de profundo asombro. «Pero bueno, Basin, ¿no está usted viendo que la princesa se burla de usted? (la princesa no pensaba en semejante cosa). Sabe tan bien como usted que Gallardonette es una *pécora*

vieja», continuó la señora de Guermantes, cuyo vocabulario, habitualmente limitado a todas estas rancias expresiones, era sabroso como esos platos que es posible descubrir en los deliciosos libros de Pampille, pero que tan raros han llegado a ser en la realidad, y en los que las gelatinas, la manteca, la salsa, las albondiguillas, son auténticos, no llevan aparejada aleación alguna, e incluso se ha hecho traer para ellos la sal de las salinas de Bretaña: por el acento, polla elección de las palabras, se echaba de ver que el fondo de conversación de la duquesa venía directamente de Guermantes. En eso se diferenciaba profundamente la duquesa de su sobrino Saint-Loup, invadido por tantas ideas y expresiones nuevas; es difícil, cuando está uno turbado por las ideas de Kant y la nostalgia de Baudelaire, escribir en el exquisito francés de Enrique IV, de modo que la misma pureza del lenguaje de la duquesa era una señal de limitación y de que, en ella, la inteligencia y la sensibilidad habían permanecido cerradas a todas las novedades. Hasta en esto me agradaba el talento de la señora de Guermantes, justamente por lo que excluía (y que componía precisamente la materia de mi propio pensamiento) y por todo lo que, gracias a eso mismo, había podido conservar ese seductor vigor de los cuerpos ágiles que ninguna reflexión agotadora, ningún cuidado moral o perturbación nerviosa han alterado. Su espíritu, de una formación tan anterior al mío, era para mí el equivalente de lo que me había ofrecido el porte de las muchachas de la pandilla a la orilla del mar. La señora de Guermantes me ofrecía, domesticada y sumisa por obra de la amabilidad, del respeto a los valores intelectuales, la energía y el hechizo de una cruel muchachita de la aristocracia de los alrededores de Combray, que desde niña montaba a caballo, les partía los riñones a los gatos, arrancaba los ojos a los conejos y, lo mismo que se había quedado en una flor de virtud, hubiera podido —hasta tal punto tenía las mismas elegancias— ser, no muchos años antes, la más brillante de las queridas del príncipe de Sagan. Sólo que era incapaz de comprender lo que yo había buscado en ella —el hechizo del nombre de Guermantes— y lo poquísimo que en ella había encontrado: un resto provinciano de Guermantes. Nuestras relaciones descansaban sobre un equívoco que no podía dejar de manifestarse desde el punto en que mis homenajes, en lugar de dirigirse a la

mujer relativamente superior por que se tenía ella, fuesen hacía alguna otra mujer igualmente mediocre y que exhalase el mismo encanto involuntario. Equívoco tan natural que existirá siempre entre un joven soñador y una mujer del gran mundo, pero que desconcierta profundamente a aquél en tanto no ha reconocido todavía la naturaleza de sus facultades imaginativas ni ha adoptado una resolución ante las inevitables decepciones que tiene que sufrir con los seres, como en el teatro, en los viajes e incluso en el amor. Como el señor de Guermantes declarase (continuación de los espárragos de Elstir y de los que acababan de ser servidos después del pollo *a la financiera*) que los espárragos verdes criados al aire libre y que, como dice tan graciosamente el exquisito autor que se firma E. de Clermont-Tonnerre, «no tienen la rigidez impresionante de sus hermanos», deberían comerse con huevos: «Lo que gusta a unos desagrada a otros, y viceversa —respondió el señor de Bréauté—. En la provincia de Cantón, en China, el regalo más delicado que pueden ofrecerle a uno es huevos de hortelano completamente podridos». El señor de Bréauté, autor de un estudio sobre los mormones publicado en la *Revue des Deux Mondes*, sólo frecuentaba los círculos más aristocráticos, pero, entre ellos, solamente aquellos que tenían cierta fama de inteligencia. De modo que por su presencia, cuando menos asidua, en casa de una mujer reconocíase si ésta tenía un salón. Pretendía el señor de Bréauté aborrecer la vida de sociedad, y aseguraba por separado a cada duquesa que si buscaba su trato era por su talento y por su belleza. Todas estaban convencidas de ello. Cada vez que él, con la muerte en el alma, se resignaba a ir a una gran recepción en casa de la princesa de Parma, convocaba a todas ellas para que le diesen ánimos, y así no aparecía como no fuese en medio de un círculo íntimo. Para que su reputación de intelectual sobreviviese a su mundanidad, aplicando ciertas máximas del espíritu de los Guermantes, se iba con damas elegantes a hacer largos viajes científicos en la época de los bailes, y cuando alguna persona tocada de esnobismo y que, por consiguiente, carecía aún de posición social, empezaba a ir a todas partes, el señor de Bréauté ponía una obstinación feroz en no querer conocerla, en no dejársela presentar. Su odio a los *snobs* procedía de su esnobismo, pero hacía creer a los ingenuos —es decir, a todo

el mundo— que se hallaba exento de semejante defecto. «¡Babal lo sabe todo siempre! —exclamó la duquesa de Guermantes—. Me parece delicioso un país en que la gente quiere estar segura de que su lechero le vende huevos bien podridos, huevos del año de la nana. Desde aquí me estoy viendo mojar en las yemas un cachito de pan con manteca. Debo decir que eso mismo ocurre en casa de tu tía Magdalena (la señora de Villeparisis), que sirven cosas en estado de putrefacción, incluso los huevos (y como la señora de Arpajon protestase): ¡Pero bueno, Fili, si usted lo sabe tan bien como yo! El pollito está ya en el huevo. Ni siquiera sé cómo tienen formalidad para seguir dentro del cascarón. Aquello no es una tortilla, es un gallinero; pero por lo menos no se indica en la carta de la comida. Ha hecho usted bien en no ir a cenar anteayer; ¡había un mero en ácido fénico! Ni siquiera parecía aquello un servicio de mesa, sino un servicio para contagiosos. La verdad es que Norpois lleva la fidelidad hasta el heroísmo: ¡repitió del pescado!». Me parece haberle visto a usted cenando allí el día en que la marquesa le soltó aquella salida a ese señor Bloch (el señor de Guermantes, acaso por dar un aspecto más extranjero a un apellido israelita, no pronunció la *ch* de Bloch como *k*, sino como en *hoch* en alemán), que había dicho de ya no sé qué poeta que era sublime. Por más que Châtellerault le partía las tibias a fuerza de hacerle señas, el señor Bloch no comprendía, y creía que los rodillazos de mi sobrino estaban destinados a una joven sentada a su lado. (Aquí el señor de Guermantes se ruborizó ligeramente). No se daba cuenta de que estaba cargándole a nuestra tía con sus «sublimes» que aplicaba a chorro. En resumen, tu tía Magdalena, que no se muerde la lengua, le replicó: «Pero, bueno, caballero, ¿qué guarda usted entonces para el señor de Bossuet?». (El señor de Guermantes creía que, delante de un nombre célebre, «señor» y una partícula eran esencialmente *antiguo régimen*). «¡Era como para pagar butaca!». «¿Y qué respondió el señor Bloch ese?», preguntó distraídamente la señora de Guermantes, que, escasa de originalidad en aquel momento, creyó que debía copiar la pronunciación germánica de su marido. «¡Ah!, le aseguro que el señor Bloch no pidió más explicaciones; aún está corriendo». «Sí, sí, me acuerdo muy bien de haberle visto a usted ese día —me dijo la señora

de Guermantes, recalcando con el tono las palabras, como si ese recuerdo por parte de ella hubiera sido algo que debiera halagarme mucho—. Las reuniones de mi tía son siempre interesantísimas. En la última en que le encontré a usted, justamente, quería preguntarle si aquel caballero de edad que pasó por junto a nosotros no era Francisco Coppée. Debe usted de saber todos los nombres», me dijo con una sincera envidia de mis relaciones poéticas y también por amabilidad «respecto» a mí, para destacar más a los ojos de sus invitados a un joven tan versado en literatura. Aseguré a la duquesa que no había visto ninguna figura célebre en la velada de la señora de Villeparisis. «¡Cómo! —me dijo atolondradamente la señora de Guermantes, confesando con ello que su respeto a los hombres de letras y su desdén hacia el gran mundo eran más superficiales de lo que decía, y aun acaso de lo que creía ella misma—. ¡Cómo! ¿Que no había ningún gran escritor? Me deja usted pasmada; ¡sin embargo, había allí unas cabezas imposibles!». Recordaba yo muy bien la noche aquella a causa de un incidente absolutamente insignificante. La señora de Villeparisis había presentado a Bloch a la señora de Alfonso de Rothschild; pero mi camarada no había oído bien el apellido y, creyendo habérselas con una inglesa vieja y un tanto chiflada, había respondido solamente con monosílabos a las prolijas palabras de la antigua belleza, cuando la señora de Villeparisis, al presentársela a otro, había pronunciado muy distintamente de esta vez: la baronesa de Rothschild, señora de Alfonso de Rothschild. Entonces habían entrado súbitamente en las arterias de Bloch, y de un solo golpe, tantas ideas de millones y de prestigio, ideas que hubieran debido ser prudentemente subdivididas, que el hombre había sentido como un vuelco en el corazón, un arrebato al cerebro, y había exclamado, en presencia de la amable y anciana dama: «¡Si yo lo hubiera sabido!», exclamación cuya estupidez no le había dejado dormir por espacio de ocho días. Esta frase de Bloch tenía poco interés, pero yo me acordaba de ella como prueba de que a veces, en la vida, al choque de una emoción excepcional, dice uno lo que piensa. «Creo que la señora de Villeparisis no es absolutamente… moral» —dijo la princesa de Parma, que sabía que no iba nadie a casa de la tía de la duquesa, y, por lo que ésta acababa de decir, veía que se podía hablar de ella

libremente. Pero como la señora de Guermantes no pareciese aprobar, añadió—: «Pero, en ese grado, la inteligencia hace que pase todo». «¡Pero usted se forma de mi tía la idea que se forma de ella la gente en general —respondió la duquesa—, y que es, en suma, falsísima! Eso es justamente lo que me decía Memé no más tarde que ayer». Se ruborizó; un recuerdo para mí desconocido humedeció sus ojos. Me hice la suposición de que el señor de Charlus le había pedido que se volviera atrás de invitarme, lo mismo que me había hecho rogar por Roberto que no fuese a casa de ella. Tuve la impresión de que el rubor —por otra parte incomprensible para mí— del duque al hablar, un momento, de su hermano no podía ser atribuido a la misma causa: «Mi pobre tía se quedará con la reputación de una persona del antiguo régimen, de un ingenio deslumbrador y de una desvergüenza desenfrenada. No hay inteligencia más burguesa, más seria, más apagada; pasará por una protectora de las artes, lo cual quiere decir que ha sido la amiga de un gran pintor; pero ese mismo pintor no ha podido nunca hacerle comprender lo que era un cuadro; y en cuanto a su vida, muy lejos de ser una persona depravada, de tal modo estaba hecha para el matrimonio, tan conyugal era, que como no pudo conservar un esposo que era, por otra parte, un canalla, jamás ha tenido un enredo que no haya tomado tan en serio como si fuese una unión legítima, con las mismas susceptibilidades, con las mismas cóleras, con la misma fidelidad. Observen ustedes que a veces son los más sinceros, que hay, en fin, más amantes que maridos inconsolables». «Sin embargo, Oriana, fíjese precisamente en su cuñado Palamedes, de quien hablaba usted ahora; no hay ninguna amante que pueda soñar con ser llorada como lo ha sido la pobre señora de Charlus». «¡Ah! —replicó la duquesa—. Permítame Vuestra Alteza que no sea por completo de su opinión. No a todo el mundo le gusta ser llorado de la misma manera; cada cual tiene sus preferencias». «En fin, le ha consagrado un verdadero culto desde su muerte. Verdad que a veces se hace por los muertos cosas que no se hubieran hecho por los vivos». «Ante todo —respondió la señora de Guermantes en un tono soñador que contrastaba con su intención zumbona—, va uno a su entierro, cosa que no se hace nunca con los vivos». El señor de Guermantes miró con expresión maliciosa al de

Bréauté, como para provocarle a reír con el gracejo de la duquesa. «Pero, en fin, confieso francamente —prosiguió la señora de Guermantes— que la forma en que yo desearía ser llorada por un hombre al que quisiera no es la de mi cuñado». El semblante del duque se ensombreció. No le gustaba que su mujer pronunciase juicios a tontas y a locas, sobre todo a propósito del señor de Charlus. «Es usted difícil de contentar. Su pena ha edificado a todo el mundo», dijo en tono altanero. Pero la duquesa tenía para con su marido la índole de osadía de los domadores o de la gente que vive con un loco y no teme irritarle: «Pues no, ¡qué quiere usted!, es edificante, no digo que no; va todos los días al cementerio a contarle cuántas personas ha tenido a almorzar en casa; la siente enormemente, pero como a una prima, como a una abuela, como a una hermana. Eso no es un pesar de marido. Verdad es que eran dos santos, lo cual hace que sea un tanto especial el dolor». El señor de Guermantes, irritado por la cháchara de su mujer, clavaba en ella, con una inmovilidad terrible, sus pupilas cargadas de mala voluntad. «No es por decir mal del pobre Memé, que, entre paréntesis, no estaba libre esta noche —continuó la duquesa—; reconozco que es bueno como persona, es delicioso, tiene una delicadeza, un buen corazón como no suelen tenerlos generalmente los hombres. ¡Memé es un corazón de mujer!». «Es absurdo lo que está usted diciendo —la interrumpió vivamente el señor de Guermantes—. Memé no tiene nada de afeminado; no hay nadie más viril que él». «¡Pero si yo no le digo a usted que sea afeminado ni mucho menos! Comprenda usted, al menos, lo que digo —prosiguió la duquesa—. ¡Ah, lo que es éste, desde el momento en que cree que quieren tocarle a su hermano!», añadió, volviéndose hacia la princesa de Parma. «Eso está muy bien, es delicioso oír una cosa así. No hay nada tan hermoso como dos hermanos que se quieren», dijo la princesa de Parma, como lo hubiera dicho mucha gente del pueblo, porque se puede pertenecer a una familia principesca y a una familia por la sangre y por el espíritu muy popular.

«Ya que hablamos de su familia, Oriana —dijo la princesa—, ayer he visto a su sobrino Saint-Loup; creo que quería pedirle a usted que le prestase un servicio». El duque de Guermantes frunció su ceño jupiterino. Cuando no le gustaba hacer algún favor, no quería que su mujer se

encargase de ello, por saber que vendría a ser lo mismo y que las personas a quienes se hubiera visto obligada a pedirlo la duquesa lo inscribirían en el «debe» común del matrimonio, ni más ni menos que si hubiera sido el marido solo quien lo hubiera solicitado. «¿Por qué no me lo ha pedido él? —dijo la duquesa—. Dos horas pasó aquí ayer, y sólo Dios sabe lo aburrido que pudo estar. No sería más estúpido que otro cualquiera de haber tenido, como tantos en sociedad, la inteligencia necesaria para seguir siendo necio. Sólo que lo terrible es ese barniz de sabiduría. Quiere tener una inteligencia abierta…, abierta a todas las cosas que no comprende. Le habla a usted de Marruecos, y es espantoso».

«No puede volver allá por causa de Raquel», dijo el príncipe de Foix. «¡Pero si han roto!», le atajó el señor de Bréauté. «Tan no han roto, que hace dos días me la encontré a ella en la garzonera de Roberto; no tenían facha de estar reñidos, se lo aseguro», repuso el príncipe de Foix, que se perecía por difundir todos los rumores que pudieran hacer perder una boda a Roberto, y que, de otra parte, podía estar engañado por las prolongaciones intermitentes de unas relaciones efectivamente acabadas.

—La Raquel esa me ha hablado de usted; la veo así, al pasar, a la mañana, por los Campos Elíseos; es una aturdida, como dicen ustedes; lo que ustedes llaman una cosa desatada, algo así como una «Dama de las Camelias», en sentido figurado, naturalmente. —Quien me enjaretaba este discurso era el príncipe Von, que estaba empeñado en parecer al corriente de la literatura francesa y de las agudezas parisienses.

«Justamente es a propósito de Marruecos…» —exclamó la princesa aprovechando precipitadamente la coyuntura—. «¿Qué es lo que puede querer ése de Marruecos? —preguntó severamente el señor de Guermantes —; Oriana no puede hacer absolutamente nada en ese terreno; bien lo sabe él». «Se figura que ha inventado la estrategia —prosiguió la señora de Guermantes—, y además emplea palabras imposibles para la menor cosa, lo cual no le impide tener coladuras en sus cartas. El otro día ha dicho que había comido unas patatas *sublimes*, y que había conseguido abonarse a una platea *sublime*». «¡Habla en latín!», ponderó el duque. «¿Cómo que en latín?», preguntó la princesa. «¡Palabra de honor! Pregúntele a Oriana,

señora, si exagero». «¡Pero cómo, señora! El otro día ha dicho en una sola frase, de un tirón: 'No conozco un ejemplo de *sic transit gloria mundi*[61] más impresionante'; si puedo decirle la frase a Vuestra Alteza es gracias a que después de veinte preguntas y de acudir a algunos *lingüistas*, llegamos a reconstituirla; pero lo que es Roberto la lanzó sin tomar aliento; apenas podía distinguirse que hubiera nada de latín en ella; ¡parecía un personaje del *Malade imaginaire*! ¡Y todo eso a cuenta de la muerte de la emperatriz de Austria!». «¡Pobre mujer! —exclamó la princesa—. ¡Qué criatura más deliciosa era!». «Sí —respondió la duquesa—; un poco chiflada, un tanto insensata, pero era una mujer buenísima, una loca deliciosa y muy amable; lo único que jamás he comprendido es por qué no se había comprado nunca una dentadura postiza que ajustara bien; la que tenía se le desencajaba siempre antes del final de sus frases y se veía obligada a interrumpirlas para no tragarse la dentadura».

—La Raquel ésa me ha hablado de usted; me dijo que Saint-Loup le adoraba, que incluso le prefería a ella —me dijo el príncipe Von, sin dejar de comer como un ogro, arrebatado el color, mientras su perpetua risa ponía al descubierto todos sus dientes.

—Pero entonces debe de estar celosa de mí y detestarme —repuse.

—Nada de eso; me ha hablado de usted muy bien. Puede que la querida del príncipe de Foix estuviera celosa si él le prefiriese a ella. ¿No me entiende usted? Véngase conmigo cuando salgamos y le explicaré todo eso.

—No puedo, tengo que ir a casa del señor de Charlus a las once.

—¡Hombre!, ayer me mandó a decir que fuese a cenar con él esta noche, pero que no fuera después de las once menos cuarto. Pero si tiene usted empeño en ir a su casa, venga usted conmigo, al menos, hasta el Teatro Francés; estará usted en la periferia —dijo el príncipe, que sin duda creía que eso significaba «en las cercanías», o quizá «el centro».

Pero sus ojos, dilatados en su rolliza y hermosa cara arrebolada, me dieron miedo, y no acepté, diciendo que iba a venir a buscarme un amigo. No me parecía que esta respuesta fuese ofensiva. La impresión que de ella recibió el príncipe fue, sin duda, diferente, porque nunca más volvió a dirigirme la palabra.

«Precisamente tengo que ir a ver a la reina de Nápoles, ¡qué pena debe de tener!», dijo, o, por lo menos, me pareció que había dicho la princesa de Parma. Porque estas palabras sólo habían llegado hasta mí indistintas, a través de las más próximas que me había dirigido, muy bajo, sin embargo, el príncipe Von, el cual había temido, sin duda, si hablaba más alto, ser oído por el señor de Foix. «¡Oh, no! —respondió la duquesa—. Lo que es pena, no creo que tenga ni pizca». «¿Ni pizca? ¡Siempre ha de estar usted en los extremos, Oriana!», dijo el señor de Guermantes, reasumiendo su papel de acantilado que, con oponerse a la ola, la obliga a lanzar más alto su penacho de espuma. «Basin sabe mejor aún que yo que estoy diciendo la verdad —respondió la duquesa—, pero se cree obligado a adoptar aires severos por la presencia de Vuestra Alteza, y tiene miedo de que yo la escandalice». «¡Oh, no, por favor!», exclamó la princesa de Parma, temiendo que por su causa se alteraran en algo aquellos deliciosos miércoles de la duquesa de Guermantes, fruto prohibido que ni la misma reina de Suecia había tenido aún derecho a probar. «Pero si ha sido justamente a él a quien ha respondido, cuando le decía en un tono trivialmente triste: ¡Pero la reina está de luto! ¿Por quién? ¿Es alguna desgracia que toca de cerca a Vuestra Majestad?». «No, no es ningún luto de importancia; es un luto ligero, muy ligero; es por mi hermana». «La verdad es que, así como así, está encantada; Basin lo sabe perfectamente, nos ha invitado a una fiesta ese mismo día, y a mí me ha dado dos perlas. ¡Ya quisiera yo que perdiese una hermana todos los días! No llora la muerte de su hermana; la ríe a carcajadas. Probablemente se dice, como Roberto, que *sic transit,* bueno, ya no sé lo que sigue», añadió, por modestia, aunque lo sabía muy bien.

Por lo demás, al hablar así, la señora de Guermantes hacía solamente alarde de ingenio, y del más falso, ya que la reina de Nápoles, como la duquesa de Alençon, que murió asimismo de una manera trágica, tenía un gran corazón y ha llorado sinceramente a los suyos. La señora de Guermantes conocía de sobra a sus primas, las nobles hermanas bávaras, para ignorarlo. «Pues Saint-Loup hubiera querido no volver a Marruecos —dijo la princesa de Parma, asiendo de nuevo el nombre de Marruecos, que le tendía, harto involuntariamente, como una pértiga, la señora de Guermantes

—. Creo que conoce usted al general de Monserfeuil». «Muy poco», respondió la duquesa, que llevaba una amistad íntima con el militar. La princesa explicó lo que deseaba Saint-Loup. «Dios mío, si le veo…, bien puede ocurrir que lo encuentre», respondió, porque no pareciera que se negaba, la duquesa, cuyas relaciones con el general de Monserfeuil parecían haberse espaciado rápidamente desde el punto en que se trataba de pedirle algo. Esta incertidumbre no le bastó, sin embargo, al duque, que, interrumpiendo a su mujer: «Bien sabe usted que no lo verá, Oriana —dijo —; y, además, ya le ha pedido usted dos cosas que no ha hecho. Mi mujer tiene el prurito de ser amable —continuó, cada vez más furioso, para obligar a la princesa a retirar su petición sin que ello pudiera hacer dudar de la amabilidad de la duquesa, y para que la señora de Guermantes echase la culpa del caso al carácter de él, esencialmente caprichoso—. Roberto podía tener todo lo que quisiera con Monserfeuil. Sólo que como no sabe lo que quiere, hace que seamos nosotros quienes lo pidamos, porque sabe que no hay mejor modo de que salga mal. Demasiadas cosas le ha pedido Oriana a Monserfeuil. Un ruego suyo, ahora, es una razón para que el general se niegue». «¡Ah!, en esas circunstancias más vale que no haga nada la duquesa», dijo la señora de Parma. «¡Naturalmente!», concluyó el duque. «¡Ese pobre general!, otra vez lo han derrotado en las elecciones», dijo la princesa de Parma, por cambiar de conversación. «¡Oh!, eso no es grave, no es más que la séptima vez», dijo el duque, que, como había tenido que renunciar también a la política, se complacía bastante en los reveses electorales de los demás. «Se ha consolado queriendo hacerle otro chico a su mujer». «¡Cómo! ¿Vuelve a estar encinta esa pobre señora de Monserfeuil?». «¡Pues claro! —respondió la duquesa—; ése es el único *distrito* en que no ha fracasado nunca el pobre general».

No había de dejar yo ya, en lo sucesivo, de ser invitado continuamente, aunque sólo fuese con unas pocas personas más, a estas comidas cuyos comensales me había figurado antaño como los apóstoles de la Capilla Santa. Reuníanse allí, en efecto, como los primeros cristianos, no para compartir solamente un alimento material, por lo demás exquisito, sino en una a modo de Cena social; de manera que en unas cuantas comidas me

asimilé el conocimiento de todos los amigos de mis huéspedes, amigos a quienes éstos me presentaban con un matiz de benevolencia tan marcado (como una persona a la que hubieran preferido siempre paternalmente), que no había entre ellos uno que no hubiera creído hacer de menos al duque y a la duquesa si había dado un baile sin hacerme figurar en su lista, y, al mismo tiempo, en tanto bebía uno de los Yquem, que guardaban las bodegas de los Guermantes, saboreaba yo unos hortelanos aderezados con arreglo a las diferentes recetas que el duque elaboraba y modificaba prudentemente. Sin embargo, para el que se había sentado ya más de una vez a la mesa mística, la manducación de los últimos no era indispensable. Algunos antiguos amigos del señor y la señora de Guermantes iban a verles después de cenar, «de mondadientes» hubiera dicho la señora de Swann, sin que se les esperase, y tomaban en invierno una taza de tila bajo las luces del gran salón, y en verano un vaso de naranjada en la oscuridad del trocito del jardín rectangular. Nunca se les había conocido a los Guermantes, en esas sobremesas en el jardín, otra cosa que la naranjada. Tenía ésta algo de ritual. Añadir a ella otros refrescos hubiera parecido desnaturalizar la tradición, de igual suerte que una gran recepción, en el barrio de Saint-Germain, ya no es una recepción si en ella se representa una comedia o hay música. Tiene que parecer que ha ido uno —aunque haya en la recepción quinientas personas — a hacer una visita a la princesa de Guermantes, por ejemplo. Se admiró mi influencia porque a la naranjada pude hacer añadir una garrafilla con zumo de cerezas cocidas, de pera cocida. Por causa de esto le tomé ojeriza al príncipe de Agrigento que, como todas las gentes desprovistas de imaginación, pero no de avaricia, se maravillan de lo que bebéis y os piden permiso para tomar un poco de ello. De modo que, todas las veces, el señor de Agrigento, al disminuir mi ración, echaba a perder mi goce. Porque ese zumo de fruta, por mucha cantidad en que se tome, nunca es bastante para apagar la sed. Nada me cansa menos que esa trasposición a sabor del color de una fruta que, cocida, parece retrogradar hacia la estación de las flores. Empurpurado como un vergel en primavera, o bien incoloro y fresco como el céfiro bajo los árboles frutales, el zumo se deja respirar y mirar gota a gota, y el señor de Agrigento me impedía, regularmente, saciarme de él. A

pesar de estas compotas, la naranjada tradicional subsistió como la tila. Bajo estas modestas especies no dejaba de efectuarse la comunión social. En esto, sin duda, los amigos del señor y de la señora de Guermantes habían seguido siendo, a pesar de todo, como me los había figurado yo en un principio, más diferentes de lo que su engañosa apariencia me hubiera movido a creer. Muchos viejos iban a recibir en casa de la duquesa, al mismo tiempo que la invariable bebida, una acogida que a menudo tenía bastante poco de amable. Ahora bien, no podía ser por esnobismo —puesto que pertenecían a una condición a que ninguna otra era superior—, ni por amor al lujo; quizá tuviesen apego a éste, pero en unas condiciones sociales menores hubieran podido conocer un lujo espléndido, ya que, esas mismas noches, la encantadora mujer de un financiero riquísimo hubiera hecho cuanto fuese preciso hacer para tenerlos en unas cacerías deslumbradoras que iba a dar por espacio de dos días en honor del rey de España. Los viejos, con todo, se habían esquivado, y habían venido a todo trance a ver si estaba en casa la señora de Guermantes. Ni siquiera estaban seguros de encontrar allí opiniones absolutamente conformes con las suyas, o sentimientos especialmente calurosos; la señora de Guermantes lanzaba a veces, a cuenta del caso de Dreyfus, de la República, de las leyes antirreligiosas, o incluso, a media voz, a propósito de ellos, de sus achaques, del tono aburrido de su conversación, reflexiones tales que tenían que hacer como si no reparasen en ellas. Indudablemente, si conservaban allí sus costumbres era por una afinada educación de sibaritas mundanos, por un claro conocimiento de la perfecta y primera calidad del manjar social, de regusto familiar, tranquilizador y rápido, sin mezcla, no adulterado, cuyo origen e historia conocían tan bien como la que se lo servía, siendo en esto más «nobles» de lo que ellos mismos sabían. Pues entre estos visitantes, a los que fui presentado después de cenar, quiso la casualidad que estuviera el general Monserfeuil, del que había hablado la princesa de Parma, y que la señora de Guermantes, de cuyo salón era uno de los asiduos, no sabía que hubiera de venir esa noche. El general se inclinó ante mí, al oír mi nombre, cual si hubiera sido yo el presidente del Consejo Superior de Guerra. Me había figurado que era simplemente por

cierta inserviciabilidad radical, y para la que el duque, como para el ingenio, ya que no para el amor, era cómplice de su mujer, por lo que la duquesa se había negado casi a recomendar a su sobrino al señor de Monserfeuil. Y veía en ello una indiferencia tanto más culpable cuanto que había creído comprender, por algunas palabras que se le escaparon a la princesa de Parma, que el puesto de Roberto era de peligro y que era prudente hacerlo trasladar de él. Pero lo que me sublevó fue la verdadera perversidad de la señora de Guermantes cuando, al proponer tímidamente la princesa de Parma hablarle del caso ella misma y por su cuenta al general, la duquesa hizo cuanto pudo para disuadir de ello a Su Alteza. «¡Pero, señora —exclamó—, Monserfeuil no tiene ningún género de crédito ni de poder con el nuevo Gobierno! Eso sería tanto como dar una estocada en el agua». «Me parece que puede oírnos», murmuró la princesa, invitando a la duquesa a hablar más bajo. «No tema nada Vuestra Alteza; es sordo como una tapia», dijo, sin bajar la voz, la duquesa, a la que el general oyó perfectamente. «Es que creo que el señor de Saint-Loup no está en un sitio muy tranquilizador», dijo la princesa. «¿Qué quiere Vuestra Alteza? —respondió la duquesa—; está en el caso de todo el mundo, con la diferencia de que es él quien ha pedido ir allá. Además, que no, no es peligroso; si así no fuera, ya puede suponerse Vuestra Alteza que me ocuparía yo de eso. Le hubiera hablado de ello a Saint-Joseph durante la cena. Es mucho más influyente, y ¡tiene un tesón! Mire Vuestra Alteza, ya se ha ido. Por otra parte, sería menos delicado con éste, que precisamente tiene a tres de sus hijos en Marruecos y no ha querido pedir que los trasladen; podría objetar eso mismo. Ya que Vuestra Alteza tiene empeño, hablaré de ello a Saint-Joseph, si lo veo…, o a Beautreillis. Pero si no les veo, no compadezca demasiado a Roberto. El otro día nos han explicado dónde estaba. Creo que en ninguna parte puede estar mejor que allí».

«¡Qué flor más bonita!, no he visto nunca otra igual, ¡no hay nadie como usted, Oriana, para tener maravillas de estas!», dijo la princesa de Parma, que, por miedo a que el general de Monserfeuil hubiese oído a la duquesa, trataba de cambiar de conversación. Reconocí una planta de la especie de las que Elstir había pintado delante de mí. «Encantada de que le

guste; son admirables, fíjese en ese collarín de terciopelo malva; sólo que, como puede ocurrirles a algunas personas muy bonitas y muy bien vestidas, tienen un nombre feo y huelen mal. A mí, a pesar de eso, me gustan mucho. Pero lo que no deja de ser triste es que van a morir». «Pero están en una maceta, no son flores cortadas», dijo la princesa. «No —respondió la duquesa, riéndose—, pero viene a ser lo mismo, ya que son damas. Es una especie de plantas en que las damas y los caballeros no se encuentran al mismo nivel. Me pasa lo que a las personas que tienen una perra. Necesitaría un marido para mis plantas. ¡Si no, no tendré crías!». «Es curioso. Pero entonces, en la naturaleza…». «¡Sí! Hay ciertos insectos que se encargan de efectuar la boda, como se hace con los soberanos, por poder, sin que el novio y la novia se hayan visto nunca. Por eso, le juro que recomiendo a mi criado que ponga mi planta a la ventana lo más que pueda, unas veces a la parte que da al patio, otras del lado del jardín, con la esperanza de que venga el insecto indispensable. ¡Pero eso exigiría una casualidad tan grande! Figúrese Vuestra Alteza, haría falta que hubiese ido justamente a ver a una persona de la misma especie y de otro sexo y que le dé la ocurrencia de venir a dejar tarjeta en casa. Hasta ahora no ha venido; creo que mi planta sigue siendo digna de un premio a la virtud; confieso que preferiría un poco más de libertinaje. Es lo mismo que ese árbol tan hermoso que hay en el patio; se morirá sin tener hijos, porque es de una especie rarísima en nuestras tierras. Para él, es el viento el que está encargado de operar la unión, pero la tapia está un poco alta». «En efecto —dijo el señor de Bréauté—, debían ustedes haberla hecho rebajar nada más que unos centímetros; con eso hubiera bastado. El perfume de vainilla que había en el excelente helado que nos han servido hace un momento, duquesa, viene de una planta que lleva el mismo nombre. Esa planta produce a la vez flores masculinas y femeninas, pero un a modo de tabique duro interpuesto entre ellas impide toda comunicación. Así, no había nunca manera de conseguir frutos hasta el día en que a un muchacho negro, natural de la isla de la Reunión y llamado Albins, lo cual, entre paréntesis, es bastante cómico, ya que ese nombre quiere decir blanco, se le ocurrió la idea, con ayuda de un pincho, de poner en relación los órganos separados».

«¡Babal, es usted divino, lo sabe usted todo!», exclamó la duquesa. «¡Pero también usted, Oriana, me ha enseñado cosas que yo ni sospechaba!», dijo la princesa. «Le diré a Vuestra Alteza, ha sido Swann quien me ha hablado mucho, siempre, de botánica. A veces, cuando nos fastidiaba demasiado ir a un té o a una reunión por la tarde, nos marchábamos al campo, y Swann me enseñaba bodas de flores, cosa que es mucho más divertida que las bodas de la gente, sin *lunch* ni sacristía. Nunca teníamos tiempo de ir muy lejos. Ahora, con el automóvil, sería encantador. Por desgracia, de entonces acá, el propio Swann ha hecho una boda mucho más asombrosa todavía, y que hace difícil todo. ¡Ay, señora! La vida es una cosa espantosa; se pasa una el tiempo haciendo cosas que le fastidian, y cuando por casualidad conoce a alguien con quien podría ir a ver otras interesantes, ese alguien ha de hacer una boda como la de Swann. Entre renunciar a los paseos botánicos y la obligación de tratar a una persona indecorosa, he escogido la primera de las dos calamidades. Por lo demás, en el fondo, no habría necesidad de ir tan lejos. ¡Parece que sólo en mis dos palmos de jardín ocurren en pleno día más cosas indecorosas que por la noche… en el bosque de Bolonia! Ahora, que no se nota, porque esas cosas, entre flores, se hacen sencillísimamente, se ve un chaparroncillo anaranjado, o bien una mosca muy polvorienta que viene a limpiarse las patas o a tomar una ducha antes de entrar en una flor. ¡Y todo está consumado!». «También es espléndida la cómoda sobre que está puesta la planta; me parece que es Imperio», dijo la princesa, que, como no estaba familiarizada con los trabajos de Darwin y de sus sucesores, no comprendía bien el significado de las bromas de la duquesa. «¿Verdad que es bonita? Encantada de que le guste, señora —respondió la duquesa—. Es un mueble magnífico. Debo decirle que siempre he adorado el estilo Imperio, incluso cuando no estaba de moda. Recuerdo que en Guermantes me había hecho excomulgar por mi suegra por haber dicho que bajaran del desván todos los espléndidos muebles Imperio que Basin había heredado de los Montesquiou, y porque había amueblado con ellos el ala en que vivía yo». El señor de Guermantes sonrió. Debía de acordarse, sin embargo, de que las cosas habían pasado de manera harto diferente. Pero como las bromas de la princesa de los Laumes a cuenta del mal gusto de su suegra

habían sido tradicionales durante el poco tiempo que el príncipe había estado prendado de su mujer, a su amor a la segunda había sobrevivido cierto desdén hacia la inferioridad del talento de la primera, desdén que se aliaba, por otra parte, con un gran cariño y respeto. «Los Iena tienen el mismo sillón con incrustaciones de Wetgwood; es hermoso, pero yo prefiero el mío —dijo la duquesa con la misma expresión de imparcialidad que si no hubiera poseído ninguno de los dos muebles—; reconozco, por lo demás, que ellos tienen cosas maravillosas que yo no tengo». La princesa de Parma guardó silencio. «Pero ¡es verdad! Vuestra Alteza no conoce su colección. ¡Oh!, tiene que ir a verla una vez conmigo. Es una de las cosas más magníficas de París; aquello es un museo vivo». Y como esta proposición era una de las audacias más Guermantes de la duquesa, porque los Iena eran para la princesa de Parma unos puros usurpadores, ya que el hijo de aquéllos llevaba, como el de ella, el título de Guastalla, la señora de Guermantes, al dispararla así, no se privó (hasta tal punto el amor que tenía a su propia originalidad era más poderoso que su deferencia hacia con la princesa de Parma, inclusive) de lanzar sobre los demás invitados miradas divertidas y risueñas. También ellos se esforzaban por sonreír, a la vez espantados, maravillados y, sobre todo, encantados de pensar que eran testigos de la «última» de Oriana, y que podrían contarla «calentita». Sólo a medias estaban estupefactos, porque sabían que la duquesa tenía el arte de despreciar todos los prejuicios de los Courvoisier para conseguir como resultado una vida más salpimentada y agradable. ¿No había reunido, en el curso de estos últimos años, a la princesa Matilde y al duque de Aumale, que había escrito al mismísimo hermano de la princesa la famosa carta: «En mi familia, todos los hombres son valientes y todas las mujeres castas»? Ahora bien, como los príncipes siguen siéndolo incluso en el momento en que parecen querer olvidar que lo son, el duque de Aumale y la princesa Matilde se habían agradado tanto en casa de la señora de Guermantes, que luego habían ido el uno a casa del otro, con esa facultad de olvidar el pasado de que dio muestra Luis XVIII cuando tomó de ministro a Fouché, que había votado la muerte de su hermano. La señora de Guermantes abrigaba el mismo proyecto de aproximación entre la princesa Murat y la

reina de Nápoles. Entretanto, la princesa de Parma parecía tan perpleja como hubieran podido estarlo los herederos de la corona de los Países Bajos y de Bélgica, respectivamente príncipe de Orange y duque de Brabante, si se hubiese querido presentarles al señor de Mailly Nesle, príncipe de Orange, y al señor de Charlus, duque de Brabante. Pero, ante todo, la duquesa, a la que Swann y el señor de Charlus (bien que este último estuviese resuelto a ignorar la existencia de los Iena) habían acabado con gran trabajo por hacer estimar el estilo Imperio, exclamó: «¡Señora, sinceramente, no puedo decirle hasta qué punto ha de parecerle hermoso! Confieso que a mí siempre me ha hecho impresión el estilo Imperio. Pero allí, en casa de los Iena, es verdaderamente como una alucinación. Ese a modo, ¿cómo diría yo?, de… reflujo de la Expedición a Egipto, y luego, también, de subida de la Antigüedad en oleada hasta nosotros, todo eso que invade nuestras casas, las Esfinges que vienen a ponerse a los pies de las butacas, las serpientes que se enroscan a los candelabros, una musa enorme que nos tiende una pequeña antorcha como para jugar a la berlanga, o que se ha encaramado tranquilamente a nuestra chimenea y se pone de codos en nuestro reloj; y luego, todas las lámparas pompeyanas, los lechos diminutos, en forma de barco, que tienen toda la traza de haber sido encontrados en el Nilo y de los que espera uno ver surgir a Moisés; esas cuadrigas antiguas que galopan por las mesillas de noche…». «No se está muy a gusto cuando se sienta uno en los muebles Imperio», aventuró la princesa. «No —respondió la duquesa—, pero a mí —añadió la señora de Guermantes, insistiendo con una sonrisa— me encanta estar sentada a disgusto en esos asientos de caoba forrados de terciopelo granate o de seda verde. Me gusta esa falta de comodidad de guerreros que sólo comprenden la silla curul y que en medio del gran salón cruzaban las fasces y amontonaban los laureles. Le aseguro que en casa de los Iena no piensa uno ni un instante en cómo está sentado, cuando ve ante sí una buena moza, una Victoria, pintada al fresco en la pared. A mi esposo voy a parecerle una realista pésima; pero yo, ¿sabe Vuestra Alteza?, soy muy mala persona: le aseguro que en casa de esa gente llegan a gustarle a una todas esas N., todas esas abejas; ¡Dios mío!, como con los reyes, desde hace bastante tiempo, no

estamos muy acostumbrados que digamos a todas esas cosas de la gloria, les encuentro cierta distinción a esos guerreros que ganaban tantas coronas que las ponían hasta en los brazos de los sillones. Debía Vuestra Alteza…». «¡Por Dios!, si le parece a usted… —dijo la princesa—; pero me figuro que no va a ser fácil». «Ya verá, señora, cómo se arregla todo muy bien. Es una gente buenísima, nada tonta. Hemos llevado allí a la señora de Chevreuse —añadió la duquesa, sabiendo el poder del ejemplo—; ha quedado encantada. El hijo es agradabilísimo, incluso… Lo que voy a decir no está muy bien, pero tiene una alcoba, y sobre todo una cama en la que quisiera una dormir ¡sin él! Lo que aún está menos bien es que he ido a verle una vez que estaba enfermo y en cama. A su lado, en el reborde del lecho, había, esculpida, una larga Sirena echada, deliciosa, con una cola de nácar y que tiene en la mano algo así como unos lotos. Le aseguro —añadió la señora de Guermantes, hablando más despacio para dar mayor realce a las palabras que parecía modelar con el mohín de sus hermosos labios, con lo ahusado de sus largas manos expresivas, y sin dejar de clavar en la princesa una mirada dulce, fija y profunda— que, con las palmas y la corona de oro que tenía al lado, resultaba conmovedor; era exactamente la misma disposición de *El Joven y la Muerte*, de Gustavo Moreau (seguramente conoce Vuestra Alteza esa obra maestra).» La princesa de Parma, que ignoraba hasta el nombre del pintor, hizo violentos movimientos de cabeza y sonrió con ardor, tratando de manifestar su admiración por el cuadro. Pero la intensidad de su mímica no llegó a sustituir esa luz que permanece ausente de nuestros ojos en tanto no sabemos de qué se nos quiere hablar. «Es un chico guapo, ¿no?», preguntó. «No, porque tiene toda la facha de un tapir. Los ojos son algo así como los de una reina Hortensia de pantalla. Pero probablemente ha pensado que sería un tanto ridículo en un hombre desarrollar ese parecido, y ese rasgo se pierde en unas mejillas estucadas que no dejan de darle una apariencia de mameluco. Se ve que deben de sacarle brillo todas las mañanas. A Swann —añadió, volviendo al lecho del joven duque— le hizo impresión el parecido de esa Sirena con *la Muerte* de Gustavo Moreau. Pero, por otra parte —añadió en un tono más rápido y, sin embargo, serio, por hacer reír más—, no hay por qué impresionarse, ya que

se trataba de un catarro de cabeza, y el mozo está más tieso que un roble». «¿No dicen que es un *snob*?», preguntó el señor de Bréauté con expresión maligna, excitada, y esperando en la respuesta la misma precisión, que si hubiera dicho: «Me han dicho que no tenía más que cuatro dedos en la mano derecha, ¿es verdad?». «¡Dios mí… ío, Dios mí… ío! —respondió la señora de Guermantes con una sonrisa de dulce indulgencia—. Quizá un poquitín snob en apariencia, porque es sumamente joven, pero me chocaría que lo fuese en realidad, porque es inteligente —añadió, como si hubiera habido, a juicio suyo, incompatibilidad absoluta entre el esnobismo y la inteligencia—. Es agudo; he presenciado algunos golpes suyos muy chuscos —dijo, riéndose con aires de regodeo y de buena catadora, como si el aplicar a alguien el calificativo de chusco exigiese cierta expresión de alborozo, o como si las salidas del duque de Guastalla le acudiesen a las mientes en aquel momento—. Por lo demás, como no se le recibe en sociedad, mal podría ejercitarse ese esnobismo —continuó, sin pensar en que de esa manera no alentaba gran cosa a la princesa de Parma—». «¿Qué dirá el príncipe de Guermantes, que la llama *la señora de Iena,* si se entera de que he ido a casa de ella?». «Pero ¡cómo! —exclamó con extraordinaria vivacidad la duquesa—; ya sabe Vuestra Alteza que fuimos nosotros quienes le hemos cedido a Gilberto (¡hoy se arrepentía amargamente de ello!) toda una sala de juego Imperio que nos había venido de Quiou-Quiou y que es una divinidad. No teníamos sitio aquí, donde me parece, sin embargo, que hubiera hecho mejor que en casa de Gilberto. Es una cosa que no cabe nada más precioso, medio etrusca, medio egipcia…». «¿Egipcia?», preguntó la princesa, a quien lo de etrusco no le decía gran cosa. «Dios mío, un poco de las dos cosas; eso nos decía Swann; él me lo explicó, solo que yo, ¿sabe Vuestra Alteza?, soy una pobre ignorante. Además, en el fondo, lo que tiene uno que decirse es que el Egipto del estilo Imperio no guarda ninguna relación con el verdadero Egipto, ni sus romanos con los romanos, ni su Etruria…». «¿De veras?», dijo la princesa. «Pues claro, es como lo que se llamaba un traje a lo Luis XV en tiempos del segundo Imperio, en la juventud de Ana de Monchy o de la madre del bueno de Brigode. Hace un momento les hablaba a ustedes Basin de Beethoven. El otro día tocaron una

cosa de éste, bellísima, por lo demás un poco fría, en que hay un tema ruso. Es enternecedor pensar que Beethoven creía que aquello era ruso. Pues, del mismo modo, los pintores chinos han creído copiar a Bellini. Por otra parte, aun en el mismo país, cada vez que alguien mira las cosas de una manera un tanto nueva, las cuatro cuartas partes de la gente no ven ni gota en lo que ese alguien les enseña. Hacen falta lo menos cuarenta años para que lleguen a distinguir». «¡Cuarenta años!», exclamó la princesa espantada. «¡Sí, sí! —continuó la duquesa, añadiendo cada vez más a las palabras (que eran punto menos que palabras mías, ya que justamente había emitido yo delante de ella una idea análoga), gracias a su pronunciación, el equivalente de lo que se llama *cursiva* en los caracteres impresos—: es algo así como un primer individuo aislado de una especie que todavía no existe y que llegará a pulular, un individuo dotado de un género de *sentido* que no posee en su época la especie humana. Apenas puedo citarme a mí misma, puesto que a mí, por el contrario, siempre me han entusiasmado desde el principio todas las manifestaciones interesantes, por nuevas que fuesen. Pero en fin, el otro día he ido con la gran duquesa al Louvre, hemos pasado por delante de *La Olympia*, de Manet. Ahora ya nadie se asombra de ella. ¡Parece una cosa de Ingres! Y sin embargo, bien sabe Dios si he tenido que romper lanzas por ese cuadro que no me acaba de gustar, pero que indudablemente el que lo ha pintado es alguien. Acaso no esté del todo en su sitio en el Louvre». «¿Qué tal está la gran duquesa?», preguntó la princesa de Parma, para quien la tía del zar era infinitamente más familiar que el modelo de Manet. «Está bien; hemos hablado de Vuestra Alteza. En el fondo —prosiguió la duquesa, aferrada a su idea— la verdad es que, como dice mi cuñado Palamedes, entre uno y cada persona hay el muro de una lengua extranjera. Por lo demás, reconozco que de nadie es tan exacto eso como de Gilberto. Si a Vuestra Alteza le divierte ir a casa de los Iena, demasiado talento tiene para hacer depender sus actos de lo que pueda pensar ese pobre hombre, que es una excelente criatura, pero que al fin y al cabo tiene unas ideas del otro mundo. Lo que es yo, me siento más cerca, más consanguínea de mi cochero, de mis caballos, que de ese hombre que siempre está refiriéndose a lo que se hubiera pensado en tiempos de Felipe el Atrevido o de Luis el

Gordo. Figúrense ustedes que cuando se pasea por el campo aparta a los campesinos con una expresión bonachona, empujándolos con el bastón y diciendo: 'Vamos, rústicos.' En el fondo, cuando me habla me deja tan pasmada como si estuviera oyendo que me dirigían la palabra las estatuas yacentes de las antiguas tumbas góticas. Por más que esa piedra viviente sea mi primo, me da miedo y no tengo más que una idea: dejarle en su Edad Media. Aparte de eso, reconozco que no ha asesinado nunca a nadie». «Precisamente acabo de cenar con él en casa de la señora de Villeparisis», dijo el general, aunque sin sonreír ni adherirse a las chanzas de la duquesa. «¿Estaba allí el señor de Norpois?», preguntó el príncipe Von, que siempre estaba pensando en la Academia de Ciencias Morales. «Sí —dijo el general —. E incluso ha hablado de su emperador». «Parece que el emperador Guillermo es inteligentísimo, pero que no le gusta la pintura de Elstir. Por lo demás, esto no lo digo en contra suya —respondió la duquesa—; comparto su manera de ver. Aunque Elstir me haya hecho un hermoso retrato. ¡Ah, ustedes no lo conocen! No está parecido, pero es curioso. Es interesante durante las sesiones. Me ha sacado hecha una vieja. El cuadro imita a las *Regentes del hospital*, de Hals. Supongo que conocerá usted esas sublimidades, para usar de una expresión cara a mi sobrino» —dijo, volviéndose hacia mí, la duquesa, que hacía aletear ligeramente su abanico de plumas negras. Más que derecha en su silla, echaba noblemente la cabeza hacia atrás, porque aun siendo siempre gran dama, jugaba un poquito a la gran dama. Yo dije que había ido en otro tiempo a Amsterdam y a La Haya, pero que, por no confundirlo todo, como tenía tasado el tiempo, había dejado de lado Haarlem—. «¡Ah, La Haya, qué museo!», exclamó el señor de Guermantes. Le dije que sin duda habría admirado en él la *Vista de Delf*, de Vermeer. Pero el duque era menos culto que orgulloso. Así, se contentó con responderme con aires de suficiencia, como hacía cada vez que le hablaban de una obra de un museo, o bien del Salón, y no la recordaba: «¡Si es digna de verse, la he visto!». «¡Cómo! ¿Ha estado usted de viaje por Holanda y no ha ido a Haarlem? —exclamó la duquesa —. Pero aunque no hubiera tenido usted más que un cuarto de hora, los Hals son una cosa extraordinaria que hay que ver. Es más, yo diría que

quien sólo pudiera verlos desde lo alto de la imperial de un tranvía sin detenerse, si estuviesen expuestos afuera, debería abrir los ojos a todo abrir». Esta frase me chocó por el desconocimiento que revelaba de la manera como se forman en nosotros las impresiones artísticas, y porque parecía implicar que nuestro ojo es en ese caso un simple registrador que toma instantáneas.

El señor de Guermantes, feliz al ver que la duquesa me hablaba con tal competencia de temas que me interesaban, contemplaba la prestancia célebre de su mujer, escuchaba lo que ésta decía de Frantz Hals, y pensaba: «Está empollada en todo. Mi joven invitado puede decirse que tiene ante sí a una gran dama de antaño en toda la acepción de la palabra y como no hay otra hoy». Así los veía yo a los dos retirados del apellido de Guermantes, en el que, en otro tiempo, me los imaginaba llevando una vida inconcebible, semejantes ahora a los demás hombres y mujeres, retrasándose solamente un poco respecto de sus contemporáneos, pero desigualmente, como tantos matrimonios del barrio de Saint-Germain en los que la mujer ha tenido el arte de detenerse en la edad de oro y el hombre la mala suerte de descender a la edad ingrata del pasado, conservándose todavía la una en el estilo de Luis XV cuando el marido es pomposamente del de Luis Felipe. Que la señora de Guermantes fuese igual a las demás mujeres, si había sido para mí, primero, una decepción, era casi, por reacción, y con ayuda de tantos vinos buenos, un pasmo. Un Don Juan de Austria, una Isabel de Este, situados para nosotros en el mundo de los nombres, se comunican tan poco con la historia en grande como la comarca de Méséglise con la de Guermantes. Isabel de Este fue, sin duda, una princesa harto insignificante, análoga a las que en tiempos de Luis XIV no conseguían ningún rango particular en la corte. Mas como nos parece de una esencia única y, por ende, incomparable, no podemos concebirla de menor magnitud, de modo que una cena con Luis XIV nos parecería solamente que ofrecería cierto interés, al paso que en Isabel de Este nos encontraríamos, por obra de un encuentro, con que veíamos con nuestros propios ojos una sobrenatural heroína de novela. Ahora bien, después de haber, estudiando a Isabel de Este, trasplantándola pacientemente de ese mundo mágico al de la historia,

comprobado que su vida, su pensamiento, no contenían nada de la rareza misteriosa que nos había sugerido su nombre, una vez consumada esa decepción agradecemos infinitamente a esa princesa que haya tenido, en lo que hace a la pintura de Mantegna, conocimientos casi iguales a los hasta entonces desdeñados por nosotros, y puestos, como hubiera dicho Francisca, más bajos que la misma tierra, del señor Lafenestre. Después de haber escalado las cimas inaccesibles del nombre de Guermantes, al descender por la vertiente interna de la duquesa, experimentaba yo, al encontrarme en ella con los nombres, familiares en otros lugares, de Víctor Hugo, de Frantz Hals y, ¡ay!, de Vibert, el mismo asombro que un viajero, después de haber tenido en cuenta, para imaginarse la singularidad de las costumbres en un valle salvaje de la América Central o del Norte de África, el alejamiento geográfico, lo extraño de las denominaciones de la flora, siente al descubrir, una vez que ha atravesado una cortina de áloes gigantes o de manzanillos, unos habitantes (incluso, a veces, ante las ruinas de un teatro romano y de una columna dedicada a Venus) que están leyendo *Mérope* o *Alzire*. Y tan lejos, tan aparte, tan por encima de las burguesías instruidas que yo había conocido, la cultura similar por la que la señora de Guermantes se había esforzado, sin interés, sin razones de ambición, en descender hasta el nivel de aquellas que no conocería nunca, tenía el carácter meritorio, casi conmovedor en fuerza de ser inutilizable, de una erudición en materia de antigüedades fenicias por parte de un político o de un médico. «Hubiera podido enseñarle a usted uno hermosísimo —me dijo amablemente la señora de Guermantes hablándome de Hals—: el más hermoso, según pretenden ciertas personas, y que he heredado de un primo mío alemán. Por desgracia, resulta que está ‘enfeudado’ al castillo; ¿no conocía usted esa expresión?; tampoco yo —añadió, obedeciendo al gusto que tenía de gastar bromas (por las que se creía moderna) a cuenta de las costumbres antiguas, a las que estaba, sin embargo, inconsciente y ásperamente atada—. Me alegro de que haya visto usted mis Elstir, pero aún me hubiera alegrado más de haber podido hacerle los honores de mi Hals, de ese cuadro *enfeudado*». «Lo conozco —dijo el príncipe Von—: es del gran duque de Hesse». «Justamente; su hermano se había casado con mi

hermana —dijo el señor de Guermantes—, y, por otra parte, su madre era prima hermana de la madre de Oriana». «Pero en lo que se refiere al señor Elstir —añadió el príncipe—, me permitiré decir que, sin que yo tenga formada opinión de sus obras, que no conozco, el odio con que le persigue el emperador no me parece que deba ser recogido en contra suya. El emperador es hombre de una inteligencia maravillosa». «Sí, he cenado dos veces con él; una en casa de mi tía la de Sagan, y otra en casa de mi tía la de Radziwill, y debo decir que me ha parecido curioso. No lo he encontrado nada sencillo. Pero tiene un no sé qué divertido, 'logrado' —dijo la duquesa, destacando la palabra como un clavel verde—, es decir, una cosa que me choca y que no acaba de hacerme mucha gracia, una cosa que es asombroso que se haya podido hacer, pero que encuentro que hubiera estado igualmente bien que no pudiera hacerse. Espero que no le 'chocará' a usted esto». «El emperador es de una inteligencia inaudita —continuó el príncipe—; tiene un amor apasionado por las artes; tiene, respecto de las obras de arte, un gusto en cierto modo infalible, nunca se equivoca; si una cosa es hermosa, lo reconoce inmediatamente, le toma aborrecimiento. Si detesta algo, no cabe la menor duda, es que es excelente». Todo el mundo sonrió. «Me tranquiliza usted», dijo la duquesa. «De buena gana compararía al emperador —prosiguió el príncipe, que, como no sabía pronunciar la palabra *arqueólogo*[62] (es decir, como si estuviera escrita 'arkeólogo'), no perdía nunca ocasión de servirse de ella— a un viejo arqueólogo (y el príncipe dijo 'arseólogo') que tenemos en Berlín. Ante los antiguos monumentos asirios, el viejo arseólogo llora. Pero si es una falsificación moderna, no llora. Así que cuando se quiere saber si una pieza arseológica es verdaderamente antigua, se la llevan al viejo arseólogo. Si llora, se compra la pieza para el museo. Si sus ojos permanecen secos, se le devuelve al marchante y se persigue a éste por falsario. Pues bueno, cada vez que ceno en Postdam, todas aquellas obras de que me dice el emperador: 'Príncipe, tiene usted que ir a ver eso, está lleno de genialidad', tomo nota de ellas para guardarme de ir a verlas, y cuando le oigo tronar contra una exposición, en cuanto me es posible corro a ella». «¿No está Norpois por una aproximación anglofrancesa?», dijo el señor de

Guermantes. «¿De qué iba a servirles eso a ustedes? —preguntó con expresión a la vez irritada y socarrona el príncipe Von, que no podía soportar a los ingleses—. ¡Son tan calamitosos! Bien sé que no sería en cuanto militares como les ayudarían a ustedes. Pero de todas maneras, puede juzgárseles por la estupidez de sus generales. Un amigo mío ha hablado recientemente con Botha, ya saben ustedes, el jefe boer. Este le decía: 'Es espantoso un ejército así. Yo, por lo demás, les tengo más ley que otra cosa a los, ingleses; pero, al fin y al cabo, figúrese usted que yo, que no soy más que un aldeano, los he zurrado en todas las batallas. ¡Y en la última, cuando sucumbía ante un número de enemigos veinte veces superior, mientras me rendía porque no me quedaba más remedio, aún encontré modo de hacer dos mil prisioneros! La cosa salió bien porque yo no era más que un cabecilla de aldeanos; ¡pero como esos imbéciles tuvieran que medirse alguna vez con un verdadero ejército europeo, tiembla uno por ellos de pensar en lo que ocurriría! Por otra parte, no tiene usted más que ver que su rey, al que usted conoce tan bien como a mí, pasa por ser un grande hombre en Inglaterra'». Yo escuchaba apenas estas historias, del género de las que el señor de Norpois le contaba a mi padre; no daban ningún pábulo a los ensueños que eran de mi gusto, y, por otra parte, aun cuando hubieran poseído el aliciente de que estaban desprovistas, les hubiera hecho falta una calidad harto excitante para que mi vida interior pudiera despertarse durante esas horas en que habitaba yo mi epidermis, mi pelo bien peinado, la almidonada pechera de mi camisa; es decir, en que no podía sentir nada de lo que era para mí el placer en la vida. «¡Ah!, no soy de su opinión —dijo la señora de Guermantes, que estimaba que el príncipe alemán carecía de tacto—; encuentro al rey Eduardo encantador, tan sencillo, y mucho más agudo de lo que se cree. Y la reina es, aun ahora, lo más hermoso que conozco en el mundo». «Pero, señora duquesa —dijo el príncipe, irritado y sin darse cuenta de que estaba siendo desagradable—, sin embargo, si el príncipe de Gales hubiera sido un simple particular, no hay círculo que no lo hubiese borrado de sus listas ni habría consentido nadie en estrecharle la mano. La reina es maravillosa, excesivamente dulce y limitada. Pero, al fin y al cabo, hay un no sé qué chocante en esa pareja

real que es literalmente mantenida por sus súbditos, que se hace pagar por los grandes financieros judíos todos los gastos que debería hacer ella, y a cambio de eso los nombra *baronnets.* Es como el príncipe de Bulgaria…». «Es primo nuestro —dijo la duquesa—, tiene talento». «También es primo mío —dijo el príncipe—; pero no vamos a pensar por eso que sea una excelente persona. No, a quien deberían ustedes aproximarse es a nosotros; es el mayor deseo del emperador, pero quiere que nazca del corazón; dice: '¡Lo que yo pienso es un apretón de manos, no un sombrerazo!' De esa manera serían ustedes invencibles. Eso sería más práctico que la aproximación anglofrancesa que predica el señor de Norpois». «Sé que usted lo conoce», me dijo la duquesa de Guermantes para no dejarme fuera de la conversación. Yo, recordando que el señor de Norpois había dicho de mí que había parecido que quería besarle la mano, pensando que sin duda le habría contado la historia a la señora de Guermantes y que, en todo caso, no había podido hablarle de mí como no fuese mal, ya que, no obstante su amistad con mi padre, no había vacilado en ponerme hasta tal punto en ridículo, no hice lo que hubiese hecho un hombre de mundo. Este hubiera dicho que detestaba al señor de Norpois y que así se lo había hecho ver; lo hubiera dicho para aparecer como una causa voluntaria de los chismorreos del embajador, que ya no habrían sido más que represalias mendaces e interesadas. Yo, por el contrario, dije que, con gran sentimiento mío, creía que el señor de Norpois no me veía con buenos ojos. «Está usted muy equivocado —me respondió la señora de Guermantes—. Le quiere a usted mucho. Puede preguntárselo a Basin, si es que a mí me echan fama de ser demasiado amable. El le dirá que nunca le hemos oído hablar a Norpois de nadie tan bien como de usted. Y últimamente ha querido hacer que le diesen un puesto magnífico en el ministerio. Como supo que estaba usted delicado y que no podría aceptarlo, ha tenido la delicadeza de no hablar de su buena intención a su padre de usted, al que aprecia infinitamente». El señor de Norpois era realmente la última persona en cuyos buenos oficios hubiese esperado yo. La verdad es que, por su condición burlona e incluso bastante malévola, los que como yo se habían dejado engañar por sus apariencias de San Luis administrando justicia al pie de una encina, por los tonos de voz

fácilmente compasivos que salían de su boca un tanto excesivamente armoniosa, creían en una verdadera perfidia cuando se enteraban de algún chisme referente a ellos y procedente de un hombre que parecía haber puesto su corazón en sus palabras. Estos chismes eran harto frecuentes en él. Pero eso no le impedía tener simpatías, alabar a aquellos a quienes quería y tener gusto en mostrarse servicial para con ellos. No me extraña, por otra parte, que le aprecie a usted —me dijo la señora de Guermantes—: es inteligente. Y comprendo muy bien —añadió para los demás y haciendo alusión a un proyecto de matrimonio que yo ignoraba— que mi tía, que ya no le divierte mucho como antigua amante, le parezca inútil como nueva esposa. Tanto más, cuanto que creo que ni amante siquiera es ya desde hace mucho tiempo; está más dada a la devoción. Booz-Norpois puede decir como en los versos de Víctor Hugo:

Voilà longtemps que celle avec qui j'ai dormi
O Seigneur, a quitté ma couche pour la vôtre![63]

Verdaderamente mi pobre tía es como esos artistas de vanguardia que se han pasado la vida vapuleando a la Academia, y que a última hora fundan su academia chiquita, o como los que han colgado los hábitos y se fabrican de nuevo una religión personal. Para eso, tanto valía conservar los hábitos o no armar tanto trepe. Y quién sabe —añadió la duquesa, con expresión cavilosa—, acaso sea en previsión de enviudar. «No hay nada más triste que los lutos que no puede llevar uno». «¡Ah!, si la señora de Villeparisis llegara a ser la señora de Norpois, creo que a nuestro primo Gilberto le costaría una enfermedad», dijo el general de Saint-Joseph. «El príncipe de Guermantes es encantador, pero está, en efecto, muy apegado a las cuestiones de alcurnia y de etiqueta —dijo la princesa de Parma—. He ido a pasar dos días en su casa en ocasión en que, por desgracia, estaba enferma la princesa. Iba yo acompañada de la *Pequeña* (era un mote que le habían puesto a la señora de Hunolsteins porque era enorme). El príncipe salió a esperarme al pie de la escalinata, me ofreció el brazo e hizo como si no viese a la *Pequeña.* Subimos hasta el primer piso, a la entrada de los

salones, y entonces, ya allí, al hacerse a un lado para dejarme pasar, dijo: ‘¡Ah!, ¡buenos días, señora de Hunolsteins!’ (nunca la llama de otra manera desde que se separó de su marido), fingiendo no haber reparado hasta entonces en la *Pequeña*, para hacer ver que no tenía por qué salir a saludarla abajo». «No me extraña ni poco ni mucho. No necesito decir —dijo el duque, que creía ser moderno en extremo, desdeñar más que nadie el abolengo, y se tenía incluso por republicano— que no tengo muchas ideas comunes con mi primo. Ya puede suponer Vuestra Alteza que nos entendemos aproximadamente en todo como el día y la noche. Pero debo decir que si mi tía se casase con Norpois, por una vez sería yo de la opinión de Gilberto. Ser hija de Florimundo de Guisa y hacer una boda como esa sería, como suele decirse, cosa de hacer reír hasta a las gallinas, ¿qué quieren ustedes que les diga?». Estas últimas palabras, que el duque pronunciaba generalmente en mitad de una frase, eran completamente inútiles aquí. Pero tenía una perpetua necesidad de decirlas, necesidad que le obligaba a relegarlas al final de un período si no habían encontrado sitio en otra parte. Era para él, entre otras cosas, como una cuestión de métrica. «Tengan ustedes en cuenta —añadió— que los Norpois son unos excelentes hidalgos de buena casa, de buena cepa».

«Oiga usted, Basin, no vale la pena de burlarse de Gilberto para hablar como él», dijo la señora de Guermantes, para quien la «bondad» de un linaje, ni más ni menos que la de un vino, consistía exactamente, como para el príncipe y para el duque de Guermantes, en su antigüedad. Pero, menos franca que su primo y más aguda que su marido, tenía empeño en no desmentir, al hablar, el espíritu de los Guermantes, y desdeñaba el rango en sus palabras, sin perjuicio de honrarlo con sus actos. «Pero ¿no son ustedes algo primos, incluso? —preguntó el general de Saint-Joseph—. Me parece que Norpois estuvo casado con una La Rochefoucauld». «No es eso exactamente; ella era de la rama de los duques de La Rochefoucauld; mi abuela venía de los duques de Doudeauville. Es la mismísima abuela de Eduardo Coco, el hombre más sensato de la familia —respondió el duque, que tocante a la sensatez tenía puntos de vista un tanto superficiales—, y las dos ramas no han vuelto a unirse desde Luis XIV, de modo que el parentesco

sería un tanto lejano». «¡Hombre!, es interesante, no sabía yo eso», dijo el general. «Por otra parte —prosiguió el señor de Guermantes—, creo que su madre era hermana del duque de Montmorency, y había estado casada primeramente con un La Tour d'Auvergne. Pero como esos Montmorency apenas son Montmorency, y como esos La Tour d'Auvergne no tienen nada de La Tour d'Auvergne, no veo que eso le dé una gran posición. El dice, y eso sería lo más importante, que desciende de Saintrailles, y como nosotros venimos de éste en línea recta…».

Había en Combray una calle de Saintrailles en que yo no había vuelto a pensar nunca. Iba de la calle de la Bretonería a la del Pájaro. Y como Saintrailles, el compañero de Juana de Arco, había, al casarse con una Guermantes, hecho entrar en esta familia el condado de Combray, sus armas partían el blasón de los Guermantes al pie de una vidriera de Saint-Hilaire. Volví a ver unas gradas de asperón negruzco mientras una modulación restituía el nombre de Guermantes al tono olvidado en que yo lo oía en otro tiempo, tan diferente de aquel en que significaba los amables huéspedes en cuya casa cenaba yo esta noche. Si el nombre de duquesa de Guermantes era para mí un nombre colectivo, no era sólo en la Historia, por la suma de todas las mujeres que lo habían llevado, sino también a lo largo de mi corta juventud, que había visto ya en esta sola duquesa de Guermantes superponerse tantas mujeres diferentes, desapareciendo cada una de ellas cuando la siguiente había cobrado suficiente consistencia. Las palabras no cambian de significación, durante siglos, tanto como cambian para nosotros los nombres en el espacio de unos años. Nuestra memoria y nuestro corazón no son bastante grandes para poder ser fieles. No tenemos suficiente sitio, en nuestro pensamiento actual, para guardar los muertos al lado de los vivos. Nos vemos obligados a construir sobre lo que ha precedido y que sólo volvemos a encontrar al azar de una excavación del género que la que acababa de llevar a cabo el nombre de Saintrailles. Me pareció inútil explicar todo esto, e incluso, poco antes, había mentido implícitamente al dejar de responder cuando el señor de Guermantes me había dicho: «¿No conoce usted nuestro solar?». Quizá supiera que lo conocía, y si no insistió fue por educación.

La señora de Guermantes me sacó de mis cavilaciones. «A mí todo eso me parece abrumador. Mire usted, no siempre está tan aburrida mi casa. Espero que volverá usted pronto a cenar con nosotros, para tener una compensación, de esa vez sin genealogías», me dijo a media voz la duquesa, incapaz de comprender la clase de encanto que podía encontrar yo en su casa y de tener la humildad de no agradarme sino como un herbario lleno de plantas pasadas de moda.

Lo que la señora de Guermantes creía que defraudaba mis esperanzas era, por el contrario, lo que a la postre —porque el duque y el general ya no cesaron de hablar de genealogías— salvaba a mi velada de una decepción completa. ¿Cómo no había de haberla sentido yo hasta ese momento? Cada uno de los comensales de la cena, al disfrazar el nombre misterioso bajo el que solamente le había conocido y soñado yo a distancia, de un cuerpo y de una inteligencia semejantes o inferiores a los de todas las personas a quienes conocía yo, me había dado la impresión de vulgaridad ramplona que puede dar la entrada en el puerto danés de Elsinor a todo lector apasionado de Hamlet. Claro está que todas las regiones geográficas y el rancio pasado que ponían bosques y campanarios góticos en el nombre de esas gentes habían formado, en cierta medida, su semblante, su espíritu y sus prejuicios, pero no subsistían en ellas sino como la causa en el efecto; es decir, posibles acaso de discernir para la inteligencia, pero en modo alguno sensibles a la imaginación.

Y esos prejuicios de antaño devolvieron súbitamente a los amigos del señor y de la señora de Guermantes su poesía perdida. Verdad es que las nociones poseídas por los nobles y que hacen de ellos los eruditos, los etimologistas de la lengua, no de las palabras, sino de los nombres (y aun eso únicamente con relación al término medio ignorante de la burguesía, ya que si, en igualdad de mediocridad, un devoto será más capaz de responderos acerca de la liturgia que un librepensador, un arqueólogo anticlerical, en cambio, podrá a menudo dar lecciones al cura de su parroquia acerca de todo lo que concierne a la iglesia de éste, inclusive), esas nociones, si no queremos salir del terreno de la verdad, es decir, del espíritu, ni siquiera tenían para aquellos grandes señores el encanto que

hubieran tenido para un burgués. Sabían mejor que yo, acaso, que la duquesa de Guisa era princesa de Clèves, de Orleáns y de Porcien, etc., pero habían conocido, aun antes que todos esos nombres, el rostro de la duquesa de Guisa, que desde entonces reflejaba para ellos ese nombre. Yo había empezado por el hada, aunque bien pronto hubiese de perecer ésta; ellos, por la mujer.

En las familias burguesas se ve a las veces nacer celillos si la hermana más pequeña se casa antes que la mayor. Parejamente, el mundo aristocrático, sobre todo el de los Courvoisier, pero también el de los Guermantes, reducía su grandeza nobiliaria a simples superioridades domésticas, en virtud de una puerilidad que había conocido yo primeramente (ése era para mí su único encanto) en los libros. No parece sino que Tallemant des Réaux habla de los Guermantes, en lugar de referirse a los Rohan, cuando refiere con evidente satisfacción que el señor de Guéménée le gritaba a su hermano: «¡Puedes entrar aquí, que esto no es el Louvre!», y decía del caballero de Rohan (porque era hijo natural del duque de Clermont): «¡Ese, al menos, es príncipe!». Lo único que me dolió en esta conversación fue ver que las absurdas historias a cuenta del encantador gran duque heredero del Luxemburgo hallaban tanto crédito en este salón como entre camaradas de Saint-Loup. Decididamente, era una epidemia que acaso no durara arriba de dos años, pero que se extendía a todos. Repitiéronse los mismos sucedidos falsos, o se les añadieron otros. Comprendí que la misma princesa de Luxemburgo, mientras hacía como si defendiese a su sobrino, daba armas para atacarle. «Hace usted mal en defenderle —me dijo el señor de Guermantes, como había hecho Saint-Loup—. Mire usted, dejemos a un lado, incluso, la opinión de nuestros parientes, que es unánime; háblele de él a sus criados, que son, en el fondo, la gente que mejor nos conoce. El señor de Luxemburgo le había dado su negrito a su sobrino. El negro volvió llorando: ‘Gran duque pegó a mí, yo canalla no, gran duque malo.’ ¡Es estupendo! Y yo puedo hablar de él con conocimiento de causa; es primo de Oriana». Por lo demás, no puedo decir cuántas veces oí en aquella velada las palabras «primo» y «prima». Por una parte, el señor de Guermantes, a cada nombre, casi, que se pronunciaba,

exclamaba: «¡Pero si es primo de Oriana!», con la misma alegría de un hombre que, perdido en una selva, lee al final de dos flechas dispuestas en sentido contrario, en una placa indicadora, y seguidas de una cifra muy pequeña de kilómetros: «Glorieta de Casimiro Périer» y «Cruce del Montero Mayor», y gracias a ello comprende que está en el buen camino. Por otra parte, esas palabras, «primo» y «prima», eran empleadas con una intención completamente distinta (que constituía aquí la excepción) por la embajadora de Turquía, que había llegado después de la cena. Devorada por la ambición mundana y dotada de una real inteligencia asimiladora, se enteraba con la misma facilidad de la historia de la retirada de los Diez mil, o de la perversión sexual en los pájaros. Hubiera sido difícil cogerla en falta a propósito de los trabajos alemanes más recientes, ya tratasen de economía política, de las vesanias, de las diversas formas del onanismo o de la filosofía de Epicuro. Era, por lo demás, una mujer a la que resultaba peligroso escuchar, porque, como estaba continuamente equivocada, señalaba como mujeres ultraligeras a impecables virtudes, le ponía a uno en guardia contra un señor animado de las más puras intenciones y contaba historias de esas que parecen salir de un libro, no por su seriedad, sino por su inverosimilitud.

Por esa época la recibían en pocos sitios. Frecuentaba algunas semanas las reuniones de ciertas mujeres que ocupaban una posición francamente brillante, como la duquesa de Guermantes, pero en general había tenido que conformarse, a la fuerza, en lo que hacía a familias muy nobles, con algunas ramas oscuras a las que ya no trataban los Guermantes. Se figuraba tener aires perfectamente mundanos porque citaba los nombres más imponentes de gentes raras veces admitidas en sociedad y que eran amigas suyas. Inmediatamente, el señor de Guermantes, creyendo que se trataba de personas que cenaban a menudo en su casa, se estremecía jubilosamente al encontrarse en terreno conocido y lanzaba un grito de llamada: «¡Pero si es primo de Oriana! Lo conozco como al traje que llevo puesto. Vive en la calle de Vaneau. Su madre era la señorita de Uzés». La embajadora se veía obligada a confesar que su ejemplo estaba tomado de animales más pequeños. Trataba de relacionar a sus amigos con los del señor de

Guermantes, agarrándose a éste al sesgo: «Sé muy bien quién quiere usted decir. No, no son esos, son primos». Pero esta frase de reflujo lanzada por la pobre embajadora expiraba harto aprisa. Porque el señor de Guermantes, chasqueado, respondía: «¡Ah!, entonces no veo quién quiere usted decir». La embajadora no replicaba nada, porque si no conocía nunca más que a «los primos» de aquellos que hubiera hecho falta que conociese, no pocas veces ocurría que esos primos ni siquiera fuesen parientes. Luego, por parte del señor de Guermantes, venía un nuevo chorro de «¡Pero si es prima de Oriana!», palabras que parecían tener para el señor de Guermantes, en cada una de sus frases, la misma utilidad que ciertos epítetos cómodos para los poetas latinos, porque les deparaban un dáctilo o un espondeo para sus hexámetros. Al menos, la explosión de «¡Pero si es prima de Oriana!» me pareció naturalísima aplicada a la princesa de Guermantes, que era, en efecto, pariente muy cercana de la duquesa. No parecía que le cayese muy en gracia esta princesa a la embajadora. Me dijo por lo bajo: «Es estúpida. No, no, no es tan hermosa. Es una fama usurpada. Por lo demás —añadió con expresión a la vez reflexiva, repelente y decidida—, me es profundamente antipática». Pero la consideración de primos se extendía a menudo mucho más lejos, ya que la señora de Guermantes consideraba un deber tratar de «mi tía» a personas con las que no hubiera habido modo de encontrarle un antepasado común sin remontarse por lo menos hasta Luis XIV, ni más ni menos que, cada vez que lo calamitoso de los tiempos hacía que una multimillonaria americana se casase con algún príncipe cuyo tatarabuelo había tomado por mujer, como el de la señora de Guermantes, a una hija de Louvois, una de las alegrías de la americana era poder, a partir de una primera visita al palacio de los Guermantes —donde, por otra parte, era más o menos mal recibida y más o menos bien examinada—, llamar «tía» a la señora de Guermantes, que la dejaba hacer con una sonrisa maternal. Pero a mí me importaba poco lo que fuese el «abolengo» para el señor de Guermantes y para el de Beauserfeuil; lo único que yo buscaba en las conversaciones que sobre este punto sostenían era un placer poético. Sin que ellos lo supiesen, me lo procuraban como lo hubieran hecho unos labriegos o unos marineros que hablasen de cultivos y de mareas, realidades

demasiado poco desgajadas de ellos para que pudiesen saborear la belleza que yo, personalmente, me encargaba de extraer de tales temas.

A veces, más que de un linaje, era de un hecho particular, de una fecha, de lo que le hacía a uno acordarse un nombre. Al oír recordar al señor de Guermantes que la madre del señor de Bréauté era Choiseul y su abuela Lucinge, creí ver, bajo la trivial camisa con su sencilla abotonadura de perlas, sangrar en dos globos de cristal estas augustas reliquias: el corazón de madama de Praslin y el del duque de Berri; otras eran más voluptuosas, como los finos y largos cabellos de madama Tallien o de madama de Sabran.

Más enterado que su mujer de lo que habían sido sus antepasados, el señor de Guermantes resultaba poseedor de recuerdos que daban a su conversación un hermoso empaque de antigua mansión desprovista de verdaderas obras maestras, pero llena de cuadros auténticos, mediocres y majestuosos, cuyo conjunto tiene un gran tono. Como el príncipe de Agrigento preguntase por qué había dicho el príncipe de X…, al hablar del duque de Aumale, «mi tío», el señor de Guermantes respondió: «Porque el hermano de su madre, el duque de Wurtemberg, estuvo casado con una hija de Luis Felipe». Entonces contemplé toda una arqueta de reliquias, semejante a las que pintaban Carpaccio o Memling, desde el primer compartimiento, en que la princesa, en las fiestas por las bodas de su hermano el duque de Orleáns, aparecía vestida con un simple traje como para andar por los jardines, para mostrar su malhumor por haber visto rechazar a sus embajadores que habían ido a pedir para ella la mano del duque de Siracusa, hasta el último, en que acaba de dar a luz un muchacho —el duque de Wurtemberg (el mismísimo tío del príncipe con quien yo acababa de cenar)—, en el castillo de Fantaisie, uno de esos lugares tan aristocráticos como ciertas familias. Como también ellos duran más allá de una generación, ven ligarse a sí más de una personalidad histórica. En éste, en particular, viven mano a mano los recuerdos de la margravesa de Bayreuth, de aquella otra princesa un tanto fantástica (la hermana del duque de Orleáns), a la que, según se decía, le agradaba el nombre del castillo de su esposo, y, en fin, del príncipe de X…, cuya era precisamente la

dirección, a la que acababa de pedir al duque de Guermantes que le escribiese, porque había heredado el castillo y no lo alquilaba más que durante las representaciones de Wagner al príncipe de Polignac, otro «fantasista» delicioso. Cuando el señor de Guermantes, para explicar su parentesco con la señora de Arpajon, se veía obligado, tan lejos y tan simplemente, a remontarse por la cadena y por las manos unidas de tres o de cinco abuelas hasta María Luisa o hasta Colbert, ocurría también lo mismo en todos esos casos: al aparecer, de pasada, un gran acontecimiento histórico, no era sino enmascarado, desnaturalizado, restringido, en el nombre de una propiedad, en los nombres de pila de una mujer, que fueron elegidos porque esa mujer es nieta de Luis Felipe y de María Amelia, considerados no ya como rey y reina de Francia, sino solamente en la medida en que, en cuanto abuelos, dejaron una herencia. (Por otras razones, en un diccionario de la obra de Balzac, en que los personajes más ilustres figuran únicamente con arreglo a sus relaciones con la *Comedia humana*, se ve a Napoleón ocupar un lugar mucho menor que Rastignac, y ocuparlo solamente porque ha hablado a las señoritas de Cinq-Cygne). De este modo, la aristocracia, en su construcción pesada, calada por raras ventanas que dejan pasar escasa luz, mostrando la misma falta de vuelos, pero también el mismo poderío macizo y cegado de la arquitectura románica, encierra toda la Historia, la cerca de muros, la reduce de volumen.

Así, los espacios de mi memoria iban cubriéndose poco a poco de nombres que, al ordenarse, al componerse unos con relación a otros, al anudar entre sí vínculos cada vez más numerosos, imitaban a esas obras de arte acabadas en que no hay un solo toque que esté aislado, en que cada parte recibe sucesivamente de las demás su razón de ser, de igual suerte que les impone la suya.

Como el nombre del señor de Luxemburgo volviera a aparecer sobre el tapete, la embajadora de Turquía contó que el abuelo de la joven gran duquesa heredera (el mismo que tenía la inmensa fortuna de marras, ganada con las harinas y las pastas) había invitado al de Luxemburgo a comer, y que éste había rechazado el convite, haciendo poner en el sobre: «Al señor de ***, molinero», a lo que había respondido el abuelo: «Lamento tanto

más que no haya podido venir usted, mi querido amigo, cuanto que hubiera podido gozar de su presencia en la intimidad, ya que estábamos en la intimidad, formábamos una reunión íntima, y no habría asistido a la comida nadie más que el molinero, su hijo y usted». Esta historia no sólo era odiosa para mí, que sabía la imposibilidad moral de que mi buen amigo el señor de Nassau escribiese al abuelo de su mujer (al que, por otra parte, sabía que habría de heredar) calificándolo de «molinero», sino que, además, la estupidez saltaba a la vista desde las primeras palabras, ya que la denominación de molinero estaba colocada con demasiada evidencia para recordar el título de la fábula de La Fontaine[64]. Pero hay en el barrio de Saint-Germain una necedad tal, cuando la malevolencia la agrava, que cuantos oyeron el caso lo tomaron por auténtico, juzgando que el abuelo, a propósito del cual declaró inmediatamente todo el mundo con absoluta seguridad que era un hombre notable, había dado muestra de tener más talento que el marido de su nieta. El duque de Châtellerault quiso aprovechar esta historia para contar la que había oído yo en el café: «Todo el mundo se acostaba»; pero a las primeras palabras, y cuando hubo dicho la pretensión del señor de Luxemburgo de que, delante de su mujer, se pusiese en pie el señor de Guermantes, la duquesa le atajó, protestando: «No; es muy ridículo, pero no, de todas maneras, hasta ese punto». Yo estaba íntimamente persuadido de que todas las historias referentes al señor de Luxemburgo eran igualmente falsas, y que cada vez que me hallase en presencia de uno de los actores o de los testigos habría de oír el mismo mentís. Me pregunté, sin embargo, si el de la señora de Guermantes se debía a la preocupación por la verdad o al amor propio. Como quiera que fuese, este último cedió ante la malignidad, ya que la duquesa añadió riendo: Por lo demás, también yo he recibido mi grosería, porque me ha invitado a merendar, con el deseo de hacerme conocer a la gran duquesa de Luxemburgo, que así es como tiene el buen gusto de hacer llamar a su mujer, escribiendo a su tía. Yo le respondí que sentía no poder ir, y añadí: «En cuanto a la ‘gran duquesa de Luxemburgo’, entre comillas, dile que si viene a verme estoy en casa, después de las cinco, todos los jueves». Incluso he recibido una segunda ofensa. Cuando estaba en Luxemburgo le

telefoneé que acudiese a hablarme al aparato. Su Alteza iba a almorzar, acababa de almorzar; pasaron dos horas sin ningún resultado, y entonces utilicé otro medio: «¿Quiere usted decirle al conde de Nassau que venga a hablarme? Herido en lo vivo, acudió al minuto». Todo el mundo se rio con el relato de la duquesa y con otros análogos; es decir —estoy convencido de ello—, mentiras, porque jamás he encontrado hombre más inteligente, mejor, más fino, digámoslo sin rodeos, más exquisito que este Luxemburgo-Nassau. Más adelante se verá que era yo quien tenía razón. Debo reconocer que en medio de todos estos «varapalos» la señora de Guermantes tuvo, sin embargo, una frase amable. «No siempre ha sido así», dijo. «Antes de perder la razón, de ser, como en los libros, el hombre que cree haberse vuelto rey, no tenía nada de tonto, e incluso en los primeros tiempos de su noviazgo hablaba de éste de una manera bastante simpática, como de una suerte inesperada. ‘Es un verdadero cuento de hadas, voy a tener que hacer mi entrada en el Luxemburgo en una carroza de comedia de magia’, le decía a su tío el de Ornessan, que le respondió, porque, como ustedes saben, el Luxemburgo no es muy grande: ‘¿Una carroza de comedia de magia? Me temo que no vas a poder entrar. Mejor te aconsejo un cochecito tirado por cabras.’ La cosa no sólo no le molestó a Nassau, sino que él mismo fue el primero en contarnos la ocurrencia y en reírla». «Ornessan es hombre de mucho ingenio, tiene a quién salir, su madre es una Montjeu. Anda muy mal el pobre Ornessan». Este nombre tuvo la virtud de interrumpir las insustanciales picoterías que se hubieran prolongado hasta el infinito. El señor de Guermantes explicó, en efecto, que la bisabuela del señor de Ornessan era hermana de María de Castille Montjeu, mujer de Timoleón de Lorena, y por consiguiente tía de Oriana. De modo que la conversación volvió a las genealogías, mientras la imbécil embajadora de Turquía me susurraba al oído: «Parece que está usted muy a bien con el duque de Guermantes; ándese con cuidado», y como yo le pidiese que se explicara: «Quiero decir, me comprenderá usted con media palabra, que es un hombre al que podría confiarle una sin peligro su hija, pero no su hijo». Ahora bien, si jamás hombre alguno, por el contrario, amó apasionada y exclusivamente a las mujeres, fue realmente el duque de Guermantes. Pero el error, la

contraverdad ingenuamente creída eran para la embajadora como un medio vital fuera del que no podía moverse. «Su hermano Memé, que me es, por lo demás, por otras razones (no la saludaba) fundamentalmente antipático, está verdaderamente apenado por las costumbres del duque. Y lo mismo su tía la de Villeparisis. ¡Ah!, a ésa la adoro. Esa sí que es una santa, el verdadero tipo de las grandes damas de antaño. No sólo es la virtud misma, sino la misma circunspección. Todavía le llama ‘caballero’ al embajador Norpois, al que ve todos los días y que, entre paréntesis, ha dejado un excelente recuerdo en Turquía».

No respondí siquiera a la embajadora por atender a las genealogías. No todas eran importantes. Incluso ocurrió en el curso de la conversación que uno de los entronques inesperados, de que me enteré por el señor de Guermantes, era un enlace desigual, pero no sin encantos, ya que al unir en tiempos de la monarquía de Julio al duque de Guermantes y al de Fezensac con las hechiceras hijas de un ilustré navegante daba así a las dos duquesas la imprevista sal y pimienta de una gracia exóticamente burguesa, luisfelipescamente indiana. O bien, en el reinado de Luis XIV, un Norpois se había casado con la hija del duque de Mortemart, cuyo ilustre título vulneraba, en lo lejano de aquella época, el nombre que encontraba yo mate y que podía creer reciente de Norpois, cincelando profundamente en él la belleza de una medalla. Y en estos casos, por lo demás, no era solamente el nombre menos conocido el que se beneficiaba con el emparejamiento: el otro, que había llegado a ser trivial en fuerza de esplendor, me hacía más impresión en este aspecto nuevo y más oscuro, como entre los retratos de un deslumbrador colorista es a veces el más sorprendente un retrato todo él en negro. La movilidad nueva de que me parecían dotados todos estos nombres, al venir a ponerse a par de otros de que tan lejos los hubiera creído yo, no se debía únicamente a mi ignorancia; las contradanzas que llevaban a cabo en mi espíritu las habían efectuado no menos desembarazadamente en aquellas épocas en que un título, por ir siempre vinculado a una tierra, seguía a ésta de una familia en otra, hasta el punto de que, por ejemplo, en la hermosa construcción feudal que es el título de duque de Nemours o de duque de Chevreuse, podía yo descubrir sucesivamente agazapados, como en la hospitalaria morada de un «Bernardo el ermitaño», un Guisa, un príncipe de Saboya, un Orleáns, un Luynes. A veces seguían estando varios de ellos en pugna por una misma concha: por el principado de Orange, la familia real de los Países Bajos y los señores de Maylli-Nesle; por el ducado de Brabante, el barón de Charlus y la familia real de Bélgica; tantos otros por los títulos de príncipe de Nápoles, de duque de Parma, de duque de Reggio. A veces era lo contrario, la concha estaba desde hacía tanto tiempo deshabitada de los propietarios muertos hacía mucho, que jamás se me había ocurrido que tal o cual

hombre de castillo hubiera podido ser, en una época al fin y al cabo muy poco lejana, un nombre de familia. Así, como el señor de Guermantes respondiese a una pregunta del señor de Monserfeuil: «No, mi prima era una realista rabiosa, era hija del marqués de Féterne, que desempeñó cierto papel en la guerra de los chuanes», al ver que este nombre de Féterne, que desde mi estancia en Balbec era para mí un nombre de castillo, se convertía en lo que nunca había pensado yo que hubiera podido ser, en un nombre de familia, sentí el mismo asombro que en un artificio de magia en que unas torrecillas y una escalinata se animan y convierten en personas. En esta acepción, puede decirse que la Historia, aunque sea simplemente genealógica, devuelve la vida a las vetustas piedras. Ha habido en la sociedad parisiense hombres que desempeñaron en la misma un papel tan considerable, que han sido más buscados en ella por su elegancia o por su talento, y fueron incluso de tan alta cuna como el duque de Guermantes o como el duque de la Trémoille. Hoy han caído en el olvido, porque como no han tenido descendientes, su nombre, que ya no se oye nunca, resuena como un nombre desconocido; a lo sumo, un nombre de cosa bajo el que no pensamos en descubrir el nombre de unos hombres que sobrevive en algún castillo, en algún pueblo remoto. Un día, no lejano, el viajero que en el fondo de la Borgoña se detenga en el pueblecillo de Charlus para visitar su iglesia, si no es bastante estudioso o lleva demasiada prisa para examinar las piedras tumbales del templo, ignorará que ese nombre de Charlus fue el de un hombre que iba de par con los más grandes. Esta reflexión me recordó que tenía que marcharme y que, mientras yo oía al señor de Guermantes hablar de linajes, se acercaba la hora en que estaba citado con su hermano. Quien sabe, seguía pensando yo, si algún día no parecerá el mismo Guermantes otra cosa que un nombre de lugar, salvo para los arqueólogos que por casualidad se detengan en Combray y que ante el vitral de Gilberto el Malo tengan la paciencia de escuchar los discursos del sucesor de Teodoro o de leer la guía del cura. Pero en tanto un gran nombre no se ha extinguido, mantiene en plena luz a quienes lo han llevado, y, sin duda, por una parte, el interés que ofrecía a mis ojos la ilustración de esas familias era, al ser posible, partiendo de hoy, seguirlas, remontándose grado

por grado hasta mucho más allá del siglo XIV, encontrar memorias y epistolarios de todos los ascendientes del señor de Charlus, del príncipe de Agrigento, de la princesa de Parma, en un pasado en que una noche impenetrable cubriría los orígenes de una familia burguesa, y en el que distinguimos, bajo la proyección luminosa y retrospectiva de un nombre, el origen y la persistencia de ciertas características nerviosas, de ciertos vicios, de los desórdenes de tales o cuales Guermantes. Patológicamente, casi, iguales a los de hoy, excitan de siglo en siglo el interés alarmado de aquellos que corresponden a ellos, sean anteriores a la princesa palatina y a madama de Motteville, o posteriores al príncipe de Ligne.

Por lo demás, mi curiosidad histórica resultaba débil en comparación del placer estético. Los nombres citados conseguían el efecto de desencarnar a los invitados de la duquesa, que de nada servía que se llamasen el príncipe de Agrigento o de Cystira, pues su máscara de carne y de ininteligencia o de inteligencia comunes los había trocado en unos hombres cualesquiera, tanto que yo, en fin de cuentas, había atracado en la esterilla del vestíbulo, no como en el umbral, según había creído, sino en la extrema linde del mundo encantado de los sueños. El mismo príncipe de Agrigento, desde el momento en que oí que su madre era de los Damas, nieta del duque de Módena, quedó libertado, como de un compañero químico inestable, del semblante y de las palabras que impedían reconocerle, y fue a formar con Damas y con Módena, que no eran más que sendos títulos, una combinación infinitamente más seductora. Cada nombre cambiado de sitio por la atracción de otro respecto del cual no le había sospechado yo ninguna afinidad, abandonaba el lugar inmutable que ocupaba en mi cerebro, donde la costumbre lo había empañado, y al ir a unirse a los Mortemart, a los Estuardos o a los Borbones, dibujaba en ellos ramas del más gracioso efecto y de un colorido cambiante. El mismo nombre de Guermantes recibía de todos los hermosos nombres extinguidos y con tanto mayor ardor encendidos de nuevo, a los que acababa de enterarme que estaba ligado, una nueva determinación, puramente poética. A lo sumo, al extremo de cada dilatación de la altiva raíz, podía yo verla granar en algún rostro de rey prudente o de princesa ilustre, como el padre

de Enrique IV o la duquesa de Longueville. Mas como esas caras, diferentes en esto de los semblantes de los comensales, no estaban embadurnadas, para mí, por ningún residuo de experiencia material ni de mediocridad mundana, seguían siendo, en medio de su hermoso dibujo y de sus cambiantes reflejos, homogéneas respecto de los nombres que, a intervalos regulares, cada uno de un color diferente, se destacaban del árbol genealógico de Guermantes, y no turbaban de ninguna manera extraña y opaca los retoños traslúcidos, alternos y multicolores, que, al igual que en los antiguos vitrales de Jessé los antepasados de Jesús, florecían a uno y otro lado del árbol de vidrio.

Varias veces había querido yo ya retirarme, y más que por ninguna otra razón, por la insignificancia que mi presencia imponía a aquella reunión, una, sin embargo, de las que por espacio de mucho tiempo me había imaginado tan hermosas, y que sin duda lo hubiera sido de no haber tenido un testigo molesto. Al menos mi partida iba a permitir a los invitados, una vez que el profano ya no estuviese allí, constituirse por fin en reunión secreta. Iban a poder celebrar los misterios para cuya celebración se habían reunido, porque no era evidentemente para hablar de Frantz Hals o de la avaricia, y para hablar de ello de la misma manera que lo hace la gente de la burguesía. No se decían más que nonadas, sin duda porque estaba yo allí, y yo tenía remordimientos, viendo todas aquellas mujeres bonitas separadas, de impedirles, con mi presencia, vivir, en el más precioso de sus salones, la vida misteriosa del barrio de Saint-Germain. Pero el señor y la señora de Guermantes llevaban el espíritu de sacrificio hasta aplazar, reteniéndome, la partida que a cada instante quería yo efectuar. Cosa aún más curiosa: muchas de las damas que habían venido solícitas, encantadas, engalanadas, consteladas de pedrerías, para no asistir, por mi culpa, a una fiesta que ya no se diferenciaba esencialmente de las que se dan fuera del barrio de Saint-Germain, del mismo modo que en Balbec no nos sentimos en una ciudad que se diferencie de lo que nuestros ojos tienen costumbre de ver, muchas de esas damas se retiraron, no defraudadas, como hubieran debido estarlo, sino dando las gracias con efusión a la señora de Guermantes por la

deliciosa velada que habían pasado, como si los demás días, aquellos en que no estaba yo allí, no pasase otra cosa.

¿Era verdaderamente por unas cenas como ésta por lo que todas estas personas se ponían de tiros largos y se negaban a dejar penetrar a las burguesas en sus salones tan cerrados, para unas cenas como ésta? ¿Hubieran sido por este estilo de haber estado yo ausente? Por un instante tuve la sospecha de ello, pero era demasiado absurda. El simple sentido común me permitía descartarla. Y además, si le hubiese dado acogida, ¿qué hubiera quedado del nombre de Guermantes, tan desvaído ya desde Combray?

Por lo demás, estas muchachas-flores eran, en un grado extraño, fáciles de contentar por otra persona, o estaban deseosas de contentarla, ya que más de una con la que no había cambiado yo en toda la noche arriba de dos o tres frases, cuya estupidez me había hecho sonrojarme, mostró empeño, antes de abandonar el salón, en venir a decirme, clavando en mí sus hermosos ojos acariciadores, mientras corregía la guirnalda de orquídeas que daba vuelta a su pecho, el intenso placer que había tenido en conocerme, y hablarme —alusión velada a una invitación a cenar— de su deseo de «arreglar algo», después de que hubiera «escogido día» con la señora de Guermantes. Ninguna de estas damas-flores se retiró antes que la princesa de Parma. La presencia de ésta —no debe uno irse antes que una Alteza— era una de las dos razones, no adivinadas por mí, por las que tanta insistencia había puesto la duquesa en que me quedase. En cuanto la señora de Parma se puso en pie, fue como una liberación. Todas las damas, después de haber hecho una genuflexión delante de la princesa, que las hizo alzarse, recibieron de ella en un beso y, como una bendición que hubiesen solicitado de rodillas, permiso para pedir su abrigo y llamar a sus criados. De modo que hubo ante la puerta como una recitación a gritos de los grandes nombres de la historia de Francia. La princesa de Parma había prohibido a la señora de Guermantes que bajase a acompañarla hasta el vestíbulo, por temor a que cogiese frío, y el duque había añadido: «Vamos, Oriana, ya que Su Alteza lo permite, recuerde usted lo que le ha dicho el doctor».

«Creo que la duquesa de Parma ha quedado *contentísima* de cenar con usted». Conocía yo la fórmula. El duque había cruzado todo el salón para venir a pronunciarla delante de mí, con expresión obsequiosa y penetrada, como si me entregara un diploma o me ofreciese unos pastelillos de hojaldre. Y por el placer que parecía sentir en aquel momento y que comunicaba una expresión momentáneamente tan dulce a su fisonomía, me di cuenta de que el género de cuidados que esto representaba para él era de los que cumpliría hasta el extremo final de su vida, como esas funciones honoríficas y cómodas que, aunque ya esté uno chocho, sigue conservando.

En el momento en que iba a marcharme, volvió a entrar en el salón la dama de honor dé la princesa, que se había olvidado de llevarse unos maravillosos claveles, traídos de Guermantes, que la duquesa había dado a la de Parma. La dama de honor estaba bastante arrebolada; echábase de ver que acababa de ser tratada de mala manera, porque la princesa, tan buena para con todo el mundo, no podía contener su impaciencia ante la simpleza de su señora de compañía. Así corría a toda prisa, llevándose los claveles, pero, por conservar su aire desenvuelto y travieso, lanzó, al pasar por delante de mí: «A la princesa le parece que me retraso; querría que nos hubiésemos ido ya y tener, de todas maneras, los claveles. ¡Vamos, no soy ningún pajarito, no puedo estar en más de un sitio a la vez!».

¡Ay!, la razón de no levantarse antes que una Alteza no era la única. No pude marcharme inmediatamente, porque había otra: era que el famoso lujo, desconocido para los Courvoisier, que los Guermantes, opulentos o semiarruinados, sobresalían en hacer gozar a sus amigos, no era sólo un lujo material, como a menudo lo había experimentado yo con Roberto de Saint-Loup, sino también un lujo de frases encantadoras, de actos amables, toda una elegancia verbal, alimentada por una verdadera riqueza interior. Pero como ésta, en la ociosidad mundana, permanece sin empleo, desahogábase a veces, buscaba un derivativo en una a modo de efusión fugitiva, tanto más ansiosa y que hubiera podido, por parte de la señora de Guermantes, hacer creer en un verdadero afecto. Sentíalo ella, por lo demás, en el momento en que la dejaba desbordarse, porque hallaba entonces, en la compañía del amigo o de la amiga con quien se encontraba, una como embriaguez, en

modo alguno sensual, análoga a la que da la música a ciertas personas; ocurríale desprenderse una flor del escote, un medallón, y dárselos a uno con quien hubiera deseado hacer durar la velada, aun sintiendo con melancolía que semejante prolongación no habría podido conducir a otra cosa que a vanas charlas en que nada hubiera pasado del placer nervioso de la emoción pasajera, semejantes a los primeros calores primaverales por la impresión que dejan de cansera y de tristeza. En cuanto al amigo, no debía dejarse engañar demasiado por las promesas más embriagadoras que cuantas hubiera oído nunca, proferidas por estas mujeres que, porque sienten con tanta fuerza la dulzura de un momento, hacen de él, con una delicadeza, con una nobleza ignoradas de las criaturas normales, una enternecedora obra maestra de gracia y de bondad, y ya no tienen nada más que dar de sí mismas en cuanto ha llegado otro momento. Su afecto no sobrevive a la exaltación que lo dicta, y la finura de espíritu que las había llevado entonces a adivinar todas las cosas que desearíais oír, y a decíroslas, les permitirá igualmente, algunos días más tarde, cazar vuestras ridiculeces y divertir con ellas a otro de sus visitantes con el que estarán saboreando uno de esos «momentos musicales» que son tan breves.

En el vestíbulo, donde pedí a un lacayo mis *snow-boots*[65], que había sacado de casa por precaución contra la nieve, de que habían caído algunos copos convertidos bien pronto en lodo, sin darme cuenta de que era poco elegante, sentí, por la desdeñosa sonrisa de todos, una vergüenza que llegó a su más alto grado cuando vi que la señora de Guermantes no se había retirado y me veía calzándome mis chanclos americanos. La princesa se volvió hacia mí: «¡Oh, qué buena idea! —exclamó—; qué práctica es. ¡Ahí tienen ustedes un hombre inteligente! Señora, vamos a tener que comprarnos esto», dijo a su dama de honor, mientras la ironía de los lacayos se trocaba en respeto y los invitados se apiñaban en torno a mí para enterarse de dónde había podido encontrar aquellas maravillas. «Gracias a eso, no tendrá usted nada que temer, aunque vuelva a nevar y vaya usted lejos; se acabó el mal tiempo», me dijo la princesa. «¡Oh!, desde ese punto de vista puede tranquilizarse Vuestra Alteza real —interrumpió la dama de honor, con aires de agudeza—; no volverá a nevar». «¡Qué sabe usted,

señora! », añadió agriamente la excelente princesa de Parma, a la que sólo conseguía irritar la estupidez de su dama de honor. «Puedo afirmarlo a Vuestra Alteza real; no puede volver a nevar, es materialmente imposible». «Pero ¿por qué ya no puede nevar más? ¿Han hecho lo necesario para ello? ¿Han echado sal?». La candorosa dama no se percató de la cólera de la princesa ni del regocijo de las demás personas, ya que, en lugar de callarse, me dijo con una sonrisa afable, sin tener en cuenta mis denegaciones a cuenta del almirante Jurien de la Gravière: «Por lo demás, ¿qué importa? Este caballero debe de tener pies de marino. La buena sangre no se desmiente».

Y, después de acompañar a la princesa de Parma, el señor de Guermantes me dijo, cogiendo mi gabán: «Voy a ayudarle a usted a meterse en su cáscara». Ni siquiera sonreía ya al emplear esta expresión, porque las que son más vulgares, por lo mismo, gracias a la afectación de sencillez de los Guermantes, habían acabado por hacerse aristocráticas.

Una exaltación que sólo llevaba a la melancolía, porque era artificial, fue también, aunque de muy distinta manera que la señora de Guermantes, lo que sentí una vez que hube salido por fin de su casa, en el coche que iba a conducirme al palacio del señor de Charlus. Podemos, a nuestra elección, entregarnos a una u otra de dos fuerzas: la una se alza de nosotros mismos, emana de nuestras impresiones profundas; la otra nos viene de fuera. La primera lleva naturalmente consigo una alegría, la que exhala la vida de los creadores. La otra corriente, la que intenta introducir en nosotros el movimiento que agita a unas personas exteriores, no va acompañada de placer; pero podemos añadirle uno, gracias a un retroceso, en una embriaguez tan ficticia que se muda rápidamente en tedio, en tristeza, de donde el semblante melancólico de tantos mundanos y, en éstos, tanto estado nervioso, que puede llegar hasta el suicidio. Ahora bien, en el coche que me llevaba a casa del señor de Charlus era yo presa de ese segundo género de exaltación, harto diferente de la que nos da una impresión personal como la que había sentido yo en otros coches; una vez en Combray, en el carricochillo del doctor Percepied, desde el que había visto pintarse sobre el poniente los campanarios de Martinville; un día en Balbec,

en la carretela de la señora de Villeparisis, tratando de desentrañar la reminiscencia que me ofrecía una avenida de árboles. Pero en este tercer coche, lo que tenía yo ante los ojos del espíritu eran las conversaciones que me habían parecido tan aburridas en la cena de la señora de Guermantes: por ejemplo, todo lo que había contado el príncipe Von acerca del emperador de Alemania, del general Botha y del ejército inglés. Acababa yo de hacerlos deslizarse en el estereóscopo interior a través del cual, desde el punto en que ya no somos nosotros mismos, desde el momento en que, dotados de un alma mundana, ya no queremos recibir nuestra vida como no sea de los demás, damos relieve a lo que los demás han dicho, a lo que han hecho. Cual un hombre ebrio lleno de tiernas disposiciones hacia el mozo de café que le ha servido, maravillábame yo de mi suerte —de que, verdad es, no me había dado cuenta en el momento mismo— en haber cenado con quien tan bien conocía a Guillermo II y había contado a propósito de él unas anécdotas a fe mía graciosísimas. Y recordando, con el acento alemán del príncipe, la historia del general Botha, me reía alto, como si esa risa, semejante a ciertos aplausos que aumentan la admiración interior, fuese necesaria a aquel relato para corroborar su comicidad. Tras de los cristales de aumento, hasta aquellos juicios de la señora de Guermantes que me habían parecido estúpidos (por ejemplo, a propósito de Frantz Hals, cuyos cuadros hubiera habido que ver desde un tranvía) cobraban una vida, una profundidad extraordinarias. Y debo decir que si esta exaltación decayó pronto, no era absolutamente insensata. Del mismo modo que podemos ser felices un buen día con conocer a la persona a quien más despreciábamos, porque resulta estar relacionada con una muchacha a la que queremos, a la que puede presentarnos, y nos ofrece de esta suerte utilidad y aliciente, cosas de que la hubiéramos creído desasistida para siempre jamás, no hay frase, como no hay relaciones, de que pueda uno estar seguro de que no sacará un día algo. Lo que me había dicho la señora de Guermantes acerca de los cuadros que sería interesante ver aunque fuese desde un tranvía, era falso, pero contenía una parte de verdad que me fue preciosa más tarde.

Parejamente, los versos de Víctor Hugo que la duquesa me había citado eran, fuerza es confesarlo, de una época anterior a aquella en que el poeta

ha llegado a ser más que un hombre, en que ha hecho aparecer en la evolución una especie literaria todavía desconocida, dotada de órganos más complejos. En esos primeros poemas, Víctor Hugo piensa aún, en lugar de contentarse, como la naturaleza, en dar en qué pensar. Expresaba entonces «pensamientos» en la forma más directa, casi en el sentido en que el duque tomaba la palabra cuando, por encontrar anticuado y embarazoso el que los invitados a sus grandes fiestas, en Guermantes, hiciesen, en el álbum del castillo, seguir su firma de una reflexión filosófico poética, advertía a los recién llegados en tono de súplica: «¡Su nombre, amigo mío, pero nada de pensamientos!». Ahora bien, esos «pensamientos» de Víctor Hugo (casi tan ausentes de la *Leyenda de los Siglos* como las «arias» y las «melodías» en la segunda manera wagneriana) eran lo que le gustaba a la señora de Guermantes en el primer Hugo. Pero sin que le faltase razón en absoluto. Eran atractivos, y ya en torno a ellos, sin que la forma tuviese aún la profundidad que no había de alcanzar hasta más tarde, el romperse de las palabras numerosas y de las rimas ricamente articuladas los hacía inasimilables a esos versos que pueden descubrirse en un Corneille, por ejemplo, y en los que un romanticismo intermitente, contenido, y que nos conmueve tanto más por lo mismo, no ha penetrado, sin embargo, hasta las fuentes físicas de la vida, modificando el organismo inconsciente y generalizable en que se resguarda la idea. Así, había hecho yo mal en confinarme hasta aquí en los últimos libros de Hugo. De los primeros, desde luego, era una parte ínfima tan sólo la que engalanaba la conversación de la señora de Guermantes. Pero precisamente al citar así un verso aislado se decuplica su poder atractivo. Los que habían entrado o vuelto a mi memoria en el curso de esta cena imantaban a su vez, llamaban a sí con tal fuerza las composiciones en medio de las que tenían la costumbre de estar enclavados, que mis manos electrizadas no pudieron resistir más de cuarenta y ocho horas a la fuerza que las conducía hacia el volumen en que estaban encuadernados juntamente las *Orientales* y los *Cantos del Crepúsculo.* Maldije al lacayo de Francisca por haber hecho donación a su pueblo natal de mi ejemplar de las *Hojas de Otoño,* y lo mandé sin perder instante a comprar otro. Releí esos volúmenes de punta a

cabo, y no encontré paz hasta que no distinguí de repente, esperándome en la luz en que ella los había bañado, los versos que me había citado la señora de Guermantes. Por todas estas razones, las charlas con la duquesa se asemejaban a esos conocimientos que adquiere uno en la biblioteca de algún castillo, anticuada, incompleta, incapaz para formar una inteligencia, desprovista de casi todo aquello que es de nuestro gusto, pero que a veces nos ofrece algún informe curioso, la cita de una hermosa página que no conocíamos, inclusive, y que más tarde nos hace felices recordar que debemos el conocerla a una magnífica mansión señorial. Entonces, por haber encontrado el prefacio de Balzac a *La Cartuja*, o unas cartas inéditas de Joubert, nos sentimos tentados a exagerarnos a nosotros mismos el valor de la vida que en esa mansión hemos vivido y cuya estéril frivolidad, merced a esa ganga de una tarde, hemos olvidado.

Desde este punto de vista, si el gran mundo no había podido responder en el primer momento a lo que mi imaginación esperaba, y había, por consiguiente, de chocarme al pronto por lo que tenía de común con todos los mundos antes que por lo que tenía de diferente respecto de ellos, se me reveló poco a poco, sin embargo, como harto distinto. Los grandes señores son casi la única gente de quien se aprende tanto como de los aldeanos; su conversación se engalana con todo aquello que concierne a la tierra, a las mansiones señoriales tal como estaban habitadas antaño, los antiguos usos, todo lo que el mundo del dinero ignora profundamente. Aun suponiendo que el aristócrata más moderado por sus aspiraciones haya podido ponerse al nivel de la época en que vive, su madre, sus tíos, sus tías-abuelas le ponen en relación, cuando se acuerda de su infancia, con lo que podía ser una vida punto menos que desconocida hoy. En la cámara mortuoria de un difunto de hoy, la señora de Guermantes no hubiera hecho notar nada, pero se hubiera dado cuenta inmediatamente de todas las faltas de respeto para con la costumbre. Le chocaba ver en un entierro a las mujeres mezcladas a los hombres, cuando hay una ceremonia particular que debe ser celebrada por las mujeres. En cuanto a los paños cuyo uso habría creído sin duda Bloch que estaba reservado a los entierros, por los cordones del paño de que se habla en las gacetillas de las exequias, el señor de Guer mantes podía

acordarse del tiempo en que, siendo él todavía un niño, había visto utilizar ese mismo paño en la boda del señor de Mailly-Nesle. Al paso que Saint-Loup había vendido su precioso «Árbol genealógico», unos retratos antiguos de los Bouillon, unas cartas de Luis XIII, para comprar cuadros de Carrière y muebles *modern style*, el señor y la señora de Guermantes, movidos de un sentimiento en que el ardiente amor al arte desempeñaba acaso un papel menor y que hacía que ellos mismos fuesen más mediocres, habían conservado sus maravillosos muebles de Boule, que ofrecían un conjunto seductor, pero en sentido contrario, para un artista. Un literato hubiera quedado, de todas maneras, encantado de su conversación, que habría sido para él —ya que el hambriento no tiene ninguna necesidad de otro hambriento— un diccionario vivo de todas esas expresiones que cada día se olvidan más: corbatas a lo San José, niños consagrados al azul, etcétera, y que ya no se encuentran como no sea en aquellos que se convierten en amables y benévolos conservadores del pasado. El placer que siente entre ellos, mucho más que entre otros escritores, un escritor, no carece de peligro, ya que corre el riesgo de creer que las cosas del pasado poseen un encanto por sí mismas, y de transportarlas sin más ni más a su obra, que en ese caso nace muerta, exhalando un aburrimiento de que el autor se consuela diciendo: «Es bonito porque es verdad; así es como se dice». Estas conversaciones aristocráticas tenían, por otra parte, en casa de la señora de Guermantes el encanto de ser sostenidas en un francés excelente. Merced a esto legitimaban, por parte de la duquesa, su hilaridad ante las palabras «viático», «cósmico», «pitico», «supereminente», que empleaba Saint-Loup, lo mismo que ante sus muebles de casa de Bing.

Con todo, harto diferentes en esto de cuanto había podido sentir yo ante unos espinos blancos o al saborear una magdalena, las historias que había oído en casa de la señora de Guermantes me eran extrañas. Por un instante habían entrado en mí, que sólo físicamente había sido poseído por ellas; hubiérase dicho que (dotadas de una naturaleza social y no individual) estaban impacientes por salir de mí… Agitábame yo en el coche como una pitonisa. Esperaba una nueva cena en que pudiera convertirme a mi vez en una especie de príncipe de X…, de señora de Guermantes, y contar esas

mismas historias. Mientras tanto, hacían trepidar mis labios que las balbuceaban, e intentaba en vano retraer a mí mi espíritu vertiginosamente arrebatado por una fuerza centrífuga. Así llamé a la puerta del señor de Charlus con una impaciencia febril por no poder sobrellevar por más tiempo yo solo el peso de esas historias en mi coche, donde, por lo demás, engañaba la falta de conversación hablando en voz alta; y entregado a largos monólogos conmigo mismo, en lo que me repetía todo lo que iba a contarle al señor de Charlus y apenas pensaba ya en lo que él tuviera que decirme, pasé todo el tiempo que permanecí en un salón en que me hizo entrar un lacayo, y que, por otra parte, me hallaba demasiado agitado para examinar. Sentía tal necesidad de que el señor de Charlus escuchase las cosas que ardía en deseos de contarle, que me sentí cruelmente defraudado al pensar que acaso estuviera durmiendo el dueño de la casa, y que tendría que volverme a empollar en casa mi embriaguez de palabras. Acababa, en efecto, de darme cuenta de que hacía veinticinco minutos que estaba allí, que quizá se hubieran olvidado de mí en este salón del que, a pesar de la larga espera, hubiera podido decir, a lo sumo, que era inmenso, verdoso, con algunos retratos. La necesidad de hablar no sólo impide escuchar, sino ver, y en ese caso la ausencia de toda descripción del medio exterior es ya una descripción de un estado internó. Iba a salir del salón para tratar de llamar a alguien y, si no hallaba a nadie, volver a encontrar el camino hacia las antesalas y hacer que me abriesen, cuando, en el mismo momento en que acababa de levantarme y dar algunos pasos por el suelo de mosaico, entró un ayuda de cámara, con aire preocupado: «El señor barón ha tenido gente hasta ahora —me dijo—. Todavía tiene varias personas esperándole. Voy a hacer todo lo posible para que reciba al señor; ya he hecho que le telefoneasen dos veces al secretario». «No, no se moleste; yo estaba citado con el señor barón, pero ya es muy tarde, y desde el momento en que está ocupado esta noche, volveré otro día». «¡Oh, no!, no se vaya el señor —exclamó el ayuda de cámara—. Podría disgustarse el señor barón. Voy a probar otra vez». Me acordé de lo que había oído contar de los criados del señor Charlus y de su devoción a su amo. No se podía decir precisamente de él, como del príncipe de Conti, que trataba de agradar al lacayo tanto

como al ministro, pero tan bien había sabido hacer de las menores cosas que pedía algo así como un favor, que cuando a la noche, reunidos en torno a él sus criados, a respetuosa distancia, después de haberlos recorrido con la mirada, decía: «¡Coignet, la palmatoria!», o: «¡Ducret, la camisa!», los demás se retiraban rezongando de envidia, celosos del que acababa de ser distinguido por el señor. Dos, incluso, que se execraban, afanábanse por arrebatarse el uno al otro el favor, yendo, con el pretexto más absurdo, a llevarle algún recado al barón, si éste había subido a sus habitaciones más temprano, con la esperanza de ser investidos para esa noche del cuidado de la palmatoria o de la camisa. Si el barón dirigía directamente la palabra a uno de ellos para alguna cosa que no fuese del servicio; más aún, si en invierno, en el jardín, sabiendo que uno de sus cocheros estaba acatarrado, le decía al cabo de diez minutos: «Cúbrase», los demás no volvían a hablar en quince días al favorecido, por celos de la gracia que le había sido otorgada. Todavía esperé otros diez minutos y, después de haberme pedido que no estuviese mucho tiempo, porque el señor barón, cansado, había hecho despedir a varias personas de las más importantes a las que había citado desde hacía no pocos días, me introdujeron donde estaba. Este aparato en derredor del señor de Charlus me parecía teñido de mucho menos grandeza que la sencillez de su hermano el de Guermantes; pero ya se había abierto la puerta, y yo acababa de distinguir al barón, en batín chinesco, despechugado, tendido en un canapé. En el mismo instante me llamó la atención ver un sombrero de copa «ocho reflejos» encima de una silla, con un gabán de pieles, como si el barón acabara de llegar de la calle. El ayuda de cámara se retiró. Creía yo que el señor de Charlus iba a venir hacia mí. Sin hacer un solo movimiento, se me quedó mirando fijo, con ojos implacables. Me acerqué a él, le saludé, no me tendió la mano, no me contestó, no me pidió que cogiese una silla. Al cabo de un instante le pregunté, como se le preguntaría a un médico mal educado, si era necesario que siguiera de pie. Lo hice sin mala intención, pero la expresión de fría cólera que tenía el señor de Charlus pareció agravarse aún más. Yo ignoraba, por otra parte, que en su casa, en el campo, en el castillo de Charlus, tenía la costumbre, después de cenar —hasta tal punto le gustaba

jugar al rey—, de esparrancarse en una butaca del fumadero, dejando en pie alrededor suyo a sus invitados. Pedía lumbre a uno, ofrecía a otro un cigarro; luego, al cabo de unos instantes, decía: «¡Pero siéntese usted, Argencourt!; coja usted una silla, etcétera», después de haber prolongado adrede el tenerlos de pie, únicamente por hacerles ver que era de él de quien les venía el permiso para sentarse. «Siéntese usted en el sillón Luis XIV», me respondió con imperioso talante y antes para forzarme a que me alejara que para invitarme a tomar asiento. Cogí una butaca que estaba no lejos de mí. «¡Ah!, ¿eso es lo que llama usted un sillón Luis XIV? Ya veo que está usted enterado», exclamó en son de mofa. Yo estaba tan estupefacto que no me moví, ni para irme, como hubiera debido hacer, ni para cambiar de asiento como él quería. «Caballero —me dijo, pesando todos los términos, haciendo preceder los más impertinentes de ellos de un doble par de consonantes—: la conversación que he descendido en conceder a usted a ruegos de una persona que desea no la nombre, va a señalar para nuestras relaciones el punto final. No he de ocultarle que yo había esperado algo mejor; quizá forzase un poco el sentido de las palabras, cosa que no se debe hacer, ni siquiera con quien ignora su valor, y por simple respeto a uno mismo, si le dijera que había sentido simpatía por usted. Creo, sin embargo, que ‘benevolencia’, en su sentido más eficazmente protector, no excedería ni de lo que sentía yo ni de lo que me proponía manifestar. Desde mi regreso a París le había hecho saber a usted, en el mismo Balbec, que podía contar conmigo». Yo, que me acordaba de la salida de pie de banco con que el señor de Charlus se había separado de mí en Balbec, esbocé un ademán de denegación. «¡Cómo! —exclamó el señor de Charlus con cólera (y su semblante convulso y lívido era en realidad tan diferente de su rostro ordinario como el mar cuando en una mañana de tempestad vemos, en lugar de la sonriente superficie habitual, mil serpientes de espuma y de baba)—, ¿pretende usted no haber recibido mi mensaje —casi una declaración— de que tendría que acordarse de mí? ¿Qué adorno tenía alrededor el libro que hice llegar a usted?». «Unos enlaces historiados muy bonitos», dije. «¡Ah! —repuso con tono desdeñoso—. Los jóvenes franceses conocen muy poco las obras maestras de nuestro país. ¿Qué se diría de un joven berlinés que

no conociera la *Walkiria*? Por otra parte, ya hace falta que tenga usted los ojos para no ver, puesto que me ha dicho que se había pasado dos horas delante de esa obra maestra. Ya veo que no entiende usted mucho más de flores que de estilos; ¡no proteste por lo de los estilos! —gritó en un tono de rabia agudísima—; ¡ni siquiera sabe usted en lo que se sienta! Ofrece a su trasero una silla baja Directorio tomándola por una *bergère* Luis XIV. Un día de estos confundirá las rodillas de la señora de Villeparisis con el lavabo, y no sabe uno qué hará usted en ellas. Del mismo modo, ni siquiera ha reconocido en la encuadernación del libro de Bergotte el dintel de *myosotis*[66] de la iglesia de Balbec. ¿Había manera más límpida de decirle: no me olvide usted?».

Miré al señor de Charlus. Realmente, su cabeza magnífica, y que repelía, aventajaba, sin embargo, a la de todos los suyos; hubiérase dicho Apolo avejentado; pero un zumo oliváceo, hepático, parecía pronto a salir de su aviesa boca; por lo que hacía a la inteligencia, no podía negarse que la suya, gracias a una vasta abertura de compás, se asomaba a muchas cosas que permanecerían siempre desconocidas para el duque de Guermantes. Pero cualesquiera que fuesen las lindas frases con que coloreara todos sus odios, echábase de ver que, aun cuando hubiera en ellas tan pronto orgullo ofendido como un amor defraudado, o un rencor, sadismo, una provocación, una idea fija, este hombre era capaz de asesinar y de probar a fuerza de lógica y de lenguaje florido que había tenido razón para hacerlo, y que no por ello dejaba de ser superior en cien codos a su hermano, a su cuñada, etc., etc. «Lo mismo que en las *Lanzas* de Velázquez —continuó— el vencedor avanza hacia el que es más humilde, como debe hacerlo todo noble, ya que yo lo era todo y usted no era nada, he sido yo quien ha dado los primeros pasos hacia usted. Usted ha respondido neciamente a lo que no es a mí a quien corresponde llamar grandeza. Pero yo no me he dejado desalentar. Nuestra religión predica la paciencia. Espero que la que con usted he tenido me será tomada en cuenta, lo mismo que el no haber hecho más que sonreírme de lo que podría ser tachado de impertinencia si estuviera a su alcance tenerla para con quien a tantos codos está por encima de usted; pero, en fin, caballero, de nada de esto se trata ya. Le he sometido

a usted a la prueba que el único hombre eminente de nuestro mundo llama ingeniosamente la prueba de la amabilidad demasiado grande, y que declara con justo título ser la más terrible de todas, la única que puede separar la buena simiente de la cizaña. Apenas le reprocharía yo que la hubiera sufrido sin éxito, ya que los que triunfan de ella son rarísimos. Pero al menos, y esta es la conclusión que pretendo sacar de las últimas palabras que vamos a cambiar en la tierra, me importa estar a cubierto de las calumniadoras invenciones de usted». No había pensado yo hasta aquí que la cólera del señor de Charlus pudiera ser causada por alguna frase ofensiva que le hubiesen repetido; interrogué a mi memoria: a nadie había hablado yo del barón. Algún malintencionado había urdido el embuste en todas sus partes. Hice protestas al señor de Charlus de que no había dicho absolutamente nada de él. «No creo que haya podido molestarle con decir a la señora de Guermantes que yo estaba en relaciones de amistad con usted». Sonrió con desdén, hizo subir su voz hasta los registros más extremos, y allí, atacando con suavidad la nota más aguda y más insolente: «¡Oh!, caballero —dijo volviendo con extremada lentitud a una entonación natural, y como recreándose de pasada con las rarezas de esta gama descendente—, estimo que se perjudica usted a sí mismo con acusarse de haber dicho que ‘estábamos en relaciones de amistad.’ No espero una exactitud verbal muy grande de una persona que fácilmente tomaría un mueble de Chippendale por un escaño rococó; pero en fin, no creo —añadió, con caricias vocales cada vez más zumbonas y que hacían flotar en sus labios hasta una sonrisa encantadora—, no creo que haya dicho usted, ni que haya creído, que *estábamos en relaciones de amistad.* En cuanto a haberse alabado de haberme sido *presentado,* de haber *charlado conmigo,* de *conocerme* un poco, de haber conseguido casi sin solicitación el poder ser algún día mi *protegido,* me parece, por el contrario, muy natural e inteligente que lo haya hecho usted. La extrema diferencia de edad que hay entre nosotros me permite reconocer, sin caer en el ridículo, que esa *presentación,* esas *charlas,* ese vago cebo de *relaciones* eran para usted, no he de ser yo quien diga que un honor, pero en fin, una ventaja respecto de la cual me parece que la tontería de usted estuvo no en haberla divulgado, sino en no haber

sabido conservarla. Añadiré, inclusive —dijo, pasando bruscamente y por un instante de la cólera altanera a una dulzura tan henchida de tristeza que creí que iba a echarse a llorar—, que cuando dejó usted sin respuesta la proposición que le hice en París, el caso se me antojó tan insólito por su parte, que me pareció usted bien educado y de buena familia *burguesa* (sólo en este adjetivo tuvo su voz un ligero silbido de impertinencia), que tuve la ingenuidad de creer en todos los embustes que no suceden nunca, en las cartas perdidas, en los errores de dirección. Reconozco que eso era, por mi parte, una gran ingenuidad, pero San Buenaventura prefería creer que un buey pudiera volar antes que admitir que pudiese mentir su hermano. En fin, todo esto ha terminado; la cosa no le ha gustado a usted; ya no se trata de eso. Unicamente me parece que hubiera podido usted (y había verdaderamente llanto en su voz), aunque sólo fuese por consideración a mi edad, escribirme. Yo había concebido para usted cosas infinitamente seductoras que me había guardado muy mucho de decirle. Prefiere usted rehusar sin saber; eso es cosa suya. Pero, como le iba diciendo, siempre puede uno *escribir.* Yo, en su lugar, y aun en el mío, lo hubiera hecho. Prefiero, por esto, mi lugar al de usted, y digo que por esto, porque creo que todos los lugares son iguales, y tengo más simpatía por un obrero inteligente que por muchos duques. Pero puedo decir que prefiero mi lugar, porque lo que usted ha hecho, en mi vida entera, que empieza a ser bastante larga, sé que no lo he hecho yo nunca. (Había vuelto la cabeza en la sombra; yo no podía ver si sus ojos dejaban caer lágrimas, como su voz inducía a creer). Le decía que me he adelantado a usted cien pasos; el efecto de esto ha sido hacerle a usted dar doscientos hacia atrás. Ahora me toca a mí alejarme, y ya nunca más nos conoceremos. Yo no retendré su nombre de usted, sino su caso, para que los días en que me vea tentado a creer que los hombres tienen el corazón, la cortesía o simplemente la inteligencia que hacen falta para no dejar escapar una buena suerte sin segundo, tenga presente que eso es ponerlos demasiado alto. No, el que haya dicho usted que me conocía cuando era cierto —porque ahora va a dejar de serlo—, no puede parecerme sino natural y lo tomo como un homenaje, es decir, como una cosa agradable. Por desgracia, en otro lugar y en otras circunstancias,

ha empleado usted frases muy diferentes». «Caballero, le juro a usted que no he dicho nada que pueda ofenderle». «¿Y quién le dice a usted que me haya ofendido? —exclamó con furor, irguiéndose violentamente en la meridiana en que hasta entonces había permanecido inmóvil, al paso que, mientras se crispaban las lívidas serpientes espumosas de su cara, su voz se volvía alternativamente aguda y grave como una tempestad ensordecedora y desencadenada. (La fuerza con que hablaba de costumbre y que hacía volverse a los desconocidos en la calle, estaba centuplicada, como lo es un *forte* si, en lugar de ser ejecutado al piano, lo es por la orquesta, y además se trueca en un *fortissimo.* El señor de Charlus bramaba)—. ¿Piensa usted que está a su alcance ofenderme? ¿Pero es que no sabe usted con quién habla? ¿Cree usted que la saliva envenenada de quinientos hominicacos amigos suyos encaramados unos sobre otros llegaría a babear siquiera hasta los augustos dedos de mis pies?». Desde hacía un momento, al deseo de persuadir al señor de Charlus de que jamás había hablado yo ni oído hablar mal de él, había sucedido un coraje loco, causado por las palabras que le dictaba únicamente, a juicio mío, su inmenso orgullo. Quizá fuesen, por lo demás, efecto, en parte al menos, de ese orgullo. Casi todo el resto procedía de un sentimiento que yo ignoraba aún y que, por ende, no fue culpa mía si no lo tomé en cuenta. Hubiera podido, al menos, en defecto del sentimiento desconocido, mezclar al orgullo, de haber recordado las palabras de la señora de Guermantes, un poco de locura. Pero en ese momento la idea de la locura no se me pasó siquiera por las mientes. No había en él, en opinión mía, más que orgullo; en mí, nada más que furor. Este (en el momento en que el señor de Charlus dejaba de bramar para hablar de los augustos dedos de sus pies, con una majestad que acompañaban un mohín, una arcada de asco respecto de sus oscuros blasfemadores), este furor ya no se contuvo. Con un movimiento impulsivo, quise romper algo, y como un resto de discernimiento me hacía respetar a un hombre de tanta más edad que yo, e incluso, por su dignidad artística, las porcelanas alemanas dispuestas en torno suyo, me precipité sobre el sombrero de copa nuevo del barón, lo tiré al suelo, lo pisoteé, me cebé en él, queriendo desbaratarlo por completo; arranqué el forro, desgarré en dos la corona, sin escuchar las vociferaciones

del señor de Charlus, que continuaban, y, cruzando la habitación para irme, abrí la puerta. A ambos lados de ella, con gran estupefacción mía, se hallaban apostados dos lacayos, que se alejaron lentamente por que pareciera que se habían encontrado allí únicamente al pasar para su servicio. (Después he sabido los nombres: el uno se llamaba Burnier y el otro Charmel). Ni por un instante me engañó esta explicación que su indolente paso parecía proponerme. Era inverosímil; otras tres me lo parecieron menos: una, que el barón recibía a veces huéspedes y que, como podía tener necesidad de ayuda contra ellos (pero ¿por qué?), juzgaba necesario tener un puesto de socorro vecino. La otra, que, atraídos por la curiosidad, los dos lacayos se habían puesto a escuchar, sin pensar que yo iba a salir tan aprisa. La tercera, que, por haber sido preparada y representada toda la escena que me había hecho el señor de Charlus, él mismo les había pedido que escuchasen, por amor al espectáculo, unido acaso a un *nunc erudimini*[67] de que cada cual sacaría su provecho.

Mi cólera no había calmado la del barón; mi salida del aposento pareció causarle un vivo dolor, me llamó, hizo que me llamasen, y, por último, olvidando que un instante antes, al hablar de «los augustos dedos de sus pies», había creído hacerme testigo de su propia deificación, corrió cuanto se lo consintieron sus piernas, me alcanzó en el vestíbulo y me cerró el paso a la puerta. «Vamos —me dijo—, no sea usted niño, vuelva usted a entrar un minuto; quien bien te quiere te hará llorar, y si yo le he castigado y le he hecho pasar a usted un mal rato es porque le quiero bien». Mi cólera se había desvanecido, dejé pasar la palabra «castigar» y seguí al barón que, llamando a un criado, hizo, sin muestra alguna de amor propio, que se llevasen los pedazos del sombrero destruido, que fue sustituido por otro. «Si quiere usted decirme, caballero, quién me ha calumniado pérfidamente —dije al señor de Charlus—, me quedo, para saberlo y confundir al impostor». «¿Cómo? ¿No lo sabe usted? ¿No guarda usted recuerdo de lo que dice? ¿Piensa usted que las personas que me prestan el servicio de advertirme de estas cosas no empiezan por pedirme que les guarde el secreto? ¿Y cree usted que voy a faltar a lo que he prometido?». «Caballero, ¿es imposible que me lo diga usted?», pregunté, buscando en mi cabeza

(donde no encontraba a nadie) a quién había podido hablar yo del señor de Charlus. «¿No ha oído usted que le he prometido el secreto al que me lo ha indicado? —me dijo con voz restallante—. Ya veo que al gusto por las frases abyectas une usted el de las insistencias vanas. Debiera usted tener por lo menos la inteligencia de aprovechar una última conversación y hablar para decir algo que no sea exactamente nada». «Caballero —respondí alejándome—, me insulta usted, estoy desarmado, porque tiene usted varias veces mi edad; la partida no es igual; por otra parte, no puedo convencerle, ya le he jurado que yo no había dicho nada». «¡Entonces es que yo miento!», exclamó en un tono terrible y dando tal bote que vino a encontrarse de pie a dos pasos de mí. «Le han engañado a usted». Entonces, con una voz dulce, afectuosa, melancólica, como esas sinfonías que se tocan sin interrupción entre los diversos trozos, y en que un gracioso *scherzo* amable, idílico, sucede a los truenos del primer trozo: «Es muy posible —me dijo—. En principio, una frase con que le vienen a uno raras veces es cierta. Culpa de usted es si, por no haber aprovechado las ocasiones de verme que yo le había ofrecido, no me ha facilitado, con esas palabras francas y cotidianas que crean la confianza, el preventivo único y soberano contra un dicho que le presentaba a usted como un traidor. De todas maneras, verdadera o falsa, la frase ha hecho su labor. Ya no puedo librarme de la impresión que me ha producido. Ni siquiera puedo decir que quien bien quiere bien castiga, porque bien le he castigado a usted, pero ya no le quiero». Mientras me decía estas palabras, me había obligado a tomar asiento de nuevo y había tocado el timbre. Entró un lacayo. «Tráiganos algo de beber, y diga que enganchen el cupé». Le dije que yo no tenía sed, que era muy tarde, y que, por otra parte, tenía un coche abajo. «Probablemente le habrán pagado al cochero y lo habrán despedido —me dijo el barón—; no se preocupe usted de eso. Mando que enganchen para que lo lleven a su casa… Si teme usted que sea demasiado tarde… hubiera podido darle una habitación aquí…». Le dije que mi madre estaría intranquila. «¡Ah, sí! Verdadera o falsa, la frase ha hecho su labor. Mi simpatía, un tanto prematura, había florecido demasiado pronto y, como esos manzanos de que tan poéticamente hablaba usted en Balbec, no ha podido resistir la primera

helada». Si la simpatía del señor de Charlus no hubiera quedado destruida, no hubiese podido proceder éste, sin embargo, de otra manera, ya que, mientras me decía que estábamos reñidos, me hacía quedarme, que bebiese, me pedía que durmiera en su casa e iba a hacer que me llevaran a la mía. Parecía incluso como si temiera el instante de dejarme y volver a encontrarse solo, con el género de temor mezclado a cierta ansiedad que su cuñada y prima la de Guermantes me había parecido sentir, hacía una hora, cuando había querido obligarme a quedarme un poco más, con algo del mismo gusto pasajero hacia mí, del mismo esfuerzo por hacer prolongarse un minuto. «Por desgracia —continuó el señor de Charlus—, no poseo el don de hacer que reflorezca lo que ha sido destruido una vez. Mi simpatía hacia usted está muerta y bien muerta. Nada puede resucitarla. Creo que no es indigno de mí confesar que lo lamento. Me siento siempre un poco como el Booz de Víctor Hugo: *Je suis veuf, je suis seul, et sur moi le soir tombe*[68]».

Volví a cruzar con él el gran salón verdoso. Le dije, completamente al azar, lo hermoso que me parecía aquel salón «¿Verdad que sí? —me respondió—. En algo ha de poner uno amor. El maderaje es de Bagard. Lo que no deja de ser gracioso, vea usted, es que fue hecho para los asientos de Beauvais y para las consolas. Como observará usted, repite el mismo motivo decorativo. Ya no había más que dos sitios en que hubiese estas cosas: el Louvre y la casa del señor de Hinnisdal. Pero, naturalmente, en cuanto he querido venirme a vivir a esta calle, ha aparecido un antiguo palacio de Chimay que nadie había visto nunca porque sólo ha venido aquí para *mí*. En conjunto está bien. Quizá pudiera estar mejor, pero, en fin, no está mal así. Hay cosas bonitas, ¿verdad?: el retrato de mis tíos, el rey de Polonia y el rey de Inglaterra, por Mignard. Pero ¿qué le estoy diciendo?, lo sabe usted tan bien como yo, puesto que ha esperado en este salón. ¿No? ¡Ah!, es que le habrán pasado a usted al salón azul —dijo con un tonillo que podía ser de impertinencia, dirigida a mi falta de curiosidad, o de superioridad personal y de no haber preguntado dónde me habían hecho esperar—. Mire usted, en este gabinete están todos los sombreros que usaron mademoiselle Elisabeth, la princesa de Lamballe y la reina. No le

interesa esto; cualquiera diría que no ve usted nada. Quizá esté usted atacado de alguna afección al nervio óptico. Si le gusta más este género de belleza, ahí tiene un arco iris de Turner que empieza a brillar entre esos dos Rembrandt, en señal de nuestra reconciliación. ¿Oye usted? Beethoven se une a él». Y, en efecto, distinguíanse los primeros acordes de la tercera parte de la Sinfonía pastoral, «la alegría después de la tormenta», ejecutados no lejos de nosotros, sin duda en el primer piso, por unos músicos. Pregunté ingenuamente por qué casualidad tocaban aquello y quiénes eran los músicos. «Pues no se sabe. No se sabe nunca. Son unos músicos invisibles. Es bonito, ¿verdad? —me dijo en un tono ligeramente impertinente y que, sin embargo, recordaba un poco la influencia y el acento de Swann—. Pero a usted todo eso le trae tan sin cuidado como a un pez una manzana. Quiere volverse a su casa, exponiéndose a faltarnos al respeto a Beethoven y a mí. Usted mismo se juzga y se condena —añadió con expresión afectuosa y triste, cuando hubo llegado el momento de que me fuese—. Usted me disculpará si no le acompaño, como la buena educación me obligaría a hacer —me dijo—. Como mi deseo es no volver a verle, poco me importaría pasar cinco minutos más con usted. Pero estoy cansado y tengo mucho que hacer». Sin embargo, reparando en que el tiempo estaba despejado: «Bueno, sí, voy a subir al coche. Hace un claro de luna soberbio, que iré a contemplar al Bosque después que le haya acompañado a usted a su casa. ¡Pero usted no sabe afeitarse!, hasta en una noche en que cena fuera de casa se deja algunos cañones —me dijo, cogiéndome la barbilla entre dos dedos por decirlo así magnetizados, que, después de haber resistido un instante, subieron hasta mis orejas como los dedos de un peluquero—. ¡Ah!, sería agradable contemplar este ‘claro de luna azul’ en el Bosque con una persona como usted», me dijo con una dulzura súbita y como involuntaria. Luego, en un tono triste: «Porque de todas maneras es usted bueno; podría usted serlo más que nadie —añadió tocándome paternalmente en el hombro —. En otro tiempo, debo decir que le encontraba a usted muy insignificante». Lo que yo hubiera debido pensar es que así seguía encontrándome aún. No tenía más que recordar la rabia con que me había hablado hacía apenas media hora. A pesar de ello, tenía yo la impresión de

que el barón, en aquel momento, era sincero, que su buen corazón triunfaba de lo que consideraba ya como un estado casi delirante de susceptibilidad y de orgullo. El coche estaba delante de nosotros, y el señor de Charlus prolongaba todavía la conversación. «Vamos —dijo bruscamente—, suba usted; dentro de cinco minutos estaremos en su casa. Y le diré a usted un ¡buenas noches!, que cortará en seco y para siempre nuestras relaciones. Es mejor, puesto que hemos de separarnos para siempre, que lo hagamos como en música, en un acorde perfecto». A pesar de estas solemnes afirmaciones de que nunca más volveríamos a vernos, hubiera jurado yo que al señor de Charlus, molesto por haberse dejado llevar de su genio hacía un instante y temeroso de haberme hecho sufrir, no le habría parecido mal volver a verme otra vez. No me engañaba, ya que, al cabo de un momento: «¡Vaya! —dijo —, ahora resulta que se me había olvidado lo principal. En recuerdo de su señora abuela, había hecho yo encuadernar para usted una curiosa edición de madama de Sévigné. Ahí tiene usted, eso va a impedir que esta entrevista sea la última. Fuerza es que nos consolemos de ello diciéndonos que raras veces se liquidan en un día las cosas complicadas. Ya ve usted cuánto tiempo ha durado el Congreso de Viena». «Pero es que yo podría mandar a buscar el libro sin que usted se molestase», le dije obsequiosamente. «¿Quiere usted callarse, majaderillo —respondió con cólera—, y no tomar esos aires grotescos de considerar poca cosa el honor de ser probablemente (no digo que de seguro, porque quizá sea un lacayo quien le entregue el volumen) recibido por mí?». Se rehizo: «No puedo dejarle a usted con estas palabras. Nada de disonancias antes del silencio eterno del acorde de dominante». Era por sus propios nervios por lo que parecía temer su vuelta tras unas acres palabras de ruptura. «Usted no querrá venir al Bosque —me dijo en un tono no interrogatorio, sino afirmativo, y, a lo que me pareció, no porque no quisiera ofrecérmelo, sino porque recelaba que su amor propio sufriese una repulsa—. Bueno, vea usted —me dijo, demorándose todavía —, estamos en ese momento en que, como dice Whistler, los burgueses se retiran a sus casas (acaso quisiera cogerme por el amor propio), y en que conviene empezar a mirar. Pero usted ni siquiera sabe quién es Whistler». Cambié de conversación, y le pregunté si era inteligente la princesa de Iena.

El señor de Charlus me atajó, y adoptando el tono más desdeñoso que yo le conocía: «¡Ah, caballero!, está usted haciendo alusión a un orden de nomenclatura con el que nada tengo que ver. Es posible que haya una aristocracia entre los tahitianos, pero confieso que no la conozco. El nombre que acaba usted de pronunciar, es extraño, ha resonado, sin embargo, hace unos días en mis oídos. Me preguntaban si condescendería yo a que me presentasen al duquesito de Guastalla. Me extrañó la petición, ya que el duque de Guastalla no tiene necesidad de que me lo presenten, por la sencilla razón de que es primo mío y me conoce de siempre; es el hijo de la princesa de Parma y, como pariente joven y bien educado, nunca deja de venir a cumplir sus deberes, visitándome el día de Año Nuevo. Pero, después de tomar informes, resultó que no se trataba de mi pariente, sino del hijo de la persona que le interesa a usted. Como no existe ninguna princesa de ese nombre, he supuesto que se trataba de una pobre que dormiría debajo del puente de Iena y que había tomado pintorescamente el título de princesa de Iena, lo mismo que se dice la Pantera de Batignolles o el Rey del Acero. Pero no, se trataba de una persona rica, de quien había admirado yo en una exposición algunos muebles hermosísimos y que tienen respecto del nombre de su propietaria la superioridad de no ser falsos. En cuanto al supuesto duque de Guastalla, debía de ser el agente de cambio de mi secretario, ¡tantas cosas procura el dinero! Pero no, es el emperador, según parece, quien se ha divertido en dar a esas gentes un título precisamente indisponible. Quizá sea una prueba de poder o de ignorancia; a mí me parece, sobre todo, que es una pésima trastada que les ha jugado de esa manera a esos usurpadores a pesar suyo. Pero, en fin, no puedo darle a usted luces acerca de todo eso, ya que mi competencia se detiene en el barrio de Saint-Germain, donde, entre todos los Courvoisier y Gallardon, encontrará usted, si llega a descubrir un introductor, viejas malas lenguas sacadas ex profeso de Balzac, y que le divertirán. Todo esto, naturalmente, nada tiene que ver con el prestigio de la princesa de Guermantes, pero sin mí y sin mi Sésamo, la mansión de esta última es inaccesible». «Verdaderamente debe de ser magnífico el ambiente en el palacio de la princesa de Guermantes». «¡Oh!, no es que sea magnífico. Es lo más

hermoso que existe; después de la princesa, sin embargo». «La princesa de Guermantes, ¿es superior a la duquesa de Guermantes?». «¡Oh!, no tiene nada que ver». (Es de notar que, desde el punto en que las gentes de mundo tienen un poco de imaginación, coronan o destronan, al arbitrio de sus simpatías o de sus desavenencias, a aquellos cuya situación parecía más sólida y mejor asentada).

«La duquesa de Guermantes (quizá con no llamarla Oriana quisiera poner más distancia entre ella y yo) es deliciosa; muy superior a lo que ha podido adivinar usted. Pero, en fin, es inconmensurable con su prima. Esta es exactamente lo que la gente de los mercados puede imaginarse que era la princesa de Metternich; pero la de Metternich creía haber lanzado a Wagner porque conocía a Víctor Maurel. La princesa de Guermantes, o, mejor dicho, su madre, ha conocido al verdadero. Lo cual es un prestigio, sin hablar de la increíble belleza de esa mujer. ¡Y solamente los jardines de Ester!». «¿No es posible visitarlos?». «No, habría que ser invitado, pero nunca invitan *a nadie*, a menos que intervenga yo». Pero retirando, inmediatamente después de haberlo lanzado, el cebo de este ofrecimiento, me tendió la mano, porque habíamos llegado a mi casa. «Mi papel ha terminado, caballero; añadiré a él simplemente estas pocas palabras: quizá algún día le ofrezca otro su simpatía como he hecho yo. Que el ejemplo actual le sirva a usted de enseñanza. No lo deje escapar. Una simpatía es preciosa siempre. Lo que no es posible hacer solos en la vida, porque hay cosas que no puede uno pedir, ni hacer, ni querer, ni aprender por sí mismo, puede lograrse entre varios y sin necesidad de ser trece como en la novela de Balzac, ni cuatro como en *Los tres mosqueteros.* Adiós».

Debía de estar cansado y haber renunciado a la idea de ir a ver el claro de luna, porque me pidió dijese al cochero que volviera a llevarlo a casa. Inmediatamente hizo un brusco movimiento como si quisiera desdecirse. Pero ya había transmitido yo la orden y, por no retrasarme más, fui a llamar a mi puerta, sin haber vuelto a pensar en que tenía que contarle al señor de Charlus, a propósito del emperador de Alemania, del general Botha, las historias que de tal modo me obsesionaban poco antes, pero que su recibimiento inesperado y fulminante había hecho volar muy lejos de mí.

Al entrar en mi cuarto vi sobre mi escritorio una carta que el joven lacayo de Francisca había escrito a un amigo suyo y dejado olvidada allí. El mozo, desde que mi madre estaba ausente, no retrocedía ante ningún descaro; más culpable fui yo en leer la carta sin sobre, harto a la vista, y que —era mi única excusa— parecía ofrecerse a mí.

«Querido amigo y primo: espero que seguiréis bien de salud lo mismo que toda la familia menuda en particular mi ahijadillo José al que todavía no tengo el gusto de conocer pero que lo prefiero a todos vosotros por ser mi ahijado, también estas reliquias del corazón tienen su polvo, no pongamos las manos en sus restos sacrosantos. Por otra parte querido primo y amigo, quién te dice a ti y a tu querida mujer mi prima María que no habéis de ser precipitados los dos el día de mañana hasta el fondo del mar como el marinero atado en lo alto del palo mayor, porque esta vida no es más que un valle oscuro. Querido amigo debo decirte que mi principal ocupación, seguro estoy de tu asombro, es ahora la poesía que me gusta con delirio, porque de algún modo hay que pasar el tiempo. Así es mi querido amigo que no te sorprenda demasiado que no haya respondido aún a tu última carta a falta de perdón deja venir el olvido. Como sabrás la madre de la señora ha fallecido en medio de sufrimientos indecibles que la han rendido bastante pues la han visto hasta tres médicos. El día de sus funerales fue un día grande pues todas las amistades del señor habían venido en tropel así como varios ministros. Más de dos horas se emplearon en ir al cementerio, lo cual os hará abrir tamaños ojos a todos en vuestra aldea porque de seguro que no se hará tanto por la tía Michu. Así mi vida no será ya más que un largo sollozo. Me divierto una enormidad con la motocicleta que he aprendido a montar en ella últimamente. Qué diríais mis queridos amigos si llegase yo así a toda velocidad a las Ecorces. Pero no he de callarme ya sobre esto, porque me doy cuenta de que la embriaguez de la desgracia arrastra su razón. Frecuento el trato de la duquesa de Guermantes, de personas que nunca has oído siquiera su nombre en nuestros ignorantes pueblos. Así es que mandaré con mucho gusto los libros de Racine, de Víctor Hugo, de *Páginas Escogidas* de Chênedollé, de Alfredo Musset, porque quisiera curar a la tierra que me ha dado el ser de la ignorancia que

lleva fatalmente hasta el crimen. No se me ocurre nada más que decirte y te mando como el pelícano rendido por un largo viaje mis afectuosos saludos así como para tu mujer para mi ahijado y para tu hermana Rosa. Ojalá no haya que decir de ella: Y Rosa sólo ha vivido lo que viven las rosas, como ha dicho Víctor Hugo, el soneto de Arvers, Alfredo de Musset, todos esos grandes genios a los que se les ha hecho por esa razón morir en las llamas de la hoguera como Juana de Arco. Hasta tu próxima misiva, recibe mis besos como los de un hermano.—*Perigot* (*José*).»

Nos sentimos atraídos por toda vida que representa para nosotros algo desconocido, por una última ilusión por destruir aún. A pesar de esto, las misteriosas palabras gracias a las que me había llevado el señor de Charlus a imaginarme a la princesa de Guermantes como un ser extraordinario y diferente de cuanto yo conocía, no bastan a explicar la estupefacción en que me vi, seguida bien pronto del temor a ser víctima de un bromazo de mal género urdido por alguien que hubiera querido hacerme poner de patitas a la puerta de una casa a la que iría yo sin ser invitado, cuando, como dos meses después de la cena en casa de la duquesa, y mientras ésta se hallaba en Cannes, al abrir un sobre cuya apariencia no me había advertido de nada extraordinario, leí estas palabras impresas en un tarjetón: «La princesa de Guermantes, *née*[69] duquesa en Baviera, estará en casa el …». Claro está que el ser invitado a casa de la princesa de Guermantes quizá no fuese, desde el punto de vista mundano, más difícil que cenar en casa de la duquesa, y mis escasos conocimientos heráldicos me habían hecho saber que el título de príncipe no es superior al de duque. Además, me decía yo que la inteligencia de una mujer de mundo no puede ser de una esencia tan heterogénea respecto a la de sus congéneres como pretendía el señor de Charlus, y de una esencia tan heterogénea respecto a la de otra mujer. Pero mi imaginación, pareja a la de Elstir en trance de dar un efecto de perspectiva sin tener en cuenta las nociones de física que podía, por otra parte, poseer, me pintaba no lo que yo sabía, sino lo que veía ella; lo que veía ella, es decir, lo que le mostraba el nombre. Ahora bien, incluso cuando no conocía yo a la duquesa, el nombre de Guermantes precedido del título de princesa, como una nota o un color o una cantidad profundamente

modificados respecto de los valores circunstantes por el «signo» matemático o estético que afecta a la nota, al color o a la cantidad, había evocado siempre para mí algo por completo diferente. Con ese título se encuentra uno, sobre todo en las memorias del tiempo de Luis XIII y de Luis XIV, de la corte de Inglaterra, de la reina de Escocia, de la duquesa de Aumale, y yo me figuraba el palacio de la princesa de Guermantes como más o menos frecuentado por la duquesa de Longueville y por el gran Condé, cuya presencia hacía harto poco verosímil que llegase yo nunca a penetrar en semejantes lugares.

Muchas cosas que me había dicho el señor de Charlus habían dado un vigoroso latigazo a mi imaginación y, haciendo olvidar a ésta cuánto la había defraudado la realidad en la duquesa de Guermantes (ocurre con los nombres de las personas lo que con los nombres de los países), la habían aguijado hacia la prima de Oriana. Por lo demás, si el señor de Charlus me engañó algún tiempo respecto al valor y variedad imaginarios de las gentes de mundo, fue únicamente porque él mismo se engañaba en ese orden. Y quizá fuese así porque no hacía nada, no escribía, no pintaba, ni siquiera leía nada de una manera seria y profundizando. Pero, superior a las gentes de mundo en muchos grados, si de éstas y de su espectáculo era de donde sacaba la materia de su conversación, no por eso era comprendido de ellas. Gracias a que hablaba como un artista, podía, a lo sumo, exhalar el encanto falaz de las gentes de mundo. Pero exhalarlo solamente para los artistas, respecto de los cuales hubiera podido desempeñar el papel que el reno para los esquimales; este precioso animal arranca para ellos, de las rocas desérticas, líquenes, musgos que aquéllos no sabrían descubrir ni utilizar, pero que, una vez digeridos por el reno, se convierten para los habitantes del extremo Norte en un alimento asimilable.

A esto he de añadir que los cuadros que del gran mundo trazaba el señor de Charlus estaban animados con mucha vida por la mezcla de sus odios feroces y de sus devotas simpatías. Los odios, dirigidos sobre todo contra los jóvenes; la adoración, excitada principalmente por ciertas mujeres.

Si entre éstas ponía el señor de Charlus a la princesa de Guermantes en el trono más elevado, sus misteriosas palabras sobre «el inaccesible palacio

de Aladino» que habitaba su prima no bastan a explicar mi estupefacción.

A pesar de la parte que corresponde a los diferentes puntos de vista subjetivos de que habrá de hablar, en los abultamientos artificiales, no es menos cierto que hay cierta realidad objetiva en todos estos seres y, por consiguiente, diferencia entre ellos.

¿Cómo, por lo demás, habría de ser de otra manera? La humanidad que frecuentamos y que tan poco se parece a nuestros sueños, es, sin embargo, la misma que en las memorias, en las cartas de las gentes notables, hemos visto descrita y que hemos deseado conocer. El viejo más insignificante con quien cenamos es aquel cuya orgullosa carta al príncipe Federico Carlos hemos leído en un libro sobre la guerra del 70. Se aburre uno en la cena porque la imaginación está ausente, y si nos divertimos con un libro es porque en él nos da compañía aquélla. Pero se trata de las mismas personas. Nos gustaría haber conocido a madama de Pompadour, que tan bien protegió a las artes, y nos hubiéramos aburrido a su lado tanto como al lado de las modernas Egerias a cuya casa no nos podemos decidir a volver, de tan mediocres como son. No por ello es menos cierto que esas diferencias subsisten. Las gentes no son nunca exactamente iguales unas a otras; su manera de comportarse con respecto a nosotros, en igualdad de amistad pudiera decirse, revela diferencias que, en fin de cuentas, ofrecen una compensación. Cuando conocí a la señora de Montmorency, ésta se complació en decirme cosas desagradables; pero si yo tenía necesidad de algún servicio, lanzaba ella, para conseguirlo con eficacia, todo el crédito que poseía, sin escatimar nada. Mientras que otra cualquiera, como la señora de Guermantes, jamás hubiera querido disgustarme, no decía de mí sino aquello que podía causarme un placer, me colmaba de todas las amabilidades que formaban el opulento tren de vida moral de los Guermantes, pero si yo hubiera pedido una cosa de nada fuera de eso, no hubiera dado un paso para procurármelo, como en esos castillos en que tiene uno a su disposición un automóvil, un ayuda de cámara, pero en los que es imposible conseguir un vaso de sidra que no está previsto en el orden de festejos. ¿Cuál era para mí la verdadera amiga: la señora de Montmorency, tan feliz con molestarme y tan dispuesta siempre a servirme,

o la señora de Guermantes, que sufría con el menor disgusto que se me hubiera causado, y que era incapaz del menor esfuerzo por serme útil? Por otra parte, se decía que la duquesa de Guermantes hablaba únicamente de frivolidades, y su prima, con un talento más mediocre, de cosas que siempre eran interesantes. Las formas de talento son tan variadas, tan opuestas no sólo en literatura, sino en la vida de mundo, que únicamente Baudelaire y Mérimée tienen derecho a desdeñarse recíprocamente. Estas particularidades forman, en todas las personas, un sistema de miradas, de expresiones, de actos, tan coherente, tan despótico, que cuando estamos en presencia suya nos parece superior a todo lo demás. En la señora de Guermantes, sus palabras, deducidas, como un teorema, del corte de su espíritu, me parecían las únicas que hubieran debido decirse. Y me sentía, en el fondo, de su opinión cuando me decía que la señora de Montmorency era estúpida y tenía el espíritu abierto a todas las cosas que no comprendía, o cuando, al enterarse de alguna mala partida de aquélla, me decía la duquesa: «Eso es lo que usted llama una mujer buena; pues a eso lo llamo yo un monstruo». Pero esta tiranía de la realidad que está ante nosotros, esta evidencia de la luz de la lámpara que hace palidecer la aurora ya lejana como un simple recuerdo, desaparecían en cuanto yo estaba lejos de la señora de Guermantes y una dama diferente me decía, poniéndose a un mismo nivel conmigo y juzgando a la duquesa muy por debajo de nosotros: «Oriana no se interesa, en el fondo, por nada ni por nadie», e incluso (cosa que en presencia de la señora de Guermantes me hubiera parecido imposible de creer, hasta tal punto proclamaba ella lo contrario): «Oriana es una *snob*». Como ninguna matemática nos permite convertir a la señora de Arpajon y a la señora de Montpensier en cantidades homogéneas, me hubiera sido imposible responder si me preguntasen cuál de ellas me parecía superior a la otra.

Ahora bien, entre los rasgos privativos del salón de la princesa de Guermantes, el más habitualmente citado era cierto exclusivismo, debido en parte a la regia cuna de la princesa, y sobre todo al rigorismo casi fósil de los prejuicios aristocráticos del príncipe, prejuicios que, por lo demás, no habían tenido empacho en zaherir delante de mí el duque y la duquesa, y

que, naturalmente, habían de hacerme considerar más inverosímil aún que me hubiese invitado aquel hombre para el que sólo contaban las Altezas y los duques y que en cada comida hacía una escena porque no se le había señalado en la mesa el sitio a que hubiera tenido derecho en tiempos de Luis XIV, sitio que, gracias a su extremada erudición en materias de historia y de genealogía, sólo él sabía cuál era. A causa de esto, muchas gentes de mundo resolvían en favor del duque y de la duquesa las diferencias que les separaban de sus primos. «El duque y la duquesa son mucho más modernos, mucho más inteligentes, no se ocupan exclusivamente, como los otros, del número de cuarteles; su salón está trescientos años más adelantado que el de su primo», eran frases usuales cuyo recuerdo me hacía ahora estremecerme cuando contemplaba la tarjeta de invitación, a la que daban muchas más probabilidades de haberme sido enviada por algún chusco.

Todavía si el duque y la duquesa de Guermantes no hubiesen estado en Cannes, hubiera podido yo tratar de saber por ellos si la invitación que había recibido era auténtica. Esta duda en que me hallaba no se debe siquiera, como por un momento me había lisonjeado creer, al sentimiento que un hombre de mundo no experimentaría y que, en consecuencia, un escritor, aun cuando perteneciese, fuera dé esto, a la casta de las gentes de mundo, debería reproducir para ser debidamente «objetivo» y pintar cada clase diferentemente. Ultimamente he encontrado, en efecto, en un delicioso volumen de memorias, la notación de incertidumbres análogas a aquellas por que me hacía pasar la tarjeta de invitación de la princesa. «Jorge y yo (o Hély y yo —no tengo el libro a mano para comprobarlo—) ardíamos hasta tal punto en deseos de ser admitidos al salón de la señora Delessert, que, habiendo recibido una invitación de ella, creímos prudente, cada uno por nuestro lado, asegurarnos de que no éramos víctimas de alguna inocentada». Ahora bien, el narrador no es otro que el conde de Hanssonville (el que casó con la hija del duque de Broglie), y el otro joven que «por su parte» va a asegurarse de si no será juguete de un bromazo, es, según se llame Jorge o Hély, uno u otro de los dos inseparables amigos del señor de Hanssonville: el señor de Harcourt o el príncipe de Chalais.

El día en que debía tener lugar la recepción en casa de la princesa de Guermantes me enteré de que el duque y la duquesa estaban de vuelta en París desde la víspera. El baile de la princesa no les hubiera hecho volver, pero uno de sus primos estaba muy enfermo, y el duque, además, tenía mucho empeño por un baile de trajes que daban esa noche y en el que había de aparecer él disfrazado de Luis XI, y su mujer de Isabel de Baviera. Y resolví ir a verles por la mañana. Pero el duque y la duquesa, que habían salido temprano, aún no habían vuelto; espié, primero, desde un cuartito que se me antojaba una buena atalaya, la llegada del coche. En realidad, había escogido muy mal mi observatorio, desde el que distinguí apenas nuestro patio, pero vi otros muchos, cosa que, sin utilidad para mí, me distrajo un momento. No es sólo en Venecia, sino también en París, donde encuentra uno esos puntos de vista que dan a varias casas a la vez y que han tentado a los pintores. No digo Venecia a humo de pajas. En sus barrios pobres es en lo que hacen pensar ciertos barrios pobres de París, a la mañana, con sus altas chimeneas anchas de boca, a las que da el sol los rosas más vivos, los rojos más claros; es todo un jardín que florece por cima de las cosas, y que florece con matices tan varios, que se diría, plantado sobre la ciudad, el jardín de un aficionado a tulipanes, de Delf o de Haarlem. Por otra parte, la extremada proximidad de las casas de ventanas opuestas que dan a un mismo patio hace, en éstos, de cada recuadro de ventana el marco en que una cocinera sueña mirando al suelo, en que, más allá, una muchacha se deja peinar el pelo por una vieja con cara —distinta apenas en la sombra— de bruja; así, cada patio constituye para el vecino de la casa, al suprimir el ruido con su intervalo, dejando ver los ademanes silenciosos en un rectángulo que ponen bajo cristales las vidrieras cerradas, una exposición de cien cuadros holandeses yuxtapuestos. Claro está que desde el palacio de Guermantes no tenía uno la misma clase de vistas, pero sí igualmente curiosas, sobre todo desde el extraño punto trigonométrico en que me había apostado yo y en el que nada estorbaba a la mirada hasta las lejanas alturas que formaban los terrenos relativamente vagos que precedían, por estar muy en cuesta, al palacio de la princesa de Silistria y de la marquesa de Plassac, nobilísimas primas del señor de Guermantes a las

que no conocía yo. Hasta ese hotel (que era el de su padre, el señor de Bréquigny) no había nada más que cuerpos de edificios poco elevados, orientados de las maneras más diversas y que, sin detener la vista, prolongaban la distancia con sus planos oblicuos. La torrecilla de tejas rojas de la cochera en que encerraba sus coches el marqués de Frécourt remataba en una aguja más alta, pero tan delgada que no tapaba nada, y hacía pensar en esas lindas construcciones antiguas de Suiza que irrumpen, aisladas, al pie de una montaña. Todos estos puntos vagos y divergentes en que se reposaban los ojos, hacían parecer más lejos que si hubiera estado separado de nosotros por varias calles o por numerosos contrafuertes el palacio de la señora de Plassac, en realidad bastante cercano, pero quiméricamente alejado como un paisaje alpestre. Cuando sus anchas ventanas cuadradas, encandiladas de sol como hojas de cristal de roca, se abrían para hacer la limpieza, sentía uno, al seguir en los diferentes pisos a los criados imposibles de distinguir bien, pero que sacudían alfombras, el mismo goce que al ver en un cuadro de Turner o de Elstir un viajero en diligencia, o un guía, a diferentes grados de altitud del San Gotardo. Pero desde el «punto de vista» en que me había colocado, me hubiera expuesto a no ver entrar al señor o a la señora de Guermantes, de modo que cuando, a la hora de la siesta me vi en libertad de volver a mi acechadero, emboqué sencillamente por la escalera desde la que no podía pasar inadvertido para mí el abrirse de la puerta cochera, y en la escalera fue donde me aposté, bien que no apareciesen en ella, tan deslumbradoras con sus criados —que el alejamiento tornaba minúsculos, entregados a los quehaceres de la limpieza —, las bellezas alpestres del palacio de Bréquigny y de Tresmes. Ahora bien, esta espera en la escalera había de tener para mí consecuencias tan considerables y descubrirme un paisaje no ya turneriano, sino moral, tan importante, que es preferible aplazar por unos instantes el relato de las mismas, haciéndolo preceder primeramente del de mi visita a los Guermantes cuando supe que habían vuelto. Fue el duque solo quien me recibió en su biblioteca. En el momento en que entraba yo en ésta salió un hombrecillo con el pelo completamente blanco, de apariencia pobretona, con una corbatita negra como la que gastaban el notario de Combray y

varios amigos de mi abuelo, pero de aspecto más tímido, y que, dirigiéndome grandes saludos, no consintió de ningún modo en bajar antes de que hubiese pasado yo. El duque le gritó desde la biblioteca algo que no entendí, y el otro respondió con nuevos saludos dirigidos a la pared, ya que el duque no podía verlo, pero repetidos de todas maneras sin fin, como esas inútiles sonrisas de las personas que hablan con uno por teléfono; el viejo tenía una voz de falsete, y volvió a saludarme con amabilidad de hombre de negocios. Y podía, por lo demás, ser un hombre de negocios de Combray —hasta tal punto tenía el corte provinciano, anticuado y apacible de las gentes humildes, de los viejos modestos de allá—. «Ahora mismo verá usted a Oriana —me dijo el duque en cuanto hube entrado—. Como Swann tiene que venir dentro de un momento a traerle las pruebas de su estudio sobre las monedas de la Orden de Malta, y, lo que es peor, una fotografía inmensa en que ha hecho reproducir las dos caras de esas monedas, Oriana ha preferido vestirse primero para poder estar con él hasta el momento de ir a cenar. Estamos ya tan llenos de trastos que no sabemos dónde ponerlos, y es lo que me digo yo, dónde vamos a meter esa fotografía. Pero es que tengo una mujer demasiado amable, que se complace con exceso en dar gusto a la gente. Le ha parecido que estaría bien pedirle a Swann que le dejase ver unos junto a otros todos esos maestres de la Orden, cuyas medallas ha encontrado él en Rodas. Porque le decía yo a usted Malta: es Rodas, pero se trata de la misma Orden de San Juan de Jerusalén. En el fondo, si a Oriana le interesan esas cosas es únicamente porque Swann se ocupa de ellas. Nuestra familia anda muy mezclada con todo eso; aun hoy, mi hermano, al que usted conoce, es uno de los más altos dignatarios de la Orden de Malta. Pero si yo le hubiese hablado de todas estas cosas a Oriana, ni siquiera me habría escuchado. En cambio, ha bastado que las investigaciones de Swann acerca de los Templarios (porque es inaudito el delirio de la gente de una religión por estudiar la de los demás) le hayan llevado a la historia de los Caballeros de Rodas, herederos de los Templarios, para que inmediatamente quiera ver las cabezas de esos caballeros. Eran unos chiquilicuatros al lado de los Lusiñán, reyes de Chipre, de quienes descendemos por línea recta. Pero como Swann, hasta

ahora, no se ha ocupado de ellos, tampoco Oriana quiere saber nada acerca de los Lusiñán». No pude decirle en seguida al duque a qué había ido a su casa. En efecto, algunas parientas o amigas, como la señora de Silistria y la duquesa de Montrose, vinieron a hacer una visita a la duquesa, que solía recibir antes de la cena, y, como no encontrasen a aquélla, se quedaron un momento con el duque. La primera de dichas damas (la princesa de Silistria), vestida con sencillez, seca, pero de aspecto amable, llevaba en la mano un bastón. Temí, al pronto, que estuviese herida o que fuese inválida. Era, por el contrario, muy avispada. Habló con tristeza al duque de un primo hermano de éste —no por parte de los Guermantes, sino por otro lado más brillante aún si cabía—, cuyo estado de salud, muy quebrantado ya desde hacía algún tiempo, se había agravado súbitamente. Pero se veía que el duque, sin dejar de compadecer la mala suerte de su primo ni de repetir: «¡Pobre Mama! ¡Es tan buen chico!», daba un diagnóstico favorable. En efecto, la comida a que debía asistir el duque le divertía, la espléndida recepción en casa de la princesa de Guermantes no le aburría; pero, sobre todo, tenía que ir a la una de la mañana con su mujer a una gran cena y a un baile de trajes, pensando en el cual estaban a punto un disfraz de Luis XI para él y otro de Isabel de Baviera para la duquesa. Y el duque no quería que le echase a perder estas diversiones múltiples el sufrimiento del buen Amaniano de Asmond. Otras dos damas portadoras de bastones, la señora de Plassac y la de Tresmes, hijas ambas del conde Bréquigny, vinieron luego a hacer su visita a Basin, y declararon que el estado del primo Mama no daba ya lugar a esperanzas. Después de haberse encogido de hombros, y por cambiar de conversación, el duque les preguntó si iban aquella noche a casa de María Gilberto. Respondieron que no, por el estado de Amaniano, que estaba en las últimas, y que incluso habían desistido de asistir a la comida a que iba el duque, y cuyos comensales —el hermano del rey Teodosio, la infanta María Concepción, etc.— le enumeraron. Como el marqués de Osmond era pariente suyo en un grado menos próximo que de Basin, su «defección» le pareció al duque algo así como una censura indirecta a su proceder. Así, aun cuando habían bajado de las alturas del palacio de Bréquigny para ver a la duquesa (o más bien para anunciarle el

carácter alarmante e incompatible con las reuniones mundanas, para los parientes, de su primo), no se quedaron mucho rato, y, provistas de su bastón de alpinista, Walpurgis y Dorotea (tales eran los nombres de las dos hermanas) emprendieron de nuevo el escarpado camino de su cumbre. Nunca se me ocurrió preguntarles a los Guermantes a qué venían aquellos bastones, tan frecuentes en cierto sector del barrio de Saint-Germain. Quizá considerando toda la parroquia como dominio suyo, y porque no les gustase tomar coches de punto, se diesen las dos hermanas largos paseos a pie, para los que alguna antigua fractura, debida al uso inmoderado de la caza y a las caídas de caballo que a menudo lleva consigo, o simplemente los reumatismos provenientes de la humedad de la orilla izquierda del río y de los castillos antiguos, les hacían necesario el bastón. Acaso no hubiesen salido para una expedición tan dilatada por el barrio, y, habiendo bajado solamente a su jardín (que estaba no muy lejos del de la duquesa) a recoger la fruta que necesitaban para las compotas, venían, antes de volverse a casa, a dar las buenas noches a la señora de Guermantes, a cuya casa no llegaban, sin embargo, a llevar unas podaderas o una regadera. Al duque pareció halagarle que yo hubiese ido a su casa el mismo día de su regreso. Pero su semblante se ensombreció cuando le dije que venía a pedirle a su mujer que se informase de si realmente me había invitado su prima. Acababa yo de rozar uno de esos servicios que ni al señor ni a la señora de Guermantes les gustaba prestar. El duque me dijo que era demasiado tarde; que si la princesa no me había enviado invitación, iba a parecer como que pedía él una; que ya le habían negado una sus primos una vez, y que no quería ya, ni de cerca ni de lejos, parecer que se entrometía en sus listas, «que se inmiscuía»; en fin, que ni siquiera sabía si él y su mujer, que cenaban fuera, se volverían inmediatamente después a casa; que en ese caso, su mejor disculpa por no haber ido a la recepción de la princesa era ocultarle su regreso a París; que, evidentemente, de no ser así, se hubieran apresurado, por el contrario, a hacérselo saber, mandándole dos letras o dándole un telefonazo a propósito de mí, y seguramente demasiado tarde, porque, según todas las hipótesis, las listas de la princesa estarían de seguro cerradas. «¿No estará usted a mal con ella?», me dijo con expresión

recelosa, porque los Guermantes tenían siempre el temor de no estar al corriente de las últimas desavenencias, y de que no tratara uno de arreglarse a costa de ellos. Al fin, como el duque tenía la costumbre de echar sobre sí todas las decisiones que podían parecer poco amables: «Mire usted, hijo mío —me dijo de pronto, como si la idea hubiese acudido bruscamente a su magín—, hasta me dan ganas de no decirle nada a Oriana de que me ha hablado usted de esto. Ya sabe usted lo amable que es ella; además, le quiere a usted enormemente, querría mandar recado a casa de su prima, a pesar de cuanto yo pudiera decirle; ¡y está tan cansada después de cenar!, ya no habrá ninguna excusa que valga, se verá obligada a ir a la recepción. No, decididamente, no le diré nada. Por lo demás, ahora mismo va usted a verla. Ni una palabra de esto, se lo ruego. Si se decide usted a ir a la recepción, no necesito decirle qué alegría tendremos en pasar con usted la velada». Los motivos de humanidad son demasiado sagrados para que aquel delante de quien se invocan no se incline ante ellos, créalos sinceros o no; no quise parecer que ponía ni un instante en la balanza mi invitación y la posible fatiga de la señora de Guermantes, y prometí no hablar a ésta del objeto de mi visita, exactamente como si me hubiera engañado la comedieta que para mí acababa de representar el señor de Guermantes. Pregunté al duque si creía que tendría yo alguna probabilidad de ver en casa de la princesa a la señora de Stermaria. «No —me dijo con expresión de buen conocedor—; conozco el apellido que dice usted de verlo en los anuarios de los clubs; no es ésa precisamente la clase de sociedad que va a casa de Gilberto. Allí no verá usted más que gentes excesivamente correctas y aburridísimas, duquesas que llevan títulos que uno creía extinguidos y que se han vuelto a sacar para el caso, todos los embajadores, muchos Coburgos, altezas extranjeras, pero no piense usted encontrar ni sombra de Stermaria. Gilberto se pondría enfermo sólo con esa suposición de usted».

«¡Ah!, a usted que le gusta la pintura, tengo que enseñarle un cuadro soberbio que le he comprado a mi primo, en parte a cambio de los Elstir, que decididamente no nos gustaban. Me lo han vendido por un Philippe de Champagne, pero yo creo que es algo aún más grande. Me parece que es un Velázquez, y de la época más hermosa», me dijo el duque mirándome a los

ojos, fuese por conocer mi impresión, fuese para aumentarla; entró un criado. «La señora duquesa me manda a preguntar al señor duque si quiere recibir el señor duque al señor Swann, porque la señora duquesa todavía no está arreglada». «Haga usted pasar al señor Swann», dijo el duque después de haber mirado su reloj y visto que aún le quedaban unos minutos antes de ir a vestirse. «Naturalmente, mi mujer, que le ha dicho que viniera, no está arreglada. No hay para qué hablar delante de Swann de la recepción de María Gilberto —me dijo el duque—. No sé si está invitado. Gilberto le quiere mucho, porque le cree nieto natural del duque de Berri; es toda una historia. (De no ser por eso, figúrese usted, ¡mi primo, que le da un ataque cuando ve un judío a cien metros!). Pero, en fin, ahora la cosa se agrava con la cuestión de Dreyfus; Swann hubiera debido comprender que él más que ningún otro debía cortar todos los cables con esas gentes; pues bueno, lejos de eso, anda diciendo por ahí cosas desagradables». El duque llamó al criado para saber si el que había mandado a casa de su primo el de Osmond había vuelto. En efecto, el plan del duque era el siguiente: como creía, con razón, moribundo a su primo, tenía empeño en hacer que le trajesen noticias de él antes de su muerte; es decir, antes del luto forzoso. Una vez a cubierto por la certeza oficial de que Amaniano estaba vivo aún, se largaría a su cena, a la recepción del príncipe, al baile de trajes a que iría disfrazado de Luis XI y en donde tenía la más excitante de las citas con una nueva querida, y ya no mandaría en busca de noticias antes de la mañana siguiente, cuando hubieran acabado las diversiones. Entonces se pondrían de luto, si el enfermo había fallecido durante la noche. «No, señor duque, todavía no ha vuelto». «¡Maldita sea! Aquí no se hacen nunca las cosas hasta última hora», dijo el duque ante el pensamiento de que Amaniano había tenido tiempo de «espichar» para cuando saliese algún periódico de la noche, y hacerle perder a él su baile de trajes. Mandó que le trajesen el *Temps*, en que no venía nada. No había visto yo a Swann desde hacía mucho tiempo; por un instante me pregunté si no se afeitaba antes el bigote, o si no llevaba el pelo cortado al rape, porque encontraba algún cambio en él; era únicamente que estaba, en efecto, muy «cambiado», porque estaba muy malo, y la enfermedad produce en el semblante modificaciones tan profundas como el

dejarse crecer la barba o cambiarse de lado la raya. (La enfermedad de Swann era la misma que se había llevado a su madre y por la que ésta había sido atacada precisamente a la edad que tenía él. Nuestras existencias están, en realidad, por obra de la herencia, tan llenas de cifras cabalísticas, de aojamientos, como si realmente hubiera brujas. Y así como hay una cierta duración de la vida para la humanidad en general, hay una para las familias en particular; es decir, dentro de las familias, para los miembros que se parecen). Swann iba vestido con una elegancia que, como la de su mujer, asociaba a lo que era lo que había sido. Enfundado en una levita gris perla que hacía resaltar su aventajada estatura, esbelto, blancos los guantes con rayas negras en el dorso, llevaba una chistera gris de una forma ancha de base que hacía Delion exclusivamente para él, para el príncipe de Sagan, para el señor de Charlus, para el marqués de Módena, para Carlos Haas y para el conde Luis de Turena. Me dejó sorprendido la agradable sonrisa y el afectuoso apretón de manos con que respondió a mi saludo, porque creí yo que al cabo de tanto tiempo no habría de reconocerme en seguida; le dije cuál era mi asombro; lo recibió con risotadas, un poco de indignación y una nueva presión de la mano, como si fuese poner en duda la integridad de su inteligencia o la sinceridad de su afecto suponer que no me reconociera. Y ese era, sin embargo, el caso; no me identificó, lo he sabido mucho después, hasta unos minutos más tarde, al oír mi apellido. Pero ningún cambio en su rostro, en sus palabras, en las cosas que me dijo, delató el descubrimiento, que una frase del señor de Guermantes le llevó a hacer; tal maestría y seguridad tenía en el juego de la vida mundana. Ponía en él, por lo demás, aquella espontaneidad en las maneras y aquellas iniciativas personales, incluso en materia de atuendo, que caracterizaban a la especie de los Guermantes. Así, el saludo que sin reconocerme me había hecho el viejo clubman no era el saludo frío y rápido del hombre de mundo puramente formalista, sino un saludo colmado de una amabilidad real, de una gracia verdadera, como las que tenía la duquesa de Guermantes, por ejemplo (que llegaba hasta ser la primera en sonreíros antes de que la hubieseis saludado, si se encontraba con vosotros), en oposición a los saludos más mecánicos, habituales en las damas del barrio de Saint-Germain. Del mismo modo,

también, su sombrero, que, con arreglo a una costumbre que tendía a desaparecer, puso en el suelo a su lado, estaba forrado de cuero verde, cosa que no se hacía de ordinario, pero es porque (según decía él) era mucho menos sucio, y en realidad porque estaba muy bien. «Oiga usted, Carlos, usted que es buen catador, venga a ver una cosa; después, hijitos, voy a pedirles permiso para dejarles juntos un instante mientras voy a ponerme un frac; por lo demás, supongo que no ha de tardar Oriana». Y le enseñó su *Velázquez* a Swann. «¡Pero si me parece que conozco esto!», dijo Swann, con la mueca de las personas enfermas para quienes hablar es ya una fatiga. «Sí —dijo el duque, al que había hecho ponerse serio lo que tardaba el conocedor en expresar su admiración—. Probablemente lo habrá visto usted en casa de Gilberto». «¡Ah!, en efecto, ahora me acuerdo». «¿Qué cree usted que es?». «Pues, si estaba en casa de Gilberto, probablemente será alguno de sus *antepasados*», dijo Swann con una mezcla de ironía y deferencia hacia una grandeza que hubiera estimado descortés y ridículo negarse a reconocer, pero de la que por buen gusto no quería hablar sino «en broma».

«Pues claro que sí —dijo violentamente el duque—. Es Boson, número ya no sé cuántos de los Guermantes. Pero eso me trae sin cuidado. Ya sabe usted que no soy tan feudal como mi primo. He oído apuntar el nombre de Rigaud, de Mignard, ¡de Velázquez, inclusive! —dijo el duque, clavando en Swann una mirada de inquisidor y de sayón, para tratar a la vez de leer en su pensamiento y de influir en su respuesta—. En fin —concluyó, porque cuando se le llevaba a provocar artificialmente una opinión que deseaba, tenía la facultad, al cabo de unos instantes, de creer que había sido emitida espontáneamente—; vamos a ver, sin lisonjas: ¿cree usted que sea de alguno de los grandes pontífices que acabo de decir?». «Nnnno», dijo Swann. «Pero entonces, en fin, yo no entiendo nada de esto, no es a mí a quien toca decidir de quién es este mamarracho. Pero usted que es un aficionado, un maestro en la materia, ¿a quién lo atribuye? Es usted bastante entendido para tener alguna idea». Swann vaciló un momento ante aquel lienzo que visiblemente encontraba horrible: «¡A la malevolencia!», respondió, riéndose, al duque, que no pudo dejar pasar un movimiento de

ira. Cuando ésta se hubo calmado: «Ustedes son muy amables, esperen un instante a Oriana, voy a ponerme el frac, y vuelvo. Voy a hacer que avisen a la parienta de que están ustedes esperándola». Hablé un momento con Swann de la cuestión de Dreyfus, y le pregunté cómo podía ser que todos los Guermantes fuesen antidreyfusistas. «En primer lugar, porque toda esa gente es antisemita», respondió Swann, que de sobra sabía, sin embargo, por experiencia, que algunos de ellos no lo eran, pero que, como todas las gentes que profesan una opinión ardiente, prefería, para explicar que ciertas personas no la compartiesen, suponerles una razón preconcebida, un prejuicio contra el que no había modo de hacer nada, antes que unas razones que pudieran ser sometidas a discusión. Por otra parte, llegado al término prematuro de su vida, como un animal rendido al que se hostiga, execraba esas persecuciones y se acogía de nuevo al aprisco religioso de sus padres. «Por lo que se refiere al príncipe de Guermantes —dije—, es verdad, me habían dicho que era antisemita». «¡Oh!, de ése ni siquiera hablo. Lo es hasta el punto de que cuando era oficial, un día que estaba con un dolor de muelas espantoso, prefirió seguir con los dolores antes que consultarse con el único dentista de la comarca, que era judío; y más tarde ha dejado que se quemase un ala de su castillo en que había prendido el fuego porque hubiera tenido que pedir unas bombas de incendios al castillo vecino, que es de los Rothschild». «¿Va usted por casualidad esta noche a su casa?». «Sí —me respondió—, aunque me encuentro cansadísimo. Pero me ha mandado un continental para advertirme que tenía que decirme algo. Siento que voy a estar demasiado malo estos días para ir a su casa o para recibirle; me agitaré a cuenta de eso, y prefiero verme libre de ello en seguida». «Pero el duque de Guermantes no es antisemita». «Ya ve usted que sí, puesto que es antidreyfusista» —me respondió Swann, sin darse cuenta de que cometía una petición de principio—. «Eso no impide que me duela haber defraudado a ese hombre —¡qué digo!, a ese duque— al no admirar su supuesto Mignard, o lo que fuese». «Pero, bueno —continué, volviendo a la cuestión de Dreyfus—, la duquesa es inteligente». «Sí, es encantadora. En mi opinión, aún lo ha sido más cuando todavía se llamaba princesa de los Laumes. Su inteligencia ha cobrado un no sé qué más

anguloso; todo eso era más tierno en la gran dama juvenil; pero al fin, más o menos jóvenes, hombres y mujeres, ¿qué quiere usted?, toda esa gente es de otra raza, no se llevan impunemente mil años de feudalismo en la masa de la sangre. Ellos, naturalmente, creen que eso no entra para nada en sus opiniones». «Pero Roberto de Saint-Loup, así como así, es dreyfusista». «¡Ah!, ¡mejor que mejor!, tanto más, cuanto que ya sabe usted que su madre es muy antidreyfusista. Me habían dicho de él que era dreyfusista, pero no estaba seguro de ello. Eso me da un alegrón. No me choca de él, es muy inteligente. Eso es mucho».

El dreyfusismo había vuelto a Swann de un candor extraordinario, comunicando a su manera de ver un impulso, un descarrío más notables aún de los que en otro tiempo le había traído su boda con Odette; este nuevo cambio de posición hubiera estado mejor calificado de reencasillamiento, y no era sino honroso para él, ya que le hacía volver a encauzarse en el camino por donde habían venido los suyos y del que le habían desviado sus relaciones aristocráticas. Pero Swann, precisamente en el mismo momento en que, tan lúcido, le estaba dado, gracias a los antecedentes heredados de su ascendencia, ver una verdad todavía oculta para las gentes de mundo, mostrábase, sin embargo, de una ceguedad cómica. Remitía todas sus admiraciones y todos sus desdenes a la prueba de un criterio nuevo, el dreyfusismo. Que el antidreyfusismo de la señora de Bontemps le hiciese encontrarla estúpida no tenía más de asombroso que el hecho de que, cuando se había casado, la hubiese encontrado inteligente. Tampoco era muy grave que la nueva oleada alcanzase asimismo en él a los juicios políticos, y le hiciese perder el recuerdo de haber tratado de hombre venal, de espía de Inglaterra (era un absurdo del círculo de los Guermantes), a Clemenceau, al que ahora declaraba haber tenido siempre por una conciencia, por un hombre de hierro, como Cornély. «No, nunca le he dicho a usted otra cosa. Se confunde usted». Pero la ola, pasando más allá de los juicios políticos, echaba por tierra en Swann los juicios literarios y hasta la manera de expresarlos. Barres había perdido todo asomo de talento, y hasta sus obras de mocedad eran flojuchas, apenas podían releerse. «Inténtelo usted, no podrá llegar hasta el final. ¡Qué diferencia de Clemenceau! Yo,

personalmente, no soy anticlerical, pero al lado de ese hombre, ¡cómo se da uno cuenta de que Barres no tiene huesos! El tío Clemenceau es un buenazo estupendo. ¡Cómo conoce su lengua!». Por lo demás, los antidreyfusistas no hubieran tenido derecho a criticar estas locuras. Se explicaban que una persona fuese dreyfusista por ser de origen judío. Si un católico practicante como Samiette estaba también por la revisión, era que lo tenía cogido la señora Verdurin, que procedía como una radical acérrima. Estaba, ante todo, contra los «carcas». Samiette tenía más de tonto que de malo, y no sabía el daño que le hacía la Patrona. Y si se objetaba que también Brichot era amigo de la señora de Verdurin y miembro de «La Patria francesa», es porque era más inteligente. «Usted le ve alguna vez», dije a Swann, hablando de Saint-Loup. «No, nunca. El otro día me ha escrito para que le pida al duque de Mouchy y a algunos otros que voten por él en el *Jockey*, donde, por lo demás, ha pasado como si tal cosa». «¡A pesar del *Affaire*!». «No se ha planteado la cuestión. Por otra parte, debo decirle a usted que desde que ha empezado todo esto ya no pongo los pies en ese local».

Volvió a entrar el señor de Guermantes, y poco después apareció su mujer, arreglada ya, alta y soberbia, con un traje de raso rosa cuya falda estaba bordada de lentejuelas. Traía en el pelo una gran pluma de avestruz teñida de púrpura, y un chal de tul del mismo rojo echado por los hombros. «¡Qué bien está esto de hacerse forrar de verde el sombrero! —dijo la duquesa, a la que no se le escapaba nada—. Por lo demás, en usted, Carlos, todo hace bien, lo mismo lo que lleva puesto que lo que dice, como lo que lee o lo que hace». Swann, mientras tanto, sin que pareciese oírla, examinaba a la duquesa como hubiera examinado un lienzo de un maestro, y buscó luego su mirada haciendo con la boca el mohín que quiere decir: «¡Demonio!». La señora de Guermantes soltó la carcajada. «Le gusta a usted mi traje; me alegro. Pero debo decirle que lo que es a mí no me hace mucha gracia —añadió con expresión de fastidio—. ¡Dios mío, qué aburrimiento eso de tener que arreglarse, que salir, cuando tanto le gustaría a una quedarse en casa!». «¡Magníficos rubíes!». «¡Ah, Carlitos!, al menos se ve que entiende usted de esto; no es usted como ese bárbaro de Monserfeuil, que me preguntaba si eran finos. Debo decir que nunca he

visto otros tan hermosos. Es un regalo de la gran duquesa. Para mi gusto son un poco grandes de más, un tanto vaso de Burdeos lleno hasta los bordes, pero me los he puesto porque esta noche hemos de ver a la gran duquesa en casa de María Gilberto», añadió la señora de Guermantes, sin sospechar que esta afirmación destruía las del duque. «¿Qué hay en casa de la duquesa?», preguntó Swann. «Casi nada», se apresuró a responder el duque, al que la pregunta de Swann había hecho creer que éste no estaba invitado. «Pero ¿cómo, Basin? ¡Si están convocados toda la nobleza y sus feudatarios! Va a ser un latazo tremendo. Lo que estará bien —añadió mirando a Swann con expresión delicada—, si la tormenta que está en el aire no estalla, son aquellos maravillosos jardines. Ya los conoce usted. Yo estuve allí hace un mes, en el momento en que estaban en flor las lilas; no es posible hacerse una idea de lo hermoso que podía ser aquello. Y luego, el surtidor; en fin, es realmente Versalles en París». «¿Qué clase de mujer es la princesa?», pregunté. «Pero si ya sabe usted, puesto que la ha visto aquí, que es hermosa como el sol, que es también un tanto idiota, muy amable a pesar de su altanería germánica, llena de la mejor intención y de torpezas». Swann era demasiado agudo para no ver que la señora de Guermantes trataba en ese momento de «hacer gala del ingenio de los Guermantes», y a poca costa, ya que no hacía más que servirnos de nuevo, en una forma menos perfecta, antiguas frases de su propia cosecha. Con todo, para demostrar a la duquesa que comprendía su intención de ser graciosa, y como si realmente lo hubiera sido, sonrió con expresión un tanto forzada, causándome con este modo particular de insinceridad el mismo embarazo que había sentido en otro tiempo al oír a mis padres hablar con el señor Vinteuil de la corrupción de ciertos medios (cuando sabían muy bien que era mucho mayor la que reinaba en Mountjovain), a Legrandin matizar su conversación para unos necios, escoger epítetos delicados que sabía perfectamente que no podían ser comprendidos por un público rico o distinguido, pero iletrado. «Bueno, Oriana, ¿qué está usted diciendo? —terció el señor de Guermantes—. ¿Tonta María? Lo ha leído todo, es música como un violín». «Pero, mi pobre Basin, es usted una criatura recién nacida. ¡Como si no pudiera uno ser todo eso y un poco idiota! Idiota, por lo demás,

es exagerado; no, es nebulosa, es Hesse-Darmstadt, Sacro Imperio y ñoña. Sólo esa manera que tiene de pronunciar me pone nerviosa. Pero reconozco, por lo demás, que es una chiflada encantadora. En primer lugar, la sola idea de haber descendido de su trono alemán para venir a casarse burguesísimamente con un simple particular. ¡Cierto es que lo ha escogido ella! ¡Ah, pero es verdad! —dijo volviéndose hacia mí—, ¡usted no conoce a Gilberto! Voy a darle una idea de él: hace tiempo cayó en cama porque yo había dejado tarjeta en casa de la señora de Carnot… Pero, Carlitos —dijo la duquesa por cambiar de conversación, al ver que la historia de la tarjeta que había dejado en casa de la señora de Carnot parecía irritar al señor de Guermantes—, ¿sabe usted que no me ha mandado la fotografía de nuestros caballeros de Rodas, a los que he tomado cariño por usted, y con los que tantas ganas tengo de trabar conocimiento?». El duque, a todo esto, no había cesado de mirar a su mujer fijamente: «Oriana, al menos habría que contar la verdad y no comerse la mitad de ella. Es preciso decir —rectificó dirigiéndose a Swann— que la embajadora de Inglaterra en aquel momento, que era una mujer buenísima, pero que vivía un poco en la luna y tenía costumbre de tirarse esas planchas, había tenido la ocurrencia bastante descabellada de invitarnos al mismo tiempo que al presidente y a su mujer. Nosotros, hasta la misma Oriana, nos quedamos bastante sorprendidos, tanto más cuanto que la embajadora conocía suficientemente a las mismas personas que nosotros para no invitarnos precisamente a una reunión tan extraña. Allí estaba un ministro que ha robado, en fin, paso la esponja; a nosotros no nos habían prevenido, nos encontramos cogidos en el lazo, y fuerza es reconocer, por lo demás, que toda aquella gente estuvo muy cortés. Sólo que ya estaba bien así. La señora de Guermantes, que no suele hacerme el honor de consultar conmigo las cosas, creyó que debía ir a dejar tarjeta aquella misma semana en el Elíseo. Gilberto fue acaso un poco lejos de más en ver en eso algo así como un borrón para nuestro apellido. Pero no hay que olvidar que, dejando a un lado la política, el señor Carnot, que por lo demás ocupaba muy decorosamente su puesto, era nieto de un miembro del Tribunal revolucionario que ha hecho perecer en un día a once de los nuestros». «Entonces, Basin, ¿por qué iba usted a cenar todas las semanas a

Chantilly? El duque de Aumale no dejaba de ser también nieto de un miembro del Tribunal revolucionario, con la diferencia de que Carnot era un buen hombre, y Felipe Igualdad un canalla horrible». «Perdóneme que la interrumpa para decirle que he mandado la fotografía —dijo Swann—. No comprendo cómo no se la han dado». «No me choca más que a medias. Mis criados sólo me dicen aquello que juzgan oportuno. Probablemente no les gusta la Orden de San Juan». Y llamó al timbre. «Ya sabe usted, Oriana, que cuando yo iba a cenar a Chantilly, era sin ningún entusiasmo». «Sin entusiasmo, pero con camisa de noche, por si el príncipe le pedía que se quedase a dormir, cosa que, por lo demás, hacía raras veces, como un perfecto animalito que era, como todos los Orleáns. ¿Sabe usted con quién cenamos en casa de la señora de Saint-Euverte?», preguntó la señora de Guermantes a su marido. «Fuera de los convidados que ya conoce usted, irá —lo han invitado a última hora— el hermano del rey Teodosio». Ante esta noticia, los rasgos de la señora de Guermantes respiraron júbilo, y sus palabras fastidio. «¡Ay, Dios! ¡Más príncipes todavía!». «Pero ese es amable e inteligente», dijo Swann. «Pero no por completo, de todas maneras —respondió la duquesa, pareciendo como si buscara las palabras para dar más novedad a su pensamiento—. ¿No ha observado usted entre los príncipes que los más amables de ellos no acaban de serlo del todo? Pues sí, se lo aseguro yo. Tienen que tener siempre una opinión acerca de todo. Y como no tienen ninguna, se pasan la primera parte de su vida preguntándonos las nuestras, y la segunda sirviéndonoslas de nuevo. Es absolutamente preciso que digan que esto ha sido bien representado, que aquello ha sido menos bien representado. No hay ninguna diferencia. Mire usted, ese pequeño. Teodosio chico (ya no recuerdo su nombre), me ha preguntado que cómo se llamaba a un motivo orquestal. Le he respondido —dijo la duquesa con los ojos brillantes y rompiendo a reír con sus hermosos labios rojos—: ‘Pues se le llama un motivo orquestal.’ Bueno, pues en el fondo no quedó satisfecho». «¡Ay, Carlitos! —prosiguió la señora de Guermantes—, ¡cuidado que puede ser aburrido cenar fuera de casa! Hay noches en que preferiría uno morirse. Verdad es que acaso sea tan aburrido morirse, puesto que no se sabe lo que es eso». Apareció un lacayo. Era el mozo enamorado

que había tenido sus dimes y diretes con el portero hasta que la duquesa, con su bondad, hubo puesto entre ellos una paz aparente: «¿Tengo que ir a preguntar esta noche por el señor marqués de Osmond?», preguntó. «¡De ningún modo! ¡No tiene usted que hacer nada hasta mañana por la mañana! Ni siquiera quiero que se quede usted aquí esta noche. El criado ése del marqués que conoce usted no tendría otra cosa que hacer que venir a traerle noticias y decirle que fuese a buscarnos. Salga usted, váyase adonde se le antoje, de juerga, duerma fuera, pero no quiero tenerlo aquí antes de mañana por la mañana». Una alegría inmensa desbordó del semblante del lacayo. Por fin iba a poder pasar largas horas con su prometida, a la que apenas podía ver ya desde que, a consecuencia de una nueva agarrada con el portero, la duquesa le había explicado amablemente que más valía que no volviera a salir, para evitar nuevos conflictos. Nadaba, ante el pensamiento de que al fin tenía libre la velada, en una felicidad que la duquesa echó de ver y comprendió. Sintió como un ahogo al corazón y una comezón en todos los miembros a la vista de aquella felicidad que alguien se permitía sin su consentimiento, escondiéndose de ella, y que la ponía irritada y celosa. «No, Basin, nada de eso; que se quede aquí, que no se mueva de casa». «¡Pero, Oriana, es absurdo!, allá está toda su gente; además, a medianoche tendrá usted a la camarera y al del vestuario para nuestro baile de trajes. Este hombre no puede servir de nada, y como sólo él es amigo del lacayo de Mama, prefiero mil veces mandarlo lejos de aquí». «Mire usted, Basin, déjeme a mí; precisamente tendré que mandarle decir algo por la noche, no sé a ciencia cierta a qué hora. Sobre todo, usted no se mueva, no se mueva de aquí ni un minuto», dijo al desesperado lacayo. Si siempre estaba habiendo cuestiones y si la gente paraba poco en casa de la duquesa, la persona a quien había que atribuir esta guerra constante era, desde luego, inamovible, pero no era el portero; claro está que a éste, para el trabajo más basto, para los martirios que resultaban más fatigosos de infligir; para las riñas que acababan a golpes, le confiaba la duquesa los pesados instrumentos de esa lucha; por lo demás, el hombre desempeñaba su papel sin sospechar que le hubiera sido encomendado. Como la servidumbre, admiraba la bondad de la duquesa; y los lacayos poco clarividentes venían,

después de haberse marchado, a ver frecuentemente a Francisca, diciendo que la casa del duque hubiera sido la mejor colocación de París si no fuera por la portería. La duquesa manejaba la portería como se manejó durante mucho tiempo el clericalismo, la francmasonería, el peligro judío, etc… Entró un lacayo. «¿Por qué no me han subido el paquete que ha mandado el señor Swann? Pero, a propósito (ya sabrá usted que Mama está muy enfermo, Carlos), ¿ha vuelto Julio, que había ido a preguntar por el señor marqués de Osmond?». «Acaba de llegar ahora mismo, señor duque. Se espera de un momento a otro que no salga adelante el señor marqués». «¡Ah, está vivo! —exclamó el duque con un suspiro de alivio—. ¡Se espera! ¡Se espera! ¡Valiente camueso está usted! Mientras hay vida hay esperanza —nos dijo el duque en tono jubiloso—. Ya me lo pintaban como muerto y enterrado. De aquí a ocho días estará más valiente que yo». «Son los médicos quienes han dicho que no saldría de esta noche. Uno de ellos quería volver luego. Su jefe ha dicho que era inútil. El señor marqués debía ya estar muerto; sólo vive aún gracias a unas lavativas de aceite alcanforado». «¡Cállese usted, pedazo de idiota! —gritó el duque en el colmo de la cólera—. ¿Quién le pregunta todo eso? No ha entendido usted nada de lo que le han dicho». «No ha sido a mí, fue a Julio». «¿Quiere usted callarse? —aulló el duque, y volviéndose hacia Swann—: ¡Qué suerte que esté vivo! Recobrará fuerzas poco a poco. ¡Vive después de una crisis como esa! La cosa es ya excelente. No puede pedirse todo a la vez. No debe de ser desagradable una lavativita de aceite alcanforado». Y, frotándose las manos: «Está vivo, ¿qué más se quiere? Después de haber pasado por lo que ha pasado, no es poco ya. Hasta es como para envidiarle por tener un temperamento así. ¡Ah, los enfermos! Con ellos se tienen cuidados que no se toman con nosotros. Esta mañana, el tunante del cocinero me ha puesto una pierna de cordero con salsa bearnesa que le ha salido maravillosa, lo reconozco, pero precisamente por eso me he servido tanto que aún me está pesando en el estómago. Eso no impide que nadie venga a preguntar por mí como van a preguntar por mi buen Amaniano. Incluso van a preguntar con exceso. Lo cansan. Hay que dejarle respirar. Lo están matando a ese hombre con mandar recados a cada instante a su casa». «Bueno —dijo la duquesa al

lacayo que se retiraba—, había pedido que subieran la fotografía envuelta que me ha mandado el señor Swann». «Señora duquesa, es tan grande que no sabía si pasaría por la puerta. La hemos dejado en el vestíbulo. ¿Quiere la señora duquesa que la suba?». «Bueno, no hubieran debido decírmelo, pero si es tan grande, ahora la veré al bajar». «Se me ha olvidado también decirle a la señora duquesa que la señora condesa de Molé había dejado esta mañana una tarjeta para la señora duquesa». «¿Cómo, esta mañana?», dijo la duquesa en tono de descontento y juzgando que una mujer tan joven no podía permitirse dejar tarjeta por la mañana. «Hacia eso de las diez, señora duquesa». «Enséñeme usted esas tarjetas». «De todas maneras, Oriana, cuando dice usted que María ha tenido una peregrina ocurrencia en casarse con Gilberto —prosiguió el duque, que volvía a su conversación primera—, es usted quien tiene una manera singular de escribir la historia. Si alguien ha hecho el tonto en ese matrimonio, es Gilberto, por haberse ido a casar precisamente con una parienta tan próxima del rey de los belgas, que ha usurpado el nombre de Brabante, que es nuestro. Nosotros, en una palabra, somos de la misma sangre que los Hesse, y de la rama principal. Siempre es estúpido hablar de sí mismo —dijo dirigiéndose a mí—, pero, en fin, cuando hemos ido no sólo a Darmstad, sino incluso a Cassel y a todo el Hesse elector, todos los landgraves han hecho ver siempre amablemente que nos cedían el paso y el primer lugar, como de la rama principal que éramos». «Pero, bueno, Basin, no va usted a venir contándome que esa persona que era coronel de todos los regimientos de su país, que la prometían al rey de Suecia…». «¡Oh!, Oriana, eso es demasiado fuerte, cualquiera diría que no sabe usted que el abuelo del rey de Suecia labraba la tierra en Pau cuando nosotros llevábamos novecientos años de ser lo más empingorotado de toda Europa». «Eso no es obstáculo para que si se dijera en la calle: ‘Mira, ahí va el rey de Suecia’, todo el mundo corriese para verlo, hasta en la plaza de la Concordia, y si se dice: ‘Ahí va el señor de Guermantes’, nadie sabe quién es». «¡Vaya una razón!». «Por lo demás, no puedo comprender cómo, desde el momento en que el título de duque de Brabante ha pasado a la familia real de Bélgica, puede usted pretender ese título».

El lacayo volvió con la tarjeta de la condesa de Molé, o más bien con lo que ésta había dejado como tarjeta. Alegando que no llevaba ninguna encima, había sacado de su bolsillo una carta que había recibido, y, guardándose el contenido, había doblado un pico del sobre que llevaba el nombre: Condesa de Molé. Como el sobre era bastante grande, con arreglo al formato del papel de cartas que estaba de moda aquel año, esta «tarjeta» escrita a mano resultaba que tenía casi dos veces la dimensión de una tarjeta de visita ordinaria. «Esto es lo que llaman la sencillez de la señora de Molé —dijo la duquesa con ironía—. Quiere hacernos creer que no tenía tarjetas, y demostrar su originalidad. Pero ya conocemos todo eso, ¿no es verdad, Carlitos?, somos un tanto demasiado viejos y bastante originales para aprender ingenio de una damisela que ha salido al mundo hace cuatro años. Es encantadora, pero de todos modos no me parece que tenga suficiente volumen para imaginarse que pueda asombrar al mundo a tan poca costa como es dejar un sobre en lugar de una tarjeta, y dejarlo a las diez de la mañana. Su madre, la ratona vieja, le enseñará que sabe tanto como ella en ese capítulo». Swann no pudo menos de reírse al pensar que la duquesa, que, por lo demás, estaba un poco celosa del éxito de la señora de Molé, no dejaría de encontrar en «el ingenio de los Guermantes» alguna respuesta impertinente para la visitante. «Por lo que hace al título de duque de Brabante, cien veces le he dicho a usted, Oriana…», continuó el duque, al que cortó la palabra la duquesa, sin escuchar. «¡Pero Carlitos, me estoy cansando de esperar por su fotografía!». «¡Ah!, *extinctor draconis labrator Anubis*», dijo Swann. «Sí, es tan bonito lo que me ha dicho usted sobre eso en comparación del San Jorge de Venecia… Pero no comprendo a qué viene lo de *Anubis*». «¿Cómo es el que es antepasado de Babal?», preguntó el duque. «Usted querría ver su *babala* —dijo la señora de Guermantes en un tono seco, por mostrar que hasta ella desdeñaba este retruécano—. Pues yo quisiera verlos todos», añadió. «Oiga usted, Carlos, vamos a bajar, mientras esperamos a que vengan con el coche —dijo el duque—; nos hará usted la visita en el vestíbulo, porque mi mujer no nos va a dejar en paz mientras no haya visto su fotografía. Yo soy menos impaciente, a decir verdad —añadió con aires de satisfacción—. Yo soy un hombre tranquilo, pero lo que es ella

nos pondría a morir primero». «Soy por completo de su opinión, Basin —dijo la duquesa—; vamos al vestíbulo; por lo menos sabemos por qué nos vamos del gabinete de usted, mientras que nunca sabremos por qué venimos de los condes de Brabante». «Cien veces le he repetido a usted cómo había entrado el título en la casa de Hesse —dijo el duque (mientras íbamos a ver la fotografía y yo pensaba en las que Swann me llevaba a Combray)—, por el matrimonio de un Brabante, en 1241, con la hija del último landgrave de Turingia y de Hesse; de modo que incluso es más bien el título de príncipe de Hesse el que ha entrado en la casa de Brabante, que no el de duque de Brabante en la casa de Hesse. Por otra parte, recordará usted que nuestro grito de guerra era el de los duques de Brabante: 'Limburgo para quien lo ha conquistado', hasta que hemos cambiado las armas de los Brabantes por las de los Guermantes, cosa en que me parece que anduvimos equivocados, y el ejemplo de Gramont no es como para hacerme cambiar de parecer». «Pero —respondió la señora de Guermantes— como es el rey de los belgas el que lo ha conquistado… Por lo demás, el heredero de Bélgica se llama duque de Brabante». «Pero, hija mía, eso que usted dice no se tiene en pie, y peca por la base. Usted sabe tan bien como yo que hay títulos de pretensión que subsisten perfectamente si el territorio es ocupado por un usurpador. Por ejemplo, el rey de España se califica precisamente de duque de Brabante, invocando con ello una posesión menos antigua que la nuestra, pero más antigua que la del rey de los belgas. También se dice duque de Borgoña, rey de las Indias Occidentales y Orientales, duque de Milán. Ahora bien, ya no posee la Borgoña, las Indias ni el Brabante, ni más ni menos que no poseo yo este último, ni lo posee el príncipe de Hesse. El rey de España no deja de proclamarse rey de Jerusalén, y lo mismo el emperador de Austria, y ni uno ni otro poseen Jerusalén». Se detuvo un instante, apurado porque el nombre de Jerusalén hubiera podido confundir a Swann, a causa de las «cuestiones en litigio», mas no por eso dejó de continuar más aprisa: «Eso que dice usted puede decirlo de todo. Hemos sido duques de Aumale, ducado que ha pasado tan regularmente a la casa de Francia como Joinville y Chevreuse a la casa de Albert. No pedimos reivindicaciones a cuenta de esos títulos, como no las reclamamos a

propósito del de marqués de Noirmontiers, que fue nuestro y que pasó por modo regularísimo a ser patrimonio de la casa de La Trémoille; pero porque ciertas cesiones sean válidas, no se sigue de eso que lo sean todas. Por ejemplo —dijo volviéndose hacia mí—, el hijo de mi cuñada lleva el título de príncipe de Agrigento, que nos viene de Juana la Loca, como a los de La Trémoille el de príncipe de Tarento. Ahora bien, Napoleón ha dado ese título de Tarento a un soldado que por lo demás podía ser un buen número de tropa, pero en eso el emperador ha dispuesto de lo que le pertenecía menos aún que a Napoleón III cuando creó un duque de Montmorency, puesto que Périgord, al menos, tenía por madre a una Montmorency, mientras que el Tarento de Napoleón I no tenía de Tarento más que la voluntad de Napoleón de que lo fuese. Eso no le ha impedido a Chaix d'Est-Auge, haciendo alusión a su tío de usted, Condé, preguntar al fiscal imperial si había ido a recoger el título de duque de Montmorency a los fosos de Vincennes».

«Mire usted, Basin, no pido cosa mejor que seguirle a usted a los fosos de Vincennes, y a Tarento inclusive. Y a propósito de esto, Carlitos, eso es justamente lo que quería decirle mientras me hablaba usted de su San Jorge, de Venecia. Es que Basin y yo tenemos intención de pasar la primavera próxima en Italia y en Sicilia. Si viniera usted con nosotros, ¡imagínese qué diferente sería! No hablo solamente de la alegría de verle, sino que figúrese, con todo lo que me ha contado usted tantas veces acerca de los recuerdos de la conquista normanda y de los recuerdos de la antigüedad, ¡figúrese en lo que se convertiría un viaje como ése, de hacerlo con usted! Es decir, que hasta Basin, ¡qué digo!, hasta Gilberto, sacarían provecho de ello, porque me da el corazón que hasta las pretensiones a la corona de Nápoles y todas esas tramoyas me interesarían, si las explicase usted en unas iglesias románicas vetustas, o en unos pueblecitos colgados como en los cuadros de los primitivos. Pero vamos a ver su fotografía. Deshaga usted el envoltorio», dijo la duquesa a un lacayo. «¡Pero Oriana, esta noche, no! Mañana mirará usted eso —imploró el duque, que ya me había hecho señas de espanto al ver la inmensidad de la fotografía». «¡Pero si me divierte ver esto con Carlos!», dijo la duquesa con una sonrisa a la vez ficticiamente

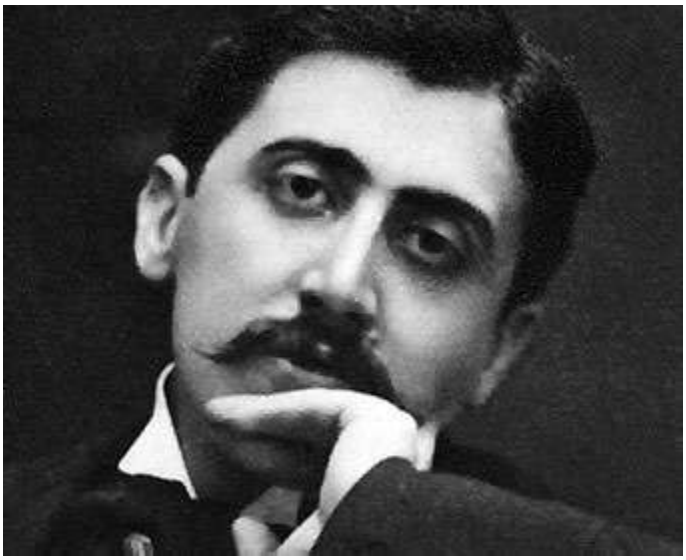
concupiscente y finamente psicológica, porque, en su deseo de ser amable para con Swann, hablaba del placer que tendría en contemplar la fotografía aquella como del que un enfermo siente que tendría en comerse una naranja, o como si a la vez hubiera combinado una escapatoria con unos amigos e informado a un biógrafo acerca de unos gustos lisonjeros para ella ——. «Bueno, pues ya vendrá a verla a usted ex profeso —dijo el duque, ante el que hubo de ceder su mujer—. Se pasarán ustedes tres horas juntos delante de la fotografía, si eso les divierte —dijo irónicamente—. Pero ¿dónde va usted a poner un juguete de esas dimensiones?». «En mi alcoba, quiero tenerlo delante de los ojos». «¡Ah!, todo lo que usted quiera; si es en su alcoba, tengo probabilidades de no verlo nunca», dijo el duque, sin pensar en la revelación que tan atolondradamente hacía respecto al carácter negativo de sus relaciones conyugales. «Bueno, deshará usted esto con muchísimo cuidado —ordenó la señora de Guermantes al sirviente (multiplicaba las recomendaciones por amabilidad para con Swann)—. No estropee tampoco la envoltura». «¡Hasta la envoltura tenemos que respetar!», me dijo el duque al oído, alzando los brazos al cielo. «Pero, Swann —añadió—, yo, que no soy más que un pobre marido harto prosaico, lo que admiro de todo esto es que haya podido encontrar usted un sobre de un tamaño como ese. ¿Dónde lo ha pescado usted?». «En la casa de fotograbados, que con frecuencia hace esta clase de expediciones. Pero son unos brutos, porque ahora veo que han escrito en el sobre: duquesa de Guermantes, sin poner: señora». «Le perdono —dijo distraídamente la duquesa, que de pronto, como asaltada por una idea que la puso alegre, reprimió una ligera sonrisa, pero volviendo rápidamente a Swann—: Bueno, ¿qué?, ¿no dice usted si va a venir a Italia con nosotros?». «Señora, creo que no será posible». «¡Vaya!, tiene más suerte la señora de Montmorency. Ha estado usted con ella en Venecia y en Vicenzo. Me ha dicho que con usted se veían cosas que de no ser así no se verían nunca, de las que nadie ha hablado, que le ha enseñado usted cosas inauditas, y hasta en las cosas conocidas, que ha podido comprender detalles por delante de los que, sin usted, hubiera pasado veinte veces sin reparar nunca en ellos. Decididamente, ha sido más favorecida que nosotros… Cogerá usted el

inmenso sobre de las fotografías del señor Swann —dijo al criado—, y va usted a dejarlo, con un pico doblado, de parte mía, esta noche, a las diez y media, en casa de la señora condesa de Molé». Swann soltó la carcajada. «Me gustaría saber, de todas maneras —le preguntó la señora de Guermantes—, cómo puede usted saber con diez meses de antelación que va a ser imposible». «Querida duquesa, se lo diré, si se empeña; pero, ante todo, ya ve usted que estoy muy malo». «Sí, Carlitos; me parece que no tiene usted muy buena cara, no me gusta el color que tiene; pero no le pido a usted que venga con nosotros dentro de ocho días, se lo pido para dentro de diez meses. Bien sabe usted que en diez meses hay tiempo de cuidarse». En ese momento, un lacayo vino a anunciar que el coche esperaba a la puerta. «¡Vamos, Oriana, a caballo!», dijo el duque, que piafaba ya de impaciencia desde hacía un momento, como si hubiera sido uno de los caballos que esperaban. «Bueno, en una palabra, ¿qué razón le impediría a usted venir a Italia?», preguntó la duquesa, levantándose para despedirse de nosotros. «Pues, mi querida amiga, que estaré muerto desde algunos meses antes. Según los médicos con quienes he consultado, a fin de año, el mal que tengo y que puede, por otra parte, llevárseme en seguida, no me dejará, de todas maneras, más de tres o cuatro meses de vida, y aun eso es un gran máximum», respondió Swann sonriendo mientras el lacayo abría la puerta encristalada del vestíbulo para dejar pasar a la duquesa. «¿Qué está usted diciendo ahí? —exclamó la duquesa deteniéndose un segundo en su marcha hacia el coche y alzando sus hermosos ojos azules y melancólicos, pero llenos de incertidumbre. Puesta por primera vez en su vida entre dos deberes tan diferentes como subir a su coche para ir a cenar fuera, y dar muestras de piedad a un hombre que se va a morir, no veía en el código de las formas sociales nada que le indicase qué jurisprudencia había de seguir, y como no sabía a cuál dar preferencia, creyó que debía hacer como si no creyese que la segunda alternativa hubiera de plantearse, de modo que obedecería a la primera, que en aquel momento exigía menos esfuerzos, y pensó que la mejor manera de resolver el conflicto era negarlo—. Tiene usted ganas de broma», dijo a Swann. «Sería una broma de un gusto encantador —respondió irónicamente Swann—. No sé por qué le digo a

usted esto; nunca le había hablado de mi enfermedad hasta aquí. Pero como me lo ha preguntado usted y ahora puedo morirme de un día a otro… Pero sobre todo no quiero que se retrasen ustedes; cenan ustedes fuera», añadió, porque sabía que, para los demás, sus propias obligaciones mundanas están por encima de la muerte de un amigo, y se ponía en el caso de ellos, gracias a su cortesía. Pero la de la duquesa le permitía también darse confusamente cuenta de que la comida a que iba ella debía de tener menos importancia para Swann que su propia muerte. Así, mientras seguía su camino hacia el coche, dejó caer los hombros diciendo: «No se preocupe usted por esa comida. ¡No tiene ninguna importancia!». Pero estas palabras pusieron de mal humor al duque, que exclamó: «¡Vamos, Oriana, no se ponga usted de palique de esa manera y a cambiar sus jeremiadas con Swann! Así como así, bien sabe usted que la señora de Saint-Euverte quiere que la gente se siente a la mesa al dar las ocho. A ver si sabemos qué es lo que quiere usted; los caballos llevan ya sus buenos cinco minutos esperando. Perdone usted, Carlos —dijo volviéndose a Swann—, pero son las ocho menos diez. Oriana llega tarde siempre; necesitamos más de cinco minutos para llegar a casa de la tía Saint-Euverte».

La señora de Guermantes avanzó decididamente hacia el coche y repitió un último adiós a Swann. «Mire usted, volveremos a hablar de eso; no creo ni una palabra de lo que dice, pero tenemos que hablar de ello juntos. Le habrán asustado estúpidamente; venga usted a almorzar el día que quiera (para la señora de Guermantes, siempre se resolvía todo en almuerzos); ya me dirá usted el día y la hora», y, recogiendo su falda roja, puso el pie en el estribo. Iba a entrar en el coche cuando, al ver aquel pie, exclamó el duque con una voz terrible: «¡Oriana!, ¿qué iba usted a hacer, desdichada? ¡Se ha dejado usted puestos los zapatos negros! ¡Con un traje rojo! Vuélvase arriba, aprisa, a ponerse los zapatos rojos, o si no —dijo al criado—, dígale usted en seguida a la doncella de la señora duquesa que baje unos zapatos rojos». «Pero, amigo mío —respondió suavemente la duquesa, molesta al ver que Swann, que había salido conmigo, pero había querido dejar pasar el coche delante, les había oído—: puesto que vamos ya con retraso…». «No, no, tenemos tiempo de sobra. Sólo son menos diez, no tardaremos diez

minutos en llegar hasta el parque Monceau. Y luego, en fin, ¿qué quiere usted?, aunque sean las ocho y media, se aguantarán; de todas maneras, no puede usted ir con un vestido rojo y zapatos negros. Por lo demás, no seremos nosotros los últimos, vamos: ahí están los Sassenage, ya sabe usted que nunca llegan antes de las nueve menos veinte». La duquesa volvió a subir a su cuarto. «¿Eh? —nos dijo el señor de Guermantes—; bien se burla la gente de los pobres maridos, pero algo bueno tienen, de todos modos. Si no es por mí, Oriana iba a la cena con zapatos negros». «No hace feo —dijo Swann—, y ya me había fijado yo en los zapatos negros, que no me habían chocado ni poco ni mucho». «No digo que no —repuso el duque—; pero es más elegante que sean del mismo color que el traje. Y además, puede usted estar tranquilo, que antes de que hubiera llegado allá ya se habría dado cuenta de ello, y sería yo el que me hubiera visto obligado a venir a buscar los zapatos. Habría cenado a las nueve. Adiós, hijitos —dijo empujándonos suavemente—, váyanse antes de que vuelva a bajar Oriana. No es que no le guste verlos a los dos. Al contrario, es que le gusta demasiado verlos. Como los encuentre aquí todavía, va a ponerse a hablar otra vez; ya está muy fatigada, llegará muerta a la cena. Y luego, les confesaré francamente que lo que es yo me estoy muriendo de hambre. He almorzado muy mal esta mañana al bajar del tren. Verdad es que había una endiablada salsa bearnesa; a pesar de eso no me molestaría, pero ni por asomo, sentarme a la mesa. ¡Las ocho menos cinco! ¡Ah, las mujeres! Nos va a hacer enfermar del estómago a los dos. Es mucho menos fuerte de lo que se cree». El duque no sentía el menor empacho en hablar de los achaques de su mujer y de los suyos a un moribundo, porque como los primeros le interesaban más, le parecían más importantes. Así, fue solamente por educación y por desenvoltura por lo que, después de habernos acompañado amablemente, gritó en un aparte y con voz estentórea, desde la puerta, a Swann, que estaba ya en el patio: «Además, no se deje usted amilanar por esas estupideces de los médicos, ¡qué diablo! Son unos asnos. Está usted tan firme como el Puente Nuevo. ¡Nos enterrará a todos!».



MARCEL PROUST. Poeta y narrador francés, nacido en París en 1871 y fallecido en su ciudad natal en 1922. Autor de una compleja producción literaria caracterizada, principalmente, por su exquisita sensibilidad (que dio lugar, entre otras repercusiones, a la acuñación del adjetivo proustiano como sinónimo de un producto artístico exquisito, decadente y refinado), está considerado como uno de los creadores más relevantes de las Letras francesas de todos los tiempos, así como uno de los escritores que mayor influencia ha ejercido en la narrativa universal contemporánea.

Nacido en el seno de una familia acomodada (su padre, Adrien, era un célebre galeno que ejercía la docencia como profesor de higiene en la facultad de Medicina de la Universidad de París), vivió desde niño envuelto por una armoniosa convivencia espiritual, forjada por las ideas religiosas de su progenitor (católico practicante) y las de su madre, Jeanne Weil (que procedía de una familia judía). Así, según la tradición espiritual materna, el joven Marcel era judío, pues descendía de hebreos; pero, por influencia del cabeza de familia, fue educado como cristiano católico. Esta diversidad de creencias que forjó su talante espiritual desde su infancia constituyó, tal vez, el primer eslabón en la cadena de dualidades y tensiones que a la postre afloraron en la rica y compleja diversidad de su carácter y su obra. Por lo demás, el influjo de sus progenitores no se detuvo en su formación

religiosa, ya que a través de su madre (por la que sentía una intensa devoción) quedaba ligado a algunas figuras señeras del espectro político y cultural francés (Jeanne Weil era, en efecto, descendiente del político Adolphe Crémieux, y guardaba relación de parentesco con la esposa del filósofo Henri Bergson).

A los nueve años de edad, el pequeño Marcel comenzó a padecer los primeros síntomas de la grave afección asmática que habría de acompañarle, a partir de entonces, hasta el final de sus días. Dada su endeble salud, pronto abandonó los juegos, entretenimientos y ocupaciones propias de los muchachos de su edad para refugiarse en una actividad intelectual compatible con su frecuentes achaques pulmonares. Así, cursó con provecho el bachillerato en el Lycée Condorcet, donde empezó a dar muestras de una acusada inclinación hacia los saberes humanísticos, lo que no fue óbice para que, una vez graduado, intentara sobreponerse a la fragilidad de su naturaleza alistándose como voluntario en la infantería francesa.

Ya por aquel entonces había cobrado fuerza en el joven Marcel Proust la firme decisión de consagrarse al cultivo de la creación literaria, aunque, por complacer la voluntad paterna, una vez licenciado de sus obligaciones militares se matriculó en la facultad de Derecho. Pronto se supo francamente desmotivado ante estos estudios de Leyes, en los que sólo descubrió contenidos dignos de su interés en las asignaturas dedicadas a la literatura y la filosofía. Así pues, acabó por abandonar las aulas de Derecho para integrarse en un grupo de jóvenes escritores y pensadores en el que, al lado de Daniel Halévy y Robert Dreyfus, sacó adelante la fundación de la revista *Le Banquet*, una publicación cultural que pronto alcanzó una considerable difusión entre los intelectuales franceses de la época. Fue sólo el primer paso para introducirse en el ámbito del periodismo y la literatura parisinos, donde después sería sobradamente conocido merced a los artículos que, por mediación de Léon Blum, publicó en *La Revue Blanche;* además, también sentó plaza de agudo conocedor del hecho literario a través de los artículos que dejó estampados en el prestigioso rotativo *Figaro.*

Cada vez más integrado en el panorama intelectual y artístico de su tiempo, trabó amistad —entre otros— con el poeta Robert de Montesquiou, un elegante aristócrata que, en 1893, le introdujo en los salones más selectos de la nobleza parisina. Proust, que había dado muestras ya, en sus primeros escritos, de un acentuado esnobismo que le hacía sentirse deslumbrado por la exquisita artificiosidad reinante en estos ambientes, se rindió definitivamente a las formas y los modales de la sofisticada y decadente aristocracia francesa, en la que pronto habría de hallar abundante material para la construcción de sus espacios ficticios y sus personajes literarios. Consagrado con tesón a la escritura (pero vivamente interesado, al mismo tiempo, por el conocimiento de otros saberes artísticos y humanísticos), alternó sus frecuentes visitas a estos salones aristocráticos con largas horas de trabajo en su residencia parisina, hasta que dio a la imprenta el primer volumen de su prosa, *Les plaisirs et les jours* (Los placeres y los días, 1896), que apareció en los escaparates de las librerías francesas con un elogioso prólogo firmado por una de las figuras señeras de las Letras galas de finales del siglo XIX, Anatole France, que en aquel mismo año de 1896 había entrado a formar parte de la inmortal Académie Française.

Merced a la fortuna de su familia y a la íntima relación que le ligaba al citado Robert de Montesquiou, Marcel Proust encontró abiertas las puertas de todas las casas aristocráticas del París finisecular, de donde extrajo una gran cantidad de modelos reales para la construcción de *Les plaisirs et les jours*, obra que en su tiempo fue tachada de excesivamente frívola y artificiosamente sofisticada, si bien ninguno de sus críticos dejó de advertir en ella una penetrante agudeza introspectiva que permitía a Proust caracterizar de forma espléndida la psicología de sus personajes. Esta virtud, esbozada ya con nitidez en esta opera prima, habría de convertirse a la postre en una de las principales señas de identidad de la producción literaria del autor parisino.

A pesar de estas imputaciones de diletantismo por parte de los críticos más severos, los relatos de *Les plaisirs et les jours* fueron bien recibidos en los salones señoriales que frecuentaba Proust, a los que siguió acudiendo

con regularidad durante el decenio posterior a la aparición de esta obra (es decir, hasta que se agravaron sus problemas de salud), y en los que halló consuelo para dos desgracias irreparables: las pérdidas de su padre (acaecida en 1902) y de su madre (sobrevenida en 1905). La muerte de ésta fue uno de los golpes más duros en la vida del escritor, ya que siempre había permanecido unido a ella por unos lazos de afectividad que, en muchas ocasiones, rebasaban el ámbito habitual del cariño materno-filial para alcanzar las cotas de una pasión casi morbosa.

No obstante, estas pérdidas no interrumpieron su tenaz dedicación a la escritura; antes bien, provocaron que ésta se convirtiera en la razón principal para la existencia de Marcel Proust, quien, entre 1896 y 1904, trabajó con ardor en la elaboración de la novela *Jean Santeuil*, obra que, aunque vio la luz con carácter póstumo, constituye el esbozo inicial de su monumental legado literario publicado después bajo el título de *À la recherche du temps perdu* (En busca del tiempo perdido). Mientras seguía acudiendo con asiduidad a los salones más refinados (sobre todo, al de madame Straus-Bizet, el más rutilante del París de aquel tiempo), perfeccionaba sus conocimientos sobre arquitectura, pintura y escultura, creaba nuevos textos o reformaba con asombrosa minuciosidad los ya escritos, y se entregaba incluso a la lectura y traducción de algunos autores extranjeros (por aquellos años, fue notoria su admiración hacia la obra y la figura del filósofo, crítico de arte e historiador inglés John Ruskin, de quien tradujo al francés *La Biblia de Amiens* y *Sésamo y lirios*).

Hacia los treinta y cinco años de edad, coincidiendo con el dolor que seguía produciéndole la reciente pérdida de su madre, sufrió un serio agravamiento de las dolencias asmáticas que venía padeciendo desde niño, que a partir de entonces se convirtieron en una enfermedad crónica que le acompañó hasta el final de sus días. Comenzó, entonces, a alejarse discretamente de esa vida mundana que venía llevando desde hacía más de diez años, y se recluyó en un pequeño apartamento del boulevard Haussmann, en donde su afán de concentrarse únicamente en la redacción de su magno proyecto literario le impulsó, incluso, a ordenar que las paredes de su habitación fueran revestidas de corcho, para lograr así un

pleno aislamiento del mundo exterior. Fue entonces cuando emprendió realmente la compleja construcción de su monumental ciclo narrativo *A la recherche du temps perdu*, compuesto por siete novelas desarrolladas en un total de quince volúmenes de espléndida prosa impresionista, cuya naturaleza subjetiva y dinámica introdujo una violenta ruptura con las técnicas realistas y naturalistas vigentes hasta entonces, para elevar la memoria a la máxima categoría de conocimiento e interpretación de la realidad.

Durante más de tres lustros, Marcel Proust trabajó minuciosa y rigurosamente en la elaboración de este complejo entramado narrativo de fuertes tintes autobiográficos, cuyas últimas entregas vieron la luz entre 1923 y 1927, cuando ya había desaparecido su autor. A partir de entonces, su influencia ha cobrado una alcance universal, tanto en la propia evolución de la narrativa contemporánea como en las reflexiones que, acerca de ésta, han tenido lugar en el ámbito de la teoría de la literatura. La figura de Proust cobró así la dimensión histórica y emblemática del creador que, desolado ante el vacío del mundo que le rodea, se refugia en su propia obra para perseguir, por la única vía del arte, ese anhelo de pureza absoluta que pueda dar razón de ser a su existencia.

La aparición, en 1896, de los cuentos y narraciones breves que conformaban *Les plaisirs et les jours* (Los placeres y los días) reveló no sólo la existencia de un autor dotado de una extraordinaria sensibilidad para penetrar con agudeza en los caracteres psicológicos de sus personajes, sino también la prometedora irrupción de un joven escritor que, por medio de una prosa compleja, elegante y sofisticada, pretendía —al tiempo que ponía en concordancia sus ambientes y personajes con las expresiones formales que los reflejaban— alejarse conscientemente de las fórmulas narrativas realistas y naturalistas que, ya por aquellos años finales del siglo XIX, ofrecían sus primeros síntomas de desfase y agotamiento. Al pesar de las críticas al esnobismo y al diletantismo apreciables en esta opera prima de Marcel Proust, lo cierto es que los lectores franceses más atentos pudieron descubrir en ella no sólo las recién apuntadas virtudes estilísticas, sino también otras cualidades que, como la agudeza en el ejercicio de la crítica,

la firmeza en el juicio y la originalidad en la intuición, habrían de triunfar luego plenamente en *A la recherche du temps perdu*, así como en otras obras «menores» del escritor parisino, como *Pastiches et mélanges* (Pastiches y misceláneas, 1919), las recuperaciones póstumas de *Chroniques* (Crónicas, 1927) y *Contre Sainte-Beuve* (Contra Sainte-Beuve, 1954), o sus escritos poéticos publicados bajo el título genérico de *Textes poétiques proustiens* (Textos poéticos proustianos, 1979). Pero, a pesar de los valores intrínsecos de todas estas obras, Marcel Proust no habría alcanzado nunca la categoría de escritor universal si no hubiera construido y publicado su monumental ciclo narrativo *A la recherche du temps perdu*.

En busca del tiempo perdido.

De los siete títulos que conforman este magno homenaje a la memoria como vía de conocimiento, el primero de ellos vio la luz en 1913 a expensas del autor, bajo el epígrafe de *Du côté de chez Swann* (Por el camino de Swann). Varios años después, ante la repercusión alcanzada por esta primera entrega, el célebre editor Gallimard se hizo cargo de la publicación y difusión de los tres episodios siguientes, aparecidos entre 1919 y 1922 bajo los títulos de *À l´ombre des jeunes filles en fleur* (A la sombra de las muchachas en flor) —obra galardonada con el prestigioso premio Goncourt —, *Le côté de Guermantes* (El mundo de Guermantes) y *Sodome et Gomorrhe* (Sodoma y Gomorra). A título póstumo, vieron la luz entre 1923 y 1927 las tres últimas entregas del ciclo, presentadas bajo los epígrafes de *La prisonnière* (La prisionera), *La fugitive* (La fugitiva) y *Le temps retrouvé* (El tiempo recobrado). A modo de presentación, he aquí un sucinto esbozo argumental de cada una de estas partes del ciclo:

Por el camino de Swann (1913).

Esta primera entrega se abre con el pasaje más célebre de cuantos escribió Marcel Proust (y, sin duda alguna, uno de los textos más conocidos de la Literatura universal): la evocación, por medio de una asociación memorística fortuita, de la infancia del narrador en Combray. En efecto, un hecho tan nimio como la degustación de una magdalena que el narrador no

había vuelto a probar desde sus días de infancia le permite recobrar las figuras de una serie de personajes que llenaron sus primeros años de existencia (su madre, su abuela, la tía Léonide, etc.), así como el espacio geográfico en el que transcurrió dicho período. Pronto cobran nitidez en la evocación del narrador las dos direcciones opuestas por las que discurrían los paseos cotidianos del niño: el camino de Méséglise (que le retrotrae, a su vez, al recuerdo de los personajes que lo poblaban, como Swann, su hija Gilberte y el músico Vinteuil), y el camino de los Guermantes (que conduce hasta un espacio habitado por unos aristócratas cuyas vidas se antojan demasiado irreales para el conocimiento del mundo que poseía aquel niño). La novela continúa con una especie de relato autónomo que, bajo el epígrafe de *Unos amores de Swann*, rememora la relación amorosa entre dicho personaje y su futura esposa, Odette de Crécy. La mala reputación de que goza ésta entre la alta sociedad obliga a Swann a frecuentar otros ambientes, como la casa de los Verdurin, unos nuevos ricos que encarnan los anhelos de ascenso social, por vía del desarrollo intelectual y artístico, de la clase burguesa. En la tercera y última parte de esta primera entrega, el narrador ya se recuerda a sí mismo como ese adolescente angustiado por su pasión amorosa hacia Gilberte, la hija de Swann.

A la sombra de las muchachas en flor (1919).

Ha pasado algún tiempo, y el narrador, todavía en su primera juventud, ha visto cómo se desvanecía el amor que sentía por Gilberte, al tiempo que han entrando en su vida otros personajes que amplían su visión del mundo, como el escritor Bergotte y la actriz Berna. También se hacen mayores sus referencias espaciales, que en esta segunda entrega le conducen hasta la playa de moda de Balbec, donde conoce al joven Robert de Saint-Loup, un pariente de los misteriosos Guermantes. Su nuevo amigo le introduce en los círculos aristocráticos y le presenta a su tío, el barón de Charlus; sin embargo, el joven protagonista está más impresionado por el grupito de «muchachas en flor» que acaba de conocer (Andrée, Albertine, Rosamonde, etc.).

El mundo de Guermantes (1920-1921).

La integración, por fin, en el anhelado espacio de los Guermantes tiene lugar en París, donde el narrador logra instalarse en una dependencia de la residencia de los aristócratas. Ahora, su inquieta pasión amorosa le ha llevado a poner los ojos en la duquesa, un ideal inalcanzable al que, pese a todo, sigue hasta su retiro de Doncières, donde se halla prestando su servicio militar el joven Robert de Saint-Loup. A partir de aquí, los acontecimientos se suceden vertiginosamente en la memoria del narrador, que entabla amistad con la actriz Rachel (amante de Robert), pierde a su abuela materna y se enamora de Albertine, una de las «muchachas en flor». Por aquel tiempo (en el que acude con asiduidad al elegante salón de M^{me}. de Villeparisis), el protagonista descubre la condición de homosexual del barón de Charlus.

Sodoma y Gomorra (1922).

De nuevo en la refinada costa de Balbec, el ciclo narrativo continúa demorándose en el análisis de las pasiones amorosas de los personajes, ahora centradas en el amor del barón de Charlus por el violinista Morel, y en la atracción que siente el narrador hacia Albertine. Posteriormente, la trama argumental conduce a los personajes hasta la villa de los Verdurin, donde el narrador siente unas «intermitencias del corazón» que le llevan a interrogarse acerca del amor que profesa hacia Albertine. Es entonces cuando descubre que ésta ha mantenido contactos lésbicos con M^{me}. de Villeparisis, por lo que decide llevársela con urgencia hasta París. En esta cuarta entrega aparece por última vez Swann, afectado por una enfermedad incurable.

La prisionera (1923).

En París, con Albertine retenida por el narrador a la espera de poder casarse con ella, vuelven a asomar los tormentos amorosos de los protagonistas. El barón de Charlus ha sido traicionado por su amado Morel, circunstancia que acentúa los celos, la angustia y los temores del

protagonista respecto a la mujer que tiene por prisionera, a la que cree seguir amando. Continúan, por otra parte, las peripecias de los distintos personajes, entre las que destacan el fallecimiento del escritor Bergotte.

La fugitiva (1925).

El músico Vinteuil, uno de los lejanos moradores del camino de Méséglise, se ha revelado como un auténtico genio, sobre todo a raíz de la composición de su magnífico Septeto. Mientras recuerda a Charlus cada vez más degradado por sus vicisitudes amorosas, el narrador cobra el convencimiento de que todas estas tribulaciones de la vida sólo pueden ser superadas por el ideal de absoluto que encierra en sí el arte, como queda patente en el ejemplo brindado por Vinteuil. Al hilo de estas reflexiones, advierte también que ya no siente amor hacia Albertine, por lo que se dispone a ponerla en libertad; pero la joven se fuga antes de tener noticia de su inminente liberación, circunstancia que vuelve a encender la pasión del narrador. Posteriormente, la muerte accidental de la antigua «muchacha en flor» incrementa esta pasión amorosa —ya definitivamente inútil— del protagonista. La confusión crece —tanto en los lectores como en el propio personaje— cuando el narrador se enamora de nuevo de una joven a la que en un principio no identifica, pero que resulta ser Gilberte, la hija de Swann; pero ésta contrae matrimonio con Robert de Saint-Loup, con lo que a estas alturas del ciclo confluyen, por fin, los caminos de Méséglise y Guermantes. En la línea de tantas otras sorpresas como ha recibido a lo largo de su tortuosa peripecia amorosa, el narrador tendrá pronto ocasión de conocer que Robert es homosexual, como su tío Charlus.

El tiempo recobrado (1927).

En la entrega final del ciclo, el narrador aparece ahora en casa de una infeliz Gilberte que sufre por culpa de las infidelidades de su marido (quien, avanzada la novela, pierde la vida). En plena Guerra Mundial, el barón de Charlus continúa buscando amantes bajo el fuego enemigo que cae sobre París, mientras el protagonista y Gilberte rememoran episodios de su infancia. El antiguo esplendor de la aristocracia ha sido desbaratado por la

pujanza emergente de la alta burguesía, como queda patente en el triunfo de los Verdurin. Después de la guerra, el narrador reconoce a M^{me}. Verdurin como la actual princesa de Guermantes, título al que ha ascendido después de haber enviudado y contraído nuevas nupcias. En su mansión, el protagonista tarda en reconocer a sus antiguos compañeros de andadura vital, ya que el tiempo los ha ido desfigurando hasta extremos patéticos. Pero de nuevo los sucesos cotidianos (como el sonido de una cuchara sobre la vajilla) sirven para despertar en su memoria los ecos del pasado, lo que le produce una inefable sensación de bienestar. Estos recuerdos felices le impulsan definitivamente a reconstruir el pasado de todos los personajes que se han ido cruzando en su vida, en un ejercicio de elaboración artística que, como en el caso del músico Vinteuil, le sirve para encontrar un sentido a su existencia.

En apariencia, a tenor de esta apresurada radiografía de su hilo argumental, *En busca del tiempo perdido* podría considerarse como un ciclo de memorias, ya que el protagonista se expresa en primera persona y, en su reconstrucción de una vida, se identifica en numerosas ocasiones con el autor. Además, aparecen a lo largo del extenso texto numerosos personajes que no son sino el trasunto de otros sujetos reales que estuvieron presentes en la vida de Marcel Proust, como Robert de Montesquiou (disfrazado tras el personaje del barón de Charlus), o el ya mencionado prologuista de *Les plaisirs et les jours* Anatole France (fácilmente identificable tras la figura ficticia del escritor Bergotte). Sin embargo, la clara voluntad literaria —y aún filosófica— de Proust, empecinado en elevar la memoria a categoría de conocimiento, y en consagrar la creación artística como actividad suprema del ser humano, dotan a *En busca del tiempo perdido* de una potencia creadora pocas veces alcanzada en las Letras contemporáneas. A ello conviene sumar la patente voluntad estilística del narrador francés, plasmada en un lenguaje sutil y elaborado, así como en unas complejas estructuras sintácticas que reflejan magistralmente, en el plano de la expresión, el flujo irregular (unas veces premioso, y otras desbordado) de las evocaciones y recuerdos.

Cabe incidir, por último, en la dimensión filosófica de la obra monumental de Marcel Proust, directamente relacionada con las ideas de Bergson relativas al tiempo. Según se desprende de su legado literario, sólo la memoria es capaz de ofrecer al hombre una visión compleja de los diferentes estados que el paso del tiempo ha dejado impresos en la realidad, en los acontecimientos, en los sujetos que los protagonizan e, incluso, en los sentimientos de éstos (no en vano se ha identificado también esta concepción de la memoria que postula Marcel Proust con la coetánea teoría de la relatividad lanzada por Albert Einstein).

Notas

[1] La observación tiene sentido únicamente en el original: Francisca dice *avoir d’argent, apporter d’eau*, por *de l’argent, de l'eau.* <<

[2] El femenino francés de *Antoine* es *Antoinette*. Francisca forma el femenino de *Antoine* —«Antoneisse»— por analogía con *chanoine* (canónigo) y *chanoinesse* (canonesa). <<

[3] *bouton d’or*: Ranunculus acris, planta comúnmente llamada «botón de oro» o hierba belida, es una de las especies del género Ranunculus más comunes de las regiones templadas de Europa y Asia, donde crece en lugares húmedos de montaña. (Nota del Editor) <<

[4] *salvitas*: (original frances sauvoir) es un estanque con peces (Nota del Editor) <<

[5] *Schola*: Viene de la palabra inglesa scholar que significa estudiante, alumno, colegial. Aquí lo traduciríamos por «escuela». (Nota del Editor) <<

[6] *bavaroise*: Postre hecho a base de huevos y que resulta cremoso. Su particular textura obedece al uso de gelatinas y a la nata montada. (Nota del Editor) <<

[7] *aigrette*: Pequeño adorno con plumas para la cabeza. (Nota del Editor) <<

[8] *Proudhon*: Doctrina política y social que preconiza la completa libertad del individuo, la abolición del Estado y la supresión de la propiedad privada. (Nota del Editor) <<

[9] *pianissimo*: pasaje musical interpretado con extrema suavidad. (Nota del Editor) <<

[10] *sauternes*: vino francés. (Nota del Editor) <<

[11] *Agua de los Soberanos*: (original francés Eau des Souverains): Tónico digestivo y circulatoriofabricado fabricado con extractos de plantasdesde 1820 en Pradines por monjas benedictinas, fue retirado de la venta en mayo de 1992 después de un decreto ministerial que prohíbe todos los productos que contienen germander-encino. (Nota del Editor) <<

[12] *shampoings*: champús (Nota del Editor) <<

[13] Por *L'Intransigeant*, diario parisiense. <<

[14] El señor de Guermantes dice de su tía que «elle tenait un *bureau d'esprit*»; *bureau*, en el sentido de *despacho, tienda* u *oficina.* A1 final del párrafo, «bureau» aparece en el sentido de *bufetillo (buró). (N. de los T.)* <<

[15] *esnobinetas* (francés original snobinettes): muchachas snob. (Nota del Editor) <<

[16] *skating*: patinaje a ruedas. (Nota del Editor) <<

[17] *foyer*: hogar, chimenea. Aquí sala de estar. (Nota del Editor) <<

[18] *ex nihilo*: suele emplearse en la expresión creatio ex nihilo, haciendo referencia a aquello que se crea a partir de la nada. (Nota del Editor) <<

[19] Distrito histórico de París. El lugar era conocido como el hogar favorito de la alta nobleza francesa y albergaba muchos Hoteles y residencias de aristocratra. (Nota del Editor) <<

[20] *faubourg*: districto, duburbio, barrio. (Nota del Editor) <<

[21] *gomosos*: Hombres que cuidan excesivamente su aspecto, por lo que resulta ridículo. (Nota del Editor) <<

[22] *Quai Malaquais*: muelle que se encuentra a orillas del río Sena, en París, en el distrito 6, entre la banca Conti y Voltaire. (Nota del Editor) <<

[23] La frase incluida entre paréntesis sólo tiene sentido en el texto francés, en que la duquesa de Guermantes dice: *avec un bouquet de lis dans la main et d'autres lis su sa robe…* (por *sur sa robe*), como hubiera dicho una campesina francesa. *(N. de los T.)* <<

[24] *globe-trotter*: viajero, aventurero. (Nota del Editor) <<

[25] *Principis obstat*: principal obstáculo. (Nota del Editor) <<

[26] *Arcades ambo*: Dos personas de la misma o similar ocupación. (Nota del Editor) <<

[27] *drolática*: Viene de «drolatique», que sigmifica divertido, cómico, chistoso. (Nota del Editor) <<

[28] *amán*: Paz o amnistía que piden los árabes cuando se someten. (Nota del Editor) <<

[29] *in petto*: en secreto. (Nota del Editor) <<

[30] *ínter pocula*: Entre copas, esto es, bebiendo. Se dice de los que pretenden resolver o ajustar todos los asuntos o negocios con la copa en la mano. (Nota del Editor) <<

[31] *nec plus ultra*: Lo máximo. (Nota del Editor) <<

[32] *ultima ratio*: última razón. (Nota del Editor) <<

[33] La señora de Guermantes hace un juego de palabras —*loup* y *Saint-Loup*— a base del proverbio francés: «quand on parle du loup…», equivalente a nuestro: «en nombrando al ruin de Roma…» *(N. de los T.)* <<

[34] *happy few*: pequeño número de personas con una ventaja sobre los demás. (Nota del Editor) <<

[35] *Erzatz*: sustitutos. (Nota del Editor) <<

[36] *Intelligente* en francés. En la pronunciación corriente suena tan sólo una ele, mientras que una pronunciación afectada subraya la duplicación de la letra. *(N. de los T.)* <<

[37] *bergère*: amplia silla de respaldo acolchado. <<

[38] «Adiós, voces extrañas — te llaman lejos de mí, celeste hermana de los ángeles». <<

[39] «Rodeado de tumultosos cuidados, un príncipe se ve arrastrado de continuo hacia nuevos objetos». <<

[40] En la edición original, *Sodome et Gomorrhe* I estaba incluida en el mismo volumen que esta 2.ª parte de *Le cotê de Guermantes,* lo que explica la frase y el paréntesis. Pero en esta edición, el título de *Sodome* pasa al volumen siguiente. (*N. de las nuevas ediciones de Gallimard*). <<

[41] *Bac*, balsa o lanchón para pasar un río. <<

[42] *Dignus est intrare*: Es digno de entrar. Fórmula tomada de la ceremonia burlesca del Enfermo Imozinario de Molière, que se emplea en broma cuando se trata de la admisión de alguno en una corporación o sociedad. (Nota del Editor) <<

[43] *bock*: cerveza ligera (en Francia). (Nota del Editor) <<

[44] *grog*: El grog es una bebida hecha de agua caliente azucarada, mezclada con un licor, generalmente ron, aunque también kirsch, coñac u otros. Suele contener algún aromatizante, por ejemplo, limón. (Nota del Editor) <<

[45] *«Aile de poulet, très bien un peu de champagne, mais pas trop sec». «J'aimerai mieux de la glycerine. Oui, chaude, très bien».* <<

[46] *Je* por *moi*. <<

[47] *opus francigenum*: frase latina que significa «trabajo Ile» en el estilo gótico de la arquitectura de la región de Ile de France. (Nota del Editor) <<

[48] *Götter Dämmerung*: el crepúsculo de los dioses, su destrucción final en una batalla contra las fuerzas del mal. (Nota del Editor) <<

[49] *foyer*: un salón, vestíbulo o antesala, utilizados para la recepción y como lugar de encuentro, como en un hotel, teatro, cine, etc. (Nota del Editor) <<

[50] *pupazzi*: marionetas italianas. (Nota del Editor) <<

[51] Título que se daba antiguamente en Francia al hermano menor del rey. <<

[52] «Y si no queda más que uno de ellos, ése seré yo». <<

[53] «Mi desventura, gracias a los dioses, supera a mi esperanza». <<

[54] *«C’est qu’il est si taquin, Charlus»*, en el original. La señora de Guermantes juega con el adjetivo *taquin* (el que contraría, hostiga o pincha, por broma), *en entendant ce mot de taquin appliqué à Charlus*, y el nombre de *Tarquino el Soberbio*, al que escamotea la *r.* Charlus *est si taquin*, pero por la envergadura de sus bromazos *c’est Taquin le Superbe.* El retruécano, como se ve, es intraducible. <<

[55] *sui generis*: Locución adverbial procedente del latín que significa 'de su propio género o especie', y que se usa en castellano para denotar que aquello a lo que se aplica es de un género o especie muy singular y excepcional (único, sin igual e inclasificable). (Nota del Editor) <<

[56] *suave mari magno*: Expresión usada por el poete latino Lucrécio, para definir el placer que se experimenta cuando se perciben los peligros a que otros están expuestos. (Nota del Editor) <<

[57] «Cuando aparece el hijo, el círculo familiar aplaude con grandes gritos». <<

[58] El dolor es un fruto, Dios no lo hace crecer en la rama demasiado débil aún para sostenerlo. <<

[59] Bien poco duran los muertos, ¡Ay, en el ataúd se vuelven polvo con menos rapidez que en nuestros corazones! <<

[60] *Ces reliques du coeur ont aussi leur poussière!* <<

[61] *sic transit gloria mundi*: «Oh, qué rápido pasa la gloria del mundo». El origen de la expresión parece provenir de un pasaje de la Imitación de Cristo de Tomás de Kempis (1380-1471).(Nota del Editor) <<

[62] Archéologue, en francés. <<

[63] «Hace ya largo tiempo que aquella con quien he dormido, —¡oh, Señor!, ha dejado mi lecho por el vuestro.» <<

[64] La fábula de La Fontaine es la titulada «Le meunier, son fils el lâne» (El molinero, su hijo y el asno). *(N. de los T.)* <<

[65] *snow-boots*: botas para la nieve. (Nota del Editor) <<

[66] *myosotis*: conocida comúnmente como nomeolvides, es un género de plantas perteneciente a la familia Boraginaceae. Simbólicamente se conoce como la flor del amor desesperado o el amante eterno. Hay cerca de 50 especies con gran variación entre ellas. Sin embargo, la mayoría tiene pequeñas flores de 1 CM de diámetro con cinco pétalos azules que crecen en los extremos de los tallos en ramilletes. Son muy populares en los jardines como planta ornamental. (Nota del Editor) <<

[67] *nunc erudimini*: ahora advertido. (Nota del Editor) <<

[68] «Estoy viudo y solo, y el ocaso cae sobre mí.» <<

[69] *née*: del francés, significa nacida. (Nota del Editor) <<